Joyce Carol Oates

Mágico, sombrío, impenetrable

Traducción
Jose Luis López Muñoz



ALFAGUARA


Joyce Carol Oates
Mágico, sombrío, impenetrable
Traducción
Jose Luis López Muñoz
ALFAGUARA

ALFAGUARA

Joyce Carol Oates

Mágico, sombrío, impenetrable

Traducción del inglés de José Luis López Muñoz

www.megustaleerebooks.com

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Nota de agradecimiento
Parte I
- Sexo con una camella
- Mastín
- Distancia
- Un libro de mártires
- «Se ha muerto Stephanos»

Parte II
- El cazador
- Desapariciones
- Cosas que quedan atrás, de camino hacia el olvido

Parte III
- Santuario al borde de la carretera de Forked River, Jersey del Sur
- Los payasos
- Traición
- Mágico, sombrío, impenetrable

Parte IV
- Parricidio

Notas
Sobre la autora
Créditos

Para Mariana Cook y Hans Kraus

Nota de agradecimiento

Los relatos incluidos en este volumen han aparecido, a menudo en versiones algo diferentes, en las siguientes publicaciones:

«Sexo con una camella» en *The American Reader*
«Mastín» en *The New Yorker*
«Distancia» en *Ploughshares*
«Un libro de mártires» en *Virginia Quarterly Review*
«"Se ha muerto Stephanos"» en *Yale Review*
«El cazador» en *Boulevard*
«Desapariciones» en *American Short Fiction*
«Cosas que quedan atrás, de camino hacia el olvido» en *Salmagundi*
«Santuario al borde de la carretera de Forked River, Jersey del Sur» en *Vice*
«Los payasos» en *Virginia Quarterly Review*
«Traición» en *Conjunctions*
«Mágico, sombrío, impenetrable» en *Harper's*
«Parricidio» en EccoSolo (libro electrónico)
«Mastín» se ha reimpreso en *The Best American Short Stories 2014*

La autora desea dar las gracias de todo corazón a estos editores y publicaciones.

I

Sexo con una camella

—Muchas cosas se valoran más de la cuenta. El suicidio, por ejemplo.

El chico rio al comprobar lo listo que era. La abuela, que conducía atenta al tráfico matutino, no pareció darse cuenta.

Recalcando las palabras, su nieto dijo:

—Por ejemplo, solo en el condado Boondock, de los Estados Unidos, se hacen la competencia dos *teléfonos de la esperanza* para adolescentes.

—¿Condado Boondock? ¿Dónde está eso?

—¿Bromeas, abuela? *Aquí.*

—Ah, aquí. Entiendo.

La abuela sonrió pero no llegó a reír. Aunque el chico no había hecho una observación muy ingeniosa, tampoco era frecuente que dejara de reír los comentarios de su nieto por muy poca gracia que tuvieran.

—En el instituto nos bombardean con anuncios por correo electrónico. «Si estás solo y preocupado y no tienes a nadie con quien hablar, los consejeros para crisis están esperando tu llamada, que será siempre estrictamente confidencial.» Ahora hay uno nuevo: «¿Te sientes a salvo en casa?» —el chico se echó a reír.

—Bueno, ¿te sientes tú?

—¿Bromeas, abuela? Según las estadísticas, el noventa por ciento de los accidentes mortales suceden en el *hogar.*

Rieron juntos. Aquello sí tenía gracia.

Al chico le gustaba divertir a… bueno, a cualquiera que se le pusiera por delante. Había sido listo y despierto casi desde que aprendió a hablar. Si bien, como chico guapo, quizás había llegado a su tope hacia los once años.

En su próximo cumpleaños sumaría diecisiete.

La abuela, vestida con elegancia como siempre que salía de casa —atractivo turbante de seda blanca, conjunto de jersey y chaqueta blancos de cachemira, pantalones de lino de color azul claro de raya impecable, zapatos de buena calidad—, iba camino del hospital nuevo. Su nieto quiso conducir, claro está, pero la abuela le recordó que ella se acercaba ya a una edad (no había llegado *aún,* pero pensaba que no andaba *lejos*) en la que saberes tan básicos como conducir un coche podían empezar a atrofiarse si no se practicaban a diario.

Obsoleta. La abuela no quería ser eso, había dicho. A su nieto la palabra le había impresionado y se había apresurado a apropiársela.

Desde muy joven coleccionaba palabras. *Cigoto, paralaje, exanimación* eran algunos ejemplos. Ahora, *obsoleta.*

Aquella salida matutina tenía un algo de aventura: para llegar al hospital nuevo —según el mapa de Google que el chico había impreso— era necesario recorrer, desde su casa, 10,7 kilómetros más que para ir al viejo.

El hospital viejo lo habían agotado ya. Era el momento de pasarse al hospital nuevo que acababa de abrir hacía una semana, al otro extremo de una autopista estatal de seis carriles.

—El suicidio es algo así como una especie de *pasatiempo* estúpido. El noventa por ciento de los suicidios son equivocaciones: la víctima en realidad no tiene intención de matarse.

—¿Y por qué estamos hablando de eso? —preguntó la abuela (que había tenido un cargo administrativo en un pequeño *college* de humanidades en otra época de su vida) con aire de desconcertada incredulidad. Luego miró de reojo al muchacho con una expresión que le habría fulminado si hubiera querido darse por enterado.

El chico se encogió de hombros. Solo pretendía pasar el rato, nada de lo que había dicho tenía la menor importancia ni peso específico.

—¿Quién ha sacado el tema? —preguntó—. Yo no.

—Bueno; tampoco *yo*.

De hecho, mientras la abuela conducía, su nieto había estado leyendo a toda velocidad correos electrónicos y mensajes de texto en su móvil. Había sido uno del montón de correos electrónicos, en su mayor parte no deseados, procedentes de su instituto, el que

ofrecía el enlace con un teléfono de la esperanza, mensaje que él se había apresurado a borrar sin pensárselo dos veces.

—Cuéntame algo divertido. Pero divertido de verdad.

—El caso de un chico que acompaña a su abuela porque tiene hora para el médico en un maravilloso día de otoño cuando podría estar de excursión por el cañón del río Peace con sus amigos o solo, con sus zapatillas Nike D200.

—Muy gracioso.

—A un disléxico le pregunta un amigo: «¿Qué tal el concurso de tiro con arco?». «Fui certero.» «¿Ganaste?» «No. Quedé certero.»

La abuela se echó a reír.

—Eso sí es divertido.

—Eres tan fea que el gato trató de enterrarte en el cajón de arena.

—No. Eso no tiene gracia.

—Vamos, abuela, hay como un millón de chistes con «Eres tan feo». Ese es el menos asqueroso.

—No me gustan los chistes sobre personas que son feas o estúpidas o… —la voz de la abuela cambió justo lo bastante para que su nieto se diera cuenta de que se proponía decir algo divertido — polacas.

El chico quiso hacerle ver que los chistes se basan casi siempre en insultos. ¿Dónde había estado ella toda su vida? Los chistes que oía a sus amigos o que él les contaba eran bastante groseros, y procedían de Internet o de la televisión por cable.

—Esto es un tío que está atravesando el desierto montado en una camella. Lleva varios días solo, así que siente la necesidad de hacer el amor. No hay ninguna mujer a la vista, así que se fija en la camella, pero el animal desconfía de él, porque, al parecer, ya ha tenido antes alguna experiencia similar. De manera que el fulano intenta colocarse en posición para tener relaciones sexuales con la camella, pero el animal sale corriendo. El tipo corre para alcanzarla y la camella le deja que se le suba encima, pero solo como montura. Al poco, el tío tiene otra vez ganas de sexo, así que vuelve a intentarlo, pero la camella sale corriendo. Por fin, después de cruzar todo el desierto llegan a una carretera y se encuentran con un coche

que no funciona y dos rubias despampanantes. El tipo les pregunta si necesitan ayuda y ellas le dicen que si les arregla el coche harán cualquier cosa que les pida. El fulano se pone a trabajar y consigue ponerlo en marcha; las mujeres le dan las gracias y le preguntan: «Ahora, ¿qué podemos hacer por ti?», y el tipo contesta: «¿Os importa sujetarme a la camella?».

La abuela pareció reflexionar durante algún tiempo pero acabó por echarse a reír.

—De acuerdo, tiene gracia. Pero no mucha.

—Hay chistes más subidos de tono que son más divertidos, abuela. Pero supongo que no querrás oírlos.

El tono de voz del muchacho había cambiado un poco.

La abuela siguió conduciendo, absorta ahora en el torbellino del tráfico en una rotonda. El chico supo guardar silencio mientras la abuela superaba la dificultad: no tenía que tomar la primera salida, ni la segunda, sino la tercera.

A veces, el nieto se sentía muy mayor. Pero ese era su secreto.

Después de superar con éxito la rotonda y cuando conducía de nuevo a velocidad normal, la abuela dijo:

—Por lo menos cinco personas me han preguntado, por teléfono, quién me acompañaba al hospital y quién volvería a casa conmigo. Lo que buscan es evitar a toda costa que alguien salga de su consulta después de despertar de una anestesia, se desmaye y se caiga. Todavía peor si lo que hace es caerse por una escalera.

—Lo que no quieren —dijo el chico— es un pleito.

La abuela se mordió el labio, meditativa.

—Supongo que debes de tener razón. Nunca lo había enfocado así. Creía que yo les traía sin cuidado.

—Puede que no les importes lo más mínimo, abuela, y sin embargo, no quieran que los demandes.

—Haz el favor de leerme las instrucciones para llegar a la consulta.

—*Ya lo he hecho.* Y *ya he estado.* ¡Dios del cielo!

La abuela conducía despacio por una carretera recién asfaltada en dirección a un edificio de muchas plantas y color verde pálido, que

parecía hecho de cristal resplandeciente, y con diferentes alas a partir de un núcleo central. Más allá de aquel edificio había otros más pequeños y más bajos. Todos rodeados de aparcamientos. El chico estaba tratando de hacer coincidir el mapa de Google con el mundo real y le estaba costando.

El «hospital nuevo» estaba formado por un conjunto de edificios de líneas elegantes construidos en las afueras de la ciudad en un paisaje lunar de aparcamientos y suelo en su mayor parte aplanado con excavadoras. En algunas zonas, sin embargo, se había plantado un frágil césped nuevo, regado con agua de aspersores, un agua que subía y bajaba iluminada por el sol.

Aunque todo era nuevo, las zonas de aparcamiento más cercanas al hospital estaban casi llenas. Y resultaban enormes y desalentadoras. Incluso el chico se sintió desanimado.

Había un sitio para que se bajasen los pacientes y visitantes cerca de la entrada principal del resplandeciente edificio verde de muchos pisos, y el chico y su abuela trataron de averiguar cómo evitarle a ella una caminata de más de un kilómetro desde el aparcamiento. Al cabo de un rato el nieto dijo:

—Apéate, abuela. Ya aparco yo el condenado coche. Seguro que en una propiedad privada no va a haber policías de tráfico de Nueva Jersey para pedirme el carné de conducir.

Una prueba de la creciente desesperación de la abuela fue que aceptó la propuesta de su nieto. El muchacho se deslizó hasta el asiento del conductor tan pronto como la anciana salió del coche y lo condujo hasta la zona B del aparcamiento.

La abuela entró en el vestíbulo del reluciente edificio nuevo, refrigerado con ferocidad, y apenas había empezado a mirar a su alrededor en busca de alguien que la asesorase, cuando su nieto, con el Acura estacionado ya, se presentó corriendo para reunirse con ella.

El chico era un corredor condenadamente bueno. Sobre todo en ocasiones como aquella.

En los deportes que se practicaban en el instituto era demasiado perezoso, o se dedicaba a soñar, o se distraía. No lograba tomarse en serio lo que a otros les parecía importante. Todas aquellas

tonterías eran como vivir con la cara pegada a un espejo: no te la veías y, menos aún, todo lo que la rodeaba. Las cosas para críos ya no le atraían ahora que no era un crío.

Todo relucía en el nuevo hospital. Al alzar la vista esperabas ver globos de bienvenida rebotando contra el techo varios pisos más arriba.

—¡Buenos días! ¿Les puedo ayudar en algo?

Una joven sonriente, vestida con colores que entonaban muy bien con los rosas, verdes y azules suaves del vestíbulo, apareció a su lado. La abuela dijo «sí, gracias». Como si no hubiera memorizado el texto, leyó, con el ceño fruncido, un impreso que llevaba en la mano, pronunciando con mucho cuidado las palabras:

—Buscamos el Departamento de Cirugía Ambulatoria.

La cita era para las 9.30. En aquel momento eran las 9.22.

La joven sonriente les informó de que estaban en el edificio equivocado, es decir, en el hospital. El Departamento de Cirugía Ambulatoria estaba en el Pabellón de Especialidades Médicas, en la otra punta del complejo hospitalario.

—Deberían haber dejado el coche en la zona este del aparcamiento y haber utilizado la entrada correspondiente.

—¿Cómo íbamos a saberlo? «Zona este», nada menos —el chico tenía ganas de guerra.

—Si tienen una cita, deben de haberles dado instrucciones y un mapa para llegar al Pabellón de Especialidades Médicas.

—¿Pabellón? ¿Qué es eso? ¿Estamos hablando de un carnaval o algo parecido? ¿Un pabellón no es un sitio donde toca una banda?

La joven sonriente pareció perpleja.

—*Pabellón* es como se llama. Donde *están* las Especialidades Médicas.

La abuela se apresuró a intervenir.

—El Pabellón de Especialidades Médicas ¿se encuentra en esa dirección? ¿Atravesando por ahí?

La joven sonriente dijo sí. Señalaba hacia el interior del hospital: se veía una hilera de ascensores, un corredor reluciente, largo y ancho, un patio con árboles enmacetados y un café al aire libre. Algunos obreros instalaban, haciendo mucho ruido, algo que

requería cables eléctricos más allá de un cartel que decía, elegantemente, ¡DISCULPEN LAS MOLESTIAS!

El chico, con el pulso acelerado a raíz de su carrera desde la zona B, le dijo a la joven sonriente:

—¿Cómo lo va a saber nadie? Nos dijeron que viniéramos al *hospital*.

Siendo estrictos, era probable que aquello no fuese cierto. Cuando la abuela había mencionado su cita en «el hospital nuevo» hablaba en general y por tanto de forma imprecisa, aunque su nieto lo hubiera tomado al pie de la letra y ahora se resistiese a rendirse, a la manera en que un perro leal no cede a otra persona el objeto que su dueño le ha arrojado para que lo coja.

—Si han venido para un procedimiento médico, tienen que haber recibido información, un papel con un mapa —dijo la joven sin alterarse. Seguía sonriendo, aunque su sonrisa se había vuelto tensa —. Pero no hay ningún problema. Aquí me tienen a mí para guiarlos.

El chico estaba que trinaba. Difícil decir por qué. Quizá por ver a su abuela —a través de los ojos expertos de la joven recepcionista— como una mujer de casi setenta años, vestida con demasiada elegancia para la ocasión, decidida a representar el papel de persona *dueña de sí misma, tranquila.*

—Basta con que nos diga la dirección, ya encontraremos el camino —dijo el chico, pero la abuela intervino:

—¡Gracias! Muy amable por su parte.

Juntos avanzaron por el interior del edificio de muchos pisos, con la joven sonriente a la cabeza.

El chico echaba chispas y le rechinaban los dientes.

Le dio un codazo a la abuela, que sujetaba su bolso —demasiado grande y demasiado caro— de una manera que a él le resultaba molesta.

—El numerito de abuela desvalida se queda viejo muy pronto.

—Pues el de nieto maleducado, todavía más deprisa.

El chico rio con aspereza. A continuación observó, con voz llena de sarcasmo, que tenían que haberse equivocado de salida al dejar la autopista.

—Parece que estamos en el hotel Marriott —dijo.

El corredor llevaba hasta otro edificio, el «Pabellón», que sin duda se parecía a un hotel de cinco estrellas. En el centro del vestíbulo había una fuente borboteante; hacía pocos días de la inauguración del edificio y ya algunos visitantes habían arrojado monedas de cobre para que se les concediesen deseos. Por encima se agitaban móviles que representaban pájaros con las alas extendidas, versiones a lo Disney de austeras esculturas de Calder.

Tanto las monedas relucientes como los pájaros que flotaban molestaron al chico. Una clínica no es un *parque de atracciones.*

La joven sonriente se preparaba ya para dejarlos.

—Tomen el primer ascensor a la derecha. En la segunda planta, tuerzan a la derecha. Es imposible perderse; enseguida encontrarán Cirugía Ambulatoria.

A continuación, algo extraño. Lo inesperado. Con demasiada frecuencia, en la vida reciente del chico, se producía aquello, *algo especial.*

Porque la joven les sonreía, pero de una manera distinta. Como si hasta aquel momento no hubiera reparado en ellos dos, en la abuela *y* el nieto. El chico tuvo un escalofrío de miedo.

—¿Saben? Creo que me acuerdo de ustedes. ¿Del hospital viejo? ¿Ustedes dos? ¿Y alguien más? —la joven miró alrededor como si pudiera aparecer alguien que faltaba. Como si cualquiera de las personas que pasaban por el pasillo pudiera volverse, sonreír y saludar.

Hola. Apuesto a que os preguntabais dónde me había metido.

Cuando menos te lo esperas, los sitios desconocidos pueden ser más peligrosos que los conocidos. El chico había llegado a descubrir que era más fácil que un sitio desconocido estuviera «embrujado» por la sencilla razón de que había menos cosas en las que distraer la memoria.

—Me parece que no. Tal vez nos confunde usted con otras personas —con una fría sonrisa, la abuela se dio la vuelta sin la menor vacilación, mientras el chico, en silencio, fulminaba el suelo con la mirada.

En la segunda planta torcieron a la derecha y se encontraron no con un departamento médico, sino con una *suite.* Muy bien amueblada y decorada, con paneles transparentes de cristal del suelo al techo.

La abuela murmuró de modo ambiguo:

—Hay sitios peores que el Marriott.

El chico se detuvo delante de las puertas de Cirugía Ambulatoria. Era como si sus piernas, a semejanza de las de un robot de comedia, se negaran a funcionar.

Empezaba a experimentar *ese sentimiento,* un sentimiento que carecía de nombre y que no hubiera sabido describir. Y una vez que desaparecía tampoco era posible recordarlo de verdad.

—Puedes esperar aquí fuera, Billy Bob —dijo la abuela—. O explorar las instalaciones. O ir a sentarte a la cafetería. ¿Qué *hacen* los adolescentes?

Billy Bob era un nombre en broma. Un chiste.

Nada muy terrible le podía suceder nunca a *Billy Bob,* parecía ser la promesa implícita.

Su nieto le indicó con un gesto el nuevo móvil, que le cabía en la palma de la mano:

—Abuela, no preguntes nunca qué *hacen* los adolescentes.

El chico no acompañó a su abuela a la *suite* con el nombre de Cirugía Ambulatoria, sino que se quedó fuera, mirando. A través de las paredes de cristal que llegaban desde el suelo hasta el techo se veía a la gente en la sala de espera; personas que podían haber estado en cualquier otro sitio, en un aeropuerto quizás, con la excepción de las que iban en silla de ruedas y las calvas (calvas a una edad equivocada y de un sexo también equivocado), y el chico sabía por experiencia que si entraba en aquella sala, cierta *alteración en el aire* le pondría nervioso: ya había empezado a tener una sensación extrañamente triste y acongojante, que era además como de arena deslizándosele debajo de los pies y que daría cualquier cosa por evitar.

La abuela le estaba diciendo a la recepcionista cómo se llamaba. Enseguida le preguntarían *¿Tiene usted un testamento vital?*

El chico sudaba a pesar del aire acondicionado.

La abuela se volvió para señalar a su nieto y que la recepcionista lo viera: allí estaba su *chófer asignado,* la persona que la devolvería a casa.

El chico saludó con la mano a la recepcionista para indicar *Es cierto. Voy a estar aquí. ¡No se preocupe!*

Era un adolescente alto: medía un metro ochenta. *Su estatura* le daba confianza en ocasiones como aquella.

Durante diez minutos, más o menos, se quedó al otro lado de la pared de cristal y estuvo haciéndole muecas a su abuela que, sin prestar mucha atención, hojeaba una revista (la había traído consigo: sabía que no era aconsejable fiarse del material de lectura de las salas de espera) y miraba a su nieto sonriendo, o sonriendo solo a medias, porque estaba distraída, el chico se dio cuenta, aunque fingiese no ver ni enterarse de lo que veía.

Cuando se es un nieto adolescente, resulta muy fácil retrotraerse. Todas las edades por las que has pasado se recuerdan gracias a los abuelos, en el interior de una especie de bruma amorosa resplandeciente, como esos rostros borrosos de la televisión que se utilizan para evitar que se identifique a las personas.

El chico se comportaba de manera un tanto extraña en el corredor, por donde iban y venían otras personas. Pacientes externos y sus acompañantes. No quería marcharse, pero tampoco le apetecía seguir allí.

A la larga uno quiere que suceda algo. Quiere que se decida algo y que se sepan los resultados.

Pero en realidad no querías que sucediera nada. No querías resultados.

El nieto sabía de *resultados*. Sabía que algunos resultados son *irrevocables*.

Debían de haber llamado a su abuela, porque se levantó de repente, con aire atemorizado, algo que el chico querría no haber visto, pero que había visto de manera que intentaría olvidarlo, lo que no es tan difícil como uno creería. Una enfermera sonriente, todavía joven, con bata y pantalones de color pastel, se presentó para acompañar a la abuela al interior de las instalaciones y caminó con

ella como si la estuviera sosteniendo, hasta que desaparecieron de su vista. Al chico, mirándolas, se le secó la boca. Luego retrocedió y se dio la vuelta.

La abuela estaría más o menos noventa minutos en el Departamento de Cirugía Ambulatoria. Tantísimo tiempo desplegándose delante del chico como un complicado juego de manos con una baraja.

Estaba encantado con su móvil, que podía ocuparle durante muchos minutos. Disponía de incontables herramientas informáticas, una pequeña galaxia de aplicaciones. Pero además del móvil en una mano sudorosa, tenía, en un bolsillo de los pantalones multibolsillos de color caqui, un manual de geometría que le pesaba mucho. En los últimos tiempos se había convertido en uno de esos jovencitos sabelotodo que cuentan a los adultos que les gusta la geometría por su *orden y su cordura.*

Empezó a deambular por el segundo piso del Pabellón. Al encontrar una escalera, subió por ella. Demasiado impaciente para estarse quieto, jugando con su móvil.

Pensó *Debería haberme quedado con las llaves del coche. Por si sucede algo y la abuela tiene que pasar la noche en el hospital.*

Todo empezaba así, de ordinario. Análisis, noche en la clínica.

A través de los paneles de cristal que en el tercer piso también llegaban desde el suelo hasta el techo, el chico encontró una sala de espera amueblada igual que la de Cirugía Ambulatoria. Las mismas hileras de asientos y unas cuantas sillas de ruedas. Excepto que allí todas las pacientes eran chicas jóvenes.

Jovencitas esbeltas de largas cabelleras lisas que les caían por la espalda. Chicas de «talla cero». Hermosas muchachas angelicales, con rostros que le fascinaron. Muy atractivas aunque, al mirarlas mejor, las encontró demasiado flacas, tan flacas que asustaban. A pesar de que llevaban ropa muy holgada, el chico notó que eran de una delgadez aterradora, porque las había así en su instituto, no muchas pero sí algunas, y, entre ellas, varias de las más guapas, a las que aprendías a no mirar con descaro, aunque acababas mirándolas. Se dio la vuelta enseguida, pero una cara al otro lado de

la pared de cristal le había enganchado, un rostro le había paralizado. Contó hasta nueve chicas en la sala de espera. Y con ellas —casi no se había dado cuenta— mujeres de más edad que tenían que ser sus madres. *Una sala de espera solo femenina.*

Almacenó la información para transmitírsela a su abuela en el trayecto de vuelta a casa:

—¿Sabes qué era? El Departamento de Trastornos Alimenticios.

—*¡Trastornos Alimenticios!* —diría la abuela—. Algo así podría darme envidia.

—De hecho, se mueren. Muchas —objetaría el nieto, con tono reprobatorio.

Estaba bien informado. Había leído estadísticas sobre el tema. Y una chica de su curso había muerto (¿de un ataque al corazón?) y pesaba solo treinta y cuatro kilos a los quince años.

El chico distraería a su abuela, pero quizá no con los trastornos alimenticios.

Salió del Pabellón y le sorprendieron las ráfagas de aire caliente que atravesaban, veloces, los enormes aparcamientos.

Anduvo alrededor del hospital en busca de la zona B del aparcamiento, casi a un kilómetro. Solo para ver si sabía dónde había dejado el coche. (Sí que lo sabía.) El paisaje era en parte primigenio, tierra arrancada del suelo, montones de tierra roja. Veloces vientos cálidos que lo dejaron sin aliento. *Hola. Apuesto a que os preguntabais dónde me había metido.*

De nuevo dentro del Pabellón de Especialidades Médicas, al chico le gustaba sentirse invisible en medio de un continuo discurrir de desconocidos. A los dieciséis años se es invisible. Se repantigó en un sofá de piel sintética junto a la fuente borboteante. Le fue imposible dejar de contar las relucientes monedas de cobre que veía dentro de la fuente: treinta y dos.

Si las volviera a contar, era posible que le saliese otra cantidad. Asombrado, se preguntó: *¿Por qué? ¿Por qué demonios la gente hace una cosa tan inútil y estúpida?* Era envidia lo que sentía, no desprecio.

Por decimoquinta vez consultó el móvil. Lo que hacía, sobre todo, era borrar mensajes. Sus pulgares se habían convertido en asesinos

experimentados. Su vida había llegado a ser una serie de rápidas eliminaciones: *los* eliminabas antes de que ellos te eliminaran *a ti.*

¡Qué aburrimiento! De pronto, impacientado, se puso en pie de un salto y tomó un ascensor para subir a la cuarta planta —Afecciones Pulmonares, Asma—; a continuación bajó a la tercera por la escalera y una vez allí se asomó al hueco central para ver la fuente borboteante. Desde aquella altura no se distinguían las monedas y no intentabas adivinar cuáles serían los inútiles deseos de unos cuantos cretinos.

Una de las chicas de Trastornos Alimenticios caminaba despacio hacia donde estaba él. Si no fuera por sus ojos abiertos como platos, podría parecer que caminaba dormida.

Debía de tener diecinueve años, aunque aparentaba quince. La cabellera rizada de color castaño rojizo le caía hasta la mitad de la espalda. A diferencia de la mayoría de las pacientes de su departamento, llevaba ropa muy ajustada: pantalones capri de color negro, un suéter tan mínimo que sus diminutos pechos quedaban realzados como vasitos de papel. Sus muñecas eran tan finas que el chico se quedó mirándolas, al imaginar que podría rodearlas dos veces con sus vulgares dedos de varón. Miraba a la chica con tanta intensidad que ella se dio cuenta y se rio de él.

—¿Soy alguien a quien crees que conoces? ¿O eres alguien a quien se supone que conozco yo?

La chica era, ni más ni menos, una preciosidad. Él quiso pensar que la boca no se le había abierto tan desmesuradamente como a un perro.

El aliento de las anoréxicas era ácido. Eso era parte de lo mucho que ignoraban sobre sí mismas. El chico también estaba al tanto de que, cuando se miraban en un espejo, veían algo por completo distinto de lo que veían las personas normales, aunque él era incapaz de imaginar qué era.

—Lo siento. ¿Te he asustado?

La pregunta, viniendo de ella, no debería tener sentido, pero sí que lo tenía. La chica se rio. Su risa sonó como pequeños dardos de fuego.

—Busco los ascensores —dijo él, incómodo.

—Pero no te esfuerzas mucho, ¿verdad? Están hacia allá.

El chico le diría, fanfarroneando, a uno de sus condiscípulos, *He conocido a una chica guapa de verdad. Un poquito mayor que yo. Lista…*

—¿Estás en Trastornos Alimenticios? Casi no hay hombres, nunca me tropiezo con ninguno.

El chico se echó a reír. No supo si sentirse halagado o insultado.

—¿Tengo pinta de estar en Trastornos Alimenticios?

—No estés tan seguro de ti mismo, Fred —dijo ella—; podría tocarte la china cualquier día.

—Creo que no. Comer me gusta demasiado.

—A todos nos gusta *demasiado* comer. De eso tratan los Trastornos Alimenticios, estúpido.

Era la chica de carne y hueso más preciosa que había visto en toda su vida, pero que lo llamaran *Fred* o *estúpido* no era una cosa que le gustase demasiado.

Se dio la vuelta. Tenía un sitio al que ir. La chica captó su expresión de sorpresa y malestar y se compadeció.

—Perdóname. ¡Oye!

El chico se dio la vuelta, pero poco convencido. El lenguaje corporal sugería que no se fiaba de ella, aunque tal vez no había sido más que la sorpresa.

—Me atiborran a pastillas, ¿sabes? Por eso digo cosas tan tontas, joder, pero sin mala intención, Fred.

El chico dijo que muy bien. Que estupendo.

—Sí, pero no lo piensas en serio. Tienes pinta de estar buscando una manera de escaparte. Lo que quiero que entiendas es que no iba con intención. *No va con mala intención.*

El chico dijo que estupendo. Pero que tenía que irse.

—*¡No es estupendo, cretino!* Estoy hablando contigo —dijo ella, alzando la voz.

—¡Miranda!

Una mujer se acercaba a la chica, muy nerviosa. Una mujer, con aspecto de madre, que provocó en su interlocutora un estremecimiento y una mirada tal de aversión juvenil que el muchacho se escandalizó.

—¿Qué coño *quieres*? ¿De dónde coño *sales*?

La mujer trató de aplacar a la chica, pero su error fue tocarle el brazo, que se agitaba.

—Que te den, joder. Ya me has oído, *anda y que te follen.*

El chico escapó en dirección a los ascensores. Oyó sollozos rabiosos, susurros de enojo y un ruido de forcejeo, pero no se volvió para mirar.

La chica que conocí ayer venía de verdad a por mí. Tenía por lo menos, lo más seguro, veinte años. Tan lanzada…

—Que te den, Fred. Con eso no vas a ningún sitio.

La voz del chico era ronca, hostil. Se sentía tan perdido como un electrón girando en el espacio: sin gravedad, sin «órbita».

Por la mañana no había desayunado; ahora tenía un hambre de lobo.

Comió en la cafetería de la primera planta. Se puso morado. De acompañamiento se bebió una Coca-Cola gigantesca. Cualquiera podría pensar que no es posible comprar tantas toxinas en la cafetería de un hospital, pero se equivocaría.

Se aflojó el cinturón de los vaqueros. Era un chico flacucho, y los chicos flacuchos se hinchan en un abrir y cerrar de ojos.

¿Por qué había tantos prejuicios contra el suicidio? A la gente se le tenía que dejar hacer lo que quisiera, ¡qué coño!

Por término medio revisaba el móvil cada tres minutos. No era un *adicto,* era solo algo que hacía. Otras cosas eran aburridas o viejas. Ya las había hecho. Ya las había oído. Llevaba a cuestas el texto de geometría con la intención de ponerse al día en sus deberes para casa, pero el ambiente le distraía demasiado para poder concentrarse. La abuela había dicho que no era una buena idea que faltara a clase por su culpa, pero luego había transigido con la condición de que pidiera a sus profesores los deberes y tratase de estudiar algo mientras la esperaba, y él había dicho, muy molesto, que era ni más ni menos eso lo que se proponía hacer, por el amor de Dios.

En todas las mesas de la cafetería había personas atrapadas: si estabas ahí, era por obligación, imposible que nadie se sentara allí por elección propia, ni siquiera en aquel reluciente hospital nuevo de globos bamboleantes de bienvenida. No importaba que la cafetería fuese más bien atractiva, un sitio que no estaba mal, igual que el menú, para un lugar como aquel. Las personas que pasaban tiempo en la cafetería iban al hospital o al centro médico y todas tenían una historia triste, incluso espantosa, que contar. (El centro médico, era bien sabido, contaba con un prestigioso Departamento de Oncología.) El chico que acababa de atiborrarse no quería oír ni una sola de todas aquellas historias. Ya le enfermaba lo suficiente su triste historia personal.

Estaba escuchando, sin embargo, a dos mujeres que hablaban en una mesa vecina: una llevaba ropa de calle; la otra, un camisón azul de hospital, con una bata por encima, y calcetines también de hospital. En el dorso de la mano tenía clavada una aguja por la que entraban, gota a gota, fluidos intravenosos desde un recipiente de plástico colgado de un portasueros, sin dejar por ello de sonreír con desenfado. Las dos mujeres parecían hermanas —no eran jóvenes, pero sí bastante atractivas— y se reían más de lo que se consideraría normal dadas las circunstancias.

En el hospital viejo, los enfermos se escabullían para fumar al aire libre con su portasueros. Era algo que iba en contra de todas las normas, además de contra el sentido común, pero él había ayudado a uno de aquellos pacientes más de una vez.

En cierta ocasión, ella le había dicho:

—Buenas y no tan buenas noticias.

—¿Voy a saber reconocer cuál es cuál?

La enferma se había echado a reír. La risa se transformó en un ataque de tos. La bolsa de plástico con fluidos intravenosos se estremeció.

—Tienes razón. No hay mucha diferencia.

Después dijo:

—La buena noticia es que dejan de darme la quimio. La mala es que dejan de darme la quimio.

Aquello había sucedido en el hospital viejo. El chico pensó: *Al carajo con el maldito hospital viejo*.

Tomó el ascensor para ir a la segunda planta y torció a la derecha. Se estaba sintiendo ya un poco asustado.

Noventa minutos exactos desde que había dejado a su abuela. Había logrado resistir el deseo de volver antes, porque una realidad de la vida era que las intervenciones médicas nunca terminaban *pronto.*

Esta vez abrió la puerta y entró en la sala de espera. Se acercó a la recepcionista y le dio el nombre de su abuela y el suyo propio. La recepcionista llamó a los responsables. Al chico se le dijo que tomara asiento porque la abuela estaba aún en reanimación, pero él fingió no oír porque no quería verse atrapado en un asiento, porque quería conservar el libre uso de sus piernas. Era, sin embargo, demasiado alto y demasiado mayor para deambular por la sala de espera molestando a los pacientes que estaban sentados, algunos en sillas de ruedas, yendo de aquí para allá, cogiendo revistas como *Smithsonian, Scientific American* o *Your Health* para hojearlas y luego volver a dejarlas en los revisteros.

Al cabo de unos veinte minutos la abuela apareció en una silla de ruedas empujada por una enfermera.

El chico se la quedó mirando: algo se le empezó a debilitar en la cabeza y se sintió de verdad raro, pero se recuperó deprisa; casi se había repuesto del todo cuando a su abuela la llevaron junto a él con una mano alzada… en su dirección.

—Billy Bob: tienes pinta de estar más bien *mareado.*

La abuela hablaba con tono festivo. Se acababa de pintar los labios exangües para sugerir que disfrutaba de excelente humor, que estaba como una rosa y que tenía muy buen aspecto después del procedimiento médico «ultrainvasivo».

Era solo…, era solo que ver a su abuela en silla de ruedas resultaba… una especie de…, de sorpresa…

—Sí, mi joven amigo. Se puede decir que tienes *muy mala cara.*

La enfermera que la llevaba en la silla de ruedas rio al comprobar el buen humor de la paciente. Mientras la ayudaba a levantarse y a

empezar a andar, le dio las gracias, diciendo con notable firmeza que se sentía «cien por cien recuperada» y que no necesitaba más ayuda.

Era parte del protocolo médico sacar a los pacientes en silla de ruedas cuando terminaban la reanimación, tanto si se sentían débiles como si no. No quería *decir nada,* como su nieto sabía muy bien.

Estaba un poco tembloroso, pero trató de pensar una respuesta chistosa. La abuela se reía de él.

—Te he dado un buen susto, ¿no es eso? He visto la cara que ponías.

—El problema es que yo he visto *la tuya.*

(Aquello tenía muy poca gracia. El chico se devanaba los sesos buscando respuestas ingeniosas breves. Pero solo conseguía pensar en chistes a partir de *eres tan feo…* Como hundir la mano en un bolsillo buscando, desesperado, un pañuelo de papel… sin encontrar nada. Y tener que sonarte en la mano.)

La abuela se sentía bien, dijo. O quizá un poquito mareada pero *bien.* Nada de dolor, ¡nada en absoluto! O, si lo había, era como si estuviera en otra habitación, nada inmediato. Cogió al chico de la mano y él sintió sus dedos helados, y por segunda vez temió desmayarse, pero no pasó nada.

¡Cielo santo, los dedos de la abuela eran *tan finos*!

El chico acompañó a la abuela desde Cirugía Ambulatoria hasta el vestíbulo. La dejaría en la entrada y correría, correría mucho —hasta la zona B del aparcamiento— y regresaría con el coche para recogerla.

—Lo curioso de la anestesia es que has estado *ausente,* pero no recuerdas nada. Cuando te despiertas no estás del todo segura de no haber muerto, pero supones que tampoco estás viva del todo.

El chico rio entre dientes, como para indicar que aquella era una observación por demás ingeniosa de la abuela, que se estaba arrellanando en el asiento del acompañante. A continuación reconoció que quizá se sentía un poquito… cansada. Quizás cerrase

los ojos durante el camino a casa. Y al llegar, tal vez se echara una siesta.

El chico estaba encantado con el Acura último modelo, de color blanco perla, que se agarraba de maravilla a la carretera. Un motor silencioso, como un corazón que no se desmanda.

Había ayudado a la abuela a elegir el vehículo, entregando, como parte del pago, un automóvil más viejo y menos bueno.

El chico se sentía bien conduciendo. Se sentía pero que muy bien.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Te han hecho una radiografía? ¿Análisis de sangre?

No tenía planeado preguntar nada, pero se oyó hacer aquellas preguntas.

La abuela guardó silencio unos momentos. Su nieto decidió no darse por enterado.

Luego, con habilidad, ella cambió su débil voz de soprano para imitar el sonsonete de una voz masculina, china, casi seguro.

—Los resultados no están disponibles todavía, señora Cosby. La llamaremos mañana por la mañana.

El chico se echó a reír y sintió un gran alivio riendo.

Mastín

Lo habían visto antes, en la senda. El perro enorme.

Tiraba con tanta fuerza de la correa que al joven que lo sujetaba se le marcaban mucho los músculos de las pantorrillas, mientras decía entre dientes lo que sonaba como «¡Maldito Rob Roy! Condenado perro», con tono de exasperado afecto.

A lo largo de la senda había carteles prohibiendo que los perros fuesen sueltos. Al menos aquel animal enorme iba atado.

La mujer miró al animal que, a menos de cuatro metros, resollaba y jadeaba. Tenía una cabeza más grande que la suya, prominente hocico negro, vidriosos ojos saltones. Las mandíbulas eran poderosas y llevaba la boca abierta; le brillaba el morro y babeaba, mientras que la lengua, larga, ancha y rosada, parecía un órgano sexual. Piel pálida y moteada, tórax poderoso, patas y lomo muy musculosos, rabo corto y tenso. Podría haber pesado casi cien kilos. Su jadear era húmedamente audible, inquietante. El joven de barba descuidada que sujetaba la correa de cuero con las dos manos y vestía una sudadera beis con capucha, pantalones cortos multibolsillos de color caqui y botas de acampada, miró a la mujer y al hombre que la seguía con ojos entornados y una expresión que podía ser contrita o defensiva; o quizás, pensó la mujer, se estaba riendo de ellos, excursionistas ordinarios sin un enorme perro monstruoso que les descoyuntara los brazos de tanto tirar.

La mujer pensó *Eso no es un perro. Es un ser humano a cuatro patas. ¡Qué expresión en la cara!*

Ideas así de surrealistas bombardeaban el cerebro de la mujer tanto despierta como dormida. Mientras nadie más estuviera al tanto, no le daba mayor importancia.

Por fortuna, el enorme perro y su amo se disponían a tomar una senda distinta por Wild Cat Canyon. El mastín siguió avanzando,

lleno de entusiasmo, olfateando el suelo, y detrás el joven, que maldecía en voz baja. La mujer sintió alivio, ¡aquel perro horrible no la había atacado! Continuó junto con su compañero por la senda principal, que ascendía más o menos cuatro kilómetros hasta llegar a la cima, Wild Cat Canyon Peak.

Al advertir la inquietud que el perro había provocado en su acompañante, el hombre hizo un chiste que la mujer no oyó del todo y del que no se dio por enterada. Caminaban en fila india, ella delante. A la mujer le hubiera gustado que el hombre le tocara el hombro para confortarla, como podría haber hecho cualquier otra persona, pero sabía que no lo iba a hacer y no lo hizo. Procedió, en cambio, a explicarle con tono de ligero reproche que el perro era un mastín inglés: «Hermoso perro».

La mujer interpretó aquella observación casi como una reprimenda. Gran parte de lo que el hombre le decía lo entendía como reproches por su estrechez de miras, por su actitud medrosa. A veces la mujer divertía al hombre por esas razones. Otras lo exasperaba y ella veía en su rostro caballeroso una expresión de sorprendida desaprobación, de desprecio disimulado. En esos casos pensaba *Me tiene calada. Ve mis subterfugios, mi ignorancia. Mi desesperación.*

Enseguida dijo, por encima del hombro, con una risita absurda:

—¡Sí! Muy bonito.

La excursión de aquel día hasta la cima de Wild Cat Canyon iba a ser cuesta arriba, camino del sol. Manchas de luz y sombra en la senda, breves momentos de quedar cegados por tanta claridad. A la mujer le encantaba estar al aire libre e ir de excursión con su acompañante. Con *aquel* hombre que le habían presentado como alguien muy prometedor siete semanas y cuatro días antes, en una cena en casa de un amigo común en las colinas al norte de Berkeley.

La excursión había sido idea de él. O, más bien, de manera indirecta, con lo que (pensaba la mujer) podía haber sido una estrategia de timidez, como las que también usaba ella, se había limitado a decirle que iba a salir de excursión aquel fin de semana y, ¿le gustaría acompañarlo?

De esa manera no se arriesgaba a ser rechazado. A la mujer se le había hecho saber que, si salían juntos, ella lo acompañaba *a él*.

Para entonces ya habían dado paseos juntos, pero una excursión tan ambiciosa, a la cima de Wild Cat Canyon, le pareció a la mujer algo muy diferente.

Había dicho, con su risita absurda:

—¡Sí! Me encantaría.

A última hora de la tarde llevaban varias horas de excursión y, siempre en fila india, descendían ya de la cima del cañón con ciertas precauciones. La mujer iba delante, dado que el hombre, excursionista más avezado, no quería perderla de vista, porque temía que tuviera un accidente. Le había desconcertado un tanto al insistir en utilizar zapatillas ligeras de deporte y no, como en su caso, botas de escalada.

Tampoco se le había ocurrido proveerse de agua. El hombre llevaba una botella de plástico de medio litro para los dos.

A él la mujer le había parecido divertida. También era posible que le hubiera enojado un poco.

Sí, la mujer le atraía. Esperaba que llegase a gustarle más en el futuro; esperaba llegar a adorarla. Había estado muy solo durante mucho tiempo y lamentaba con amargura la soledad de su vida.

Al inicio de la excursión, en un día de finales de marzo, el tiempo había resultado ser inesperadamente templado. A mediodía la temperatura alcanzaba los veinte grados. Ahora, al hundirse el sol por el cielo de poniente como un ensangrentado huevo roto, la oscuridad y el frío empezaban a brotar de la tierra. El hombre había sugerido a la mujer que metiera una chaqueta ligera de dril en la mochila, porque sabía lo deprisa que descendía la temperatura a última hora de la tarde en una senda de montaña, pero la mujer solo llevaba un suéter, unos vaqueros y un gorro con visera más apropiado para verano. (Los ojos de la mujer eran muy sensibles a la luz incluso con gafas de sol. Le fastidiaba mucho la facilidad con que se le llenaban de lágrimas que luego le caían por las mejillas como un reconocimiento de la debilidad femenina.) Había desconcertado al

hombre al presentarse sin mochila con la excusa de que detestaba «ir cargada».

Ahora, con el frío creciente, había empezado a tiritar. Si hubiese dejado de apretar con fuerza las mandíbulas, los dientes le habrían castañeteado.

Primero habían subido, ascendiendo en curva entre pinares, hasta alcanzar una vista espectacular desde la cima de Wild Cat Canyon, donde se alzaba un monumento al terrateniente ecologista de principios del siglo XX que había donado miles de hectáreas al estado de California para crear el parque. Después la senda descendía, con curvas muy pronunciadas, hasta su inicio a una hora de marcha y al aparcamiento que se «cerraría», como advertían los carteles, a las seis de la tarde. Eran ya las cinco menos veinte.

En la cima el hombre había hecho fotos con su cámara nueva mientras la mujer contemplaba con detenimiento el espectacular panorama. En el horizonte se divisaba una franja de azul luminoso: el océano Pacífico, a muchos kilómetros de distancia. Más cerca se veían pequeños lagos y cursos de agua. Las colinas estaban extrañamente esculpidas, como los montes pelados en los cuadros de Thomas Hart Benton.

El hombre había dado a la mujer agua para que bebiera. Aunque ella había dicho que no tenía sed, él había insistido. Existe peligro de deshidratación cuando se hacen esfuerzos, dijo. Hablaba con severidad, como un padre al que no es razonable oponerse.

El hombre se expresaba con la confianza de alguien a quien raras veces se lleva la contraria. A ella, en ocasiones, le gustaba aquel aire de autoridad, pero en otras le molestaba. Él parecía mirarla siempre con aire desconcertado, como un científico que se enfrenta con un ejemplar extraño. No quería pensar (aunque era lo que hacía, de manera obsesiva) que debía de estar comparándola con otras mujeres que había conocido y la encontraba deficiente.

Una vez en la cima, absorto en sus fotografías, había parecido olvidarse de ella. ¡Qué infantil, qué autosuficiente y exasperante! La mujer no había estado nunca tan en reposo *consigo misma.*

Casi por espacio de una hora se entretuvo él en la cima, haciendo fotografías. Durante aquel tiempo otros excursionistas llegaron y se marcharon. Para la mujer no supuso ningún esfuerzo hablar unos instantes con ellos mientras el hombre parecía no advertir su presencia. No era su costumbre, le explicó a la mujer, entablar conversación con personas «al azar». «¿Por qué no?», le había preguntado ella, y él había dicho, con una mirada que sugería que semejante pregunta le resultaba casi incomprensible: «¿Por qué no? Porque nunca voy a volver a verlos».

Con su risita impertinente, la mujer dijo: «Pero esa es la mejor razón para hablar con desconocidos: saber que nunca volverás a verlos».

Al menos el joven de la barba descuidada con el perro enorme, el mastín inglés, no había escalado hasta lo más alto de Wild Cat Canyon.

Pero sí llegaron hasta allí otros excursionistas con perros. De hecho, una verdadera procesión de perros, de todas las razas y tamaños, la mayoría, por suerte, bien educados y poco inclinados a ladrar; algunos detrás de sus amos, perros de más edad, con aspecto de sentirse castigados y de haberse quedado sin resuello. Los ojos húmedos, apagados, de aquellos perros más viejos parecían buscar los de la mujer.

—¡Qué perro tan simpático! ¿Cómo se llama?

O preguntaba, los ojos muy abiertos:

—¿De qué raza es?

La mujer entendió que su acompañante había tomado nota de que el mastín, al principio de la excursión, le había dado miedo. De que había tenido un momento de crispación al ver al feo animal jadeante que debía de ser el perro más grande de su especie que había visto nunca, casi tan grande como un san bernardo. De que se había quedado mirando sus mandíbulas babeantes y sus ojos vidriosos, ciegos en apariencia, como si reconociese algo innombrable.

Y por eso en lo más alto de Wild Cat Canyon la mujer se había esforzado por conversar con los dueños de perros, a su manera expansiva, cordial, ligera. Les había preguntado por sus perros, incluso había dado palmaditas a los más pacíficos.

De niña, a los nueve o diez años, la había atacado un pastor alemán que ladraba con ferocidad. No había hecho nada para provocar la agresión y solo recordaba que gritó y trató de correr mientras el perro ladraba y lanzaba dentelladas a sus piernas descubiertas. Estaba convencida de que solo la había salvado la intervención de unos adultos.

Al hombre no le había contado muchas cosas sobre su vida. Todavía no. Y tal vez nunca. Su lema era «No confieses nunca tus debilidades».

En especial a desconocidos, eso era esencial. *No confieses nunca tus debilidades.*

Técnicamente hablando, la mujer y el hombre eran «amantes», pero no íntimos. Se podría decir (sobre todo podría decirlo la mujer) que, en esencia, eran desconocidos.

A ella le gustaba decirles a sus amigas, para que se rieran, que no quería *casarse* sino *estar casada.* Quería una relación que, ya de entrada, pareciese madura, sin necesidad de ser antigua y asentada. La novedad y la inexperiencia no la atraían.

—Perdóname, ¿cuándo crees que podremos marcharnos? —la mujer le preguntó, vacilante, poco deseosa de hacerle perder su concentración.

Durante su relación mutua la mujer no había manifestado ninguna impaciencia, no había alzado nunca la voz.

Por fin el hombre guardó su cámara, que era un instrumento pesado y complicado, en la mochila. Y la botella de agua, que solo contenía ya cuatro o cinco centímetros de líquido. «Quizá la necesitemos, más adelante.» Todos sus movimientos eran medidos y pausados, como si estuviera solo, y la mujer, de repente, sintió una oleada de desagrado por el hecho de que se preocupara tanto de cuestiones triviales y, sin embargo, no la quisiera.

No había aseos en la condenada senda, por supuesto. Se trataba de recorridos serios, para excursionistas serios. Con añoranza, la mujer se acordó de los servicios disponibles al inicio de la ascensión, a una distancia considerable de donde se hallaban. ¿Cuánto tiempo les llevaría regresar hasta allí? ¿Otra hora? Para los excursionistas varones, pararse a orinar en el bosque no era un problema; para las

mujeres, en cambio, suponía un esfuerzo y un bochorno. Verse forzada a hacer sus necesidades en un bosque era algo que no le había vuelto a suceder desde que, todavía muy joven, se encontró atrapada en una odiosa excursión interminable durante un campamento de verano en los montes Adirondacks. El recuerdo era confuso y borroso por la vergüenza y por la humillación ligada a la insignificancia misma de la molestia. Si se lo hubiera contado a su acompañante, se habría reído de ella.

Al dirigirse en coche hacia el parque, los dos se habían sentido muy felices juntos. A veces les sucedía, de manera impredecible, que disfrutaban de un repentino estallido de felicidad, incluso de alegría, por el hecho de estar juntos. El hombre se había mostrado inusualmente hablador. La mujer se reía de sus observaciones, sorprendida de que pudiera ser tan divertido. Se había sentido muy halagada, pocos días antes, cuando había ido a visitarla en su galería de arte y había adquirido una pequeña escultura de esteatita.

La mujer se había movido en el asiento del acompañante para acercarse más a él, como podría haberlo hecho, de manera impulsiva, una chica joven. ¡Qué natural le había resultado aquel ensayo de intimidad!

Habían pasado tiempo juntos en casa de ella, en la cama de su dormitorio en el piso de arriba, pero nunca toda una noche. El hombre se sentía incómodo y ella, obligada a comportarse como si él fuera un invitado a quien había que tratar con deferencia pero sin intimidad. No había sido capaz aún de dormir a su lado porque su presencia física le resultaba demasiado abrumadora, demasiado grande el espacio que ocupaba en su cama. Desnudo y en posición horizontal parecía mucho más grande que vestido y en vertical. Respiraba haciendo un ruido húmedo, con la boca abierta y, aunque se despertaba sin poner mala cara cuando ella le daba suaves codazos, no había querido despertarlo demasiadas veces. Se había resignado a seguir despierta, oyéndolo respirar Su malestar físico, sin embargo, era agudo: *No puedo dormir, no voy a dormir nunca si tengo a este hombre en mi cama.*

Nunca se había sentido cómoda con un hombre en estrecho contacto físico, a no ser que hubiera bebido. Pero él apenas bebía. Y

la mujer no se abandonaba ya a la bebida, aquel tipo de vida era algo del pasado.

En la radio del coche habían oído una pieza para piano de Janáček, el compositor checo, con el título traducido como «Entre la bruma». Ella reconoció la composición al cabo de muy pocas notas. De muy joven había tocado aquel ciclo para piano. Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordarlo.

Durante las notas del piano —sombrías, inconfundibles, en un tono menor «brumoso»—, el hombre siguió hablando como si no oyera la música. La mujer escuchó con avidez el piano y no las palabras del hombre, si bien su voz quedaba bañada por la belleza melancólica de la música y sintió lo mucho que lo amaba o que podría llegar a amarlo.

Será el definitivo. Ya es hora.

La mujer tenía cuarenta y un años. Creía que el hombre era varios años mayor. Los había presentado un amigo común, unido por lazos más fuertes al hombre que a la mujer; a él le había dicho *Te gustará Mariella. Te gustará su cara;* y a la mujer, *Simon es una persona extraordinaria pero eso puede no ser evidente en un primer momento. Dale tiempo.*

El hombre había sido director de un prestigioso laboratorio de investigación de Berkeley, en California, durante muchos años. El trabajo era la ocupación más importante de su vida. Consideraba sacrosanta, incuestionable, la verdad científica, además de impersonal y trascendente. Su trabajo sería su legado. Idealista, apóstol de la educación científica y de la conservación del medio, era en extremo generoso con científicos más jóvenes y mentor legendario de sus estudiantes graduados y posdoctorales. No se había casado. No estaba seguro de haberse *enamorado* nunca. No tenía hijos aunque siempre los había deseado. No estaba satisfecho con su vida fuera del laboratorio. Se sentía engañado, pero le parecía absurdo que otros pudieran compadecerlo. Sobre todo colegas más jóvenes a los que había ayudado en su carrera.

Aquel mismo año se había sentido inquieto al visitar a uno de sus protegidos del instituto Salk, que estaba casado, tenía varios hijos y una mujer que también era investigadora: la joven familia vivía en

una casa de madera de cedro de dos plantas en hectárea y media de terreno boscoso. En aquel hogar había sentido con intensidad lo vacía que estaba su vida en la casa alquilada, a medio amueblar, cerca de la universidad, en la que llevaba más de veinte años viviendo, extrañamente orgulloso de que desde allí podía ir al laboratorio en bicicleta o andando sin ninguna dificultad.

Se había despedido de la joven familia impresionado y destrozado. Y no mucho después le habían presentado a la mujer de quien le habían dicho *Te gustará el rostro de Mariella.*

También ella se sentía sola e insatisfecha, pero más que de sí misma estaba sobre todo insatisfecha de los demás. Había tenido relaciones muy intensas con hombres desde sus años de universidad, pero de manera invariable siempre con varios, viéndolos al mismo tiempo, lo que le impedía comprometerse a fondo con ninguno de ellos. Por otra parte, la hería lo indecible que un hombre no se interesase solo por ella. Había sido testigo de la actitud servil de su madre en el matrimonio. Su padre, alto y apuesto, no valoraba a su mujer, que se había humillado por él; la había abandonado cuando su hija no era más que una niña y raras veces visitaba a sus hijos. Toda su vida había echado de menos al padre ausente pese al resentimiento que le inspiraba. Su fantasía era que regresaba y que ella y su madre lo rechazaban con estallidos de risa desenfrenada.

Pensaba *Es de locos ser vulnerable como lo son las mujeres. Nada se merece tanto sufrimiento.*

Era, sin embargo, una mujer atractiva. Dentro de un pequeño círculo de amigos despertaba muchas simpatías y se la admiraba. Vestía con elegancia. Tenía abundantes actividades sociales. Había invertido con acierto en una galería de arte. Pese a todo ello, gran parte de su vida mental era su preocupación por cómo la veían los ojos de los demás. Apenas conseguía forzarse a examinar su imagen en un espejo: lejos de ser hermosa, ni siquiera bonita, su rostro era demasiado pequeño, en forma de corazón, la barbilla demasiado estrecha, los ojos demasiado grandes y hundidos en las órbitas. Le desagradaba mucho ser *menuda*. Le hubiera gustado medir un metro setenta y cinco, caminar con arrogancia femenina, con confianza sexual. Pero con un metro sesenta no le quedaba otro

remedio que ser la receptora, el receptáculo mismo, de un deseo masculino.

La preocupaba haberse distanciado tanto de su familia, de sus parientes y de los amigos de la juventud. Cada vez que participaba en un brillante acontecimiento social, algo parecía apagársele dentro. Sentía cómo se infiltraba en su interior la falta de vida, una indiferencia helada. Cuando sus amigas, tan íntimas suyas como si fueran sus hermanas, la abrazaban y besaban al final de una velada, cuando el marido de otra amiga le rodeaba la cintura con el brazo para besarla, de una manera que pasaba un poco de lo amistoso, con demasiada vehemencia: —«¡Buenas noches, Mariella!»— sentía cómo la frialdad en su interior respondía *No me importaría lo más mínimo no volver a veros nunca.*

Se reía de sí misma ante un vacío tan grande. Un agujero en el corazón.

Podría haberse echado a llorar. Pronto cumpliría cuarenta y dos años.

Sucedía sin embargo que, en compañía de su nuevo amigo, sentía un extraño optimismo. Aunque no pudiera enamorarse, tal vez fuera suficiente que él se enamorase de *ella;* suficiente para que tuvieran un hijo, por lo menos.

(¿Qué habría pensado él si se hubiera enterado de lo que tramaba ella? ¿O se trataba solo de inofensivas fantasías, casi sin probabilidad alguna de llegar a realizarse?)

(En sus momentos de mayor debilidad se lamentaba de no tener hijos; muy pronto sería demasiado mayor. Los niños pequeños, de todos modos, la aburrían, incluso sus sobrinitas y sobrinitos, aunque reconociera que eran muy guapos.)

Ahora, al descender por la senda, deseosa de abandonar el parque que le había parecido tan hermoso horas antes, empezaba a sentirse atribulada. El largo descanso en la cima la había debilitado. La indiferencia de su acompañante la había deprimido. Mientras el sol se desplazaba por el cielo, sus fuerzas la abandonaban.

Meditabundo y silencioso, caminaba él detrás de la mujer, a veces tan cerca que casi le pisaba los talones. Ella sentía el deseo de

volverse y gritarle: «¡No hagas eso! ¡Voy todo lo deprisa que puedo!».

Tan absorta estaba con la voz dentro de su cabeza que solo se dio cuenta a medias de que estaba oyendo un sonido familiar en algún lugar cercano: unos resoplidos húmedos, como de respiración entrecortada. La senda siguió descendiendo, doblándose sobre sí misma; ahora otra senda más baja corría paralela y se reuniría con ella pocos metros más allá, y en aquella segunda senda dos figuras se apresuraban: una de ellas, la que iba delante, era un animal de grandes dimensiones que avanzaba a la carrera.

La mujer oyó el jadeo frente a ella. La dominó una sensación de miedo.

No le quedaba más remedio que seguir andando a trancas y barrancas. Horrorizada, vio delante, inevitable, al enorme mastín. Los húmedos ojos relucientes estaban fijos en ella; ahora no parecían casi ciegos, sino enfocados con total precisión. Con una especie de indignación canina que muy pronto se transformó en furia, el animal empezó a ladrar a la mujer acongojada, tirando de la correa, mientras el joven de la barba desgreñada le gritaba que *se sentara.*

A la mujer no se le escapó la necesidad de evitar el miedo a toda costa y de no provocar al enorme perro por ningún motivo. Siempre es un error dejar traslucir las propias debilidades. Su pánico ante lo que le pudieran hacer aquellos dientes y afiladas garras.

No consiguió evitarlo: gritó y retrocedió. Era la peor reacción posible ante el perro que, enloquecido por el terror de la mujer, saltó hacia ella entre sonoros ladridos y gruñidos, arrancando la correa de manos de su dueño.

En un instante el mastín estaba sobre ella, gruñendo y mordiendo, casi a punto de tirarla al suelo. Pese a su terror, la mujer pensaba *La cara. Tengo que protegerme la cara.*

Detrás de ella, su acompañante intervino enseguida. A la mujer le pareció intrépido, asombroso: tiró de ella y la protegió con su cuerpo, mientras gritaba al dueño del mastín que controlara al condenado perro.

El joven gritaba en vano «¡Rob Roy! ¡Rob Roy!». El perro no le hacía el más mínimo caso, atacando al hombre con ferocidad, alzado sobre las patas traseras y embistiéndolo como para tirarlo al suelo y una vez derribado destrozarle la garganta con sus colmillos amarillentos.

El frenético forcejeo no pudo haber durado más de unos segundos. Con gran determinación el hombre trataba de apartar al perro, golpeándolo con los puños, dándole patadas. El joven de la barba descuidada tiraba del collar del mastín, entre maldiciones. Con muchas dificultades logró separar al animal de su víctima, que sangraba profusamente por las heridas de las manos, los brazos y la cara.

Ya estaba incluso con una rodilla en tierra. El mastín podría haberle desgarrado la garganta de no ser porque el dueño tiró con toda su fuerza, como para romperle el cuello al perro.

La mujer, aterrada, se encogía detrás del hombre. Siempre recordaría con qué decisión había saltado para defenderla, sin pensar para nada en su seguridad personal.

En la confusión del forcejeo, la mujer sintió algo tibio en el rostro. No era sangre sino las odiosas babas del perro.

El dueño del animal consiguió por fin apartarlo de la pareja, aunque seguía ladrando, histérico, mientras arremetía contra ellos y saltaba con los colmillos al aire. La mujer gritó:

—¡Ayúdele! ¡Busque ayuda! Se va a desangrar.

El joven se disculpó repetidas veces. Sujetaba con las dos manos al animal, que seguía forcejeando. Aseguró que no había hecho nunca nada parecido, nunca… «¡Santo cielo! Voy a buscar ayuda.» Había un puesto de guardas forestales a menos de un kilómetro sendero abajo, dijo el joven. Bajaría corriendo, conseguiría que los guardas vinieran a ayudar.

Sola con el herido, la mujer lo estrechó contra su pecho mientras él gemía y se estremecía de dolor. ¿Se hallaba en estado de shock? Al tocarlo, la mujer comprobó la frialdad de su piel. Apenas entendía lo que había sucedido, todo con tanta rapidez.

El perro enloquecido también le había mordido y arañado a ella las manos. Reparó en cortes y raspaduras y en que sangraban. Temía,

sin embargo, por el hombre. Buscó su móvil con manos temblorosas y trató de llamar al 911, pero fallaba la cobertura. Se preguntó si debería intentar hacerle un torniquete para detener el flujo de sangre del antebrazo. Años atrás, todavía estudiante de bachillerato, había asistido a un curso de primeros auxilios, pero… ¿se acordaría ahora? ¿Había que usar un palo para hacer un torniquete? Recorrió con los ojos los alrededores, buscando… ¿qué? Pensaba demasiado despacio, con la dificultad de alguien que, dentro de un sueño, trata de caminar hundido en el barro. Como un estúpido pájaro atrapado, el corazón le latía descontrolado dentro del pecho.

El hombre insistía en que estaba bien y en que podía caminar hasta el puesto de los guardas forestales.

—Escucha, no me voy a morir.

Sus intentos de reír resultaron grotescos. No se daba cuenta de lo desgarrada y ensangrentada que tenía la cara.

Le ayudó a levantarse. ¡Cuánto pesaba y qué falto de coordinación lo notó! Su rostro era una máscara de sangre, resultaba aterrador ver que llevaba trozos de piel colgando de las mejillas y de la frente. También tenía rasgado el lóbulo de una oreja.

Sus ojos, al menos, habían salido indemnes.

Muy torpe, la mujer le rodeó la cintura con un brazo. Aunque con grandes dificultades, pudo caminar apoyándose en ella. La mujer trataba de consolarlo: no tenía ni idea de lo que le decía, excepto que la ayuda llegaría enseguida, que se pondría bien… Veía las mangas y el delantero de su suéter empapados de sangre oscura.

Para entonces el sol se había hundido por debajo de la línea de árboles. Atardecía y el aire estaba frío y húmedo como después de la lluvia. A ella le castañeteaban los dientes. Los dos descendieron por la senda dando tumbos. Empezaron a oír voces, gritos: dos guardas forestales venían corriendo por el sendero, ya en sombras, con linternas, gritando. El herido cojeaba, el rostro crispado por el dolor. Tenía cortes en la ropa, como hechos por unas tijeras gigantescas. Aunque sin duda pesaba treinta kilos más que ella, la mujer estaba consiguiendo mantenerlo erguido, temblorosa por el esfuerzo. A punto ya de desplomarse, se lo retiraron de los brazos.

Los llevaron a los dos al puesto de guardas forestales y les prestaron los primeros auxilios. Líquidos para esterilizar las heridas, vendajes. Para el antebrazo lacerado del hombre, un torniquete aplicado con habilidad por el guarda forestal de más edad. Hicieron la observación de que había tenido suerte: «La arteria no estaba seccionada». El ataque de un perro podía ser grave, existía la posibilidad de la rabia. Era imprescindible localizar al animal.

El joven de la barba descuidada había huido del parque con su mastín. Sin dar parte del ataque, por increíble que pareciera. Pero lo habían visto otras personas y lo habían denunciado. Un excursionista que regresaba a su coche en el aparcamiento había apuntado la matrícula de su todoterreno.

Por debajo de las vendas, el rostro del hombre había adquirido un color ceniciento. Su respiración era rápida y superficial. Se le instó a que se tumbara en una litera. A pesar de sus protestas se llamó a una ambulancia. Los mordiscos de perro son muy peligrosos, dijo el guarda forestal. Había que denunciar aquel ataque violento. Se procesaría a su dueño. Con el agravante de abandonar el escenario del ataque… al muy hijo de puta también se le procesaría por eso.

Las lesiones faciales requerían puntos, era evidente. No bastaba con los primeros auxilios. La mujer había visto con horror lo que los dientes y las uñas del mastín le habían hecho a su amigo. La gasa de las vendas estaba empapada en sangre.

A los pocos minutos la ambulancia se presentó en el parque casi desierto ya. La mujer, llorosa, quería ir con el herido en la ambulancia, pero él insistió en que utilizara su ranchera y fuese con ella al hospital; no quería que su vehículo pasara la noche encerrado en el parque.

Pese a las heridas, a estar medio aturdido por el ataque y a hablar con dificultad, el hombre parecía pensar con calma y de manera racional.

La mujer tomó las llaves del coche de los dedos temblorosos de su amigo, así como su cartera y su mochila, y siguió a la ambulancia con la ranchera por carreteras de montaña llenas de curvas. Le costaba trabajo respirar; la soledad era tan palpable y asfixiante como algodón en rama.

¡Dentro de la ranchera de su amigo, sin estar él al volante! Le parecía desconcertante, antinatural.

Pensó *Lo curarán como es debido. Saldremos los dos adelante, una vez allí.*

Podría dejarlo entonces. Llamar a un taxi para que la llevase a su casa, que estaba a menos de veinte kilómetros.

Lo que le resultaba terrible, lo que no lograba entender, era que el dueño del perro hubiera huido sin dar parte del ataque. Al joven de la barba descuidada, que parecía muy afectado por lo sucedido, le había importado tan poco el bienestar de las víctimas que se había escabullido a sabiendas de que, si las autoridades no localizaban al perro, las dos víctimas necesitarían la vacuna antirrábica.

Los guardas del parque le habían explicado que el dueño del perro sería detenido en cuestión de horas. Ya se había informado del ataque a la policía local. Se dictaría una orden judicial para detenerlo. A ella se le aseguró que las autoridades lo encontrarían y que se examinaría al animal por si estaba rabioso, pero dado su desconsuelo, apenas había sido capaz de escuchar ni de valorar lo que se le decía.

Al llegar a la clínica, muy bien iluminada, la mujer se apresuró a entrar. Se daba cuenta de que tenía cara de susto, manchas de sangre por todas partes y que todo su aspecto hablaba de angustia y desorientación. Vio que a su amigo lo llevaban a urgencias en una camilla. Horrorizada, descubrió que solo parecía medio consciente. Daba la sensación de no saber dónde estaba. Preguntó a uno de los camilleros qué le había pasado en la ambulancia y le dijeron que su amigo había sufrido una especie de «ataque», con pérdida de conocimiento, subida alarmante de la tensión arterial y aceleración del ritmo cardíaco que había desembocado en fibrilación.

¡Fibrilación! La mujer solo conocía de manera aproximada el significado de aquella palabra.

—Dios mío, sálvalo, por favor —suplicó—. ¡No permitas que se muera!

No la dejaron seguirlo al interior del servicio de urgencias. Se encontró delante de un mostrador donde le hicieron preguntas. Las lágrimas le habían dejado surcos muy marcados en el rostro, como

un cartel publicitario devastado por el mal tiempo y la lluvia. Registró la cartera del hombre en busca de la tarjeta de su seguro médico y su carné de identidad de la universidad. ¡Qué despacio se movía! Era tan torpe con las manos vendadas como si llevara manoplas. Uno de los técnicos de emergencias sanitarias que había llevado a su amigo a urgencias le estaba diciendo que también a ella tendrían que tratarla, que había que examinarle las manos y las muñecas heridas y que no bastaba con los primeros auxilios de los guardas forestales. Pero se negó a escucharle. Tenía cosas más importantes de que ocuparse. Enrojeció de indignación cuando la mujer de detrás del mostrador le preguntó cuál era su parentesco con el herido y respondió con brusquedad:

—Soy su prometida.

Después no tendría una idea clara de las horas pasadas en la sala de espera del servicio de urgencias. El tiempo se había descoyuntado, se había vuelto confuso. Le pesaban tanto los párpados que no conseguía mantenerlos abiertos. Aun así estaba segura de que no se había dormido ni siquiera unos segundos.

Varias veces preguntó por el herido y le dijeron que estaba recibiendo un tratamiento de urgencia debido a la arritmia cardíaca y que no podía verlo aún. La noticia le pareció terrible, inaceptable. ¡Solo le había mordido un condenado perro! No daba la sensación, en un primer momento, de que estuviera tan malherido, había insistido en andar… La mujer se sentía mareada, entrecortada la respiración. Las manos y las muñecas vendadas le daban punzadas de dolor. Se oyó suplicar, con voz quejumbrosa: «¡No dejen que se muera!».

Desde sus ojos aterrados vio cómo la miraban otras personas. Cómo descubrían a una mujer un tanto enloquecida por la preocupación, por el miedo creciente. Una mujer que alzaba la voz presa del pánico. Una mujer a la que había que compadecer aunque procurases apartarte de ella.

Su ropa estaba húmeda de sangre. De su sangre y la de su amigo.

Comprobó que su suéter escocés de lana gruesa, uno de los mejores, más bonitos y más caros que tenía, había quedado

inservible, desgarrado y destrozado por el mastín.

En la senda, mientras descendían de la cima de Wild Cat Canyon, había sentido tanto frío que los dedos se le habían agarrotado, pero ahora le ardían y le punzaban por debajo de las vendas. En el aseo brillantemente iluminado con luz fluorescente, situado en el exterior del servicio de urgencias, el rostro reflejado en el espejo quedaba tan borroso como esas caras en la tele que se disuelven en píxeles para evitar los posibles inconvenientes de la identificación. Estaba pensando en la manera en que el enorme perro se había arrojado sobre ella y la decisión, asombrosa, con que su acompañante la había protegido del animal. Tenía la sensación de que su cerebro vibraba, esforzándose por comprender lo sucedido. ¿Era acaso que estaba enamorado de ella? O, ¿era ella quien tenía que quererlo? ¡Qué cobarde había sido! ¡De qué forma tan indigna se había escondido detrás de él para salvarse, se había agarrado a él desesperada, como se podría haber agarrado a cualquiera, encogiéndose, agachándose, gimiendo como una niña aterrorizada! Mientras que él había dado un paso al frente para que lo atacaran en su lugar. Una persona que era casi un desconocido había arriesgado la vida por *ella*.

Ahora tenía en sus manos la cartera del herido. También su mochila, que contenía la cámara con sus accesorios. En su estado de terror nervioso examinó el contenido de la cartera, que era de piel de buena calidad, aunque muy gastada. Tarjetas de crédito, el carné de la universidad y el de lector de la biblioteca. Carné de conducir. Una foto muy pequeña de un hombre de mediana edad y sonrisa tensa, con muchas arrugas en la frente, y cabellos, escasos ya, que le llegaban hasta los hombros, y a quien ella habría jurado no conocer de nada. También descubrió que su amigo había nacido en 1956: ¡tenía cincuenta y siete años! Diez más de los que le había calculado y dieciséis más que ella.

Otra tarjeta indicaba la existencia de un problema cardíaco: *prolapso de la válvula mitral*. Un papel con muchos dobleces era la receta, con fecha de varios años antes, para un medicamento que se administraba por vía intravenosa. Pariente más próximo a quien

había que avisar en una emergencia, una mujer con su mismo apellido, tal vez su hermana, que vivía en San Diego.

Corrió a presentarse en urgencias para hablar con una enfermera. Le insistió en la importancia de la receta para que le prometiera que, sin dilación, transmitiría su descubrimiento al cardiólogo que supervisaba el tratamiento de su amigo.

Supuso que los médicos se limitarían a seguirle la corriente. ¡La prometida histérica! Ya habrían hecho sus propios análisis del enfermo.

—¿Señora?

La sala de espera estaba casi vacía cuando llegó un ayudante y la informó de que su acompañante iba a pasar la noche hospitalizado para hacerle nuevos análisis por la mañana y mantenerlo en observación en el servicio de cardiología. El médico de guardia había logrado controlar la fibrilación y el ritmo cardíaco era casi normal, pero la tensión y la fórmula leucocitaria estaban altas. Hizo un esfuerzo por sentirse muy aliviada. Trató de pensar *Ahora me puedo ir a casa, ya ha pasado el peligro.*

Lo que en realidad hizo fue subir al tercer piso, al servicio de cardiología. Durante varios minutos estuvo delante de la puerta de la habitación 3112 sin decidirse a entrar. Dentro, a media luz, el herido estaba demasiado quieto, mientras las enfermeras se movían a su alrededor. Un aparato controlaba el ritmo cardíaco. También se le vigilaba la respiración. Vio que ya no tenía en la cara las vendas que le habían puesto a toda prisa los guardas forestales y que le habían cosido y vendado de nuevo las numerosas heridas recibidas, formando una máscara más complicada y espectacular de entrecruzadas tiras de color blanco. Le habían vendado, además, las manos y los brazos.

El horror era que aquel perro espantoso hubiera querido destrozarle la garganta. Destrozarle la cara. Y con qué facilidad podría haber sucedido tal cosa.

La mujer pensó que era un rostro amable y hermoso.

Terminó por entrar en la habitación, al tiempo que el cansancio hacía que se le doblaran las rodillas. Sintió que estaba a punto de desmayarse. En las entrañas, en el pecho, le creció una sensación de

mareo, de estar hundiéndose, un pavor más allá de la náusea. Sentía, sin embargo, gratitud por la valentía de su amigo y por su amabilidad. Vergüenza en cambio, en su caso, por haberlo valorado de manera tan negligente.

Acercó una silla y se sentó junto a la cama. Se movía despacio, como una persona en un sueño que no era el suyo.

A él le habían quitado la ropa rasgada y ensangrentada. Con su bata de hospital estaba allí tumbado, extrañamente inmóvil. Su respiración era rápida y superficial, pero rítmica. Habían elevado la cama articulada hasta un ángulo de treinta y tres grados para que le resultase menos costoso respirar.

Se le estremecieron los párpados, como sorprendido. ¿La estaba viendo? ¿La reconocía?

El rostro desfigurado por las lágrimas. Las manos y las muñecas vendadas. *Se ha olvidado de mi nombre,* pensó la mujer*.*

Por lo que le era posible ver de su rostro remendado debajo de las vendas, su amigo trataba de hablar. O… ¿quizá de sonreír?

Le estaba preguntando… ¿qué? Trató de entenderle, pero arrastraba las palabras.

La mujer se inclinó hacia delante para cogerle una mano. También sus dedos estaban vendados y la sensación fue de frío y de rigidez. Se los apretó y él le devolvió el apretón.

La mujer se oyó explicar que iba a quedarse algún tiempo. Hasta que terminaran las horas de visita. También le dijo que se había quedado con su cartera, su cámara, las llaves del todoterreno y algunas cosas más, para evitar que se extraviaran.

Le dijo que volvería por la mañana, cuando le dieran el alta. Lo llevaría a casa, si es que quería. Si la necesitaba. Volvería, le traería sus cosas y lo llevaría a casa. ¿Entendía lo que le estaba diciendo?

En la cama articulada, el herido se quedó dormido. Le habían dado un sedante, supuso. Algún medicamento muy potente para calmar su corazón desbocado.

A su amigo se le abrió la boca y su respiración se hizo pesada y húmeda. Era la manera de respirar por las noches que ella recordaba y que le confortó oír. Practicó pronunciar su nombre de pila: «Simon». Le parecía un nombre hermoso. Un nombre nuevo para

ella, nuevo en su vida, porque nunca había conocido a nadie llamado Simon.

Ahora que estaban a salvo, los ojos de la mujer volvieron a derramar lágrimas que se deslizaron por su rostro demudado. Lloraba como no recordaba haber llorado nunca. Era demasiado mayor para semejantes emociones, había un algo ridículo y degradante en todo aquello. Se acordaba, sin embargo, de cómo, en la cima de la empinada senda, él había insistido en que bebiera agua de su botella de plástico. A ella no le apetecía nada, pero bebió, resignada, aunque de mala gana y resentida, mientras su amigo la vigilaba. En su relación sería siempre el más fuerte, ella se sentiría contrariada por su mayor fortaleza, pero él la protegería. Ella tal vez protestara, pero no llegaría a oponerse. Pensó en las dos o tres ocasiones en las que lo había besado fingiendo una emoción que aún no sentía.

Como el herido, también ella estaba exhausta. Siguió dándole la mano por fuera de la ropa de la cama, aunque apretándosela menos ya. Recostó la cabeza contra el respaldo de la butaca que ocupaba. Se le cerraron los párpados, pesados. Lo vio a él con toda nitidez en la cima de Wild Cat Canyon, sosteniendo en el aire su pesada cámara, mirando por el visor. Un viento frío le revolvía el pelo, un tanto ralo, de color entre plata y cobre, algo en lo que ella no se había fijado hasta entonces. Tenía que reunirse con él a toda prisa, tenía que estar muy cerca, a su lado. Tal era su misión, su deber. Era más fuerte que ella, pero la fuerza de un hombre se puede consumir. A un hombre se le puede arrancar el valor, puede desangrarse. A ella le aterraba algo, ¿no era cierto? El borde de color azul pálido del océano Pacífico, muy lejos en el horizonte. Las colinas desnudas, dibujadas con nitidez, y los deliciosos laguitos que parecían tan irreales como si estuvieran hechos de cartón piedra y fuese posible agujerearlos con los dedos. Y, para consternación suya, se dio cuenta de que había estado oyendo una fuerte respiración jadeante, unos resoplidos húmedos, en algún lugar detrás de ellos, pero más abajo en la senda, aguardando, mientras se espesaba la penumbra.

Distancia

—¿Señora? Las ventanas no se pueden abrir, lo siento.

Se volvió para mirar con frialdad al remilgado muchacho mexicano, con gafas de montura metálica, que le había traído a la habitación su única maleta, muy poco pesada, de la que hubiera preferido ocuparse ella para evitarse la propina. Pero abajo, en la recepción del hotel, la joven enérgica y muy educada que estaba detrás del mostrador se había adelantado, entregando la llave magnética al botones, sin darle a Kathryn la posibilidad de intervenir.

—«Las ventanas no se pueden abrir», ¿por qué no?

El muchacho murmuró, esquivo, algo que sonaba como *selladas.*

—¿Las ventanas están «selladas»? Pero ¿por qué?

La voz de Kathryn dejaba traslucir sorpresa, consternación. Una habitación en la que otros clientes habían dormido hasta hacía muy poco —sus olores todavía presentes, apenas disimulados con desinfectantes y ambientadores— no era el escenario ideal para lo que Kathryn había planeado.

De nuevo preguntó «¿Por qué?», pero el botones hizo caso omiso. Al ajustar el termostato de la pared, surgió de lo alto un flujo de aire acondicionado. La expresión absorta del joven mexicano era equivalente a una educada reprimenda, pensó Kathryn. Un aviso.

No seas ridícula. No hagas preguntas cuando sabes la respuesta. Ventanas selladas en un hotel de muchos pisos en Las Vegas, el motivo salta a la vista.

Al tercer día llamó a L***.

Habría dicho *Estoy comprobando la distancia.*

Los separaban tres mil seiscientos kilómetros y tres horas de diferencia horaria.

Excepto que no encontraba el número de teléfono. O lo había perdido. Había hecho muy deprisa el equipaje y, descuidada como era con frecuencia a su pesar en cuestiones de poca importancia, veía ahora, con una punzada de consternación, ropa, artículos de tocador, documentos esparcidos sobre la cama del hotel, todavía intacta, donde había abierto la maleta y la había zarandeado en busca del trozo de papel que estaba segura de haber traído —que se había propuesto traer— con el equipaje y en el que estaban apuntados números de teléfono tan cruciales como el de L***.

A lo que se añadía que no se lo había aprendido de memoria.

A lo que se añadía que desconocía su segundo nombre, ¡ni siquiera la inicial! Tampoco estaba segura del nombre exacto de la calle en la que vivía, aunque había ido varias veces a su casa —la había llevado él— y recordaba de nuevo con toda claridad el trayecto por aquella carretera rural, pero en una zona residencial, y a una distancia de tres mil seiscientos kilómetros y tres horas de diferencia horaria. Pensó *No estoy segura, no lo sé. Ninguna de esas me ha calado tan hondo.*

Fue entonces cuando decidió llamar al servicio de información telefónica.

De hecho, era el *servicio nacional de información telefónica. ¿Ciudad y estado, por favor?*

Llamar a información para saber su número de teléfono no era lo mismo que llamarlo a él, por supuesto. Tal vez no lo llamara. Existía esa posibilidad, puesto que era algo que dependía por completo de ella.

De todos modos le pareció urgente —no habría sabido decir por qué— tener su número de teléfono escrito con bolígrafo a toda prisa en un bloc en la mesilla de noche de aquel hotel al borde del desierto a tres mil seiscientos kilómetros y tres horas de diferencia horaria. Tanto si utilizaba el número como si no. *Depende de mí. Soy yo quien decide.*

Al otro extremo de la línea una voz grabada (femenina) en un tono neutral que no era ni cálidamente amistoso ni fríamente desaprobador le proporcionó un número que presumiblemente era el suyo —qué deprisa se lo dieron, antes de que estuviera del todo

preparada— y aquel número, una vez marcado con el desenvuelto optimismo de un niño que interviene en un juego que sabe un tanto peligroso, quizá más que algo prohibido y por esa razón irresistible, provocó que sonara varias veces el teléfono —en teoría a tres mil seiscientos kilómetros de distancia—, y que, después de un chasquido, una voz grabada (masculina) le dijera *Ha llamado a la casa de L***. En este momento no podemos atenderle; deje, por favor, un mensaje en el contestador y le llamaremos tan pronto como nos sea posible,* lo que la confundió, la frustró, porque su amante vivía solo, ¿o no?, aunque quizás alguien había vivido con él hasta hacía muy poco, y no había encontrado el momento de cambiar la grabación; la voz no era del todo la de su amante, pero se le parecía lo suficiente como para inducirla a dejar un mensaje pese a que parte de ella seguía escéptica. *No puede tratarse de él, tanto protocolo no encaja con él.* Sin embargo, a pesar de estar decidida a dejarle un mensaje breve le fue imposible interrumpirlo, sintiéndose como una idiota —¡qué estupidez!, ¡vergonzoso!— y expresándose con voz entrecortada, balbuciente, como gas que se escapara de un globo.

¡Basta!, se dijo. *No se enterará nunca.*

De hecho, era un alivio pensar —dar por sentado— que quienquiera que recibiera el mensaje se limitaría a borrarlo, convencido de que se trataba de una equivocación. Porque con toda seguridad —no le cabía la menor duda— aquella voz tan formal, más bien de una persona de más edad, no podía haber sido la de su amante. Prescindiendo de cómo fuese su voz —en aquel momento no era capaz de recordarla— era evidente que no oiría nunca el mensaje con el que se había puesto en evidencia de manera tan inequívoca, mientras que ahora pensaba ya, con un estremecimiento de euforia, ¿por qué llamarlo? ¿Qué necesidad había? ¿Desde cuándo era necesario atarse a *él*? Estaba a más de tres mil kilómetros de distancia, no podía tocarla ni dejarla exhausta, nerviosa, frenética de deseo sexual ni tampoco habría podido tocarlo ella aunque hubiese querido. El cuerpo de su amante, que le parecía dotado del peso y de la densidad de la arcilla, que olía a humedad, a hojas, al tipo más dulce de podredumbre, el sabor de su propio

cuerpo en la boca de su amante y la boca de él en la de ella mientras yacían unidos como nadadores que se han ahogado juntos, agarrados el uno al otro y arrojados al fin a una orilla desierta llena de detritos, y muy altas, por encima de ellos, las siluetas y los graznidos de aves de amplias alas… ¿Qué necesidad tenía de él? No le gustaba. Lo aborrecía. Le había hecho daño, tenía el cuerpo magullado. Se había reído, hiriéndola. Ella le había marcado los hombros y la espalda de arañazos y él se había reído al ver sangre en las sábanas. Lo aborrecía, detestaba aquella intimidad. Una promiscuidad así era un insulto. Todo aquello —la vida de las *sensaciones*— le hubiera gustado sacárselo de las propias venas gota a gota.

Era cierto: su alma no tenía más sustancia que la sombra de cualquier ave de gran envergadura —¿alguna especie occidental de halcón, gaviota o águila?— que pasara ante la veneciana de su habitación en el hotel. Con una sonrisa cruel pensó *No voy a llamarlo nunca. No volveré a hablar con él.*

Así terminaría todo entre ellos aquella misma mañana. Era algo que estaba en su poder.

Cuando para él, en el este, ya habían pasado tres horas de la mañana, pero para ella no había amanecido aún.

Al igual que la crueldad, ¡era tan placentera la irresponsabilidad! Levantó la veneciana con gran energía. Corrió las cortinas, hechas de un pesado tejido sintético. Le resultó estimulante ver que el sol apenas empezaba a alzarse en el horizonte montañoso. Que lo que se veía más allá de la ciudad fuese, en todas direcciones, un monótono paisaje lunar, inidentificable. Pensó *No tiene ni idea de dónde estoy, no la tendrá nunca.*

Como tampoco sabría nunca que había pasado despierta gran parte de la noche, al igual que las dos anteriores. Estaba muy molesta con él por haberla tenido en vela. Pese al aire acondicionado, el pijama se le había empapado de sudor, tenía la nuca húmeda y pegajosa, los sitios donde se tocaba estaban magullados y doloridos, la boca hinchada aún y los carnosos labios entre las piernas muy abultados y singulares y perversos, con su latido propio, más apagado. *Él no lo sabría nunca. ¡Jamás!*

Sin embargo —¡qué cosa tan extraña!—, incluso mientras estaba pensando que no le llamaría, que rompería mil veces el trozo de papel con su número, para no tener la tentación de volver a llamar más adelante, ya había alzado el auricular del teléfono junto a la cama y, una vez conseguida la comunicación con el exterior, volvió a consultar el *servicio de información telefónica* y de nuevo una voz grabada (femenina) respondió; esta vez tuvo buen cuidado de dar tanto el nombre de su amante como el de la calle en la que vivía —en aquella ciudad a tres mil seiscientos kilómetros de distancia y tres horas en el futuro— de manera que no existiera la posibilidad de un segundo error —la primera vez solo había dado el nombre de la persona— y ahora le proporcionaron un número que le resultó familiar —al menos las tres primeras cifras se lo parecieron— y lo marcó sin darse tiempo para pensar *¡No!, por qué estás haciendo esto, no deberías arriesgarte* y después de que el teléfono sonara varias veces una voz de hombre respondió al otro extremo de la línea entre chisporroteos de electricidad estática; y aquella voz masculina que Kathryn no lograba oír con claridad sonó brusca, hostil, como si la llamada telefónica le hubiera interrumpido en un momento poco conveniente, y ella se encontró diciendo con una voz ansiosa que no se esperaba *¿Matt? Soy yo… soy…* que se le quebró al pronunciar su nombre, qué patetismo al dar su propio nombre, su nombre pronunciado como una especie de súplica, una especie de ruego incluso, mientras la persona al otro lado de la línea repetía, impaciente, *¿Qué? ¿Quién? No la oigo* porque la línea seguía invadida por la electricidad estática como risas burlonas mientras ella repetía su nombre, qué quejumbrosa y lastimera su voz al no lograr entender la situación. ¿Era aquella voz la de su amante? ¿Lo había encontrado de un humor distinto a los observados hasta entonces? Porque, en realidad, apenas lo conocía, su intimidad solo había estado precedida por un trato muy breve; ¿o era que él había sentido su ambivalencia acerca de la llamada que por fin le estaba haciendo, en la mañana del tercer día de su ausencia, y se había vengado al decirle, de muy malos modos, *Se ha equivocado de número, lo siento,* para colgar el teléfono a continuación?

Estaba descalza y tiritaba. Con el pijama sudado y un dolor punzante en las partes más secretas de su cuerpo, se encontró de pie junto a la ventana del hotel, insultada, escandalizada y sin palabras. Ni aun haciendo los esfuerzos más frenéticos era posible abrir aquellas ventanas, ni tampoco se las podía hacer añicos porque tenían cristales dobles o triples y eran irrompibles. *Señora, no se puede usted morir con tanta facilidad. ¿Tirarse por la ventana? No.*

Vio que en Nevada eran las seis y veinte de la mañana, muy temprano todavía. En el este, en cambio, las nueve y veinte, y una hora razonable para llamar, había pensado. Salvo que él hubiera descubierto algo sobre ella durante su ausencia. Que hubiera descubierto el hecho elemental de que podía vivir sin ella, igual que ella había descubierto que podía vivir sin él. Su amante era unos cuantos años mayor, más experimentado y prudente y, en consecuencia, ¿por qué tendría que necesitarla *a ella*? Le había hecho el amor con la boca de una manera que la había puesto nerviosa y la había asustado por su tremenda intimidad y ahora a él aquella intimidad y ella misma lo repelían, y no quería tener nada más que ver con Kathryn. *Se ha equivocado de número, lo siento,* con una voz cargada de repugnancia que la había dejado llena de angustia, tambaleante. Qué deprisa llegaba y qué mortífera era la gracia de Dios que se manifiesta como una espina en el corazón. Se dijo con cierta dosis de calma *Este es mi castigo. Lo sabía de sobra. Se me había advertido.* Sin embargo, como alguien que se dirige hacia el cadalso para permitir que le coloquen la soga al cuello, se vio, recalcitrante, alzando de nuevo el teléfono y marcando el número; y, todavía a medias del primer toque, la voz de hombre llena de impaciencia le contestó de nuevo como si supiera que tenía que ser ella, a quien despreciaba, y ella muy deprisa y con voz suplicante dijo *¡Matt, soy Kathryn! ¿Es que no me reconoces? ¿Kathryn?* y la respuesta, enojada, a regañadientes, *Mire, señorita, no soy el hombre que busca. No soy «Matt». Mi apellido es L***, pero no soy «Matt». No sé con quién demonios quiere hablar, pero no soy yo esa persona, ¿de acuerdo?*

Se cortó la comunicación. El L*** desconocido había desaparecido de su vida como si no hubiera existido nunca.

¡Aquello sí que era un alivio! Debería haber sido un consuelo. Pero Kathryn estaba temblando, llena de dudas. Tambaleándose como si la hubieran golpeado en la cabeza con un mazo; en tales circunstancias, el hecho fundamental es que uno siga vivo, que aún esté en pie.

Voy a acabar ahora mismo con esta locura. Lo puedo hacer.

Parecía mirar por una ventana. ¿Dónde? Estaba ante una ventana ancha y alta y de cristal muy resistente; una ventana que sabía sellada para su propia protección: muchos y muy variados eran los suicidios en aquella famosa ciudad del desierto, pero arrojarse desde un piso alto había dejado de ser una posibilidad. El sol era ya una feroz lámpara roja de neón más allá de unas montañas con dientes como los de la hoja de un cuchillo y tan planas en apariencia como recortables de cartón, y la ciudad que había sido glamurosa y deslumbrante por la noche resultaba ahora plana, gris y sin relieve bajo la calina de la contaminación atmosférica, sus misterios desenmascarados como grietas y manchas en un papel de pared venido a menos. Kathryn pensó *Se me advirtió. Dios me ha dado una segunda oportunidad para que me salve.*

No había creído nunca en Dios. Ni en ningún dios secular por insignificante que fuese. Despreciaba tales creencias, pero también sentía envidia. Sin nadie que prohibiera el suicidio, más o menos dependías solo de ti mismo.

Su habitación estaba en el piso doce de un hotel que tenía unos veinte. Ni uno de los novísimos, ni tampoco de los más antiguos y glamurosos que se alzaban como tótems entre el descontrol de la ciudad; a ella le había parecido un sitio seguro y neutral, lo bastante lejos de su punto de origen y de su amante, de cuyo rostro había empezado a olvidarse. En cuanto a su voz, la había olvidado ya, confundida con voces de desconocidos.

Había decidido no llamarlo, se le había concedido una segunda oportunidad para salvarse, para evitar la humillación y, sin embargo, con ojos de sonámbula, abiertos aunque perdidos, se observó en el cristal que reflejaba su imagen mientras regresaba junto al teléfono, alzaba el auricular de plástico ligero con la inconsciencia de alguien que, después de una mordedura de serpiente, después de recibir el

veneno, alza de nuevo la reluciente longitud adormilada del ofidio, fría y seca al tacto, al mismo tiempo terrible y espléndida, con una sonrisa demente. *¿Por qué no? Tiremos los dados*. Marcó de nuevo el 411. De nuevo el recurso a la *información telefónica.* Pero esta vez solicitó la ayuda de un *operador,* una mujer con un acento sureño apenas discernible. Kathryn deletreó el nombre completo de su amante —en la medida en que lo conocía— e hizo lo mismo con el nombre de la carretera rural, pero en zona residencial, en la que vivía; explicó a la operadora que en los diez últimos minutos le habían dado dos teléfonos equivocados, que se trataba de un asunto muy importante, casi de una emergencia, que no se podía permitir marcar de nuevo un número equivocado… Durante aquel monólogo su actitud siguió siendo cortés, desenvuelta. Nadie habría imaginado lo cerca que estaba de gritar y maldecir. Su recompensa fue un tercer número que era y al mismo tiempo no era como su predecesor.

Sin duda tuvo que haberlo marcado, porque de repente —¡con inusitada rapidez!— sonó el teléfono —a tres mil seiscientos kilómetros hacia el este— y siguió sonando y sonando hasta que la línea se cortó de manera brusca.

¿Qué era aquello? La línea telefónica de su amante, desconectada. Total falta de vida; del mecanismo de plástico tan ligero de peso solo le llegaba un vacío absoluto. Con un sollozo Kathryn colgó el aparato.

En el espejo de la cómoda había un rostro de mujer enrojecido y difuminado como si hubiera sido borrado en parte. Su boca se parecía a la boca de un lucio, labios finos, inmovilizados en una mueca, horribles. La locura resonaba en su sangre como diminutas burbujas carbónicas. Pensó *Me han despojado de todo mi orgullo. Estoy desesperada, hundida. Soy una adicta. Pero lo puedo dejar.* Continuó, sin embargo: no se detuvo; sus dedos helados marcaron de nuevo el mismo número que le había dado la operadora, y una vez más el teléfono sonó y sonó. Vio a su amante mirándolo mientras repiqueteaba —se le apareció su rostro, los ojos entornados que evitaban mirarla— pero sin intención de contestar, sin intención de hablar con ella. No quería volver a tener nada que

ver *con ella.* Pero esta vez la llamada concluyó con un *iclic!* y se oyó una voz grabada —*Aquí Matt. Siento no poder ponerme al teléfono por favor deje un mensaje gracias*— y de inmediato Kathryn reconoció su voz, claro que era la voz de su amante, ¿cómo podía haberla confundido con la voz de otra persona? Se sentía ya débil, agotada. Sintió el deseo de colgar cuanto antes el teléfono, de impedir que se pusiera a prueba lo que Matt sentía por ella. Previó no volver a llamarlo nunca. Ahora que ya lo había hecho, que había oído su voz, la había reconocido y había sentido la sacudida del reconocimiento en lo más hondo del cuerpo; que lo había reconocido y lo deseaba y admitía el vínculo entre los dos, el vínculo que la distancia no podía disolver, tenía el poder de cortarlo, de no volver nunca más a correr ningún riesgo. Su orgullo permanecería intacto, con el tiempo le olvidaría… Aun así dejó un mensaje, con una voz menos entrecortada que antes; como si dejar un mensaje para su amante fuese la cosa más natural del mundo: dejándose ganar por sus sentimientos dijo que lo echaba de menos, que sentía haberse marchado tan de repente sin despedirse, le daba el teléfono del hotel, *Por si me quieres llamar.* Luego añadió *Te quiero.* Acto seguido, colgó a toda prisa.

Rio con desmesura, las dos manos sobre la boca. Como un niño que ha mascullado una obscenidad y ya no puede retractarse.

No eran más que las 6.43 minutos de la mañana y ya estaba agotada, exhausta. Fue toda una sorpresa —una sorpresa relativa— ver lo deprisa que el sol se había alzado en el cielo por encima de las montañas. Porque una vez que el amanecer empezaba, no había manera de retrasarlo ni de impedirlo. El sol, por supuesto, no «se alzaba», la Tierra «giraba sobre su eje» hacia el sol; Kathryn lo sabía, si es que saber cosas así servía de algo; en su cerebro había un arsenal de saberes parecidos, relacionados sin mucho rigor con los hechos, una educación que no le había resultado barata, en su mayor parte una simple maraña, como hilos o cordones de zapatos en un talego. En cualquier caso, aquella «salida del sol» resultaba todo un espectáculo. Kathryn, peregrina a regañadientes, era alguien que *veía.* Que veía cómo el cielo en el este era de un color rojo ígneo brillante y cegador lleno de nubes tan vaporosas y

fugaces como pensamientos; cómo misteriosos jirones de nubes se entrecruzaban por el cielo, semejantes a canales que se ensancharan y estrechasen en la estela de lo que podrían haber sido aviones de caza, aunque los aviones no fueran visibles desde donde Kathryn se encontraba.

¡Te quiero! Nunca lo había dicho.

Sonrió al pensar que Matt pudiese creerla. La boca del lucio de labios finos en una sonrisa cruel. *¡Que crea lo que le dé la gana!*

Con dificultad, con gestos torpes, se quitó el camisón sudado, que cayó a sus pies como un charco. La repugnancia hizo que le diera una patada para dejar libres los tobillos. No le gustaba nada el olor tan directo de su cuerpo, un insoportable olor animal, sexual: tenía que restregarse mucho para limpiarlo. *Porque el pecado se paga con la muerte. La muerte eterna es la consecuencia del pecado,* quería creerlo, se podía agarrar a una creencia así como uno se agarra a una pared para apoyarse cuando el suelo se inclina, se mueve, se desmorona. *La recompensa del pecado, estoy enamorada del pecado. Mi cuerpo está enfermo de pecado.* Se metería bajo la ducha y abriría el agua caliente, todo lo caliente que pudiera soportar, agua hirviendo para limpiarse, mejor aún en una bañera con agua hirviendo, humeante, podría esterilizarse el interior del cuerpo, dentro del vientre donde aquel hombre había estado. Cerraría la puerta del cuarto de baño y la puerta corredera de la ducha y el sonido del agua al caer sería ensordecedor, no oiría el teléfono, no tendría la tentación de contestar a ninguna llamada telefónica. *¡Nunca más! Se acabó.* Sin embargo, cosa extraña, como para mortificarla, empezó a sonar el teléfono de la mesilla junto a la cama. No había oído aquel teléfono hasta entonces: un sonido, como el grito agudo de un murciélago, que le pareció de lo más asombroso, imprevisible. Sin embargo, con calma y total naturalidad, como si todo estuviera en orden —por supuesto, ¿qué podía estar mal?, no era más que un teléfono que sonaba, un teléfono que repiqueteaba en su habitación del piso doce de un hotel muy alto rodeado por todas partes de desierto—, fue a contestar viendo cómo su mano temblaba ya sobre el auricular. ¿Cómo podía ser una persona tan ridícula? ¡Asustarse tanto! De manera que, temerosa

por lo que la esperaba, pensó con calma *No le quiero. No le necesito.* Sus dedos entumecidos alzaron el auricular como podría haberlo hecho una sonámbula, despreocupada, pero atenta; su voz, que temblaba un tanto, pero que aun así podía haber sonado cálida a tantos kilómetros de distancia, murmuró con aplomo *Diga* y al instante le llegó la respuesta de una voz masculina, pegada a su oído en la repentina destrucción catastrófica de toda distancia, como si él estuviera con ella en la habitación diciendo *¿Kathryn? Por el amor de Dios, ¿eres tú?* y ella se limitó a contestar *Sí. Soy yo.*

Un libro de mártires

Sí. Es lo que quiero.

Le preguntó si estaba segura. Ella dijo de nuevo *Sí*.

No habían verbalizado la promesa: una vez que iniciaran el trayecto hacia la parte más septentrional del estado, una vez que se embarcaran en aquel viaje, no podrían dar marcha atrás.

Tardarían más o menos tres horas y media en hacer el recorrido por la carretera interestatal si no se producían retrasos provocados por obras en la calzada, por accidentes o por controles de la policía estatal.

De hecho, se encontraron con un control de la policía nada más salir de Madison. Coches en tres carriles moviéndose despacio, de mala gana, como agua en el proceso de congelarse, para formar una sola fila. A ella el miedo le aceleró el corazón. *Nos harán volver. Están al tanto.*

De manera cortés, pero fría, los agentes de la policía estatal de Wisconsin pidieron al conductor que les mostrase el carné y el permiso de circulación. Ella se inmovilizó por completo en el asiento del acompañante. Esperaba que los agentes le pidieran su carné de identidad, pero no fue así.

Se atrevió a preguntar qué era lo que estaban buscando. No se olvidó de llamarlos *Agentes.*

Fue incapaz de forzarse a decir, con corrección de colegiala, *¿A quién están buscando?*

Es decir *¿Quién es la persona a la que buscan?*

Los agentes tienen por norma no contestar a ese tipo de preguntas que hace la gente del común. Los que preguntan son los policías. Sintió que se ruborizaba hasta la raíz del pelo: había hecho el tonto de la manera más lamentable.

Se comportaba como se comportan los verdaderos culpables. Con la esperanza de desarmar a la autoridad, con el deseo de parecer *inocentes.*

En cualquier caso, solo era alguien de interés secundario para los agentes. Mujer de raza blanca, cabello rubio oscuro, poco más de veinte años, peso aproximado cincuenta kilos. Así la evaluarían, de manera impersonal.

¿Tal vez examinándola por un posible consumo de drogas? Pero decidiendo que *no*.

Que fuese atractiva, casi con toda seguridad universitaria o estudiante graduada, era algo que carecía de interés para ellos, porque, sin duda, buscaban a otra persona.

Y el hombre a su lado, al volante del coche: a primera vista quizá su padre, a segunda, tal vez su marido. Sí, el conductor y su acompañante no parecían matrimonio. No habrían dado la sensación, ante el escrutinio profesional de un agente de policía, de pertenecer a ninguna discernible *comunidad de intereses.*

El conductor era un tipo huesudo del Medio Oeste, al menos eso parecía. Alto, hombros caídos, pelo largo de color serrín, con entradas que se iban haciendo pronunciadas. Camisa blanca, pantalones caqui. Simpático, cooperativo. Quizás un poco tenso. Ojos alzados hasta la mirada desconfiada de los agentes para indicarles *Oigan, soy un buen ciudadano. Un tipo corriente. Sin nada que ocultar.*

Conover tenía algún año más que el mayor de los agentes, lo que, casi con toda probabilidad, le situaba en los cuarenta y pocos. Su actitud, sin embargo, era juvenil, incluso juguetona. Y las arrugas de la cara no eran consecuencia de la edad. Era una persona con dotes de mando, a quien, en otras circunstancias, los policías quizás podrían haber tratado con deferencia. Tal vez había formado parte de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. (Aunque, de hecho, Conover no había «servido» a su país y detestaba la institución misma de las *fuerzas armadas.*) La pegatina en la ventanilla trasera del coche para poder utilizar el aparcamiento de profesores, suministrada por la Universidad de Wisconsin-Madison, habría podido alertar a los policías sobre su posible, sobre su probable

identidad: uno de esos profesores universitarios muy a la última, decididos a parecerse lo menos posible a un profesor universitario.

—Espero que no haya sucedido nada serio. Quienquiera que sea la persona que buscan —Conover hizo una pausa, sonriendo. Sus palabras eran anodinas, inocentes, como lo que murmuró a continuación—: Agentes.

Se llevaron su carné de conducir y el permiso de circulación para hacer la necesaria comprobación en el ordenador de su automóvil. Por su parte, Conover y su acompañante se comunicaron con murmullos, como niños avergonzados.

—Una pregunta ingenua, la de si algo es «serio». Tiene que serlo, de lo contrario no estarían parando coches.

—Querías decir *muy* serio, como un ataque terrorista.

—No hay ataques terroristas en la zona central de los Estados Unidos. No merece la pena.

Drewe rio. Conover era la persona que conseguía hacerle reír hasta en las situaciones más estresantes.

Los agentes regresaron, con una pausada manera de andar que no era lenta ni apresurada; en el coche sus dos ocupantes trataron de ocultar el desasosiego que sentían, al ver acercarse por detrás a los hombres uniformados. Drewe pensó, aunque era absurdo: *¿Y si sacaran el revólver?*

Después, casi le parecería que les había visto hacerlo.

Detrás del Toyota de Conover, de color acero, se estaba formando una hilera de vehículos, el tráfico inmovilizado. Nadie intentó darse la vuelta en la barricada y huir.

Sin decir una palabra los agentes devolvieron a Conover el carné y el permiso de circulación y pidieron examinar el contenido de la guantera, la parte trasera del vehículo y el maletero. Un poco molesto ya, Conover dijo:

—Por supuesto, Agentes.

Drewe lo sabía: su amante era desde mucho tiempo atrás miembro de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles. Por temperamento, formación y principios estaba en contra de lo que él llamaría «estado policial». No le gustaban los agentes de policía, de los que desconfiaba. No obstante, sin que tuvieran que pedírselo una

segunda vez, se agachó para levantar la palanquita que permitía abrir el maletero.

—Quizás estén buscando drogas.

—Quizás alguien haya raptado a alguien.

—¿Y lo ha encerrado en el maletero?

—Quizás la víctima haya muerto. El maletero es el sitio lógico.

—Fíjate qué aire tan *sombrío* tienen.

—Porque sospechan, en nuestro caso, que somos «inocentes» de lo que sea que haya sucedido y que es lo que ha hecho que parezcan tan *sombríos.*

Conover hablaba quitando importancia a lo que decía. Gran parte de sus palabras eran puro diálogo intrascendente, destinado a divertir a sus oyentes.

Ella se había convertido en su oyente más apasionada. Y sabía, en consecuencia, que era suyo el privilegio de oír, de cuando en cuando, de ordinario cuando menos se lo esperaba, lo que Conover pensaba de verdad, más allá de lo que creía que era necesario ofrecer a los demás de manera inteligente.

Conover, sin embargo, no estaba tan tranquilo como pretendía, Drewe lo sabía bien. No había calculado con el margen suficiente el tiempo que necesitaban para recorrer, sin apuros, la distancia hasta Eau Claire; había planeado el viaje con frío pragmatismo. Y tampoco había querido que se citaran en Madison ni en ningún otro sitio cercano a Madison.

Ahora aquel control de la policía los estaba retrasando. Ella no se lo reprocharía, por supuesto.

Un impulso de esposa, semejante queja. Y una manifestación de intimidad.

Pero Drewe no era la mujer de Conover y no disfrutaba del lujo de semejante intimidad.

Comprobó que él se frotaba la cara. Se había aseado demasiado deprisa aquella mañana y tenía una franja de pelos sin afeitar debajo de la mandíbula. Había llegado, además, seis minutos tarde a su residencia, donde tenía que recogerla, de manera que lo estaba esperando con preocupación e impaciencia y había corrido para

reunirse con él, sin importarle quién pudiera, de hecho, estar observándolos.

—No llevas nada comprometedor en el maletero, ¿verdad?

Conover trató de pensar, la cabeza bloqueada.

—La rueda de repuesto, nada más, creo.

—¿Nada de ropa ni de zapatos misteriosos? ¿Manchas de sangre? ¿Nada que se pueda confundir con un… arma?

—¡Dios bendito! Espero que no.

Detrás, los agentes de la policía estatal se tomaban su tiempo para examinar el maletero. Drewe tenía la sensación de que recogían trozos de hojas secas para olerlos, como si aquellos fragmentos vegetales fuesen prueba de la presencia en el automóvil de una *sustancia regulada.* Sintió ganas de reír, ¡era algo tan ridículo!

—¡Quizá nos detengan! No nos van a dejar seguir.

—No digas tonterías, Drewe. Haz el favor de no hablar así.

—Conspiración para cometer un asesinato. Eso es un delito.

—No tienes ninguna gracia.

—No es mi intención. Te lo juro.

Guardaron silencio. Conover miraba sin ver a través del parabrisas. Rascándose la mandíbula se había hecho un poco de sangre, algo apenas perceptible. Drewe sudaba dentro de su ropa muy holgada.

Ya has conseguido pasarte de la raya. ¡Enhorabuena!

Su demonio interior la censuraba, se burlaba de ella y la atormentaba durante gran parte de sus horas de vigilia. Y por las noches le organizaba los sueños convirtiéndolos en un torbellino de ansiedad febril y de repugnancia.

Su demonio interior no era nada nuevo. Había alcanzado —varón o asexuado— una vida independiente, poderosa y malévola, cuando tenía once años y se empezaba a decir de ella —mitad con admiración y mitad con gesto desaprobador—: *Esa chica es demasiado lista para su propio bien, carajo.*

Sus padres, protestantes devotos, eran creyentes a macha martillo sin llegar a fanáticos. Su padre trabajaba como supervisor de obras públicas en Glens Falls, Nueva York. Su madre había sido durante veinte años responsable de un jardín de infancia. No se trataba de

personas demasiado cerradas, pero las reiteradas críticas que hacían a su hija única —que había terminado primero una licenciatura y luego, para sus estudios de posgrado en una distinguida universidad del Medio Oeste, había conseguido siempre becas que cubrían todos sus gastos— eran del orden de *La soberbia es heraldo de la ruina.*[1]

Ahora sentía náuseas. El abrazo sudoroso, helado y desgarrador de las náuseas.

En las últimas semanas habían aparecido aquellos espasmos, algo del todo corporal, como para desmentir su aplomo y autocontrol en público.

Conover presentaba aquellas cualidades como motivo de la atracción que sentía por ella. Su comportamiento tranquilo y sereno, la elegancia de sus modales. El hecho de que fuese además una joven con atractivo sexual, de la más convencional de las maneras, no era ningún inconveniente.

Pero ahora tenía arcadas. Respiró hondo y mantuvo el aire en los pulmones. Ceder, vomitar en el arcén de la carretera, los agentes de la policía de Wisconsin mirándola con sorpresa y repugnancia… No podría soportar semejante humillación.

Conover le dio un suave codazo. ¿Se encontraba bien?

Sin abrir la boca, asintió con la cabeza.

Le habían sugerido que tomara una comida ligera dos o tres horas antes de la intervención. Pero resultó ser un consejo poco práctico, dado que se habían puesto en camino a primera hora. Y desayunar tan pronto le hubiera revuelto de verdad el estómago. Por otro lado, casi no había comido nada la noche anterior, de manera que quizá solo se tratara de hambre. Hambre voraz e insaciable que se sentía como náuseas. Y un sordo dolor de cabeza y el hecho de sudar en abundancia, aunque llevaba ropa de deliberada sencillez, ordinaria —nada de sus habituales vestidos llamativos de tiendas de segunda mano—, una camisa de manga larga y de color azul pálido a prueba de mosquitos, según se aseguraba, y que Conover le había comprado en una de sus excursiones juntos; pantalones de pana de color azul marino con bolsillos muy hondos. En los pies, sandalias, porque aquel día no iban de excursión.

En el dedo corazón de la mano izquierda llevaba una sortija de plata con forma de estrella que Conover le había traído de un congreso en Delhi. Drewe suponía que él no estaba de acuerdo (era lo más probable) con que llevara la sortija en el dedo corazón de la mano izquierda. Pero Conover era demasiado caballeroso para poner objeciones.

Fue esperanzadora, aunque con una especie de rechazo malhumorado, la manera en que los agentes cerraron el maletero del Toyota, con un ruido sordo. Desilusionados por no haber encontrado nada, ninguna prueba de actividades delictivas.

—De acuerdo, caballero.

El más joven de los policías indicó a Conover que siguiera su camino. Los dos mantenían una expresión imperturbable. Conover les hizo un gesto con la mano mientras ponía en marcha el vehículo, una especie de saludo, juguetón, no del todo en broma, sincero a su manera:

—Gracias, agentes. Espero que encuentren lo que sea que estén buscando o a quien estén buscando.

Nadie pensaría que aquel comentario tuviera nada de divertido, pero los dos ocupantes del coche rieron juntos, con el enorme alivio de dos conspiradores que no han sido descubiertos.

Habían pasado ya siete semanas y dos días.

Drewe llevaba la cuenta con meticulosidad. Como una monja fanática recitando su rosario, había contado, una y otra vez, los *días desde su último periodo.*

¡Había algo tan vulgar en todo aquello! Le molestaba su situación, la banalidad de su *destino biológico.*

No se lo había dicho a Conover. No de inmediato.

No informar de semejante secreto a tu amante despierta la emoción de un poder indescriptible. Porque siempre existe la otra posibilidad, *No tiene por qué saberlo. Se lo puedo evitar.*

O: *Su vida puede quedar alterada, de manera irrevocable. Está en mi poder.*

Drewe no era una persona descuidada. Pero sí, a veces, temeraria, desafiante.

Qué es lo peor que te puedes hacer a ti misma o a otra persona. Pues algún día acabarás por hacerlo.

Su demonio interior lo había predicho. Y así sería.

La realidad misma de la *concepción,* del *embarazo,* le resultaba asombrosa. Pese a toda su supuesta brillantez, no había entendido del todo que hechos biológicos como aquellos eran también posibles en una persona tan singular como ella.

Cuando se lo dijo a Conover, la expresión de su amante solo podría describirse como *enternecida.*

No dijo *Dios mío, ¿cómo ha ocurrido? ¡Con el cuidado que hemos tenido!*

No dijo *No puede ser un accidente, Drewe. No eres la clase de mujer que tiene accidentes.*

Dijo *Cariño, ¿hace cuánto que lo sabes?*

Queriendo decir, *¿hace cuánto que lo sabes tú sola?*

Drewe había ido dos veces a una ginecóloga de Madison. Le habían hecho muchas pruebas: análisis de sangre, citología vaginal, mamografía. Estuvo muy callada durante el examen inicial. La ginecóloga le había dicho varias veces *Perdone, ¿se encuentra bien?* Alarmó a la joven doctora asiática al tambalearse, un poco mareada, cuando se bajó de la camilla con su bata de papel, pero enseguida se echó a reír y le aseguró que se encontraba bien.

Solo un poco sorprendida. E imagino que… asustada.

Pero riéndose. Limpiándose las lágrimas, y entre risas.

La intervención en la clínica Eau Claire estaba programada para las once y media. Y debían llegar no más tarde de las once.

Iba a ser un *procedimiento quirúrgico* y no *médico,* dado que el embarazo era ya de siete semanas. En un primer momento Drewe hubiera preferido un *procedimiento médico,* que solo implicaba tomar pastillas, pero la ginecóloga la había disuadido. *Son muchas las cosas que pueden fallar. No va a saber cuánto tiempo sangrará ni dónde va a estar. Cuanto más se retrase el proceso, mayores son las posibilidades de una fuerte reacción psicológica.* Drewe se había sentido mal, una repentina oleada de terror, ante aquellas palabras tan realistas.

No era una menor. Tenía veintiséis años.

Excepto que ahora se sentía mucho más joven. Indefensa.

La decisión es tuya, había dicho Conover. Por supuesto.

No. No decido yo sola. Decidimos *los dos*.

Es tu cuerpo. Tu vida. Tú decides.

Amablemente, pero con una heladora forma de ecuanimidad, Conover había pronunciado aquellas palabras. Supo así que era Conover quien iba a decidir.

Drewe no «quería» hijos: tal era la afirmación que, con frecuencia, se había hecho a sí misma y a otras personas. Ni «quería» casarse.

De manera que fue ella quien hizo los planes. Entre distintas posibilidades eligió WomanSpace, de Eau Claire, en Wisconsin. El viaje de tres horas y media hasta allí supondría tensión para los dos, una especie de castigo tanto para Conover como para ella, pero peor aún el estrés del regreso después de la intervención.

Drewe no lograba imaginárselo.

¡Qué intimidad entre los dos, entonces! Era la terrible intimidad que más deseaba, la que quería tener con él. No había disfrutado con ningún hombre de una intimidad auténtica, vital, que hubiera calado de verdad en ella, hasta las profundidades más escondidas y secretas de su alma. En realidad, no había conocido a muchos hombres en su vida, todavía breve. Conover, que la había fecundado, pese a sus planes bien pensados y a sus deseos, tendría que ser ese hombre.

De manera que así se dispusieron las cosas. Solo les quedaba ejecutar sus planes.

Lo más probable era que estuvieran de vuelta en Madison a última hora de la tarde.

Quédate conmigo esta noche, ¿de acuerdo?

Si tú quieres…

¡No seas ridícula! Siempre te quiero conmigo.

Drewe deseó creérselo. Sonrió, deseosa de creérselo con todas sus fuerzas.

Aunque la gran universidad estatal de Madison era muy grande (cuarenta y cinco mil seiscientos alumnos matriculados y un campus de más de cuatrocientas hectáreas), la comunidad de Madison era en cierta medida pequeña. Se veía a las mismas personas con

frecuencia. Se reconocían rostros, se sabían nombres, incluso de gente a la que no se conocía en persona.

Tanto a Conover como a Drewe les hubiera molestado mucho que se los viera juntos y se los reconociera en la clínica de planificación familiar de Madison, que ocupaba un lugar tan destacado en la comunidad universitaria.

A la clínica WomanSpace, situada en Eau Claire, Drewe iba con un ejemplar de tapa dura de *El paraíso perdido* de Milton. Había un algo de desesperación en su apego a aquel mamotreto, leído por vez primera al comienzo de sus estudios universitarios, con diecinueve años. Se había sentido cautivada por la poesía de Milton, austera y sublime, que interpretaba como una reprimenda por los ripios de su demonio interior.

«A los frutos de aquel árbol vedado, / cuyo sabor letal trajo a este mundo / la muerte junto a todos nuestros males, / por perder el Edén el primer hombre…»

El Lucifer de Milton la fascinaba. Y también su Eva.

Singular belleza la del verso libre del poeta, grave, sonoro, aunque tras él se pusiera de manifiesto el rostro despiadado e inflexible de un algo inhumano… «Defendiendo a la Eterna Providencia / los caminos de Dios muestre a los hombres».

Conover preguntó qué libro era aquel, y Drewe se lo dijo.

Él confesó que había leído muy poco a Milton y solo en sus primeros años de universidad.

—Léeme algo ahora, cariño. Convénceme de la importancia de la poesía.

Drewe fue pasando las páginas tan familiares, llenas de anotaciones. Con su voz más desapasionada le leyó el pasaje en el que Lucifer, el ángel caído, dice «Reinar en el infierno es más valioso que en el Cielo servir». (Afirmación que Conover aprobó con un gruñido.) También leyó el pasaje más largo, de una increíble hermosura, en el que Eva ve por primera vez, en el jardín del Edén, su reflejo en las aguas de un estanque.

> Allá me dirigió mi inexperiencia
> y me incliné en la orilla contemplando

el lago al firmamento parecido.
Y al asomarme yo, surgió de pronto
una figura igual que me miraba
en la quieta y brillante superficie.
Echeme luego atrás; copió mi gesto;
complacida volví y, complacida,
devolvió mi simpática mirada.
Y allí estaría aún, si una voz suave…[2]

Cuando Drewe hubo terminado, Conover guardó silencio durante un rato; luego dijo, como si pudiera existir una respuesta a su pregunta:

—El «paraíso» del mito es siempre un paraíso *perdido.* ¿Te has preguntado alguna vez por qué?

Se estaban acercando a Eau Claire: les faltaban cincuenta y ocho kilómetros.

Pero solo eran las diez y veinte y no iban a llegar tarde.

—Dios santo. Mira.

Al acercarse a la clínica WomanSpace de Hector Street, vieron a los manifestantes.

Miembros de un piquete provida. Dando vueltas por la acera delante de la clínica y también en la calzada. Algunos llevaban pancartas. La persona de WomanSpace que había hablado con Drewe se lo había advertido: *Tal vez haya manifestantes la mañana que está usted citada. Trate de no hacerles caso. Camine deprisa. No hable con ellos. La ley les prohíbe tocarla o ponerle trabas de cualquier tipo.*

Anonadada y consternada Drewe se apeó del coche. Conover se reunió enseguida con ella, al tiempo que los manifestantes advertían la presencia de la joven y se dirigían hacia ella a toda prisa, como si la reconocieran.

Como pirañas, le parecieron a Drewe. Horribles en su carrera hacia ella.

Podían ser una treintena, quizá más. Drewe recibió una impresión poco precisa de rostros tan jóvenes que la sorprendieron, hombres

además de mujeres, incluso adolescentes. De inmediato se sintió enferma de culpabilidad, todos aquellos rostros relucientes que formaban una piña contra *ella.*

A diferencia de sus amistades y conocidos de Madison, aquellos desconocidos de Eau Claire estaban al tanto de su secreto.

Lo supieron de inmediato y no manifestaron la menor comprensión. No estaban dispuestos a perdonar.

—¡Maldita sea! Qué mala suerte.

Conover tomó a Drewe del brazo y la instó a que avanzara.

Los manifestantes alzaron la voz, suplicantes. Aunque el tono era brusco. Emocionado, imperioso. *Se alegraban de verla.*

A Drewe, además de los adolescentes, le sorprendió ver a tantos hombres. Había tantos, por lo menos, como mujeres. Y de todas las edades: jóvenes, de mediana edad, ancianos. Aunque le habían pedido que no los mirase, Drewe no pudo evitarlo; no pudo evitar el contacto visual con algunos; la rodeaban por todas partes, impidiéndole el paso, algo que tenían prohibido, y forzaban a Conover a darles empujones, entre maldiciones; se encontraron con un sacerdote católico más o menos de la edad de Conover, con una frente surcada de arrugas parecida a la suya y la misma actitud seria e imperiosa, pero cordial; iba vestido de negro, con el alzacuello blanco muy ceñido; a Drewe le pareció un cuervo, un ave rapaz pendiente de *ella.*

¡Hola! ¡Dios te ama!

¡Escúchanos! ¡Míranos! ¡Concédenos cinco minutos de tu tiempo antes de que sea demasiado tarde!

Tu bebé quiere vivir, igual que tú.

Tu bebé te ruega: ¡DÉJAME VIVIR! Tienes la posibilidad de elegir.

¡Mira hacia aquí! ¡Míranos! Tu bebé te suplica…

Apareció uno de los empleados de la clínica, un joven larguirucho con vaqueros y sudadera de color azul lavanda que tomó a Drewe del otro brazo. «Limítese a venir conmigo, por favor, siga adelante, no se detenga, todo irá bien. Solo hay que llegar a la puerta principal, tienen prohibido seguirnos dentro.»

Los manifestantes sin embargo se apiñaban a su alrededor, desafiantes, aterradores en su fanática seguridad.

¡Mírame bien, chica! Más vale que lo sepas, eso que vas a perpetrar es un asesinato.

Y Dios lo sabe, Dios castiga. Más te vale creerlo.

La mujer que le impedía el paso era rolliza, de unos cuarenta años. Ojos saltones, un rostro ancho de huesos poderosos, los cabellos, de un color rojizo con brillo sintético, debían de ser una peluca, y como atuendo llevaba una bata floral de premamá que cubría unos pechos caídos del tamaño de sandías. Había un algo jubiloso y demencial en aquella mujer que la distinguía del resto de los manifestantes. Mantenía alzado un rosario, casi delante de la cara de Drewe, y rezaba en voz muy alta *Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén. Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén. Santa María…* Con la otra mano sostenía una pancarta, una espantosa fotografía ampliada de lo que parecía ser un bebé despedazado, o un embrión, arrojado entre basuras. A Drewe le habían hecho la advertencia de que no mirase aquellas fotografías de las pancartas (de las que se decía que habían sido modificadas a posteriori y no eran «reales»), pero aquella fotografía tan horrenda la vio con toda claridad. *¡Ave María! ¡Ave María! ¡Salva a este bebé de los asesinos abortistas! ¡Castiga con* la muerte *al pecador!*

Era evidente que la mujer rolliza con la bata de premamá participaba encantada en la pelea, que había estado esperando aquel momento para abalanzarse sobre Drewe. Insultaba y manifestaba su repugnancia, pero estaba encantada, clavando en Drewe una mirada de burlona familiaridad.

Me conoce. Lee en mi corazón.

Estaban casi delante de la puerta principal, que otro empleado de la clínica mantenía abierta. La manifestante rolliza, sin embargo, seguía junto a Drewe, zahiriéndola. Drewe se soltó del brazo de Conover para empujarla.

—¡Déjeme en paz! No son ustedes más que fanáticos religiosos. ¡No tienen derecho! Están *enfermos.*

La mujer, sorprendida por la reacción de Drewe, tardó un momento en recuperarse, pero enseguida devolvió el empujón. Era una criatura robusta, una pequeña montaña compacta, de rostro encendido y triunfante.

¡Asesina! ¡Asesina de niños! Jesús te arrojará al infierno.

La mujer le había hecho daño. Un puño cerrado contra el pecho de Drewe.

Conover y el acompañante larguirucho la llevaron en volandas escalones arriba hasta entrar en la clínica, donde a los manifestantes les estaba prohibido seguirlos. ¡Con qué alivio vio Drewe que la puerta se cerraba, dejándolos fuera!

No lloraba. No estaba dispuesta a darle a la mujer rolliza la satisfacción de saber que le había hecho daño.

No lloraba pero le caían las lágrimas por las mejillas ardientes.

No lloraba pero no dejaba de temblar.

Provida. Le aterraba lo seguros de sí mismos que estaban los manifestantes.

Los *abortos quirúrgicos* iban con retraso.

Aquella mañana había habido complicaciones en WomanSpace. Muchos más activistas que de costumbre, un autobús de la Liga de Católicos Provida de Milwaukee, con personas en extremo combativas. A primera hora de la mañana habían llamado al Departamento de Policía de Eau Claire, se habían expedido citaciones.

Pero ¿ningún arresto?

Conover se quejó al personal de la clínica: ¿por qué no tenían una entrada alternativa?

Se le dijo que, fuera cual fuese la entrada utilizada, los manifestantes se arremolinaban. Habían ensayado otras estrategias, pero ninguna funcionaba de manera satisfactoria.

—Se están violando los derechos civiles de sus clientes. Ahí fuera hay un grupo de gente agresiva que podría ser peligrosa.

No era ningún secreto que quienes facilitaban la interrupción del embarazo arriesgaban la vida. Médicos abortistas asesinados por

francotiradores. Oficinas de planificación familiar atacadas con bombas incendiarias.

Indignado, Conover se sentó junto a Drewe en una silla de plástico casi demasiado pequeña para él. Poco a poco se fue calmando. Había llevado trabajo para la larga espera y se consolaría con él.

Drewe, sumida en una bruma provocada por tanto sobresalto mental, no lograba valorar de manera coherente lo que le había sucedido.

Una mujer, una desconocida, ¿la había atacado? Pero todavía más sorprendente, ¿ella, Drewe, había respondido al ataque?

Y todo tan deprisa. Una terrible intimidad al estar tan cerca la una de la otra.

—Parecían conocerme. Me han reconocido.

—No seas ridícula. No te conocen.

—Conocen a las personas de mi calaña, de mi categoría. Saben por qué estoy aquí.

—Faltaría más. No son tontos de baba.

No son tontos de baba, ni mucho menos; son verdaderos creyentes.

Drewe tuvo que rellenar más formularios, pese a que su ginecóloga había enviado por fax a la clínica media docena de documentos. La recepcionista, una mujer de aspecto atribulado y de sonrisa tensa, apuntó su nombre, comprobó su carné de identidad, volvió a preguntarle sobre alergias, asma, intervenciones quirúrgicas recientes, implantes de silicona, parientes próximos.

Parientes próximos: ¿qué era lo que esperaban?

Conover le dijo que, casi con toda seguridad, podía dejarlo en blanco.

Con voz dolida, ella le preguntó si no debería dar su nombre.

—Claro. Voy a estar aquí, de todos modos.

A ella no le pareció una respuesta convincente. No podía, sin embargo, utilizar el nombre de su madre, ni el de su padre… Nadie de su familia tenía que saberlo.

En el caso de morir, le daría mucha vergüenza (aunque, ¿cómo iba a *enterarse* ella?) que su familia supiera su secreto.

No era que se avergonzara de sí misma (aunque de hecho, sí, se avergonzaba), sino, más bien, que le molestaba la posibilidad de que otros tuvieran información sobre su vida más personal, más privada.

La familia de Drewe —que la habría juzgado con dureza y conmiseración— ni siquiera tenía que saber de su relación con Conover, que aún no estaba divorciado sino tan solo separado de su mujer, que vivía en otra parte de los Estados Unidos.

Un hombre casado. Que asegura, por supuesto, estar «separado».

Demasiado lista para su propio bien. Terca, nunca ha escuchado a nadie. La soberbia es heraldo de la ruina…

Drewe regresó a su asiento, dispuesta a esperar. Quería preguntarle a Conover, con una sonrisa, si de verdad había golpeado a aquella horrible mujer que le había metido el rosario por los ojos.

A Drewe se le daba bien contar historias. Pero ¿a quién podría contarle aquella?

La sala de espera era una habitación corriente, tan anodina como la de un dentista, con la excepción de los prospectos, las revistas y los folletos expuestos, todos sobre temas feministas, procedimientos de aborto, leyes federales y estatales; contra toda lógica, sin embargo —dado que WomanSpace era una clínica de planificación familiar además de facilitar la interrupción del embarazo—, había una estantería en la pared llena de información sobre gravidez, partos y bebés. Drewe se maravilló de la incongruencia y la ironía.

Las venecianas de las ventanas de la sala de espera que daban a la fachada estaban echadas. Se oían, sin embargo, voces en el exterior que nunca parecían perder intensidad.

Drewe podría haber llorado de pura irritación: al final se había dejado *El paraíso perdido* en el coche de Conover. Y no había manera de recuperarlo.

—¡Salas de espera! —le dijo a Conover—. Piensa en *A puerta cerrada*.[3] Incluso una sala de espera para entrar en el infierno resultaría aburrida, ¿no es cierto?

Conover, que estaba leyendo algo en su Kindle, apenas respondió.

Drewe le contó a Conover, en voz muy baja, porque no quería molestar o distraer o preocupar aún más a las otras personas que estaban en la sala, y que, muy probablemente, esperaban a que las

atendieran en una consulta o para intervenciones como la suya, cómo, cuando su madre la llevó por primera vez a un dentista, a la edad de cuatro años, ya tuvo miedo en la sala de espera y cómo, al tumbarse en el sillón de los pacientes, se puso histérica. Su madre y el dentista (varón de mediana edad) habían tratado de calmarla con N2O («el gas hilarante») pero también aquello la había asustado. Indignado, el odontólogo le había dicho a la madre de Drewe *No le asegure a un niño «esto no te va a doler» cuando sí le va a doler.*

Drewe hablaba a su manera rápida, animada, nerviosa, que no se correspondía con sus ojos asustados ni con su boca paralizada.

—Ahora no, cariño —le dijo Conover, tocándole el brazo—. Ahora tienes que estar tranquila. Quizás más tarde.

¿Había estado hablando con demasiado entusiasmo? ¿Se había reído de manera poco convincente?

Al principio no tuvo ni idea de lo que Conover quería decir con *Más tarde.*

Por supuesto que lo sabía: no era en realidad una operación, no se trataba más que de un *procedimiento*. Aspiración por vacío con un instrumento llamado cánula; además la sedarían, aunque sin quedar inconsciente, lo que evitaba los riesgos de la anestesia.

Había leído toda la información disponible, por supuesto. Siempre quería saber lo máximo posible de cualquier tema que pudiera enfocarse de manera intelectual, con distanciamiento. Y había memorizado gran parte de lo leído.

Como si en uno de los folletos hubiese aparecido una imagen de la mujer rolliza: el rostro lleno de desprecio, los ojos acusadores.

Asesina de bebés. Tú.

Enfermos. ¡Ustedes son los que están enfermos!

Drewe recorrió con la vista la sala de espera. ¿La estaban vigilando? ¿Se la señalaba, de algún modo especial, como más culpable que las demás? Pero ¿por qué?

En aquella sala había dos o tres mujeres de la edad de Drewe, más o menos. Pero tuvo la seguridad de que no eran universitarias. Y además, una jovencita, quizá de diecisiete años, de cuerpo flácido, paralizada por el miedo; a su lado, muy cerca, su madre le apretaba una mano inerte.

Los reproches, la indignación habían terminado. Ahora quedaba la compasión de la madre y su angustia.

Drewe no le hubiera contado a su madre que iba a someterse a aquel *procedimiento quirúrgico.* Nunca.

Drewe nunca le contaría a su madre que se había quedado *embarazada* por accidente.

Cuando entraron no había ningún hombre en la sala de espera. Conover había sido el primero. Después llegó otro con una mujer muy delgada de rostro ceniciento y maquillada hasta la exageración; los dos con aire sombrío y sin hablarse.

Drewe se preguntó si los hombres, en situaciones como aquella, se miraban para establecer algún tipo de… ¿vínculo? O si, lo que parecía más probable, evitaban con gran cuidado el contacto visual.

Conover parecía desconocer la otra presencia masculina. Drewe, sin embargo, adivinaba que su amante se había dado perfecta cuenta de la llegada de otro hombre.

Drewe también adivinaba que a Conover le habían desconcertado los manifestantes provida. Estaba acostumbrado a *manifestarse* y no a que otros *se manifestaran contra él.*

Simpatizaba de manera natural con quienes protestaban. Eran esos sus antecedentes, su instinto.

Había participado en las «iniciativas para ocupar Wall Street» de Madison. Organizó un seminario en la universidad. Su orientación política era de izquierdas, «activista»; se había sumado desde siempre a marchas y protestas, sobre todo cuando era más joven. (Durante una manifestación en State Street, en la víspera de la invasión americana de Iraq en 2003, un policía antidisturbios le había golpeado con la porra, dislocándole la rodilla derecha. Desde entonces cojeaba un poco y a veces manifestaba con algún gesto el dolor que sentía, si pensaba que nadie lo estaba viendo.) Su padre había sido un abogado laboralista muy conocido con participación en pleitos de ámbito federal.

Iba en contra de sus principios políticos hacer caso omiso de cualquier piquete; aquella situación era diferente, sin duda alguna.

Tenía, además, gran prestigio en los círculos —académicos, intelectuales— en los que era conocido; fuera de esos círculos pocas

personas sabían de su existencia. Historiador de los Estados Unidos, sus libros sobre la Norteamérica anterior a la guerra de Secesión, en especial sobre la historia del abolicionismo, le habían procurado la permanencia académica, invitaciones para enseñar en otras universidades y también premios. Era sin embargo un hombre a quien estar encerrado le causaba inquietud, ansiedad. Sudaba con facilidad. En la sala de espera cruzaba y descruzaba las piernas con frecuencia. Se cambiaba de postura en la silla de vinilo que casi era demasiado pequeña para él. En la cama sufría calambres a menudo: con una exclamación apenas audible de fastidio por el dolor, se levantaba como podía para apoyarse en la pierna afectada, y lograr que el músculo se librara del calambre. A veces también tenía calambres en los dedos de los pies, que se le curvaban como garras.

No tengas miedo, le había dicho varias veces a Drewe. *Estaré contigo.*

En aquel momento revisaba un artículo en su Kindle, un trabajo que aspiraba a ser publicado en una revista de historia de cuyo consejo de redacción formaba parte. Drewe, que no disponía de ningún material escrito, trataba de leer con él, pero no lograba concentrarse.

La recepcionista la llamó por fin…, pero no era su nombre, tal como Conover le explicó, sorprendido, tirándole de la muñeca para retenerla. Drewe, de todos modos, se levantó de la silla de vinilo, convencida al parecer de que la llamaban a ella.

—No es tu apellido, Drewe —le dijo Conover.

—Pero es que he pensado… —tartamudeó ella— que quizás… ha habido un malentendido.

No tenía ni idea de lo que estaba tratando de decir.

Otra persona iba a asesinar a su bebé. Es un sueño extraño, pero no es el mío.

¿Era cierto que el bebé *quería vivir*?

Pero ella no llevaba un *bebé* en el vientre. Solo un agrupamiento de células solidificadas.

Podía explicárselo a Conover. Tratar de explicárselo.

Y, sin perder la calma, él le diría *Así que has cambiado de opinión. Es una buena idea, creo.*

¿Lo es? ¿Una buena idea? Ah, te quiero.

Podemos darle nuestro cariño. Crearle una vida en los intersticios de las nuestras.

Drewe reaccionó con: *¡Sí!… Quiero decir no… No lo sé.*

Conover no la había oído. Seguía leyendo y tomaba notas, los ojos entornados, fijos en la pantalla brillante de su lector.

Otra mujer se había presentado para que la acompañaran al interior de la clínica.

Drewe había querido pedir la cita en Eau Claire con un nombre falso. Conover argumentó que no sería posible, ni tampoco legal; como pudo comprobarse, la ginecóloga de Drewe no hubiese colaborado. Y estaba la cuestión de los análisis y los documentos que se enviaban por fax. Y el seguro médico.

En la sala de espera alguien lloraba sin hacer apenas ruido. Drewe no quiso mirar a su alrededor por temor a que en aquel extraño ejercicio suyo de soñar despierta descubriese que la persona acongojada era ella.

Se trataba en realidad de la muchachita que había llegado acompañada por su madre. Muy joven, pálida, lánguida y asustada. Lo más probable era que no hubiera cumplido los diecisiete, ni siquiera los dieciséis. Difícil imaginar a alguien tan joven teniendo relaciones sexuales; quizás «tener relaciones sexuales» no era el término adecuado: lo más probable sería «relaciones sexuales impuestas».

Violada, tal vez. Una posibilidad bien desagradable.

Con una punzada de envidia vio cómo la madre seguía dándole la mano a su hija. Las dos hablaban en susurros y lloraban juntas. Y cómo, cuando llamaron a la hija, las dos se pusieron de pie al unísono.

Los ojos de Drewe se clavaron en los de la hija, de un color castaño muy cálido, límpidos, llenos de terror.

Drewe apartó enseguida la mirada.

—¿Drewe?

Conover la estaba mirando. En el rostro tenso, el corte diminuto que se había hecho en la parte inferior de la mandíbula al afeitarse le sangraba de nuevo, aunque muy poco.

—Estás segura de esto, ¿no es cierto?

Trata de ser generoso, pensó Drewe. Se estaba esforzando, en un intento muy meritorio. Como un hombre que quiere ofrecer —arrojándolas sobre una mesa— las monedas que retiene en el puño cerrado para demostrar así su generosidad, incluso lo apabullante de su generosidad, que solo le acarreará desventajas; pero le tiembla la mano, las monedas se le escapan de entre los dedos, y caen al suelo.

Drewe le tranquilizó, fue ella quien tranquilizó a su amante. La mujer era la que tenía que tranquilizar al hombre, asegurarle que había tomado la decisión adecuada.

Se oyó decir, una vez más:

—Sí.

Castiga con la muerte al pecador.

El bebé quiere vivir. El bebé ruega: ¡DÉJAME VIVIR!

Cuando por fin la llamaron, algo después de las doce y media, estaba agotada. No había dormido más de dos o tres horas la noche anterior y la sensación que tenía en la cabeza era la de llevar despierta un día y una noche sin interrupción.

Algo sucedía mientras tanto delante de la clínica: algún tipo de alboroto. Los manifestantes habían impedido el paso a una de las pacientes de la clínica, llegando a las manos con uno de los empleados de WomanSpace, y se había vuelto a llamar a la policía de Eau Claire.

Se oyeron gritos, una sirena. Drewe temblaba de indignación. Los fanáticos no tenían *derecho.*

Había usado el aseo tres veces como mínimo. Y todas las veces apenas había sido capaz de orinar, un chorrito insignificante en la taza del retrete que quiso a toda costa examinar: ¿se trataba de sangre?

No era sangre. Apenas orines.

El reloj del aborto le resonaba ahora, desafiante, en la cara. Drewe vio cómo su vida entera la había llevado hasta aquel momento.

El agrupamiento de células en su interior no tenía más allá de siete semanas y tres días de existencia. Concepción, muerte por succión. Desde la perspectiva de milenios apenas existía diferencia virtual entre su vida (breve) de veintiséis años y la vida (todavía más breve) del futuro bebé.

Enfermos. Ustedes son los que están enfermos. ¡Ustedes!

Pero acabaron por llamarla. Aunque atontada, no le quedaba más remedio que ponerse en pie y que una enfermera la llevara al interior de la clínica.

Conover se había inclinado hacia delante para darle un apretón de manos por última vez. Pero los dedos de Drewe estaban inertes, insensibles.

Su acompañante le estaba hablando. Explicándole. La llamaba por su nombre de pila, familiaridad que le hizo sentirse incómoda. Conover quedaba atrás… lo que le supuso un alivio.

Un varón podría asistir al parto de su amante, pero no al *aborto quirúrgico* de ninguna mujer.

¡No sería testigo! Nunca lo sabría.

Drewe hubo de desnudarse y tiritaba bajo la ligerísima bata de papel que se abría por delante. Tenía los labios helados. Sentía la piel tan irritada como si la hubieran estado frotando con algo muy áspero semejante a papel de lija.

Le permitieron que conservara las sandalias.

Una doctora de mediana edad con el pelo recogido en la nuca y rostro de rasgos muy marcados entró en la habitación. Se comportaba con naturalidad, aunque su calma fuese forzada y un poquito autoritaria. Habló con una voz demasiado alta para el tamaño de la habitación, como si abrigara dudas de que la temblorosa paciente fuese a oírla y a entender lo que le decía.

Doctora —.

Drewe oyó con claridad el apellido, si bien un instante después ya lo había olvidado.

¿La doctora le estaba preguntando cómo se sentía?

¿Cómo creerá que me siento? ¿Contentísima?

En silencio y con mansedumbre, Drewe asintió. Como alguien incapaz de hablar, hizo un débil gesto para indicar *¡Bien! Muy bien.*

La doctora le estaba diciendo que la legislación exigía que se hiciera una ecografía antes de la intervención.

Una ley nueva, de reciente aprobación por la asamblea legislativa de Wisconsin.

Una ecografía, para que Drewe pudiera ver el agrupamiento de células, el «feto» de siete semanas, en su útero. Y tenía además que contestar a una determinada secuencia de preguntas.

Entiende lo que va a hacer. Tiene pleno conocimiento.

¿Se la ha coaccionado de alguna manera?

¿Está segura de que no se la ha coaccionado?

Drewe no salía de su asombro. Todo aquello lo había hecho ya: responder a las preguntas, aunque no la ecografía; le faltaba la ecografía, pero toda aquella *charla* innecesaria*…* Sintió deseos de taparse los oídos con las manos y salir corriendo de la habitación.

La doctora le estaba explicando que hay diferentes clases de coacción. Drewe tendría que decir si alguien la había presionado en contra de sus intereses personales y de lo que era más conveniente para ella.

Drewe tartamudeó que ya había contestado a aquellas preguntas muchas veces.

Sí. Pero se trataba de una nueva ley. Se les exigía volver a hacerlas antes de la intervención.

Drewe cerró los ojos. No no no no *no.*

Nadie la había coaccionado *a ella.*

—¿Se siente usted bien, Drewe? ¿Ha comido algo esta mañana?

¡Comer! Se había olvidado por completo de comer.

La idea de los alimentos le repugnaba. No se imaginaba volviendo a comer jamás.

—Háganos saber si siente náuseas. Díganoslo tan pronto como le suceda.

La enfermera le estaba haciendo la ecografía. Una imagen del embarazo por medio de sonidos. Era un requisito de la «nueva» ley.

Drewe estaba tumbada de lado en la camilla de exploración, mirando la pantalla iluminada: la imagen le mostraba una diminuta forma ectoplásmica que cambiaba y se desvanecía de continuo. Le hizo pensar en fotografías fraudulentas de «ectoplasmas» —

espíritus, fantasmas— al comienzo del siglo anterior. En la pantalla veía su propio pulso, el intenso latido de su sangre.

El bebé quiere vivir. Como tú, ni más ni menos.

El padre del bebé no lo quería. No lo había dicho, pero Drewe lo sabía. Estaba claro que lo sabía.

Conover la quería, pero no la quería *lo suficiente.*

Desde luego no la quería lo suficiente para querer tener un hijo con ella. Para fundar una familia con ella. Drewe lo había comprendido, pero no había querido reconocerlo.

Conover tenía hijos, por supuesto. Hijos que ya habían nacido. Adultos ya, o casi. Sanos y salvos en el mundo, sin que su existencia fuese en modo alguno precaria, dependiente del capricho de su padre o de su madre.

Una hija y un hijo, que mantenían al parecer un trato cordial con Conover, aunque sin demasiada intimidad. Por su parte, la esposa de la que se había separado se sentía muy herida y nunca perdonaría a su exmarido. El divorcio, si es que llegaba a haber un divorcio, sería amargo y debilitante. Drewe había llegado con retraso a la vida de Conover.

La doctora del pelo recogido la miraba asombrada. ¿Tenía los ojos cargados de lágrimas? ¿Dónde estaba su firmeza, que había hecho que su familia dijera de ella *Es como si, algunas veces, ni siquiera fuese una de nosotros. Como si ni siquiera nos conociese*?

La doctora le estaba preguntando si tenía dudas. No necesitaba tomar una decisión definitiva de tanta importancia aquel mismo día.

Sí. Decía, insistiendo.

Sí. Esa era la razón de que hubiese venido, ¡por supuesto!

No se iba a marchar sin…

La voz se le apagó, indecisa.

A la paciente se le daban sedantes. Se necesitaba cierto tiempo para que empezaran a hacer efecto.

La voz perdería potencia a medida que actuaran. Drewe vio un puntito de luz: el futuro bebé, que se desvanecía, que estaba a punto de extinguirse.

La ayudaron a tumbarse boca arriba sobre la mesa. Los pies en los estribos.

¡Tan al descubierto, tan expuesta! Las partes más secretas de su cuerpo, abiertas al aire helador.

Estaba sintiendo pánico a pesar de las pastillas. Pero gran parte de todo aquello lo olvidaría después. Su cerebro, al igual que su útero, quedaría vacío, se vaciaría de recuerdos. Una máquina repiqueteaba cerca, haciendo mucho ruido.

Lo vio entonces: la sucesión de actos que había empezado a primera hora de la mañana de aquel día y que era ya irreversible. La carrera desde su residencia hasta la acera para subirse al Toyota de color acero y ocupar el asiento junto a su amante; el beso a Conover en los labios como un acto sutil de agresión, y el sujetarse con el cinturón de seguridad, la tripita tensa, ligeramente curva que no había empezado aún a hacerse notar, ni tampoco los pechos, pequeños y firmes, sin cambios visibles, o apenas. (Los pezones tenían más sensibilidad y parecían más oscuros. Pero no había sido capaz de examinarse el cuerpo con detenimiento, porque era algo que la aterraba.) Casi con alegría —con descaro— había iniciado aquella sucesión de actos que la habían conducido hasta allí: desnuda, boca arriba, rodillas bien separadas. Y el diminuto punto de luz casi desaparecido.

Seguiría despierta durante todo el procedimiento, le explicaron. No despierta del todo, sino a la manera de alguien que estuviera viendo, a poca distancia, una película sin sonido.

Cuando le ajustaron la mascarilla, su primer impulso fue apartarla, presa del pánico. Había olvidado su finalidad: el gas hilarante, que ella misma controlaría, para reducir el dolor.

El mecanismo se detenía por sí solo, le dijeron. Para que no pudiese inhalar demasiada cantidad de gas de una vez. Para que no llegase a perder el conocimiento.

La intervención no llevaría más de diez minutos.

¡Tanta rapidez! ¡Pero tan lentísima por otra parte! Drewe se sintió flotando en el mar, los párpados muy pesados, el gas, con un olor enfermante, en las ventanillas de la nariz y en la boca, de modo que, al respirar, sentía la necesidad de devolver.

Le dilataban el cuello del útero. No pensó *¡Mi cuello del útero!*

Le estaban insertando en el cuerpo un instrumento tubular que le fue subiendo entre los muslos. La máquina empezó a zumbar, cada vez con más fuerza. Un ruido de succión y una sensación similar. Calambres rapidísimos le recorrieron la parte inferior del abdomen. Eran garras como si unas criaturas marinas la tuvieran atrapada. Fue contando *Uno dos tres cuatro…* pero perdió la concentración, porque el ruido de succión era tan fuerte, tan cerca de su cabeza, y los calambres tan rápidos, mordientes y agudos, y el gas hilarante le llenaba tanto el cerebro, como el helio llena un globo, que corría el peligro de flotar por encima de la camilla a la que (ahora se daba cuenta) estaba sujeta con correas, las rodillas también, del todo separadas.

Los calambres llegaban ya en largas oleadas, casi lánguidas. Era una crueldad casi sensual, como si fuese un amante quien le hacía daño, con uñas y dedos groseros, hasta lo más hondo del cuerpo.

Había empezado a llorar. O se estaba riendo.

Por favor, no. No quiero esto. Ha sido un error.

Dejen que me levante, ha sido una equivocación.

Que Dios me ayude…

Se desprendió, torpe, de la bata de papel que se le pegaba a los muslos sudorosos.

Cayó hecha un rebujo en una cesta de mimbre. Luego su ropa, con la que se fue vistiendo con dedos que temblaban incontrolados. Mientras se decía, con un alivio indescriptible *¡Ya está!*

Volvía a ser ella. *Solo* ella.

Aunque los calambres continuaban. Y estaba manchando de rojo sangre una compresa de algodón de un blanco resplandeciente.

Durante un rato siguió tumbada, aturdida, comatosa. Aún tenía el óxido nitroso en el torrente circulatorio: trató de pensar en algo que pudiera ser divertido y que le permitiera reírse.

No tenía ni idea del tiempo transcurrido. La intervención misma había durado menos de ocho minutos, según le habían explicado. Llevaba el reloj en la muñeca izquierda, pero mirarlo para ver la hora le suponía un esfuerzo excesivo.

La sortija de plata del dedo corazón de la mano izquierda le quedaba demasiado holgada. O era que le sudaban las manos… Existía el peligro de perderla.

Luego la despertaron sin ningún miramiento y la sacaron de la sala de recuperación, apoyada en el brazo de la enfermera. Gotas diminutas de sudor le brotaban del nacimiento del pelo. Le estaban diciendo que tendría que pedir cita para ver a su ginecóloga de Madison al cabo de quince días. Y no tenía que «reanudar relaciones» por lo menos durante dos semanas. ¿Necesitaba anticonceptivos?

Drewe se echó a reír. ¡Anticonceptivos!

Siempre había usado anticonceptivos. Le habría aterrado cualquier encuentro íntimo sin las debidas precauciones. Sin embargo, el método que Conover y ella usaban había fallado.

Conover la esperaba. Parecía cansado y más profundas las arrugas de su cara.

La cogió de la mano y se inclinó para besarle la frente sudorosa. Le dijo al oído en voz muy baja algo que sonaba como *¡Buena chica! Te quiero.*

Aquello era muy impropio de Conover. Drewe se apartó un poco, riendo.

—«Buena chica.» Suena como si hablaras con un perro.

Mala suerte, o quizá buena: había un alboroto delante de la clínica porque llegaba otra paciente que se veía forzada a soportar el acoso de los manifestantes.

Y luego, cuando abandonaron la clínica para ir lo más deprisa posible al coche de Conover, descubrieron con sorpresa que apenas se les tenía en cuenta, centrados como estaban en la recién llegada, una mujer de piel oscura y de unos treinta y pico años que parecía muy asustada y que iba acompañada por una mujer de más edad. El empleado larguirucho había acudido, en actitud agresiva, para ayudarla.

Drewe buscó con los ojos a la mujer rolliza con la bata de premamá y la peluca sintética desenfadada y brillante —la mujer que se había atrevido a darle un puñetazo en el pecho—, pero no la encontró.

Mira solo al frente, le estaba diciendo Conover. Casi hemos llegado ya.

Su brazo en la cintura de Drewe, que avanzaba a trompicones, sintiéndose débil y mareada; los calambres en el vientre eran como veloces descargas eléctricas. Entendía que Conover se hubiera asustado al verla reaparecer en la puerta de la sala de espera, del brazo de la enfermera, dando la sensación de que no lo veía, aunque estaba sentado casi frente a ella. Drewe sonreía y parpadeaba sin parar con el aturdimiento de alguien que ha sufrido un traumatismo sin saberlo.

¡Sube! Ten cuidado…

Conover la ayudó a instalarse en su asiento. Detrás, amontonándose en torno a la recién llegada, los manifestantes alzaban la voz, llenos de vehemencia. Conover echó el seguro a la portezuela del lado de Drewe, que miraba por la ventanilla, buscando a alguien, no sabía con exactitud a quién…

Conover estaba afectado, pero se repuso pronto. Cerca de la entrada a la interestatal 94, en dirección sur, se detuvo en una *delicatessen* donde compró sándwiches y agua embotellada para los dos, y un paquete de seis latas de cerveza fría para el largo trayecto de vuelta.

Trata de comer, le dijo a ella. Luego, quizá, trata de dormir.

Drewe logró comer muy poco de su sándwich. Conover se terminó el suyo y lo que Drewe había dejado. También se bebió, con ansia, casi toda el agua de Evian. Y más adelante, en furtivos tragos ilegales, al menos dos de las latas de cerveza.

Aunque le había instado a que se durmiera, Conover no resistió la tentación de hablar con ella. Estaba demasiado tenso para conducir en silencio o incluso para escuchar un CD. Rio, habló y obsequió a su acompañante con historias que ya le había contado antes, si bien nunca tan largas ni con tantos detalles.

Se trataba de relatos históricos, no de anécdotas personales. A juzgar por la manera en que los contaba, ya los había utilizado con otros públicos, en otras ocasiones. Abraham Lincoln caricaturizado —en los periódicos partidarios de la Confederación— como negro, o como simio también negro: «Odiar a Obama por el color de su piel

no es nada nuevo en la política de los Estados Unidos». Disturbios contra el servicio militar en la ciudad de Nueva York, «Pánicos» notables de Wall Street, la derrota del Banco de los Estados Unidos por el astuto Andrew Jackson, conocido como «Old Hickory».[4] Las historias personales no eran la especialidad de Conover.

Drewe no sabía cómo se llamaban los hijos de su amante. Era posible que hubiese mencionado sus nombres, pero no era algo que hiciera con frecuencia. Sabía, en cambio, el nombre de su esposa, aunque muy poco sobre ella. Y Drewe no le preguntaba nunca, tanto por tacto como por timidez. O quizá había sido por desdén hacia la familia que tenía la esperanza de suplantar.

Ya era de noche cuando llegaron a Madison.

—Creo que quiero estar sola —dijo Drewe—. Solo tienes que dejarme en la residencia, muchas gracias.

Tenía los labios resecos y le dolían los ojos como si hubiese estado mirando un sol abrasador sin apartar la vista.

—¡No seas ridícula, Drewe! —argumentó Conover—. Te quedas conmigo.

—Creo que no. Me parece que estaré mejor sola.

—Pensaba que ya habíamos hecho planes. Para esta noche.

—Creo que no.

—Drewe, escucha: estoy aquí.

Le cogió una mano. Las dos manos. Ella se sentía muy débil, tenía muy poca fuerza en las manos. Se le había escapado, como líquido por un sumidero, algo que quizás fuera su identidad.

No dijo *Estás aquí pero no estás. Más vale que no estés de manera que yo lo vea.*

Conover dejó de insistir y, al verla tan inflexible y —era muy posible— al borde de la histeria, la llevó a su residencia.

En el coche aparcado junto a la acera Conover habló a Drewe con gran seriedad. En las seis plantas del edificio estaban encendidas las luces. Era una antigua construcción de piedra con cierto aire distinguido. Una residencia para alumnas graduadas en la que Drewe había ocupado una habitación individual, austera como una celda de monja, por espacio de dos años y medio.

Conover vivía en una casa victoriana grande, pero un tanto destartalada, a kilómetro y medio de distancia, en un barrio llamado Faculty Heights. Drewe había visitado su casa con frecuencia y a menudo se había quedado a pasar la noche, pero nunca había vivido allí y ahora ya entendía que nunca llegaría a hacerlo.

¡El alivio en el rostro de Conover! Lo había notado.

El temor en sus facciones. El temor a que Drewe se ablandara y le pidiese que la quisiera como ella lo quería a él.

O peor todavía, que insistiera, como hacen las mujeres, en que ella atesoraba suficiente amor para dos.

Estaba sangrando en la compresa. Ya era suficiente súplica, por el momento.

—No te voy a dejar —dijo él—. Ven conmigo.

—No —dijo ella—. Gracias.

—Necesito estar sola —insistió—. De momento.

Abrió la portezuela del automóvil. Drewe se vio con la mano en la manilla, la portezuela que se abría, a sí misma apeándose del Toyota de color acerado y alejándose. Era el borde de un precipicio: se caía desde mucha altura y el resultado podía ser fatal. Se vio, sin embargo, alejándose.

Conover se apresuró a correr tras ella, hasta la puerta de la residencia.

—No te preocupes, por favor —dijo Drewe con tono cortante—. Necesito estar sola.

—No necesitas estar sola; eso…, eso no es verdad. No voy a dejarte sola.

Drewe se dio la vuelta. Lo dejó allí. Sangrando en secreto en la compresa empapada ya, se alejó, no camino de las escaleras sino del ascensor porque estaba demasiado débil y desmoralizada para subir andando, así que esperaría el ascensor aunque fuese muy lento. Mientras mantenía la puerta abierta —que atravesaron varias jóvenes para entrar en el vestíbulo, mirando con curiosidad a Drewe y a Conover— él la llamó: no se marcharía, se quedaría a esperarla en su coche.

Desde su habitación en el cuarto piso vio su automóvil junto a la acera, y dentro, muy imprecisa, su silueta. Cuando pasaban

vehículos por la calle, sus faros lo iluminaban, una figura estoica y testaruda en el automóvil aparcado. Había encendido el motor, era probable que para escuchar la radio. Se terminaría las seis latas de cerveza.

Con muchas precauciones, como alguien hecho de una frágil sustancia capaz de quebrarse —cristal muy fino o plástico—, Drewe se tumbó en la cama. Le ardía la piel y estaba muy cansada. Los calambres no eran tan intensos, amortiguados con Vicodin. Su vida iba a ser una vida con analgésicos: tendría conciencia del dolor, pero no lo sentiría del todo como propio.

Apenas sangraba. Se quitó la compresa y la sustituyó por otra limpia, de un blanco esplendoroso, porque la enfermera de WomanSpace, todo un detalle, le había entregado media docena de compresas en una bolsa de plástico.

En realidad, no corría peligro, de morir por la pérdida de sangre, pero la posibilidad de *desangrarse* resonaba en su cabeza como un golpe de gong.

Cuarenta minutos después, cuando se puso en pie con mucho trabajo, el Toyota estaba aún junto a la acera.

Conover la había estado llamando por el móvil, descubrió acto seguido. Pero lo había apagado en Eau Claire y no había vuelto a encenderlo.

Volvió a dormir a intervalos. Algo después de la medianoche, con la boca reseca y los ojos tan doloridos como si no hubiera dormido en absoluto, se levantó y se acercó tambaleante hasta la ventana. El coche se había ido.

«Se ha muerto Stephanos»

—¿No te has enterado? Se ha muerto Stephanos.

—¡No puede ser! ¿Cuándo?

—Esta misma mañana, creo.

—Pero ¿cómo?

—Un infarto, o un aneurisma… una cosa repentina.

—¡Dios mío! Stephanos…

Mickey estaba debajo de una marquesina, justo delante de un establecimiento con el curioso nombre de Smila's Sense of Organic Foods, esperando a que pasase lo peor de una tormenta repentina. Pese al fuerte golpeteo de la lluvia sobre la marquesina y en la calzada, era imposible no escuchar aquella conversación emocionada entre un profesor de matemáticas de aspecto nórdico y una mujer de mediana edad que era la esposa de alguien. (A Mickey no se le escapaba que aquello era insufriblemente despectivo. De hecho, en determinados círculos y pese a su doctorado y a su puesto académico, la propia Mickey no pasaba de ser la «esposa de alguien».) Por otra parte, conocía a Angelo Stephanos o lo había conocido, aunque no mucho. Mickey respondió a las miradas del profesor de matemáticas y de su acompañante con expresión de sorpresa y de compasión, porque le pareció lo más diplomático; no estaba preparada para el gesto de extremo pesar, incluso de horror, en sus rostros, ni para la manera en que parecían no reparar en ella, como si fuera invisible.

—Pero ¿dónde ha sido?

—En su casa, creo. Cuestión de minutos.

—No podía ser muy mayor…, menos de cincuenta…

—Alguien ha dicho que había estado enfermo a su regreso de la India.

—Quien regresó enfermo de paludismo no fue Stephanos, sino Bandeman, creo que los estás confundiendo…

—¡Stephanos era un verdadero trotamundos! Iba a toda clase de sitios peligrosos como Kasgar y el Tíbet; y luego, ya ves, morir en casa…

—¡Pobre Beata! Tan unida a él…

—¡Dios mío! ¿Estás segura? Es imposible creerlo… Stephanos *desaparecido.*

Acto seguido se les unió otra mujer, asombrada y dolida:

—¿Stephanos? ¿Angelo? *¿Muerto?* ¿Qué están diciendo?

Mickey reconoció a Abigail Burdine, esposa de uno de los colegas más antiguos de su marido en el Departamento de Ciencias Políticas: una mujer que Mickey consideraba fría y distante, si bien en aquel momento parecía tan afectada como si alguien la hubiese abofeteado.

Abigail Burdine era alguien que Mickey conocía, aunque no bien; que no se había comportado de manera muy amistosa en los primeros años, difíciles, de su trabajo en la universidad, cuando su marido no había alcanzado aún la permanencia y le acompañaba siempre —a ojos del profesorado ya establecido y de sus esposas, tan pagadas de sí mismas— algo de la precariedad de un escalador durante una ascensión casi vertical: se siente compasión ante semejante vulnerabilidad, pero no se quiere participar en ella.

A la larga, cuando el marido de Mickey logró su promoción, y mujeres como la señora Burdine se mostraron solo un poco más amables, Mickey no fue capaz de responder con un mínimo de cordialidad que resultara convincente. Había perfeccionado un método para *dejar de ver* que era una especie de radar social a la inversa.

Ahora, muy cerca de los demás debajo de la marquesina, las bolsas de la compra sujetas con las dos manos, la tal Burdine repetía con entrecortada incredulidad:

—¿Stephanos *muerto*? Quieren decir, ¿Angelo Stephanos? ¿Hablan en serio? *¿Cómo es posible?*

—Infarto o tal vez un aneurisma…

—Dios bendito, *¿cuándo?*

Sorprendente para Mickey, y en cierto modo quizá motivo para hacer examen de conciencia, el hecho de que una mujer que a ella le había hecho el vacío durante años fuese capaz de tanta emoción.

—Acaba de darse la noticia. Está en la página web de la universidad. Puede comprobarlo en su móvil…

—¡Dios mío!

Para entonces ya eran media docena las personas que se habían congregado debajo de la marquesina mientras la lluvia acribillaba la calzada. Una especie de aguanieve que golpeaba el suelo como fuego de ametralladora.

Para Mickey fue un alivio que de Smila's salieran clientes que ni estaban al tanto ni se interesaban por la noticia de la muerte de Stephanos y que se limitaban a quedarse en completo silencio mirando la lluvia y haciendo tiempo hasta que les fuese posible correr en busca de su coche.

Smila's Sense of Organic Foods, establecimiento situado en el límite del campus central, el más antiguo de la universidad, era un herbolario que también vendía alimentos orgánicos. Mickey había visto allí a Angelo Stephanos, estaba segura —habían intercambiado saludos numerosas veces—, pero no podría haber afirmado que lo conociera. Se trataba de un hombre bajo, de paso ágil y calva reluciente, casi joven todavía, de rostro moreno y feo, sin duda, pero atractivo, con rasgos que parecían esculpidos y hacían pensar en un actor de cine europeo de décadas atrás: piel bronceada, perilla oscura, sonrisa deslumbrante. Ya en sus primeros años de profesor había sido lo más parecido a una celebridad universitaria: presente a menudo en el canal local de televisión consagrado a las artes, y su fotografía publicada con frecuencia en los periódicos de la zona. Stephanos daba conferencias sobre temas como «Semiótica de la experiencia religiosa» y «Deconstrucción de Derrida»; la matrícula para su curso de Introducción al estudio comparativo de las religiones tuvo que cerrarse al llegar a los trescientos alumnos, sin contar con un buen número de oyentes —miembros de la comunidad universitaria— que lo adoraban.

Ahora, mientras a su alrededor se cruzaban las conversaciones sobre la muerte de Stephanos, Mickey tuvo un agudo sentimiento de

pérdida; y vergüenza por saber tan poco sobre él y, en consecuencia, por lamentar su desaparición mucho menos que los demás.

Una curiosidad, parte del mito Stephanos, era que solía hablarse de él solo por el apellido: «Stephanos»; para los alumnos era el «profesor Stephanos». Con toda probabilidad, en el caso de tener que llamarlo de alguna manera, Mickey habría recurrido a «Angelo», su nombre de pila.

Trató de recordar si alguna vez había intercambiado con él más de unas pocas palabras. En una reunión universitaria, una fiesta, tiempo atrás, el profesor de corta estatura, calvo, sonriente, moreno y con un rostro que parecía esculpido, había hecho un gesto con intención amable, delicada: apoderarse de las dos manos de Mickey para felicitarla o alabarla por algo. Mickey reaccionó con sorpresa y Stephanos se echó a reír. «¡Perdóneme! No era mi intención *asustarla*.» (Una reacción singular en su caso, porque Mickey era una persona que tenía muy poco de maniática o de ceremoniosa.) Le pareció recordar que Cameron, su marido, había jugado años atrás al tenis con Stephanos y con amigos comunes, en las pistas universitarias cerca de Broadmead Avenue, donde el matrimonio había vivido durante casi diez años. Conservaba una imagen de un individuo nervudo, de pecho poderoso y piernas cortas y musculosas, vestido de blanco, que saltaba veloz por la pista y hacía que sus adversarios alargaran la raqueta al máximo, desesperados, se lanzaran a fondo y fallaran o enviaran la pelota contra la red.

Abigail Burdine preguntó una vez más *cuándo* y *cómo* había sucedido; como si todavía pudiera existir algún error o escapatoria para refutar aquella noticia que tanto la trastornaba.

Mickey consideraba mientras tanto, sacudida por un estremecimiento (porque el aire era húmedo y frío y no se había abrigado lo suficiente aquella mañana con las prisas por presentarse a tiempo en el centro médico), qué extraño era el fenómeno del apego y del dolor de los seres humanos; solo nos afecta de verdad lo que les sucede a las personas que conocemos; incluso cuando el fallecido es a todas luces un hombre bueno, muy querido y con grandes cualidades.

Sobre Stephanos nunca se oía nada que no fuesen alabanzas. Tal vez algunas mínimas objeciones… ¡era tan *vanidoso*! (Pero, pensó Mickey, ¿qué catedrático no es *vanidoso* en lo más hondo de su corazón? Y ¿qué mujer no querría serlo, si las circunstancias no convirtieran ese deseo en una estupidez?) Sus filiaciones políticas —Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras—, su apoyo a la campaña presidencial de Obama y Biden; su generosidad legendaria con los alumnos y con sus colegas más jóvenes; su buen carácter, su energía, su sentido del humor (tenía quizás reputación de dandi europeo que apreciaba a las jóvenes agraciadas, a las que, por otra parte, atraía como un imán). Mickey sentía la pérdida de todo aquello que, en realidad, no había llegado a conocer; consternación por el hecho de que Stephanos y ella no hubieran sido amigos por proximidad social, dado que sus círculos de amistades no habían coincidido nunca.

¿Por qué había pasado eso? ¿Era que a Cameron no le gustaba Angelo Stephanos o, por la razón que fuera, a Angelo Stephanos no le gustaba *su marido*? ¿O tal vez era *ella* la que no le gustaba? En la comunidad de University Heights todo el mundo conocía a todo el mundo; los hijos de todo el mundo que iban a centros de enseñanza públicos se relacionaban como si fueran primos lejanos; las líneas de las conexiones sociales, sin embargo, no siempre resultaban evidentes para el observador. Imposible dejar de pensar, como Mickey lo estaba haciendo ahora, que su marido y ella, de alguna manera esencial, habían quedado *excluidos.*

¡Qué día tan arduo! Y ahora aquella condenada lluvia.

Mickey había pasado por la tienda de comestibles después del trabajo para comprar unas cuantas cosas que su marido, como ella sabía muy bien, no habría comprado, aunque su despacho estuviera más cerca de Smila's; la compra de alimentos había sido en otro tiempo una empresa común, pero se había convertido, con el paso de los años, en una tarea marital como otras que Cameron y ella se traspasaban una y otra vez, dado que nunca habían definido con claridad quién era responsable de qué ni con qué frecuencia. Era difícil no poner cara de mártir si uno hacía más que el otro, aunque fuese muy poco, como Mickey creía que le sucedía a menudo.

Porque el puesto de Cameron en la universidad era *más importante* que el suyo; la carrera de su marido, *mucho más importante* que la suya.

—Si alguien quiere volver a casa, estoy dispuesta a llevarlo…

El chaparrón perdía intensidad. Mickey se atrevió a interrumpir la conversación sobre la muerte de Stephanos con su ofrecimiento, que era espontáneo, impulsivo. Debería haber sabido que la mayoría de las personas refugiadas con ella bajo la marquesina tenían coche propio pero, como se descubrió enseguida, tanto el catedrático de matemáticas de aspecto nórdico como la mujer con la que hablaba en un primer momento se habían acercado a pie a la tienda para hacer muy pocas compras.

—¿No le importa? Muy amable por su parte…

—¡Muchísimas gracias!

Mickey corrió entre charcos de barro en busca de su Toyota, aparcado a muy poca distancia; casi alegre, dejó caer sus bolsas en el maletero y regresó a toda prisa, como si temiera que el profesor de matemáticas y su acompañante pudiesen haber decidido que no la necesitaban.

Era una buena idea aquel ejercicio un tanto imprudente. Como Mickey no se encontraba en forma, ni mucho menos, sentía la necesidad de desmentirlo en público siempre que se presentaba la ocasión.

La mujer se sentó a su lado, casi sin aliento y consternada, las bolsas de la compra, mojadas, entre los brazos; el profesor de largas extremidades se instaló en el asiento de atrás, mientras Mickey le instaba a «apartar sin más las cosas que había», porque la parte trasera de su Toyota tenía un aire de amable desaliño, y no importaba mucho dejar en el suelo lo que estaba en el asiento.

Mickey sintió un infantil estremecimiento de emoción por el hecho de llevar en su coche a aquellos dos desconocidos. No era muy distinto de lo que se siente en el instituto al hacer el mismo favor a alguno de los alumnos más populares, a alguien de verdad conocido, o de más edad, alguien que forma parte de alguna camarilla superior a la tuya. Mickey se había apropiado la intensidad de

sentimientos, el pesar de sus pasajeros, ¿no era eso? Porque ella, por su parte, se sentía tristemente distante del difunto Stephanos.

Pero la mujer sentada a su lado (que se llamaba Madelyn McCall) se había vuelto para hablar con el profesor (que se llamaba Andy Funkhauser, como Mickey tendría que haber sabido) y la continuación de su charla sobre el desaparecido Stephanos distrajo a Mickey mientras conducía bajo la lluvia. Contrariada, descubrió demasiado tarde que se habían olvidado de decirle dónde tenía que torcer.

—Por favor, sé que les ha afectado la noticia sobre su amigo, pero seamos prácticos —su voz resultó más seca de lo que se había propuesto. Por el espejo retrovisor clavó los ojos en el rostro plano, color de la arena de Funkhauser, que llevaba en la cabeza una gorra de visera de los METS, empapada por la lluvia.

Se produjo un silencio en el coche. Mickey se disculpó:

—Oigan, lo siento, es solo que estoy un poco preocupada por tener que conducir con tanta lluvia.

—¡Por favor, se lo agradecemos mucho! Se llama Mickey, ¿no es eso? Es usted muy amable.

—¡Sí! Muchas gracias.

—Eran ustedes buenos amigos de Angelo Stephanos, imagino —Mickey habló titubeante.

—Sí. Creo que sí. Quiero decir que… me gusta creer que es cierto.

—Sí. Mi mujer y yo… los conocemos a él y a Beata desde que vinimos de Iowa, hace once años. Logró que nos sintiéramos a gusto desde el primer momento.

—Me hubiera gustado conocer mejor a Stephanos. Era sin duda una persona muy notable.

Mickey hablaba insegura, sin saber si era aquello lo que había que decir. La lluvia azotaba el parabrisas en un verdadero delirio. La boca se le llenó de un sabor desagradable y metálico, una sensación que le dio ganas de escupir.

Le pareció que sus acompañantes recibían sus palabras, sin duda tan inadecuadas como una balsa de papel bajo un chaparrón, con una incomodidad muy poco comprensiva.

En una casa de ladrillos rojos de Mercer Street, Mickey entró hasta la puerta del garaje para dejar a Madelyn McCall; y en otra casa de estilo colonial, en la manzana siguiente, hizo lo mismo para que se apeara Andy Funkhauser. Los dos le agradecieron repetidas veces su amabilidad, pero Mickey pensó: *¿Se acordarán de mí? Seguro que no, joder.*

Por la mañana, de siete a diez, había ido a quimioterapia.

Era una de las «personas afortunadas», por lo que tenía entendido. El especialista en aparato digestivo le había dicho, después de diagnosticarle un cáncer de colon: «Ahora mismo no se lo va a creer, pero cuando piense más adelante en este día, se dará cuenta de que ha sido uno de los más afortunados de su vida».

Mickey quería creérselo. Había *ideas positivas* y otras *no tan positivas* en este asunto de la lucha contra el cáncer.

Era su secreto, al menos eso esperaba. No lo sabía nadie, con la excepción de Cameron.

Tampoco lo sabían en el Instituto, donde seis años después Mickey seguía siendo profesora auxiliar y sin seguro médico. Los enormes gastos del cáncer —cirugía, oncología, quimioterapia— corrían en su totalidad por cuenta del seguro universitario de Cameron. Mickey había organizado su horario durante aquel cuatrimestre de manera que los días de quimio no interfiriesen con su trabajo; no había faltado a una sola clase, ni tampoco a las reuniones de departamento; le gustaba pensar en el asombro de sus colegas y de sus alumnos si supieran que la trataban con quimioterapia y cuál era el motivo.

Por supuesto, algunas mañanas, incluso sin una sesión reciente de quimio, apenas conseguía levantarse de la cama y luego se arrastraba con dificultad a lo largo del día. Todos sus esfuerzos —Mickey tenía que pensar que eran por una buena causa— se centraban en su impostura en público, en comportarse del todo como siempre se había comportado, e incluso con un poco más de brío.

Su presencia en el centro médico era un problema más peliagudo. Si se encontraba con gente que la conocía, en la deprimente sala de

infusión, tenía preparada una explicación plausible sobre deficiencias en su recuento de gammaglobulina. Nadie, excepto un médico con experiencia, podría detectar la diferencia entre una infusión de gammaglobulina y la agresiva quimioterapia que requería fluoruracilo y oxaliplatino, medicamentos utilizados para eliminar células cancerígenas. Una estrategia que no se diferenciaba mucho, a Mickey le resultaba inevitable pensarlo, de rociar la jungla con napalm con la esperanza de matar al enemigo oculto entre la frondosa vegetación.

Mantener en secreto su cáncer de colon le resultaba esencial. No decírselo siquiera a sus parientes y amigos íntimos. Era muy propio de Mickey no desear ni conmiseración ni lástima. No quería llamar la atención. Una clase equivocada de atención.

Cameron estaba dispuesto a mantener el secreto. Tampoco él quería ser objeto ni de conmiseración ni de lástima; ni siquiera de una especial preocupación entre sus colegas y amigos.

No todo era malo en último término: la pérdida de peso le había permitido volver a la talla 38, que no utilizaba desde los quince años. Sus alimentos favoritos le producían náuseas, como antiguos amigos a los que no se ha visto desde hace años y que reaparecen convertidos en seres impresentables. No había perdido (aún) una cantidad llamativa de su espesa cabellera de color rubio oscuro. Tampoco había experimentado los efectos secundarios más extremos del tratamiento: desmayos, trastornos convulsivos, fuertes vómitos, diarrea, muerte.

A veces, la primera noche a raíz de una infusión se le encendían las mejillas como si fueran las de una patinadora en un cuadro de Norman Rockwell, y por la mañana tenía un derrame en el ojo derecho.

Había aprendido a pensar *¡Vaya suerte! Solo un ojo.*

Cameron no reparaba en el ojo sanguinolento. Tal vez se había dado cuenta de la pérdida de peso, pero no decía nada. Aunque, por otra parte, Cameron no la había mirado mucho en los últimos meses. A veces sentía la tentación de agitar una mano ante los ojos de su marido para que reparase en ella —*¡Eh! ¡Soy yo, Mickey!*—,

pero después ¿qué? ¿Quería de verdad que Cameron la mirase muy de cerca?

Su marido había reaccionado ante la aparición de un fuerte componente químico en su aliento. Mickey acabó por darse cuenta, aunque con retraso.

Al inclinarse para besarlo, tan solo un amistoso beso de despedida cuando Cameron se marchaba apurado de tiempo, había observado por fin cómo, de forma apenas perceptible, de una manera que sugería un estoicismo heroico, su marido se ponía tenso.

Y es que, por supuesto, su aliento olía. A Mickey el interior de la boca le sabía a ácido de batería de coche sin que la cosa cambiase por mucho que se enjuagara con elixires sin alcohol.

Lo siento, cariño, no lo repetiré.

Mickey no llevaba en casa más de unos pocos minutos —después de dejar a los compungidos colegas de Stephanos— cuando sonó el teléfono. Un amigo del matrimonio, con la voz llena de nerviosismo, llamaba desde Berkeley.

—Acabo de recibir un mensaje diciendo que se ha muerto Angelo Stephanos. ¿Es verdad eso?

—Sí; creo que sí. No he visto ninguna confirmación oficial, pero…

—¡Dios mío! ¡Stephanos! Acababa de estar en California, y pronunció la conferencia inaugural en un congreso de LAPA, un hombre de verdad brillante, afectuoso; le gustó mucho la ponencia que leí y me iba a invitar a vuestra universidad… y ahora…

—La gente aquí está muy afectada, por supuesto —dijo Mickey, comprensiva—. Quiero decir, la gente que lo conoce. Que lo conocía. Sin duda era una persona muy carismática…

—Yo no diría «carismático», eso suena falso y superficial. Stephanos irradiaba *vida,* ni más ni menos. Cuando yo me sentía algo deprimido por una serie de cosas, me escuchó con gran atención e hizo observaciones muy bien pensadas y sutiles. Apenas lo conocía, pero dijo que cuando fuese ahí a dar una charla, esperaba que me alojase con él y su familia.

Aquel amigo había estado en casa de Cameron y Mickey en el pasado, visitando su universidad. La gratitud con que hablaba de la invitación de Stephanos resultaba un tanto hiriente.

—¿Se ha muerto en su casa? ¿En el cuarto de baño, en la ducha? ¿Hablan de un aneurisma? Dios mío.

—O un infarto…

—¡Así, por las buenas! Aterrador.

—Bueno. Puede haber sido una bendición, tan de repente. No se habrá dado cuenta de lo que le pasaba.

No muy convencida, Mickey ofreció a su amigo aquel consuelo banal. Pero él apenas daba la sensación de escuchar lo que se le decía.

—¿Está Cam ahí?

—No.

—Conocía a Stephanos, ¿verdad?

—¿Que si lo conocía? Bien bien, no.

—Llamaré más tarde. Podemos recordarlo juntos.

—Con Cameron lo mejor es un e-mail. Ya sabes que el teléfono no le gusta demasiado.

Su amigo —más de Cameron, y de sus días de estudiante graduado en la Universidad de Minnesota, que de Mickey— no colgó de inmediato, sino que recordó, con genuino sentimiento de pérdida, lo muy cortés que Angelo Stephanos se había mostrado y lo mucho que le había ayudado cuando le mandó un primer borrador, sin apenas revisar, de su nuevo libro sobre la «política» de los textos de transgénero, que acababa de publicar Cal-Berkeley Press, y una de las pocas pero elogiosas reseñas aparecidas citaba puntos sugeridos por Stephanos, algo sobre lo que se proponía escribirle para darle las gracias. Pero… lo había ido dejando. Y ahora ya era demasiado tarde.

De todo lo que se había perdido muriéndose, pensó Mickey, un mensaje de agradecimiento de un ambicioso colega más joven no habría sido de primordial importancia para Stephanos.

Pero ella tenía que consolar al amigo de Cameron, que estaba de verdad afectado. Sentía, sin remedio, lo peculiar de su situación en aquel asunto de la muerte, sin duda catastrófica, de Angelo Stephanos: entendía que era un fallo personal suyo, tal vez un defecto de su carácter, la incapacidad para compartir un sentimiento que para otros era algo del todo natural.

—Angelo Stephanos era sin duda una persona muy querida —dijo Mickey con sequedad—. Cuando la mayoría de nosotros nos muramos, tendremos suerte si *se nos echa de menos.*

Pero aquello era mezquino, adolescente. Una observación que no se iba a entender con la intención que Mickey quería darle, la de la simple constatación de un hecho, de una realidad. Por fortuna el amigo de Berkeley no la había oído.

—Stephanos era de algún modo una persona sin edad. Estaba tan *vivo*. ¡Dios santo! Qué golpe tan tremendo… Debería llamar, ¿se llama Beatrice? ¿Beata? Debe de estar hundida…

¿Beata Stephanos? Mickey trató de recordar si había coincidido alguna vez con ella.

—Dile a Cam que he llamado, ¿lo harás? Y si se celebra un funeral por Stephanos, seguro que sí, claro, haré lo posible por ir.

—Sí. Por supuesto. Te puedes alojar con nosotros. Por favor.

Por favor. ¿Estaba Mickey suplicándole a aquel hombre que era amigo de su marido y al que ella apenas conocía?

Había hablado, claro está, sin pensárselo dos veces. Ser irresponsable e impulsiva hacía de ella una persona generosa; aunque no lo fuera en realidad, resultaba comprensible que se pudiera confundir con una virtud.

Mickey colgó el teléfono y llegó a la cocina como aturdida, para descubrir, sobre la encimera, las bolsas de la compra, mojadas por la lluvia. Tenía que guardarlas (Cameron, faltaría más, no estaba allí para ayudarla) y también tenía que pensar (fuera lo que fuese lo que tenía que pensar) sobre algo urgente y esencial en su propia vida, algo que era un millón de píxeles arremolinándose en una nube de tormenta a punto de estallar.

Su problema, pensó Mickey, empezaba con *Mickey*.

Un nombre de sus años de secundaria. Un nombre perfecto, gratificante, envidiado en aquel entorno. *Mickey* encajaba muy bien con sus piernas largas tan visibles en la cancha de baloncesto, con su cola de caballo rubia con mechas que se balanceaba con vida autónoma, con su risa rápida, sin restricciones, aguda y espontánea; *Mickey* era divertida y sexi y agradable a la vista (aun sin llegar a

hermosa), de rostro pecoso y terso, piel lechosa, ojos de color verde mar muy separados y una sonrisa dulce y maliciosa, de manera que era posible perdonarle que fuese además buena estudiante, una de la media docena de alumnos que destacaban en su clase y una de las pocas que habían llegado a la universidad y habían hecho más adelante estudios de posgrado. (Licenciatura en Biología y doctorado en Ecología y Biología de la evolución.)

Era algo muy de *Mickey* hacer chistes sobre el implante venoso artificial en la parte derecha del tórax, arriba, que permitía en su caso la extracción de sangre así como la administración de fluidos sin la insoportable rutina habitual de una enfermera buscándole la vena; y también era propio de *Mickey* hacer chistes sobre el recipiente plástico para la quimioterapia que a veces tenía que llevar, en secreto, en una chabacana riñonera negra en torno a la cintura y que introducía más sustancias químicas en la vena artificial para repartirlas por todo el organismo gracias a su torrente sanguíneo. Como también era muy propio de *Mickey* bromear sobre la sección de «Sexualidad» en el *Manual sobre quimioterapia para pacientes del Centro Médico:*

Las mujeres que se sometan a un tratamiento quimioterápico quizá experimenten los siguientes síntomas:
Falta de deseo sexual
Sequedad vaginal
Molestias durante el coito
Incapacidad para alcanzar orgasmos
Sofocos
Interrupción del ciclo menstrual
Nota: NO ABANDONAR EL CONTROL DE NATALIDAD.
EL CONTROL DE NATALIDAD SIGUE SIENDO NECESARIO.

Mickey había tenido que reírse. *Era* bien divertido: *¡Molestias durante el coito!*, lo que equivalía a señalarle a un cuadripléjico que quizá experimentase cierto malestar muscular al esprintar.

En cuanto al *control de natalidad*… quizás no era tan divertido. Solo triste.

Aquellos chistes con tan poca gracia, Mickey no los hacía en presencia de otras personas. Desde luego no delante de Cameron.

Eran chistes *interiores, meditabundos,* de Mickey.

Ahora, casi con treinta y siete años, había dejado atrás a *Mickey*, pero ya era demasiado tarde para tratar de convencer a los demás de que merecía que se la llamase *Michelle*.

Peor aún, se había convertido en *Mickey*. *Mickey* le había dado forma: la había deformado. Como uno de esos bonsáis japoneses atrofiados, excepto que su atrofia era sobre todo interior.

Mickey no conseguía dar idea de *gravitas.* No era un nombre que se pudiera atribuir a alguien que mereciese respeto, atención, ser miembro de la Academia Nacional de Ciencias ni, llegado el momento, las lágrimas de una comunidad consternada.

Cameron se había enamorado de *Mickey,* nunca había conocido a *Michelle.*

Ahora que ya no estaba tan enamorado de *Mickey*, *Michelle* aún le interesaría menos.

En tanto que *Mickey,* había sido capaz de absorber malas noticias como una esponja de las profundidades marinas criada para ese fin. En el matrimonio era ella la que entendía, perdonaba y olvidaba. (Asombroso hasta qué punto la amnesia podía ser voluntaria. Las fechorías de Cameron habían quedado eliminadas como en la explosión de una nova.)

Mientras esperaba a que Cameron volviera a casa llamó a unos cuantos amigos. La combinación de la quimioterapia matutina y la catastrófica muerte de Angelo Stephanos la había desconcertado por completo: carecía de *sentimientos,* estaba *por completo insensible.*

Después de varias llamadas, solo una mujer, más o menos de la misma edad que Mickey, habló de Stephanos como si su muerte le supusiera una pérdida personal. Fue una novedad para Mickey que Jacky Spires hubiera sido tan íntima de Stephanos, pero allí estaba su amiga lamentándose por su muerte de la manera más exagerada, al borde de las lágrimas.

—¡Qué tragedia! Era tan *joven.*

Mickey le pidió que le explicara por qué Stephanos había sido excepcional, deseosa de compartir los sentimientos de aquella mujer tan conmovida. Aunque, a decir verdad, el gusto ácido que tenía en la boca quitaba importancia a todo lo demás.

Después de la quimio se le había recomendado que evitara las bebidas alcohólicas, por supuesto. Y las frías, cualquier cosa fría, de hecho. El *frío* parecía atacar los tejidos como algo vivo, lleno de agresividad.

De todos modos, la cuarta parte de un vaso de vino blanco no le haría daño. Seguro que no. Para sacar la botella del frigorífico tuvo que cubrirse la mano derecha con un guante de lana que tenía encima de la nevera con ese fin preciso. Y se bebió el líquido, frío y un poco ácido, despacísimo, por temor a que se le contrajeran los músculos de la boca y de la garganta.

Al otro extremo de la línea telefónica, Jacky, que parecía alguien que hablaba a pesar del dolor que le producía una fuerte migraña, estaba diciendo:

—Stephanos era, no sé cómo decirlo, una persona maravillosa, Mickey, ni más ni menos. Tan generoso y tan divertido. Beata es bastante estirada, a veces casi parece su madre. Angelo era un tipo muy gracioso, hacía chistes que su pobre mujer era incapaz de entender… por supuesto, Beata es del todo griega; él solo a medias. Bueno, Stephanos desprendía una atmósfera de algo así como *amor.* Es difícil de explicar… Pero has tenido que conocerlo también tú…

Mientras escuchaba aquella elegía del difunto hecha por una persona que parecía enamorada sin remedio, emociones ligadas a anhelos y nostalgias adolescentes se acumularon en la cabeza de Mickey. (¿O era más bien un ligero ataque de náuseas? No se había olvidado de tomar la medicación contra el mareo.) Se acordó de su primer amor en la universidad: no un amante, sino un amigo. Un poeta que, a la larga, había conseguido publicar y con cierto éxito. Y, no mucho después, su primer amante, que no era amigo suyo. (Le había perdido la pista después de que se casara por segunda vez.) En la Universidad de Minnesota, al conocer a Cameron, cuando ella empezaba su doctorado y él estaba ya terminándolo, Mickey había tenido una sensación de intensidad, de urgencia: se creía *vieja* con

veinticinco años. Se había sentido atraída por la biología en cuanto historia natural; pero la biología se estaba haciendo ya computacional, matemática. En su laboratorio medioambiental le había parecido que se prefería con toda claridad a los varones; prevalecía el sexismo; el que ella fuese *Mickey Lewenstein* era una desventaja, como tener una pierna atrofiada; el que tratase de compensar la existencia de una pierna atrofiada mostrándose elocuente como pocos, enérgica y muy trabajadora, parecía molestar a otras personas, incluido el investigador principal, cuya valoración de sus increíbles esfuerzos había quedado reducida a la sucinta expresión «Trabaja demasiado para conseguir demasiado poco». O «Lista, pero no lo suficiente».

Si hubiera sido una estrella de su departamento de la Universidad de Minnesota, podría no haberse casado ni con Cameron, ni con nadie; podría tener ahora un buen puesto universitario permanente, en una buena universidad; aunque también, puestos a ser razonables, a estas alturas podría haberse quemado. La biología molecular era la ciencia de vanguardia del nuevo siglo, como las neurociencias. Y el cáncer de colon la hubiera atrapado en cualquier caso, dado que estaba, según presumía, predeterminada por sus genes para que la golpeara más o menos cuando lo había hecho.

Lo extraño era que pensaba pocas veces en ello. En aquel misterioso y voraz condicionamiento genético que residía en sus entrañas mismas.

Que el cáncer no la asustase —demasiado— le resultaba aún más sorprendente. Tenía confianza en su oncóloga (excelente, asiático-americana) y creía que la quimioterapia impediría la extensión de la malignidad; el tumor —diminuto— le había sido extirpado con gran pericia, y le había dejado una pequeña incisión muy precisa, como una arruga, muy cerca y encima del ombligo, como un tatuaje.

Si Cameron todavía la quisiera, habría besado aquel dulce y pequeño tatuaje un tanto arrugado. Puesto que no lo había hecho, era señal de que no la quería.

Había tratado de verlo así de claro. Con una claridad característica de *Mickey.*

¡Es tan arriesgado querer a otra persona!

Como arrancarse la piel. Exponerse sin defensa al aire y a todo tipo de infecciones.

Algunos meses antes lo había visto. Estaba segura. Caminando con una desconocida.

Por pura casualidad. De regreso de una visita a última hora de la tarde al arboreto de la universidad y, al cruzar el cuadrilátero de ingeniería que estaba al lado del conjunto de edificios que alojaba el Instituto de Asuntos Internacionales Grant Clark, donde Cameron tenía un despacho, había visto, aunque sin saber al principio qué era lo que estaba viendo, a su marido en compañía —muy cerca el uno del otro— ¿de una mujer joven? ¿De una *chica*?

Mickey había sido durante tanto tiempo una de ellas, una más de aquella legión de *chicas* voraces, que no había llegado a darse cuenta de que en realidad *chica* no es un sustantivo sino un adjetivo, aplicable a un estado. A una fase de ser y no a un *ser.*

Ya nadie llamaría *chica* a Mickey a no ser que (por ejemplo) se la viera a cierta distancia, caminando o corriendo por el accidentado arboreto con pantalones cortos de tela vaquera, suéter, chaqueta de la universidad, calentadores y calzado para correr muy gastado; a veces, todavía, el pelo rubio con mechas, recogido en cola de caballo, agitándose tras ella.

Más de cerca todo el mundo vería que Mickey, era irremediable, se había convertido en *mujer.*

Desde el comienzo de la quimio tenía arrugas poco marcadas pero nuevas en la frente, y la piel enrojecida y con una alarmante fragilidad de papel. En el interior de la boca, en los días que seguían al tratamiento, pequeñas aftas tan picantes como guindillas.

A veces, algún tiempo después de la quimioterapia, le aparecían otras reacciones: escalofríos, estremecimientos, temblores y un frío tan intenso que los dientes llegaban a castañetearle. Era su temperatura *disparándose,* como decían ellos; el intenso frío un síntoma, en realidad, de la inminente fiebre.

Mientras su temperatura no superase los treinta y ocho grados, el peligro no era inmediato.

Aquellos episodios de temblores se asemejaban (¡eso era lo que quería pensar!) al aura que precede a un ataque epiléptico. El aura místico-trascendental de Dostoievski, por ejemplo. Una especie de élite de la patología y no simple patología. En ocasiones así pensaba sin remedio que su error no era llamarse *Mickey.* No era solo el nombre. Pensaba que su verdadera equivocación, si es que había existido una, era perseverar sin desfallecer en un campo en el que las pocas mujeres que sobresalían tenían que ser, cada una de ellas, singulares. Y ella no era *singular.*

En ciertos campos de investigación científica —como en política, en finanzas y en derecho— la mujer y la intelectual corrían a lo largo de líneas paralelas que nunca convergían, a diferencia del varón y el intelectual. Se podía ser por completo intelectual sin renunciar a la masculinidad; pero no se podía ser del todo intelectual sin renunciar al menos en parte a la feminidad. Parecía ser una ley de la naturaleza o, si era de la cultura, tan arraigada en la especie humana que se sentía como naturaleza. Aquello era tan verdad para las amigas de Mickey del mundo académico como para ella. Casadas, solteras… no había diferencia.

Su amiga Jacky Spires se había convertido en una investigadora muy productiva y prolífica como pocos en el inestable campo de la psicología social. Jacky preparaba ponencias para congresos y publicaba artículos y libros. Le ayudaba el hecho de seguir soltera y de tener pocas distracciones. Se había convertido en una estrella de su departamento, pero nunca estaba demasiado segura de su posición; andaba siempre agobiada, perseguida: «Por lo menos existe la compensación de un libro nuevo el año que viene. Trato de pensar en ello del siguiente modo: si solo existiera el año que viene y no tuviera un libro nuevo o alguna nueva publicación…». Jacky hacía después un elocuente gesto de consternación.

Mickey había perdido el impulso para investigar, redactar ponencias, publicar. También había perdido las ganas de formar una familia. Pero aún estaba *viva.*

Excepto que había visto a Cameron con una de las chicas.

Podía ser incluso una alumna graduada de primer año. ¡Tan joven!

En una calle lateral cerca del edificio de ciencias políticas. Una pareja que caminaba y hablaba con animación, el brazo del hombre rozando el de la chica, y la chica mirándolo con una de esas sonrisas que invitan al beso. Y Mickey, que estaba a punto de cruzar la calle en la dirección por donde venían, después de pararse en seco, había dado media vuelta y había huido como un perro al que le dan una patada.

Una sensación como de un gancho que se clava en el corazón. Y lo que pensó: *Esto no es nuevo. No es letal. Nuestro matrimonio sobrevivirá.*

—¿Cameron? Os he visto.

—¿Nos has visto?

—Estoy al tanto.

—¿Al tanto de qué?

Mickey dijo con gran paciencia, como si Cameron fuese un niño precoz y estuvieran participando en un juego.

—No sé su nombre… ¿cómo iba a saberlo? Pero sé que existe.

Cameron frunció el ceño. Se miró los pies, siempre con el ceño fruncido.

—No estoy seguro de entender lo que me dices, Mick.

—¡No me llames «Mick»! Te he visto con ella y era evidente… sois pareja.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Hoy?

A Mickey le ardía la cara. Era ridículo: su marido interrogándola *a ella*.

—Sí. Hoy. Esta tarde. A eso de las cuatro. En McCormack Street, cerca de… ¿cómo se llama?… Elm.

—¿De verdad? *¿Hoy?*

—¡Sí! Hoy. Ha sido por casualidad. Os he visto, nada más, a ti… y a ella. Al principio no me daba cuenta de que eras tú, pero luego… te he reconocido.

Cameron negó con la cabeza, perplejo. Era un hombre alto, de complexión robusta y cuarenta y un años, a quien le gustaba decir que, en el caso de poder elegir otra vida, habría sido el esquí: patrullas olímpicas, rescate de alta montaña, trabajar para el Servicio Nacional de Parques en Yellowstone, por ejemplo. El tamaño

de sus muñecas y tobillos era el doble que los de Mickey y ella nunca lo veía sin tener una sensación involuntaria muy semejante a derretirse o desintegrarse. *Oooh. Sí.*

Mickey sabía que Cameron le había sido infiel. Era lo más probable.

En doce años de matrimonio, sin sombra de duda.

Cosa de hombres. Para algunas personas *cosa de mujeres* también, pero no para Mickey.

Y ahora quería creer que se había equivocado. Se había equivocado con toda seguridad. La expresión dolorida, de sorpresa e indignación en el rostro de su marido… tenía que estar equivocada.

—Me doy cuenta de que estás angustiada, Mickey. Es el estrés de estas semanas —Cameron no hablaba de *quimio,* como tampoco decía nunca *cáncer*— y además no duermes. Lo noto. Pero hoy a las cuatro estaba en una reunión de departamento que ha durado hasta casi las cinco y media. ¿Quieres declaraciones de testigos, legalizadas para que no quepa la menor duda?

Cameron disfrazaba de humor su sarcasmo para que no resultara demasiado hiriente.

—De acuerdo, entonces.

—«De acuerdo, entonces», ¿con qué?

Mickey se rio. Le había aparecido otra pequeña afta dolorosa en la suave mucosa del interior de la mejilla. Pero Cameron no sabía nada de aquellas úlceras, ni había razón para que lo supiera.

—De acuerdo, nada más. No vi lo que vi. Te creo.

Más adelante se lo preguntó a sí misma: la persona joven, desconocida, de cuerpo esbelto, que se adaptaba con tanto entusiasmo a la persona de más edad que era su marido, ¿podría haber sido un *muchacho* en lugar de una *chica*?

Aunque sus ojos hubieran visto un *jovencito* su cerebro habría registrado una *chica.*

Sin decírselo a nadie, hizo un viaje en tren a la ciudad para elegir una peluca.

Era aconsejable disponer de una peluca antes de que empezara a caérsele el pelo.

En la documentación pertinente se decía que *La pérdida de pelo puede ser más traumática para el enfermo que la amenaza misma del cáncer.*

En la tienda le dijeron que tendría que raparse. Sí, pero todavía no, protestó ella.

—La próxima vez que venga a vernos.

En el despiadado espejo una mujer ojerosa la miraba con una sonrisa de mujer valiente. La misma sonrisa que había visto desde su adolescencia en innumerables espejos de aseos públicos. *¡Bueno! Aquí estamos.*

Le mostraron una hermosa peluca de cabellos de verdad que costaba tres mil seiscientos dólares. Cabellos ondulados y lustrosos de muy buena calidad, tan solo un poco más claros y casi de la misma longitud que los suyos, un tanto venidos a menos ya.

Después le enseñaron otra sintética, casi del mismo color, más rizada y un poquito más festiva. Ochocientos noventa dólares.

En tercer lugar, otra peluca sintética, no tan vistosa, pero atractiva, adecuada. Seiscientos cincuenta dólares.

—Pero lo que quiero es una peluca que sea como mi pelo. No quiero una que parezca mejor que mi pelo. No estoy tratando de parecer *glamurosa.* ¿No es posible conseguir algo así?

Mimi, que llevaba un vestido rosa y cuyos cabellos eran sin duda alguna glamurosos, ahuecados con secador y con alegres mechas rubias, dijo, con el ceño un tanto fruncido:

—Sí. Es posible. Pero haría falta entresacar tanto de una de estas pelucas tan tupidas que apenas quedaría nada para ocultar el entramado.

Entresacar tanto. Apenas quedaría nada. Por primera vez Mickey tuvo una conciencia más clara de su situación.

De manera impulsiva decidió ir a visitar a la viuda.

Le daría el pésame.

Sentía, aquella mañana, una nueva inyección de energía. El antiguo optimismo que casi había olvidado.

En University Heights se sabía que la viuda de Stephanos se disponía a abrir su casa de cinco a siete de la tarde y que todo el mundo estaba invitado. Más adelante, durante el semestre, se programaría una ceremonia conmemorativa.

A última hora de la tarde Mickey se decidió por un glamuroso modelo negro: un vestido de tafetán con una elegante chaquetita, unas prendas que no se había vuelto a poner desde hacía, por lo menos, diez años: zapatos negros de tacón y medias negras de malla. Aunque era algo muy distinto del vestuario habitual de Mickey, incluso cuando se arreglaba mucho, confió en que la gente no creyera que se había disfrazado.

Asombroso lo bien que le sentaba el vestido de tafetán negro. Había perdido por lo menos siete kilos.

Sexi y elegante. Mickey no había tenido un aspecto tan glamuroso desde el baile de fin de curso en su último año de bachillerato.

Se peinó con muchas precauciones, utilizando un peine de púas muy separadas tal como había aprendido. Empezaba, de todos modos, a «soltar» cabellos. Después de las dos primeras sesiones de quimioterapia su pelo no parecía afectado, aunque ahora, terminada la tercera, Mickey veía ya una diferencia sutil aunque inconfundible y comenzaba a sentir el cuero cabelludo como quemado.

Notó, casi dominada por el pánico, cómo se soltaban y caían cabellos, iluminados desde atrás por la luz de sol que entraba por una ventana. Una especie de halo encuadrándole la cara.

Quiso protestar. *Todavía soy joven. Tengo toda la vida por delante.*

Stephanos se apoderó de su mano y le rozó los nudillos con los labios.

Toda la vida por delante, es cierto. Pero tienes que alargar la mano y cogerla.

Fue en coche hasta el domicilio familiar del difunto en Arden Avenue, a menos de un kilómetro de su casa. La viuda a la que apenas conocía le inspiraba una inmensa compasión.

En cuanto a Stephanos, solo sentía una especie de aturdimiento. Una vaga sensación de pérdida, pero también de resentimiento por la pérdida. Porque no había sido amigo suyo; ni de ella ni de Cameron.

Por la viuda sentía algo parecido a dolor. Un dolor que la dejaba sin aliento. Un terror compartido (pero ¿cómo podía ser compartido? Beata Stephanos no sabía nada de *ella*) ante la brusca pérdida de un marido, pérdida que debía de sentirse como una amputación. Pensó *Ojalá me permita ser amiga suya. Espero poder ayudarla.*

Aquello era ingenuo con toda probabilidad. Ridículo. La familia Stephanos tenía parientes, incontables amigos íntimos. Toda una legión de personas que querían a Stephanos y que protegerían a su viuda.

Había tantos vehículos aparcados delante de la casa y en las calles laterales que necesitó recorrer una distancia considerable con los incómodos zapatos, tan sexis, de tacón alto, y también con un espléndido ramo de flores en los brazos: lirios, rosas, gardenias, crisantemos. De manera impulsiva se había detenido en una floristería de la ciudad y había comprado toda la tienda diciendo que se acababa de morir un amigo, y la alumna de secundaria detrás del mostrador había dicho «Aaah. ¿Se trata del profesor? Ha venido mucha gente a lo largo del día.»

El matrimonio Stephanos ocupaba una vieja casa señorial de estilo Tudor, algo venida a menos, y construida en los primeros años del siglo XX, como otras muchas en aquel extremo del primer campus universitario. En una época anterior se consideraba aquel barrio residencial como el más prestigioso de la zona: el presidente de la universidad vivía cerca. Ahora los profesores más jóvenes preferían irse a las afueras, en una zona más accidentada y ya en plena expansión.

Mickey entró en la casa sin rumbo fijo, en compañía de varias personas más que llevaban flores, o fuentes de horno, o cestas de fruta. Los saludos de todos eran más bien murmullos, como de personas incómodas o violentas.

¡Tantísima gente! La mitad de los residentes de University Heights se amontonaban sin duda en las habitaciones de la planta baja. Mickey no pudo evitar mirar deprisa a su alrededor, como si el propietario pudiera aparecer en cualquier momento. Casi como si, con una parte del cerebro, esperase verlo.

¡Mickey! Te agradezco que hayas venido, ¡qué encanto de chica!

Se había quedado fría en el trayecto a pie desde el coche. Escalofríos y pequeños temblores. El vestido de tafetán negro se le ajustaba de manera seductora a las caderas y la elegante chaquetita sin botones se abría lo suficiente para dejar al descubierto la parte alta de los pechos, de un pálido blanco cremoso. (Las arrugas en los costados de los pechos, consecuencia de haber adelgazado, y una curiosa pérdida de coloración de los pezones quedaban ocultas a la vista.)

El inmenso ramo de flores hizo que se sintiera torpe, como si no fuese más que una campesina griega. Vio caras conocidas e intercambió sonrisas. El ambiente era sombrío, tenso. Se oía algo que sonaba como una pieza coral de música ortodoxa griega. Todo el mundo se mostraba por demás cortés, aunque había niños pequeños corriendo de aquí para allá. Sobre una larga mesa de comedor se acumulaban flores en jarrones y en distintos arreglos, cestas de fruta, fuentes de horno. Botellas de vino tinto. Aceitunas rellenas, hojas de parra también rellenas, hogazas de corteza gruesa. Le llegó el olor de algo que se preparaba en la cocina: ¿una quiche?

Se veían rostros surcados por las lágrimas y se escuchaban sollozos ahogados. Mickey supuso que algunos de los presentes eran familiares del difunto, como un muchacho de unos quince años, de mirada inexpresiva y aire asustado, y un niño minusválido en silla de ruedas con unos ojos que recordaban a los de Stephanos. Mickey entregó su ramo a una chica que por edad debía de ser estudiante de bachillerato y que lo aceptó con un murmullo de *¡Gracias, señora!*

Mickey conocía a pocas personas, pero su vestido negro de tafetán y sus zapatos de tacón alto atraían miradas. Nadie sabe qué hacer con la muerte. Nadie lo ha sabido ni lo sabrá nunca. Mickey se preguntó si tendría que sentirse avergonzada por haberse inmiscuido en un dolor que no era suyo, pero alguien la estaba saludando, le daba la bienvenida.

—¡Hola! Me parece que eres… ¿Elena?

—Mickey. Quiero decir Michelle.

—Gracias por venir, Michelle. Beata está en la cocina.

Era una cocina muy grande y abarrotada de cosas. Una mujercita de aspecto agobiado reñía a una adolescente enfurruñada. Mickey se había apoderado de una copa de un vino tinto muy oscuro. El primer sorbo le resultó delicioso, como un toque en la zona de placer del cerebro con un mazo recubierto de fieltro.

—¡Perdón! Lo siento.

Se había tropezado con uno de los parientes de Stephanos. Estaba tratando de acercarse a la viuda para darle el pésame; hablaría deprisa y en voz baja y se marcharía, porque necesitaba volver a casa y dejarse caer en la cama. Demasiadas cosas se le agolpaban en cabeza, tenía que tumbarse y quedarse muy quieta para digerirlas. *Una chica, o se trataba de un muchacho. Aquella amigable e íntima familiaridad.*

Aunque quizá todo eran imaginaciones suyas. No se trataba de Cameron, sino de alguien que se parecía a Cameron, dado que su marido estaba en una reunión de departamento en aquel preciso instante.

Había sido imprudente, irresponsable. Después de la quimioterapia debería haber reservado un día entero para descansar. Su empeño en representar a una *Mickey llena de salud* exigía un esfuerzo excesivo. Cameron trataba de pasarlo por alto, como haría cualquiera ante una representación teatral sobreactuada.

Era imposible negarlo: un malestar químico de un enfermizo color amarillento llenaba todo su ser. Lo que le habían recetado para que los sensibles músculos de su garganta no sufrieran espasmos era agua en lugar de vino y agua tibia mejor que fría.

—¿Marta? ¿Eres…?

—Michelle. Vivimos en Reardon Lane.

—¡Qué triste, reunirse para esto! No me lo puedo creer.

—Yo…, tampoco yo me lo puedo creer. Stephanos estaba tan…

No consiguió llegar a decir *vivo.*

Quizás tampoco ella sobreviviera después de todo. Su ecuanimidad casi alegre para enfrentarse con la cirugía, la convalecencia y la quimioterapia resultaba muy poco convincente y Cameron se había dado cuenta. Su amor concupiscente de antaño se había convertido en compasión. La compasión carece de fuerza

(sexual). Su marido buscaba una nueva compañera sana y más joven. No se le podía culpar: era la naturaleza humana.

En las paredes del comedor y junto a la escalera había fotos familiares. Muchas del difunto, sonriendo con su mujer y con sus hijos. Varias, también de él, siempre sonriente y con atuendo académico: mucetas de doctorados honorarios con colores tan alegres como disfraces de Halloween. En la sala de estar había cesado la música coral griega; alguien tocaba el piano, un encantador estudio lento de Chopin, ejecutado con precisión de conservatorio.

Beata Stephanos se presentó en el comedor como si buscase a alguien. En una reunión así, en el propio hogar, sería natural que buscase a su marido. Beata era una mujer regordeta de corta estatura y de ojos negros tan feroces como los de un halcón. Vestía de negro, varias capas de negro. La boca era una densa mancha roja en un rostro —con palidez de masa cruda— que había sido atractivo aún no hacía mucho. Tenía unos cuarenta y tantos años, pero parecía, en su dolor, sin edad. Mickey se acordó de los terribles dibujos y grabados de Käthe Kollwitz, la artista alemana.

Mickey vio que Beata Stephanos parpadeaba y se la quedaba mirando.

Luego se acercó a ella furiosa. No era el dolor sino el odio lo que deformaba el rostro de bulldog de aquella mujer.

—¡Usted! ¡Se atreve a venir aquí! A Angelo le gustaba, ¿no es eso? Su debilidad. Las chicas bonitas. «Las rubias», las llamaba él. Por eso ha venido, no lo niegue.

Mickey estaba demasiado afectada para entender. En el comedor abarrotado no se oía bien lo que se decía incluso aunque alguien alzara la voz. ¿Chicas bonitas? ¿La razón de que hubiera ido allí?

—Usted y las otras… «rubias». No creería que era la única, ¿o acaso sí?

A la señora Stephanos se la veía furiosa, despectiva. Daba la sensación de estar borracha. Una adolescente de ojos oscuros con aire de sentirse muy avergonzada trató de calmarla, pero ella apartó el brazo de la jovencita maldiciendo entre dientes.

Luego se dio media vuelta con brusquedad, como si la expresión consternada de su víctima la hubiera hecho desistir. O eso al menos quiso creer Mickey. La viuda se abrió camino hasta la habitación vecina, un pequeño estudio lleno de libros que comunicaba con el comedor. Sin saber lo que hacía pero convencida de que tenía que hacer algo, aunque solo fuera murmurar al oído de la viuda *Perdóneme, espero que acepte mi más sentido pésame,* Mickey la siguió. Quería explicar y disculparse; desde muy pequeña la aterraba que se la malinterpretara y se la juzgase de manera equivocada y con dureza. Quería que la viuda de Stephanos la mirase más de cerca para ver que 1) en realidad no era nadie que su marido ni la señora Stephanos hubieran tratado nunca; y 2) que no era ni joven ni sexi.

Pero Beata le estaba mostrando algo.

—Sí. Bien. Está usted aquí. De acuerdo. Cójalo. No lo quiero. Se lo dejó usted en nuestro dormitorio… usted o alguien como usted. Angelo diría «No es nada, tan solo…» —Beata hizo un ligero gesto despectivo, o trató de hacerlo, chascando los dedos—, pero ahora me hará… el favor… de dejarme… sola.

Estaba arrojando a Mickey lo que parecía ser un chal de seda, ¿japonés?, de color aguamarina, muy hermoso, aunque con manchas visibles.

—Un regalo *suyo.* No me cabe duda. Así que lléveselo… y *váyase.*

Mickey abrió la boca para protestar, para explicar… pero no encontró palabras. Y la viuda se dio la vuelta, con repugnancia. Le gritó a alguien de la cocina, que le respondió en griego también a gritos.

Mickey se marchó. Salió tambaleándose de la casa, bien apretado el chal aguamarina de seda, en el que estaban bordadas, con hilos de color crema, gardenias diminutas. El chal, aunque manchado, seguía siendo muy hermoso. Nunca había visto nada tan hermoso de cerca, ni menos aún lo había tenido en la mano. Era evidente que lo había elegido alguien con un gusto impecable.

Caminó deprisa hasta su coche, aparcado a cierta distancia. Le dolían los pies debido a los absurdos zapatos de tacón alto de otra época más inocente. Le faltó el aliento y sintió una ligera punzada

en la región del corazón. *¡Stephanos!* Caía de nuevo una lluvia ligera. El aire era frío y húmedo. Se cubrió los hombros con el chal. Empezó a estremecerse y a temblar y procedió a ceñírselo más.

II

El cazador

En privado, un trastorno nervioso es una enfermedad. En público, puede ser una profesión.

El día de mi llegada se dio una cena en mi honor en la pequeña universidad junto al río Misisipi, en la región central de los Estados Unidos, donde, cuando mi padre se estaba muriendo —a una distancia aproximada de mil seiscientos kilómetros hacia el este y el norte—, acepté ser «Poeta Residente Caldwalder» por espacio de dos semanas. La cena se celebró en casa del presidente de la universidad, una pequeña mansión de estilo georgiano situada en lo alto de una colina y con vistas, en una dirección, al campus bien arbolado de la universidad y, en la otra, al río Misisipi, que no estaba demasiado lejos, y, más allá, Misuri, uno de los «estados fronterizos» de la guerra de Secesión. La casa del presidente era, según me informaron, un hito histórico nacional. La esposa del presidente me obsequió con una breve visita a la parte más antigua, que data de los comienzos del siglo XIX, y en la que se encuentran las llamadas «habitaciones históricas». Mi anfitriona me contó que su casa había desempeñado un papel importante en el Ferrocarril Subterráneo, dado que Illinois tenía fronteras con varios de los estados esclavistas. Sentí una opresión en el pecho al oír hablar de *estados esclavistas* de una manera que me pareció despreocupada. Consideré el fenómeno de una casa *que había desempeñado un papel.* Aventuré que tenía que ser una experiencia muy interesante vivir en un hito nacional, y la mujer del presidente me aseguró que así era, en efecto. Yo abrigaba la esperanza de que me mostrase al menos la entrada del Ferrocarril Subterráneo, pero mi anfitriona me devolvió a la reunión donde se aguardaba mi presencia con la misma avidez con que unos actores esperan al que será crucial para una escena. Y durante el transcurso del agasajo, que se prolongó mucho,

tuve una necesidad urgente y, aunque me habían colocado en el sitio de honor, a la derecha del presidente y con la anciana señora Caldwalder, acaudalada donante, a mi izquierda, pedí mil perdones pero abandoné la mesa; un criado uniformado me acompañó hasta un baño pasado de moda en otra parte de la casa, todo él accesorios de bronce y espejos resplandecientes, y después, en lugar de volver a mi sitio de honor, regresé a la parte «histórica» de la casa, que olía a sus cimientos de piedra y a la oscura tierra sobre la que descansaba. Allí el ambiente era más frío y más húmedo. El suelo de madera noble estaba inclinado y el techo era más bajo. Encendí una luz en el vestíbulo de atrás, una luz que la esposa del presidente había apagado cuando terminamos nuestro anterior recorrido. No muy lejos oía los murmullos y discretas risas de los invitados a la cena; había quizás unos veinte comensales, todos desconocidos para mí. Enseguida me encontré en el umbral de una habitación que era como un largo túnel y que la mujer del presidente no me había enseñado. El mobiliario de aquella sala estaba tapado con sábanas que brillaban trémulas en la oscuridad como fantasmas encorvados. Busqué a tientas un interruptor para encender la luz cenital, que resultó ser una anticuada araña con colgantes de cristal y bombillas transparentes en forma de llama. Había además una chimenea, grande y tenebrosa, de piedra, argamasa y ladrillo. También una enorme mesa de caoba cubierta de figuritas de cristal, de relojes de porcelana y de madera tallada de todos los tamaños, así como pisapapeles decorativos, intrincados candelabros y otros artículos caseros expuestos como en un museo. Un olor a polvo me asaltó la nariz. Había telarañas por todas partes: tanto simples jirones como telas recién tejidas, de perfecta ejecución. La alfombra oriental bajo mis pies estaba descolorida y raída, pero seguía siendo hermosa. Me acuclillé para mirar en el interior de la chimenea, que tenía aspecto de ser una entrada, aunque estuviera en sombras; me pregunté si el Ferrocarril Subterráneo se abriría por allí. Con las palmas de las manos empujé los ladrillos, y también me hice daño en los nudillos, pero nada se movió. No había troncos en el hogar de la chimenea, tan solo un ligero polvo de cenizas.

En la pared más cercana vi una despensa con una puerta muy alta y estrecha y también miré en su interior, pero el paso estaba cerrado por estanterías. No encontré ningún indicio que indicara la presencia de un túnel.

A través de una ventana cuadrada en aquella misma pared pude ver, de manera tan poco precisa que podría haber sido una ilusión —una de esas alucinaciones que nos asaltan con enfermante vigor cuando nos hundimos en el sueño—, el brillante río Misisipi al atardecer; el río mítico que desconcierta a los ojos por su misma anchura, y produce la ilusión de ser poco profundo.

Me vino de pronto la idea, como si me estuviera esperando allí (porque las ideas nos aguardan en los sitios más inesperados, en lugares que son nuevos para nosotros), de que *¡Bueno, ya estoy aquí! Ahora he de descubrir por qué.* La toma de conciencia fue al mismo tiempo liberadora y alarmante.

¿Dónde se hallaba el histórico Ferrocarril Subterráneo en aquella casa? Deseaba ver tan importante reliquia de nuestro vergonzoso pasado norteamericano. (Aunque no el mío, para ser exactos: mis abuelos habían emigrado desde Europa a comienzos del siglo XX.) Ya no se oía el murmullo de voces y risas en la otra parte de la casa; quizás me había olvidado de que se estaba celebrando una espléndida cena *en mi honor.* Con la curiosidad de un niño irresponsable retiré la cobertura de uno de los muebles enfundados y encontré un diván acolchado, con patas y brazos en madera de cerezo de tallas intrincadas, y una depresión en la lujosa tela que sugería la silueta de un cuerpo. Volví a colocar la funda muy deprisa. De un revoltijo de almohadas y cojines me acerqué uno, con bordados llamativos, a la cara e inhalé a fondo el aroma a polvo y a un desvaído perfume floral. Examiné la mesa de caoba. ¡Qué acumulación escondida de inútiles objetos antiguos! Todas las esferas de los relojes «anunciaban» horas diferentes. Aquello no sugería el caos que cualquiera podría imaginar, sino esa especie de tranquilidad de cementerio que posee cualquier tiempo pasado. Uno de los relojes más pequeños todavía funcionaba… o esa impresión me dio. Otro de porcelana de color crema (¿alemán del siglo XVIII?),

con exquisitos adornos florales, era del tamaño aproximado de un pomelo. Al apretarlo con la mano me pareció tibio, y tuve la «sensación» de que había estado haciendo tictac hasta un momento antes, si bien las delicadas manecillas de marfil señalaban «tres» y «cinco»: veinticinco minutos después de las tres.

Se me ocurrió una idea singular: *Esta será la hora de la muerte de mi padre o de la mía. Y la razón de que yo haya venido a parar aquí.*

Vi moverse algo con el rabillo del ojo. Filamentos de telarañas llevados por el aire como si los agitase mi aliento. *¡La chimenea!,* pensé. *Esa es, no hay duda, la entrada al subterráneo.*

Me acuclillé delante del gigantesco orificio, con mi vestido de punto, de lana oscura, y mis zapatos de tacón alto, que no eran ideales para aquel tipo de esfuerzo; golpeé, metódica, el interior de la chimenea, de ladrillos muy chamuscados por el fuego y el humo. Para entonces ya tenía cenizas en la ropa. Las telarañas me rozaban la cara, se me enganchaban en las pestañas. El corazón me latía más deprisa con la esperanza de que el paso secreto que era el Ferrocarril Subterráneo se abriera en aquella chimenea y de que, si lograba abrirlo, pudiese entrar arrastrándome…

—Perdóneme. ¿Busca usted algo?

Me volví torpemente y alcé la vista. Tenía delante al presidente de la universidad, a quien me habían presentado hacía menos de una hora. Era un hombre vigoroso de mediana edad, de espalda muy recta, que me miraba con la mayor franqueza, como si no supiese de qué manera reaccionar: ¿bochorno?, ¿regocijo?, ¿preocupación? Sus ojos eran muy llamativos, tan oscuros que parecían negros, y parpadeaban a gran velocidad, como para adecuarse al ritmo rápido de sus pensamientos.

¿Había olvidado que era la invitada de honor en su «histórica» mansión y que me hallaba entre desconocidos?

No estaba acostumbrada a ser *invitada de honor.* Tal vez se tratara de eso. O quizás había prescindido de aquella deferencia, porque semejantes homenajes son como sombreros de papel que se llevan o se quitan con igual aplomo.

Sang-froid también. Siempre me ha gustado el sonido de esa expresión: *sang-froid.*

—¿Señorita N***? Confío en que no haya ningún problema…

El presidente pronunció con mucho cuidado un apellido (el mío) que había adquirido un matiz inesperadamente sombrío y casi enaltecido en su asociación con *poesía americana contemporánea escrita por mujeres* y que sonaba de manera no muy distinta a una copa de cristal cuando se le da un golpe ligero con un cubierto. Si en su voz de barítono había desaprobación e incredulidad, tales sentimientos permanecieron bien ocultos.

Me enderecé deprisa y me sacudí las cenizas de la ropa. Le aseguré que no había ningún problema. Pero no sonreí, porque la primera tentación en unas circunstancias tan incómodas es sonreír, a modo de disculpa o para manifestar disgusto.

Entre nosotros dos se produjo un silencio tenso. De V*** N***, en su calidad de invitada de honor de aquella pequeña pero distinguida universidad junto al río Misisipi, consagrada a los estudios humanísticos, y como poetisa de cierta distinción (menor, reciente), se esperaban nuevas manifestaciones que no habían llegado a concretarse. A su manera caballeresca, el presidente había extendido una mano en mi dirección para que acabara de incorporarme, pero su toque fue cauto y fugaz.

—Mañana podemos proponerle una visita más extensa de la casa presidencial, si así lo desea. ¿Está usted interesada en la historia de los estados fronterizos? ¿En la esclavitud?

—Sí. Pero… no necesito, en realidad, una visita privada.

—No sería ninguna molestia, señorita N***.

Tendría que haber sabido el nombre del presidente, por supuesto, pero lo había olvidado. Tampoco hubiera podido decir dónde me encontraba, de no ser por la observación del presidente sobre los estados fronterizos.

Con gran elegancia, mi interlocutor consiguió volver a presentarse, al comprender que no recordaba su nombre: «Rob Flint».

Algo acerca de aquellas dos palabras hizo que se me erizara el vello de la nuca: *¡Rob Flint!*

Era evidente que había decidido interpretar el comportamiento de su poeta invitada como «excéntrico»; quizás como «encantadoramente excéntrico». En su calidad de jerarca

universitario era además un consumado anecdotista; sabía cómo entretener, cómo hacer reír, de la misma manera que sabía cómo manipular y coaccionar cuando era necesario; más adelante contaría aquella historia en un tono que inspirase asombro a sus oyentes y, casi con seguridad, risas. Rob Flint era una persona a quien no se desconcertaba con facilidad, que reía enseguida e incluso, a su manera, perdonaba… siempre que una ofensa fuese leve.

Llevaba solo tres años de presidente de Garrison College. En esos años, me dijo, no jactándose sino más bien con total naturalidad, que había dirigido una campaña para aumentar en veintidós millones de dólares las donaciones a la universidad; y que se habían producido nuevas promesas de fondos por parte de prominentes donantes de la zona triestatal. Y luego, como dejándose llevar por un impulso, añadió:

—Pero también me he sentido solo. Este no es mi hogar.

Quería que lo supiera. Dado que yo era forastera, y estaba sola, deseaba decirme que también él era forastero hasta cierto punto y que, al igual que yo, tampoco se sentía en casa.

—¿Nos hará el favor de volver a nuestra cena, señorita N***? —pronunciando mi apellido como si fuera un privilegio que se le concedía—. Se la echaría de menos en caso contrario.

Mientras abandonábamos la parte histórica de la mansión para volver al comedor, Rob Flint me contó, a su manera despreocupada y comunicativa, que se había graduado en Ingeniería por la Universidad de Virginia Occidental, pero que muy poco después había iniciado estudios graduados en Vanderbilt hasta conseguir un doctorado en Economía. Contaba con otro título adicional en Economía e Historia de la Universidad de Oxford (gracias a una beca Fulbright). Había recibido además otras becas y numerosas subvenciones. Después de enseñar en UVW de Drexel (Filadelfia) y Bevell State (Nashville), había sido, sucesivamente, decano —un «decano muy joven, con solo veintinueve años»—, rector y en aquel momento presidente. Se había trasladado de Bevell State a Garrison College para suceder a un presidente con diecisiete años de permanencia en el cargo, porque los miembros del consejo de administración habían decidido que se necesitaba un «cambio

radical». Rob Flint presumía de sus éxitos ante su poeta invitada de una forma casi juvenil, como si contase todo aquello casi a regañadientes.

Antes de incorporarnos de nuevo a la cena pasó a explicarme, cosa curiosa, que era un «cazador de ciervos que no había tocado un rifle desde hacía años, casi veinte».

Acto seguido, añadió:

—Usted es poeta y ve en el corazón de los hombres. Usted entiende —con discreción, sí, pero con firmeza, Rob Flint me tocó el trasero.

Entendí: un cazador es cazador de por vida.

Entendí: nunca se renuncia a la maravillosa sensación de saber que puedes coger el rifle, apuntar, apretar el gatillo y que alguna criatura que está viva y que respira y que no sabe de tu presencia muera de repente: herida, sangrante, del todo sorprendida y del todo muerta. *Esa* maravillosa sensación.

—Por favor. Siéntese.

Rob Flint apartó mi silla de la elegante mesa, iluminada con velas. Muchos ojos se volvieron hacia nosotros y aparecieron sonrisas expectantes. Tuve que suponer que en mi ausencia se había despertado cierta suave preocupación sobre mí, disipada por mi reaparición. El marco era muy hermoso y me pregunté quién habría podido ocupar mi sitio de no haber sido yo poeta residente; y, de no serlo, dónde estaría yo en aquel momento.

La cena prosiguió, con una rígida variante de jovialidad. Más agua con hielo tintineó al servirse y más copas de vino volvieron a llenarse. Estaban presentes criados de piel oscura y briosa eficacia, cuyos pensamientos nadie querría desentrañar. Iluminaba la mesa una resplandeciente araña no muy distinta de la que había visto en la parte histórica de la casa, también inteligentemente dotada de bombillas transparentes con silueta de llama. Sobre las oscuras paredes tapizadas de seda había retratos de los predecesores del presidente en la pequeña universidad consagrada a las humanidades en el río Misisipi: rostros poco definidos pero todos masculinos y de un adusto color de masilla. La mujer del presidente, Elvira Flint, me sonreía con labios muy finos, seria y preocupada. La mirada de sus

ojos, sin embargo, no era amistosa, porque había visto cómo su marido me escoltaba de vuelta al comedor y había advertido algo en el rostro del cazador que quizás nadie más había notado.

Se esperaba de mí que me comportara de manera peculiar, en la tradición de Emily Dickinson. Yo era una *poetisa medio chiflada.* De hecho, ya había satisfecho las expectativas de los presentes y me sentía humillada por mi actuación. (En el pelo llevaba un hilo de telaraña que, con gran amabilidad, la señora Caldwalder se encargó de retirar, sin decir una palabra.) La conversación pasó a ocuparse de la poesía como con frecuencia sucedía en mi presencia, en parecidas circunstancias, con forzado entusiasmo, porque la Poesía es el vicio secreto de aquellos que nunca la leen pero conservan tenues recuerdos nostálgicos de haberla leído muchos años antes, o de haber escuchado su lectura cuando eran niños.

No era sorprendente que —para ayudar a la Poesía— una viuda acaudalada como la señora Caldwalder pudiera donar un millón de dólares a una universidad pequeña como Garrison. Otras artes quizá pudieran mantenerse por sí mismas pese a los inevitables obstáculos, pero a la Poesía había que darle un enorme impulso artificial.

De manera que para entretener y para impresionar y porque de verdad anhelaba una interrupción de nuestra desganada conversación mientras cenábamos, recité, con algo así como una improvisada cadencia irlandesa, «Los cisnes salvajes de Coole», de Yeats, con los ojos cerrados para recordar con mayor claridad la maravillosa afinación de las estrofas y para sugerir que estaba reteniendo mis lágrimas.

Al término de la velada, la anciana señora Caldwalder, que no llegaba al metro cincuenta y calzaba, valerosa, zapatos de tacón alto para al menos aumentar su estatura en dos o tres centímetros, me tomó una mano entre las suyas, de huesos tan frágiles como los de un gorrión, y procedió a contarme entre lágrimas que ni más ni menos aquel poema de Yeats había sido el que su esposo, desaparecido en 1981, le había recitado en Lycoming, Virginia Occidental, en 1946, poco después de conocerla. Nos apretamos las manos durante un breve momento trémulo.

Era una época en la que la mayoría de las noticias llegaban por teléfono.

Las buenas y las malas.

Noticias que te hacían vibrar de alegría, noticias que, después de derrumbarte, solo te permitían despertar a medias minutos más tarde, aturdida, incapaz de sostenerte y con la ropa interior mojada.

Por teléfono también quiere decir *teléfono fijo.* O, con un término más consolador, *teléfono familiar.*

Teléfono móvil o celular se puede definir como un medio de comunicación instantánea (aunque no de fiabilidad universal) entre formas de vida unicelulares. En aquel momento yo era poseedora de un *teléfono móvil,* en uno de los primeros años del siglo XXI, porque me gustaba pensar en mí como alguien que caminaba un poco por delante de los demás, pero fue el *teléfono fijo* el que descolgué para recibir lo que más adelante clasificaría como la primera entrega, en apariencia inocente, de toda una serie de malísimas noticias.

No. No estoy tan enfermo como todo eso. Tú estás ocupada, tienes tu vida propia, tus responsabilidades. ¡No seas ridícula!

Le había desconcertado la posibilidad de que fuese a visitarlo cuando (como él sabía mejor que nadie) yo tenía *responsabilidades.* Pero era una fase de su vida en la que el desconcierto se transformaba con brusquedad en irritación, enfado, incluso cólera… *¡Ya te he dicho que no seas ridícula!*

A continuación, de nuevo, de manera más razonable: *Hay tiempo de sobra. Estoy bien, por ahora. «Estable.» No puedes interrumpir tu vida profesional, tus obligaciones. No puedes faltar a tus compromisos. Una mujer está tan obligada a ser responsable como un hombre.*

Hizo una pausa, para dejarme asimilar sus palabras. Había sido él, más que mi madre, quien alentó mi decisión de dedicarme a la poesía; de vivir, al menos, la existencia precaria e inexplorada de los poetas.

Cuando hayas terminado con la…, cómo se llama…, «residencia», pásate por aquí. Me encontrarás.

Se había reído, de manera críptica. Su voz, por otra parte, era lo bastante enérgica como para resultar consoladora.

Ya había hablado varias veces con mi hermano, cuyas informaciones eran lacónicas y cautas. Es posible que también él hubiera tenido dificultades para comunicarse con nuestro padre. Me había dado el número de teléfono de la residencia de incurables, pero me advirtió que no disgustara a nuestro padre llamando… por lo menos, no con mucha frecuencia. «¿Residencia de… incurables? Pero eso significa…» Mi voz fue perdiendo volumen.

Mi hermano se mostró impreciso e impaciente. Nunca habíamos estado muy unidos: tenía siete cruciales años más que yo y nunca me había tomado en serio; ahora que me había ido ganando, muy poco a poco, algo parecido a una *reputación,* parecía sentir celos, y dejaba bien claro que nunca había leído más que un puñado de mis poemas y los había encontrado incomprensibles.

Cuando llamé, mi padre no quiso hablar de su enfermedad: «Eso es una cosa personal, cariño». Se había reído, molesto, como para reconocer que, en el periodo de vida en el que se encontraba, nada podía ya ser *personal* y que lo sabía. Pareció sentirse algo insultado ante mi preocupación por su bienestar, como si yo fuese una desconocida metomentodo y no su única hija. A mis preguntas respondía con algo así como una imprecisa forma de buen humor despreocupado, como de alguien que está espantando moscas.

No podía hablar con mi madre: nunca he sido capaz de hablar con mi madre de cuestiones serias. Había reaccionado con terror infantil ante la enfermedad de mi padre, aislándose todavía más en su eterno ensimismamiento gracias al cual todas las cosas se relacionaban con *ella.*

Pero hablé con una de las enfermeras de la residencia y me aseguró que, en efecto, mi padre parecía «estable» de momento: mejorías como aquella se producían incluso en un centro de incurables. Dijo que mi padre era «uno de sus favoritos» y que la residencia disponía, en un patio trasero, de una barbacoa y de una zona para comer al aire libre destinada a las familias que acudían a visitar a los pacientes.

¡Una barbacoa y una zona para comer al aire libre! No se me ocurrió ningún comentario.

La enfermera me preguntó cuándo podía ir a visitar a mi padre y le dije que al cabo de dos semanas.

—Es cuando papá quiere verme.

Se produjo una pausa. La enfermera parecía estar ponderando su respuesta.

—Sí… bien. Dos semanas está… bien. Pero si pudiera usted venir un poco antes, eso podría ser… todavía mejor.

Dos semanas, le dije. Mi padre había insistido.

—A estas alturas ya sabe usted que mi padre es más terco que una mula.

Era un comentario animoso, *terco como una mula.* Nadie diría *terco como una mula* de un hombre que se está muriendo.

La enfermera, que parecía ser una persona de mediana edad y cansada, no tan optimista como me había parecido al principio de nuestra conversación, replicó:

—Sí, sé un poco cómo es su padre.

Esperé a que añadiera algo más, pero aquello fue todo lo que dijo.

Durante mi residencia de dos semanas en Garrison College, Rob Flint y yo nos vimos unas cuantas veces en privado y en secreto. No fue fácil concertar aquellas citas. Porque un alto cargo universitario es un hombre muy ocupado, con un horario muy bien organizado para aprovechar el tiempo al máximo; lo más probable es que se halle estrechamente vigilado por sus subordinados, en su mayoría mujeres. También es probable que estén pendientes de él personas concretas que desean disponer de su tiempo con la esperanza de influir sobre él en beneficio propio. Rob Flint, sin embargo, encontraba oportunidades para recogerme con su coche, en Bickerdyck Inn, que era donde me alojaba, cuando, a última hora de la tarde, mis responsabilidades universitarias habían concluido ya. (Bickerdyck Inn era un alojamiento «histórico», de un lujo venido a menos y al que insistí en trasladarme después de dos días en la Casa para Exalumnos, rebosante de antigüedades, y en la que la universidad me había instalado. Se me explicó que mi periodo de

residencia incluía pensión completa en el campus, pero no en otros sitios; aun así insistí en que se me trasladara a un hotel en el centro, y no me ofrecí a pagar la factura; di por sentado que me la presentarían, pero no estaba dispuesta a hacerlo motu proprio.) Mientras Rob Flint me llevaba a lo largo del río y por los accidentados alrededores en su Mercedes de color borgoña, me hablaba con entonación apasionada —de sí mismo, por supuesto; ningún otro tema lo cautivaba tanto— y yo le escuchaba, o parecía escucharle, también embelesada, al tiempo que pensaba *¡De manera que aquí es donde estoy ahora! Y con este desconocido.*

También pensaba, *Si no aquí, ¿dónde?* Una sensación de frío me recorría de pies a cabeza ante la perspectiva de estar en otro sitio.

Porque se me había prohibido estar donde debía estar.

De donde necesitaba estar con tan terrible urgencia, mi padre me había expulsado.

Así que no había ningún otro lugar, excepto allí. Con aquel desconocido extrañamente eufórico, de elocuencia imparable, que se atrevía a apretarme la mano como si ya fuésemos íntimos, como si no existiese la menor posibilidad de que su agresiva masculinidad se viese rechazada.

—¡Estoy contentísimo de que estés aquí! ¡Qué *seredipia* tan extraordinaria!

Aquella palabra Rob Flint la pronunciaba mal de una manera que me hizo sonreír, embargada por la ternura.

En aquel momento no había ningún hombre en mi vida; llevaba cierto tiempo así. El celibato forzado trae consigo una especie de estoicismo sardónico, como alguien con una cojera leve puede cojear de manera todavía más marcada para evitar la compasión de las personas presentes.

Hasta en el roce más ligero de Rob Flint había una carga sexual. En sus miradas reflexivas, un talante depredador.

Me había preguntado, durante la cena de gala, si alguien más era consciente de cómo Rob Flint clavaba en mí los ojos, incluso mientras dirigía la conversación con ligereza y de un modo ameno. En la parte trasera de la casa, cuando me había ayudado a ponerme en pie para salir de la chimenea, había sentido la fuerte presión de

sus dedos y había tratado de no hacer una mueca de dolor; porque Rob Flint era un hombre incapaz de controlarse al estrechar manos, al agarrarlas, y provocaba en otras personas una especie de dolor inocente. Pensaba que solo el objeto de su interés sexual se daría cuenta de ello, porque Rob Flint era discreto por instinto. La esposa, sin embargo, no podía dejar de sentir la disminución del deseo de semejante marido, como cuando de repente se apaga una luz cegadora al rojo vivo. No me agradó la humillación de la esposa o, al menos, no me agradó demasiado. Pensé: *Sabe lo que es su marido, pero en secreto. Es demasiado orgullosa para admitir lo que sabe.*

Sobre un risco que dominaba el río, Rob Flint aparcó el majestuoso Mercedes. De la guantera sacó una petaca de plata (*¿De verdad podía estar sucediendo aquello?* se preguntó una voz escandalizada tan cerca de mi oído como el zumbar de un mosquito) y me ofreció beber, un sorbito…

—Por favor, solo saborearlo, por lo menos.

Supe que tenía que ser un whisky de Kentucky muy bueno, muy caro. Siempre lo mejor para Rob Flint, que no hubiera querido beber solo.

Rob Flint estaba repitiendo mucho de lo que me había contado durante nuestra primera velada, aunque ahora añadía más detalles y prolongaba las historias. Se rio de mi «ingeniosa» observación sobre el Misisipi: lo extraño que le parecía a una visitante como yo que la gente viviera de hecho en sus orillas, que viviera tan cerca del gran río mítico; que condujeran por encima, de manera rutinaria y sin especial atención, utilizando puentes que eran de lo más corriente; y que hablaran del Misisipi como, ni más ni menos, *el río,* sin percatarse, al parecer, de su condición de mítico.

—Nada es «mítico» visto de cerca. Nada es «mítico» en el sitio donde uno vive.

Rob Flint hablaba con nostalgia. Durante nuestro regreso a la ciudad condujo con la mano izquierda, nudillos de huesos grandes y cubiertos de vello cobrizo, mientras que con la derecha, su mano más fuerte, retenía la mía y ejercía, sin darse cuenta, una presión dolorosa.

No dije nada en respuesta a aquella observación. En compañía de Rob Flint guardaba silencio la mayor parte del tiempo, convertida en un recipiente al que mi acompañante hablaba como se puede hablar —con plena libertad, sin correr el riesgo de ser juzgado— cuando se está solo.

—Aunque imagino que si pudiéramos regresar de entre los muertos para ver dónde hemos vivido, nos daríamos cuenta entonces de que aquel era un lugar «mítico». ¡Pero demasiado tarde ya!

De todos modos Rob Flint se echó a reír para dejar bien claro que, para él, nada llegaría nunca *demasiado tarde.*

Más adelante confesaría que me había «amado» desde el momento en que, por primera vez, vio mi fotografía en la sobrecubierta de uno de mis libros. Eso había sucedido hacía ya, por lo menos, nueve o diez años. De manera que cuando supo que se estaba debatiendo a quién se iba a invitar para las dos semanas de la residencia Caldwalder, sugirió mi nombre y el comité lo aceptó… «por unanimidad».

Rob Flint sonrió, para sugerir que *por unanimidad* podía no ser toda la verdad. Pero había que aceptarlo porque se trataba de la versión de Rob Flint.

—¡Muchas gracias! Estoy muy agradecida.

Aunque mi cerebro trabajó a gran velocidad: el comité no me quería *a mí,* pero había respetado la sugerencia del presidente de la universidad, quien, con toda probabilidad, había forzado al cuerpo docente a invitarme como una manera de hacer uso de la autoridad presidencial.

El comité hubiera preferido a alguien de más edad, más conocido. Un varón, en posesión de premios prestigiosos, que habría desdeñado su invitación; o, en el caso de aceptarla, habría soslayado al máximo sus responsabilidades y miraría distraído, sin prestarles mayor atención, a los jóvenes poetas que estaba obligado a instruir.

Me avergonzó que se me contara aquello. Pero agradecí que se me hubiera dicho de manera que nadie pudiera percatarse de mi vergüenza.

—Y yo también estoy agradecido, Violet. Agradezco que por fin nos hayamos conocido. Que lo que está pasando entre nosotros haya comenzado.

Bickerdyck Inn había sido en otro tiempo un lugar opulento. Allí me sentía cómodamente sepultada.

Paneles de caoba tallada brillaban con una luz tenue y las paredes de las salas del piso bajo abiertas al público estaban decoradas con desvaídos murales de heroicas escenas militares de la guerra de Secesión. Puede que hubiera escenas de carnicerías con intervención de caballos: tuve buen cuidado de no mirarlas con demasiada atención.

De los tres ascensores con rejillas de bronce solo uno funcionaba, y yo nunca parecía capaz de adivinar cuál podría ser.

En todas las ventanas de mis habitaciones en el undécimo piso había descoloridas cortinas de terciopelo que, al accionarlas con un mando eléctrico, cobraban vida y se abrían y cerraban con un vigor sorprendente. En el exterior se veían cielo, nubes y, abajo, un río resplandeciente que al ponerse el sol adquiría un color rojo intenso como si fuera de metal fundido. Los cargueros se deslizaban por su superficie como grandes anfibios de una época muy pretérita.

Las ventanas, no demasiado limpias, que llegaban desde el suelo hasta el techo a lo largo de toda una pared, eran de cristal de una sola pieza e imposibles de abrir. No sé por qué extraños motivos me consoló que las formaciones de nubes por encima del río, semejantes a cerebros con diferentes grados de consistencia y de color, tan extrañas e hipnóticas, no fuesen parte del cielo crepuscular que mi padre podía estar viendo desde una ventana de su residencia a más de mil quinientos kilómetros hacia el este.

Le llamé por teléfono varias veces. En todas ellas quité valor a mis mensajes al decir que no había *una necesidad urgente* de devolverme la llamada.

A las nueve y media ya era de noche en el centro de la vieja ciudad ribereña. El tráfico se había reducido a algunos coches aislados y tampoco abundaban los peatones. A excepción de Bickerdyck Inn y unos cuantos bares con luces de neón en las calles

adyacentes, la zona estaba desierta. En un perímetro de medio kilómetro en torno al adusto edificio de granito del juzgado comarcal había manzanas de edificios de oficinas en otro tiempo señoriales y que ahora se ofrecían EN VENTA O ALQUILER. Muchas tiendas estaban vacías. Un cine *art déco* de Main Street se había convertido en una tienda de muebles de saldo, con sus carteles de precios reducidos, llenos de signos de admiración, colgados de la marquesina. ¡Qué solitaria resulta una ciudad moribunda! Había, sin embargo, algo emocionante en todo aquel vacío, que se hermanaba con la desolación de mi alma. Pensé: *Si mi padre se está muriendo, la traición es la vida misma. ¡Detesto la vida!* Era una idea estimulante porque me parecía una verdad irrefutable y toda verdad nos hace libres, nos empuja, aunque sea de la manera más horrible, hacia la Verdad. Desde las ventanas de mi *suite* en el histórico hotel veía figuras individuales que caminaban por las aceras once pisos más abajo, observaba vehículos que se detenían ante semáforos en rojo en cruces desiertos. Aunque no había más tráfico visible, todos los vehículos respetaban los semáforos hasta que pasaban al verde. En una ocasión, cerca ya de la medianoche, reparé en un grupo de hombres que se había reunido delante de uno de los bares y me pregunté cuál era el vínculo que los definía, vehementes voces masculinas que se alzaban más de lo normal. Se me ocurrió que planeaban algún acto desesperado e irrevocable, pero poco después terminaron su agitada conversación, echaron a andar, se alejaron y también yo los perdí de vista.

Si eres fatalista, entiendes que alguien tiene que estar contemplando a esos hombres en ese momento y desde esa posición privilegiada en el piso undécimo de Bickerdyck Inn. No tiene sentido preguntar *¿Por qué? ¿Por qué yo?*

Una noche, a eso de las once, después de que Rob Flint se hubiera despedido, enjuagué los vasos del hotel en los que habíamos bebido whisky (Rob Flint se había encargado de traerlo a la habitación) y me lavé la cara, encendida por el calor y llena de manchas. Me enjuagué la boca, porque me notaba un gusto agrio, e hice presión sobre los labios, que se me habían hinchado un poco,

con una toallita empapada en agua fría. Demasiado inquieta incluso para intentar dormir, bajé en el lento ascensor del hotel, crucé el vestíbulo desierto, donde mis tacones resonaban sobre el suelo de mármol, y me dirigí por Main Street, oscura y desierta, hacia el río. Escaseaban los vehículos y yo era el único peatón; en las entradas de las casas se acurrucaban los sin techo, en aparente estado comatoso, pero ninguno alzó la vista en mi dirección ni me dirigió la palabra. Los bares tenían una iluminación mínima, semejantes a cuevas; desde la calle era casi imposible decir si un establecimiento estaba abierto. Y, más allá de la zona tan mal iluminada, corría el gran río oscuro.

Que haya comenzado. *Lo que está pasando entre nosotros…* Repetía las palabras de Rob Flint como un disco rayado.

¿Eran palabras ominosas o emocionantes? No lo sabía.

Por la mañana me había levantado pronto, como de costumbre, para pasear a lo largo del río. A las diez me llevaron a la universidad, donde durante la mayor parte de la jornada encarnaría con eficacia a la *poeta residente*. (Uno de los profesores del Departamento de Inglés me recogía, no Rob Flint. Todas las mañanas aparecía una persona distinta con su correspondiente vehículo y todos parecían deseosos de hablar conmigo.) El tiempo que me dedicaba a mí sola era precioso, de manera que, muy deprisa, todas las mañanas recorría Main Street, para llegar a South Main Street y a la abrupta orilla del río, una desolada extensión de parque junto a un almacén ferroviario. Y allí, al final de aquellas instalaciones, había una carretera de firme muy agrietado, con aspecto de haber caído en desuso y de haber sido reemplazada por la elevada autovía interestatal por donde el tráfico zumbaba y retumbaba; en aquella carretera probaba a correr. El aire del río era helado mientras el sol se alzaba despacio en el cielo oriental. No tenía ni idea de la longitud ni de la latitud, ni tampoco de por qué estaba allí. Sonreí al pensar en cómo las verdades más elementales me resultaban profundas e inquietantes: el hecho de que si estás *vivo,* tienes que estar *en algún sitio* y no puedes dejar de estar *en algún sitio.*

No me parecía posible que, en un día cercano, mi padre no estuviera ya *en ningún sitio.* Es decir, que podría buscarlo por todas

partes, por todo el mundo y, sin embargo, no sería capaz de encontrarlo.

Porque también aquel morirse había *empezado.* Y, una vez empezado, tendría que seguir su curso.

Y, pese a saberlo de antemano, no estaba a mi alcance ver a mi padre. No me podía arriesgar a ser objeto de su cólera. No me podía arriesgar a perder su amor. Porque no era lo bastante fuerte para desobedecerle.

Además, la verdad más despiadada era que, en lo más profundo de mi corazón, *no quería ver a mi padre.*

No quería ver a aquel hombre herido, venido a menos, asustado. No quería ver sus ojos, que se clavarían en los míos para negar lo que se iba acumulando en un rincón de su cuarto, tanta oscuridad y tanta densidad de oscuridad. No quería que me empujara a mantener entre nosotros la infantil mentira de que estaba «muy bien», de que su situación era «estable». No quería acercarme a mi padre moribundo.

Como nadie querría acercarse a Rob Flint en algún momento futuro, terrible: el hombre en otro tiempo apuesto, enérgico, tan imperioso y varonil, debilitado ya y frágil, consumido y apagándose; la voz, antes tan carismática y llena de pasión, tenue e insegura.

Pero eso sería en una época futura, podría decirse que en la hora del juicio. Cuando llegara aquel momento, no era nada probable que en la vida de Rob Flint yo fuese ni siquiera un nombre, un rostro, un gesto íntimo en su memoria tambaleante.

A no ser que (era una locura, ¡lo sabía!, la locura de cierta clase de poesía que no estaba de moda entonces) me hubiera convertido en la esposa y después viuda de Rob Flint.

Hasta allí llegaba una confusa fragancia de árboles frutales en flor y de madreselva, una ligera fetidez a sustancias químicas. Algunos kilómetros río abajo había fábricas que no se veían desde el lugar por donde caminaba. Allí, en el parque abandonado de la orilla del río, había placas conmemorativas, monumentos a oficiales de la guerra de Secesión, capitanes de barcos de vapor, pioneros. Un monumento al senador Stephen A. Douglas, que había hecho campaña para ser presidente contra Abraham Lincoln y había

perdido. Es natural que los hombres erijan estatuas así, para conmemorar lo que tiene sentido en la vida, aunque poco de la vida exterior, pública, tiene verdadero sentido para los individuos, que, en su intimidad, viven con muy pocas personas más. En momentos así me sentía desbordada como por una oleada de agua turbia: la vida dedicada a una profesión no tenía en realidad ningún sentido sin la vida interior, íntima. ¡Qué locura haber querido vivir de la poesía, como un nadador que se agarra a una frágil rama para evitar ahogarse! Sin embargo había renunciado a mucho en aquel esfuerzo. Y aún renunciaría a más.

A no ser, por supuesto, que me convirtiera en la (¿segunda?) esposa de Rob Flint.

Rob Flint tenía cincuenta y muchos años, quizá. Su mujer era, casi seguro, de la misma edad, pero parecía mayor que él. *Reemplazar a la esposa anticuada. Hay una pequeña emoción en eso, en proporción con el éxito alcanzado. Pero no deja de ser una emoción de todos modos.*

Podía imaginarme una vida provinciana con aquel hombre, no allí, quizás, porque el escándalo del divorcio y lo precipitado del nuevo matrimonio harían imposible seguir en Garrison College, sino en otra pequeña universidad sin ningún mérito especial, ni académico ni histórico, en otra ciudad norteamericana en decadencia. Desaparecer en una vida así, como se podría desaparecer en un papel de pared que se desdibuja. *Seguiría escribiendo poesía,* por supuesto. En los intersticios de la vida.

A aquella hora de la mañana no había casi nadie en el parque junto al río. Restos de los destrozos causados por las tormentas seguían esparcidos por el suelo: en la universidad me habían contado que los tornados azotaban con regularidad aquella parte del estado. Había árboles podridos, troncos huecos. Más arriba, en la carretera interestatal, camiones con motor diésel y autobuses que emitían gases de un denso color negro y, debajo del paso elevado, paredes pintarrajeadas con grafitis. Desde secundaria me gustaba correr y durante épocas de angustia nada me hacía tan feliz, porque al correr se está solo de la forma más elemental y menos complicada.

En momentos así me sentía como una chica de piernas muy largas. No como una mujer de treinta y nueve años, sin la menor idea de lo que los cuarenta podían depararle. Ansiaba correr y sentir una fuerza desmesurada que me circulaba por las piernas hasta que el dolor me atenazaba el costado y me quedaba sin aliento. *¡Corre, corre! Es la única manera de escapar.*

Pero todas las mañanas, después de treinta minutos medidos con exactitud, tenía que regresar al punto de partida. Como si tuviera una correa en torno al cuello que, con un tirón, me obligara a detenerme. A girar y a regresar por el mismo camino junto al muro de contención del río. Porque con estricta puntualidad, a las diez, vendría a buscarme el automóvil del *college*. Porque era una persona responsable, como mi padre sabía muy bien. Iba a prescindir de una última visita a mi padre moribundo por el deseo de no defraudar las expectativas de unos desconocidos. *Una mujer es tan responsable como un hombre; una mujer ha de renunciar a su vida personal de la misma manera que los hombres lo han hecho siempre.*

Por la noche, sin embargo, aunque estaba tan intranquila como a primera hora de la mañana, y con un sentimiento de desesperación más hondo, no me atrevía a alejarme andando de Bickerdyck Inn. El río resultaba ominoso a la luz de la luna, amenazador. La belleza elemental del río durante el día se transformaba en algo muy distinto de noche: el «agua» parecía viva y sinuosa, como una ingente multitud de serpientes. No me atrevía a cruzar ninguno de los puentes, a sentir el maleficio de las oscuras aguas que corrían por debajo.

Y no se podía olvidar a los sin techo de la zona. Había visto de día sus melancólicos campamentos bajo los pasos elevados.

En la primera de las tabernas, River House, me encontré con un interior lleno de humo, semejante a un sótano. Me alcanzó un estallido de música, el olor a cerveza, el humo de los cigarrillos. El nerviosismo me reducía la visión: distinguía figuras pero no rostros concretos. Con una ligera punzada de alarma vi —creí ver— a Rob Flint en el bar, mirándome con una expresión de sorprendido interés.

Y otros hombres, hombres solos. Que también se volvían para mirarme.

Pensé *Esperan reconocerme. Pero no soy nadie a quien conozcan.*

Con audacia, si es que no fue temeridad, me acerqué a la barra. Me hicieron sitio, como si se abrieran las aguas.

Me instalé en un taburete tambaleante. Pedí ginebra con hielo.

En el hotel, Rob Flint había insistido en que bebiera whisky. Tenía ya la impresión de que el presidente de Garrison College no viajaba sin tener a mano una petaca o una botella de buen whisky de Kentucky, como uno de esos enfermos de enfisema a los que se ve en sitios públicos arrastrando su tanque de oxígeno. Pero yo solo había bebido un sorbo o dos del vaso del hotel para aplacarlo.

Ahora la sobriedad parecía una elección poco práctica. Algo superado, como la virginidad.

Me oí pedir la ginebra en voz baja. Nadie a excepción del barman —que me miraba con una fijeza al borde de la grosería— me oyó.

—Sí, señora.

Era la primera vez en mi vida que pedía una bebida así en un sitio como aquel, y lo hice como si fuese a ser la última. Mi voz, suave y melodiosa, con un ligero acento irlandés, revelaba a las claras la presencia de una forastera. Los ojos del barman se clavaron en mí como taladros y con voz enérgica y desconcertada dijo una segunda vez, mientras me colocaba delante la copa, «Sí, señora». Con un ligero énfasis en el *señora,* como si se tratara del remate de un chiste.

Quizás hubiera otras mujeres en la River House en aquella ocasión. En las mesas del fondo. Aun así tuve la impresión de haber cometido un error. En mi calidad de soltera entraba a menudo en lugares, dadas determinadas circunstancias, en los que podía suponerse que no se esperaba la aparición de una «mujer», aunque no estuviera prohibido: una especie de error social, no un error fatal. Así era como me sentía en la River House, bebiendo a solas mi ginebra con hielo. Me sentía incómoda, fuera de lugar, pero no había cometido ninguna atrocidad por la que fuera necesario que se me castigara violándome, mutilándome o estrangulándome. Me daba cuenta, por supuesto, de que nadie procedente de Garrison College habría sido nunca cliente de la River House y de que, por lo tanto, nadie reconocería a la *poeta residente.*

Casi sin duda habían llegado ya a la conclusión de que era «alguien de la universidad». Por mi parte había deducido, gracias a observaciones que se me habían hecho en el hotel, que Garrison College, la universidad situada en diferentes colinas al norte de la ciudad, era al mismo tiempo admirada y denigrada porque admitía a muy pocos alumnos locales.

El hombre junto a la barra que daba la impresión de parecerse a Rob Flint no era él, por supuesto. Se trataba de una persona más joven y no tan bien vestida. Sus ojos, al mirarme, revelaron curiosidad más que admiración, a diferencia de los de Rob Flint. Hice caso omiso de él de una manera que no consideré grosera (al menos no me lo pareció a mí). Me bebí a pequeños sorbos la ginebra con agua que, en lugar de confortarme, me resultó un tanto burlona. Se me había empezado a dormir la lengua. Lo mismo me pasaba con los dedos de la mano derecha. Pensé: *¿Estoy teniendo un infarto? ¿Consiste en esto «tener» un infarto?* Se me ocurrió que era una utilización peculiar de aquel verbo, un modo de bloquear la idea de que no se *tiene un infarto sino que* se *sufre un infarto,* como se sufre que una navaja afilada penetre en la propia carne. Me pregunté si mi padre «tendría» un infarto —a los ancianos enfermos les sucede a veces— y desaparecería de entre los vivos. Era una pregunta abstracta acompañada de un particular terror filial y que, sin embargo, no interfería con mi felicidad esencial, allí sentada en el taburete tambaleante de la River House. Mi cerebro de poeta estaba potenciado aunque (no hubiera querido confesarlo) hacía semanas que no intentaba escribir ni un solo verso. Hacía semanas que no era capaz de pensar con coherencia. No parecía tener en absoluto ideas relacionadas con el lenguaje. ¡Qué alivio el hecho de que nadie me conociera en la River House! V*** N*** era una criatura anónima y, para la mayoría de los ojos allí presentes, invisible.

Sonaba, a todo volumen, música de rock procedente de alguna fuente desconocida: música de rock de una época muy remota. El volumen era combativo y el ritmo martilleante y elemental, música primitiva para adolescentes tan primitivos como ella. Todos éramos jovencísimos entonces. Algunos no habíamos superado aquella edad. Como el globo ocular de un gemelo fetal absorbido por el útero

materno antes del nacimiento, y conservado en el tejido graso debajo del corazón, o en las entrañas o en el cerebro. Todos nuestros yos anteriores persisten dentro de nosotros, en estado embriónico. Me pregunté qué quedaría de mi padre en mí, qué ADN débil, desvaído, discurriría por mi cuerpo.

Cuando abandoné la River House al cabo de veinte minutos nadie pareció darse cuenta, como no fuese para pensar *¡Esa mujer tan desesperada! Tiene que ser de la universidad.*

A la mañana siguiente Rob Flint me llamó al hotel.

—Me preocupas, Violet. Creo que quizá estás corriendo riesgos innecesarios.

Cerca del paso elevado de la carretera interestatal, junto al ancho río agitado. En una abandonada tierra de nadie de árboles raquíticos, madreselvas, hierbas, cardos y desechos esparcidos. Y entre aquellos desechos, debajo del paso elevado para ser exactos, encontré a un individuo sin hogar de una edad entre los cuarenta y cinco y los sesenta y cinco años, pelo apelmazado y enmarañado de color metálico que le llegaba hasta los hombros, dientes rotos en una deslumbrante sonrisa canina. Había encendido una hoguera insignificante y sin llamas en el centro de su campamento, que olía a basura. Sus posesiones estaban recogidas en bultos y amontonadas en un oxidado carrito de supermercado. Su ropa, aunque sucia, era llamativa: chaqueta de color rojo oscuro muy ajustada, corbata verde brillante, pantalones de chándal, estilo pijama, de rayas amarillas y grises y, en los pies deformes, calcetines de punto con dibujos. Sus maltrechas botas casi de cuero estaban colocadas, una al lado de la otra, pie izquierdo, pie derecho, delante de él en la manta donde se sentaba. Allí había también libros, muchos libros, en rústica y en cartoné, al parecer con manchas de agua y muy alabeados… Solo pude ver un título: Cuando los mundos chocan*. Me detuve a pocos metros, mientras él me miraba y bizqueaba, mirándolo yo también, sin decidirme a hablar. Murmuró algo que sonaba como* ¡Hola! ¡Buenos días! *Arrastraba las palabras pero el tono era optimista. Su acento, del Sur. Pestañeó despacio con unos párpados muy hinchados. Se pasó la lengua por los labios, abultados*

y agrietados, ennegrecidos en las comisuras, como si hubiera estado comiendo algo tan negro como el alquitrán. Con voz débil pero amistosa dije ¡Hola! *Estaba jadeante y sudorosa por haber corrido demasiado deprisa y demasiada distancia. De nuevo el individuo sin hogar me saludó y añadió algo que sonaba como* ¿Ha venido usted a verme? ¿Quién es? *Pero también aquellas palabras resultaron apenas inteligibles. Empezó a arrastrarse en mi dirección utilizando las manos y las rodillas: me pregunté si era un tullido. Parecía gemir, lanzar gruñidos. Asombrada, me quedé mirándolo sin poder moverme. Paralizada de una manera absurda dentro de mis pantalones negros de lana ligera y de una chaqueta muy fina de punto, prendas nada adecuadas para correr, zapatillas negras con suelas de crepé, que tampoco servían para correr de verdad, por lo que me dolían los arcos de los pies. Apenas conseguí decir al sin techo* Perdóneme… Siento interrumpirle… No soy nadie que usted conozca… *Con un gruñido se puso en pie delante de mí, hasta alcanzar toda su estatura; deseaba casi ayudarle, pero no me atrevía a acercarme tanto. Al balancearse, una pierna daba la impresión de ser más corta que la otra. Con voz apocalíptica, llena de exaltación, me habló muy deprisa… sonriendo con huecos en la dentadura… haciendo muecas… los ojos inyectados en sangre y una nube en uno de ellos que parecía impedirle la visión… discutiéndome algo, una cascada de palabras que yo no descifraba excepto para entender que había en ellas una emoción considerable… ¿agravio?… ¿indignación? ¿O estaba afirmando que sí me conocía, después de todo? Debido a mi extraña parálisis era incapaz de moverme. Las piernas me pesaban como plomo, como si llevara corriendo horas en lugar de minutos. Antes de que pudiera retroceder, asustada, el sin techo me agarró el brazo por el codo y me zarandeó como si me acusase de… ¿qué?… algo incalificable, tuve la seguridad. Contrajo el rostro, como en un terrible orgasmo. Los ojos inyectados en sangre brillaron con furia. Porque ahora parecía que aquel individuo con el pelo de color metálico que le llegaba hasta los hombros y espantosamente apelmazado me reconocía, me había estado esperando, me reprendía por haber tardado tanto en acudir junto a él… Con las dos manos me sujetó de nuevo y acercó su rostro*

encendido al mío, su sucia boca a la mía, un aliento fétido, agachándose para apretar con fuerza su boca contra la mía; luego cogió mi labio superior entre los dientes y mordió, y volvió a morder —¡un dolor tan intenso!—, pero grité y le golpeé aterrorizada, me habría atravesado el labio con sus mordiscos, como un animal…

Luego me soltó. Con una grosera carcajada de euforia me dejó ir: yo no había conseguido liberarme y siempre recordaría después que había sido incapaz de escapar. El labio me sangraba mucho pero no sentía dolor. Aterrada y humillada me volví —traté de correr— no como corre un corredor con experiencia sino como una mujer asustada, una mujer que ya no es joven, ni son ágiles ni elásticos los músculos de sus piernas. Aterrorizada, humillada y del todo sorprendida, hui a la carrera de mi agresor en aquel lugar desconocido que olía a basuras en descomposición, la mano sobre la boca ensangrentada, sobre la boca que tanto me sangraba. Entre gemidos de dolor y de miedo, hui a trompicones del interior del paso elevado cubierto de grafitis hasta salir al sol que quemaba de repente, y el río de color de barro, cuyo nombre exótico había olvidado, muy cerca de mí.

—Señorita N***, ¿qué le ha pasado en la boca?

Lo expliqué sin perder la calma: una caída en escalones de cemento. Nada serio.

Me miraron horrorizados. *Él,* con gran fijeza.

—¿La ha visto un médico? Quizá tendrían que darle unos puntos…

¡No era nada serio! No necesitaba puntos. Estaba segura.

Sonreí para mostrar que la herida en el labio superior (desfiguradora) no me dolía.

O, si me dolía, no me *dolía mucho.*

—Quizás, ¿una inyección contra el tétanos?

Pero no quería hablar de mi herida. Era una herida pasajera, del todo superficial. ¡Muchas gracias!

Se trataba de algo penoso para mí o, más bien, para mi orgullo: de los recuerdos amables y excéntricos que se conservarían de V*** N***, *poeta residente,* en Garrison College, aquella estúpida heridita en la boca sería el más destacado.

¿Cumplió V*** N*** con sus deberes de *poeta residente*? Ya lo creo que sí.

¿E inspiró V*** N*** en otros la avidez por la poesía y una paciencia con las técnicas poéticas que, triste es reconocerlo, le faltaba a ella? Así fue, en efecto.

Se inclinó sobre los manuscritos de jóvenes poetas entusiastas —sus alumnos— y los animó a leer sus obras en voz alta. «La prueba de la poesía no está en el ojo sino en el oído. Confiad en el oído.»

Y «Sea cual fuere vuestro "verdadero tema", puede esperar. Lo que estáis haciendo ahora es trabajo de aprendizaje. Tened paciencia. El tiempo está de vuestra parte… diez, doce años. Veinte. La poesía es intemporal, siempre seréis jóvenes cuando regreséis a la poesía. Escribid todos los días, de la misma manera que soñáis todas las noches».

Y «Poesía es lo que asusta. Es una cosa poco común, y merece la pena esperar. Pero mientras tanto, una poesía de menor entidad puede ser vuestra compañera. Nunca deberíais despreciar la compañía».

Los poetas jóvenes parecían agradecer tales consejos. Parecían agradecer que se los tomara en serio. La crítica es preferible a la indiferencia, pero lo más valioso es que a uno lo tomen en serio, que era algo que V*** N*** estaba en condiciones de proporcionarles.

Extraño que no me resultase nada difícil cumplir con mis obligaciones de *poeta residente.* Mucho más fácil que ocuparme de mis responsabilidades como hija.

Varias veces se consiguió que V*** N*** se reuniera con un grupo de poetas y escritores —alumnos de cursos de escritura creativa— durante almuerzos organizados por la universidad. V*** N*** presidía la mesa, de manera muy apropiada, dado que era la persona de más edad entre los jóvenes talentosos de ojos sagaces que hacían preguntas. El ambiente del almuerzo era de festiva seriedad, con risas nerviosas de cuando en cuando y, entre aquellas risas, la mía.

No una risa alocada o estridente, en mi opinión. Un sonido como el de una criatura sorprendida que se descubre liberada y en el

mismo instante la capturan de nuevo, al cerrarse con estrépito la puerta de la jaula.

El labio superior herido había empezado a latirme con fuerza. Tuve la buena idea de apretármelo con un vaso de agua helada para calmar el dolor. Cuanto más conversaba con los alumnos (que me escuchaban con un interés que me resultaba muy halagador) mejor me sentía: cuando citaba versos o recitaba poemas enteros, el dolor disminuía. «El mundo no acaba aquí. / El hombre va más allá, / invisible, como la música, / mas positivo, como el sonido.»

¡Qué felicidad en mi voz en momentos así, qué *certeza*!

En mi vida, *incertidumbre.* Pero en la poesía, *certeza.*

Los jóvenes escritores parecían estar necesitados de alguien a quien hablar con el corazón en la mano. Les di listas de lecturas, revisé su trabajo con paciencia y se lo comenté por escrito con gran detalle. *Esto es lo que hago porque es aquí donde estoy.* Me sentía eufórica, aunque muy cansada. Al final de un día cualquiera en la universidad tenía la garganta seca por el esfuerzo de hablar mucho y con entusiasmo y la mano me dolía de escribir comentarios en manuscritos. Me zumbaba la cabeza con palabras que eran como abejas borrachas y jubilosas.

Había horas que transcurrían despacio, como ruedas de carromato hundidas en el lodo. Los catorce días de las dos semanas de residencia pasaron sin embargo con asombrosa celeridad. Pensaba: *Estoy a salvo mientras siga aquí.* El futuro era una cosa borrosa, como un espejo que ha perdido el azogue con el paso del tiempo.

Me llegó una llamada desde el despacho del presidente:

—¡Vaya! Al parecer están encantados contigo. Nuestra «poeta residente».

Y:

—Aseguran que no han conocido nunca a nadie como V*** N***, una persona que es «famosa» y que les dedica de verdad su tiempo. Afirman que eres muy *amable*.

Rob Flint hablaba con gran satisfacción. Le dije que esperaba que al menos parte de aquello fuese cierto.

—Si digo que es así, es que es así —me respondió con tono cortante—. No exagero. Ni le sigo la corriente a nadie.

Su tono era una reprimenda. Herida, corté la comunicación.

Sobre todo sentía alivio al comprobar que mi yo secreto, enfermo, no había quedado al descubierto. Sentía un orgullo infantil y perverso en el hecho de que el yo público de la poeta apareciera de manera tan *radiante.*

Aquella noche Rob Flint se presentó de nuevo en el hotel. Había sugerido que no nos viéramos durante algún tiempo —uno, dos días — porque tenía obligaciones familiares y estaba muy ocupado con tareas burocráticas; a las 11.08 apareció, de todos modos, sin aliento e impaciente, en la puerta de mi *suite*. Y traía, en una discreta bolsa de papel, una botella de whisky de Kentucky. Su agradable rostro tenía el color de la emoción.

—¿Tomas notas? ¿Vas a escribir sobre nosotros? Si escribes sobre mí —dijo Rob Flint, muy en su papel de prócer—, me disfrazarás, ¿verdad que sí? Conozco tu poesía, querida Violet, y sé que es discreta.

—Es impersonal y por eso parece discreta.

—Es poderosa en extremo y parece personal a causa de esa fuerza. Pero es discreta. Tienes un alma de singular pureza, querida mía.

Rob Flint hablaba así, no miento. Un administrador académico con éxito es alguien que domina sin esfuerzo las etéreas exageraciones y los esplendores del discurso. Y yo me descubría respondiéndole de forma similar y diciéndole que había algo inesperado en mi vida allí, en aquella ciudad, «y el río Misisipi», «y haberte conocido *a ti*». Mi voz se fue perdiendo, como la de un sonámbulo que se despierta mientras camina y descubre la deslumbrante luz del día. Había estado a punto de llamarle *Rob,* su nombre de pila, aunque sin atreverme del todo. Pero brillaban en mis ojos lágrimas de certidumbre y la heridita del labio superior me latía como una vena lívida.

Rob Flint me besó de manera muy precisa para evitarla. Me tambaleé un poco con la presión de su beso, que sentí como un fuerte empujón con la palma de una mano, y con la invasión de su rápida lengua inquisitiva que no habría tolerado resistencia alguna. Pensé: *Le repele el afeamiento, aunque no lo sabe todavía.*

Al igual que mis nuevos amigos de la universidad, Rob Flint había manifestado cierta preocupación por la herida, cubierta ya con una costra que era como una cremallera negra, y que aún estaba un poco hinchada. Le aseguré que la herida mejoraba y que no me dolía. Me preguntó si había visto a un médico para estar segura de que no había infección y, sin precisar nada, dije que sí, que había ido a un médico y que no había infección.

—Eres una criatura testaruda, Violet, ¿no es cierto? Supongo que es eso lo que te convierte en poeta en lugar de ser una persona en *prosa,* como el resto de nosotros.

La observación era sorprendente y me hizo reír. Pero capté un asomo de resentimiento en aquellas palabras, y entendí que, en un choque de voluntades, el presidente tenía que vencer siempre.

Rob Flint resultó ser, como amante, brusco y abrumador. Había un algo de exuberancia impersonal en su manera de hacer el amor: su deseo era como una avalancha, imparable. Incluso su forma de hablar, tan ceremoniosa, solo era el preludio de unas relaciones sexuales que se precipitaban como una inundación, pasmosa, casi asfixiante; para hacer el amor no necesitaba más que una mínima cooperación por parte de su pareja, a quien le bastaba con no resistirse. Y Rob Flint era el *cazador* por excelencia: dientes húmedos y relucientes en persecución de la presa, piel que exuda un calor febril. El placer, consecuencia de sus esfuerzos, era explosivo para él: se sentía el impacto de la descarga sexual recorriéndole el cuerpo como una sacudida eléctrica. Pero no decía nada, no dejaba escapar ningún sonido. Se le contraía la cara en un esfuerzo estoico por guardar silencio.

Y después, más adelante, decía:

—¿Y tú, Violet? ¿Eres feliz, Violet?

Era una pregunta formulada con cierta ansiedad. De manera que yo respondía, por supuesto, *¡Sí!*

A Rob Flint no le hacía preguntas personales. Daba por sentado que me contaría lo que quisiese que supiera; más allá de eso, toda curiosidad por parte de V*** N*** significaría una intrusión. Sabía que le gustaba conducir su coche, pero la universidad era propietaria de un Lincoln negro muy lujoso, con chófer, en el que se le llevaba

con frecuencia al aeropuerto y a actos protocolarios, así como en misiones presidenciales para reunirse con miembros del consejo de administración, antiguos alumnos, donantes, políticos y banqueros. Sabía que Rob Flint tenía familia, hijos adultos e independizados del hogar paterno; la edad de esos hijos ya mayores sería una fuente de ansiedad (menor, crónica) para Rob Flint, cuya concepción de sí mismo era del todo masculina.

Sabía que su mujer era desgraciada en extremo, porque tenía que sentirse muy sola. Haber sido —incluso de manera temporal, como en mi caso— objeto de una mirada sexual tan ardiente y fija significaba saber de inmediato cuándo aquella mirada cambiaba de dirección. Yo entendía, sin embargo, que a Rob Flint su mujer lo amaba sin posible cansancio. Enorme ceguera, enorme desesperación, la esencia misma de cierto tipo de amor de esposa.

Rob Flint volvió al tema de haberme «descubierto»: el poemario temprano, la foto de la sobrecubierta.

—Llevabas el pelo en una única trenza, muy larga. Mirabas a la cámara, sin sonreír. Debe de hacer por lo menos quince años: yo estaba en una sucursal de Barnes & Noble en Filadelfia. Pensé: «Voy a conocer a esta mujer, a esta "poeta". Y la voy a conocer cuando a mí me convenga, cuando esté listo para conocerla».

¡Qué orgulloso de sí mismo se sentía Rob Flint! Porque allí estaba el júbilo del cazador por el resultado de la caza.

Yo nunca había llevado el pelo en «una única trenza muy larga». Rob Flint tampoco había dicho que hubiera comprado mi libro en Barnes & Noble.

Al preguntarme si las discrepancias entre el presidente de la universidad y el comité Caldwalder habían sido más acaloradas de lo que se me había dado a entender, sentí que se me hundía el suelo bajo los pies y comprendí que, en realidad, nadie quería invitar a V*** N***. Tuve que padecer a Rob Flint refocilándose con una subordinada sobre cómo había conseguido que el *comité se tragara muy a su pesar a V*** N***.*

Rob Flint se reía ahora, como si se acordara con toda precisión de aquello.

Más tarde, mientras yacíamos desnudos en la cama ridículamente grande de la *suite*, bajo un dosel con flecos, cuatro columnas y un cobertor de satén de color marfil, Rob Flint dijo que esperaba que no escribiera «con demasiada claridad» sobre él o sobre Garrison College, porque ya había estado a punto de «provocar un escándalo» debido a desacuerdos en materia de política con el patronato de la universidad.

—Los consejeros piensan que, como son ellos quienes contratan al presidente, *dependes de ellos.* Pero están equivocados.

—Eres un hombre íntegro —dije yo—. Te contrataron por eso.

—Sí. Tienes razón —respondió Rob Flint—. «Un hombre íntegro.» Pero cuando la «integridad» entra en conflicto con el interés personal, es la «integridad» la que se espera que transija.

Como para rubricar aquella observación, Rob Flint me besó. Abracé con fuerza sus hombros poderosos mientras pensaba: *Estas son las cosas que las personas se dicen en esta cama.*

Más tarde, Rob Flint me explicó, con tono dolorido:

—Mi matrimonio… no es lo que la gente piensa.

No le pregunté, *¿qué es lo que la gente piensa?*

—No es lo que parece. Ni siquiera a ojos de nuestra familia, de nuestros hijos.

Dudé si se me estaba dando pie para preguntarle *Pero ¿qué es lo que parece vuestro matrimonio?*

No conseguía acordarme de Elvira Flint: en su lugar flotaba una especie de ectoplasma sonriente. Sentí más que vi su aire de disimulo, su expresión nostálgica cuando Rob Flint me introdujo triunfante en el comedor, la mano descansando apenas sobre mi trasero.

Como cazador, Rob Flint tenía rituales. Como amante, repetía un modelo memorizado de comportamiento. Una manera de hacer el amor, una manera de funcionar después de hacer el amor. En sus brazos pasaba a ser la esposa ausente.

—No acabo de creer que te vayas a marchar tan pronto, Violet —me decía ahora—. Nos volveremos a ver, ¿no es cierto? Quiero verte de nuevo.

Vacilante, dije:

—También a mí me gustaría volver a verte.

Estábamos haciendo declaraciones, promesas. Se podría haber pensado que hablábamos ante testigos.

Pocas veces tenía hambre antes de empezar a comer, pero luego me devoraba el apetito, de manera que era muy poco lo que sentía por Rob Flint hasta que pronuncié aquellas palabras. Luego sentí una punzada muy aguda, como causada por una pérdida. Y la heridita en el labio superior me latió con renovado dolor.

Solo entonces entendí. Había acudido a aquella vieja ciudad en la orilla del Misisipi para enamorarme de un individuo llamado Rob Flint que era el presidente de la universidad local y cazador de toda la vida. De la misma manera que mi padre se estaba muriendo en el este del país, yo estaba tomando posesión de mi propia vida, en tanto que mujer, en la región central de los Estados Unidos. Esa era la historia: la biografía (secreta) (de la poeta).

Al marcharse Rob Flint consiguió besarme evitando la herida en el labio superior. Se acordó entonces de la botella de whisky y volvió al cuarto de estar para llevársela. Y en su rostro rubicundo la expresión de alivio, júbilo, culpa, la satisfacción de un hombre que se ha librado de una mujer sin sufrir aún el tirón gravitacional de la siguiente.

—¡Buenas noches, Violet! Te veré mañana.

Aquella noche, aunque era ya muy tarde, llamé a mi hermano y le dejé un mensaje en el contestador.

Llamé también a la residencia y dejé otro mensaje parecido.

Para las diez de la mañana del día siguiente nadie me había devuelto la llamada. Salí camino de la universidad sintiéndome como un condenado a muerte al que, por lo menos, se le ha retrasado un día la ejecución.

Hubo un almuerzo de despedida para la *poeta residente*. La mayoría de los asistentes eran alumnos, además de unos cuantos catedráticos y profesores. Los alumnos, al parecer, habían «aprendido» algo conmigo. Fue conmovedor ver cómo, uno tras otro, alzaban sus vasos de Coca-Cola, té helado, agua con gas o

agua helada en honor de V*** N***. ¡Mi nombre (que, por alguna razón, me había avergonzado cuando iba al colegio, pese a ser un nombre del todo ordinario y casi «étnico») pronunciado con tanta deferencia! Una jovencita de pelo color paja, con la que al parecer había intimado bastante y cuya prosa poética había alabado, se emocionó tanto que no pudo hablar… Y un muchacho (¿gay?), el más talentoso de los futuros graduados de Garrison, que había sido uno de mis preferidos, se secó los ojos… Me emocioné; estaba asombrada, agradecida, llena de humildad, incrédula… No protesté mientras me hacían fotos con sus móviles, algunos posando a mi lado.

Pero… ¡no merezco vuestra admiración! Ahora no escribo poesía. Ya no soy poeta. Soy una hipócrita y una mentirosa y en lugar de una buena persona soy una infame, y deberíais despreciarme porque me he escondido aquí, en la otra orilla del río Misisipi, mientras en el este mi padre se muere. Igual que había sido demasiado cobarde para llamar a la residencia aquella mañana antes de salir camino de la universidad, también fui demasiado cobarde y no pronuncié aquellas palabras.

Podría haber llorado, pero no lloré. Me temblaba la boca (herida, palpitante). Algunos testigos dirían que V*** N***, cuya reputación era de poeta «distante» y «que todo lo calibraba con cuidado», se reveló como una mujer vulnerable y sentimental, de boca hinchada por razones misteriosas y ojos llenos de ansiedad. Con voz vacilante traté de decir lo mucho que había aprendido de mis alumnos de Garrison College, porque la enseñanza nunca es en «una sola dirección»; cómo en aquel particular momento de mi vida —difícil— me había conmovido su calor, su franqueza… (Pero ¿por qué había dicho *momento difícil*? No era mi intención decir una cosa así.) A medida que palabras entrecortadas brotaban de mi boca me di cuenta de que eran verdad, o al menos verdad en cierto modo, para aquella ocasión, en aquel lugar.

Con cierta ceremonia, la chica con el pelo de color pajizo me hizo entrega de un obsequio. Un objeto rígido, envuelto en un llamativo papel para regalos.

¿Se esperaba que lo abriera? ¿Mientras todo el mundo miraba?

Se trataba de un archivador en acordeón con un dibujo chino de flores y mariposas. Un archivador para guardar cartas o poemas. Era muy hermoso y con toda seguridad, caro. Se me encendió el rostro, con una especie de vergüenza. Di las gracias a los alumnos tartamudeando. Me sequé las lágrimas.

—No…, no lo olvidaré nunca… Ha sido una…

De manera muy discreta, Rob Flint entró por el fondo del salón. Llevaba un traje negro muy bien cortado, y una corbata roja muy a tono. Irradiaba orgullo presidencial, como el propietario de un toro premiado en una feria rural.

—¿Puedo decir unas palabras? —preguntó con la seguridad en sí mismo de alguien a quien nunca se le ha denegado el permiso para hablar.

Al presidente de Garrison College no se le había invitado a aquel almuerzo, al parecer. O se le había invitado, pero tenía un compromiso más importante en otro lugar. De inmediato todo el mundo se volvió hacia él con alegres sonrisas expectantes. Porque Rob Flint era un presidente popular: saltaba a la vista.

Rob Flint habló ante un público que lo escuchaba con avidez, de mi «devoción» a la poesía y a los «poetas jóvenes de Garrison College» y volvió a mencionar cómo había «descubierto» mi poesía años atrás. Y expresó la esperanza de que «regresara pronto». Me sentí desfallecer, junto con un rugido en los oídos.

¿Estaba ofreciendo a V*** N*** un puesto en la universidad? Me parecía que no, pero… el presidente tenía ese poder, si deseaba usarlo, o abusar de él.

Con voz temblorosa expresé el deseo de que sus palabras se cumplieran. Sí, esperaba volver a Garrison College… Mis palabras vacilantes se perdieron en una repentina explosión de aplausos.

Más adelante aquella tarde, en el hotel, mientras hacía las maletas, trataba de recordar cómo había terminado tan incómoda escena. Tan conmovida como estaba, era posible que hubiera hecho el ridículo, si es que alguien se había dado cuenta. (Mi hermano de ojos de lince, poco amante de la poesía y todo menos admirador de su hermana pequeña, lo habría notado.) Un reducido grupo de alumnos y profesores me pidieron que les firmara ejemplares de mis

libros y en aquella amable confusión Rob Flint desapareció tan deprisa y con tanta discreción como se había presentado. Pero los recuerdos ya empezaban a desteñirse, como las alfombras del histórico hotel antiguo. Mi equipaje eran dos maletas de tamaño medio, siempre viajaba sin mucho peso, incluso de manera descuidada, como alguien que se ha visto forzado a hacer el equipaje de otra persona que le importa más bien poco. La mayor parte del tiempo vestía de negro en público, el negro es siempre adecuado en situaciones profesionales. Cachemira negra, seda negra, brocado negro. Al negro le podía dar variedad con pañuelos de colores, o collares, regalos de personas a las que se podía suponer que había querido, o que en algún momento me habían querido… o al menos podía parecerlo, a partir de aquellas pruebas. No habían sido muchos.

Puesto que tenía por mí misma tan poca personalidad, era una buena estrategia vestir con los regalos de otros. En mi calidad de poeta americana casi joven todavía, era una variante del hombre invisible de H. G. Wells, que solo podía hacerse visible envolviéndose todo el cuerpo con tiras de gasa y vendas, para abrigarse así contra el frío.

Porque aunque seas invisible sientes el frío.

Sonó el teléfono, como había estado temiendo que sucediese. No conseguí llegar a tiempo de descolgarlo, de tan temblorosa como estaba.

Pero luego volvió a sonar y lo descolgué sin pensármelo dos veces; cerré los ojos como alguien que se lanza desde la cornisa de un piso alto. La voz, sin embargo, no era la de mi hermano, ni la de mi padre, apenas audible, acusadora, sino la de Rob Flint, que me decía que estaba abajo en el vestíbulo: tenía que verme «una vez más» antes de mi salida camino del aeropuerto.

Venía un taxi para llevarme allí. Se habían terminado los acompañantes de Garrison College.

—¿Es adecuado que subas aquí ahora? ¿A mi cuarto?

Sentí una punzada de preocupación. Era de día y Rob Flint carecía de la protección de la nocturnidad: el administrador jefe de Garrison College se comportaba de manera imprudente. Tenía la impresión de

que había entrado en el hotel por la puerta principal y no por una lateral. Lo reconocerían en el vestíbulo. Era una personalidad local llamativa, era *conocido.*

Rob Flint vino sin embargo a mi habitación, cerró la puerta tras de sí y se apoderó de mis manos. Me aterraba lo que fuese a decir: *Escucha, Violet, te quiero. Reivindico mis derechos. Me puedes dejar pero solo si prometes volver.* Las palabras me resultaban tan reales que casi no llegué a oír lo que de verdad estaba diciendo: lo mucho que me iba a echar de menos, qué oportunidad tan extraordinaria había sido aquella para toda la comunidad universitaria.

Me conmoví. Sentí que me tambaleaba. Las despedidas son siempre difíciles incluso cuando uno no ocupa del todo el lugar en el que se da por sentado que está.

—Violet, ¡todos te vamos a echar de menos!

—También…, también a mí me va a pasar lo mismo…

Hicimos una pausa. Los dos nos habíamos quedado sin aliento. Rob Flint era solo un poquito más alto que yo, aunque me superase por lo menos en veinte kilos. Sus cabellos castaños, que empezaban a encanecer, se le alzaban en mechones etéreos en torno a las orejas, más grandes de lo normal. Su rostro, en conjunto, era un rostro grande. Los pliegues de la piel, sobre todo alrededor de los ojos, eran amables. Sus dientes representaban la perfección, y le proporcionaban sonrisas confiadas con las que se podía dar forma a una personalidad. Sonreía, pero su sonrisa se había teñido de preocupación.

Estaba tan asustada que casi no era capaz de oír sus palabras. Temía que dijera que no me podía marchar. En un ramalazo de fantasía lo vi bloqueando la puerta y negándose a dejarme ir.

Rob Flint dijo, frunciendo el ceño:

—Perdóname, Violet, pero hay algo que tengo que preguntarte.

—¿Sí?

No me preguntes si podría quererte. No me digas que me quieres.

Rob Flint vaciló. Se podía ver cómo aquel hombre de espalda recta se colocaba el rifle en el hombro y apuntaba con cuidado. El dedo en el gatillo. Requiere cierta fuerza apretarlo cuando algo erguido y vivo se hace visible en el punto de mira.

—La primera noche, durante la cena en la casa presidencial, ¿recuerdas?…

—Por supuesto.

—En la habitación de atrás, adonde Elvira te había llevado pocos minutos antes, llegaste a ver…, quiero decir, ¿te llevaste, por equivocación, un relojito? Un reloj alemán de cerámica, una antigüedad, más o menos de este tamaño…? —Rob Flint hizo un círculo con las manos, del tamaño aproximado de un pomelo—. Era bastante pesado, pie blanco de cerámica, decorado con algo así como un diseño floral. Mi mujer lo ha echado de menos hoy…

Me quedé atónita durante un momento. Aunque le escuchaba con mucha atención, no era capaz de entender lo que me decía.

—Violet, tengo que preguntártelo —añadió enseguida.

—¿Me estás preguntando si me llevé de tu casa un reloj de época?

—De la casa presidencial. No de la mía.

—¿Si robé algo de la casa presidencial? ¿Es eso lo que me estás preguntando?

—Bueno…, podrías haberlo cogido por equivocación. Parecías cansada y un poco trastornada aquella noche.

—Me estás preguntando si lo robé.

—No. Te pregunto si, por equivocación, sucedió que…

—«Me lo llevé.» Un reloj alemán de cerámica, del tamaño de un pomelo, y pesado. Vuestro reloj de época.

—No es nuestro. Te lo he explicado… Pertenece a la casa del presidente. Pertenece a la universidad.

Había dado la espalda a Rob Flint y me dirigía, con paso no del todo seguro, hacia una de las ventanas. Aunque el hotel era antiguo, las ventanas eran nuevas: altas, horizontales, de vidrio cristalino. La luz del sol inundaba la habitación, pero era luz de sol filtrada por una capa de mugre en el exterior del cristal. En el aire, motas de polvo como átomos frenéticos. Estaba tan aturdida como si Rob Flint, que había sido mi amante, me hubiera dado un puñetazo en el plexo solar. Según se dice, un golpe poderoso de un boxeador con práctica puede detener el corazón de un contrario. Es un golpe cruel, pero se puede propinar con facilidad si se tiene la fuerza y la habilidad

necesarias, además del deseo de causar un daño letal, y si el contrincante carece de la destreza necesaria para defenderse.

Con mucho cuidado me pasé la lengua por los labios, que estaban agrietados y me dolían.

—Rob, me estás preguntando, a una mujer a la que has asegurado querer… —pero ¿de verdad había utilizado Rob Flint la palabra *amor*?—, una mujer que siente por ti algo muy profundo… —pero ¿era eso cierto?—, … ¿si os he robado a ti, a tu mujer y a tu universidad, qué es lo que has dicho, un reloj alemán…?

—Un reloj de época, de principios del XVIII. No sé lo que vale, pero… Elvira asegura que es una antigüedad valiosa, y pertenece a la casa del presidente de Garrison College.

Rob Flint se mostraba al mismo tiempo desafiante y contrito. Se acariciaba la barbilla con un gesto que no le había visto nunca. Debido a su ropa presidencial parecía afligido de una manera peculiar, como un maniquí con la cara agrietada. Demasiado tarde ya, se me acercó como para consolarme.

—Violet, sé que no has visto el condenado reloj. Pero tenía que preguntártelo. Porque ha desaparecido de la casa, sobre eso no hay duda, y nadie más… —hizo una pausa, considerando lo que estaba diciendo—. Mi mujer dice que no hay nadie más que pudiera haber… Quiero decir que ella piensa…

—¿Nadie más entra nunca en esa parte de vuestra casa? ¿Ninguna mujer de la limpieza, nadie que haga reparaciones? ¿Ni siquiera tu esposa?

Hablaba sin alterarme. No iba a defenderme. De repente me sentí muy cansada. Anhelaba el vértigo de encontrarme a diez mil metros por encima de la superficie de la Tierra. Anhelaba la posibilidad de que un relámpago golpeara las alas del avión, de que separase la cola del resto del fuselaje. Había visto fotografías así, constancia del desastre. Pasajeros y tripulación consumidos en un ardiente holocausto. Anhelé la libertad de semejante momento: alzar los ojos de mi bloc de notas y del borrador —atascado sin remedio— de una poesía para ver las llamas que surgían de los motores a reacción del avión.

Rob Flint se limitó a repetir, de manera más agresiva ya, que tenía que preguntar.

—Podrías preguntarle a tu mujer, ¿sabes? A la «señora Flint».

—Mi mujer nunca haría una cosa así, señorita N***. No existe la menor posibilidad.

Mis maletas estaban sobre la cama, hechas ya, pero sin cerrar. Como criaturas indefensas tumbadas de espaldas, piernas y brazos extendidos. Me acerqué y las volqué para revelar su contenido. Sobre todo ropa. Bragas y sujetadores. Cosas suaves. Varios libros, un cuaderno. Como en un control de aeropuerto, aquellos objetos personales tan poco importantes quedaron expuestos de un modo condenatorio. Mis «artículos de tocador» se hallaban en el bolso que me colgaba del hombro, para enseñárselos por separado a los encargados de la seguridad y demostrar así que no era una terrorista.

Rob Flint se situó junto a la cama. Lo empujé para que mirase, con una especie de intimidad matrimonial. No tocó nada, pero miró: vi los ojos penetrantes que se movían deprisa. Las dos maletas disponían de compartimentos cerrados con cremalleras, así que le cogí de la mano y se la apreté contra aquellas superficies, para que pudiera sentir, como también podía ver, que no era posible ocultar nada del tamaño y de la densidad de un reloj. Rob Flint reconoció lo absurdo del registro y se apartó.

—Espera. Ten —le alargué el bolso para que lo examinara, pero no hizo más que sopesarlo; casi en el mismo instante me lo devolvió.

—Por supuesto. Lo siento.

—*Soy yo* quien lo siente.

—En realidad, no lo pensaba, Violet…

—Lo ha pensado tu mujer.

Hablé con repentina amargura. Sentí que la boca se me torcía en una sonrisa dolorida.

Rob Flint frunció el ceño. Con el rostro enrojecido no resultaba atractivo. El cuero cabelludo le brillaba a través del pelo.

—No tengo intención de hablar de mi mujer. No me siento a gusto criticando a mi mujer con otra persona.

Rob Flint había estado mirando en dirección al cuarto de baño. La puerta estaba cerrada. ¿Había algo escondido en el cuarto de baño? Mi incómodo visitante no se decidía a preguntar, de manera que le tiré del brazo, con impaciencia casi matrimonial, para llevarlo hasta allí. Abrí la puerta de aquel cuarto grande, con paredes revestidas de azulejos blancos, muy bonito aunque careciese de ventanas, para que pudiera ver que allí no había nada, que todas mis pertenencias habían desaparecido.

Si se exceptúa que, en la papelera, había un objeto extraño, rígido: no un reloj de época sino un archivador en acordeón con un dibujo chino en la portada.

Lo había olvidado por completo. Olvidado que había prescindido del regalo, nada barato, de los alumnos. Enrojecí de nuevo, avergonzada y arrepentida.

Rob Flint miró en el interior de la papelera, como si hubiese encontrado lo que estaba buscando. Alzó el archivador en acordeón para ver qué había debajo.

—¿Por qué has tirado tu regalo, Violet?

—No…, no tenía conciencia de haberlo tirado… Ha debido de caerse en la papelera —me falló la voz, avergonzada.

No se me daba bien mentir y en aquel instante el insulto de Flint quedaba compensado por la torpeza misma de intentar mentirle. Casi se rio de mí.

—No había sitio en la maleta —dije con voz lastimera— para ese archivador. Es demasiado grande… ¿Te gustaría recuperarlo? Se lo puedes llevar a los alumnos, quizá consigan que les devuelvan el dinero.

Rob Flint pareció no oír aquella observación rencorosa. Salió del cuarto de baño, sonriendo todavía; hizo una pausa para mirar de nuevo la cama, con mi ropa mudamente extendida. Comprendí que el hombre que había sido mi amante veía de nuevo, igual que por fuerza me sucedía a mí, nuestros cuerpos desnudos en aquella cama, vulnerables, entrelazados. ¡Y era cierto que nos habíamos amado! Con desesperación, sin confusión posible. Y ahora el recuerdo resultaba muy poco probable. Imposible de creer.

Con paso inseguro, pero muy decidida, fui con Rob Flint hasta la puerta de la *suite*. Al llegar allí se detuvo para hablar conmigo, pero lo empujé como un niño puede empujar a otro, de repente y sin premeditación.

Mi voz resultó desdeñosa, nasal:

—Márchate. Vuelve a casa. Dile que no has podido encontrarlo, que lo había escondido demasiado bien.

Lo más deprisa que pude cerré la puerta a su espalda.

En el aeropuerto llamé otra vez a la residencia. Me contestó una mujer, no la enfermera con la que había hablado la vez anterior. Dijo llamarse «Holly» y pareció sorprendida cuando le dije quién era. Y al pedirle que me permitiera hablar con mi padre, dijo, con voz agitada:

—Perdone, ¿no la han informado? Su padre falleció ayer…, ayer por la tarde…

Estaban llamando a los pasajeros de mi vuelo para embarcar. Una voz de mujer, amplificada por los altavoces, ahogó las palabras de la enfermera. Oí cómo yo le contestaba y la oí hablar, pero no supe descifrar lo que me decía. Atontada, caminé hasta el avión, llevando solo una maleta —había facturado la otra—, y la pesada bolsa que me colgaba del hombro. Traté de hablar por el móvil, pero la voz de la enfermera apenas se oía. Pensé, por lo visto, en mi confusión, que era mi padre quien hablaba; que era la débil voz de mi padre, cada vez más apagada, lo que me esforzaba por oír.

Ya en el aire, a la azafata le preocuparon mis lágrimas y que pareciese desorientada. El pasajero sentado a mi lado era un hombre de origen asiático y avanzada edad que parecía sentirse violento y no deseaba molestarlo. Lloraba de una manera extraña, medio tosiendo, como si quisiera echar fuera la arena que se me había metido en la garganta. Con voz ronca logré tartamudear: «Ha habido una muerte en la familia». Era una información impersonal, pensada para evitar que nadie se preocupara, porque no sabía qué otra cosa decir. «Ha habido una muerte en la familia.»

No tardé en oír que la azafata se lo repetía en voz baja a otros pasajeros que estaban cerca. *Ha habido una muerte en la familia.*

Ha habido una muerte en la familia.

Desapariciones

—Las cosas tienen tendencia a desaparecer. Pero ¿dónde *van*?

Hablaba con alguien. Por teléfono. Tenía la reputación de decir con frecuencia cosas así: perspicaces a su manera, pero ligeras, divertidas. Su voz era siempre optimista, sin otra intención que hacerte reír o, al menos, sonreír. Ni siquiera pretendía que te alarmaras o que te sintieses incómodo.

Más tarde aquella misma mañana, como para confirmar su observación hecha tan a la ligera, vio, pese a la escasa luz del garaje, que faltaba algo.

Entre la densa acumulación de *cosas,* un vacío.

Hay algo reconfortante en ese tipo de acumulaciones. Estratos de vidas, de años. Utensilios de jardinería, una carretilla, latas de aerosoles, bicicletas viejas, contenedores para reciclaje, cubos de basura abollados, cajas de cartón amontonadas en un rincón. Tiestos de barro agrietados, instrumentos de cocina y muebles retirados de la circulación. Un televisor antiguo, escudillas para perros. Se podría hacer el inventario de un hogar gracias a todo lo que se ha usado hasta agotarlo o se ha excluido, mandándolo al exilio. Incluso el inventario de una vida.

Pero sí: en un lugar del fondo del garaje faltaba algo de cierto tamaño. La mujer casi podía ver su fantasmal silueta recortada contra la pared.

¿Robo? Pero ¿quién robaría nada de su garaje?

No había allí nada que nadie fuese a querer robar, verdad axiomática y uno de los motivos para almacenar cosas en el garaje de los Vann.

Luego se dio cuenta: lo que faltaba era la bicicleta de su marido.

Aún seguían allí una bicicleta inglesa de carreras (la suya) y otra que también ella había usado en una época anterior, apoyada contra

la pared, los neumáticos deshinchados desde tiempo atrás. Quedaba además una tercera bicicleta, en parte desarmada, que había sido de su hijo. Pero el espacio reservado para la robusta bicicleta negra de montaña estaba vacío, y se preguntó cuánto tiempo llevaba ausente, cuántas veces había mirado en aquella dirección sin darse cuenta.

Fue en busca de Ryan jadeante y agitada.

—¡Tu bicicleta! Falta tu bicicleta.

No había querido decir «la han *robado*». No había querido provocar aquella clase de alarma.

Pero Ryan la sorprendió al decirle con gran calma que la bicicleta no faltaba, que la había regalado.

—¿Regalado? Pero ¿por qué? Es una bicicleta estupenda, siempre te ha gustado mucho…

Eso no era del todo verdad. Desde hacía tiempo la bicicleta de montaña no era ya «estupenda». Como tampoco era cierto que, al menos en los últimos años, a Ryan le gustara tanto.

Durante gran parte de su vida matrimonial habían montado en bicicleta con frecuencia. Iban desde su casa hasta el río Delaware, por un terreno accidentado; o cargaban las bicicletas en el coche y paseaban con ellas a lo largo del río Hudson. Habían hecho excursiones en bicicleta por Nueva Escocia, Cornualles, el norte del Reino Unido, Italia y el sur de Francia, en ocasiones con otro matrimonio, también muy partidario de la bicicleta. Pero en los últimos años las utilizaban cada vez menos. El verano anterior no habían salido juntos en bicicleta ni una sola vez; Julia no había querido reconocerlo. Ryan estaba demasiado ocupado o no tenía ganas; o las dos cosas: demasiado ocupado y sin ganas. Y tenía además «problemas de salud», como artritis e hipertensión. Julia había paseado por carreteras comarcales de los alrededores, pero pasear sola no era nada divertido. No se disfruta haciendo solo algo que antes se ha hecho siempre con otra persona.

Mientras que en el pasado la esposa tenía que pedalear muy deprisa para no quedarse atrás, porque a su marido le daba por correr olvidándose de ella, ahora no contaba ya con nadie a quien seguirle el ritmo; tendría que haber sentido una especie de liberación y de alivio, pero no era así como ella funcionaba; Julia se

descubría escudriñando la carretera, esforzándose por ver a su marido a lo lejos… *¿Dónde estaba Ryan? Tan lejos que lo había perdido de vista.* Y ahora se le hacía sentir la desaparición de su bicicleta, la intensa desilusión, algo así como una traición en las palabras despreocupadas de su marido. *La había regalado.*

Se la había dado a Kevin, su sobrino, dijo.

—¿Kevin? Pero ¿por qué?

—Porque he dejado de usarla.

Julia sabía que, dada su condición de cabeza de familia, a Ryan no le gustaba que se le interrogara. Como tampoco le gustaba que lo interrumpieran mientras leía el *New York Times:* hacerlo era contravenir un tabú marital.

Al esposo no le gustó que su mujer se le quedara mirando con expresión dolorida, como si el asunto de su bicicleta tuviera algo que ver con *ella.*

—A Kevin le robaron la bicicleta, así que le dije que viniera y se llevase la mía.

—¿No le podían comprar sus padres una nueva?

—Claro que sí, Dave y Carrie le pueden comprar varias *bicicletas* nuevas. Pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces? No lo entiendo.

—Se trata de que la bicicleta ya no es mía.

—Pero… Kevin podría devolverla cuando tenga su nueva bici, ¿no?

—Julia, he dicho que *se acabó* la condenada bicicleta.

A la esposa le dolió la reprimenda. Porque algunos reproches son *matrimoniales.*

Allí había algo relacionado con que Kevin fuese sobrino de su marido, no suyo; Julia no se llevaba demasiado bien con la familia de Ryan. Desde su boda, hacía ya más de cuarenta años, siempre había tenido el convencimiento de que si a Ryan le sucediera algo, si falleciera antes que ella, nunca volvería a visitar a la familia de su marido, ni ellos harían el menor esfuerzo por verla a ella.

A Julia le parecía notable (ni le dolía ni la ofendía, tan solo le divertía) que la familia de Ryan consiguiera hacer fotografías y vídeos familiares de los que ella quedaba siempre excluida. En reuniones con ocasión de fiestas, allí estaba Ryan y, a su lado,

brazos entrelazados en la cintura, nunca Julia, sino una hermana, una prima, otro familiar. *Solo llevamos casados más de la mitad de nuestras vidas,* decía Julia, quitándole hierro. *No se puede esperar que tu familia me acepte tan deprisa.*

Ryan regresó a su periódico de manera harto significativa. Para él la cuestión estaba zanjada. Julia cargaría durante todo el día con la pequeña herida de un desaire de su marido; oiría como un eco débil, pero perturbador, la frase desolada e irrevocable *se acabó.*

—No estoy dolida. No es nada grave, solo una bicicleta. Nadie me ha *traicionado.*

Hablar consigo misma era una manera de obligarse a razonar.

En el matrimonio, las conversaciones más apasionadas son a menudo con uno mismo.

La bicicleta de Julia, sola y abandonada, seguía en el garaje, cerca del hueco donde había estado la de montaña. Era una bicicleta inglesa con clase, de neumáticos finos y una caja de cambios importante. Aquel verano, de vez en cuando, por simple testarudez y porque se sentía sola, Julia sacaba la bicicleta y paseaba con ella por carreteras rurales cercanas a su casa; no se molestaba en ponerse el casco protector —algo en lo que Ryan habría insistido— con la excusa de que no iba lejos y de que no utilizaba la bicicleta en situaciones peligrosas. No tenía intención de decirle a su marido dónde había ido, a no ser que se lo preguntara, cosa que no hacía nunca.

¡Cuánto le había gustado siempre montar en bici! Era una de las actividades que más felicidad le proporcionaban. Julia se conservaba joven: mantenía tonificados los músculos de las piernas, sus reflejos eran buenos y tenía aún mucho aguante. Le molestaba pensar que montar en bicicleta pudiera ser ya para ella un ejercicio inadecuado.

A la larga, sin la compañía de Ryan, acabaría por dejarlo. Sabía que sucedería, pero no estaba dispuesta aún a reconocerlo.

Como a otras cosas de su vida en común, de la gran intimidad que compartían. Cosas a las que renunciarían o a las que ya habían renunciado; cosas que habían abandonado y de las que no hablaban y en las que quizá no pensaban nunca, mientras los días, las

semanas, los meses y los años los iban arrastrando, agua tibia que les besaba la boca.

El marido, la mujer.

Cosas desaparecidas, perdidas para siempre.

A Julia, su marido empezaba a resultarle misterioso. Hacía que se sintiera incómoda. Llevaban cuarenta y cuatro años casados. En aquellos años —era evidente— había tenido oportunidades de sobra para conocer a Ryan con pelos y señales, de manera muy íntima; aun así comenzaba a entender que el marido que conocía, o que creía conocer, no era del todo el hombre con quien vivía. Ahora, a menudo, cuando lo veía a cierta distancia en un aparcamiento o en la calle, no siempre lo reconocía.

Se había hecho «mayor», por supuesto. Pero no era ese el misterio.

Cuando notó que perdía pelo, a los cincuenta y pocos años, movido por la vanidad, Ryan había ido a la peluquería a que le afeitaran la cabeza: del todo, de golpe. Desde aquel mismo momento había empezado a parecer más pequeño, menos inconfundible. Porque eran muchos los hombres (Julia se daba cuenta ahora) que gustaban presentarse como calvos, por vanidad quizá, en una imprecisa imitación de los icónicos atletas negros y de las estrellas del rap que se afeitaban la cabeza por razones de glamur sexual. La cabeza de su marido era de tamaño normal, pero parecía disminuida, con las orejas más salientes. El rostro resultaba ahora más ancho, más plano, extendido de oreja a oreja como la cara de un payaso, pero quizá Ryan no se daba cuenta, como tampoco advertía (Julia estaba segura) las curiosas líneas laberínticas, las arrugas y las depresiones en el cuero cabelludo. Julia pensó: *El pelo era un disfraz. El cuero cabelludo no se puede disfrazar.*

Durante treinta y dos años Ryan había sido uno de los asesores de investigación —muy bien pagado— de una compañía farmacéutica de Nueva Jersey especializada en medicamentos para dolencias relacionadas con la sangre, como la leucemia y el linfoma. En sus años de formación había estudiado química y biología molecular.

Ahora estaba jubilado a medias. Tenía una vida profesional privada, aparte de su mujer: un despacho a varios kilómetros de su casa y un «laboratorio» que Julia no había visto nunca. No conocía a ciencia cierta cuál era su horario de trabajo, porque parecía organizárselo de modo que cambiaba de semana en semana. Tampoco estaba segura ya de quiénes eran sus colaboradores; cuando le preguntaba por alguno de ellos, lo más probable era que Ryan dijera: «Ya no está con nosotros». O, de manera más críptica: «¿Ese? Ese se ha marchado».

Marchado, sí. Pero ¿dónde?

Julia quería pensar de todos modos que lo conocía a fondo, como él la conocía. Porque no había nada secreto en la vida de Julia (ella al menos así lo creía). Su vida juntos (una vida única, no dos) se había suavizado tanto con el paso del tiempo como los escalones de piedra de la entrada de su casa, que incontables pies habían pisado a lo largo de décadas.

Julia, sin embargo, se descubría recordando —con un estremecimiento involuntario, como si una sombra le hubiera pasado muy deprisa por encima de la cabeza— un incidente de los primeros años de su vida en común.

No era un recuerdo agradable. No era un recuerdo compartido. En los años que siguieron al incidente, ni el marido ni la mujer habían vuelto a mencionarlo.

Llevaban casados solo tres años y vivían en otra parte del país, en una gran ciudad de la región central de los Estados Unidos, en la orilla más meridional de uno de los Grandes Lagos, cuando, al regresar una tarde a su casa —la primera, recién comprada, de estilo colonial, con dos dormitorios, en un barrio residencial—, descubrieron que la puerta lateral, la única que utilizaban de ordinario, no estaba cerrada con llave. ¡Qué sensación de desaliento empujar aquella puerta para abrirla!

La puerta estaba bien cerrada al salir ellos a primera hora de la tarde.

De manera que fue extraño cómo, en un primer momento, al entrar en la casa, no parecieron advertir que algo estaba mal.

Penetraron en la cocina, y siguieron después, examinándolo todo: ¿había algo fuera de su sitio? ¿Faltaba algo?

El aire mismo parecía alterado, como tras un periodo de agitación. Había un olor, olores… Luego vieron lo que sucedía: libros sacados de las estanterías y esparcidos por el suelo como si les hubieran dado puntapiés. Sillas fuera de su sitio. Un espejo en el suelo, resquebrajado.

La rabia del ladrón o ladrones al descubrir que su hogar contenía tan pocas cosas de valor.

—Alguien ha estado aquí… Dios mío.

Muy semejante a un cuento de hadas, eso era lo que parecía. Alguien se había introducido en su casa y en su vida. Pero ¿quién?

Julia se mareó, sin poder creérselo. La respiración de Ryan se había vuelto áspera, acelerada. Cuando ella se agarró al brazo de su marido, Ryan la apartó de manera solo a medias consciente, en su esfuerzo de concentración.

Aun así ninguno de los dos pensó en salir de allí a toda velocidad ni en llamar de inmediato al 911.

Corrieron escaleras arriba, Ryan delante. El olor acre era más fuerte allí, olor a sudor y a orines. En su dormitorio, un lugar tan privado y tan íntimo, la intrusión era horrible: las puertas del armario abiertas, el contenido de los cajones de la cómoda esparcido por el suelo, al igual que ropa y zapatos. Incluso entonces seguían aún pensando despacio, con esfuerzo. Como si llevaran zapatos de hierro y les costara trabajo moverse. No eran capaces de comprender: *Esto ha sucedido. Es real. Algo ha irrumpido en nuestras vidas. Nos han violado.*

En el cuarto de baño, en la taza del inodoro, orines amarillos que aún parecían calientes, sin que nadie se hubiera molestado en tirar de la cadena. Julia recordaría un momento de alivio, de ingenua gratitud, porque el ladrón no hubiera profanado el suelo ni las paredes. Conteniendo la respiración se inclinó para tirar de la cadena.

—Hijo de puta. Maldito cabrón *hijo de puta* —Ryan cerró con violencia la puerta del baño.

Julia no había oído nunca hablar así a su marido, con voz furiosa pero muy aguda, casi histérica. Nunca lo había visto tan enfadado ni tan indefenso.

Ryan llevaba encima su cartera, por supuesto, y Julia su bolso de mano. Los ladrones no se habían apoderado de aquellos objetos cruciales. Y el matrimonio, por suerte, no tenía un fajo de billetes escondido en ningún lugar de la casa, Julia estaba segura, de manera que no se habían llevado dinero. La forma frenética de registrar las habitaciones hacía pensar en que los ladrones buscaban dinero escondido.

—¡Llama al 911! Date prisa.

—*Es lo que estoy haciendo.*

Ryan hizo la llamada desde el piso de abajo, en el teléfono de la cocina. Atontada, la esposa oyó cómo su marido informaba de un robo, de la presencia de ladrones en la casa. ¡Por favor, manden a unos agentes! La mujer oyó tartamudear a su marido al dar la dirección, como si no estuviera seguro de cuál era.

Llevaban menos de dos años viviendo en aquella casa, dentro del casco antiguo de una gran ciudad en el centro de los Estados Unidos.

El municipio tenía «problemas raciales». Su barrio era de los «recién integrados».

Esperaron a que llegara la policía. La espera se les hizo eterna.

—Es una suerte que no necesitemos una ambulancia. Y también que la casa no esté ardiendo.

—Hablas de un tipo distinto de emergencia. Enviarían una ambulancia o un coche de bomberos si…

—Sí. Eso es lo que te gustaría creer.

Era un problema de política municipal. Las llamadas por emergencias desde zonas urbanas deprimidas no se atendían con la misma celeridad que las de otros distritos. Los Vann querían creer que vivían en un barrio residencial «bueno» y que de su dirección se podía deducir el color —«blanco»— de su piel.

Mientras esperaban la llegada de la policía, su nerviosismo era demasiado intenso para estarse quietos. ¿Se encontraban en *el escenario del delito,* y no debían tocar nada? Julia tuvo que

contenerse para no recoger los libros caídos y volver a colocarlos en su sitio. Ryan, aturdido, levantó el espejo agrietado que terminó de romperse y le cayó sobre los zapatos.

—¡Ryan! —gritó Julia—, ¡déjalo! Te cortarás.

De manera maquinal recorrieron de nuevo la casa como sonámbulos. Los olores extraños eran más evidentes ya: olores de sudor, olores masculinos, olores de desconocidos. Un insistente olor a orines les hizo pensar que quizás, después de todo, el ladrón o los ladrones no se habían limitado a utilizar el inodoro del piso de arriba.

¡Qué desagradable! A Julia se le contrajeron las ventanas de la nariz, y se sintió mareada y con náuseas.

—Ha sido un negro… o varios. Se nota.

—¿Tú lo notas? Pero…

Dominado por la cólera, era imposible razonar con Ryan. La mujer, por su parte, tenía dificultades para pensar de forma coherente, de la misma manera que le costaba trabajo andar, como si estuviera muy cansada o le hubiesen dado un golpe en la cabeza.

¡Cómo había pronunciado Ryan la palabra *negro*! Julia comprendió que su marido no se acordaría nunca una vez que hubiera superado el ataque de cólera.

Una nueva sorpresa: la violación de su hogar era más palmaria de lo que les había parecido al principio, nada más cruzar la puerta de entrada. Porque en todas las habitaciones había algo que estaba fuera de su sitio o que había sufrido algún desperfecto. Muebles, alfombras pequeñas. Una lámpara volcada. En una pared, un grabado enmarcado, las *Puertas del infierno,* de Rodin, estaba torcido, como si alguien lo hubiera rozado sin querer con un hombro.

Ryan descubrió que de su estudio habían desaparecido más cosas de lo que había creído en un primer instante. Indignado, se le encendió el rostro, aunque con una expresión subyacente de miedo. ¿Faltaba su cartera? ¿La vieja cartera de cuero, desgastada, en su poder desde hacía años? A cuatro patas, la buscó detrás de la mesa, detrás de un sofá… Examinó varias veces los cajones del escritorio, cuyo contenido había sido amontonado sobre la alfombra. Empezaba a disparatar, farfullaba y maldecía alzando la voz.

Julia le preguntó si había algo importante en la cartera. ¿Listados, datos del laboratorio? Entre jadeos y palabras malsonantes, Ryan no le hizo el menor caso.

Faltaba su máquina de escribir eléctrica, colocada sobre una mesa, debajo de una cubierta negra de plástico. También había desaparecido una radio portátil, guardada dentro de un armario.

Ryan parecía enfermo, desconcertado. Julia no soportaba ver a su marido, un hombre joven, tan desamparado.

Haciendo un gran esfuerzo subió de nuevo al dormitorio, temiendo descubrir… Sí, faltaba la mayor parte de sus joyas. En cuclillas, registró desesperada la ropa esparcida por el suelo; ¿dónde estaban las perlas de color rosa pálido que habían pertenecido a su abuela?; ¿dónde, el reloj de pulsera juvenil, regalo de cumpleaños de aquella misma abuela? Y ¿dónde estaba el collar de jade, regalo de Ryan, comprado durante un viaje a China? Tampoco conseguía encontrar su brazalete favorito de plata, ni el hermoso collar hecho de cristal azul veneciano, también regalo de su marido…

Trató de repetirse: *Nada de lo que posees es caro.*

Trató de no pensar: *Todo lo que ha desaparecido es irremplazable.*

En el piso bajo Julia descubrió nuevos desastres. ¡Más cosas robadas! De la mesa del comedor faltaba el regalo de boda de los padres de Ryan, unos candelabros de plata que se habían ido ennegreciendo de manera llamativa con el paso de los años. Del aparador habían desaparecido además otros objetos de plata —un cucharón de gran tamaño, cucharas—, todos deslustrados, de dudoso valor. Julia pensó, con un repentino júbilo salvaje: *¡Estupendo! No más condenado limpiametales.*

Faltaba la cámara de Ryan: una Nikon nueva, guardada en el estante de un armario. Y la vieja Polaroid de Julia.

Del armario del vestíbulo habían desaparecido unas botas de Ryan: *¡botas!* Julia comprobó, consternada, que su abrigo negro de cachemira, de muy buena calidad, también faltaba. ¡Su *abrigo*!

Atontados, dirían: *Nos han desvalijado la casa.* Una expresión curiosamente pasiva, aquella: *desvalijar.*

Aunque cerramos puertas y ventanas y no estuvimos fuera mucho tiempo, nos han desvalijado. Como si la intrusión fuese una

incidencia meteorológica, un acto de Dios, y no obra de uno o varios individuos.

Al cabo de cuarenta minutos llegó la policía: dos varones robustos, de raza blanca aunque morenos, de treinta y tantos años, uniformados, con pistoleras llamativas, y cachiporras y armas de fuego prominentes en la cadera. Equipados de aquella guisa, parecían, ni más ni menos, crujir al andar, y no se movían deprisa. No dio la impresión de que se preocupasen en exceso por el robo y, en lugar de mostrar simpatía por la nerviosa pareja (de raza blanca) residente en el 294 de Wildemere Drive, manifestaron más bien una especie de burlona cortesía que ocultaba un desprecio apenas disimulado. Preguntaron a Ryan (haciendo caso omiso de Julia de manera deliberada) si había registrado toda la casa, sótano incluido, si estaba seguro de que nadie se había escondido en su interior, y Ryan dijo, tartamudeando, que Julia y él la habían recorrido en su totalidad, aunque no el sótano, así que los agentes descendieron, cautelosos pero pisando fuerte, la pistola desenfundada.

(La avergonzada pareja intercambió miradas: ¡ni por un momento habían pensado en el sótano! Alguien podría muy bien haberse escondido allí, pero estaban demasiado trastornados para que se les hubiera ocurrido.)

Los agentes regresaron a la cocina, el arma de fuego otra vez en su funda. Nadie en el sótano, ni signos visibles de que algo estuviese fuera de su sitio.

—En realidad, no tenemos muchas cosas de valor —dijo Julia, nerviosa. Confió en que no pareciera que se estaba disculpando—. Sobre todo en el sótano, donde… —pero nadie la escuchaba.

Los agentes hicieron preguntas rutinarias al dueño de la casa: a qué hora se habían marchado, si habían cerrado puertas y ventanas, cuándo habían vuelto. Si les habían robado ya alguna vez. Los agentes establecieron que los ladrones habían entrado por detrás forzando la cerradura —«Estos cerrojos baratos no son muy seguros, ¿se dan cuenta?»— de una puerta corredera de cristal que daba al patio. También descubrieron algo que a Ryan y a Julia se les había escapado: una mancha de sangre en aquella misma puerta —«Donde se limpió la mano, ¿ven?»—. (Pero ¿por qué sangraba el

ladrón? Ryan y Julia no tenían la menor idea, ni aquella circunstancia llegó nunca a explicarse. No se veía ningún cristal roto.) De algún modo los agentes descubrieron que los responsables eran dos: «Es probable que hayan sido chicos buscando drogas, o dinero para drogas». Los policías tomaron notas con un cabo de lápiz o fingieron que las tomaban. El de más edad se dirigió a Ryan con desdén apenas disimulado, prescindiendo siempre de Julia, como si no existiera:

—Señor Vann, ¿por qué han entrado ustedes en la casa? Su error ha sido abrir esa puerta empujándola, ¿se da cuenta? Si sabía que estaba cerrada con llave cuando se marchó, y la ha encontrado abierta al regresar, tenía que saber que alguien había entrado a robar, ¿de acuerdo? Y haberse planteado que esa persona o personas podían estar todavía en el interior y ser peligrosas. Es una deducción lógica.

Una deducción lógica. Hablaba de una curiosa manera intimidatoria. Julia no podía creer que el agente estuviera reprendiendo a su marido, que seguía inmóvil, avergonzado. Un varón regañando a otro, en presencia de su mujer. Y Julia también guardaba silencio, asustada. ¿Es que aquel robo era, de algún modo, *culpa* suya?

—¿Se da cuenta? Si tenían armas, al entrar usted y su esposa, podrían haber disparado. Sucede todo el tiempo.

El policía hablaba con sombría satisfacción. Al marido no le quedó otro remedio que mostrarse de acuerdo, abochornado.

—¿Tenía usted dinero en el inmueble, señor Vann? ¿Se han llevado dinero?

Ryan negó con la cabeza.

—¿Nada? ¿Está seguro?

Ryan asintió con la cabeza. Estaba seguro.

—¿Podría hacer un inventario de lo que se han llevado?

Ryan y Julia dijeron que *sí.* Lo intentarían.

—¿Tiene usted un arma de fuego, señor Vann?

Julia se anticipó a su marido: *no.* ¡Nada de armas!

Pero Ryan hizo una pausa, sin contestar. Julia se le quedó mirando, asombrada.

—¿Tiene un arma de fuego, señor Vann? ¿La tiene en su poder?

—Sí…, tengo…, tenía… un arma. Sí, ha desaparecido.

Hablaba muy abatido, sin mirar a Julia.

Su mujer lo miraba con la boca abierta.

Los dos agentes fruncieron el ceño. El de más edad insistió:

—¿Tiene usted licencia para esa arma, señor Vann?

Sí. Ryan tenía la licencia correspondiente.

—¿Podría reconocerla, señor Vann?

Ryan tartamudeó tratando de recordar, intentando de describir el arma. No la había examinado mucho, dijo. Pensaba que era, que habría que llamarla, «un revólver». Ni siquiera había disparado con él.

—¿No ha disparado nunca?

No. Ryan tuvo que confesar que no.

—Y el revólver, ¿estaba cargado?

No. Ryan no creía que estuviera cargado.

—Tenía usted esa arma en su hogar para protegerse, señor Vann, ¿y no estaba cargada?

Los agentes intercambiaron miradas que parecieron impenetrables.

Julia se dijo: *¡Piensan que somos unos perfectos imbéciles!*

—Y ahora la ha echado en falta, ¿no es eso, señor Vann? Está seguro.

Sí. Cada vez más abatido, estaba seguro.

—¿Algún arma más, señor Vann?

No. Ninguna.

—¿Está seguro? ¿Ningún arma más en la casa?

Ryan preguntó si «arma» incluía cuchillos. ¿Cuchillos de cocina?

—No, señor Vann. Un cuchillo de cocina, no. Tiene que tratarse de otra arma de fuego o de una navaja automática. Un arma blanca de una longitud ilegal.

Muy deprimido, Ryan negó con la cabeza. Ni otra arma de fuego ni *navaja automática* en la casa.

Ryan se vio obligado a mostrar a los agentes su licencia para el arma desaparecida, que resultó ser una pistola Ruger de calibre 22; el documento estaba archivado con la documentación sobre las

actividades económicas de Ryan. Como para humillarlo todavía más, mientras Julia miraba desde el quicio de una puerta, le pidieron que les enseñara dónde tenía escondida la pistola (en el cajón más bajo del escritorio). (*Ahora se explica que estuviera tan preocupado con su estudio*, pensó Julia.) Ryan contó que la había comprado un verano en una tienda de Austin, en Texas, cuando se disponía a viajar solo en su automóvil. Todo ello años atrás, antes de conocer a Julia.

—¿Y nunca disparó con la pistola para probarla? —los agentes seguían mirándolo con expresión neutral.

—No… Me parece que no…

—¿La probó o no la probó?

—… no.

La respuesta, insegura, pareció flotar en el aire, como si nadie quisiera hacerla suya.

Los agentes siguieron tomando notas, cada uno con su lápiz mínimo, que daba la sensación de ser demasiado pequeño para sus dedos poderosos. No pareció sorprenderles que el propietario del número 294 de Wildemere Drive poseyera un arma de fuego, y menos aún que los ladrones se la hubieran robado; el desprecio que no disimulaban parecía deberse, más bien, a que ocultase el arma en un sitio recóndito, descargada y jamás «utilizada».

Los Vann tenían que entregar un inventario de los objetos robados en la comisaría y a su entidad aseguradora. Al preguntar Ryan si era posible que recuperasen sus pertenencias, los agentes murmuraron algo que sonaba como *Pudiera ser.* Cuando se marcharon, Julia se quedó mirándolos, consternada. ¿No iba nadie a tomar huellas? ¿Es que a la policía *le tenía sin cuidado* todo aquello?

Sola ya con su marido en la casa profanada, Julia se sintió estremecida, insegura. Sabía que Ryan trataría de abrazarla —estaba arrepentido, avergonzado— y cuando se le acercó y la tocó, lo rechazó con un débil gemido.

No soportaba que la tocase en aquel momento. El calor que despedía su cuerpo era como una humillación poco precisa pero desafiante.

—¡Una pistola! Guardabas una pistola en casa y yo no lo sabía.

La respiración de los dos se había acelerado. A Julia el corazón le latía deprisa y con fuerza, y parecía tener problemas para hablar: como si la lengua apenas le cupiera en la boca y la tuviese entumecida.

Le resultaba doloroso: los agentes de policía habían asustado a su marido. En ningún momento pareció darse cuenta de la grosería con que la habían tratado *a ella.*

—Julia, la pistola era para protegernos.

—Pero ¿por qué no me lo habías dicho?

—No quería que te preocuparas.

—¡No querías que me preocupara! Un arma de fuego en casa…

—No estaba cargada. Rara vez la miraba siquiera. Solo estaba… ahí.

—Todo este tiempo, los años que llevamos juntos…, cuando nos mudamos a esta casa, trajiste la pistola contigo, pero sin decírmelo —la voz de Julia se alzó, llena de asombro. No dijo *Nunca podré volver a fiarme de ti.*

De modo que en las semanas y meses que siguieron, la esposa le preguntaba al marido, con un sutil aire de reproche: «¿Hay ahora un arma de fuego en la casa, Ryan?». Y Ryan decía, apenado: «No. No la hay».

Y de nuevo, algunos meses más tarde: «¿Hay ahora un arma en la casa, Ryan? Si hubiera un arma en la casa, me lo dirías, ¿verdad que sí?». Y Ryan respondía: «No, Julia, no la hay».

—Pero me lo dirías, si la hubiera, ¿no es eso?

—Sí. Te lo diría, cariño.

La policía no volvió a visitarlos después de aquel día. Ningún agente apareció nunca más por el 294 de Wildemere Drive.

Fue su primera casa. Hacía ya tanto de eso que era como si otras personas, un matrimonio joven y no ellos, hubieran vivido allí.

A partir de entonces comprendieron que la casa había quedado envenenada de una manera impalpable. El repugnante olor a orines tardó en desaparecer. Cuando por fin se mudaron habían llegado a detestarla, pese a que en otra época les había parecido maravillosa, el escenario de su amor joven y entusiasta.

Los objetos robados nunca les fueron devueltos, por supuesto. Del inventario que prepararon con tanto cuidado nadie acusó recibo en la comisaría de policía; a la larga se les informó de que se había «extraviado», «perdido».

Tuvieron que pasar meses para que la compañía de seguros les devolviera el dinero, y solo en parte, después de incontables llamadas telefónicas.

Nunca hablaban del robo. Muy pocos de sus familiares supieron lo sucedido y nadie tuvo noticia de la pistola robada.

Hasta que, tiempo después, se trasladaron desde aquella populosa ciudad del centro de los Estados Unidos, en el punto más meridional de uno de los Grandes Lagos, a una comunidad residencial en el centro de Nueva Jersey donde la mayoría de los habitantes eran «blancos» y la delincuencia muy escasa. Y donde la esposa no tuvo necesidad de preguntar por un arma de fuego.

Su voz era jovial mientras hablaba por teléfono. Sociable. La voz de un hombre feliz, se diría.

Escuchó, fascinada. Escuchó desde otra habitación.

¿Con quién está hablando, tan lleno de emoción? ¿Quién puede hacer tan feliz a mi marido?

Camino del pueblo vio carteles recién pegados en árboles y postes de telégrafo: PERRO PERDIDO.

Ya en el centro, PERRO PERDIDO en vallas, paredes, en la tienda de ultramarinos y en la biblioteca. Foto de un perro con húmedos ojos esperanzados, orejas bien erguidas.

PERRO PERDIDO. GEMINI. GEM
DE TRES AÑOS MEZCLA DE BOXER Y SABUESO
PELAJE DE COLORES MARRONES
CARIÑOSO AUNQUE A VECES LADRA
SE LE VIO POR ÚLTIMA VEZ
EN CREEKSIDE PARK EL 13 DE MAYO
******** SE RECOMPENSARÁ ********

En la parte inferior de los carteles había un número local de teléfono, repetido en tiritas de papel para arrancar. En la biblioteca solo faltaba una de las tiritas. Julia se quedó con otra.

¡El perrito de la foto parecía tan triste! A Julia le abrumaba la idea del pobre Gem perdido, caminando sin rumbo, asustado. Muy despacio, condujo por carreteras rurales y por Creekside Park sintiéndose optimista sin razón aparente. Era un recorrido circular que la devolvería a casa, pero no de inmediato. Y todavía conservaba el optimismo, aunque empezaba a cansarse, después de haber visto a cierto número de perros, todos ellos acompañados y con su correa correspondiente.

Me he convertido en una persona asustada, creo.
Pero ¿por qué? ¿Asustada de qué?
No ha sucedido todavía. Está empezando.

Le preguntaba algo a su marido, o le hacía una observación acerca de algo, con toda tranquilidad, sin tono acusador, y su voz, desde luego, tampoco era cortante, ni áspera, ni trataba de hacerle ningún reproche, aunque podía haber expresado curiosidad y un trasfondo de ironía o suave indignación al preguntarle dónde había estado; dónde había estado un día cuando regresó tarde, o quizá le había preguntado con quién hablaba por el teléfono de su estudio, no una sino varias veces, no le había escuchado a escondidas, pero sentía curiosidad y él no la escuchaba o se estaba marchando, o escuchaba mientras ella le hablaba a su espalda, quizás mientras ella hablaba y él se marchaba distraída o groseramente, y entonces ella alzó la voz y le siguió y le tiró del brazo, no con fuerza, no (como después afirmaría él) apretándoselo hasta el punto de hacerle daño, solo tratando de llamar su atención, era muy poco frecuente que Ryan le prestara toda su atención, incluso cuando estaban frente a frente tenía los párpados caídos, su mirada se apartaba de ella, y ahora se alejaba de ella y entonces le tiró del brazo y él se volvió de repente, empujándola con una maldición, y el puño salió disparado —fue involuntario, afirmaría luego él, un «reflejo»— y le dio un golpe de

verdad en el pecho; vio en su rostro encendido una expresión de ira y de odio indescriptible. Y Julia retrocedió, dejando escapar un gritito, el golpe *le había dolido* pero era más la sorpresa y la expresión en el rostro de su marido; y salió corriendo y dio un portazo mientras gritaba *También yo te detesto, no creas que no, eres odioso.*

¡Lo detestaba!; lo detestaba porque ya no la quería como la había querido en otro tiempo.

—¡Dios del cielo, Julia! Lo siento. Sabes que no era mi intención.

Sí era su intención. Julia no tuvo la menor duda.

Había visto la expresión en el rostro de su marido, la expresión de un odio sin límites. Y ella había sentido una repentina llamarada de odio, como una cerilla que arde puede encender otra muy deprisa, antes de tener tiempo para apagarla.

—Lo siento. No debería haber hecho… lo que sea que he hecho para enfadarte.

A lo largo de sus años de matrimonio su marido la había querido. La había tenido en gran estima, la había protegido. El amor de su marido había sido una cálida luz que la iluminaba, una luz continua, la luz del sol que no valoramos hasta que en un momento determinado una nube la eclipsa y nos descubrimos tiritando, muertos de frío, desamparados.

Diciéndole, con su suave voz lastimera, culpable:

—Sí, te perdono, Ryan. ¿Me perdonas tú a mí?

De esa manera pasaban los días. Lo que les quedaba de vida.

Los dos entendieron que el otro se había escandalizado mucho. Si el matrimonio es una mascarada, existe el peligro muy real de que las máscaras se caigan.

La esposa había visto que su marido no la quería y se sentía perdida, como si la gravedad hubiera dejado de retenerla, porque, sin que su marido la quisiera, ¿cómo era posible que ella lo quisiera *a él*?

Había amado en él la consideración en que la tenía. Su respeto y su deseo de protegerla. No era capaz de imaginar la vida sin aquel

intenso amor por su marido que era su razón de ser, como, años antes, ser madre de su hijo había sido su razón de ser, algo tan necesario como la respiración.

Se dijo cosas terribles, como para ponerse a prueba.

Se ha terminado. La mascarada. Ya nos podemos morir.

¡Nada de todo aquello era verdad! Por supuesto.

Estaba llena de ansiedad por él. Lo quería y le daba miedo perderlo: no estaba segura de cómo, ni por qué.

En el armario de Ryan, en su dormitorio, las prendas que colgaban de las perchas parecían menos de las que ella recordaba: ya no estaban muy apretadas unas contra otras.

En el lado de Ryan del armario de madera de cedro del vestíbulo —en el que colgaban, dentro de bolsas de plástico a prueba de polillas, sus trajes de invierno, chaquetas y pantalones deportivos— Julia tuvo la seguridad de que había más espacio que antes. Debajo de aquellas bolsas de plástico estaban los jerséis de Ryan, doblados con mucho cuidado, en su mayoría regalos de Julia, y también parecía haber menos.

¿Estaba su marido regalando cosas? O… ¿se las había llevado a otra casa?

Se le encogió el corazón. De nuevo se sintió traicionada.

No podía confiar en que Ryan le dijese la verdad. Ninguna mujer puede confiar en su marido, dado que la relación misma que supone la condición de *esposa* hace el engaño inevitable.

Cuando le preguntó si había desechado parte de su ropa, pareció, en un primer momento, que no sabía de qué le hablaba su mujer. Luego dijo, evitando mirarla:

—Esa organización de «Excombatientes de Vietnam» que pasa a veces con una camioneta… les di algunas cosas, hace unos meses. Creo que fue eso.

—¿Dónde estaba yo?

—¿Dónde *estabas*? ¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—¿Llamó alguien a la puerta? ¿Vinieron a esta casa? ¿Por qué no me lo contaste?

Ryan rio, irritado. Julia sabía que le estaba molestando, de hecho también a ella le resultaba desagradable, pero parecía incapaz de dejarlo. La *insignificancia* misma del conflicto era lo que la empujaba a seguir.

—Creo que te lo conté.

—No. No me lo contaste. Me acordaría.

—Dejé su tarjeta en la cocina. Sobre la encimera, con el correo.

—Me parece que no.

Julia no podía darse por vencida, sabía que la estaba engañando. Desprenderse de ropa cara, jerséis que habían sido regalos suyos, de cachemira, tejidos a mano, muy bonitos… ¿Por qué iba a hacer Ryan una cosa así? ¿Por qué tan a escondidas? ¿Contra toda lógica? No se trataba de que sus armarios estuvieran llenos a rebosar y fuese inevitable reducir el número de prendas.

En otra ocasión revisó los cajones de la cómoda de su marido: calcetines, ropa interior. También le pareció que faltaban cosas, sin saber muy bien cuáles.

Pero no estaba segura. No podía preguntárselo *a él.*

Por supuesto, era algo trivial. No debería darle importancia. Julia no creía en serio que su marido, después de cuarenta y cuatro años de matrimonio, fuera a marcharse a otra casa de la que ella no sabía nada. (¿De verdad no lo creía?)

Varias semanas después volvió a revisar el armario de Ryan. Y el de cedro del vestíbulo. Y le pareció, sí, que faltaban más prendas de su marido. Llegó incluso a identificar algunas: corbatas preferidas, camisas, suéteres, chaqueta deportiva de pelo de camello, el traje gris de raya diplomática más antiguo. *Se dispone a abandonar su vida de siempre. Se marcha…, ¿dónde?*

A menudo ya, Julia sentía pánico. Una sensación como de grandes alas desplegadas que descendían sobre ella, sorbiéndole el oxígeno, dejándola encogida, débil.

Es incómodo querer a otro más de lo que ese otro te quiere a ti. Como dos personas de distinto tamaño sobre un balancín. La que pesa más determina los movimientos del balancín, la más ligera está

sometida al control de la otra y se la puede dejar caer al suelo sin la menor ceremonia.

De manera impulsiva regresó al antiguo antagonismo:

—Ryan, dime: ahora no tenemos una pistola en la casa, ¿no es así?

—¿Una pistola…? No seas ridícula, Julia. Por favor.

—Pero ¿la tenemos, sí o no?

Ryan parecía apenado y sonaba evasivo. Pero dijo, forzándose a mirar a Julia de hito en hito:

—No. No la tenemos.

—Si alguien robara en nuestra casa, no encontraría una pistola, ¿verdad? No podría utilizarla contra nosotros. ¿Es eso cierto?

—Sí, Julia, es cierto.

Se alejó estremecida al ver la expresión de su rostro.

Había registrado ya la casa, la parte que Ryan utilizaba: cajones del escritorio, estantes en la parte alta de los armarios, otros estantes en zonas remotas del sótano. No había encontrado nada: ninguna pistola.

Pero Julia lo tenía claro: *Me traiciona. Me está abandonando. Y no puedo hacer nada.*

Y a continuación descubrió que su marido había empezado a retirar dinero de sus cuentas bancarias conjuntas. Aparecían gastos misteriosos: mil doscientos, cuatro mil seiscientos, diecisiete mil dólares. Y otro, muy cuantioso: cincuenta y ocho mil dólares.

Por supuesto, cuando Julia le preguntaba Ryan daba explicaciones.

Había traspasado dinero de una cuenta a otra, o había comprado obligaciones que producían «unos intereses más elevados de los que estábamos recibiendo». Presentaba cifras, llegaba a ser del todo convincente. Julia escuchaba, pero el latido en la sien le advertía: *Se está preparando para dejarte. Te está robando. ¡No te fíes de él!*

Parecía que a Ryan le asustaba su curiosidad. Incluso su interés por su situación económica. Porque Julia raras veces había manifestado el más mínimo interés por el dinero, delegando siempre en su marido todo lo relacionado con lo que ella llamaba *cuestiones monetarias*. Había sido una prueba de su feminidad, en cierto modo.

Ryan también le dijo que había hecho donaciones «en nombre de los dos» a distintas organizaciones caritativas.

Rebuscó por uno de los cajones de su escritorio para mostrarle cartas de agradecimiento y varios recibos. Pero se trataba de cantidades más pequeñas: ochocientos, mil dólares. Julia solo les lanzó una ojeada, avergonzada. Se sentía absurda dudando de su marido.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podía haber firmado contigo las tarjetas.

—Estoy seguro de que te lo dije, Julia. A principios de enero. Por lo general me dices «haz lo que juzgues conveniente», y eso fue lo que hice.

Ryan hablaba sin alterarse, pero con una pizca de impaciencia. Desde que la había golpeado varias semanas antes (un gesto «reflejo», como él había afirmado) existía entre ellos una ternura precaria, como si los dos fueran convalecientes. Los cheques se destinaban a Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras, Residencia para Desahuciados de Nueva Jersey. A Julia otros nombres le resultaron nuevos. Las cifras le bailaron en la cabeza y no hizo el menor esfuerzo por sumarlas: su marido resultaba muy convincente.

Y había dicho, con tono de censura en la voz:

—Son todas muy buenas causas, Julia. Tenemos que hacer algo positivo con nuestro maldito dinero.

El caso fue que, en su momento, sucedió: cuando sus cuerpos eran jóvenes, marido y mujer engendraron un hijo al que llamaron Patrick.

Aquel hijo, alcanzada la edad adulta, vivía a varios miles de kilómetros, en el sur de California; también él, aunque de manera muy distinta a la de su padre, que era un científico dedicado a la investigación, trabajaba en una zona indeterminada entre la «biología» y el «comercio». El hijo había pasado a ser una entidad compartida por marido y mujer, y podían hablar de él en cualquier momento de una forma suya especial y privada, que era un lazo (íntimo, inviolable) entre los dos.

Durante veinte años, más o menos, *el hijo* había sido su único tema obsesivo de conversación: eso, ahora, les parecía muy extraño.

Porque Patrick se había alejado irrevocablemente. Extraño y perturbador pensar en *el hijo* como un adulto de treinta y tres años; un adulto que no solo tenía su propia vida, privada y reservada, sino que compartía su existencia con personas a las que los padres no conocían: una mujer divorciada que vivía en San Diego (hispana a juzgar por su apellido, Díaz) y sus dos hijitos. Con aquel nuevo vínculo, que, de hecho, se prolongaba desde hacía ya unos cuantos años, por completo al margen de la vida de sus padres, Patrick se había distanciado todavía más de ellos. Había asumido la responsabilidad emocional y económica de una familia que Julia y Ryan definían como *ya confeccionada, no restituible,* y de la que ellos mismos se sabían excluidos.

Unos nietos *ya confeccionados* no les emocionaban demasiado. En especial a Ryan.

Patrick se había marchado a los dieciocho años y desde entonces solo había vuelto a la casa paterna muy de vez en cuando. Cuanto más éxito tiene un hijo, menos lo ves. Sus padres se enorgullecían de eso, con una especie de satisfacción a regañadientes. Entendían que Patrick nunca volvería ya como el fruto de su matrimonio; nunca volvería a ser su hijo. Los años en los que había querido a su madre, en los que incluso la adoraba, todo aquello había terminado. Los inolvidables años en los que Julia le había consagrado sus *cuidados maternales.*

Cuando Patrick los dejó por primera vez para estudiar en Stanford, Julia se había pasado días llorando. Hubo algo de salvaje e indescriptible en su dolor. Quiso creer que se trataba de un dolor excepcional y que no podría sobrevivir a la pérdida del objeto de sus *cuidados maternales,* pero sobrevivió, por supuesto, como todo el mundo le había asegurado que le sucedería. A la larga aprendió a reírse de sí misma. Llegó a pensar: *Quizá todas las muertes sean risibles. Todo lo que se necesita es perspectiva.*

Ahora había días en los que tenía que recordarse que había sido, que *era,* madre. Y que ella y su marido, con sus cuerpos jóvenes y

ardientes, habían creado un hijo que, como una llama, los había atravesado sin piedad.

Nostálgica, le había dicho a su marido:

—Bueno, nietos ya confeccionados es mejor que carecer de nietos, ¿no te parece?

—No sé de qué demonios estás hablando —respondió Ryan.

El dolor es una contusión que se quiere apretar para comprobar que es de verdad una contusión y que el dolor que produce es natural.

Julia aguardaba a que su marido la quisiera de nuevo. Que la descubriera como la había descubierto cuarenta y cuatro años antes. ¡Toda una vida!

No me dejes. No te vayas. ¿Dónde vas a ir?

Se despertaba en la cama, aterrada, con pensamientos como aquellos dándole vueltas en la cabeza. Y allí estaba todavía el marido para consolarla, repitiendo su nombre.

Era un maestro para las situaciones repentinas, de emergencia. A veces, como alguien captado por la luz de un reflector, sabía ser amable, paciente, apaciguador, prudente. A la manera de un curandero, la llamaba *Julia, Julie.* La llamaba *cariño.*

—No es más que un sueño, cariño.

Somnoliento, la reprendía:

—Fuera lo que fuese, limítate a olvidarlo. Los sueños no son más que vapor.

Ryan dejaba la casa despidiéndose de ella con un *¡Adiós!* No hacía el menor esfuerzo por comprobar si le había oído desde la parte de la casa donde se encontraba.

Un día lo siguió, deprisa y con sigilo, tal como había planeado.

Tuvo buen cuidado de mantener su automóvil a una distancia discreta, detrás de la ranchera de su marido.

Ryan en un coche grande. La esposa en un vehículo más pequeño.

Fueron conduciendo a velocidad moderada en la dirección que Julia había previsto. Al llegar a la compañía farmacéutica, a unos diez kilómetros más o menos, él torció por la entrada prevista. La

esposa se dijo: *¿Ves? No está pasando nada.* Y regresó a casa por un camino muy largo que la llevó a través de Creekside Park, donde vio pocos perros y esos pocos con correa. La entristeció que los carteles de PERRO PERDIDO estuvieran deshaciéndose, azotados por la lluvia.

Se preguntó si habrían encontrado a Gem, o si sus dueños, sin más, habrían dejado de buscarlo. Ella había perdido la tira de papel con el número de teléfono.

Pensaba *¿Se va a marchar? ¿Se va a vivir con… quién?*

Era doloroso plantearse la posibilidad de que su marido, ni más ni menos, tuviese otra familia, no demasiado lejos. Se oía hablar de cosas así. Te escandalizabas un poco, o lo encontrabas divertido, pero no te sorprendía demasiado, porque cosas así sucedían, y no se consideraban excepcionales. Quizás existía otra familia más joven en el norte de Jersey. Su marido había elegido otra esposa, una mujer lo bastante joven para ser su hija, alguien a quien había conocido en su laboratorio, una bióloga joven, una técnica de laboratorio, quizás alguien del personal administrativo, y muy pronto se marcharía para vivir con la otra familia, en la que sería un padre chiflado por los hijos de corta edad de su nueva mujer. (Julia no quería pensar en que hubiera engendrado él mismo aquellos hijos.) Durante sus momentos de debilidad Julia pensaba: *¡Llévame contigo! No me dejes sola.* A la esposa más joven podía faltarle compañía por la ausencia de su madre, que habría muerto de cáncer de mama o, peor aún, de cáncer de páncreas, borrada de la superficie de una Tierra que giraba incansable.

No, aquello era ridículo. La esposa joven no la querría a *ella.* Se sentía tan débil pensando en cosas así que apenas era capaz de tenerse en pie. Se sirvió vino tinto en una copa, que ni siquiera estaba limpia, y bebió. El hombre, su marido (a veces se olvidaba de su nombre, pero sabía muy bien en quién pensaba), era la persona que le había dado a conocer el vino, la ceremonia de beber vino despacio, degustando cada sorbo, cuando Julia no tenía más que diecinueve años. La cálida y asombrosa sensación que le pasaba por la garganta y llegaba al pecho, al vientre, a la entrepierna… Aquel

anhelo casi insoportable seguía sintiéndolo aún, tantos años después, si bien el objeto de su anhelo se mantenía burlonamente lejos, aunque a poca distancia.

Impulsados por aquel anhelo habían concebido a su hijo.

Impulsados por un anhelo así, áspero, codicioso, ciego, se concibe toda la vida.

Para sorpresa suya comprobó que las reservas de vino de la casa habían disminuido de manera considerable. Mientras en otro tiempo había, en la parte inferior del armario, tantas botellas que no era fácil contarlas, ya no quedaban más que unas pocas. Pensó: *¿Hemos estado celebrando algo? ¿Qué era lo que celebrábamos?* No recordaba la última vez que Ryan y ella habían bebido vino juntos, juntos de verdad, en la terraza trasera de su casa durante el verano.

Solo de manera muy vaga conseguía recordar besos endulzados con vino. Mucho antes, las risas tranquilas, las caricias de los dos. Sus dedos en el pelo del marido, los sólidos dedos de Ryan extendidos sobre su trasero.

Amor mío. Me has hecho tan feliz.

Por la noche se despertó dándose cuenta de que lo había entendido todo: *¡Por supuesto!*

El marido dormía a su lado, de espaldas a ella, vuelto hacia la oscuridad del dormitorio. Sin la menor idea de lo que la mujer había adivinado.

En esta ocasión lo siguió en su coche por la carretera comarcal a una distancia discreta y cuando Ryan entró con la ranchera en las instalaciones del laboratorio de investigación farmacéutica, continuó conduciendo carretera adelante, muy despacio; al cabo de pocos minutos vio reaparecer la ranchera por un sitio distinto que regresaba a la carretera. El marido, con picardía, se había limitado a recorrer las instalaciones de la compañía farmacéutica que abarcaban unas cuantas hectáreas. Ahora conducía ya mucho más deprisa.

Otros diez kilómetros en dirección al pueblo. Iba a reunirse allí con alguien, Julia estaba segura.

Sin previo aviso, torció para entrar en las vastas instalaciones del centro médico y del hospital recién construidos e inaugurados aquel mismo año. ¿Adónde iba Ryan? ¿Tenía allí una cita de la que nada le había dicho a su mujer?

Julia se sorprendió, alarmada. Pensó: *O quizás va a visitar a alguien en el hospital. No quiere que yo lo sepa.*

Una mujer, tal vez. Una mujer joven. O un antiguo amor. Alguien de quien nunca había hablado a Julia, para no herir sus sentimientos. O alguien de la familia de Ryan que nunca había visto con buenos ojos a su esposa.

¿Alguien que estaba enfermo? ¿Enfermo de gravedad?

Aparcó detrás del centro médico. No muy lejos quedaba la ranchera de Ryan. Creía que era su ranchera, aunque el sol de última hora de la mañana brillaba con fuerza y la cegaba, por lo que no pudo descifrar los números de la matrícula. Lo intentó de nuevo, frotándose los ojos, pero sin conseguirlo. Y llegó demasiado tarde para ver por dónde había entrado su marido en el enorme edificio.

Advirtió la semejanza con los días pretéritos cuando montaban juntos en bicicleta: Ryan delante hasta casi perderse de vista; Julia detrás, pedaleando con furia, jadeante y resentida. ¡Dónde había ido! No podía saber que Julia lo seguía… ¿o sí?

Todos sus sentidos estaban alerta y el corazón le latía muy deprisa. Se preguntó si los cazadores sentían lo mismo. Había algo salvaje y carnal en ello, en la persecución de una presa.

Se enfurecería si lo supiera.

Pero entonces se daría cuenta de lo mucho que lo quiero.

El centro médico estaba unido al hospital, pero solo contaba con tres pisos frente a los siete del otro edificio. Se accedía por un amplio vestíbulo y después había que seguir corredores dispuestos como los radios de una rueda, todos muy bien señalizados. El centro médico y el hospital parecían una colmena repleta de vida, aunque en gran parte no fuese visible a los ojos de los visitantes. Brillantes suelos de baldosas, techos muy altos que provocaban una sensación de vértigo. Julia se dio cuenta de que le faltaba el aliento. *¡Por favor! Necesito verlo por encima de todo. A mi marido*. Varias veces, a poca distancia ya, lo vio o creyó verlo, pero siempre resultaba ser un

desconocido. Y en una ocasión, incluso, el falso Ryan resultó ser una mujer alta y ancha de huesos con los cabellos de color caramelo, muy cortos y muy pegados a la cabeza.

Gran parte de la planta baja del centro médico estaba dedicada a radiología. La palabra misma, *radiología,* bastaba para entristecer a Julia. En el centro médico antiguo le habían hecho numerosas mamografías, así como, a lo largo de los años, diversas ecografías y resonancias magnéticas. Su historial médico se le apareció como un tiburón de blancura deslumbrante bajo una superficie de color verde mar. Se dio la vuelta y cerró los ojos. Pero en aquella visita no era *ella* la protagonista.

Con el móvil llamó al número de su marido. El teléfono sonó durante un rato sin que nadie respondiera, hasta que la llamada pasó al buzón de voz.

¿Estaba allí Ryan? ¿En dónde? El pabellón médico, porque tal era su nombre, albergaba una vertiginosa diversidad de médicos, de especialistas: Medicina Interna, Ginecología y Obstetricia, Neumología y Cardiología, Dermatología, Clínica de Asma, Pediatría, Oncología, Neurología, Trastornos Alimenticios.

¿Era aquel Ryan? ¿En la cafetería del hospital? Era un sitio atractivo, que buscaba parecerse a la terraza de un café, y estaba situado en el amplio vestíbulo. Grupos decorativos de bambúes, de una altura uniforme de unos cuatro metros, rodeaban las mesas y las sillas de plástico blanco, de las que una media docena estaban ocupadas.

Julia comprobó consternada que su marido, al que veía de espaldas, se había sentado con una mujer, una desconocida (Julia estaba segura de que se trataba de una desconocida) con aire de ser paciente del hospital porque llevaba en la muñeca una vía intravenosa y tenía al lado una percha portátil con su correspondiente bolsa de suero. Se trataba de una mujer de edad poco precisa, aunque *no joven,* que llevaba una bata de hospital con rayas de color azul pálido y, sobre la bata, una rebeca demasiado grande, abrochada sin orden ni concierto. Y en la cabeza, un pañuelo, porque parecía estar calva por completo: sin el pañuelo habría recordado a un polluelo recién nacido, conmovedor y

vulnerable. Y muy delgada. El desconcierto de Julia fue grande: no había visto nunca a aquella mujer tan consumida, estaba segura.

En un horrorizado tartamudeo, pensó: *¿Soy yo esa mujer? ¿Me he convertido en eso? Y Ryan ha venido a verme, a decirme adiós.*

El marido tocaba con ternura el brazo descarnado de la mujer. Él mismo estaba más delgado de lo que Julia recordaba, con un cuero cabelludo que brillaba como si estuviera encerado. De espaldas a ella, Julia veía los marcados omóplatos como alas que asomaran a través de piel y tela. La camisa que llevaba no era ninguna que Julia reconociera. ¿De qué hablaban la mujer y él, con tanto interés? Era un espectáculo sorprendente: la mujer lograba sonreír y a veces, incluso, reír con su acompañante.

Pero ¿qué podía ser tan divertido? ¿Era la Muerte divertida?

La esposa se sintió excluida, engañada. Traicionada. El marido no había compartido nunca su muerte con *ella*.

Muy poco después, la mujer se levantó vacilante y abandonó el café. Una enfermera, o una ayudante de enfermería, había venido a buscarla. Una chica bien parecida de piel oscura con una sonrisa deslumbrante. Tomó a la enferma por el brazo y empujó la percha con el suero, que se movió, siguiéndolas, con la naturalidad de un animal amaestrado. El marido se levantó, tampoco del todo estable sobre sus pies, preparándose para dejar la cafetería. Consultó su reloj de pulsera: Julia vio que había estado esperando porque tenía una cita. La enferma de la cafetería, después de todo, no era el único motivo de su presencia en el hospital, y su encuentro con ella podía haber sido accidental, inocente.

Era muy probable que Ryan estuviese visitando a un familiar. Si se tratara de una cita con uno de los especialistas médicos, Julia lo habría sabido, Ryan se lo hubiera dicho. Las conversaciones efusivas que a veces mantenía por teléfono, en su estudio con la puerta cerrada…, podían haber sido con un pariente. Ryan tenía con su familia una excelente relación jocosa, en la que abundaban las bromas, con primos y primas. Julia sabía que les tenía mucho cariño. Habían crecido juntos, eran sus más viejos amigos y los más íntimos.

Julia no era celosa. No se permitía emociones tan mezquinas. Si es que los celos eran una emoción.

De modo que, ¿quién estaba en el hospital? Tal vez uno de los Vann (de más edad) que nunca la habían aceptado, por razones que era incapaz de comprender. Habían pasado decenios desde que se dormía llorando a causa de aquel rechazo tan inexplicable.

Pero, ahora, ¿adónde iba su marido? Ryan andaba con dificultad, como si le doliera una pierna. Era posible que tuviera cita con un especialista de la espalda. Había empezado a seguirlo con retraso y no se le veía ya, desaparecido; quizás había entrado en uno de los aseos.

Largos corredores de techos altos. Ascensores con paneles de plexiglás.

El hospital se abría a partir del vestíbulo, con corredores como radios. Era la primera vez que Julia visitaba aquellas instalaciones. Si Ryan había estado antes en alguna otra ocasión, Julia no lo había acompañado, ni su marido la había informado de los resultados.

Aquella visita era su secreto. La identidad del paciente era su secreto.

Fue al mostrador de información y preguntó si había algún enfermo en el hospital apellidado «Vann». La recepcionista le dijo que aquel tipo de información era «restringido».

—Pero estoy segura —protestó— de que uno de mis parientes está hospitalizado aquí, y me gustaría verlo, ya que he venido.

—¿Y cuál es el nombre completo del enfermo?

Julia vaciló. No supo qué decir. Era absurdo recurrir a Ryan, porque «Ryan Vann» no era un paciente del hospital… ¿o sí lo era?

—Señora, ¿cuál es el nombre de pila del paciente?

Julia empezó a respirar con dificultad y mucho ruido. Por alguna razón, el aire se había vuelto viscoso. O se había caído y algo parecido a unas arenas movedizas la estaba succionando.

—¿Señora? ¿Señora? Escuche…

Se inclinaban sobre ella, en el sitio en el que había caído. Algo similar a una gran boca había intentado tragársela. El interior de la boca era tibio, templado, no frío como cabría esperar. Un olor salobre, como de orina antigua y rancia, lo que era una sorpresa en aquel hospital nuevo tan reluciente.

—¿Señora? ¿Se puede poner de pie? ¿Sentarse? ¿Respira bien?

—Señora, apóyese en mí, nada más.

¡Qué vergüenza! ¡Ir a desmayarse en el hospital! Aunque no se había desmayado del todo, porque no había perdido el conocimiento (estaba segura de que no lo había perdido ni un solo instante). Pero todo el mundo andaba muy alborotado, y nadie quería que se levantara demasiado deprisa, recuperase el bolso de mano y escapara.

Le estaban poniendo en el brazo un aparato para medir la tensión. No les había dado permiso. Le apretaba cada vez más, y Julia hizo una mueca por lo intenso del dolor.

Le dijeron que tenía la tensión muy baja. Y que la frecuencia cardíaca (una de las jóvenes de color se había atrevido a apretar con el pulgar la muñeca de Julia) era muy rápida.

—Me…, me encuentro bien. *A mí* no me pasa nada.

Querían llevarla a urgencias. Estaba demasiado débil para andar, de manera que iban a pedir una camilla. Julia insistió: ¡no! No iría.

Se había sentado en un banco. Eso sí se lo permitieron. Temió que detrás del pequeño grupo de personas que la observaba pudiera encontrarse Ryan: ¡mirando asombrado a su mujer! Pero no estaba. Y sintió un alivio tremendo al pensar que no *la* había visto.

A la larga, después de varios minutos de discusiones, consiguió librarse de los desconocidos. Convencerlos de que se encontraba bien. Con voces censorias le estaban diciendo:

—No podemos forzarla, señora. Pero debería ir a urgencias. Ha estado inconsciente, se ha «desmayado». ¿Se le ha mojado la ropa interior?

—¡No! Desde luego que no.

Furiosa y avergonzada, Julia se alejó. Sabía que la estaban vigilando, esperaban a que perdiera fuerzas, se tambaleara y cayera de nuevo de rodillas sobre el suelo encerado; pero no fue así. A una distancia razonable del mostrador de información vio un aseo para señoras, entró en uno de los váteres y se examinó la ropa: sus bragas, en efecto, aunque inodoras, parecían estar «húmedas». (¿*Era* orina aquel líquido incoloro? No olía en absoluto.) Esperó, paciente, dentro del váter a que no hubiera nadie en los lavabos para salir, pero una vez al aire libre no lograba localizar su coche en

el inmenso aparcamiento, deslumbrante de luz y cegador. ¿Dónde estaba la ranchera de Ryan? ¿La había cambiado de sitio? ¿Se había vuelto a casa?

Tras largo rato, Julia localizó su automóvil. Al regresar a su domicilio comprobó sin sorpresa que la ranchera de Ryan no estaba delante del garaje.

Donde te vayas a ir. *¡Llévame contigo!*

Tumbada muy cerca de él. Sigilosa, lo abrazó por detrás. No quería despertarlo. La respiración de Ryan era áspera, sonaba a humedad. Apretó su rostro tibio contra el vello hirsuto de la parte alta de la espalda de su marido. Hacía años que no lo abrazaba tanto, con tanta intimidad. Y ella, la esposa, tan desprotegida y vulnerable, con los brazos abiertos para recibirlo. Se exponía a ser rechazada, a que la apartara con la indiferente brusquedad del sueño. Pero Ryan estaba dormido y no se daba cuenta. El suyo era un sueño profundo y entrecortado producido por los medicamentos y excluía toda conciencia tanto de su mujer como del mundo exterior. Pero de pronto murmuró entre sueños como si hablara con ella, y aquello fue una sorpresa. Torpemente se dio la vuelta, algo que hacía rara vez cuando estaba muy dormido. Tiró de la ropa de la cama, soltando en parte la sábana de arriba, dejó escapar un ligero gemido y apretó contra su mujer un pene blando y lacio que rebulló contra su muslo, el más sutil de los movimientos de la vida, una especie de suspiro, un aliento contenido, una promesa.

Cosas que quedan atrás, de camino hacia el olvido

Cuando la *fatalidad* comienza, se vive, pero no se le da un nombre.

Su primera respuesta fue *No.* Pero solo la primera.

Su prima más enérgica la había llevado, durante la locura veraniega del East Village, un sábado, de madrugada, a la avenida B y a Fleurs du Mal, un estudio de tatuajes. Leanda había protestado, entre risas nerviosas, porque lo último que necesitaba en su crispada existencia de aquel momento era un tatuaje —siempre le habían repugnado los tatuajes de forma casi maniática—, pero Carroll tenía una forma de insistir con la que lograba convencer a cualquiera, cuando por fin se cedía, de que la estaba haciendo feliz, por lo que —de algún modo— la negativa de Leanda se había convertido en un débil *Bueno, de acuerdo…* Carroll la abrazó con toda el alma, la clase de abrazo intenso y rápido que te da un compañero de equipo después de marcar un tanto. *¡Fantástico! Vamos a elegir algo de verdad hermoso para una persona tan bella como tú, Leanda.*

Leanda era desde siempre *la bella Leanda*. Había que conocerla a fondo para saber que la belleza nunca había sido suficiente.

En el estudio de tatuajes, brillantemente iluminado y con ensordecedora música de rock, Leanda había sentido la emoción del atrevimiento, como si —por fin— estuviera haciendo algo que la iba a definir. Algo arriesgado y subido de tono que nadie de su familia esperaría de ella.

¡Mariposa negra! Fantástico.

¿Su primer tatuaje? Estupenda elección: es un dibujo chino.

Como… ¿procedente de un manuscrito? Algo muy antiguo.

Sí, claro… dolerá, un poco. La aguja pica. Eso son los tatuajes: un poquito de dolor (momentáneo) para conseguir belleza (permanente).

El placer de ceder, sin apenas resistencia. Ante personas que importaban: la familia. Durante toda su juventud, el placer más intenso.

Adivina los años que tiene mi prima Lee-lee.

Foxy Joe Hall, el artista de los tatuajes de Fleurs du Mal, había aventurado: ¿diecinueve?, ¿veintiuno? Sorpresa total al enterarse de que la chica que sonreía sin ganas tenía veintisiete.

Con tal de que no sea menor de edad. No trabajamos con menores de edad.

Un estudio de tatuajes acreditado tampoco atiende a clientes que estén a todas luces borrachos, colocados o sean enfermos mentales. ¡Ética profesional!

Leanda no estaba ni borracha ni colocada. Eso saltaba a la vista.

Foxy Joe Hall era el autor de los tres tatuajes de superheroína de acción, estilo manga, que Carroll lucía en su cuerpo. Tatuajes elegantes, muy a la moda y sexis, nada parecido a la mariposa negra, demasiado femenina para Carroll Johnston. Como la ropa interior de encaje negro que no se pondría ni muerta.

¿Qué tal tus tatuajes? ¿Te gustan?

¡Ya sabes que sí, Joe! Mejores imposible.

Nadie veía los tatuajes de Carroll excepto gente muy selecta. Solo se le daba semejante muestra de confianza a personas muy singulares. Los elegantes tatuajes estilo manga de ocho centímetros los llevaba en el vientre, en el interior del muslo izquierdo y en la nalga derecha. Carroll era una joven realmente musculosa, de casi treinta años, semejante a una escultura de Henry Moore. Se la podría creer corpulenta o gorda vista desde cierta distancia, pero no de cerca. Nada guapa, de nariz respingona, helados ojos azules y cabellos de un rubio metálico, *estaba muy en la onda.* En Vineyard Haven, en Edgartown y en Chilmark había ido de puerta en puerta el

verano anterior pidiendo firmas para destituir a los funcionarios de Martha's Vineyard que se habían despreocupado del problema de la conservación de las dunas y se decía que, como era tan eficaz convenciendo, había recogido más firmas que ningún otro peticionario del que se tuviera memoria.

Siempre que hubiera cerca miembros de su familia u otros parientes de más edad, los tatuajes que se había hecho varios años antes permanecían escondidos dentro de su ropa muy holgada: pantalones multibolsillo, camisetas y viejas sudaderas, muy apreciadas, del equipo de natación de Dartmouth College.

Carroll miraba mientras Foxy Joe Hall trabajaba con su aguja de milagrosa precisión en la palidez del hombro de Leanda. A Foxy Joe aquella piel le parecía de una extraña delicadeza: la chica era *mestiza* (con mezcla de sangre asiática o del sur del Pacífico), pero su piel era más blanca que la del artista. Tan sutil como una seda que pudiera rasgar cualquier pulgar áspero.

¡Oh, oh, oh! La aguja hacía daño de verdad.

Como casi todo lo que se relacionaba con su cuerpo. Como también dolía siempre lo que la gente llamaba *hacer el amor,* si bien Leanda sabía fingir que no.

Aunque en realidad era una estoica. Lo había aprendido todavía muy joven.

Una *canija* estoica y buena perdedora*.* Ya con cinco o seis años había aprendido a engatusar a los Johnston para caerles bien, para encontrar —con sus tímidos tartamudeos y sus brillantes ojos negros que tan bien parpadeaban— un sitio en su corazón.

Por lo general, a los adultos se los puede engañar. Los de tu generación te calan y se sonríen.

Como cuando había que enfrentarse con las olas en la playa privada de Chilmark. Leanda nunca había tratado de nadar allí como los demás, que se lanzaban al agua sin vacilar entre gritos y risas. Y además, no había que olvidarse de Paolo, el perro de aguas portugués de la familia, loco de atar, que corría entre todos, y chocaba con ella si Leanda no se andaba con cien ojos. Nunca había llegado a pesar más de cuarenta y cuatro kilos. Si se metía demasiado en el mar para dar la sensación de que nadaba, se

arriesgaba a que las olas la arrastraran, la derribasen sin apenas poder respirar, y acabar con incontables rozaduras, magullada por los guijarros del fondo.

Nadar era una cosa *tan divertida* que Leanda tenía que ocultar que lo detestaba. Como en el caso de *hacer el amor,* trataba de convencerse de que era algo necesario, y práctico, para que algún hombre llegase a «quererla».

(En la playa nadie la había juzgado con dureza. Estaba segura. Carroll, Jody y Quinn habían sido estrellas de los equipos de natación de sus institutos y más adelante siguieron compitiendo en sus centros universitarios: Dartmouth, Williams y Sarah Lawrence. De sus primos altos, fornidos y rubios, todos menos uno o dos eran atletas para los que nadar no había sido más que uno de los deportes en los que destacaban. Se reían de la *canija Lee-lee,* pero no les caía mal. Estaba segura.)

¿Qué tal vas, Leanda? Ya hemos hecho la mitad… casi.

Demasiado distraída por el dolor penetrante para responder. Habría pensado… ¿veinte?, ¿treinta minutos? Pero aunque habían pasado ya cuarenta insoportables minutos, ¡no habían llegado aún a la mitad!

Pese a estar muy erguida en el sillón giratorio, era tan corta de estatura que los pies no le llegaban al suelo. Las mandíbulas apretadas por la tensión. El sillón se asemejaba al de un dentista; y la aguja zumbadora, a su taladro. En el espejo que llegaba hasta el techo Leanda veía con fascinado horror cómo se materializaba en su hombro izquierdo la mariposa negra. Con una luz tan brillante que le humedecía los ojos, vio cómo Foxy Joe le limpiaba la sangre que brotaba muy deprisa. La mariposa era de «tamaño natural»: un poco más grande, de hecho, que la típica mariposa monarca, y parecía querer escapársele de la misma carne.

¡Qué diría papá! Se había disgustado con ella muchas veces, pero nunca por nada tan visible e incontestable como aquello.

Cuanto más hermosa es la piel, más duele. Como dice Einstein, no se sirven almuerzos gratis en el universo, ¿verdad que no?

Leanda no sabía de qué estaba hablando Foxy Joe. El artista de los tatuajes era una persona muy habladora, todo un fantasma. La

mayoría de los tipos que una chica conoce son fantasmas. Desde muy joven Leanda había aprendido a ocultar su sorpresa y a sonreír con una especie de traviesa complicidad.

Einstein quería decir que la energía nunca se pierde por completo, Joe. Solo se transforma: la energía en materia y la materia en energía.

¿De qué coño estás hablando, amiga mía?

Lo que he dicho, Joe: energía en materia, materia en energía. E igual a MC al cuadrado.

Carroll era una persona que intervenía cuando se planteaban temas intelectuales. Todos los Johnston —excepto Leanda y su madre, por supuesto— eran así. Hacían pensar que habían nacido con el micrófono en la mano. No faltaban los políticos en la familia, congresistas de los Estados Unidos tanto por Maine como por Nuevo Hampshire. Un Johnston había sido presidente del Tribunal Supremo de Nuevo Hampshire en los años cincuenta, y otro, asesor de Eisenhower. Leanda sabía poco de la historia familiar porque era poco lo que se le había contado; ella era *de la generación actual.* No siempre tenía la seguridad de que su prima Carroll supiera mucho sobre el tema que estaban tratando, pero hablaba con tanta convicción que nadie ponía en duda sus conocimientos.

Carroll se acercó más para observar la aguja estremecida y la sangre, de un rojo sorprendente, que brotaba a su alrededor. Tan absorta que ni siquiera llegó a contestar cuando en su móvil empezaron a sonar los primeros compases de «Paint It Black» de los Rolling Stones.

De ordinario Leanda se habría sentido llena de vergüenza porque aquel desconocido, Foxy Joe Hall, al que tenía tan cerca, le echaba encima su aliento cálido, que olía a algo como regaliz, y restregaba la entrepierna contra ella como sin darse cuenta. Un tatuaje era una cosa sexual —sexi— que Leanda hacía o que le hacían a ella; supuso que Carroll lo veía de esa manera.

Foxy Joe le estaba diciendo que se estuviera quieta, por favor. Y que, si podía, tratara de no tiritar tanto.

¿Estaba tiritando? El aire acondicionado le golpeaba la cara y el torso, en parte descubierto, ya que había retirado del hombro la

camiseta sin mangas para que Foxy Joe pudiera manejar la aguja sin impedimentos. Pero el artista del tatuaje necesitaba el aire acondicionado, porque las luces brillantes y el «alto grado de concentración» le elevaban la temperatura corporal.

El pelo de color rojizo de Foxy Joe, recogido en una cola de caballo, empezaba a grisear, y toda su piel daba la sensación de estar, dentro de su ropa, cubierta de tatuajes. En ambos brazos lucía grupos de lo que parecían serpientes enroscadas y otras que le subían hasta el cuello; solo con su aspecto, ante semejante densidad, Leanda se sentía mareada. Carroll le había presentado a Foxy Joe Hall como «*la crème de la crème* de los artistas del tatuaje».

Foxy Joe vestía como un hípster de poco más de treinta años, pero al verlo de cerca se apreciaba que, como mínimo, tenía cincuenta. Aunque la piel de la frente conservara una tersura anormal, las arrugas en torno a los ojos eran inconfundibles. Los distintos adornos que lucía gracias a las perforaciones en la nariz, las cejas, las orejas y las mejillas hacían, por otra parte, que brillara como un acerico. Carroll se había jactado de que, dado su nivel de exigencia, Foxy Joe había rechazado a clientes porque los tatuajes que deseaban eran «antiestéticos» o porque ellos mismos eran «antiestéticos» («es decir, feos»); tener un tatuaje de Foxy Joe era como ser admitido en un club muy selecto.

En Fleurs du Mal*,* el más insignificante y sencillo de los tatuajes costaba ya 199 dólares, impuestos no incluidos.

Carroll le había dicho a Leanda, mientras le apretaba los helados deditos de una mano, *Este corre de mi cuenta, Lee-lee. El siguiente tendrás que pagártelo tú.*

Más tarde se comentaría (al principio en el seno de la familia, después en los medios de comunicación) que Leanda había insistido en hacerse un tatuaje en la noche del 29 de julio. Que le había pedido a Carroll que la llevara al estudio de tatuajes en la avenida B, el local donde a Carroll le habían hecho los suyos. Se informaría además de que Leanda estaba de un «humor peculiar» (tal vez otra manera de decir *¿colocada?, ¿drogada con cocaína?*), se mostraba

malhumorada, vengativa; sabía lo mucho que un tatuaje molestaría a su padre y a sus ridículas y anticuadas ideas sobre la belleza femenina y, sin lugar a dudas, había querido disgustar al anciano.

¿De verdad? ¿Leanda? Parece impropio de ella.

Bueno, estaba colocada. A mí también me sorprendió: siempre pensé que la conocía mejor. Buena parte de la manera de ser de una persona callada sale a la luz cuando está colocada y no la ven sus mayores. No quiero decir que Leanda fuera una hipócrita ni nada parecido, sino que… no se daba cuenta de la rabia que sentía, creo, contra todos nosotros, por haber tenido que criarse así y también contra su padre por cómo la había tratado. Nunca se supera el ser adoptado, y luego está la…, la cuestión de la raza. Y en la boda hizo el ridículo: se obsesionó por la tontería de unas manchas de vino en el vestido y no hacía más que preguntarme si se veía algo en los vídeos.

¿Algo de qué?

No sé… imágenes suyas. El vestido manchado, y aquel viejales manoseándola, el que había sido en otro tiempo amante de su madre.

¿El tío Jayson llegó a saberlo?

¿Lo del viejales?

No; lo del tatuaje.

Tal vez, supongo. Pero nunca lo vio con sus propios ojos.

¿No vio el cuerpo?

Claro que sí. El tío Jayson vio el cuerpo en el tanatorio de Chilmark. Pero en el ataúd no se veía el tatuaje, como es lógico.

¿No vino a Nueva York para identificarla…?

¿Bromeas? Ya conoces al tío Jayson… Más o menos se derrumbó cuando le dieron la noticia. Trasladaron el cuerpo al tanatorio.

Qué triste es todo esto, Dios mío. Tan poco después de la boda de Brook…

Jody vino conmigo para la identificación en el depósito de cadáveres del hospital. Nadie parecía saber qué demonios estaba pasando. Quién mandaba allí. La hora más jodida de toda nuestra vida, puedes estar segura.

La habían etiquetado como *probable drogata, sobredosis.*

Al ver los ojos dilatados y en blanco. Tatuaje, no del todo cicatrizado, que quedaba al descubierto porque tenía bajada en un hombro la camiseta sudada y pegajosa.

En aquella parte de Manhattan, incluso desde una calle «buena» —Diez Oeste a la altura de la Quinta Avenida— no era infrecuente recibir llamadas así. En las noches de verano, en el servicio de urgencias del hospital Magdalen se recibían muchas así. Sobredosis, pánico.

Por lo general quien llamaba no estaba solo. A aquella quizás la acompañase un amigo, otro drogata. Él o ella podrían haberse marchado antes de que la chica tomara la sobredosis. Podían haber huido.

En las noches de verano la mitad de la población estaba en la calle, y la mitad de esa población, borracha o colocada o las dos cosas, de manera que las llamadas como aquella se identificaban enseguida, incluso antes de los análisis de sangre, y eran muy pocas las equivocaciones.

Aquella llamada concreta al 911 fue incoherente, extraña. La persona sin duda hacía un *viaje*.

Cuando el equipo de emergencias llegó al número 44 de la calle Diez Oeste, piso 3.º B, a las 11.39 de la noche del 9 de agosto, la joven estaba inconsciente. Había tenido la suficiente presencia de ánimo para no echar el cerrojo a la puerta del piso. Los tres enfermeros subieron corriendo las escaleras para no perder tiempo esperando el ascensor y la encontraron en el suelo, muy cerca de la puerta, piel de color caramelo pálido, el tatuaje golfo de una mariposa negra en el hombro izquierdo, medio desnuda, descalza. Tenía aspecto de chica rica, incluso en el suelo, empapada en sudor e inconsciente y con un resto de vómito en la barbilla. Cabellos negros, lisos, alborotados. Los muebles del apartamento eran sobrios pero elegantes, objetos decorativos de buena calidad, sofá de color beis crudo, sillones de cuero negro, suelos de madera noble, elegantes alfombritas tejidas a mano y en las paredes fotografías enmarcadas, en blanco y negro, más grandes de lo normal, de la calidad que solo se encuentra en los museos. Había

también un enorme ordenador último modelo. Estanterías a medida para libros, desde el suelo hasta el techo. Y el reducido dormitorio también atractivo, aunque la cama estuviera sin hacer, las sabanas revueltas y el cuarto de baño adjunto, desordenado: toallas húmedas en el suelo, alzada la tapa del váter, intenso olor a vómito y el ventilador del techo a toda potencia. (Sin señales visibles de drogas ni accesorios para administrarlas, tan solo Tylenol, Ibuprofeno, frascos de vitaminas, remedios a base de hierbas. Pero si tenía amigos yonquis, podían haberse asustado, llevándose consigo las pruebas.) Lo más probable es que llegara tambaleándose a la otra habitación, perdiese el equilibrio y cayera al suelo con todo su peso, porque se podía ver el principio de una contusión, una hinchazón considerable en la rodilla derecha; una vez en urgencias, la rodilla adquiriría un aspecto grotesco, como una protuberancia bulbosa en la pierna. *Joven mestiza; tensión sanguínea 6,4 y 9,9; casi sin pulso, piel sudorosa, ojos abiertos y dilatados, edad estimada poco más de veinte años, peso estimado cuarenta y cinco kilos, estatura estimada 1,57, no responde, probable sobredosis.* En una camilla habían sujetado con correas el cuerpo pequeño que no oponía resistencia y que olía a vómito y a orina y lo habían bajado con notable destreza por las escaleras hasta la ambulancia junto a la acera con mucho celo entusiasta, como si en vez de tratarse de una drogata con veleidades artísticas, responsable de su propio colapso, se encontraran ante una joven inocente, atacada por alguna misteriosa enfermedad o padecimiento que le había dejado los ojos, muy dilatados, en blanco, la boca abierta manchada de baba, la vejiga incontinente y en la piel la aparición de un sudor pegajoso que le daba la apariencia de estar cubierta por una delgada lámina de grasa.

Sobredosis de heroína, ¿qué te apuestas?

Nada.

(Dios mío, había dicho que *no,* ¿no era eso lo que había dicho?)

(Ni siquiera había querido ver a Carroll después de la boda, donde habían conseguido avergonzarla. Y allí estaba Carroll, llamando al móvil de Leanda a las nueve de la noche, mientras se apeaba ya de

un taxi en la calle Diez Oeste, delante de la casa de Leanda, sin que nadie la hubiera invitado.)

(Nunca recuperó por completo el conocimiento en urgencias, donde, a las 0.12 de la madrugada se la admitió, entre sacudidas y estremecimientos, tal vez consecuencia de una sobredosis. Llevaba puesta una mascarilla de oxígeno. Superados algunos problemas con sus venas se le extrajo sangre, pero los frascos pueden haberse etiquetado mal o traspapelado. Después de insertarle una vía intravenosa en el brazo, se la había atado a la camilla para que no pudiera sacarse la aguja y lesionarse. Se le administró un poderoso sedante y se la llevó a una sala posoperatoria a esperar los resultados del laboratorio. Poco más tarde entró de guardia el turno siguiente de trabajadores médicos, en el que la mayor parte del personal más joven —residente de admisiones, internos— solo llevaba en activo desde el primero de julio. Cuando por fin se le atribuyó una identidad —*Leanda Johnston, 27*—, al cabo de cuarenta y ocho horas, la enferma se había deshidratado, la tensión sanguínea caía en picado y la arritmia cardíaca era muy marcada; el sedante administrado había sido tan poderoso que sus órganos fueron dejando de funcionar uno tras otro, se hundió en un coma profundo y murió.)

La primera equivocación, aunque ella no llegó nunca a entender que sería *la primera de una sucesión de equivocaciones.*

No se trataba del tatuaje (que Leanda se quedó mirando durante largos minutos, al examinarlo en un espejo de mano que reflejaba el del dormitorio, sumida en una especie de terror hipnótico, a no ser que se tratara de júbilo: la mariposa negra era de verdad hermosa y, en efecto, *sexi*), sino de la boda a la que tantas ganas tenía de asistir. O, quizás, la tarde antes de la boda, la larga caminata bajo el sol cegador, la hierba y las ortigas en la playa privada de los Johnston, bañada por el océano Atlántico, a poca distancia de Chilmark.

Su padre, que caminaba con dificultad debido a un pie escayolado y que necesitaba ayuda, sudaba y maldecía. No le gustaba nada

usar bastón y prefería apoyarse en su hija, que llevaba además la cámara y el trípode paternos. Leanda era la única del reducido grupo sin calzado adecuado, tan solo sandalias y, por añadidura, con las piernas descubiertas, pese a las advertencias sobre las garrapatas.

La del ciervo, no la otra clase de garrapatas. La garrapata del ciervo es tan pequeña como la punta de un lápiz. No se la ve, ese es el problema. Se te meten a gran profundidad bajo la piel, te infectan y si no tienes suerte, no sientes el dolor de la infección.

La noticia de la «plaga» de la garrapata del ciervo y de la «epidemia» de la enfermedad de Lyme en Martha's Vineyard había conseguido que los jóvenes se rebelaran, porque eran las personas mayores las que se obsesionaban con aquellas cuestiones. Incluso Leanda, precavida por naturaleza, ya se había cansado de tantas advertencias a principios del verano. Los vecinos inmediatos de los Johnston en Menemsha Cross Road, que consideraban imprescindible ducharse *dos veces al día, frotándose todo el cuerpo, centímetro a centímetro, con una toallita de tejido muy áspero;* Elsie y Davis, tíos de Leanda y padres de Carroll, que estaban convencidos de que acababan de contraer la enfermedad de Lyme cada vez que los veías; Gabriele, la madre de Leanda, que llevaba sin aparecer por la isla la mayor parte del verano y vivía como una reclusa en el apartamento de Central Park South en el que siempre estaba encendido el aire acondicionado; y Helene Yarburgh, la amiga de Gabriele, que afirmaba haber padecido la enfermedad de Lyme con el resultado de una semiparálisis de los músculos faciales, aunque (según se decía a sus espaldas) lo que en realidad tuvo Helene fue un accidente cerebrovascular leve que no había querido reconocer.

(Helene Yarburgh, una acaudalada viuda cuasiglamurosa que vivía en Edgartown, era muy conocida en la isla por una supuesta aventura con el escritor William Styron veinte años antes. Cuando Helene vio por primera vez a Leanda, todavía adolescente, había dado por sentado, sin pensárselo dos veces, que la joven *mestiza* tenía que ser una *au pair,* de lo contrario ¿qué pintaba una filipina en casa de los Johnston en Chilmark?)

Jayson Johnston, el padre de Leanda, de setenta y pico años por entonces, era todo un caso de desinterés por la limpieza: comía alimentos que se le habían caído al suelo así como fruta sin lavar, y descuidaba la higiene de las manos incluso después de usar el inodoro. Se reía de la insistencia de su familia, empeñada en que viera con regularidad a su reducido equipo de médicos; seguía fumando, pese a una amenaza de cáncer de pulmón cuando andaba por los cincuenta; y no tomaba precauciones contra la garrapata del ciervo en sus salidas a pasear por el bosque o al atravesar zonas de hierbas altas; sin embargo, también él estaba obsesionado con la enfermedad de Lyme: «Dicen que te come el cerebro. Parásitos microscópicos». Siempre que Leanda ayudaba a su padre —algo que había hecho de manera intermitente durante los últimos seis años, desde su graduación en la universidad— le asombraba observar muy de cerca cómo Jayson Johnston se respetaba y se despreciaba al mismo tiempo; cómo en ocasiones, le había parecido, en sus episodios de excesos con el alcohol, le tenía sin cuidado vivir o morirse.

—¿Soy demasiado viejo para ti? ¿Demasiado viejo para ser tu condenado *papá*? —la hostigaba con crueldad—. Quizá piensas que te habría ido mejor con tu «madre biológica», ¿no es eso?

Leanda negaba con la cabeza sin decir nada. *No, papá.*

No tenía ni idea de quién era su *madre biológica.* Desde muy pequeña había sabido que la mujer que se calificaba a sí misma de «mamá» no era su verdadera madre, como tampoco lo era de sus hermanas ni de su hermano Casey, todos ellos hijos de la anterior señora Johnston, ya desaparecida. Lo había sabido porque se le decía con frecuencia que era *especial.*

—Te elegimos, Leanda. ¡Nada de gato por liebre en tu caso!

Leanda trataba de entender: ¿gato por liebre?

¿Era ella el lebrato y no el gatito?

Cuando la sonrisa de su papá era muy amplia, se le llenaba de arrugas el rabillo del ojo, y entendías que también tú tenías que sonreír. De lo contrario papá se ofendía.

Jayson Johnston disponía de colaboradores, en ocasiones más de uno, que trabajaban para él. A Leanda, sin embargo, también le

gustaba ser «colaboradora» de su papá. Él a veces la llamaba «mi aprendiz». Nada de todo aquello era serio, por supuesto. Las fotografías importantes de Jayson Johnston requerían viajes: Brasil, Patagonia, Antártida, África, provincias remotas de China o el interior de Australia. Solo en años recientes, desde que había empezado a fallarle la salud, se concentraba en temas más a mano. Como su amigo el distinguido fotógrafo Paul Strand, ya fallecido, a quien había conocido de joven, Jayson Johnston fotografiaba ahora árboles, flores, hojas, cielos y luz de luna junto a su casa. Eran fotografías mínimas, sobrias, de ambición modesta, «poéticas». (De las paredes de la casa del padre de Leanda en Chilmark colgaban obras firmadas por clásicos de la fotografía tales como Brassaï, Alfred Stieglitz, Cartier-Bresson, Edward Weston, Minor White y Paul Strand. Entre ellas, obras de Strand como *Winter Garden* [Jardín de invierno], *Great Vine in Death* [Vid de gran tamaño moribunda] y *Things Passed on the Way to Oblivion* [Cosas que quedan atrás, de camino hacia el olvido], de principios de los setenta, eran modelos evidentes para los últimos trabajos de Jayson Johnston; Leanda se daba cuenta de que estaban muy bien compuestas pero, creía ella, reducidas en exceso, demasiado pequeñas en escala.)

Al retirarse a Chilmark, su padre se había mostrado amargado e irónico en un primer momento, como un gigante lisiado; en época más reciente se esforzaba lo indecible por adaptarse a las nuevas circunstancias de su vida. Leanda nunca recordaba con exactitud la edad de su padre; pensaba que debía de tener setenta y cinco años.

O setenta y seis.

En la primavera pasada, una animosa Leanda había cargado por toda la isla con la pesada Hasselblad de Jayson Johnston. Trípode incluido. Junto con su mochila, que contenía botellas de agua de Evian, barras de germen de trigo y distintas lentes. Leanda abultaba la mitad que su padre. Disfrutaba de una forma física aceptable, pero no tenía madera de excursionista. En el colegio, y en el extremo menos hondo de la piscina clorada, había sido una nadadora lenta y prudente. Voluntariosa y en ocasiones inspirada en otros deportes, se desanimaba con facilidad debido a la agresividad de la competición y se quedaba pronto sin aliento, fatigada. Siempre

había sido demasiado pequeña para que se la tomara en serio, y a la hora de elegirla para deportes de equipo, no quedaba última pero sí penúltima. Por su parte, las jóvenes chinoamericanas (adoptadas) la habían rechazado de maneras sutiles y frías. En la familia Johnston era crucial tener espíritu deportivo, no quejarse y sobre todo, no *flaquear.* Y más que en ningún otro sitio, en su casa veraniega, donde gran parte del tiempo se pasaba al aire libre. (En secreto, Leanda detestaba los veranos. Muy concretamente los de Martha's Vineyard, donde se pasaba tanto tiempo al aire libre y donde se dedicaban tantas horas a hablar del tiempo, de propiedades inmobiliarias, de «gente nueva» y de amenazas contra la isla.) En Squibnocket Point su familia y ella se habían pateado las dunas muchas veces. Leanda se acurrucaba, tiritando de frío en abril, debido a un viento helador procedente del océano, mientras su padre fotografiaba aves costeras durante horas, incansable e implacablemente. Era asombroso observar a aquel hombre de edad avanzada, con frecuencia taciturno, volver a la vida al sostener la cámara con unas manos que eran todavía firmes, entusiasmado por el espectáculo de garzas, garcetas, halcones, grullas, zarapitos, gaviotas; cosa sorprendente, Jayson Johnston era capaz de identificar gaviotas argénteas, gaviotas reidoras, gaviones, distintas especies de charranes.

Era *ella* la que se tambaleaba de puro agotamiento. Aunque fuese casi medio siglo más joven que Jayson Johnston.

¡El legendario Jayson Johnston! Era un chiste, pero no del todo.

Pero por alguna razón, Leanda había estado pensando en la garrapata del ciervo. ¿Cuál era la dolencia neurológica que causaba? ¿La enfermedad de Lyme? Pero ¿por qué estaba pensando en eso?

Se acordó de Mitchie Johnston, su guapo primo, tan moreno, descalzo por toda la isla, al volante de su todoterreno, de excursión por las dunas con hierba, o por la arena caliente. Corría sin miedo hacia las enloquecidas olas que estallaban con gran estrépito y cuya espuma llegaba hasta los pies de Leanda en la playa, un agua siempre helada, incluso cuando calentaba el sol. Había estado enamorada de Mitchie —a cierta distancia— a los doce años, cuando él tenía ya dieciséis. Aquel primo había horrorizado a las mujeres de

su familia al sacarse, despreocupado, garrapatas de la piel con unas pinzas o al quemarlas con cerillas, entre muecas de dolor, aunque riéndose.

(Pero entonces no se trataba de la garrapata del ciervo. Era la otra especie de garrapatas, lo bastante grandes para verlas bien. Semejantes a arañas diminutas. Muy negras y muy fáciles de detectar sobre una piel tan pálida y tan tersa como la de Leanda.)

Mitchie no había asistido a la boda de Brook, pero había mandado un vídeo por correo electrónico. Viajaba en aquel momento por Nepal, hacía senderismo con varios compañeros y con un guía sherpa y estaba filmando un documental.

Hacía años que había dejado de querer a Mitchie Johnston. Rara vez pensaba ya en él, excepto en alguna ocasión cuando estaba con Nick, al cerrar los ojos mientras él la tocaba, la acariciaba y la besaba, y veía entonces a su primo tan moreno, la espuma de las olas deshaciéndose en torno a su cuerpo perfecto de muchacho, protegiéndose los ojos de la luz del sol y riéndose de ella.

Te tengo muchísimo cariño, Leanda. Eres el único de mis retoños que escogí, porque eres especial.

¿De verdad había dicho su papá aquellas palabras tan llamativas? ¿O se las había inventado ella? Casi daba lo mismo, porque Leanda en su delirio no era capaz de hacer distinciones.

Carroll le había mandado un único mensaje de texto para preguntarle cómo iba curándose el tatuaje.

Leanda le había respondido *¡Bien! Gracias, C.*

De hecho, el tatuaje no estaba cicatrizando como le habían asegurado. O (era posible) había entendido mal a qué velocidad se cerraría la herida. Tanto el episodio del tatuaje como la mayor parte de la boda eran un recuerdo borroso y un zumbido en la cabeza de los que prefería olvidarse.

Se había escabullido de la fiesta. Estaba segura de haberse marchado sin que nadie se hubiera dado cuenta.

Como tampoco de las lágrimas en su cara ardiente, ¡qué cosa tan tonta!, ni de cómo el vino de aquel viejo estúpido le había manchado

su hermoso vestido de seda.

Brook no le había pedido a su (medio) hermana más joven que fuese una de las damas de honor. Había explicado, con mucha diplomacia, que quería mantener el «equilibrio» entre hermanas, primas y amigas y que, desde luego, no se trataba de nada personal.

Por supuesto que era personal. A Brook no le caía bien Leanda.

Aunque Leanda adoraba a Brook, igual que a todas sus (medio) hermanas y a su (medio) hermano Casey, ellos la detestaban.

O, si no la detestaban, solo sentían indiferencia, lo que todavía era peor.

En las celebraciones familiares a Leanda se le hacía saber —solo *saber*— que, si no hubiera estado presente, si no hubiese existido, nada esencial habría cambiado en la reunión.

Mamá había dicho, con un suspiro, *Lo intenté. Bien sabe Dios que lo intenté. Es una dulce niña triste, pero no es en realidad…, ya sabes.*

Leanda estaba segura de haber oído aquellas palabras cuando su madre no estaba del todo sobria. Más de una vez.

No es, ya sabes… Hija mía de verdad.

Leanda había llegado a saber que Gabriele había tenido al menos dos abortos espontáneos. Si uno de aquellos embarazos hubiera llegado a término, Leanda no formaría parte de la familia.

¡Gato por liebre! Eso era ni más ni menos lo que Gabriele quería decir.

Aunque en un primer momento había participado en los planes para la boda de su hijastra, y para la fiesta con casi doscientos invitados que se iba a celebrar en la granja Chilmark, terminó por asegurar que se sentía demasiado «afectada» por el calor para viajar al escenario del acontecimiento. (El mes de julio de 2012 había sido el más caluroso de la historia documentada de la ciudad de Nueva York y de Nueva Inglaterra.) Leanda sabía que su padre estaba furioso, aunque hubiera fingido indiferencia.

Brook, por su parte, aseguró que se sentía decepcionada y dolida. En la fiesta con champán previa a la boda, Jody había dicho entre

risitas *¡Vamos, Brookie, no le des más vueltas! ¿Por qué tendría que importarle un pimiento ni a ti ni a nadie?*

Leanda también había fingido no oír aquello.

Ya estaba a salvo de todos ellos. Había escapado de Martha's Vineyard para regresar a su apartamento en la calle Diez Oeste. Se hallaba delante del ordenador, tratando de manejar el programa Photoshop, que era demasiado complicado para ella. ¡Ahora sí que echaba de menos a Nick!

Cuando empezó a sentirse enferma, con solo un poco de fiebre, ligeras molestias estomacales y un dolor de cabeza leve, lo achacó al ordenador, a las largas, frustrantes e inútiles horas delante de la pantalla. Además, habían pasado muy pocos días desde el tatuaje, que aún le dolía, como un trozo de piel quemada, de modo que no había pensado *Quizás se trate de una mordedura de garrapata, infectada,* porque estaba ya en Manhattan, en la calle Diez Oeste.

Pensó, más bien, *El tatuaje.*

¡De qué manera tan impulsiva se había comportado! Nick la criticaba porque casi nunca actuaba *con espontaneidad,* lo que demostraba lo mal que la conocía, aun cuando afirmase amarla. La otra noche, sin embargo, se había comportado *con espontaneidad, de manera impulsiva.*

Había cometido una insensatez. En el seno de la familia Johnston, se consideraba que detalles relacionados con la cultura pop, como hacerse un tatuaje, eran, en la mayoría de los casos, pruebas de imbecilidad, de inferioridad. Solo una mujer fracasada profana su cuerpo, a no ser que se trate de una estrella del rock, lo que es diferente, pero no mucho. El verano en que la quinceañera Maggie se había puesto mechas rojas, moradas y verdes en el pelo, de color rubio platino, todo el mundo habló de ello con insistencia.

La fiebre, las náuseas… eran un castigo adecuado por lo que había hecho. Porque sabía de antemano que sería un error.

¿Por qué se había fiado de su prima? Resultaba inevitable creer que Carroll tenía una razón maliciosa para coaccionar a Leanda y convencerla de que profanara su cuerpo (tal como su padre lo vería) con un sórdido tatuaje en el hombro.

¡Por el amor de Dios, qué has hecho, Leanda! Sabes que detesto los tatuajes en las mujeres.

Estaba muy asustada, porque a la larga Jayson se enteraría de la existencia del tatuaje. Aunque lo mantuviera escondido, como Carroll hacía con los suyos cuando había familiares presentes. Sintió un escalofrío de terror, ¿y si Carroll había grabado parte de la sesión del tatuaje con su móvil y se la mandaba a otras personas? ¿Un envío múltiple por correo electrónico?

Aquella noche en realidad no quería salir ni con Carroll ni con nadie. Estaba harta de salir, del espíritu «festivo», de varios días en Martha's Vineyard ayudando a prepararlo todo para la espléndida fiesta, cuando lo que necesitaba era completar su carpeta de trabajos para Arts Colony de Camden, en Maine. El plazo de solicitud de becas para la temporada de otoño e invierno concluía el 15 de agosto.

Su amigo Nicholas ya había enviado su dossier. Tenía garantizado que lo aceptaran, puesto que ya había sido becario de Arts Colony varias veces en el pasado, y al director le entusiasmaba su trabajo. Planeaban ir juntos: Leanda había prometido decirle a Jayson que no tenía intención de ser ayudante suya por más tiempo.

Aquella noche Nick iba a llamarla, pero Leanda había salido con Carroll y no contestó cuando recibió la llamada en el móvil. La suya, en realidad, no era una vida *adulta:* Leanda lo sabía. Para ser una *persona adulta* necesitabas tener un empleo serio, mantenerte con tu trabajo, estar casada o vivir con un compañero permanente; podías incluso tener uno o varios hijos. (Era como el grito de una gaviota dentro de su cabeza: ya he cumplido *veintisiete años*.) No vivías la mayor parte del tiempo con tu familia, no sacrificabas tu vida (aún razonablemente joven) trabajando (sin compensación económica) para un padre absorbente.

Como una de las voraces aves costeras, Jayson Johnston agitaba las alas y, con un resplandor de locura en los ojos, clavaba el pico en todo lo que era comestible, entre gritos indescriptibles de hambre insaciable.

Un súbito remolino de náuseas. Aquello tenía que ser… ¿qué?

No había encontrado tiempo para escuchar los mensajes de voz desde que supo que, con toda seguridad, Nick había llamado y ella se sentía culpable de no verlo. Lo había invitado a la boda y luego —sin motivo alguno, con un mensaje de texto— le había retirado la invitación.

Tenía que ser el tatuaje. ¡Una aguja sucia!

Tal vez… ¿podía estar infectada de sida?

(Pero no con una aguja de tatuar, ¿era posible semejante cosa?)

(Por supuesto que era posible. Y probable que Foxy Joe Hall fuese seropositivo.)

(Pero ¿por qué la había llevado Carroll a aquel sitio tan terrible? ¿Es que no *le caía bien*?)

(¡Por supuesto que sí! Más que a sus otras hermanas, a Carroll y a Maggie siempre les había gustado Leanda. Las dos se lo habían dicho muchas veces.)

Había empezado a tiritar. Escuchó el mensaje de Nick:

Oye, Leanda, ¿dónde estás? ¿Te olvidaste de llamar a la vuelta de Martha's Vineyard? ¿Puedo ir a verte… esta noche? O… ¿mañana?

El segundo mensaje:

¿Leanda? ¿Dónde estás? ¿Has vuelto ya de la boda? ¿Quieres que revise tu carpeta de trabajos? ¿Estás con ella ahora? ¿Cuándo la habrás terminado? Quizás… ¿hoy a la hora de la cena? Escucha, te echo de menos. No te preocupes por lo de la boda.

Para consternación suya, había media docena de llamadas de Nick, además de mensajes de texto, que por alguna razón no había descubierto hasta entonces. No se sentía con ánimos para llamarlo.

La *mirada masculina:* sabía todo lo relativo a aquella teoría en su dimensión intelectual. En su seminario sobre Cultura Contemporánea, de Yale, había escrito un trabajo sobre el tema. Y había citado fuentes admirables, con inclusión de muchos ejemplos estupendos de la *mirada masculina,* desde madonas del

Renacimiento hasta odaliscas de Manet, Renoir, Picasso, y «figuras femeninas explotadas» en litografías de Andy Warhol. La *mirada masculina* no solo era evidente en la pornografía sino en el arte clásico más depurado: más o menos en todas partes. Aun así, Leanda entendía que no encontraba ninguna manera de definirse fuera de la *mirada masculina.* Cuando no se trataba de la *mirada masculina* de hombres de su misma o parecida edad, como Nick, o sus primos, era la *mirada masculina* (educadora, aunque valorativa) de los de más edad: sus catedráticos de Yale, sus profesores de la Parsons School, sus familiares varones, Jayson Johnston, su padre.

Aquella mirada era como oxígeno. Las mujeres que no la percibían se engañaban pensando que podían existir, que podían *respirar* por su cuenta.

Las jovencitas no solían engañarse tanto. Y entendían lo que las mujeres trataban de olvidar.

Incluso en su estado febril, mientras intentaba, con obstinación, trabajar en su ordenador, experimentando con variantes de Photoshop, con sus mejores fotografías del año anterior, Leanda no podía escapar a la verdad de aquella percepción: que la *mirada masculina* la definía tanto que no se podía imaginar sobreviviendo, y menos aún viviendo, sin ella.

Así que había que contar con Nick. Y antes de Nick había habido otros como él.

No se trataba de muchachos (como Mitchie) que le habían tomado el pelo y atormentado y que se habían reído de ella. Habían sido, por el contrario, amables, les habían atraído sus tímidos modales balbucientes, sus hermosos ojos, aunque con frecuencia alicaídos, y su boca, que parecía magullada, pero a la que se podía convencer para que sonriera. Por supuesto, muchos de aquellos chicos, hombres ya en la actualidad, no eran altos, y Leanda les atraía por su diminutez. Allí tenían a una joven que no era, por así decirlo, *matronil*.

Al principio, al menos, Nick la había adorado. Se conocieron en la Parsons School. Leanda se había matriculado en un seminario sobre Photoshop que daba Nick. Aunque no era mucho mayor que Leanda, sus fotografías eran a todas luces tan superiores que la joven sintió

una especie de gratitud tranquilizadora al pensar que no tendría que fingir, como le sucedía de ordinario cuando salía con algún artista.

Llevaban dos años juntos. Pero sin vivir en la misma casa. Nick se quejaba de que Leanda no contestaba cuando la llamaba por teléfono y de que no respondía a sus mensajes de texto. También, aunque con tacto, de que se preocupara demasiado por su familia para una mujer de su edad.

—No es como si a ellos les preocuparas *tú.*

Leanda había invitado a Nick a la boda de su hermana y a quedarse con ella en la «granja» familiar de Menemsha Cross Road. Se proponía presentar a Nick a Jayson Johnston… por fin. Y si dormían juntos en la misma habitación de la casa de invitados, eso definiría a Nick como su amante de manera inequívoca.

Sus hermanas pensaban que Leanda era tan asexuada, tan retrasada, que nunca había tenido de verdad novio. Un rostro hermoso y perfectos cabellos negros, lisos y brillantes que le llegaban hasta los hombros, pero todo él desfigurado por su ineptitud, tan fatal como si tuviera acné. Nunca había llevado a nadie a casa para presentárselo a la familia y menos aún, desde luego, a papá.

Dos días antes de que salieran camino de Martha's Vineyard, después de que Nick hubiera reservado los billetes de avión, Leanda le había dicho que no era posible, que tenía que ir sola a la boda. De manera imperdonable le había retirado la invitación mediante un mensaje de texto: demasiado cobarde para hablar con él por teléfono o incluso para mandarle un correo electrónico explicativo.

Nick, por supuesto, se había sentido decepcionado. Pero no enfadado, como podría haberle sucedido a otro hombre.

No se había *sorprendido demasiado,* pensaba Leanda.

Ahora se sentía tan enferma… ¿por efecto de la culpa?, ¿del pesar?, ¿por la presencia de un veneno en su torrente sanguíneo? Pero a él no podía llamarlo.

Nick creía que Leanda era una mujer hermosa. Le gustaba que fuese *mestiza* y le gustaba la imprecisión sobre sus antecedentes: todo lo que sabía, en realidad, era que Jayson y Gabriele Johnston,

respectivamente por aquel entonces de cuarenta y ocho y veintinueve años, la habían adoptado muy de niña.

Ahora parecía de verdad tan enferma —piel amarillenta, pelo lacio, labios secos y llenos de costras— que no había manera de disimular la realidad de su *origen filipino.* Le asustaba que alguien la viese en una situación tan desfavorable, no como una belleza asiático-americana de huesos delicados, tal como la percibía la *mirada masculina,* sino como una chica de ojos oblicuos y aspecto del todo ordinario del tipo que Nick había estado viendo toda su vida en el instituto, el tipo de mujer que, con toda probabilidad, había limpiado la casa de su madre y que la *mirada masculina* detectaba como invisible.

De manera que no había llamado a Nick, cuyo padre era un médico que pasaba consulta en el hospital presbiteriano de Nueva York. Tampoco había llamado a ninguna de sus amigas de la universidad que podrían haber acudido de inmediato. En lugar de eso llamó a Carroll y dejó un mensaje en el que se esforzó por no parecer quejumbrosa:

Hola, Carroll. Soy Leanda. Me parece que no me siento demasiado bien. Creo que estoy enferma, ¿podría ser que la aguja de Foxy Joe estuviera infectada? El tatuaje sigue encarnado, me duele, creo que no está cicatrizando bien. ¿Podrías venir si estás en Nueva York? Te…, te lo agradecería mucho.

Eran las 21.25 del 4 de agosto. A las 21.40 Leanda llamó de nuevo a Carroll:

¿Carroll? Soy Leanda. Me siento… un poco asustada, me da miedo llamar al 911, me asustan las urgencias. He estado vomitando pero no me siento nada mejor. Tengo fiebre: 38,5. ¿Podrías venir, si estás en Nueva York? No quiero llamar a mi madre, ya sabes cómo es, se pondría histérica… Por favor, llámame cuando puedas. Si te fuera posible venir…

En el espacio de unas horas Leanda llamaría a varias personas más: a sus hermanas Jody y Quinn, que tenían apartamentos en Nueva York, pero no estaban en la ciudad en aquel momento; y a su prima Harriet. Hubo otras mujeres de la familia de más edad (su madre incluida) a las que se planteó llamar pero acabó por no hacerlo.

Nadie descolgó el teléfono ni la llamó después. Para entonces era ya casi medianoche. Se había tomado dos comprimidos de paracetamol: era bueno para la fiebre, ¿verdad que sí? Había estado vomitando, lo que significaba que corría peligro de deshidratación. Pero cuando trató de beber un vaso de agua se atragantó y lo vomitó de inmediato.

El corazón le latía de una manera muy extraña. La piel le escocía y le ardía. Tenía ronchas que le picaban mucho en los muslos y, por debajo de la ropa, en la tripa y el pecho. Su piel era muy sensible, alérgica a cierta clase de mariscos, tomates e incluso cebollas. Se preguntó si habría comido algo en malas condiciones o contaminado.

Desesperada, terminó por llamar a su madre.

No estaba familiarizada con su número de teléfono, lo había olvidado a fuerza de no utilizarlo. Tuvo que mirarlo en la guía. ¡Estaba tan enferma! El vómito se le escapaba de la boca.

Le contestó una voz fría y llena de suficiencia:

Habla con la residencia de Gabriele Heideman-Johnston. La señora Heideman-Johnston no está disponible en estos momentos. Si se trata de una emergencia, puede ponerse en contacto con la secretaria de la señora Heideman-Johnston, cuyo número de teléfono…

Era la venganza de su madre, pensó Leanda. Porque Gabriele tenía celos de ella y de su padre, del vínculo especial que los unía.

De la misma manera que a Charlotte Johnston —ya de mediana edad, a quien Leanda nunca había conocido— la había suplantado una joven Gabriele, a Marilynne Meyer —a la que Leanda tampoco había conocido, pero que era la madre de sus hermanas y de su hermano— la había suplantado antes Charlotte; por su parte, la

pequeña Leanda había sustituido a su madre como destinataria del afecto de su padre.

Por entonces, mientras crecía, Leanda no había sido consciente de ello, o apenas consciente. Se había hecho más evidente, dolorosamente evidente, cuando, al terminar la universidad, dejó que su padre la convenciera para pasar tiempo con él en Martha's Vineyard.

En Brearley, y también en Yale, el padre de Leanda parecía ser «conocido»; no había necesitado hablar de Jayson Johnston y raras veces lo mencionaba, por pura timidez.

En centros docentes como aquellos había familias *conocidas* entre el resto de las familias, a las que *nadie conoce.*

La situación de la familia de Leanda Johnston no resultaba demasiado complicada comparada con otras. La mayor parte de sus compañeras de clase pertenecían a familias en las que separaciones, divorcios, nuevos matrimonios, conflictos sobre custodia de los hijos, medio hermanos, hermanastros y niños adoptados estaban a la orden del día; un número considerable eran, como Leanda, hijas de padres mayores que se habían casado con alguien una o dos generaciones más joven, de manera que la hija menor tenía hermanas de «más edad», en la práctica de otra generación. Había varias chinas adoptadas por padres de raza blanca que se contaban entre las mejores alumnas de Brearley; una sola etíope de una belleza deslumbrante; pero aparte de Leanda, por lo que ella sabía, ninguna otra adoptada de ascendencia filipino-americana.

Por qué me adoptaste si no me querías en tu casa. Si no podías darme tu cariño: aquello era algo que Leanda nunca le había preguntado a Gabriele.

Se había estado tocando la zona del tatuaje, que palpitaba y le quemaba los dedos. Estaba segura de que se le había infectado. Pero llamar al 911…, eso sería una decisión irrevocable.

Se preguntó si estaba siendo ridícula: Carroll se reiría de ella.

Pensaba *Si viene a buscarme una ambulancia, comenzará un proceso que no podré parar.* Se acordó de su padre en Chilmark, de cuánto le disgustaría y preocuparía enterarse del ingreso de Leanda

en un hospital de Manhattan con un tatuaje infectado. Su padre se había vuelto cada vez más irracional en su rechazo a la isla de Manhattan, a la que calificaba de *lugar infernal* y en verano como una verdadera *sauna.* Le molestaría tener que hacer todo el trayecto hasta Manhattan para ver a su hija en el hospital, en el caso de que, una vez en urgencias, no la dejaran marcharse a casa. Pensó *Eso no le va a gustar nada. Se va a dar cuenta de lo débil que soy.*

En algún momento de la noche perdió el equilibrio, resbaló y cayó a plomo sobre el suelo de madera noble. Dada su estúpida mala suerte, fue a parar fuera de la alfombra, se golpeó la rodilla y el dolor resultó insoportable. Se echó a llorar sin poder evitarlo.

¡Te lo mereces! Sea lo que sea.

Los Johnston eran *una distinguida familia de Nueva Inglaterra.*

Siempre se decía que Jayson Johnston (nacido en 1938 en Bangor, en el estado de Maine) pertenecía a *una distinguida familia de Nueva Inglaterra.*

Hacia 1870 su tatarabuelo se fue a vivir a la ciudad de Nueva York. Para finales de siglo había construido una pequeña mansión de piedra arenisca en la confluencia de Park Avenue con la calle Setenta y cinco, y poco después la familia adquirió cuarenta hectáreas de terrenos accidentados en el extremo sudoeste de Martha's Vineyard, con vistas al océano Atlántico.

La mansión de piedra arenisca se había vendido hacía mucho tiempo. De las cuarenta hectáreas quedaban algo menos de diez: la casa era una granja con tejas de madera y algo más de una docena de habitaciones de buen tamaño. Había también un antiguo pajar y un invernadero.

Lo irónico era que Jayson Johnston (que viviría la mayor parte del resto de su vida en Martha's Vineyard) afirmaba con frecuencia que detestaba las islas.

Jayson se quejaba a los entrevistadores, así como a cualquier persona que quisiese escucharlo, de que todo el tiempo que una persona habitaba en una *isla* vivía una vida miope y en miniatura.

Frecuentaba Chilmark desde hacía casi ocho décadas. No era un hecho del que estuviera orgulloso, aseguraba.

No importaba que hubiera hecho *en la isla* algunas de las fotografías más hermosas de sus «últimos años»*.*

El padre de Leanda utilizaba como tope para la puerta de su estudio un fragmento de la columna vertebral de un toro, encontrado en un campo. De niña, Leanda prefería no verlo. Se estremecía al pensar que un ser vivo hubiera ido a terminar en un sitio así. Un toro era un animal grande, noble…, apuesto. Sabía que todas las cosas vivas se reciclaban para que las utilizaran otros seres vivos. Pero lo encontraba muy cruel.

Jayson había hecho fotos de las vértebras en una mancha de sol sobre un camino empedrado. De las hojas secas del otoño, de una grieta en el mismo camino. De las intrincadas sombras de las vértebras, semejantes a encaje.

Durante la boda en la iglesia de Old Whaling en Edgartown, Leanda se había sentado con el resto de la familia, por supuesto. Se colocó entre su padre (¡con un pie escayolado! porque se había caído por una escalera —todo un tramo de escalones— y se había roto el tobillo) y su tía Elsie. Fue una suerte que le retirase la invitación a Nick, porque Jayson estaba de mal humor y era imposible saber si no se encontraba bien o si solo se trataba de los desagradables pensamientos a los que no dejaba de dar vueltas. No era que le entristeciera la boda: no se interesaba demasiado por sus vástagos de más edad, independizados hacía ya mucho tiempo, y que, en consecuencia, le parecían menos reales que la más joven de todas sus hijas que todavía era *suya.*

Leanda lo entendía. Supo que no era el momento de poner en tela de juicio aquella apreciación.

En la antigua iglesia de estilo neogriego, donde con frecuencia se celebraban las bodas más elegantes de Martha's Vineyard, a Leanda le había dado un vuelco el corazón. Lo que sentía iba más allá de la admiración, o de la envidia, hacia su avispada hermana, que se iba a casar con Stanley Cummins III, un banquero de inversiones que trabajaba en Boston. Ni siquiera le había decepcionado —decepción que ningún esfuerzo por sonreír hubiera podido disimular del todo— el hecho de que Brook no le hubiese pedido que fuera una de sus

damas de honor. (De hecho, Leanda no albergaba esperanzas de que se le pidiera. Pero el orgullo no le permitiría revelarlo.) Lo que la había hundido era hacerse cargo de que ella nunca se casaría en aquella histórica iglesia antigua, ni tampoco con nadie que contase con la aprobación de los Johnston, ni siquiera que les gustara. Todo aquello se le apareció como *evidente*.

Porque su madre biológica era una persona (cualquiera habría estado en condiciones de figurárselo) de la que se habría tenido que avergonzar, si hubiera llegado a conocerla. Y es que era alguien que había *renunciado a su bebé.* ¿Qué clase de persona *renuncia a su bebé*? Gente como los Johnston y sus amigos y vecinos de Martha's Vineyard y de Manhattan no *renunciaban a sus bebés.* En su mundo un bebé era un bien precioso. Un bebé con su ADN no tenía precio. En el otro mundo, que es la mayor parte del mundo, un bebé, con mucha frecuencia, *no se deseaba.*

Leanda pensó *Es una maldición de la que nunca me liberaré. Aunque la familia haya tratado de quererme, creo yo.*

Era verdad que su padre (adoptivo) había tratado de quererla. De todos los Johnston, era el menos capaz de hipocresía. Decía sin reservas lo que sentía, y sentía, ni más ni menos, lo que su rostro reflejaba.

Ella, por su parte, había procurado mostrarse «alegre» de todos modos. Era la más responsable de las personas, no solo dispuesta a comportarse como los otros querían que se comportara, sino en verdad deseosa de hacerlo.

Había ayudado con los preparativos para la fiesta. ¡Doscientos invitados! Se había esforzado mucho tratando de convencer a Gabriele para que acudiera y casi lo había conseguido. Había ayudado a organizar el ensayo de la ceremonia y el ensayo del banquete. Había ido a Vineyard Haven para hacer recados, tal como se le había pedido.

Había ayudado a Brook a razonar sobre cuestiones de importancia abrumadora, aunque efímera. Había pasado tiempo con su padre, irascible y deprimido, que iba de un lado a otro con el pie escayolado. (Después de romperse el tobillo en una misteriosa caída dentro de la casa. La manera reservada en la que la familia hablaba

de aquella caída hacía pensar que Jayson había bebido más de la cuenta.) Las veces que ella se había echado a llorar, lo había hecho en privado, sin molestar a nadie.

En la fiesta de la casa de Chilmark se le había insistido para que bebiera champán. Una delicada copa, alta y estrecha, del champán más exquisito.

Los invitados empezaron pronto a beber en exceso. Y también bastante pronto la casa se llenó de risas. Carroll y Quinn, una de sus hermanastras, le pidieron que bailara con X, Y, Z. Los nombres volaban por encima de ella como colibríes embriagados. Llevaba un vestido tubo de color azul pálido y un collar de jade que su padre le había traído de China; y pronto empezó a sentirse inestable sobre unos zapatos de tacón alto a los que no estaba acostumbrada.

En las ventanas de la nariz, la sensación burbujeante del champán. Había estornudado varias veces muy seguidas, unos ruiditos parecidos a los que pueda hacer un niño.

Gesundheit! Dios te bendiga.

Una costumbre estúpida. Leanda la detestaba. Algún tipo de supervivencia de un primitivo pasado supersticioso en el que nadie creía ya y sin embargo unos desconocidos se inmiscuían en tu intimidad, atreviéndose a desearte salud, pero consiguiendo tan solo avergonzarte.

El hombre que le había deseado salud procedió a inclinarse sobre ella. Muy por encima de Leanda. Parecía conocerla… ¿Un amigo de la familia? ¿Uno de los incondicionales que su madre había reunido a su alrededor, en una primera fase de su matrimonio, cuando todavía era joven y se animaba con la compañía de varones que la admiraban?

—¿Bailas, cariño? Es «Leondra», ¿verdad?

Ni siquiera se molestó en sacar de su error a aquel individuo, un tal señor Hurst. Su sonrisa tan inmóvil como si fuera de plástico. Leanda tropezó más de una vez entre los torpes brazos de Hurst. El quinteto de intérpretes tocaba una música con ritmo de hip-hop latino que su pareja era por completo incapaz de bailar.

La aliviaba pensar que Nick no estaba allí. Era muy posible que no volviera a verlo nunca.

Cuando hacían el amor, por iniciativa de Nick, los dos estaban muy callados. Y muy solemnes. La preocupación de Nick era la comodidad de Leanda: le preocupaba hacerle daño, pesarle demasiado cuando se ponía encima, aplastarla. La preocupación de Leanda era que no se traslucieran la incomodidad y el dolor que sentía sin remedio.

No dudes en decírmelo, Leanda, si es que hay alguien más. ¿Estás enamorada de otra persona? ¿Piensas en otro?

¡No! No es eso.

Y sin embargo, Nick parecía saberlo. Aunque no podía estar al tanto de que el hombre que ocupaba los pensamientos de Leanda era su padre.

Nick aseguraba no entender por qué era tan incapaz de rebelarse cuando los Johnston la llamaban. Y no se trataba solo de Jayson, sino de cualquiera de ellos.

Si su madre la llamaba, Leanda se apresuraba a reunirse con ella, siempre temiendo lo peor: Gabriele vivía sola, si se exceptuaba la sucesión de invitados que pasaba por allí, en un suntuoso apartamento de Central Park South. Distintos familiares llamaban sin descanso a Leanda para suplicarle que cuidara de su padre, o para reprenderla por no hacerlo y Leanda, por lo general, cedía. A Nick le aseguraba que estaba agradecida a los Johnston, que eran su familia. Él respondía que se aprovechaban de su buen carácter.

Leanda estaba obligada a pensar que quería decir *tu carácter servil.*

Nick consideraba probable que se la hubieran comprado a su madre biológica. Estaba al tanto de cómo eran las adopciones privadas: solteras pobres, parejas adineradas de raza blanca. Le había hablado de un programa de televisión sobre parejas estadounidenses que concertaban la adopción de niños rusos, un buen número de los cuales eran «devueltos» si no conseguían «adaptarse».

Con testarudez, de la manera más absurda, Leanda respondió que ella no era rusa.

La última vez que estuvieron juntos le dijo a Nick:

—¡No le puedo decir que no a mi padre! Ha sufrido un accidente y apenas es capaz de andar. Se ha deprimido. Sigue haciendo fotografías extraordinarias, pero está deprimido.

—Tienes que hacerte valer, Leanda. Lo que te pasa lleva años sucediendo. Tu familia acabará por comerte viva. Dile a tu padre que has hecho otros planes para este otoño, que te vas a Camden.

—Todavía no me han dado la beca.

—No te la darán si no presentas la solicitud. Te puedo echar una mano.

—Ahora mi padre no quiere que le ayude ninguna otra persona. Se siente abandonado. Dice que está convencido de que se morirá si sale de Martha's Vineyard.

—¡Eso es ridículo! Te somete a un chantaje emocional. Es lo que hace desde que te conozco. Tendrías que darte cuenta, Leanda, de que ya no eres una adolescente que puede malgastar un año de su vida.

Le preguntó si le gustaría que él la acompañara cuando le explicase a su padre que iba a pasar en Camden, en Maine, todo el otoño y el invierno para trabajar en sus propias fotografías.

—Dile que has hecho otros planes y que no es posible cambiarlos. Que vas a estar conmigo.

Leanda tartamudeó que sí, que haría eso. O… no. Eso no lo podía hacer.

Nick se apoderó de sus manos, pero ella se soltó. Reía, nerviosa.

—Quieres venir conmigo, ¿no es cierto? —dijo Nick—. ¿A Camden? Allí nadie te molestará, podrás trabajar doce horas al día sin interrupciones.

—En ese caso… eso es lo que voy a hacer.

Nick la besó. Leanda se agarró a él, los frágiles brazos en torno a su cuello, besándolo, desesperada y jubilosa.

Ven a ayudarme: estoy muy asustada, Nick. Te quiero, si es verdad que hay alguien a quien soy capaz de querer. Por favor, ayúdame, me aterra morir sola.

Cuando empezaba a beber, Jayson se mostraba afable, llorón. Acariciaba la mejilla de su hija con sus dedos callosos y ásperos.

Espero que me perdones, Leanda. Sé que he sido un padre terrible y que me he aprovechado de lo dulce y generosa que eres.

Eres mi preferida, lo sabes, ¿verdad que sí?

Las hijas mayores, su hijo Casey, le habían decepcionado. Incluso de niños le esquivaban. Sus muchos viajes cuando eran pequeños habían roto el vínculo que los unía, el vínculo entre padre e hijos. Les quedó claro, y les dolía mucho, que fuese capaz de olvidarse de ellos durante semanas, meses. Los regalos que les traía eran, en palabras de Casey, «compras de aeropuerto», costosos «souvenires» adquiridos a toda prisa camino de casa.

(Leanda no creía que hubiera sido siempre así. Su padre le había traído cosas estupendas compradas en sus viajes pensando sin duda en ella. De eso estaba segura.)

Pateaban las dunas. Horrible tiempo lluvioso en Cape Cod. La mañana después de una tormenta de nieve no había electricidad en la mayor parte de Martha's Vineyard. Ya a los doce años Leanda había sido su ayudante y aprendiz, como papá la llamaba cariñosamente. También ella hacía fotos. Jayson le había comprado una buena cámara y la ayudaba con los detalles técnicos.

Dunas cubiertas de nieve, olas espumeantes, riachuelos en la ancha playa de arena, trozos de madera que las mareas arrastraban hasta tierra firme, desperdicios. Esqueletos de criaturas marinas depositados en la orilla. Espinas dorsales, vértebras. Deslizándose sobre la rugosa arena a sus pies, sombras de gaviotas, de halcones.

Era tal como Virginia Woolf lo había señalado: hay mucho más que ver en una fotografía que en el mundo real del que procede la imagen.

La sorpresa que su padre había querido contarle era la siguiente: el conservador del Centro Internacional de Fotografía le había propuesto preparar una retrospectiva de toda su obra fotográfica. Pese a su cojera y a su rostro lleno de arrugas, los ojos le brillaban, entusiasmados:

—¡Buenas noticias! Pero imposible sin ti.

Leanda le ayudaría a preparar el material. Se encargaría de los marcos, toda una inversión. Pondría nombre a las fotografías y escribiría el borrador del catálogo que su padre revisaría después.

En Yale Leanda había estudiado historia de la fotografía, en preparación para tareas como aquella.

Arrastrando el tobillo escayolado, los cabellos de color gris acerado en ondas sobre la frente y con aire conmovido, sonriente como cualquier padre orgulloso, Jayson había escoltado a la novia hasta la iglesia de Old Whaling y había recorrido con ella el pasillo hasta el altar, donde el novio y el oficiante la esperaban.

Leanda pensó *Esa no seré nunca yo.*

Una melancolía profunda la invadió. Dejó de ver lo que tenía delante.

Después, en la granja Chilmark, la habían instado a que bebiera champán. Se hicieron muchos brindis entre grandes risas. El señor Hurst había querido sacarla a bailar. Leanda se había mostrado demasiado cortés, o demasiado cobarde, en lugar de dejarlo plantado. El antiguo amigo de su madre le había preguntado por sus cursos en la universidad: la última vez que el señor Hurst había hablado con ella, Leanda todavía estudiaba en Yale. De todos modos la confundía con alguien que había ido a Wellesley. Sus cabellos blancos, escasos ya, los llevaba muy repeinados. Lucía una corbata negra y su camisa blanca almidonada estaba manchada de vino. Muy pronto también derramaría vino sobre el vestido de Leanda. Hay un algo muy triste en un hombre que necesita una mujer, algo muy triste en la desesperación de semejante urgencia. Pero luego había ofendido a Leanda al preguntarle, con una sonrisa de admiración, cuánto pesaba.

El señor Hurst era una de las figuras casi famosas de la isla. Había muchas así, personas que habían logrado destacar en Nueva York o en Boston en un pasado impreciso.

—¡Vaya! Cuánto lo siento… Déjame ver si lo puedo limpiar con…

De manera muy torpe mojó una servilleta en una copa de agua helada. Pero Leanda se estaba marchando ya, y no regresaría.

Se había ocultado en otra parte de la casa con la excusa de cambiarse de ropa. Pero no volvió. Lo que hizo fue tomar dos

tabletas de Ambien y acostarse. Muy pronto a la mañana siguiente, mientras la casa dormía aún —no tenía ni idea de cuántas personas en cuántas habitaciones— se fue sin hablar con nadie.

Llamó a un taxi, viajó con Cape Air a Boston y con Jet Blue al aeropuerto Kennedy de Nueva York; otro taxi la llevó a la calle Diez Oeste. No se había despedido de nadie, recién casada incluida. Tampoco de su padre.

En realidad, era hija, y en realidad lo sabía todo el mundo, del tío Jayson. La madre, casi seguro, una mujer de la limpieza o, tal vez (porque él había ido a sesiones de fisioterapia por algunos problemas de espalda), una fisioterapeuta. Como ya he dicho, era una especie de secreto a voces en la familia, pero nunca se hablaba de ello, como es lógico. Después de que tío Jayson se divorciara de Marilynne se casó con Gabriele, que tuvo varios abortos espontáneos; y por aquella época apareció en escena el «bebé adoptado». Fingieron que la niña era adoptada, o quizás Gabriele no lo supo nunca. Cuando Jayson quería alguna cosa, casi siempre se salía con la suya.

La gente dice que es un genio. Vemos sus fotografías en los museos y parecen bastante buenas. Es difícil cuando conoces al hombre, al «genio». Es difícil asimilarlo.

Claro que tiene sentido: de lo contrario, ¿por qué adoptaría el tío Jayson a nadie cuando ya tenía tantos hijos y no se llevaba bien con ninguno? ¿Una filipino-americana? ¿Por qué iba a querer adoptar a alguien su nueva esposa, mucho más joven, si no es porque no llevaba a término los embarazos, y él se las apañó para convencerla, eligiendo la «agencia de adopciones» que en realidad no era más que un abogado negociando con ellos?

¿Lo había sabido la chica? Era probable que no.

Quizá cuando fuese muy viejo le habría contado la verdad. Quizás esté todo en su testamento. Pero eso a ella no la va a ayudar ya, ni tampoco a él. Jayson encontrará a alguien que sea su «ayudante» y se distraerá pleiteando contra el hospital por negligencia. Quizás incluso se vuelva a casar, pero ya no será lo mismo.

Estaba desesperada. Suplicaba. Las *rubias* a las que había adorado y temido. Las que la llamaban *canija, indita.* Las que la acariciaban como a un perrito. Le suplicó a Carroll.

Haz el favor de contestarme, Carroll. Contéstame, por lo que más quieras… Tengo miedo, estoy sola y… tengo miedo… Por favor, contesta. ¿Me oyes? Soy yo… Carroll, ¿me estás escuchando?

(Parecía saber que Carroll se hallaba al otro extremo de la línea. Pero por mucho que se les suplicara, ninguna de las *rubias* estaba dispuesta a ocuparse de nada si no les salía del coño.)

Algo después, Leanda llamó al 911.

Había pensado (se equivocaba) que así acabaría todo, que de aquella manera se podría salvar aunque (también) sufriría una humillación. Pero llamar al 911 no resultó ser algo tan rutinario como ella creía.

La voz femenina al otro extremo de la línea sonó aburrida, malhumorada. *¿Sí? ¿Qué es lo que le pasa?*

Leanda trató de hablar. Tartamudeó. Sudaba y sentía náuseas. Su voz era tan débil y escasa que podría haber sido la de una niña. Había tomado tabletas de paracetamol para el dolor y la fiebre, pero quizás… ¿cuántas? Y una sola cápsula de OxyContin encontrada en el botiquín del cuarto de baño.

La voz malhumorada se hizo más cortante. *¿Diga? ¿Cuántos años tiene? ¿En qué situación se encuentra?*

No…, no lo sé.

Como agua vaciándose por un sumidero. En un primer momento, despacio en apariencia, apenas se da uno cuenta. Luego, cerca del final, cada vez más deprisa.

Un remolino descendente en la dirección contraria a la de las agujas del reloj.

La telefonista dijo con dureza *Señora, tiene usted que alzar la voz. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Me da su dirección?*

Leanda sudaba y tiritaba. Había sentido la emoción de una venganza que no pasaba de infantil al abandonar la fiesta de la

boda, al dejar a su padre y a todos los Johnston sin despedirse. Como si a ellos les importara lo más mínimo. Pero ahora se la castigaba por aquella metedura de pata.

La operadora del 911 le estaba preguntando si había alguien a quien pudiera llamar para que fuese a ayudarla: madre, hermana, amiga. No parecía convencida de que Leanda necesitase una ambulancia. Y le advertía que llamar a una era un asunto serio. *¿Se siente usted muy mal? A mí me parece que tiene usted algún trastorno estomacal. No enviamos ambulancias para alguien que solo está devolviendo, ¿entiende?*

Leanda susurraba *¡Por favor! Estoy asustada… tengo miedo de estar… muriéndome…*

De acuerdo, señora; deme su dirección e irá a buscarla una ambulancia.

Algo negro y caliente en el cerebro. Negras alas de mariposa que revoloteaban, pero el secreto consistía en que si las alas *se abrían,* no era posible *cerrarlas*.

Había desconectado el móvil. Necesitaba privacidad. Y cuando por fin me quedé sola, me acosté sin escuchar los mensajes de voz. Debo de haber dormido por espacio de diez horas. Y allí estaba el teléfono fijo sonando…

O quizá no. Quizá lo recuerdo mal.

Quizá me llamó por el fijo y yo no había salido… Estaba en casa. Pero había alguien conmigo, y no quería que se oyera nada privado que tuviera que ver con la familia…, eso fue lo que pasó.

Oí su voz y pensé ¡Dios del cielo! Qué quiere mi prima, quejándose de que el condenado tatuaje no cicatriza bien. Y estaba bastante preocupada, porque me iban a echar la culpa a mí. El tío Jayson no es de los que perdonan con facilidad. Demonios, Leanda había ido a Yale y se había graduado con sobresaliente como si eso fuera el no va más. No le prestaba atención, solo la oí decir por favor, coge el teléfono, si estaba allí que por favor lo cogiera, se sentía mal, muy mal, pero no quería llamar a su madre porque se pondría histérica: «Haz el favor de llamarme, Carroll. Quizá puedas

venir» y yo sentía que no tenía tiempo para una cosa así en aquel momento; que deje el mensaje, pero a la mañana siguiente no me desperté hasta muy tarde e imagino que me olvidé de Leanda.

Sí, supongo que fue eso lo que pasó. Que me olvidé de Lee-lee.

¿Que cómo se borró su mensaje? No tengo ni la más remota idea. A veces presiono el botón de ELIMINAR para deshacerme de muchos mensajes de una sola vez… es más sencillo de esa manera.

Jayson estaba deshecho. Era más que el corazón lo que se le había roto.

Con el condenado pie todavía escayolado. A veces el dolor era insoportable a pesar de los analgésicos acompañados de whisky escocés.

Jayson Johnston contrató al amigo y abogado que había negociado el acuerdo con la joven fisioterapeuta filipina veintisiete años antes, cuando la adopción de Leanda. Su amigo trabajaría con un importante letrado de Manhattan especializado en casos de negligencia, para pleitear por un caso de *muerte injustificada* en nombre de los inconsolables padres de Leanda Johnston, que había muerto en el servicio de urgencias del hospital Magdalen. En la demanda de doce millones de dólares se incluía, además del hospital, al médico residente que había ingresado a Leanda cuando se presentó en el servicio de urgencias y había supervisado su somero reconocimiento, así como al supervisor de enfermería, además de a la enfermera que no había comprobado las constantes vitales de Leanda mientras la joven se esforzaba por respirar durante un periodo de cuarenta y ocho horas antes de perder el conocimiento, entrar en coma y fallecer.

¿Qué es eso? ¿Algo que parece encaje negro en el hombro de la joven?

Una mariposa negra muy sexi, con las alas tentadoramente abiertas.

Evandela ve el tatuaje y anota a la joven como drogadicta víctima de sobredosis. Está al tanto. Para personas como esta joven, que vive en el centro de Nueva York, en un apartamento pagado por su

papá, con un ordenador de primera calidad y lujosas obras de arte en las paredes, la cocaína o la heroína son las drogas «de moda».

Evandela ha visto multitud de yonquis con sobredosis. Su actitud es desaprobadora. De indignación. Gente que ocupa camas de hospital destinadas a personas que de verdad están enfermas. Que se inyecten y se maten si es eso lo que quieren, pero que no consuman el tiempo de hospital que se necesita para los enfermos de verdad.

En el juicio, Evandela testifica a favor de la defensa, con vehemencia, ojos brillantes. Evandela causa una fuerte impresión en el jurado, formado por ocho mujeres y seis hombres de distintas edades y diferente color de piel.

Soy el jurado número cinco. No me avergüenzo de cómo votamos.

¿Saben? Algunos de nosotros nos ganamos la vida trabajando. Algunos de nosotros no formamos parte de una elegante familia de «Nueva Inglaterra». Lo siento por la chica y por sus parientes, pero no simpatizo con los «progres» bohemios. A esos jóvenes de los que oyes hablar y que van por la vida con el dinero de sus padres por delante les importa un carajo el impacto de sus vidas en las de otras personas. El abogado del hospital dijo que se trataba de una tragedia de la que ella misma era responsable. Cómo es posible culpar a un hospital por un estilo de vida. Incluso sin necesidad del tatuaje ya entraba en esa categoría.

¡Tatuajes!: no me malinterpreten. Creo que los tatuajes están muy bien. No me opongo, hay gente en mi familia, jóvenes, con tatuajes, los llaman *piercings,* pero con un estilo de vida como el de esa chica, de barrios ricos, te arriesgas a pasarte con la dosis y acabas muerto.

No hay más que ver los medicamentos que tenía en el cuerpo, el médico del hospital dio la lista. Había tomado Oxi-algo, que no es en realidad más que heroína. Si te haces la puta cama, acabas tumbado en ella. Eso era lo que mi madre nos decía cuando éramos unos críos.

Yo era el jurado número once. Mi hija trabaja en el hospital Roosevelt, es ayudante de enfermería y tiene que tragar con las cosas más desagradables, pero es una chica muy trabajadora con dos hijos pequeños y nunca se queja. Les hacen currar como mulas a los ayudantes y a los camilleros. No se imaginan ustedes todo lo que les toca hacer en el hospital. Ni siquiera les dejan aparcar aunque tengan coche. Cualquier cosa desagradable que sale mal, los culpan *a ellos.* Pero en este caso no hay duda de quién es responsable; nadie más que esa chica con el tatuaje, que toma drogas, que acaba en urgencias y que está clínicamente muerta. ¿Quién tiene la culpa? ¡Ella! Y su maldita familia, que se cree tan especial en una isla del océano.

Hicimos como diez votaciones y nos peleamos, pero al final, los que estaban en contra y querían declarar «negligente» al hospital cedieron. Había mucha gente que simpatizaba con la enfermera, que era la única a la que se citaba por su nombre y su reputación quedaba por los suelos. Como si una persona no pudiera equivocarse más que una vez en la vida, y además ella no lo veía como un error. Eso fue lo que dijo el abogado del hospital, nadie puede probar que la chica no hubiese entrado en coma al margen de la atención médica que recibiera. Si te ha llegado la hora, pues te ha llegado, y ya está.

Dios santo, se hizo pero que muy tarde y estábamos de verdad cansados, pero unos cuantos no íbamos a ceder de ninguna de las maneras. Así que al final se rindieron los otros. Tal vez votáramos hasta doce veces. En una cosa estuvimos de acuerdo, porque la acusación no pudo probar que la chica no hubiera muerto de una sobredosis. Estaba de fiesta, se pasó con una mezcla de drogas y el corazón le falló. Dijeron que tenía en la sangre grandes cantidades de… algo así como una infección. Es una tragedia, pero ella se la buscó. Nadie obliga a nadie a drogarse ni a hacerse tatuajes de fulana. Mi hija me cuenta cosas así todo el tiempo, hay gánsteres que llegan a urgencias ametrallados y muriéndose, ¿y se da por supuesto que el hospital tiene que salvarlos? De ninguna de las maneras. Ni por lo más remoto le íbamos a dar a esa familia tan rica todos esos millones de dólares.

Había estado oyendo su nombre: *¿Leanda? ¡Ven a sentarte con nosotros!*

La cena de la boda en Chilmark. Largas mesas debajo de los árboles.

Habían rezado para que no lloviera y no llovió. Resplandor de luna sobre los estanques, que estaban conectados —un visitante lo había dicho en una ocasión y Leanda lo había oído— como los hemisferios del cerebro.

Al otro lado del más grande de los estanques estaba el antiguo almacén de hielo, hecho de piedra; tenías que saber que era un edificio de piedra para identificarlo a oscuras. Rectángulo negro entre los árboles, Leanda tuvo una sensación extraña, como una ilusión óptica, pero muy intensa, un agujero abierto entre los árboles en el que se podía entrar y desaparecer.

Más cerca de la casa crecían hortensias y viburnos. ¡Cuánta belleza! Como una acuarela china.

Se dijo: si lo puedo pensar, si lo estoy viendo, es que estoy *en la isla*. No estoy *en la ciudad.* No estoy postrada en una cama de hospital, en un hospital lleno de ruidos estridentes e iluminado al máximo. No me puedo estar muriendo, porque alguien diría ¡Vaya, Lee-lee! Qué tontería, sabes que no te estás muriendo. Eres demasiado joven para morirte y, además, papá te necesita.

Como sabes, papá te está esperando en la isla. No puede andar sin ti. No puede trabajar sin ti. Recuerda la nueva exposición, la retrospectiva en el C. I. F. Va a ser la oportunidad de toda una vida. Papá *te* necesita.

Papá la estaba alzando, muy por encima de la hierba de la playa para que pudiera ver el océano Atlántico al otro lado de las dunas. Un feroz viento helado se precipitaba sobre la tierra y atravesaba las hierbas puntiagudas haciendo que tiritaran y se estremecieran como vértebras vivas.

III

Santuario al borde de la carretera de Forked River, Jersey del Sur

Kevie te echamos de menos te queremos
Kevie que Dios te acompañe

A veces, al oírlo, me dan ganas de gritar. A veces, lo reconozco, me revienta que no sean capaces de decir cinco putas palabras sin mentar a Dios.

Como si al condenado Dios de los cojones le importase una mierda lo que me sucedió a mí ni lo que les ha sucedido a todos ellos, que es algo que acabarán descubriendo por sí mismos. Jesús bendito, tengo que reírme o gritar, basta con mirarles la cara a esas chicas.

¿Nos oyes Kevie? Kevie te echamos de menos te queremos
¿Kevie?

Lo primero que se ve desde la carretera es la condenada cruz.

Una cruz casera de un metro de alta pintada de blanco fosforescente.

Y en esa cruz, escrito en letras rojas, con una pintura que se corre como si fuera lápiz de labios, la siguiente inscripción:

D
E
S
C
A
N

S
E

KEVIN ORR
4 diciembre 1991-30 marzo 2009

E
N

P
A
S

(Puede que *pas* no esté bien escrito. Me parece que está mal, ¡coño!)

(Una vez que eres un *difunto* es posible decir de ti las cosas más estúpidas sin que puedas defenderte.)

Ese material brillante en torno a la cruz es papel de plata, al menos lo parece, del tipo que se pone en un árbol de Navidad. Y hay enredaderas de plástico verde y flores blancas como la nieve, también de plástico, y con forma de trompeta. Al pie de la cruz, fotos (plastificadas), en su mayoría las que Chloe me hizo con el iPhone, otras en las que estamos los dos, también con mis amigos, de mi mamá conmigo, etcétera. Hay macetas con flores —flores de verdad— que hace falta regar para que no se mustien y mueran a toda velocidad. Y colgado de uno de los brazos de la cruz está una de mis zapatillas, talla 46, Nike.

Debieron de presentarse en casa y mamá les dijo que se llevaran lo que quisieran de mi cuarto. Cualquier cosa que necesitaran para poner en el santuario de Forked River Road. Mamá ya estaba del todo ida para entonces gracias al Xanax o al OxyContin o a cualquier otro medicamento de todos los demonios que el gilipollas del médico le ha prescrito y que se supone que no debe tomar cuando bebe, de hecho para poder tomarlos tiene que dejar de beber, aunque no hay la menor duda de que no lo hace. *Aaah, chicos, ¿qué os estáis llevando de Kevie?* y Chloe dice *Solo una de sus zapatillas, señora Orr.*

No son más que suposiciones: tan pronto como se supo que *Kevie Orr había muerto en Lenape Point,* se reunieron en mi casa. Empezaron a abrazarse, llorando y gimiendo, y algunos de ellos hasta se pusieron histéricos y se desmayaron como hizo Chloe, a causa de la hiperventilación, y mientras mi madre miraba llena de asombro, como si la hubieran golpeado en la cabeza con un mazo. Daba lo mismo que mamá estuviera de mí hasta las mismísimas narices, o que Chloe no fuera, ni mucho menos, la imagen de la felicidad en su relación conmigo, ni que yo no le cayera bien a nadie de la familia de mamá, porque una vez que se supo que me había *muerto,* todos quisieron recordarme como alguien mejor de lo que había sido en realidad.

Cielos, me alegro de no haber estado allí para *verlo.*

Kevie, te queremos.
¿Ke-vie? ¿Nos oyes? ¿Nos ves?
Somos Chloe y Jill y Alexa y…

Caray, traen más porquerías para el santuario. Lirios de plástico. Rosas y tulipanes de plástico. Narcisos también de plástico. Esas velitas muy bajas, ¿cómo las llaman? *Velas votivas.*

En la cruz junto a la carretera ya no quedaba sitio, de manera que están empezando a poner cosas en un tronco de árbol a muy poca distancia. Se trata del haya con la que tropezó el todoterreno al rodar pendiente abajo, y que le arrancó el lado izquierdo del parachoques como se rompe en dos un hueso de la suerte; el tronco del árbol está rayado, igual que si lo hubiera arañado un tigre enloquecido.

Josh, que anda con muletas, está con ellos, la cara hecha polvo y parte de la cabeza afeitada, pero el muy hijo de puta está *vivo,* y ahí vienen Casey y Fred, que traen cerveza Michelob, y latas de Red Bull y de Coca-Cola para colocarlas en la base del árbol. Teddy, mi hermano pequeño, con cara de no haber dormido desde el accidente y, ¿qué es lo que va a poner junto al árbol? ¿Mi palo de hockey? Y todos los episodios de la serie *Video Game High School,* que veíamos juntos.

Cada vez que vienen traen más fotos. Estoy yo con mis amigos, y con mi familia (pero sin mi padre). Fotos, hechas con el móvil, de Chloe en mi regazo, los dos riendo. Los ojos de Chloe húmedos de lágrimas, los míos de un rojo brillante como los de un demonio, aunque entornados a causa del flash. Cielos, me gustaría recordar cuándo fue eso, querría dar marcha atrás en el tiempo, hasta ese momento.

Es como si estuviera perdiendo la cabeza, como si ya no supiese quién era yo. Quienquiera que *Kevie Orr* fuese.

Lo que sucedió fue una especie de explosión cegadora con todo al rojo vivo… y después *nada.*

Parecido a un placaje, como aquella vez en el instituto, a los quince años: *conmoción cerebral,* dijeron que era. Estaba en plena forma y un minuto después me llevaban a rastras de rodillas, me estaban arrancando el casco de seguridad, tenía tierra en la boca abierta y… después *nada.*

Y esta vez cuando desperté el silencio era mayor… un olor a algo dulce y familiar (¿lilas?).

La grúa se había llevado el vehículo siniestrado, a trozos. Mi cuerpo había desaparecido y ya estaba enterrado. Todo concluido. Todo lo que solo eran *cosas materiales.*

Únicamente quedaba yo, *yo.* Y estaba más solo que la una, mis amigos se habían marchado… Alcé la mano para ver la gravedad del asunto, para ver si el brazo estaba roto o torcido, que era la sensación que tenía, y lo que vi fue… *nada.*

Más tarde miré y vi algo así como un brazo, un brazo de persona mayor, un brazo izquierdo, creo que tenía que ser el de papá.

Aquel brazo lo tenía añadido, en el sitio donde mi brazo había desaparecido. Y era un brazo musculoso y allí estaba la araña tatuada de papá, con los ojos rojos, eso era un consuelo.

¿Papá? Oye, papá, soy Kev…, Kevie… ¿Me puedes ayudar, por favor?

Papá, estoy muy asustado. Y tengo frío y… supongo que me he quedado ciego…

No era mi padre, sino gente del instituto. Pateaban la hierba y hacían fotos con los móviles. Esa chica, Barbara Frazier, la de los dientes grandes que es presidenta del último curso, estaba atando cintas alrededor del árbol, con nudos y lazos. Y otras chicas, conocía las caras pero los nombres no, ¡coño! Esa clase de chicas que no eran nadie con quien yo hubiera salido, o por las que sintiera el menor interés, ahora que Kevie Orr *está muerto* cualquiera puede venir en coche al santuario y dejar flores y mensajes y toda clase de estupideces que me avergüenzan, pero no hay manera de pararlo.

Chicas arrodilladas para ocultar la cara mientras rezan entre la hierba estropeada y los escombros, donde la herramienta hidráulica de rescate (las Mandíbulas de la Vida) abrieron el todoterreno para liberarme cuando ya era demasiado tarde, joder, porque el cuerpo atrapado bajo el salpicadero se había *desangrado.*

Sangre mezclada con aceite y gasolina. La peste de la gasolina.

Aaah, este árbol es muy hermoso. (¿Qué clase de árbol es?)

Vamos a poner aquí los globos.

Quería gritarles *¡Largo de aquí, por el amor de Dios! No quiero condenados globos de niños, ¿en qué coño estáis pensando?*

(Son globos de plástico duro que más parecen almohadas que globos. No se deshinchan con tanta facilidad como los globos corrientes rellenos de helio. Y de feos colores brillantes para que se vean desde la carretera, como malditas gónadas o algo así, órganos internos que algún cretino puede pensar que son las entrañas de Kevie Orr atadas a un árbol.)

Hay además una estrella y un ángel, adornos navideños, un crucifijo de plástico e imágenes de *Jesucristo* (aunque no soy católico ni lo es ninguno de los Orr).

Una banderita de los Estados Unidos clavada en el suelo: mi abuelo Joe, que estuvo en la guerra de Corea, es quien la ha traído.

Pobre chico. Tirarlo todo por la borda. ¡Dios santo!

Diecisiete años. Con toda la puta vida por delante.

Si alguien les preguntase *Por qué hacer aquí un santuario, por qué, cuando su cuerpo no está aquí sino enterrado en el cementerio del pueblo,* tendrían que pensárselo unos segundos de manera que

(casi) se les podrían ver los pensamientos subiéndoles a la cabeza como burbujas y luego dirían *Sí, pero el espíritu de Kevie está* aquí. *Porque aquí es donde murió.*

No estoy seguro de qué es lo que se quiere decir con *murió*.
Allí estaba el cuerpo que *se desangró*.
Estaba el cuerpo *atrapado debajo del salpicadero del todoterreno.*
Estaba el cuerpo *roto, destrozado, vacío, desaprovechado.*
Estaba el cuerpo *como un saco de piel, goteando por mil heridas.*
Estaba el cuerpo *que había sido Kevie Orr, atrapado entre los restos del automóvil.*

Estábamos haciendo una carrera por Forked River Road. Los tíos del Dodge Ram perdían terreno. El acelerador apretado a fondo, una loca sensación como de fuego desbocado que me arrastra, una sensación tan maravillosa que me hace pensar ¡ya iba siendo hora! —casi siempre estoy harto, jodido, enfadado, resentido—, porque el cristal que hemos estado fumando hace que el corazón te lata fuerte de verdad y eso hace también que te sientas mejor que bien, como ráfagas de aire levantándote, como si fueras una cometa hecha con algún material pesado de desecho, lona mojada, por ejemplo, y eso te levanta, ¡Jesús bendito!

En el campo de detrás del instituto nos habíamos preparado con unos cuantos tiros y algunas cervezas y la idea era ver quién era capaz de llegar más deprisa a Lenape Point y luego a la playa.

El cielo nocturno estaba lleno de nubes, pero la luna brillaba detrás, de manera que se veía luz a través de las grietas, porque las nubes eran como telas rasgadas. Una emoción muy extraña que parecía bajar directa del cielo. De la luna que era como un ojo, ¡extrañísimo!

La costa de Jersey en Lenape Point. La playa es pedregosa y está muy sucia y además la marea deja allí toda clase de porquerías, algunas hasta se retuercen y desde luego huelen mal. No se te ocurre que la costa de Jersey esté en el océano Atlántico, y es que cuando ves el océano en un mapa, te quedas con la boca abierta, porque es *jodidamente grande.*

A toda velocidad en el todoterreno hasta Lenape Point. Mamá dijo: puedes usarlo si no derrochas gasolina. De acuerdo, mamá, le dije, eso es razonable. En el fondo soy un buen tipo, lo sé. Sé que tengo que proteger a mi madre, que no tiene ni puta idea de nada de lo que pasa. Parece que siempre estoy tratando de probarlo. La gente se fija en mí en el instituto, chicos más jóvenes de Forked River que miran a Kevie Orr, Josh Feiler y Casey Murchison como si estuvieran dispuestos a dar cualquier cosa por ser *nosotros.* Y las chicas. Y este es nuestro último año de secundaria, joder. Graduación dentro de tres semanas. Y no estaba nada claro lo que íbamos a hacer durante el verano y mucho menos aún el año que viene o el resto de nuestras vidas, por lo menos no estaba claro lo que iba a hacer yo: puede que algún trabajo en la cantera, si mi tío Luke todavía era capaz de meterme allí, aunque lo más probable era que nos alistásemos en el ejército de los Estados Unidos, donde te enseñan un oficio. Se suponía que la guerra en Afganistán —era seguro que nos mandarían allí— se estaba acabando. Eso era lo que la gente decía. Y nosotros respondíamos *Quizás haya otra guerra: ¿Irán? Siempre habrá otra guerra.* Estábamos colocados y nos reíamos de cómo las «fuerzas armadas» son una manera de ver el jodido mundo, porque en Forked River, Nueva Jersey, no hay futuro que valga, de eso estamos más que seguros.

Al entrar en la curva a ciento veinte por hora, aunque el cartel al borde de la carretera señalaba sesenta y cinco, yo ya sabía sin lugar a dudas (imagino) que la carretera de Forked River (asfalto lleno de grietas) tuerce aquí con brusquedad, en dirección a la estrecha rampa del puente de Lenape Point, que es uno de esos condenados puentes viejos de Lenape County con suelo de tablas y una sola dirección y que más allá se encuentra la entrada a Lenape State Park y, a algo menos de un kilómetro dentro del parque, la orilla del mar en Lenape Point.

Tendría que haber sabido que allí estaba la curva. El puente. Ira de Dios, llevábamos toda la vida yendo en coche a Lenape Point, incontables veces desde que teníamos recuerdos, críos en vehículos como los todoterreno conducidos por nuestros padres o hermanos mayores u otros fulanos de más edad, aunque en aquel momento, a

tres semanas de graduarnos en el instituto de Forked River, éramos nosotros las personas de más edad y lo peculiar es que ese trozo de la carretera de Forked River no nos resulta tan familiar de noche, hay una niebla que se alza desde la hierba al borde de la carretera o desde la estrecha franja de un río que no se logra ver desde la calzada. Grandes rocas de color arena, pedruscos y guijarros en la orilla, donde el agua ya no forma más que charcos o se ha secado por completo. Los faros del coche que venía detrás del nuestro nos estaban cegando por el retrovisor, aunque por fin se iban quedando atrás, nuestro todoterreno se distanciaba de la furgoneta que conducía Jimmy Eaton, propiedad de su padre. Incluso en aquel momento, con el acelerador puede decirse que apretado al máximo, yo estaba más bien distraído por alguna jodida cosa en el salpicadero, no era capaz de apartar la mano del aire acondicionado o del dial de la radio o del ventilador o de lo que fuera, bajar un cristal, subirlo, de manera que al entrar en la curva sentí la enfermante sensación de deslizamiento incluso antes de que el todoterreno empezara a desviarse sin posibilidad de controlarlo, el todoterreno matriculado a nombre de mi madre, es decir a miles de dólares de estar pagado por completo, por lo que en el fondo de mi cerebro, justo antes del momento del golpe contra la barrera de protección me percaté avergonzado de que

Ya nunca terminará de pagarse.

Neumáticos que se deslizan. El todoterreno impacta con la barrera, la atraviesa, da una vuelta de campana, cae de costado y rueda de nuevo por la pendiente (de más de dos metros) hasta el borde del cauce seco de Forked River, estrellándose contra arbustos y árboles, arrancándoles la corteza, hasta quedar volcado en el cauce seco, las ruedas girando, vapor de agua saliendo del radiador. El conductor está atrapado detrás y debajo del volante, aplastado bajo el salpicadero. El conductor no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Ni ninguno de los pasajeros. Muy malheridos, Josh, Casey y Flynn consiguen salir arrastrándose, con múltiples fracturas y ensangrentados como serpientes pisoteadas (es posible pisotear a una serpiente hasta llegar a creer que el bicho está destrozado,

rotas todas las vértebras, de manera que es como un trozo aplastado de manguera, pero una serpiente te puede engañar, una víbora te puede engañar, incluso puedes pisotear ese cerebro mínimo que tiene dentro del cráneo con una bota de suela bien gruesa y el condenado animal aún *no está muerto* y si no andas con cien ojos puede saltarte encima y clavarte en la pierna los venenosos colmillos) y cuando llega la ambulancia los recoge y los lleva al servicio de urgencias (de Atlantic City) lo bastante deprisa para salvarlos, pero no a Kevie Orr que ha estado conduciendo *en malas condiciones y demasiado deprisa, se calcula que a más de cincuenta kilómetros por encima del límite de velocidad en una carretera estrecha y con muchas curvas, sin cinturón de seguridad, atrapado dentro del vehículo y liberado por la herramienta hidráulica de rescate pero demasiado tarde ya.*

La leyenda lenape de la canción de la muerte que se sueña dentro del vientre materno.

El festival del sueño de los lenape. La ceremonia del gran enigma.

Indios lenape de todas las edades se adelantan para contar sus sueños. La tradición vale tanto para los hombres como para las mujeres. Tanto para los jóvenes como para los viejos. Un jesuita anotó en 1689 que los lenape eran paganos, que no tenían otro dios que el sueño. *Los lenape siguen a pies juntillas el sueño en todas las cosas. Cualquier cosa que el sueño les pide que hagan, tienen que hacerla.*

A los quince años nos enseñaron historia de Nueva Jersey. ¡Es tanto lo que hemos olvidado de todo lo que aprendimos! Como viento silbando a través de nuestras cabezas vacías igual que agita las hierbas altas del cementerio detrás de la iglesia de Cristo de Forked River, edificada con ladrillos rojos. Pero yo recordaba la canción de la muerte. No sé por qué cojones, después de haber olvidado tantas cosas, me acordaba de la canción de la muerte de los lenape. De cómo, antes de que el bebé indio naciera, se le presentaba en el vientre materno la canción de la muerte que para él era distinta de las de todos los demás. Al nacer el bebé, la canción

de la muerte se olvidaba. Abrías los ojos, respirabas muy hondo la primera bocanada de aire y la canción de la muerte se olvidaba.

Los jóvenes lenape ayunaban, cazaban hasta el agotamiento; los guerreros de más edad, sus mismos parientes varones, les apaleaban por añadidura. Bailar junto al resplandor de las hogueras, torturados por el fuego, privados de alimentos hasta que los huesos les asomaban a través de la piel, sudar a mares eran maneras de hacer regresar el sueño, pero maneras incompletas. La canción de la muerte es la que se canta al morir, la revelación especial que es tu canción de la muerte. Nadie la conocerá excepto tú.

Oh, Jesús, nadie conoce esto excepto tú. Y tú, tú estás ya borrado. Te has ido.

Y mi madre llora y dice que es asqueroso y cruel que la gente me culpe, como si no fuera bastante horrible cómo he muerto, que me haya desangrado dentro del todoterreno volcado que ella no había ni de lejos terminado de pagar ni tampoco estaba al día en el pago de los seguros. Dios santo, ojalá mamá y Stace y Claire, sus hermanas, no vinieran hasta al santuario llorando, enfadadas, dando traspiés por la hierba y mamá diciendo *Cómo se atreven a juzgarnos, qué están pensando* porque sus hermanas le han contado lo que dice ahora la gente del pueblo, personas que antes fingían ser amigos de mamá, cretinos que ella conoce de casi toda la vida y nunca los ha juzgado. *Cómo se atreven a juzgar a mi hijo, cómo se atreven a decir que alguien merece que le pase una cosa así, cuando Kevie era tan buen chico y no tenía ni dieciocho años, con toda la vida por delante.*

Viento húmedo que viene del Atlántico, fortísimos chaparrones. Días de lluvia.

Partes del santuario están anegadas, echadas a perder. Algunas de las fotos se las ha llevado el aire y yacen entre la hierba. El ángel navideño ha desaparecido. Los geranios sobreviven, a duras penas. Como las enredaderas y las flores de plástico. La zapatilla solitaria también, aunque se ha caído al suelo, empapada y plomiza. La banderita americana está tirada sobre la hierba.

Pero sale el sol, de repente; siempre aparece el sol.

Ruido de portezuelas de coche al cerrarse. Voces emocionadas.

¿Tú crees que Kevie nos oye? ¿Será posible que su espíritu esté aquí?

Caminar por la arena cansa enseguida. Eso lo recuerdo.

Tratar de correr por la playa, que es una verdadera porquería de «playa»… Los pies se te hunden en la arena, un tipo de arena maloliente y como pantanosa. Grandes árboles derribados por algún huracán, hace mucho tiempo. Debíamos de tener quince años. Habíamos estado bebiendo cervezas, fumando porros en la orilla. Hacía calor y soplaba el viento, olas altas en el océano, imponentes y llenas de espuma blanca, algo así como una amenaza en un videojuego contra la que tienes que combatir a toda velocidad con una metralleta, antes de que te atrape.

Un sol al rojo vivo que se deslizaba y se escondía detrás del pinar de Lenape State Park.

A veces quien viene es mamá. Mamá con Stace y Claire, sus hermanas; o mamá con Teddy, mi hermano menor, que parece enfermo y asustado y resentido por estar aquí contra su voluntad.

El santuario necesita mantenimiento. Está muy estropeado después de cinco o seis semanas. Mamá se arrodilla en la hierba, tratando de arreglar los desperfectos. Teddy se queda atrás, mirando. Inquieto, con los ojos muy abiertos, que resbalan, sin ver, sobre los míos. *¡Qué tal, Ted! ¡Escucha, chaval! Soy yo.*

Supongo que me detestaba. El cretino de su hermano mayor siempre tomándole el pelo, dándole golpes*. ¿Por qué haces eso, Kevin? Duele.*

Porque tienes una cagarruta en lugar de cerebro, ese es el porqué. ¿Te enteras?

Teddy ha traído copias nuevas, plastificadas, de algunas de las fotos del santuario que se habían estropeado o perdido. Ayuda a mamá a clavarlas con tachuelas en el tronco del árbol. Y vuelve a atar la zapatilla a la cruz.

Mamá está diciendo con voz de borracha, llena de amargura, *Kevie no se merecía morir. Los de las «Mandíbulas de la Vida» se lo tomaron con calma. A los otros chicos los llevaron a urgencias en*

Atlantic City y los salvaron, pero no se lo merecían más que mi hijo. Malditos sean por haberle dejado que se desangrara, atrapado como un perro.

¡Qué alivio cuando mamá se marcha, cielo santo! Querría no tener que volver a verlos nunca.

De acuerdo, mamá, no te imaginas cómo siento lo que hice. Cosas que hice y que ni siquiera sabes. ¿De acuerdo, mamá? Ha sido culpa mía, joder. De verdad que lo siento muchísimo, ¿sabes? Así que vamos a dejarlo.

Quizás fue una equivocación. Nací. Quizá mi madre no me quería en realidad, ese era su secreto. Dicen que los bebés no quieren nacer, que están en «su casa» en el vientre materno y que durante toda la vida uno se acuerda de «haber sido arrancado de su hogar». Con las metanfetaminas esas visiones vienen tan deprisa que no te haces cargo, no las puedes digerir, es como conducir a mucha velocidad, con todas las ventanillas abiertas de manera que el pelo se te arremolina, sudas y tienes la piel grasienta y una sensación ardiente como de haber tomado el sol más de la cuenta. El cerebro se te ha jodido y está hecho papilla pero tú te encuentras bien. ¡¡¡De maravilla!!! ¡¡¡Como nunca!!! Todo te pasa volando como los cometas enloquecidos al final de aquella película… *2001.* Volando hacia Júpiter o algo así… fabuloso.

Los días pasan, no viene nadie al santuario.

Luego, de pronto, se presenta todo un cargamento. Chicas muy jóvenes que no conozco. No sé cómo se llaman. Las he visto en el instituto, chicas corrientes, a las que no miras dos veces. Chicas con sus móviles para hacerse fotos en el santuario de Kevie Orr junto a la carretera de Forked River, en Lenape Point.

Una de ellas.

Una de ellas, que parece ser Janey Bishop, siente los pensamientos que salen de mí y alza la vista como si le hubieran dado una patada.

¿Kevie? Kevie, ¿estás… aquí?

¿Dónde cojones crees que estoy? Aquí es donde mis sesos salpicaron el todoterreno y acabaron en el cauce del río. Los que venían con la ambulancia tuvieron que raspar por todos los matorrales y las rocas para reunir lo que quedaba de mí y echarme a paletadas en la puta camilla, quizá no lo sabías.

Las chicas están tiritando y dicen *Kevie no parece tan simpático ahora, ¿verdad que no? Es como si hubiera… cambiado…*

Tal vez se haya trasladado a algún otro lugar. Nos ve y nos oye, pero nosotras ni lo vemos ni lo oímos.

¡Yo siento lo que piensa! Noto hostilidad en sus pensamientos.

¿Por qué tendría Kevie que mirarnos mal?

No es más que una sensación que tengo.

Nadie lo sabe. Teddy viene en bicicleta hasta Lenape Point.

Teddy, mi hermano menor, él solo.

Sería de lo más embarazoso si tuviéramos que vernos. Si tuviéramos que hablar.

Teddy está más alto y más flaco de lo que recuerdo. Gorra de béisbol calada que le tapa la frente. Como cualquier chaval que ves con una bici corriente, y que pierde el tiempo en un 7-Eleven o en uno de los patios del instituto. Cualquiera pensaría *Un perdedor. Uno que esnifa pegamento.* Me asusta pensar que Teddy pueda acabar así… como si fuera culpa mía.

La verdad es que trataba más bien mal a mi hermano, tengo que reconocerlo. Una vez lo empujé para que se cayera en el alquitrán recién vertido en nuestra calle. Me reí de él delante de otros chicos. Me había dicho con tono quejumbroso *¿Por qué te caigo tan mal, Kev?* y fue de lo más violento. *No me caes mal, ¿no te jode? Anda y quítate de mi vista.*

Desde siempre Teddy se me pegaba, me seguía por todas partes. Videojuegos, televisión. Lo que fuese que Kevin estuviera haciendo, también quería hacerlo Teddy. Cuando mi padre se marchó de casa y vivía al otro lado del pueblo, venía a buscarnos a los dos para comer juntos más o menos todos los viernes, y yo lo pasaba bien pero Teddy no tanto, porque estaba siempre con el latiguillo de *¿Cuándo vas a volver a casa, papá?* Papá quería que nos riéramos, a papá le

gusta que la gente se ría, no que refunfuñe, nos reíamos de nuestra madre, que era lo que papá quería, estúpida, zorra, hija de puta, tomábamos sorbos de su cerveza y nos reíamos, pasábamos casi todas las veces muy buenos ratos, excepto si papá estaba de mal humor, y entonces daba lo mismo lo que le dijeras o cómo te comportaras. De acuerdo, sí, quizá —durante una temporada— tuve celos de mi hermano, Teddy el mocoso, tan flaco, que lloriqueaba y gimoteaba y como yo no lloraba, como no estaba dispuesto a llorar por nada del mundo, ni a suplicarle a papá que volviera a vivir con nosotros, a él se le metió en la cabeza que yo no le quería de verdad, al menos no tanto como Teddy. De manera que cuanto menos hablaba yo, más se lo creía. Algunas veces estaba más borracho que una cuba y yo pensaba *Por qué no te mueres ahora mismo.* Pero eso no sucedía nunca.

Hace solo unos pocos meses. Teddy se sorbía los mocos y quería entrar en mi cuarto, que no es más que una porquería, como para preguntarme algo. Consiguió sacarme de quicio y le dije que si no me dejaba en paz, iba a recibir un portazo en mitad de la cara. No hizo más que parpadear como si lo que yo había dicho fuese un chiste y no se apartó lo bastante deprisa y eso fue ni más ni menos lo que sucedió: la puerta le dio más o menos en toda la cara cuando la cerré de golpe. Chilló como si lo estuvieran matando y cuando volví a abrir, Dios, no sé por qué, la cerré otra vez, con más fuerza… Teddy gritaba, la caía la sangre por la cara, y mamá estaba en el piso de abajo y subió a ver qué pasaba… Agarré a mi hermano y le dije *Miserable cabrito, ya está bien, eso no duele, como no te calles, hijo de puta, te voy a romper la cara en muchos más pedazos.* No sé por qué estaba yo tan enfadado. Los saqué a los dos por las bravas de mi cuarto, a Teddy y a mamá. Di un portazo furibundo y grité que iba a matarlos si no se me quitaban de delante. Es como si me corriera por las venas un líquido incandescente. El pelo ardiendo. A las chicas les daba miedo con esos humores violentos. Chloe decía que la excitaba, pero también a ella le daba miedo. *¡Cielo santo, Kevie, tendrías que verte!*

Nunca me vi, sin embargo. Juraría que no.

Según la salmodia del sueño indio, se fuma estramonio y se baila. Se llevan amuletos especiales para estimular determinados sueños. El olor en la noche. Amuletos para soñar. Hay un sueño que se canta cuando estás en una batalla y te enfrentas a la muerte. Tu canción especial, tu canción de la muerte.

En la radio del todoterreno sonaba música rap (rock duro) cuando el coche empezó a derrapar, se estrelló contra la barrera de protección y volcó, y todos nosotros chillando, como podría chillar Teddy, fue como si Dios alargara la mano, levantara el todoterreno y lo tirase. *Críos imbéciles, a ver si os gusta esto. Mi justicia y mi misericordia, a ver qué os parece.*

Era otra mañana. Como desechos procedentes del cauce de Forked River, que se iba quedando sin agua y se secaba al final del verano. Olor a peces en descomposición, a almejas. Conchas rotas. Insectos zumbadores. Mariposas. A menos de medio kilómetro, Lenape Point. El océano, cielo de color azul intenso, olas muy altas.

Arena como un mal sueño en el que tratas de correr y no consigues que las piernas se muevan. Siempre me ha gustado correr. Me gustaba jugar al fútbol, los otros agarrándome, riendo y gritando, éramos la misma persona, en esencia, cuando nos pasábamos el balón. Roland Chermierz me derribó, la cara por delante, su rodilla en mi trasero y la boca llena de tierra. Roland grita hasta desgañitarse como un imbécil enloquecido, el entrenador se acerca corriendo y lo abofetea con fuerza. Los otros jugadores corren por el campo. Trato de levantarme y correr con ellos, pero la arena me tira de las piernas. No consigo mantener el equilibrio.

Lo llamarán el santuario de Forked River. Durante los meses de otoño, a lo largo del invierno y en la primavera es increíble comprobar cómo me querían y cómo yo no lo supe nunca. No solo mamá y Chloe y mis hermanos y parientes, sino también chicos a los que apenas conocía. Y la hierba cada vez más alta y creciendo sin parar en la base del árbol. Un lugar santo. Hay velas votivas que encienden los visitantes (aunque no arden mucho tiempo, el aire se encarga de apagarlas), flores de plástico, geranios, lirios, lilas, las flores de verdad se han muerto, una maraña de cosas mustias y secas, macetas, geranios muertos durante el invierno. Botellas de

cerveza caídas, bolsas de tacos mexicanos arrastradas por el viento, abiertas por animales salvajes. Todo deteriorado en el otoño, tan hermoso. Y después los primeros copos de nieve a medio derretir.

Quería que mi padre viniese aquí, joder, pero no ha venido, ni una sola vez. No que yo sepa; no ha venido, no. Para mi padre soy su hijo macarra, dijo que no quería saber nada de mí. Eso fue antes del accidente. Había tratado de conseguirme un trabajo durante el verano en la cantera y hubo un malentendido, no me enteré de que tenía que ir allí y presentarme al capataz, supongo que la cagué y mi padre dijo que había acabado conmigo, a tomar por culo Kevin dijo y yo pensé ¡y a ti que te jodan!, maldito cretino de todos los demonios. Como si a mí me importara un pimiento trabajar en la asquerosa cantera. Como si él me importase lo más mínimo, era lo que quería decirle, aunque no se lo dije. Me rompió la cara una vez con el revés de la mano, cuando tenía cinco o seis años. No cometes esa equivocación dos veces.

De todos modos es un hecho… yo quería que mi padre me mirase con mejores ojos. Incluso que me quisiera, no lo sé. Siempre quieres lo que no puedes tener. Lo deseas tanto que llegas a saborearlo. Mi madre y mi abuela… es verdad que me quieren, pero me importan mucho menos. Tu madre siempre te quiere, ¡vaya cosa! Es como cuando te metes la mano en el bolsillo y encuentras un pañuelo de papel con el que sonarte; te suenas y no vuelves a pensar en ello. No piensas *Vaya suerte que tengo con ese pañuelo de papel, porque de lo contrario tendría que sonarme con los condenados dedos.*

La verdad es que mi padre se avergüenza de mí. Ha visto las fotos en el periódico sobre el santuario de Forked River, un santuario en honor de Kevin Orr, que tenía diecisiete años cuando se murió. Mi padre aparta la vista, no lo quiere ver. No vino al funeral, no sabe dónde está enterrado mi cuerpo. No vendrá nunca al santuario porque no quiere hablar conmigo. Con mi muerte ve acercarse la suya. Creo que es eso. Juraría que es eso lo que le pasa. No lo reconocería nunca, desde luego. Se emborracha y dice *Ese crío estúpido. No se le ocurrió ponerse el cinturón de seguridad, y ahora está pero que bien jodido.* Hay una cosa que es un desastre en todo esto, una cosa de la que mi padre se da cuenta. Y explica que mi

padre se emborrache cuatro noches por semana. El desastre de que un hijo se vaya primero. Eso está mal. Es una violación de la naturaleza.

Es como si lo hubiera hecho aposta. Tirar su vida por la ventana.

Es como si lo hubiera hecho para darme en las narices. El muy imbécil.

Era muy joven, solo tenía diecisiete años. Hacía muy poco que había cumplido años, a final del verano.

Kevie no era más que un crío, un crío norteamericano. Se iba a alistar en el ejército, que lo habría zarandeado un poco, que le habría hecho madurar, si es que no lo mataba antes. Pero se ha matado él solo sin ayuda de nadie.

Groppel se presentó con tres chicas. Las trajo en coche a Forked River. Tres chicas, el pelo agitado por el viento. Pelo liso, rubio ceniza, rubio tirando a pelirrojo y castaño con mechas. Janey Bishop, Melanie Trahern y Maggie Jones. Groppel no era amigo mío, se creía superior a mí, supongo. El curso pasado nos llevábamos bien, luego algunos tipos se interpusieron. El entrenador nos hizo competir. No sé qué fue lo que pasó. Al ver aquí a Groppel, con su parka de nailon, las manos hundidas en los bolsillos y con la capucha tapándole la cabeza porque estaba tratando de que no se le vieran las lágrimas, sentí —imagino— algo así como amor… quería darle un golpe en el brazo, solo por divertirme, para que los dos nos sintiéramos a gusto. Quería aporrearlo y darle patadas, oye, Groppel, cabronazo, ¿qué coño estás haciendo aquí? Me traía algo, una figura de plástico, un superhéroe, Spiderman, de pequeños intercambiábamos eso tebeos. En el colegio Groppel iba con otra pandilla. Se preparaba para la universidad. Estudiaba álgebra. Más o menos fingía no verme en las escaleras del instituto. En una ocasión hice como si yo tampoco lo hubiese visto y le di un buen empujón con todas las de la ley; se habría caído de bruces y roto esos dientes suyos de conejo de no ser porque estaba preparado, se agarró a la barandilla y consiguió no caerse. Medio rodó escaleras abajo, de todos modos, mientras la gente nos observaba sin perder detalle, emocionada, pero él se limitó a seguir adelante, salió disparado y

solo dirigió una mirada por encima del hombro hacia donde estaba yo, a mitad de la escalera *De acuerdo, Kevie. Tú vas por tu lado y yo por el mío.* Las cosas pasaban así con mucha frecuencia —alguien de quien había sido amigo me dejaba plantado, como que yo le daba miedo— lo que de verdad me sienta como un tiro. A veces me daba cuenta pero no decía nada.

Se ha presentado también uno de mis profesores, el señor Cranden, de estudios sociales. Hizo fotos del santuario. Se arrodilló, examinó las fotos plastificadas. Las plumas, los espejos, las polveras de las chicas, espejos de mano con marcos de nácar. Tarjetas del día de San Valentín, tarjetas grandes de las que venden en los supermercados, corazones rojos de satén, desteñidos por la humedad y el sol, rasgados ya, casi sin color. Encaje de papel, cintas, cruces, cuadros de Jesucristo, botas de excursión (¿para que se pensara que eran mías? No lo eran pero se parecían), guantes, fotos de soldados del ejército de los Estados Unidos desfilando. El viento se lleva algunas de las cosas que no están sujetas al árbol. Hay una buena cantidad de basura junto a la carretera. Algunos chavales vienen aquí, retiran otras fotos y dejan las suyas. Chloe viene por lo menos una vez a la semana y me deja cartas. Las chicas me escriben cartas, rollitos de papel atados con cintas. Colgados de hilos.

¿Kevie? ¡Estás aquí? Hola, Kevie…
Oye, te echamos de menos, Kevie. Te echamos mucho de menos.

Puedes reducir tu vida a las equivocaciones que has cometido, esas que a la larga terminan por atraparte y acaban así, en el santuario de la carretera de Forked River. Con el viento existe el peligro de que la mayor parte de las cosas salga volando. Ráfagas con la fuerza de un huracán. Cielo oscuro hasta más no poder y lo mismo las nubes. Hubo un patinazo escalofriante, un ruido de neumáticos sobre el asfalto. Choque ensordecedor, pero yo ya me había ido, creo. Cristales hechos añicos, metal retorcido y la columna del volante agujereándome la tripa, la columna vertebral, aplastándome las vértebras. El cinturón de seguridad no hubiese

cambiado las cosas, ciento veinte kilómetros por hora al iniciar el patinazo. Para chocar primero con el quitamiedos y después con los árboles. Y una vuelta de campana tras otra hasta llegar al cauce seco del río. Fue como un vídeo que se pudiera ver una y otra vez en YouTube, pongamos por caso. Un millón de visitas. Se puede ver ahora. Es siempre ahora. El todoterreno se dobla como algo hecho de hojalata. Las portezuelas se abren de golpe, mis amigos salen despedidos. Si no nos hubiera pasado nada, habría sido tan condenadamente divertido como la serie de televisión *Jackass: No trates de hacerlo en casa.*

Yo sangraba por mil heridas. No era capaz de gritar Dios, no quiero esto, no es esto lo que quiero, ayúdame, Dios. No era capaz de hablar, la boca llena de tierra y de sangre.

El cerebro lleno de sangre. Saliéndoseme por los oídos y por los ojos. Por la boca que nunca volvería a hablar.

Hoy es un día ventoso y soleado pero frío. La gente se siente bien viniendo aquí. Ya no son tantos como al principio pero no importa. Es una señal de que a Kevie se le quería. Las chicas vienen todavía y traen amigas que no me conocían. Mi padre sigue sin venir, se ha mudado al norte de Nueva Jersey. Mi madre y mi abuela, en cambio, perseveran. Rezan por mí en la iglesia…, es algo por lo que pueden rezar. Pero otras personas se sienten a gusto viendo las cosas simpáticas en el árbol, las flores de plástico, las cintas y los corazones. Corazón de papel de estaño, con encaje de plástico. Kevie te queremos. Descansa en paz Kevie que Dios esté contigo. Alzan la cara hacia las ramas más altas del árbol. Algunas de las chicas limpian los excrementos de pájaros. Y la lluvia mantiene bastante pulcro el santuario. Es como si vieran aquí lo mejor de sí mismas. En los espejos se miran a hurtadillas. A veces se dan un susto un poco extraño: tienen la impresión de que Kevie las está mirando desde el espejo.

Se olvidan de que yo era el chico que la cagó por todo lo alto. Todas las cosas serias que intenté las eché a perder. De eso ahora

no se acuerdan. (La mayoría no recuerdan nada.) Es agua pasada. Ya no importa. Se están olvidando de mí, de cómo era en realidad. Se acuerdan del muchacho que se mató. Se acuerdan del muchacho para el que la gente ha hecho un santuario. Ha salido en la televisión y en los periódicos. *Forked River crea un santuario junto a la carretera para un conductor de menos de veinte años que se mató en un accidente. Los adolescentes del instituto de Forked River mantienen un santuario para Kevin Orr, de la promoción de 2009.*

En el amor auténtico, como en las relaciones sexuales, siempre hay uno que saca más provecho que el otro y se podría decir que está utilizando al otro, porque no le importa tanto. Yo era siempre ese chico, y por eso mismo les gustaba a las chicas, me imagino: todas pensaban que eran las que habían logrado que Kevie Orr se hiciera mayor. Me parece que estoy creciendo ahora, después de haberme «ido». Ya sé que eso es endemoniadamente raro, pero siento que mi espíritu se refina. Al igual que, en la cantera, el mármol se separa de la roca que lo rodea. Mis huesos, desintegrados, vuelven al polvo en el cementerio de la iglesia. Mi cráneo, con agujeros en lugar de ojos y con una boca como de Halloween. No es ahí donde estoy yo, sino *aquí.*

Tu cuerpo no es donde estás, después de que te hayas ido. Tu sitio particular es donde has muerto, «desaparecido». Cuánto vaya a estar aquí depende de vosotros, del tiempo que vuestro cariño mantenga este santuario.

Mi vida de mierda. Casi toda ella nada más que una porquería, es cierto, pero la echo de menos. Pasaría tiempo con mi padre en la casa de los crepes, los viernes, y me limitaría a reír y a estar tranquilo, viendo partidos en la televisión. Fue una equivocación que quisiera conseguir más de él. Y Teddy, ¿por qué tendría que estar celoso de mi hermano menor? Va a tener que caminar algo así como torcido toda la vida, dijo el traumatólogo, por la manera en que se torció la rodilla y cayó encima con todo su peso y con parte del mío.

Teddy me perdona. Supongo. Teddy no ha superado nunca la muerte de su hermano mayor. Se droga, fuma porros, se junta con perdedores, perdedores sin remedio.

Aquí pacen los ciervos. Al atardecer se acercan al árbol. Se han comido los tacos, las patatas a la inglesa. Hociquean buscando comida. Tienen ojos grandes, muy hermosos. Parecen verme sin perder la calma. Dan coletazos veloces con el rabo blanco. Espantan las moscas. No les doy miedo. Notan mi presencia pero como estoy muy quieto, soy tan transparente como un vapor y no huelo a nada, no me ven como enemigo suyo. Se acercan sin miedo. Es muy grande la felicidad que encuentro en eso. Solo hace un año hubiera querido cazarlos. Ahora su compañía me llena de paz. Nunca estaba quieto mucho tiempo, impaciente en mi pupitre en el instituto, tenía por fuerza que acelerar el motor de cualquier vehículo, necesitaba moverme. Mis fotos de niño están clavadas en el árbol, plastificadas. Fijadas al tronco con tachuelas. El sagrado corazón de Jesús brilla en la oscuridad.

Ahora soy feliz, creo yo.

Os quiero y os bendigo a todos.

Los payasos

Él dijo:

—¿Oyes…?

Ella escuchó. Acababa de salir para reunirse con él en la terraza de detrás de la casa.

Anochecía: por los alrededores se apagaban ya los cantos de los pájaros. Una bandada de aves de lustrosas alas negras se había ido ya, después de apoderarse de una zona accidentada del jardín durante casi todo el día. A medio kilómetro, en el lago, invisible desde su terraza, los gansos del Canadá y otras aves acuáticas emitían de cuando en cuando los gritos quejumbrosos asociados con la noche.

En un primer momento la mujer solo oyó a las aves acuáticas. Luego empezaron a llegarle, desde muy lejos, lo que parecían voces.

—Nuestros vecinos. Deben de ser los de West Crescent Drive.

El marido hablaba sin dar mayor importancia a sus palabras. No era normal que reparase en los vecinos a no ser que les causaran molestias, algo poco habitual en Crescent Lake Farms. Parecía desconcertado, pero no enojado.

No habían visto nunca a aquellos vecinos. Quienesquiera que viviesen al otro lado de la zona arbolada eran unos desconocidos para ellos. No había motivos para que ni el marido ni la mujer pasaran por West Crescent Drive, dado que no era nada accesible desde la calle cortada, al final de East Crescent Drive, donde vivían ellos: se necesitaría hacer un recorrido tortuoso y retorcido hasta Juniper Road, que atravesaba la «urbanización cerrada» —rural y suburbana a medias— llamada Crescent Lake Farms, seguir cerca de un kilómetro hacia al norte por esa carretera, para luego torcer hacia el interior del barrio residencial y, otra vez por calles estrechas y llenas de curvas, llegar a West Crescent Drive.

¡Parecía de verdad un laberinto! Crescent Lake Farms no era una zona residencial acogedora para extraños. Resultaba muy fácil perderse en una verdadera maraña de calles, callejones, «caminos» y «rotondas», porque la urbanización había sido diseñada para desanimar a los simples curiosos.

La propiedad del matrimonio, de más de una hectárea, no incluía un acceso al lago artificial, ovalado, que daba nombre a la urbanización. Pero un arroyo serpenteante la atravesaba hasta desembocar en el lago, a poca distancia.

—Parecen *jóvenes.*

La esposa oyó lo que sonaba como una suave risa gutural y satisfecha. Aquella risa le resultó en extremo perturbadora, como si sus vecinos de West Crescent Drive estuviesen muy próximos y no a medio kilómetro, como mínimo.

Se quedaba uno mirando la densa masa de árboles, esperando ver allí figuras humanas.

—Sí. Y felices.

La esposa había traído bebidas para los dos: whisky y agua para el marido y un refresco con sabor a limón para ella. Además de un cuenquito de plata con pistachos, el fruto seco preferido de su marido, que se los comía con ansia y haciendo bastante ruido. Seguía pendiente, sin embargo, del denso grupo de árboles que atravesaban, insinuantes, las voces y las risas.

No era muy distinto de oír voces a través de una pared. Resultaba íntimo, tentador. Se oían las cadencias musicales pero no palabras concretas.

Durante los meses de buen tiempo, el aperitivo en la terraza de detrás de la casa era parte del ritual previo a la cena. Aunque el marido ya no hacía el viaje diario de cuarenta minutos hasta Investcorp International, Inc., la empresa situada en Forrestal Village, junto a la Interestatal I, en donde había dirigido durante los últimos diecisiete años el Departamento de Matemáticas Aplicadas y Procesos Computacionales, el matrimonio no había cambiado el ritual.

Llevaban casi treinta años viviendo en la amplia casa de madera de cinco dormitorios sin que, durante aquel tiempo, se hubieran

producido cambios importantes en Crescent Lake Farms, una de las «urbanizaciones cerradas» más antiguas y más prestigiosas del norte de Nueva Jersey.

Existía una lista de espera para candidatos a propietarios. En otros lugares era difícil vender fincas, pero no en Crescent Lake Farms.

La esposa se dijo *Aquí estamos protegidos y somos muy felices.*

Pensativo, la cabeza ladeada en dirección a la concentración de árboles, el marido terminó su whisky. Las voces continuaban, suaves, insinuantes. Cuando se produjo, a poca distancia, una repentina pelea entre los gansos, con abundantes graznidos, los sonidos más discretos quedaron ahogados.

En cualquier caso era hora de entrar en la casa para la cena, que —en el horno y en el microondas— estaba ya más o menos lista para servir. Y sobre la encimera de la cocina descansaba una generosa cantidad de la ensalada preferida del marido, con queso feta, rúcula, aguacate y tomates *cherry,* en un reluciente cuenco de madera.

—Creo que también ellos han vuelto a entrar en su casa. Allí.

Sin atreverse apenas, la esposa tocó la mano del marido, que no la giró para apoderarse de la suya de manera instintiva, como solía hacer; pero tampoco la apartó, como hacía otras veces, no con brusquedad ni descortesía, sino medio distraído.

La esposa parecía tener razón: las voces de sus vecinos se habían apagado. Todo lo que se oía ya eran los graznidos pendencieros de las aves acuáticas y, sorprendentemente cerca, en el arroyo que pasaba por su jardín, los vehementes cantos primaverales de las ranas.

—¿Por qué no entras, cariño? Ya es tarde —dijo ella.

Etéreas y melódicas las risas en las noches de verano.

De cuando en cuando el marido y la esposa casi podían oír, al otro lado de los árboles, un delicado tintineo de cristalería. ¿Copas para vino? Y de cubertería.

Los *vecinos al otro lado de los árboles* cenaban con frecuencia al aire libre. Hablaban en voz baja y como en susurros, sin palabras

que se oyeran con claridad, pero los sonidos eran, sin confusión posible, sonidos felices.

—Escucha. ¿No es un bebé? ¿No lo crees tú?

La esposa oyó algo un poco distinto, una noche de junio. Un dulce sonido arrullador, ¿no era eso? Apenas discernible más allá de los gritos nocturnos de las aves acuáticas en Crescent Lake y de los gruñidos guturales de las ranas toro entre la abundante hierba de su jardín.

El marido escuchó, dejando por un momento de masticar sus pistachos.

—Quizás.

—Aunque nunca habíamos oído llorar a un bebé.

La esposa sonaba nostálgica. Sus hijos habían crecido y habían abandonado la casa de East Crescent Drive, 88, hacía ya muchos años.

La esposa estaba pensando *Es probable que cenen con luz de velas. Sus rostros se reflejan en una mesa de hierro forjado con tablero de cristal, que descansa sobre una terraza de piedra como la nuestra.*

Si el *marido al otro lado de los árboles* rozaba la mano de la *esposa al otro lado de los árboles,* ella no podía verlo. Si la *esposa al otro lado de los árboles* hacía una pausa para coger en brazos al bebé, y besarlo en su chata naricilla, tampoco podía verlo.

—Un bebé *lloraría.* De manera que quizás no sea un bebé.

Pero el suave sonido arrullador persistía. Y voces de adultos y risas guturales. El marido y la mujer escuchaban con gran atención, inmóviles en su terraza.

Ahora tenían por costumbre comer fuera. En el pasado al marido no le gustaba porque le parecía demasiado *rústico.*

A la esposa no le importaba el esfuerzo extra de llevar las cosas desde la cocina y tener que recogerlas después. Disfrutaba con el aspecto romántico de las comidas en la terraza de atrás, en compañía, a poca distancia, de sus misteriosos *vecinos al otro lado de los árboles.*

Porque, desde su jubilación, el marido estaba a menudo muy callado. La esposa se sentía sola pese a decirse una y otra vez *¡No*

seas ridícula! No es verdad.

Resultaba extraño que, en el pasado, no se hubieran percatado en absoluto de la presencia de aquellos vecinos. ¿Era posible que una nueva familia se hubiese mudado a la casa de West Crescent Drive?

Otros vecinos más próximos, que vivían en East Crescent Drive, eran por supuesto más visibles y en ocasiones más molestos; durante el verano celebraban con frecuencia fiestas muy concurridas, fiestas de cumpleaños para niños, con globos atados a los buzones de correos, o reuniones políticas para recaudar fondos que provocaban la aparición de hileras de automóviles a ambos lados de una carretera ya de por sí estrecha. Pero en conjunto, Crescent Lake Farms era un lugar tranquilo. En el manual para propietarios, *perturbar la calma y la privacidad de nuestros vecinos* quedaba taxativamente prohibido.

Y las fincas eran grandes, más de una hectárea como mínimo. De manera que tus vecinos no eran ineludibles, como sucede en un entorno urbano.

La esposa recordó de pronto que durante Pascua, en una tarde de domingo más calurosa de lo normal, cuando su hija Ellen había venido a visitarlos con sus dos hijos pequeños y estaban paseando por el jardín trasero, había oído un sonido inusual a través del bosquecillo: podía tratarse de una voz de mujer, aunque tan melodiosa como para parecer música, pero apenas audible, y se apagó muy pronto. En aquel momento no había sabido lo que era, dando por sentado que procedía de sus vecinos de East Crescent Drive, 86, y no le había prestado mucha atención.

El marido no había advertido entonces la voz femenina. Su hija, distraída con sus hijos pequeños, tampoco.

—Esta casa es muy agradable —había dicho Ellen—. ¡Tengo tan buenos recuerdos! Es una pena que, casi seguro, acabéis por venderla…

¿Venderla? La reacción de la esposa fue de consternación, pero no miró a su marido, sabiendo que le habría dolido la observación, la falta de tacto de su hija.

—… me refiero a que es demasiado grande. Y debe de costar mucho mantenerla, sobre todo en invierno…

El marido siguió andando sin decir nada, y con gesto severo, en dirección al límite de su propiedad, donde había un portón que apenas usaban y que daba a una tierra de nadie: una zona muy arbolada perteneciente al municipio de Hecate y no a propietarios privados.

La esposa se había avergonzado de la grosería del marido, aunque también a ella le había ofendido la afirmación de Ellen y no quiso pensar en que sus otros hijos hicieran también cálculos sobre su futuro.

La esposa se quedó con su hija y con sus nietos, unas criaturas llenas de vida, hablando de otras cosas.

La esposa se acordaba ahora de aquel incómodo episodio. Y de la manera en que su hija había cogido en brazos a uno de los niños, llena de confianza y alegría. Al escuchar el dulce arrullo del bebé de los vecinos semanas más tarde, sintió una punzada como de quien ha sufrido una pérdida.

Riñendo a la hija para sus adentros *¡Pero si aquí somos muy felices! ¿Por qué íbamos a tener que pensar en marcharnos?*

—¿Qué ha sido eso? —el marido estaba desconcertado.

La esposa escuchó: un sonido suave, pero brusco, como de madera contra madera; tuvo el convencimiento inmediato de que no lo había oído nunca.

Era una mañana de mediados de junio. Marido y mujer leían en la terraza el periódico dominical, agitado por la brisa. La esposa se disponía a recuperar unas cuantas hojas que se habían escapado de los dedos del marido y habían volado hasta unos arbustos cercanos.

—¿Viene de… *allí*?

—Creo que sí.

—¿Algún tipo de… arreglo? ¿Un martillo golpeando sobre madera?

—Un martillo, no. Me parece que no.

Escucharon. Llegó de nuevo el sonido brusco, un *crac,* aunque casi inaudible.

Los dos miraban a los árboles. Pinos, plantas caducifolias cuyos nombres no conocían: ¿hayas?, ¿robles? Más allá de su alambrada de dos metros de altura había una densa jungla de maleza,

arbustos, árboles bien desarrollados. Aunque el bosque no fuese muy ancho, cuatrocientos metros o menos, para sus ojos resultaba tan opaco de día como de noche.

La esposa suponía que su propiedad quedaba separada de los *vecinos al otro lado de los árboles* no por una sino por dos alambradas. Porque también la otra finca estaría vallada.

En los terrenos propiedad del municipio de Hecate había una franja intermedia que se mantenía segada durante el verano, de unos quince metros de anchura, más o menos, por donde pasaban los cables de la electricidad.

El marido y la mujer no habían caminado nunca a lo largo de aquella franja. La esposa conservaba un vago recuerdo de malas hierbas puntiagudas y suelo pantanoso. Nada parecido a la grama de los prados, segada con mucho esmero, que era el césped preferido en las fincas de Crescent Lake Farms.

Años atrás, cuando paseaban con más frecuencia y a menudo cogidos de la mano, habían recorrido parques y sendas para excursionistas, pero sin explorar nunca la zona de detrás de su casa, que no parecía acogedora para parejas de caminantes.

La esposa daba por sentado que habría carteles en aquel bosque, como en otros sitios de la urbanización, en los que se prohibía *entrar a personas no autorizadas y cazar con armas de fuego o con arco.*

El ciervo de Virginia de cola blanca habitaba en los bosques de Crescent Lake Farms. De cuando en cuando, por muy vigilante que fuese la actitud de los propietarios, por altas que fuesen las alambradas, los ciervos lograban colarse por la noche y hacer estragos en los jardines.

Años atrás la esposa había visto diezmadas sus rosas. Lo mismo que su huerta, cultivada con tanto cuidado, e incluso sus macetas de geranios. Pero el marido se había ocupado de que se reparase la alambrada y ningún ciervo había vuelto a entrar.

¡Crac! Un sonido ligero, como de un golpe de refilón.

Algo del todo desconcertante. Al mismo tiempo cortante y apagado. Un sonido que parecía *juguetón,* pensó la esposa.

El marido había dejado de leer el periódico. La política del momento le enfurecía: incluso cuando el poder estaba en manos de

los políticos que él apoyaba, y la oposición parecía estar fallando, era tanto lo que le resultaba vil, vulgar, engañoso e inane en la esfera política, que amenazaba con dejar de votar de una vez por todas.

El marido, que en su vida profesional se había ocupado de algoritmos y de ecuaciones de extraordinaria complejidad, sabía lo poco de fiar que era el tipo de burdas encuestas que recogían los medios de comunicación, así como los «estudios estadísticos». El marido hizo el desencantado comentario de que *más o menos el cuarenta por ciento* de lo que se publicaba en el *New York Times* utilizando llamativos términos cuasicientíficos o económicos era invención de los investigadores.

—Solo las personas ingenuas se toman en serio las encuestas. La publicación de una encuesta es una estratagema con la que se intenta *persuadir a los lectores.*

Después de obtener sus títulos en Harvard, el marido inició su carrera en un centro de investigación matemática de Cambridge, Massachusetts. Luego lo contrataron en otro de investigación médica de White Plains en Nueva York. A continuación, pasó a trabajar para un fabricante de productos farmacéuticos de Princeton, Nueva Jersey, donde había desarrollado algoritmos que pronosticaban de manera brillante las compras de los consumidores. Para la época en que se trasladó a Investcorp International, Inc., su trabajo en computación matemática era tan complejo, que la esposa no tenía en realidad conocimiento alguno de las actividades de su marido ni de cómo se relacionaba con el *mundo real.*

—¿Qué es lo que *hace* papá? —era la pregunta que formulaban sus hijos uno tras otro.

La esposa se acordaba de cuando su joven marido explicaba emocionado su trabajo a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle. Pero en años recientes, nunca.

Había dejado de preguntarle. La mayor parte de su vida estaba tan separada de la de su mujer como si cada uno flotara sobre un témpano de hielo, moviéndose en la misma dirección, pero sin dejar de distanciarse de manera inevitable.

—Algo que golpea contra algo…, eso es lo que estamos oyendo. Suena como madera.

—¿Cróquet?

El marido sintió admiración por su mujer, que había resuelto el misterio.

—¡Claro, por supuesto! Un juego de jardín de lo más civilizado: *cróquet.*

No les importó el seco *crac* del mazo contra la bola, porque el sonido les llegaba apagado por la distancia, como las voces y las risas de sus vecinos.

—Nunca he jugado al cróquet, ¿y tú?

—Hace muchísimo tiempo. En la casa de mis abuelos en Nantucket.

La esposa hablaba con melancolía. El marido con nostalgia.

—¿Crees que tienen invitados? ¿Que están jugando al cróquet con sus huéspedes?

Escucharon. Era imposible comprobarlo dado que solo les llegaban murmullos casi inaudibles.

La esposa entornó los ojos. A media luz, figuras elegantes, vestidas de blanco, empuñaban mazos, golpeaban bolas de madera pintadas de colores y las hacían avanzar por la hierba hasta pasarlas bajo arquitos de alambre.

La mujer, o las mujeres, llevaban faldas largas. Los hombres, chaquetas y pantalones blancos.

—Me gustaría volver a jugar al cróquet. ¿Y a ti?

—Sí. Me encantaría jugar al cróquet contigo.

Se sonrieron. La esposa tuvo ganas de apoderarse de su mano y besársela.

En el dorso de las manos de su marido, moratones del color de las uvas. Tenía la sangre poco espesa: sangraba con facilidad por debajo de la piel. Se medicaba para corregir una tensión arterial demasiado alta.

—Podríamos comprar un equipo por Internet, quizá. Dudo que en el pueblo vendan equipos de cróquet.

—Sí. ¡Vamos a hacerlo!

Se dieron cuenta de que la partida de cróquet al otro lado de los árboles tenía que haberse terminado mientras ellos hablaban. No quedaba el menor vestigio de luz: era noche cerrada.

Los árboles más allá de su propiedad se habían convertido en una sólida masa oscura, algo así como una boca gigantesca.

Muy en lo alto, una luna desdibujada emitía una luz insuficiente.

—Cariño, ven.

La esposa llamaba emocionada al marido, que estaba trabajando en su *oficina* del primer piso, con ventanas a la fachada de la casa.

Aunque ya no tenía un despacho en Investcorp International, Inc., su despacho seguía siendo su *oficina*.

—¡Date prisa, cariño! Hazme el favor.

Era mediodía. Por entre los árboles de detrás de su propiedad les llegaban retazos de música dulce y delicada, cautivadora. En un primer momento la esposa había supuesto que aquel sonido tan exquisito era el canto de una especie de aves poco corriente, pero al escuchar con más detenimiento y concluir que el sonido le llegaba *del otro lado de los árboles,* comprendió que no se trataba de ningún pájaro.

—Creo que alguien está tocando el violín. Quiero decir que no es una grabación ni la radio, es una persona de carne y hueso.

El marido había salido a la terraza, el ceño fruncido. Parecía molesto por la interrupción cuando estaba en su escritorio, pero se inclinó sobre la barandilla para escuchar.

—¿Quizás un niño? ¿Estudiando su lección?

El marido volvió a fruncir el ceño, ladeando la cabeza.

—No estoy seguro de oír nada, creo que el *violín* te lo estás inventando.

Escucharon, prestando gran atención. Pero lo que les llegó, desde la calle delante de la casa, fue un repentino clamor de música de rock, de una de las condenadas furgonetas de proveedores o de las camionetas de repartos que tanto abundaban en su barrio.

—Estoy segura de haber oído… algo; no era música ordinaria, sino algo especial.

La esposa lo sabía: formaba parte de las costumbres de la casa no interrumpir a su marido cuando estaba trabajando en su *oficina*. Sus hijos no se habían atrevido jamás.

La esposa, deseosa de disculparse, dijo que podía estar equivocada. Sentía haberlo distraído y sabía que si admitía su error de inmediato, no se enfadaría con ella.

—No he oído nada. Ni por lo más remoto un *violín* —estaba diciendo, enfurruñado.

Volvió a entrar en la casa. Ella siguió escuchando, expectante.

Pero no oyó más notas de «violín». Quizás el sonido había sido el canto de un pájaro, después de todo.

O la sangre latiéndole en los oídos. Martilleándole el corazón.

Era eso lo que había estado oyendo… ¿o no?

Llevaban casados cerca de cuarenta años, durante los que no habían dejado de estar casados ni una sola hora.

El marido había sido «infiel», casi con toda probabilidad. En viajes de negocios. En las «convivencias» de la compañía en Palm Beach, Key West, Bermudas y San Bartolomé, Costa Rica y México, a las que no se invitaba a las esposas.

Pero todos aquellos viajes eran cosa del pasado. Del último hacía varios años. La esposa había dejado de pensar en aquellas humillaciones como se deja de pensar en una enfermedad, penosa pero no mortal, de hace mucho tiempo.

El marido era ya un animal doméstico, reducido a su casa y a la compañía de su mujer. Y a sus contactos por Internet, en su *oficina.*

La esposa no le había sido infiel. Con ningún hombre, con ninguna persona concreta.

En su corazón. En la misteriosa y nada caritativa manera de ser del corazón.

Pero lo quiero. Eso no cambiará nunca.

—¡Escucha! Un perro.

No con frecuencia, pero en algunas ocasiones, cuando los *vecinos al otro lado de los árboles* parecían estar en su jardín trasero o en su terraza —adultos y un niño, o varios niños— les llegaba el sonido de un perro que ladraba: nada que se prolongara mucho, ni que resultase molesto, solo dos o tres ladridos breves y después silencio.

Un perro con cierta prestancia, pensaba la esposa. Un pastor alemán o *border collie*. O uno de esos elegantes perros de pelo largo de los que siempre se imaginaba propietaria: un afgano.

—Creo que tendríamos que hacernos con un perro, cariño. Todo el mundo dice…

—Los perros tienen demasiadas necesidades y exigen mucho. Hay que sacarlos a pasear dos veces al día.

—Una vez al día, me parece.

—Dos.

—Puede que dependa de la raza.

—*Dos.* Y no tengo tiempo.

Te has jubilado. Tienes todo el tiempo del mundo.

—Sería una compañía estupenda para los dos. Y haría de perro guardián, además.

El marido se rio de la manera en que su mujer había dicho *perro guardián.*

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

La esposa quería reírse con él, pero el marido se había vuelto para mirar algo más allá de los árboles y parecía que no la había oído.

—Escucha: ¿es… Satie?

Esta vez no había posibilidad de equivocarse, oían música procedente del otro lado de los árboles: música de piano.

Escucharon con los cinco sentidos, en la terraza.

—Música de piano, sin duda. Y es notable lo cerca que suena.

—Alguien está tocando un piano de verdad. Pero no es un niño, tiene que ser una persona adulta. Alguien que lleva años tocando.

La *esposa al otro lado de los árboles,* pensó ella, que había recibido lecciones de piano durante diez años, de muy joven, pero que no había vuelto a tocar en serio desde hacía más de veinte.

¡Música deliciosa! Apenas audible, al atardecer.

Mezclada con los sonidos de las aves acuáticas en el lago y de las ranas y los insectos nocturnos en la hierba.

Las notas poéticas y majestuosas de Erik Satie. La esposa se conmovió mucho… era *su música,* la que había tocado en la universidad con un enorme placer ante su profesor de piano.

Tenía talento, había dicho él. Por debajo de sus palabras, la sutil advertencia de la que no debía darse por enterada, ante el temor de que los dos se sintieran incómodos: *Pero no lo bastante.*

Lo sabía, lo entendió y lo había aceptado. *Lo más posible es que hayas llegado ya hasta donde eres capaz. No te hagas ilusiones, solo serviría para sufrir a la larga una decepción.*

Desde aquel momento su vida había sido una lucha sistemática contra el *engaño.* Se convenció de que aquello era madurez, lucidez. Se había casado con su marido a sabiendas de que no la podía querer tanto como ella a él, porque no estaba en la naturaleza del varón amar con generosidad y sin restricciones, como era su caso. En materia de emociones, su marido había *llegado hasta donde era capaz.*

A pesar de eso le entregaría su cariño y sin duda se casaría con él. Porque estaba deseosa de casarse. No quería seguir soltera. No quería estar llamativamente *sola.* Y fueran cuales fuesen las consecuencias de aquella decisión, se juró que no se arrepentiría.

Había querido a sus tres hijos (aunque no por igual). Ninguna madre puede evitar querer a un hijo por encima de los demás, como ningún hijo puede evitar querer a un progenitor más que a otro.

Antes de casarse, a los veintitrés años, había vivido su única gran aventura sentimental, que le ocuparía el corazón toda la vida. Aquel recuerdo había cristalizado en su interior como un secreto, insoluble como un mineral. Se diría que su identidad como persona se había formado a su alrededor, recubriéndolo. Y era algo que no revelaría nunca.

La música de Satie hizo que se acordara. Las lágrimas se le agolparon, pero su marido no se daría cuenta.

Gnossiennes. Gymnopédies.

Las anotaciones del compositor en las partituras eran originales, curiosas: *du bout de la pensée, sur la langue, postulez en vous-même, sans orgueil, ouvrez la tête, très perdu.*

Qué extraño le había parecido a ella, una jovencita, aquello último: *très perdu.*

—«¡Perdido del todo!»

Había hablado en voz alta. El marido la miró, algo sorprendido.

En su actitud con ella, pasaba de la crítica al desconcierto. Su matrimonio no había sido una unión de iguales.

La música de piano que les llegaba desde el otro lado de los árboles cesó; luego, al cabo de un momento, se inició lo que parecía otra obra de Satie, que solo ofrecía sutiles diferencias con su predecesora.

Pese a estar compuesta en los años ochenta del siglo XIX, la música de piano de Erik Satie sonaba contemporánea. De una extraña e inquietante sencillez, hermosa. Sin apresurarse, aunque el tiempo pasara, inexorable, segundo a segundo; en apariencia desprovista de emoción, si bien despertaba en el oyente las emociones más intensas: melancolía, dolor, pérdida.

Una reacción, quizás, contra la música romántica, con sus muchas notas en cascada y sus excesos emocionales, o contra la barroca y su feroz precisión de mecanismo de relojería.

—¿No es algo que solías tocar? —solo ahora pareció recordarlo el marido.

—Sí. Pero no tan bien —dijo ella, riendo—. Nunca toqué tan bien.

De hecho, a Satie lo tocaba muy bien. Su profesor y otros la habían elogiado, y no exageraban.

Marido y mujer no habían tenido una semana fácil: visitas a médicos, planificación de «análisis clínicos» y más citas que se alargarían hasta el verano.

La ternura del marido con su mujer era lo bastante escasa como para que ella se sintiera inquieta y dubitativa. Sabía que era por sus temores sobre el futuro, sobre el futuro de los dos.

Tiene miedo. Pero yo no debo tenerlo.

Los *vecinos al otro lado de los árboles* vivían, según suponía la esposa, en una casa que era como una réplica de la suya. Incluso idéntica: de madera envejecida de manera artificial, con contraventanas de color rojo oscuro, tejado de inclinación muy pronunciada, varias chimeneas de piedra. Garaje para tres coches. No una casa recién edificada, porque Crescent Lake Farms no era una urbanización moderna, pero sí una casa atractiva, se podría decir incluso que una casa hermosa. Y cara.

La esposa no había pasado nunca en coche por delante de aquella casa, pero había estudiado el mapa de las propiedades de la urbanización y había visto con cuánta precisión estaban situadas las parcelas, que ocupaban desde algo más de una hectárea a algo menos de dos, a ambos lados del lago artificial, y cada una de ellas con su réplica, como los dos hemisferios del cerebro humano.

La propiedad en el número 88 de West Crescent Drive era de algo más de una hectárea, como la suya. Y estaba a la misma distancia del lago, a un kilómetro, más o menos, hacia el este.

A la esposa le había fascinado, en sus años de universidad, tanto la anatomía humana como la música. Pensaba por entonces que podría —quizás— estudiar medicina, pero requisitos como la química orgánica y la biología molecular apagaron su entusiasmo.

Aun así (en secreto) seguía fascinada por las ilustraciones que representaban el cuerpo humano, su interior laberíntico pero simétrico. Sobre todo por el cerebro, el más complejo de todos los órganos.

Córtex, cerebelo, médula espinal.

Lóbulo frontal, lóbulo parietal, lóbulo occipital, lóbulo temporal.

Le fascinaba la posibilidad de la «disección»: el cuerpo humano abierto, sus secretos etiquetados. No soportaba, sin embargo, el espectáculo de un cadáver de verdad. Con toda seguridad no sería capaz de diseccionarlo.

El simple hecho de ver sangre bastaba para que se sintiera débil, a punto de desmayarse. Incluso la idea de la sangre. Era un reflejo involuntario, como las arcadas.

—¡Eh! ¿En qué piensas?

El marido la miraba, sonriendo.

—No…, no estaba pensando. Escuchaba la música.

Por un segundo había olvidado dónde se encontraba. Las inmaculadas notas del piano de Erik Satie se habían esfumado y en su lugar se oían los estentóreos gritos de los gansos del Canadá, agitando las alas y peleándose en el lago.

«Seule, pendant un instant.» «Sola, durante un momento.»

En el piano que llevaba sin utilizar la mayor parte de su vida adulta estaba tocando —intentando tocar— a Satie. Dentro de la banqueta en la que ahora se sentaba había encontrado las amarillentas páginas fotocopiadas y anotadas muchos años antes con las instrucciones, muy precisas, de su profesor.

No quería pensar *El señor Krauss debe de haber muerto. Hará ya mucho tiempo.*

Se había enamorado de él por aquel entonces. Cuán desesperada, cuán inútilmente, pero en secreto. Porque él no lo supo nunca.

El señor Krauss solo se interesaba por sus dedos. Los sonidos que producían sus dedos. En ella, como persona, apenas había reparado y había sentido muy poco interés.

Le llevaba por lo menos treinta años. Y estaba casado.

Tarareaba mientras ella tocaba, si lo hacía bien. Tarareaba casi sin darse cuenta, como Glenn Gould. Pero cuando se equivocaba en una nota o vacilaba, el tarareo cesaba con brusquedad.

Ahora había empezado con la más sencilla de las *Gnossiennes*. Su digitación era desmañada y equivocó varias notas. La claridad misma de la música era una reprimenda por su torpeza pero siguió, volvió al principio de la pieza y continuó hasta el final; y, al acabar, comenzó de nuevo y continuó hasta terminar, con menos errores. La tocó varias veces antes de pasar a la segunda *Gnossienne*. Empezó a sentir una pequeña satisfacción dubitativa que enseguida se transformó casi en júbilo, en alegría: *No la he olvidado. La música está en mis dedos.*

Siguió noventa minutos en el piano, tocando la música de Erik Satie. Le dolían los hombros. Le dolían los dedos. Le costaba leer las notas, que le parecían más pequeñas de lo que recordaba. Pero perseveró. Era muy feliz, incluso con sus dedos titubeantes. Alguien apareció en el umbral, para escuchar. Su corazón reaccionó, sintió el sobresalto. Aunque supiera que solo podía tratarse de su marido.

Esperó a que hablara. Quizás dijera *Eh, eso no está nada mal.*

O *Eh, ¿era esa la música que oíamos desde el otro lado de los árboles?*

O *Hay que afinar el piano, ¿no te parece?*

Pero cuando se volvió no había nadie en la puerta.

Bajó la tapa del teclado. Estaba emocionada y aprensiva de una manera extraña. Previó volver a tocar toda su música para piano, las muchas viejas partituras amarillentas y las fotocopias: sería como excavar en el pasado, como desenterrar otros tiempos.

Tengo la música en los dedos. Para cualquier momento en que quiera recuperarla.

—¡Escucha!

Eran poco más de las seis de la tarde. El sol del pleno verano estaba aún muy por encima de la línea de los árboles. El marido se hallaba en la terraza de detrás de la casa porque algo le había llamado la atención.

Había salido con una bebida. Tarde tras tarde abandonaba cada vez más pronto su *oficina* hasta que, aquel día, se había presentado en la terraza antes de las seis.

La esposa salió, angustiada, para reunirse con él. Le había oído llamarla y, en un primer momento, no se había dado cuenta de dónde estaba. Antes había devuelto una llamada de su oncólogo, y tuvo que esperar al teléfono varios larguísimos minutos.

Será una intervención muy sencilla. Una biopsia con anestesia local y una aguja.

El marido, abandonada la terraza, se había situado sobre el césped, recién cortado, más o menos a unos quince metros de la alambrada en torno a su propiedad.

Estaba escuchando, pero ¿qué? La esposa oyó lo que le parecieron voces familiares al otro lado de los árboles. Una cascada de risas.

Pero advirtió también la presencia de voces desconocidas, voces que, sin ningún género de dudas, nunca había oído antes.

Eran sonidos destemplados, un tanto discordantes. Risas fuertes y secas mezcladas con los ladridos de un perro, todo ello distorsionado en su trayecto a través de los árboles.

¿Una fiesta? ¿Una cena al aire libre?

Se oían también voces de niños y gritos. Y el perro que ladraba más alborotado que nunca.

—Parecen contentos.

—Parecen *borrachos.*

La esposa quiso protestar, aquello era injusto. Entendió que su marido sentía envidia. Hacía mucho tiempo que no organizaban una fiesta en su casa.

Olor a barbacoa, llevado por el aire a través del bosque. Carne picada, con su grasa animal, sobre una parrilla. Condimentos, cebolla cruda. Cerveza.

Marido y mujer tenían amigos, por supuesto. Numerosos amigos y muchos más que solo eran conocidos. Pero sus amigos eran *como ellos:* con sus mismos prejuicios políticos, con hijos y nietos, típicas quejas de propietarios, experiencias de viajes, problemas médicos. Aquellos amigos no resultaban nada halagüeños como reflejos especulares suyos.

Y los de más edad iban desapareciendo, de manera irrevocable. Algunos se habían ido a vivir al sudoeste o a Florida. Otros estaban misteriosamente enfermos. Unos pocos habían muerto: suponía siempre una pequeña sacudida darse cuenta. *Pero si no está viva ya. No hay forma de comunicarse con ella.*

La esposa había acompañado a su marido a Harvard un año antes para celebrar el cuarenta aniversario de su graduación. El marido se había citado con antiguos condiscípulos, con un compañero de habitación en una residencia universitaria, y también con «amigos» que había conservado, más o menos, a lo largo de los años, aunque apenas se habían visto en todo aquel tiempo. A la esposa le gustaron —hasta cierto punto— aquellas personas, y también sus esposas, que habían hecho un loable esfuerzo por mostrarse amables unas con otras, pese al nerviosismo de una reunión de antiguos alumnos con un horario muy estricto, además de trepidante y agotadora. En el camino de vuelta a casa, cuando la esposa comentó lo satisfecha que se sentía de ver a su marido con amigos tan antiguos —uno o dos a los que consideraba casi «como hermanos», y sin duda alguna disfrutando mucho—, él había escuchado en silencio y solo cuando ya estaban en casa, preparándose para acostarse —meditabundo, los hombros caídos y la carne flácida de la cintura y del vientre tan pálida como masa de pan sin cocer— dijo, con voz fría y sin inflexiones y sin mirar a los

ojos a su sorprendida mujer: «Si te soy franco, no me importaría no volver a verlos nunca».

Sin embargo, al oír los alegres sonidos de la fiesta *al otro lado de los árboles,* el marido, sin duda, había sentido envidia, además de manifestar su desaprobación; tenía que estar pensando, supuso su mujer, en que desde su jubilación se pasaba días, incluso semanas, sin quedar con nadie. (¿Era posible que los colegas y amigos de Investcorp se estuvieran olvidando de su marido? Las frecuentes invitaciones por correo electrónico enviadas a un grupo fijo de personas habían dejado de aparecer en su bandeja de entrada, y solo ahora había empezado él a darse cuenta. Y sus mensajes a sus antiguos colegas y amigos no recibían respuesta.)

¡Había tenido hasta hacía muy poco *tanto poder* en su departamento de Investcorp! Y ahora…

—Eso suena —dijo él— como si estuvieran arrastrando muebles para sacarlos a la terraza. ¿No te parece?

Se pararon a escuchar. A través de los árboles les llegó un ruido muy como de muebles arrastrados: muebles pesados para la terraza, de hierro fundido.

Más voces, risas. Risas roncas y otras que eran como rebuznos. La esposa estaba asombrada, sus *vecinos al otro lado de los árboles* nunca les habían parecido personas tan… sociables, por decirlo de algún modo. Hasta aquel momento les parecían una familia ideal, bien educada, reservada.

—Quizás se trate de una reunión política para recaudar fondos —dijo el marido—. Suena como si *hubiera mucha gente.*

El marido detestaba las ruidosas «recaudaciones de fondos» en su barrio. Sentía ya un desprecio tal por los políticos, incluso por los políticos conservadores a quienes se sentía obligado a votar, en un esfuerzo por mantener sus inversiones y ahorros acumulados, que la esposa evitaba tratar el tema con él.

—No me parece que sean tantos. Creo que solo se les han añadido una o dos familias más. Una barbacoa veraniega al aire libre. Me parece que solo se están *divirtiendo*.

No ladraba solo un perro, sino dos por lo menos. Y a continuación, música a todo volumen, algún tipo de rock, o ¿se trataba de «rap»?

El marido se dio la vuelta indignado y entró en la casa. La esposa se quedó unos minutos más, sin saber qué hacer, escuchando.

Cuánto ruido hacen. Pero qué felices parecen.

—Los payasos.

El marido debía de pensar en voz alta. Porque no se había dirigido a la esposa, que estaba a unos metros, con utensilios de jardinería en las manos enguantadas.

—¿Qué quieres decir con «los payasos»?

—Es su apellido: «Payasos».

—No entiendo. ¿El apellido de quién?

—De nuestros vecinos al otro lado de los árboles.

El marido hizo un gesto de repugnancia en dirección al bosque. En aquella mañana de día laborable, ya antes de las doce, llegaba un aluvión de ruidos a través de los árboles: segadora de césped, sopladora de hojas, motosierra.

La esposa dijo, titubeante:

—Pero… a todos los habitantes de la urbanización les hacen trabajos de jardinería. A nosotros nos cortan y nos arreglan el césped. ¿Cuál es la diferencia?

—Es diferente. Es mucho más *ruidoso.*

La esposa enmudeció, porque su marido estaba siendo irracional. ¿Acaso el nivel de decibelios de la motosierra al otro lado de los árboles era superior al de las que usaban los que él contrataba para podar sus árboles? (Por supuesto, cuando los profesionales trabajaban en su propiedad, un jardín con mucho césped y bastantes altibajos, ellos dos tenían buen cuidado de marcharse de casa.)

De todos modos, la esposa tuvo que reconocerlo, el ruido era excesivo para que ella —que trataba de evitar las migrañas y las náuseas que le provocaba la medicación para combatirlas— se ocupase de la rosaleda, que había sufrido el asalto de los escarabajos japoneses y necesitaba de cuidados intensivos. Tampoco podría dedicarse a eliminar, como se había propuesto, las resistentes malas hierbas que asomaban entre las losas de la terraza y que le daban un aspecto descuidado.

Demasiado ruido para que su quisquilloso marido siguiera en la terraza, a donde había traído algo de su trabajo de *oficina:* ordenador portátil, información sobre inversiones, hojas de papel amarillo en las que hacía anotaciones a lápiz.

(Cuando la esposa se interesaba por su situación económica, el marido tendía a responderle de manera cortante. Ella se daba cuenta de que «habían perdido algún dinero» en acciones, pero a decir verdad, ¿no le había pasado lo mismo a todo el mundo en Crescent Farms? La esposa no se atrevía a seguir preguntando, no fuese a ser que él lo interpretara como una crítica a su habilidad para gestionar sus finanzas y, en consecuencia, como una crítica a su hombría.)

El marido, que antes no se sentía a gusto en su *oficina,* regresó al interior de la casa. La esposa cerró todas las ventanas y puso en marcha el aire acondicionado, además de encender, en la oficina del marido, un ventilador de techo que emitía un suave ronroneo.

—Los jardineros no estarán ahí mucho más tiempo, estoy segura. Cuando acaben te ayudaré a instalarte fuera otra vez.

Él la despidió con un gesto de la mano y con una mirada —en la que se mezclaban repugnancia y desánimo— que a ella le traspasó el corazón.

—¡Malditos payasos! ¿Qué te había dicho?

Aquella vez, a media mañana, un hermoso día de finales de junio, les llegaron lo que parecían ásperas voces de adolescentes, voces de muchachos, desde el otro lado de los árboles. Y ladridos. (Dos perros: uno que se caracterizaba por un gruñido ronco y el otro, un irritable animal enano, responsable de unos aullidos agudísimos e insoportables.)

Y también les llegó, mientras escuchaban con fascinado horror, un sonido brusco de golpes contra el suelo. Plas, plas, *plas.*

—¿Juegan al baloncesto? ¿Tienen una de esas condenadas canastas portátiles en la entrada del garaje para que sus hijos puedan jugar al baloncesto?

—¡Tan pronto!

—¿Qué quieres decir con «tan pronto»?

La esposa no estaba segura de lo que había querido decir. Las palabras le habían saltado a los labios.

—Me parece que tendrían que ser niños pequeños —dijo, titubeante—. Ha sido tan reciente…

Estaba pensando *¿Qué ha pasado con el equipo para jugar al cróquet?*

Estaba pensando *¡Nos hemos olvidado por completo! ¡Nos hemos olvidado del cróquet!*

Al marido ya no le era posible quedarse en la terraza después del desayuno, cuando tenía por costumbre leer el *New York Times,* el diario que tanto le enfurecía pero al que no parecía capaz de renunciar.

(La esposa sabía que, al menos una vez por semana, mandaba coléricos mensajes electrónicos a la sección del *Times* «cartas de los lectores». Los temas abarcaban desde la política hasta el calentamiento global; desde los impuestos, el «destino de los fondos», el presidente y la esposa del presidente, hasta las «culturas enfermas» del Medio y del Extremo Oriente.)

(La esposa también sabía que había enviado violentas quejas a la Asociación de Propietarios de la urbanización. Asimismo había tratado de llamar por teléfono, pero solo le permitían dejar un mensaje que nunca recibía contestación. En cuanto a las quejas por correo electrónico, la respuesta era automática, con la promesa de «examinar el problema».)

En los días que siguieron, de manera intermitente e imprevisible a lo largo de la jornada, les llegaba el sonido de adolescentes jugando al baloncesto, poniendo música rap a todo volumen e intercambiando gritos destemplados. Parecía evidente que los hijos de los payasos tenían visitantes: los chillidos eran muchos y en ocasiones las distintas voces de los jóvenes resonaban con gran nitidez.

Sin palabras, solo sonidos. Sonidos un poco salvajes, chillones, ordinarios.

Y los ladridos de los perros, que continuaban después de que los jóvenes se marcharan, con frecuencia incluso de noche.

(¿Ataban a los perros en el exterior? ¿No había otros vecinos a los que también molestaran? ¿Cómo era posible que los *vecinos al otro lado de los árboles* no los oyeran y padecieran la molestia también ellos?)

(¿No era crueldad con los animales tenerlos atados fuera? ¿Hacer caso omiso de sus ladridos durante la noche?)

A la esposa y al marido les asombraba lo fuertes que eran aquellos ruidos; qué *cerca se los oía.*

—Es como si estuvieran aquí al lado. No serían más intensos si estuviesen todos dentro de casa.

—Quizás… deberíamos marcharnos. Antes de agosto.

Habían planeado pasar dos semanas en Nantuket durante el mes de agosto: en una casa alquilada, a la orilla del mar, un lugar al que volvían verano tras verano. Pero al marido le enfureció la idea de que *los vecinos los echaran de su propia casa.*

—No querría darles esa satisfacción.

—Pero si no saben nada de nosotros… no *nos* conocen.

—Saben que tienen vecinos. Saben que su ruido pasa al otro lado de los árboles. ¿Y qué me dices de los vecinos de su misma calle? Cualquiera creería que ya tendrían que haberse quejado.

—Quizás lo hayan hecho. Puede que no hayan conseguido nada.

—¡Escucha! —el marido alzó la mano.

Porque ahora les llegaba el sonido de un niño más pequeño que lloraba. O gritaba. Sollozaba, gritaba, lloraba.

Otras voces infantiles, gritos. Los gritos de adolescentes de voces chillonas. Tenía que tratarse de algún tipo de juego en el que se producían contactos corporales.

Y los perros ladraban. Con más intensidad.

Marido y mujer, que habían planeado cenar aquella noche en la ciudad, se marcharon de casa antes de lo que solían. El marido apenas consiguió comer, la ignominia de que los *hubieran echado* de su propia casa le resultaba intolerable.

Menos mal que cuando regresaron se había calmado el ruido al otro lado de los árboles.

Solo aves nocturnas, ranas toro e insectos en la hierba. Y muy alto por encima de sus cabezas, la luna en cuarto menguante, curvada

como una uña.

Agradecidos y exhaustos, aquella noche marido y mujer durmieron, en sueños, abrazados el uno al otro.

—¡Escucha! —el marido tiró el periódico y se puso en pie.

Otra vez gritos infantiles. Con toda claridad, gritos de una niña. Entre los sonidos más toscos de voces de muchachos, de risas. Y ladridos de perros.

—Pero ¿adónde vas?

—¿Adónde crees que voy? A pasar al otro lado.

—Pero… ¿se puede cruzar? Creo que no.

—Suena como si se estuviera hostigando a una criatura. O algo peor. No me voy a quedar aquí tocándome las narices, por el amor de Dios.

La esposa fue tras su marido, pisándole los talones. No lo había visto tan enfadado, *tan lanzado a actuar,* desde hacía mucho tiempo.

Descendían por el jardín, en pendiente, hacia el portón en la alambrada. Les habían cortado la hierba hacía muy poco, no en franjas horizontales sino en diagonal, por toda la extensión de césped. Flotaba en el aire el olor dulce de la hierba recién cortada que los jardineros acababan de retirar.

Como se utilizaba muy pocas veces, y a causa de la hierba y del barro, tuvieron que tirar con fuerza porque el portón no se abría.

El marido estaba muy agitado. La esposa, aturdida por el nerviosismo y el miedo.

Porque aquello era una violación del protocolo de la urbanización. Nadie se acercaba a la casa de un vecino por la parte de atrás. Era infrecuente que alguien «visitara» la casa de un vecino sin invitación previa.

—Hay una niña a la que han hecho daño. Y esos ladridos histéricos. Algo está pero que muy mal.

—Tendríamos que llamar al 911.

—No sabemos su teléfono.

—La policía lo encontraría. Podríamos explicarles dónde está situada la finca… Decirles dónde viven más o menos los payasos…

—«Payasos» no es su apellido.

—*Lo sé mejor que nadie.* Claro que no se apellidan así. No sabemos cómo se apellidan.

—Tampoco sabemos la ubicación exacta. Ni siquiera podemos describir la casa.

—Pero sabemos…

El marido había conseguido abrir el portón. Fue una sorpresa comprobar que, al igual que la alambrada, estaba muy oxidado.

Se adentraron entre la vegetación, en los terrenos propiedad del municipio. Había arbolillos enanos y matorrales y malas hierbas de gran tamaño que les llegaban hasta la cadera. Y alcanzaron la franja central, por donde pasaban los cables eléctricos, que parecía llevar semanas sin que nadie segara la hierba.

Un tanto indecisos, continuaron a través de la vegetación al otro lado de la franja central. Allí había muchos árboles que parecían estar solo medio vivos o del todo muertos; los daños causados por las tormentas habían sido importantes: ramas rotas y otros restos amontonados por todas partes.

No lograron encontrar ningún camino entre los árboles. Nadie paseaba por allí. Tampoco jugaban los niños. No era costumbre de los pequeños de Crescent Farms perderse por sitios así, como en otros tiempos sucedía con la generación de sus abuelos.

A unos veinte metros desde el comienzo del bosquecillo encontraron una cerca. La alambrada que pertenecía a sus *vecinos del otro lado de los árboles.*

Jadeaban, acalorados. Miraron a través de la cerca pero solo vieron árboles.

Los ruidos habían cesado casi por completo. La niña no lloraba ya. Tampoco se oían las otras voces. Solo un perro seguía ladrando, de manera menos histérica.

—¿No será mejor que nos volvamos? No querría que nos perdiéramos.

—*¡Perdernos!* Es imposible que nos perdamos.

El marido rio, incrédulo. Una nube de mosquitos le rodeaba la cara, humedecida por el sudor, y miraba a su mujer con los ojos de un hombre que se está hundiendo en arenas movedizas.

—Esta cerca es como la nuestra. A no ser que hayamos caminado en círculo y sea en realidad la nuestra…

—No es nuestra cerca, no seas ridícula. Nuestra propiedad queda detrás de nosotros, al otro lado de la franja central.

—Sí, pero…

La cerca se parecía a la suya. No era tan antigua (quizás) pero se había oxidado en algunos sitios, no estaba muy firme y, lo más probable, si localizaban el portón, era que pudieran forzarlo, abrirlo y entrar.

¡Hola! Somos sus vecinos de East Crescent Drive.

No queremos molestarlos pero… Estamos preocupados…

El marido se detuvo. Empezaba a tener dudas sobre su misión una vez que los ruidos alarmantes parecían haber cesado.

De nuevo la esposa dijo que quizás fuera mejor volverse por donde habían venido.

Parecía una medida un poco excesiva acercarse a la casa de sus vecinos por detrás, como intrusos. Presentarse por la parte trasera, sin haber sido invitados.

Porque eso sería *entrar sin autorización en propiedad ajena* y la comunidad de propietarios lo prohibía de manera expresa.

Sus hijos llamaron. Uno tras otro.

Como si lo hubieran planeado.

Primero, Carrie. Luego Tim. Luego Ellen.

El marido les dijo que las cosas estaban bien, más o menos. Excepto por los condenados *vecinos al otro lado de los árboles.*

La esposa les contó que las cosas iban bien, más o menos. Excepto por unos vecinos a los que no conocían, del otro lado de la franja central, en West Crescent Drive.

—¡Por el amor de Dios, mamá, papá! ¿No tenéis otra cosa de que hablar, excepto vuestros vecinos?

Sacaron de quicio a sus hijos, que acabaron riéndose de ellos. El marido se enfadó mucho y su mujer se sintió muy herida.

—Pero… no os hacéis una idea de lo que pasa con esa gente. Vuestro padre está tan estresado que temo por su salud.

—¿Qué hay de la tuya, mamá? Eres *tú* quien nos preocupa.

Y:

—Si no estáis a gusto ahí, os podéis mudar. Esa casa es demasiado grande para dos personas. Los gastos de mantenimiento deben de ser astronómicos, sobre todo en invierno… ¿Mamá? ¿Me escuchas?

No. No estaba escuchando.

Sí. La escuchaba, con mucha cortesía.

¿A una de esas urbanizaciones para jubilados? Vuestro padre no sobreviviría.

Explicaron que no se sentían desgraciados en su casa, que les gustaba mucho. De hecho, eran *muy felices.*

Solo disgustados, a veces. Por sus *vecinos al otro lado de los árboles.*

—Los payasos: malditos sean.

Otra fiesta en la terraza de atrás. Desde primera hora de la tarde hasta pasada la medianoche.

Música de rock a todo volumen. Notas vibrantes que traspasaban el denso bosquecillo. Los payasos, desbordantes de vida: era imposible evitarlos, dado que se introducían por el aire mismo.

La esposa regresó de la quimioterapia con rostro ceniciento, tambaleándose. Se tumbó en la cama y trató de dormir durante tres horas, tiempo en el que se esforzó para no dejarse dominar por la música a todo volumen al otro lado de los árboles y por sus propias náuseas. El marido se había encerrado en su *oficina.*

¡Pam! ¡pam! ¡Pam, pam, pam!

(¿Se trataba de disparos? ¿Desde la propiedad de los payasos?)

La caza estaba prohibida en la urbanización. Al igual que los petardos y los fuegos artificiales… cualquier cosa que supusiera *una alteración de la paz y la privacidad de los demás vecinos.*

De madrugada, voces muy altas que despertaron a marido y mujer de su agitado sueño.

Los payasos adultos discutían entre sí, al parecer. Una voz masculina tan seca como un martillo de carpintero, una voz de mujer tan cortante como una lluvia de clavos. A las 3.20.

(¿Participaban los niños en la discusión? No quedó claro en un primer momento.)

(¡Sí! Al menos uno de ellos lloraba. Un sonido desesperado como de un animalillo atrapado por el pico de un búho, que se lo llevaría hasta las ramas más altas de un árbol para devorarlo.)

—Tenemos que hablar con ellos. Esto no puede seguir así.

—Deberíamos quejarnos por escrito. Podría ser más práctico.

—¿A la Asociación de Propietarios? Les tiene sin cuidado.

—A la policía municipal, entonces. «Alteración del orden público», «sospecha de maltrato infantil».

—¡No! Los payasos nos podrían demandar si hacemos acusaciones como esas y no las podemos probar.

—Entonces deberíamos hablar con ellos. Quizá podamos conseguir algo —la esposa hizo una pausa, tratando de controlar la voz. Estaba muy afectada y a punto de llorar—. Son personas respetables, seguro que sí. Y no se dan cuenta de lo molestos que resultan para sus vecinos. Atenderán a razones…

En su dormitorio, por la noche. El marido vio a su mujer lívida y temblorosa; la esposa comprobó, con una punzada de amor, algo así como un amor desesperado, que el marido estaba muy tenso, que parecía más viejo de lo que era en realidad; debajo de los ojos, sombras pronunciadas que parecían magulladuras. Aun así trató de sonreírle. Le cogió la mano, le apretó los dedos. Era como un actor que ha olvidado sus frases, pero que saca la escena adelante, los ojos clavados en los de quien le da la réplica, avanzando los dos a trompicones.

—Siento mucho que nos esté pasando esto. Ahora que te has jubilado, no tendrías que soportar tanto estrés. Me gustaría saber qué es lo que se puede hacer.

—No seas ridícula. No es cosa tuya. Tendría que mostrarme más firme. No podemos permitir que los payasos nos arruinen la vida.

Todo estaba tranquilo ya. La terrible disputa había estallado como un fuego arrasador para cesar de repente. Se había oído un ruido seco como de un portazo.

Tímidamente volvieron los dos a acomodarse, la esposa acurrucándose en los brazos del marido. Poco a poco se quedaron

dormidos.

Plas, plas, plas. Los chicos habían reiniciado sus entrenamientos con la canasta de baloncesto a primera hora de la mañana. Los perros ladraban. Alguien, a gritos, dijo unas palabras que se oyeron casi con perfecta nitidez: *¡Eso no! ¡Maldito imbécil!*

—Si vienes conmigo, no te quedes rezagada.

—Pero ¿estás seguro…?

—¡No nos queda otro remedio! Hablaremos con ellos y si no colaboran presentaremos una denuncia en toda regla ante la policía municipal.

Hablaba muy decidido. La esposa apretó el paso, camino del coche, para no quedarse atrás. Vio que el marido se había afeitado demasiado deprisa y se había hecho varios cortes pequeños en la cara.

Era él quien conducía siempre. La esposa, a su lado, a veces agarrada al salpicadero cuando iba demasiado deprisa; hoy su trayectoria era errática y no paraba de hablar, distraído.

El marido le explicaba que había existido una «cultura primitiva» cuyos integrantes cortaban árboles año tras año —década tras década— hasta que, al final, en la isla donde vivían no quedó más que un solo árbol (a todas luces se trataba de «aborígenes isleños»), pero también cortaron el último.

Después ya no había árboles. La gente no salía de su asombro.

Asombrados pero desconcertados. *Porque siempre había habido árboles.*

¿Adónde habían ido a parar los árboles? ¿Acaso se trataba de un embrujo diabólico? La creencia secular era que *siempre había habido árboles.*

—Nunca se cuestionan las creencias heredadas —dijo el marido con entonación sombría—. Eso es una blasfemia y la blasfemia se castiga con la muerte.

»Sin embargo —rio a continuación—, ¿dónde estaban los árboles?

La esposa no tenía ni la más remota idea de lo que significaban las palabras de su marido. No había escuchado sus observaciones

iniciales mientras se subían al coche, deprisa pero muy decididos.

Pensó *¿Quiere decir que ignoramos lo que nos va a suceder a continuación? ¿O quiere decir que podemos cambiar nuestro futuro antes de que sea demasiado tarde?*

El marido recorrió East Crescent Lake Drive y en Juniper Road giró a la derecha; menos de un kilómetro por Juniper y de nuevo giro a la derecha por una carretera más pequeña, luego otra, también pequeña, hasta llegar a West Crescent Drive.

—Estas casas son muy hermosas. Y el ajardinado…

La esposa hablaba con admiración. Estaba muy nerviosa, tanto por la manera de conducir del marido, que era demasiado rápida en aquellas circunstancias, como por el lugar al que se dirigían.

—West Crescent no es en nada diferente de East Crescent. Las casas no son más bonitas aquí. El ajardinado es parecido. De hecho, algunas de las casas son idénticas a las de nuestra calle. Mira: ¿ves esa casa de estilo colonial? Es una réplica de la que está pocas puertas más allá de la nuestra.

La esposa no quedó convencida. Aquella casa de estilo colonial tenía contraventanas de color verde oscuro, mientras que, en la de su barrio, eran de color rojo oscuro.

Llegaron al número 88 de East Crescent Drive. La calzada se curvaba como la suya y la calle sin salida también se parecía. Se sorprendieron al ver que el buzón de la casa de los payasos —hecho de ladrillos blancos y de acero inoxidable, igual que el suyo— estaba abierto y en el interior se amontonaba lo que parecía una acumulación de propaganda empapada por la lluvia.

En la tierra alrededor del buzón crecían feas malas hierbas con toscas floraciones. Al pie del suyo, la esposa había plantado caléndulas, como hacía todos los años.

—¡Dios del cielo! Mira.

—Qué es…

Descubrieron con sorpresa que la casa que creían propiedad de los payasos se parecía a la suya, aunque no del todo. Era una construcción irregular, grande, de madera artificialmente envejecida, la entrada para los coches en forma de herradura, como la suya, pero muy agrietada y llena de hierbajos. A las elegantes plantas del

jardín de los payasos se les había permitido volver al estado silvestre. Ramas de árbol podridas yacían sobre el césped invadido por las malas hierbas.

Marido y mujer no salían de su asombro y se habían quedado sin palabras. Porque parecía que la casa de los payasos había sufrido algún tipo de siniestro y sus puertas y ventanas estaban cegadas.

—¿No te parece… que aquí no vive nadie?

—Eso no es posible…

El marido había aparcado junto a la acera. Procedieron, con muchas precauciones, a avanzar por la entrada para coches, mirándolo todo.

A la espera de que un perro viniese corriendo hacia ellos… Dos perros.

Pero no cabía duda: la casa que tenían delante estaba cerrada a cal y canto. Según todas las apariencias, abandonada. Allí no vivía nadie, ni había vivido desde hacía bastante tiempo. Advirtieron una mancha negra que ocupaba la mitad de la fachada, como si se hubiera quemado.

Era madera chamuscada, daños causados por el humo.

Al acercarse al edificio descubrieron también una descolorida cinta amarilla que la circundaba, al menos hasta donde ellos podían ver. Sobre la cinta se repetían las palabras PROHIBIDA LA ENTRADA POR ORDEN DEL CUERPO DE BOMBEROS DEL MUNICIPIO DE HECATE. PROHIBIDA LA ENTRADA POR ORDEN DEL CUERPO DE BOMBEROS DEL MUNICIPIO DE HECATE. En letras negras muy descoloridas.

El fuego no podía ser reciente. Pero ¿cómo era posible?

Audaz, el marido se acercó a la casa, pasando agachado bajo la cinta amarilla.

—¡Espera! —protestó la esposa—. ¿Dónde vas? Eso que haces es ilegal…

—Aquí no hay nadie. Nadie nos ve.

—Pero… podría ser peligroso.

(Quizás no fuese del todo exacto decir que nadie miraba. Justo antes de la calle sin salida, en el número 86 de East Crescent Drive, había una casa grande, de estilo francés provincial y de color de

masilla, con numerosas ventanas resplandecientes. Y un vehículo aparcado en la entrada para coches.)

El marido se acercó a la puerta principal, pisando los restos que se acumulaban delante de la entrada. Como si se dispusiera a llamar al timbre, aunque, con toda seguridad, no había nadie en el interior de aquella ruina de casa.

Podían ver ya que los daños causados por el fuego eran considerables. Desde la calle no resultaban tan evidentes. En la parte de atrás, la destrucción era casi total; las ventanas del piso bajo estaban cerradas con tablas, puestas sin ningún cuidado; parte del tejado, agujereado por el fuego, se había derrumbado. La esposa tiritaba, pese al calor del pleno verano. *¿Había muerto alguien en el fuego? ¿Cuántas personas?* No quería pensar que pudiera *haber sido intencionado. ¿Y cuándo?* A los lados de la pesada puerta de madera de roble, las ventanas retranqueadas con cristales de colores, rotos en parte, no se habían cerrado con tablas; a través de ellas, marido y mujer vieron el interior de la casa, un vestíbulo con una araña incongruente, con aire desamparado, un suelo de baldosas lleno de manchas, muebles volcados de distintas clases.

Una silla tumbada de lado. Un espejo torcido, que reflejaba lo que parecía niebla o gas. Manchas de humo como alas negras extendidas sobre la pared en otro tiempo blanca.

Un olor a algo terrible, como de carne humana quemada.

—¡Por favor! Vayámonos.

—No nos ve nadie.

—Aquí ha muerto gente. Cualquiera se daría cuenta. *Vámonos,* por favor.

El marido se rio de la esposa, enfadado. Gracias a la luz reflejada por los vidrios de colores, su piel parecía moteada de manera anormal, rubicunda; los ojos entornados para pensar, con algo parecido a la astucia de un animal asustado. Las ventanas de la nariz se le dilataban y contraían como si, al igual que un animal, olisqueara el aire por temor al peligro.

La esposa le tiró del brazo y él le apartó la mano. Pero cedió y la siguió de vuelta al coche.

La esposa reparó en que el marido había aparcado mal y que el automóvil estaba torcido. Era un Acura grande y resplandeciente, último modelo, de un bonito color verde plateado, pero que, tan mal aparcado, parecía algo muy poco serio. El marido también se dio cuenta e hizo un ruido brusco al respirar.

—¡Qué demonios! Yo no he aparcado el coche así.

—¿Quién si no?

—He dicho que *yo no.*

—¿Quién entonces?

—Conducías tú.

—¡Yo no conducía! Eras tú.

—Conducías tú y has aparcado el coche como una borracha o una…, una vieja loca. Por suerte no estamos en la ciudad, te hubieran puesto una multa.

—¡Pero si yo no he traído el coche hasta aquí! Nunca hubiera conducido hasta aquí. Ni siquiera he traído el bolso, que es donde guardo el carné.

—¡Conducir sin carné! Eso te hubiera costado varios *puntos.*

La esposa estaba muy nerviosa. Aún sentía en la nariz el olor a la casa quemada y a lo que había ardido dentro. Quería escapar de allí, volver a su hogar, tumbarse en la cama, esconder la cabeza debajo de la almohada y dormirse, pero con el rabillo del ojo vio una figura que se les acercaba, procedente de la casa situada al otro lado de la calle sin salida. Una mujer de cabellos blancos, refinada, de ojos amables, con ropa para trabajar en el jardín y en la cabeza un sombrero de paja de ala ancha. Guantes en las manos. La esposa se dio cuenta de que había estado ocupándose de las rosas que bordeaban la entrada para coches de su casa, una llamativa construcción de ladrillo rojo y estilo eduardiano, con un jardín delantero muy extenso. Era evidente que la señora del pelo blanco tenía, como la esposa, un jardinero que venía al menos una vez a la semana para trabajar la tierra y arrancar las malas hierbas más agresivas.

—¡Perdonen! Buenos días.

La desconocida se quitó los guantes manchados de barro y sonrió al matrimonio. Su rostro era una hermosa ruina, suave como un

guante de cuero; la nariz, fina y aristocrática. La boca, pequeña, de un pálido color rosado de prímula.

—¿Están ustedes, por casualidad, pensando en esa casa? Quiero decir, ¿para comprarla?

—*¿Comprarla?* Esa casa no está habitable.

—Es cierto. Pero se podría reconstruir y reparar.

—Y tampoco está en venta, por lo que hemos podido ver. ¿No es cierto?

—No sabría decirlo. Me refiero a que podría tenerla en sus listas el agente inmobiliario. En esta urbanización no se permiten los carteles de SE VENDE.

La señora del pelo blanco les sonrió, nostálgica. Y pasó a explicarles cómo todos los vecinos de West Crescent Drive abrigaban la esperanza de que alguien la comprara pronto y la restaurase.

—Era una casa muy hermosa. Fue una verdadera lástima y una… tragedia.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—El fuego… no se trató de un accidente. Es lo que dictaminaron los investigadores.

—¿Quién incendió entonces, si se excluye un accidente? ¿Uno de los hijos?

Al ver el interés del marido por enterarse, la señora del pelo blanco adoptó una actitud defensiva. Retrocedió unos pasos, aunque con una sonrisa cortés.

—No se sabe. No con seguridad.

—¿*Había* un hijo? ¿Un adolescente?

—La investigación sigue su curso… todavía no está cerrada. Han pasado años ya. No sé nada más.

—Tiene usted que saber si murió alguien en el incendio. Hubo muertos, ¿no es así?

—¿Quiénes?

—¿Quiénes? Los payasos, por supuesto. *¿Cuántos murieron?*

El marido hablaba con aspereza. A la esposa le avergonzaba su vehemencia con aquella desconocida tan educada. Le tiró del brazo para que se calmara.

—¿«Los payasos»? No entiendo.

—¿Cómo se apellidaba la familia que vivía aquí?

—No…, no lo recuerdo. Tengo que marcharme ya.

La señora del pelo blanco se alejó muy deprisa. Que alguien tan atento diera la espalda a personas que, como ella, eran vecinos de la misma urbanización le resultó increíble a la esposa, aunque el marido resopló como si un comportamiento tan descortés solo confirmara sus sospechas.

—Vayámonos. Los payasos son un tema tabú, por lo que parece.

Condujo el marido. En el cruce de West Crescent Drive con una calle menos importante llamada Lilac Terrace torció a la izquierda, pensando encontrar así un atajo para Juniper y a continuación para su casa; pero Lilac Terrace resultó ser —como la esposa le podría haber dicho— un callejón sin salida. CALLE CORTADA.

Después de hacer alguna maniobra, llegaron a su casa, al número 88 de East Crescent Drive. Durante su ausencia, la casa no había cambiado.

El marido sacó las piernas de la cama, presa del pánico, pensando que alguien había entrado en la casa para matarlos a tiros.

Fueron a mirar por una ventana —con una cristalera que llegaba desde el suelo hasta el techo— muy poco usada y que era en realidad un balcón. Debido a los ruidos imprevisibles de los payasos no la abrían ya, ni siquiera en las noches de verano.

Al marido, la rabia y el miedo le desencajaban el rostro. La esposa pensó *Lo consolaré todos los días que nos queden de vida.*

Era la mañana del Cuatro de Julio, día de la Independencia. Los payasos habían empezado muy pronto las celebraciones.

Traición

Los primeros síntomas inconfundibles aparecieron el año pasado, el día de Acción de Gracias.

Nuestro hijo llegó con horas de retraso. Desde tiempo atrás ha sido costumbre de la familia reunirnos en casa a las cuatro de la tarde y sentarnos para cenar hacia las cinco y media. Eran, sin embargo, casi las seis cuando llegó Rickie, después de habernos asegurado que se presentaría hacia la una. Nos alegramos tanto de verlo que ninguno, ni siquiera Padre, le habló con dureza, aunque notamos la actitud defensiva con que Rickie explicó que se había pasado seis horas al volante, detenido por el tráfico en la condenada autopista, y que no estaba de humor para escuchar críticas.

En el exterior la oscuridad era absoluta, el viento fuerte y la temperatura invernal. Cuando Rickie entró en la casa lo hizo acompañado por una ráfaga de viento que golpeó la chimenea y el fuego chisporroteante que Padre había estado cuidando con un atizador. Con él llegó un olor a lluvia tan intenso que parecía metálico; y otros a tierra, a hojas y a algo tan apestoso como cuero húmedo, que resultaba muy molesto para la nariz.

Ya nos habíamos sentado a cenar. A Rickie lo esperaba su sitio habitual. Pero murmuró una excusa y se pasó diez minutos en el piso de arriba, se supone que para asearse y cambiarse de ropa, porque la que tenía puesta estaba muy arrugada, aunque cuando reapareció vimos que había hecho poco más que pasarse un peine por el enmarañado pelo —que llevaba bastante tiempo sin contacto con un champú—, y que vestía una camiseta de manga larga, unos vaqueros sin lavar ni planchar y zapatillas de correr. Es cierto que había dejado arriba la sudadera de Sigma Nu con capucha.

A algunos de nosotros nos ofendió de verdad que el día de Acción de Gracias se sentara a la mesa con un aspecto tan descuidado.

Tampoco se había afeitado y los ojos, llenos de tensión, le brillaban en exceso. Su risa era demasiado aguda, nerviosa, y se cortaba con brusquedad, como cuando se cierra un interruptor. A sus sobrinos y sobrinas más jóvenes, así como a sus primos, les dolió que al fin y a la postre no les hiciera ningún caso, al contrario que de costumbre.

Casi la primera cosa que dijo después de tomar asiento fue, al acercarle las fuentes, que iba a «pasar por alto» el pavo, ¡gracias!

Lo de *pasar por alto el pavo* provocó protestas. A aquel muchacho sin afeitar y con la camiseta sucia del jardín zoológico de San Diego le señalamos que ¿cómo podía *pasar por alto el pavo* si era la razón de ser de la cena de Acción de Gracias? Pero Rickie hizo una mueca y dijo:

—No, para el pobre pavo no lo es, ni de coña.

Ni de coña no es una expresión que se utilice en nuestra familia. Ni una expresión que fuese normal, tratándose de Rickie, licenciado cum laude por la Universidad de Stanford y cuyos resultados en el examen estandarizado de ingreso a la universidad habían estado entre los más altos de todo el país. *Ni de coña* era un codazo en las costillas con intención de ofender e irritar, de manera que consiguió ofendernos e irritarnos, en especial a Padre, que se le quedó mirando, mudo de asombro. Madre, que llevaba dos días preparando la cena de Acción de Gracias y que había comprado un pavo «ecológico» de diez kilos para la ocasión, parpadeó y miró a Rickie como si su hijo la hubiese abofeteado.

Le preguntamos si era *vegetariano* y Rickie dijo que sí, que lo era.

¡Vegetariano! ¿Desde cuándo?

Pero Rickie se limitó a encogerse de hombros. Si bien, cuando empezó a servirse grandes cantidades del relleno de miga de pan, de puré de batata, de zanahorias confitadas y de brecolera con almendras dio la sensación de estar muerto de hambre. Nos acordamos de su legendario apetito durante sus años de adolescencia en la casa familiar, y del gusto con que devoraba cualquier clase de carne, incluidas las pizzas con salchichas y las hamburguesas con queso.

—¡Vaya! —dijo Madre, tratando de sonreír—. Al menos espero que no seas uno de esos *veganos…*

Madre no fue capaz de pronunciar la palabra *vegano* con seguridad. Rickie se rio y dijo:

—No, mamá; todavía no.

El relleno de miga de pan, especialidad de Madre, hecho con manzanas, ciruelas, castañas, tomillo, estragón, cebollas muy picadas y apio, estaba más delicioso que nunca. En la fastuosa ensalada, con muchas clases de verduras *gourmet,* había trocitos muy pequeños de mandarinas, arándanos secos, escarola picada y tomates *cherry* de México. El puré de batata estaba aderezado (en secreto) con malvavisco, una de las recetas de Madre más valoradas por la familia. Rickie consumió todos aquellos alimentos, además de buenos trozos de denso pan de pasas, como si estuviera hambriento. (Fue curioso descubrir que evitaba mirar los restos del pavo sobre el aparador —con aspecto de haber sido atacados por hienas voraces— e incluso la inofensiva salsera, con los suculentos jugos mantecosos de la carne.) Cuando le preguntamos por sus amigos íntimos de la universidad respondió con gruñidos indiferentes. Madre se atrevió a interesarse por Holly Cryer, una novia de los años de bachillerato a la que Rickie, ya en la universidad, veía con frecuencia durante las vacaciones, pero se limitó a fruncir el ceño y a encogerse de hombros. Habló, en cambio, con gran entusiasmo de Mitzie, Claus, Herc (por Hercules), Kindle, Stalker, Big Joe y Juno.

—Pero Rickie —le dijimos nosotros—, se trata de *animales.* No son más que tu *trabajo.*

Rickie era, por entonces, interno del zoológico de San Diego en el recinto de los bonobos. Aquel día tuvimos la sensación de que, mientras estaba con nosotros y escuchaba nuestra conversación, tenía con frecuencia la cabeza en otro sitio y escuchaba con mucho más interés otra conversación que lo atraía más. Casi con aire soñador hacía pausas en su rápido masticar para mirarnos, uno a uno, en torno a la mesa. Como si nos estuviera contando, o como si esperase descubrir, en nuestros rostros por otra parte tan familiares, algo que le resultara reconocible. Nosotros, en cambio, veíamos una franja de vello pectoral, enmarañado y oscuro, visible por encima del borde distendido de su camiseta del zoológico.

—Escuchadme, mamá, papá, todos vosotros; he estado tratando de decíroslo. Mi *trabajo* es mi *vida.*

Sin duda era una buena noticia que Rickie tuviera trabajo, aunque solo fuera como interno sin sueldo. (Porque unas prácticas sin sueldo podían llevar en el futuro a un empleo remunerado: tal era el convencimiento entre familias como la nuestra, de graduados universitarios recientes.) Y también era una buena noticia que Rickie pareciese estar tan dedicado a su trabajo.

Pero dado que su puesto en el zoológico era solo temporal, y no la ocupación para la que se había preparado durante cuatro años en Stanford, cabía la posibilidad de que la noticia no fuese tan buena.

El sueño de sus padres había sido que Rickie estudiara Medicina. O, de no ser así, que se dedicara a la investigación médica de alto nivel… en una compañía farmacéutica, por ejemplo. (El padre de Rickie, prestigioso abogado de empresa en Helix Pharmaceuticals de Vista Flats, en California, cuyo sueño personal había sido siempre la investigación científica, tenía contactos con el personal de varios prominentes laboratorios.)

Rickie, sin embargo, parecía feliz. Rickie parecía *desafiantemente feliz.*

Nada más graduarse, cuando regresó a casa en Saddle Creek, desde su residencia estudiantil, Rickie daba la impresión de ser muy desgraciado. No habría sido exagerado decir que sufría una depresión grave. Aquella primavera lo habían entrevistado para varios puestos prometedores de nivel inicial algunos empresarios de California pero (hasta donde sabíamos nosotros) no se habían producido después ofertas de empleo. Rickie, además, de acuerdo con una sugerencia de Padre, presentó solicitudes en diferentes universidades de la Costa Oeste para incorporarse a un programa de doctorado en Biología, pero incluso en los centros donde lo habrían aceptado como estudiante graduado no le ofrecieron ninguna beca. De manera que la decepción lo había convertido en una cosa inerte, ya fuese tumbado en su cama o repantigado en el sofá del cuarto de estar, tan falto de tensión como una goma que ha perdido elasticidad.

Hijo, no hagas eso, le suplicábamos. No te *rindas.*

A Padre, en particular, le repelía la idea de *rendirse.*

Rickie no se afeitaba ya. Pelos hirsutos echaban a perder su rostro juvenil. Y el aburrimiento, o algo peor, le vidriaba los ojos.

No se estaba *rindiendo,* protestaba. *Exploraba en su interior.*

En cualquier caso no lo podía evitar. La suya era la generación de los Heridos Vivientes, devastada porque al graduarse en la universidad habían sido devueltos a un mundo al que no le importaban un carajo, incluso si habían conseguido una licenciatura, un premio extraordinario en Stanford o cualquier otro título.

Es cierto que algunos de sus condiscípulos de la universidad tenían *planes* concretos. No sus amigos más íntimos de la residencia, sino otros que habían ingresado en Medicina o en Derecho, incluso aunque no fuera en universidades de primera categoría; pero el contraste que suponían con la vida de Rickie, tan estrecha y circunscrita como su cama o el sofá del cuarto de estar, hacía que no fuese sorprendente que se sintiera *deprimido.*

Tenía que consolarse pensando que otros muchos de su generación, de hecho, *no tenían planes,* ni siquiera *posibilidades de planes.*

En la academia Saddle Creek, que estaba en el percentil más alto de las instituciones docentes privadas de California, Rickie se había matriculado en casi todas las asignaturas de ciencias disponibles, en su mayoría de nivel avanzado. Y casi siempre había obtenido las mejores notas y los elogios de sus profesores. En cuanto al examen de ingreso en la universidad, recibió clases particulares, con el razonamiento de que si otros padres contrataban a profesores para sus hijos, colocaríamos a Rickie en una situación de desventaja si no lo hacíamos; y el gasto, pese a ser considerable, había dado resultados. Animado por Padre, Rickie había empezado a pensar en una futura admisión en las facultades de Medicina de San Francisco, Yale, Harvard y Stanford, es decir, la flor y nata.

Uno de sus amigos íntimos de la fraternidad Sigma Nu había muerto solo unas semanas después de graduarse, en el cuarto para la televisión de la casa de sus padres en La Jolla. Una combinación letal de Xanax (medicamento que necesita receta) y de OxyContin que la víctima, de veintiún años, había comprado a un camello

adolescente en el aparcamiento del instituto de segunda enseñanza de Saddle Creek.

Hubo indicios, en los que podríamos haber reparado, de que quizá Rickie no consiguiese que lo admitieran en ninguna de las facultades de Medicina de su elección. Porque si bien era un alumno de sobresaliente en secundaria, en su primer año de Stanford chocó contra el muro de hormigón, así lo describía él, que eran la química orgánica, la física y el cálculo, por lo que hizo muy mal papel en los exámenes parciales y nunca recuperó del todo la confianza en sí mismo; sin molestarse en informar a sus padres se había pasado a una especialidad *(major)* menos exigente: algún tipo de estudios de ciencia y cultura, «biología medioambiental». ¿Por qué tendría que querer pasarse la vida analizando sustancias químicas en un laboratorio, o examinando la biología molecular de los animales sin ninguna idea de qué aspecto tenía el animal originario, o de cómo *era*? Resultaba por supuesto emocionante que se estuviera desentrañando el código genético, gracias a experimentos tan rigurosos, pero a Rickie las abstracciones le resultaban *¡aburridas!*

Siempre le habían gustado los animales, algunos animales. Como los caballos y las jirafas. Había querido mucho a Strongheart —nuestro perro pastor mestizo—, que le había echado muchísimo de menos cuando se marchó de casa para irse a Stanford, aunque, cuando vivía con nosotros, tenía cada vez menos tiempo para dedicárselo a aquel perro tan entusiasta, cuyo cuidado y atención recayó, de manera natural, sobre Madre. (¡No es que ella se quejara! Madre no se quejaba nunca.)

Con todo, la suerte de Rickie cambió cuando obtuvo una plaza de interno en el zoológico de San Diego. No teníamos ni idea de que Rickie hubiese solicitado ese puesto en aquella institución, hasta que, como Rickie nos anunció lleno de orgullo, era ya el regalo de un *destino justiciero.*

Padre había preguntado, hablando muy despacio como si temiera que no se le entendiese bien:

—¿Un puesto de interno es un puesto… no remunerado?

Pero a Rickie no era posible rebajarle la moral, una vez que su entusiasmo se había avivado como un fuego casi apagado cuando se

lo rocía con gasolina. Le dijo a Padre que trabajar para el zoológico de San Diego estaba tan bien visto entre los chicos de su edad que todo el mundo aseguraba que pagaría por una oportunidad así.

—¡Me parece estupendo! —dijo Madre, en un estallido de optimismo—. Rickie puede intentar de nuevo que lo admitan en una facultad de Medicina, o en algún programa de grado y, si tiene ese internado en su expediente, estará tirado que lo consiga.

Madre dijo *estará tirado* en un arrebato de optimismo. *Estar tirado* era una expresión que hasta aquel momento no se había oído en labios de Madre.

Dos semanas después del primer día de Rickie como interno del zoológico, volamos hasta San Diego para hacerle una visita. En sus infrecuentes llamadas telefónicas y correos electrónicos a casa, nos había contado lo «estupendos» que eran sus colegas y lo «extraordinarios» que son los bonobos: no solo «monos fabulosos», sino únicos entre los simios y, por genética, los más próximos de todos los primates al *Homo sapiens.*

Antes de que viéramos a Rickie con su uniforme del zoológico, mientras ayudaba a uno de los empleados de más edad en el recinto de los bonobos; incluso antes de que viéramos a Rickie sonreír y «hacer señas» a uno de los amistosos bonobos a través del inmenso ventanal de cristal que los protegía de los visitantes, nos inquietaba que nuestro Rickie, al que conocíamos tan bien, se dejara seducir por aquel nuevo entorno, que era tan exótico y tan desconocido para nosotros.

Habíamos quedado con Rickie en que nos reuniríamos delante del recinto de los bonobos hacia las doce del mediodía y lo invitaríamos a almorzar; pero cuando llegamos, sin aliento y un poquito cohibidos (¡porque el zoológico de San Diego es extensísimo!), allí estaba Rickie al lado de una mujer alta y ancha de hombros con pelo de color ceniza, que se dirigía a un grupo de unos doce visitantes. Al vernos, Rickie se limitó a sonreír, nos saludó con la cabeza y con la mano, pero sin hablarnos. Se podía ver (es decir, nosotros pudimos ver) que nuestro hijo de veintiún años admiraba muchísimo a aquella mujer, como había admirado a algunos de sus profesores de Stanford; escuchaba sus palabras con tanta atención, observando a

los bonobos en el recinto mientras la guía hablaba de ellos, que era como si estuviera memorizando la experiencia y no quisiera distraerse lo más mínimo.

Pero ¡qué feliz parecía! Aquello era toda una sorpresa porque no habíamos visto a Rickie tan juvenil y entusiasmado desde sus pequeños triunfos en algunas pruebas atléticas en sus años de secundaria. Y también, qué diferente parecía —con su elegante gorra roja del zoológico de San Diego, sudadera roja y vaqueros recién lavados y planchados— del melancólico muchacho víctima del letargo, la depresión y los comentarios irónicos en su habitación de adolescente de Saddle Creek.

Madre le susurró a Padre:

—¡Vaya! ¿Es ese *nuestro hijo*? Parece tan…

—Es cierto —dijo Padre—. ¡Gracias a Dios!

Sin llamar la atención nos acercamos a la mujer del pelo color ceniza para oírla hablar primero y responder después a las preguntas de los visitantes sobre los bonobos. Leímos en su tarjeta de identificación que se llamaba Hilary Krydy, y comprobamos que era de verdad una entendida. Alta, se veía que estaba en forma, y de su rostro, aunque poco agraciado, se desprendía un poderoso atractivo; puede decirse que toda ella irradiaba energía y determinación. Quizá fuese de la edad de Madre pero parecía mucho más sólida y juvenil. Se nos sugirió que mirásemos con atención a los bonobos mientras Hilary hablaba. Una de las presentaciones en un zoológico a la que podríamos haber mirado solo de reojo —percatándonos de la existencia de un tipo de «monos» que hacían cosas curiosas— adquirió entonces un significado espectacular. En el recinto, que parecía como un auténtico paraje desértico con piedras y rocas, arbolitos exóticos y un estanque, los pequeños simios de tosco pelaje estaban muy vivos y despiertos, como exhibiéndose para su público humano. Abandonaban la posición de cuadrúpedos con una especie de gracia desgarbada para ponerse de pie y «caminaban», casi como los seres humanos. (Madre dijo: «¿Es que *nos* están imitando?». Padre rio entre dientes antes de contestar: «Desde luego que no. Su especie es anterior a la *nuestra*».) Podíamos

entender que a Rickie le atrajeran los bonobos como copias burdamente inferiores de sí mismo.

Padre observó en el rostro con marcadas arrugas de un bonobo de avanzada edad —que se mantenía al margen de las piruetas de los más jóvenes— una expresión de… ¿reconocimiento? *¿Identidad?* Durante un momento pareció casi que se miraban de hito en hito: los dos *mayores* y con motivos para sentir irritación ante el comportamiento de sus jóvenes vástagos. Luego, para sorpresa y decepción de Padre, el patriarca, en apariencia circunspecto, saltó sobre una roca, fulminó a Padre con la mirada y le sonrió con una gran abundancia de dientes amarillos al tiempo que, con dedos prensiles que parecían de goma, se agarró y agitó sus genitales de gran tamaño y de aspecto frutal, en un inconfundible gesto de antagonismo. Padre se estremeció: ¡semejante vulgaridad! Aquella criatura, por supuesto, no era más que un animal. Agradeció que Madre diera la sensación de no haberse enterado de aquel despliegue de obscenidad que, por su parte, también otros visitantes fingieron no haber visto.

Bonobos más jóvenes, llenos de vitalidad, de lo más infantil y con gran encanto, se subían y bajaban a saltos de las rocas; se entregaban a un parloteo jubiloso en tonos muy agudos que debía de oírse a considerable distancia por todo el zoológico; hacían guiños, sonreían, escupían y «hacían señas» a los espectadores quienes, a su vez, los saludaban y llamaban. A Madre le atraían las enternecedoras hembras amamantando a sus peludos bebés o estrechándolos contra sus dilatadas ubres caídas, semejantes, hasta cierto punto, a los pechos de una hembra de *Homo sapiens* en época de lactancia; advirtió también la sorprendente belleza chata de algunas de las hembras y los adorables rostros de pilluelos de los más jóvenes. Rickie se esponjaba, orgulloso, como si los bonobos fuesen de alguna manera *suyos:* un regalo que él nos hacía a nosotros.

Para Rickie resultaba emocionante, lo podíamos ver, que Hilary, con sus cabellos de color ceniza, se volviera hacia él en ocasiones para sugerirle que respondiese a la pregunta de un visitante, algo

que Rickie lograba hacer de manera muy inteligente. (¡Pensábamos nosotros!)

Solo cuando terminó la charla de Hilary y los visitantes se trasladaron al siguiente recinto del zoológico se apresuró Rickie a saludarnos, con un abrazo para Madre y un apretón de manos en el caso de Padre; estaba muy interesado en presentarnos a Hilary, integrante del personal directivo de la institución. Sin pensárselo dos veces, Rickie la invitó a almorzar con nosotros, pero ella declinó el ofrecimiento; se dio cuenta, a diferencia de nuestro irresponsable hijo, de que no nos entusiasmaba la invitación, dado que deseábamos pasar algún tiempo a solas con él.

Durante la comida, en un restaurante del interior del zoológico, Rickie parloteó feliz sobre sus actividades, así como sobre sus compañeros y colegas de más edad; en un periodo de tiempo de lo más breve se había convertido, según todas las apariencias, en algo así como un experto en bonobos, y nos habló, de manera entusiasta pero deshilvanada, de aquella exótica especie de «mono», como si hubiéramos hecho el viaje a San Diego no para verlo a él sino para contemplar y para oír hablar de su novísimo animal favorito.

Parte de lo que Rickie nos contó era un eco de la charla de la guía. Con su voz juvenil, nos resultó de verdad fascinante, en un primer momento.

—No se debe confundir a los bonobos, a quienes se llama con frecuencia «chimpancés pigmeos», con sus primos, los chimpancés, mucho más corrientes, con una distribución geográfica mucho más amplia y que son mucho más agresivos. Eso es un insulto para nosotros. Quiero decir, para ellos —Rickie hizo una pausa, como para permitir que sus palabras se nos quedaran grabadas—. Los bonobos son mucho más atractivos que los chimpancés, como es probable que hayáis notado: más pequeños, más esbeltos, con cabezas que se parecen más a las de los seres humanos, además de poseer también otros rasgos de nuestra especie —(de hecho, no habíamos mirado ni siquiera de reojo ninguno de los otros recintos de simios, en nuestra prisa por llegar al de los bonobos)—. Desde un punto de vista genético, son nuestros parientes más próximos entre los primates. «Ríen» como reímos nosotros, a fin de cuentas. Caminan

erguidos casi como nosotros. ¿Os podéis creer —la voz que Rickie se convirtió en un gruñido lastimero— que entre los simios de gran tamaño la de los bonobos es la especie en mayor peligro de extinción? ¿Os lo podéis creer?

—¡Qué cosa tan triste! —dijo Madre.

—Joder, mamá, es *trágico.*

A Rickie pareció molestarle la inocente observación de Madre, mientras a Padre le molestó la palabrota de Rickie en presencia de Madre.

—Aunque no tiene nada de sorprendente —añadió Rickie enseguida, al ver la desaprobación en la cara de Padre—, dado que son los simios más amantes de la paz y menos agresivos. A diferencia del *Homo sapiens.*

—¿Es que los chimpancés los matan y se los comen? —Padre tenía que hacer una pregunta irónica.

Rickie hizo un gesto de dolor. Era un tema que no le gustaba plantearse.

—Bueno, tal vez… Los chimpancés son sin duda carnívoros «oportunistas» y los bonobos, al menos los bebés, serían presa fácil. Pero no estoy seguro, le preguntaré a Hilary.

Padre le sugirió a Rickie la conveniencia de cambiar de tema. Habíamos venido a San Diego para hablar de *él.*

—Claro, papá. Estupendo.

Poco a poco del rostro de Rickie empezó a desaparecer el resplandor.

Se había afeitado y arreglado con mucho esmero. Llevaba el pelo bien cortado y la camiseta y los vaqueros del uniforme del zoológico estaban limpios; las zapatillas de correr no parecían ni de lejos tan gastadas como sucedía habitualmente con otras zapatillas de Rickie. Madre tuvo que resistir un deseo casi irresistible de tocarle con las puntas de los dedos la frente, muy tersa, mientras Padre y él hablaban de cosas más serias. ¡Aquel muchacho no parecía tener más de diecisiete años!

Padre le estaba señalando que el puesto de interno era solo para el verano y que Rickie no tenía «ningún futuro» en el zoológico de San Diego ni en ningún otro zoológico sin un doctorado en…

¿zoología?, ¿zoología medioambiental? Al ver la expresión de fastidio en la cara de Rickie, Padre dijo, con aire de cirujano que hace una incisión con un poco más de energía de la necesaria:

—Es una época trágica para *nosotros.* Me refiero a los *norteamericanos.* Estamos alcanzando un punto de saturación de jóvenes de ambos sexos con una costosa educación superior, como en tu caso; jóvenes con una licenciatura de destacadas universidades, incluso con premio extraordinario. Sois demasiados, ni más ni menos, ese es el fundamental problema maltusiano. Pero no estáis unificados, no formáis un grupo específico. Lo más probable es que estéis aislados, viviendo con vuestros progenitores. Nada parecido a como era el mundo cuando tu madre y yo terminamos la universidad a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, en una época en la que todos estaban rabiando por marcharse de casa…

Pero aquello fue tocar la nota equivocada, una nota hostil, que no era el propósito de Padre. Y además, Rickie no vivía en casa por entonces, sino que alquilaba un apartamento cerca del zoológico con otro graduado reciente de Stanford al que aún no conocíamos.

—Bueno —dijo Padre—, tienes la suerte de contar con un empleo a tiempo parcial en este mercado. Por supuesto, no es exacto decir que estás empleado: en realidad cedes tu tiempo de *manera voluntaria.* Parece que algunos de tus amigos del instituto que se graduaron el año pasado o antes han dejado de buscar trabajo definitivamente. Hay también una estampida para entrar en los programas de grado. En la mayoría de los campos, si no eres el mejor, ya te puedes despedir. Los trabajos manuales como la jardinería, y el de camarero para Wendy's, Taco Bell o Kentucky Fried Chicken quedan para emigrantes ilegales o para los alumnos más torpes de secundaria. Nadie quiere un graduado de Stanford con más titulación de la requerida. Nadie quiere *ironía adolescente* contracultural.

El juvenil rostro de Rickie, muy moreno, se oscureció con la sangre de la humillación adolescente.

Madre trató de suavizar las duras palabras de Padre hablando con afecto de Hilary, a quien apenas acababa de conocer, y de los

«chimpancés pigmeos», «tan *llenos de vida*».

Había recintos del zoológico, dijo Madre, con animales de lo más aburrido, que ni se mueven ni te miran, porque no tienen ni la capacidad mental para verte; y a veces, como con las grandes serpientes o alguna especie de «tapir» enano, ni siquiera estabas segura de que hubiese algún ser vivo en el recinto.

—La vida animal es aburrimiento —dijo Padre. En tiempos de crisis era propio de él expresarse con observaciones tan lacónicas y crispadas que te sentías inclinado a pensar que se trataba de aforismos de Montaigne de los que tendríamos que estar al tanto, o de inteligentes epigramas mordaces de Oscar Wilde.

Rickie había estado comiendo de manera caprichosa, limitándose más bien a mover de aquí para allá los alimentos que tenía en el plato. Apenas nos dimos cuenta entonces —lo recordaríamos más adelante— de que no había pedido una hamburguesa con queso, ni bocaditos de pollo, ni una ración de pizza con salchichón, sino una ensalada Waldorf de gran tamaño pero sin nada de carne. Con la repentina y sorprendente beligerancia del patriarca de los bonobos que tanto había ofendido a Padre, dijo:

—Nada de eso, papá. No te creas una cosa así. En realidad, los *animales* no son diferentes de nosotros: *nosotros somos ellos.*

—Pero —dijo Madre, poniéndose nerviosa al ver el enfado en la cara de Padre— ¿estás seguro? Las personas hablamos y llevamos ropa; manejamos números con la cabeza, y podemos…, vaya, fabricar herramientas…, cocinar alimentos, *cultivarlos.* No hay muchos animales que puedan hacer esas cosas, ¿verdad que no?

Rickie se encogió de hombros como si la pregunta de Madre fuese tan tonta que no necesitase respuesta.

—Bueno —dijo Padre con gran frialdad—. Somos *mamíferos,* imagino…, pero no *animales* corrientes. No acepto ir más lejos.

A partir de aquel momento las relaciones con Rickie se hicieron cada vez más difíciles.

Esperábamos que regresara a casa a principios de septiembre, cuando terminara su trabajo del verano, pero a finales de agosto telefoneó a casa muy entusiasmado para decirnos que, si bien

ninguna de las dieciséis universidades californianas —que iban desde Stanford y Berkeley hasta San José State y UC Eureka— en las que había solicitado incorporarse a sus programas de posgrado había aceptado su candidatura, ¡le iban a prolongar el puesto de interno en el zoológico por otros seis meses!

—¡Oh, no! —exclamó Padre.

Con voz desconsolada, Rickie preguntó:

—¿Qué quiere decir ese *no,* papá?

—No puedo seguir manteniéndote para que trabajes en algo que no es más que un pasatiempo. Que no es nada más que un empleo para las vacaciones de verano, por así decirlo.

Rickie protestó.

—Trabajar con bonobos es una *tarea humanitaria.* No es una afición trivial. Todas las personas del zoológico que conozco te dirán que estás *muy equivocado.*

—Rickie, es *trabajo no remunerado.* El zoológico paga a su personal y puedes estar seguro de que sus administradores disfrutan de buenos sueldos. ¿Por qué tendrías tú, un joven inteligente, graduado cum laude por Stanford, que ofrecerte voluntario para *trabajar gratis*?

Mientras Padre hablaba, Madre escuchaba la conversación con un teléfono inalámbrico. Y se apresuró a intervenir, con la esperanza de evitar el conflicto.

—Rickie, ¡qué buena noticia!

—Gracias, mamá. Me alegro de que alguien se ponga de mi parte.

Más adelante, cuando Rickie vino un fin de semana a casa, a regañadientes, Padre trató de razonar con él en privado.

—Sin duda entiendes, hijo mío, que deberías estar haciendo un esfuerzo serio para mantenerte sin la ayuda de tus padres a la edad de… ¿veintiuno? ¿O son ya *veintidós*? Nos parece perfecto que sigas con nosotros mientras buscas trabajo o tratas de que te acepten en un programa de posgrado, y estamos dispuestos a mantenerte para que continúes un poco más de interno, pero seguro que lo entiendes: la idea es que llegues a ser *económicamente independiente.* Si la evolución nos enseña algo, es que cada generación tiene que independizarse de la precedente, ¡es la ley de

la naturaleza! Querrás casarte, Rickie, ¿no es cierto? Querrás tener hijos, ¿verdad?

—¿Querré? ¿Quién lo dice? —respondió Rickie con una risa ronca y gutural.

—Pero… es lo *normal.* Es lo que se *espera.*

Fue entonces cuando afirmó, con el ceño muy fruncido, mientras se rascaba un sobaco:

—Bueno… Cuando pienso en el futuro trato de ver algo, pero es como si estuviera mirando en un espejo que no refleja nada.

¡Qué extraña observación! Entonces no tuvimos ni la menor idea de lo que quería decir ni llegaríamos a tenerla nunca.

Hubo que engatusarlo para que viniera a casa por Navidades, aunque habían sido siempre sus vacaciones preferidas; volvió a llegar tarde para la comida; insistió de nuevo en «pasar por alto» la carne, en este caso un delicioso jamón de Virginia que Madre había preparado con clavo, piña tropical y azúcar morena. Rickie cenó, por supuesto —de hecho, se puso morado—, gracias a todas las demás cosas que se sirvieron, sin olvidar varios postres. Advertimos que estaba olvidando sus buenos modales en la mesa y que, con frecuencia, comía con los dedos. La servilleta cayó al suelo a sus pies sin que la desdoblara. Con bastante astucia consiguió no dejarse arrastrar al espinoso asunto de los bonobos o a cuál podría ser su ocupación futura, y simuló estar muy interesado por nuestra conversación sobre… los temas que tratamos —fueran los que fuesen— durante la comida de Navidad. (Es imposible recordar siquiera nuestras conversaciones más apasionadas durante los almuerzos incluso a las pocas horas de mantenerlas. ¿Política? ¿Fútbol americano? ¿Enfermedades, operaciones, tratamientos? ¿Regalos de Navidad que se devolvían al día siguiente a cambio de crédito para compras futuras?) Cerca del final de la prolongada celebración, cuando Rickie estaba terminando una segunda ración de tarta de chocolate y nata, Padre se inclinó en su dirección y dijo, como de mala gana:

—Rickie, tendríamos que hablar…, ya sabes. Sobre lo que podrías hacer cuando dejes el zoológico.

A Rickie se le heló la expresión. Pero respondió de manera bastante cortés, diciendo:

—Claro, papá. De acuerdo.

—Has de entender que esos… *bonobos* —Padre pronunció la palabra con afectado desdén— no suponen un futuro aceptable para ti. Necesitas volver a la universidad y conseguir un doctorado como mínimo. Alcanzar una formación científica en alguna especialidad de la zoología de los bonobos. No tienes futuro en el zoológico de San Diego. Entiéndelo, por favor. No es que queramos controlarte. Solo nos preocupa tu felicidad futura.

—¡Estupendo! Trabajar con los bonobos es lo que me hace feliz.

—Pero… no son más que *animales.* No son tu *familia.*

—Eso ya lo hemos hablado, papá. Sí que son mi *familia.*

Madre se levantó de la mesa, disgustada. Padre trató de no alzar la voz. Los otros invitados —el hermano y la cuñada de Padre, la hermana y el cuñado de Madre, Amber, la hermana de Rickie, y Tod, su hermano menor, primos, el abuelo y la abuela, entre otros— guardaron silencio, avergonzados.

—Estás diciendo cosas sin sentido, hijo mío, cosas que no es posible que pienses de verdad. ¿Quién te mantiene, por ejemplo? ¿Y quién te quiere?

Las palabras *te mantiene* fueron un inmediato revulsivo. Rickie dijo que de acuerdo y que lo sentía. Tan solo insistió en que estaba muy apegado a su trabajo, lo mismo que les sucedía a otros internos del zoológico. No era un trabajo sino una *vocación.* Mitzie, Stalker, Bei-Bei, Claus, Kindle, Herc, Big Joe, Juno, Astrid (la bebé recién nacida de Juno) eran *tan reales* para él que no había en su vida ninguna otra cosa como ellos. Hacía pocos días se le había permitido ayudar a un veterinario que estaba examinando a Big Joe, el patriarca del clan, a quien los bonobos más jóvenes les gustaba tomar el pelo. Big Joe había arrugado la cara como si estuviera a punto de besar a Rickie, pero en lugar de eso le escupió. (¿Era aquello divertido? Nadie, excepto Rickie, pareció pensarlo así.) Big Joe era el macho alfa, ¡con verdadero sentido del humor! Rickie sonrió, rememorando un inolvidable recuerdo personal.

—Bien —dijo Padre con sequedad—. Me alegro de que alguien encuentre humor en una historia tan triste.

Siguieron semanas de llamadas telefónicas sin respuesta. De correos electrónicos también sin respuesta.

Una sucesión ininterrumpida de intentos de toda la familia para contactar con Rickie que él se empeñaba en ignorar.

A finales de febrero Padre le dejó un mensaje telefónico, esforzándose por lograr que no le temblara la voz:

—¡Hijo mío! He calculado que nos hemos gastado más de doscientos mil dólares en tu educación y ¿qué resultados hemos… has obtenido?

Y:

—¿Así es como nos lo devuelves, hijo mío? ¿Pasándote a los *animales*?

En marzo, por fin, volvimos a San Diego. No confiábamos en tener una confrontación con Rickie de ninguna otra manera.

En el zoológico, en el recinto de los bonobos, no lo vimos por ninguna parte. Una multitud de visitantes complacidos seguía los juegos y piruetas de los primates, igual a como había sucedido en nuestra anterior visita. En el mundo animal el tiempo no corre.

Preguntamos en un edificio administrativo, pero se nos dijo que Rickie «ya no era uno de los internos de la institución». Su colaboración con el zoológico había concluido a finales de diciembre.

¡Ya no trabajaba en el zoológico! ¿Cómo era posible? Nuestro hijo nos había dicho que le prolongaban las prácticas seis meses más…

Quisimos hablar con Hilary Krydy, pero —con bastantes malos modos, en nuestra opinión— se nos informó de que estaba de viaje por África en aquellos momentos y que no se podía contactar con ella por correo electrónico.

Teníamos una dirección de Rickie, en un enclave de edificios encalados, muy juntos, a pocos kilómetros del zoológico; se trataba de un barrio de «mezcla racial», como Madre lo describió con preocupación, con predominio de hispanos, asiáticos y negros muy negros. Cuando tocamos el timbre del número 1104 de Buena Vida, el individuo barbudo de pelo enmarañado y ojos inyectados en

sangre que abrió la puerta nos dijo con gesto agrio que «Rickie Tonto del Culo» ya no vivía allí. Nos quedamos atónitos ante aquel comentario tan grosero y cuando tratamos de explicar quiénes éramos, el barbudo nos dijo con una sonrisita:

—¿Ese gilipollas es hijo suyo? Páguenme entonces, porque me debe seiscientos cuarenta y seis jodidos dólares de atrasos en el alquiler.

Madre quiso abonar la «deuda» de inmediato, pero Padre dijo que «enviaría un talón por correo». Hasta cierto punto ablandado, el barbudo confesó no tener ni idea de dónde estaba Rickie y nos aconsejó que volviéramos al zoológico. Aunque hubiera perdido su puesto de interno, seguía estando por allí, como todo el mundo sabía.

Regresamos al zoológico. ¿Dónde está nuestro hijo?, preguntamos. A Rickie parecía habérselo tragado la tierra.

Los administradores extremaron la prudencia al hablarnos de nuevo. A nosotros nos pareció que nos respondían con evasivas.

¡Ojalá hubiéramos grabado aquellas conversaciones!

Desesperados, regresamos al recinto de los bonobos. En aquel momento, cosa extraña, todos los animales visibles parecían ser hembras. Criaturas esbeltas, en extremo afectuosas, que se acariciaban, abrazaban, besaban y acicalaban unas a otras, acompañándose de un parloteo muy animado. (Se mostraban atrevidas unas con otras en su comportamiento sexual e incluso con las más jóvenes, pero tratamos de no darnos por enterados.)

Luego, como si acabaran de soltarlos desde otra parte del recinto, apareció un grupo de machos: los bonobos más jóvenes y traviesos, y detrás el patriarca que tenía que ser Big Joe, el que había insultado a Padre y que se movía con una especie de dignidad de artrítico, el pelo de su voluminosa cabeza peinado al parecer con raya al medio, como un señorial banquero de los años cincuenta del siglo XX. Los más jóvenes lo adelantaban a la carrera sin el menor respeto y sin hacer caso de las miradas furiosas que lanzaba a sus gráciles espaldas. Los de menor edad parecían animados por algo así como una energía contagiosa y saltaban, se columpiaban y se

peleaban con las hembras y entre ellos. (Tratamos de no quedarnos mirándolos.)

—¡Mira! —exclamó Madre—. Detrás de aquella roca, ¿no lo ves?

Allí estaba agazapado un bonobo desgarbado, estrecho de hombros y de cabeza pequeña; su rostro era casi infantil, pero tenía los párpados caídos y escondía los ojos.

—¿No te das cuenta? ¡Es él, Rickie! Dios bendito.

Madre, frenética, empezó a gritar «¡Rickie! ¡Rickie!» mientras Padre trataba de calmarla. Los visitantes del zoológico no salían de su asombro al ver a una señora de mediana edad, bien vestida, con evidente intención de saltar la barandilla para lanzarse —los brazos extendidos— contra la pared de cristal.

—¡Rickie! ¡Vuelve, Rickie! Nos reconoces, ¿verdad que sí? ¡Rickie! —suplicaba Madre.

Las hembras bonobo la contemplaban manifestando una simpatía creciente en sus ojos de color castaño oscuro. Big Joe fulminaba a todos con la mirada, sonreía, pateaba el suelo con fuerza y se rascaba el vientre y los genitales en un esfuerzo por llamar la atención. El bonobo desgarbado al que Madre llamaba con insistencia se había retirado muy deprisa al fondo del recinto y se tapaba los ojos con las manos.

Madre tuvo que agarrarse del brazo de Padre para no desmayarse.

—Lo has visto, ¿verdad? Era él, no me digas que no.

—S… sí. Creo que… sí. He visto a nuestro… hijo…

Debimos de provocar un alboroto, porque aparecieron unos agentes de seguridad para acompañarnos hasta la salida del parque. Madre estaba tan trastornada que hubo que llevarla en un vehículo motorizado con Padre, la personificación del desaliento, a su lado.

—Qué es lo que le han hecho, esos monos terribles —se lamentaba Madre—. Cómo hemos podido fallarle tanto, pobre hijo nuestro…

—Es él quien nos ha traicionado —dijo Padre con evidente tristeza —. Se ha *pasado a los animales.*

El zoológico de San Diego se ha negado a cooperar. Ninguna de las personas con autoridad se toma en serio nuestras acusaciones ni

está dispuesta a volver a hablar con nosotros. Por medio de un abogado el zoológico ha hecho pública una declaración en la que se afirma que nuestras reivindicaciones (sobre el «secuestro», «seducción» o «coacción» de nuestro hijo) *carecen por completo de fundamento.*

El jefe del Departamento de los Grandes Simios nos ha insistido, por teléfono y por medio de su abogado, que es imposible que nuestro hijo, de algún modo, haya «desaparecido» en el seno del clan de los bonobos. En el zoológico hay treinta y siete individuos, ni más ni menos, incluidos los recién nacidos, y, como es lógico, todos están documentados; cerca de la mitad han nacido en África y el resto en el zoológico. Según él es imposible que ningún «ser humano varón» se haya escondido entre los bonobos y viva con ellos; una cosa así es el colmo del absurdo.

Padre estaba de acuerdo en lo referente a que el comportamiento de Rickie era absurdo. Y en que se trataba de un asunto entre Rickie y su familia que habría que resolver en un futuro próximo. Mientras tanto estamos convencidos de que Rickie vive en el recinto de los bonobos en el zoológico de San Diego bajo su nueva forma de bonobo; tal como Padre le acusa, *se ha pasado a los animales.*

Este documento es un primer borrador para el expediente que presentará el que va a ser nuestro abogado. No se propone ser un documento legal y no está (todavía) lo bastante elaborado como para presentarlo en el juzgado del condado de San Diego.

Todos los domingos volvemos al zoológico para ver a Rickie. Rasurado por completo, nuestro hijo se ha vuelto más ágil; le han crecido los brazos en proporción con el torso y las piernas. Los dedos de los pies, grandes y bien diferenciados, parecen prensiles. El rostro es juvenil, aunque arrugado y socarrón, como animado por una antigua especie de sabiduría; como sus briosos hermanos bonobos no se avergüenza en lo más mínimo de sus tendencias sexuales tanto con machos jóvenes como con hembras de todas las edades. Durante nuestra visita más reciente el pasado domingo Madre dijo, con un brusco suspiro de desesperación:

—Quizás… no sea nuestro hijo. Quizás lo que estamos mirando no es… más que un animal.

Nos cogimos de la mano mirando al interior del recinto. Madre lloraba en silencio y Padre se mantenía erguido, valiente, y sin derramar una sola lágrima. Contemplábamos lo que podría haber sido un entorno desértico —algún lugar en lo más profundo de África — donde, entre una bandada de bonobos, a una distancia de unos diez metros y con un relieve accidentado, el bonobo de desmedradas extremidades y una curiosa franja de pelo en la nuca, semejante a los restos de un collar, nos observaba con expresión inescrutable: ¿pesar, exasperación, vergüenza, desafío? Advertimos, mientras se daba la vuelta, un saludo apenas perceptible de su peluda mano mientras se alejaba con sus hermanos y hermanas hacia una cueva en sombras en la parte trasera del recinto.

Mágico, sombrío, impenetrable[5]

Conferencia de Escritores de Bread Loaf, Bread Loaf, Vermont. 18 de agosto de 1951.

Aquella fue la primera sorpresa: el gran hombre era mucho más voluminoso, mucho más *corpulento,* de lo que yo había imaginado. Nadie lo llamaría *gordo:* habría sido insultante e inexacto; pero su torso se combaba bajo la camisa como una gran ubre, y sus muslos, en pantalón corto, eran como los muslos carnosos de una mujer de mediana edad. El rostro de joven poeta lleno de sensibilidad (al menos en las fotos que yo había pegado en la pared de mi dormitorio) se había vuelto más ordinario y basto; profundas arrugas ponían los ojos entre paréntesis, como si hubiera fruncido el ceño, o entornado o guiñado los ojos con demasiada frecuencia para sugerir la (secreta) maldad de las palabras que salían de su boca. Los cabellos de nívea blancura tantas veces captados en fotografías, como un ectoplasma alzándose de su cabeza, eran más escasos de lo que ninguna foto sugería y no tan blancos, y estaban alborotados como si el poeta acabara de despertarse, todavía aturdido. El rostro, en su conjunto, parecía grande —más grande de lo que se espera que sea el rostro de un poeta— y las marcadas mandíbulas quedaban oscurecidas por una sombra brillante, como si llevara uno o dos días sin afeitarse. Párpados caídos, casi cerrados.

—Perdóneme… ¿Señor Frost?

Mi voz era dubitativa, de disculpa. El corazón había empezado a latirme de manera errática, como una frágil criaturilla —mariposa, polilla— que se golpeara contra las paredes de su encierro.

Porque allí delante, cuando todavía no esperaba encontrármelo, se hallaba el gran hombre. Llevada por el nerviosismo y la emoción había supuesto que tendría que caminar mucho más por el sendero

del bosque hasta su casa, denominada la «Cabaña del Poeta». Imaginaba que tendría que llamar a la puerta y esperar a que alguien la abriera. (Con toda seguridad no iba a ser el legendario Robert Frost en persona, sino un ayudante o secretario. Viudo desde 1938, como había tenido buen cuidado de informarme, el poeta, al menos, no estaría sometido a la protección de una esposa desconfiada.) Pero en la vida real el señor Frost esperaba a su entrevistadora en el exterior de la cabaña, aunque dentro de un pequeño porche, repantigado en un sofá columpio y, al parecer, dormitando; de la boca abierta le caía un hilillo de saliva. Sobre la arrugada entrepierna de sus pantalones de anciano había un cuaderno abierto y en el suelo de tablas reconocí el lápiz del poeta.

El señor Frost parecía haberse hundido en un sueño semejante a un trance mientras escribía un poema. Sentí un estremecimiento de júbilo ante tan inesperada intimidad. *¡Contemplaba a Robert Frost dormido! Y nadie lo sabía.*

En una mesa junto al columpio del porche había una jarra con lo que tenía toda la pinta de ser limonada y dos vasos, uno lleno en su cuarta parte, además de un reloj despertador en extremo ruidoso y un sucio matamoscas rojo.

Miré deprisa a mi alrededor: nadie parecía estar vigilando. La recepcionista con la que había hablado en el Centro de Conferencias Bread Loaf, al pie de la carretera, me había enviado a reunirme con el señor Frost sin ningún acompañante:

—La están esperando, señorita Fife. Solo tiene que subir hasta la Cabaña del Poeta. Y recuerde que no debe quedarse más de una hora, incluso aunque el señor Frost se muestre generoso con su tiempo y la invite.

Me sonrió con exagerada delicadeza y Evangeline Fife le devolvió una sonrisa muy parecida. *¡Claro! Por supuesto, señora.*

La sede de la Conferencia de Escritores, porque tal es su nombre, está siempre muy concurrida en esta época del año; en aquella ocasión había cientos de visitantes entre escritores, poetas y alumnos de todas las edades (con preponderancia de acomodadas mujeres maduras). Pero la parte de las instalaciones situada detrás de las oficinas administrativas y de las casas de madera pintadas de

blanco de las principales autoridades estaba acordonada y con carteles en los que se leía PRIVADO.

Como una colegiala concienzuda, yo llevaba un capacho de paja de gran tamaño, cargado de libros, grabadora, cuaderno, monedero. Del capacho salió ahora, muy deprisa, para colocarse entre mis manos, mi recién comprada Kodak Hawkeye.

Porque, al parecer, el señor Frost no había oído mi voz titubeante y seguía con los ojos cerrados. Con manos temblorosas coloqué la cámara, miré a través del visor a la figura imprecisa con sus blancos cabellos fantasmales, y me atreví a apretar el disparador. Luego, con mucho cuidado, hice avanzar el carrete para hacer la siguiente fotografía.

En cada nueva instantánea había que detenerse como al cargar un arma de fuego. No se «hacían fotos» en rápida sucesión: cada una de ellas era un acto deliberado y premeditado.

Cuán extrañamente vulnerable me pareció el poeta, algo así como un familiar de avanzada edad, un padre, un abuelo a quien se vislumbra tumbado en algún lugar de la casa, apenas arreglado y solo vestido en parte; se decía que le preocupaba mucho su aspecto y que insistía en ejercer el derecho de veto sobre la mayor parte de sus imágenes fotográficas y, por lo tanto, suponía una oportunidad inesperada encontrarlo en aquel estado de desaliño entre el sueño y la vigilia, como en un trance hipnótico. Comprobé que solo se cubría los pies con unas pantuflas de cuero muy gastadas.

Sonreí al ocurrírseme *Quizás está soñando… ¿con una entrevista? ¿Una entrevistadora que se le presenta de manera furtiva?*

Aquella tarde hice en total a escondidas siete fotografías del señor Frost con la mandíbula desencajada y dormitando en el sofá columpio del porche. Se las vendí a un coleccionista privado que se las revendió a otro coleccionista y acabaron incorporadas a las Colecciones Especiales de Robert Frost de la biblioteca de Middlebury College, catalogadas, con mucha discreción, como *Bread Loaf, agosto de 1951 (fotógrafo desconocido).*

Hacer fotografías del señor Frost sin permiso era una desfachatez, lo sé. En toda mi vida no había hecho nunca nada ni de lejos

parecido; al menos, no recordaba haberlo hecho: apoderarme de algo que no era mío, pero que creía mío; que creía *merecerme.* Por eso durante todo aquel tiempo temblaba de miedo al pensar en que el poeta se despertara y me descubriese. El júbilo por mi audacia me recorría todo el cuerpo como un veloz choque sexual: *¡Voy a robarle el alma! Es lo que me merezco.*

Tenía treinta y un años y era candidata a un máster de Literatura inglesa en Middlebury College, cuando, a finales del verano de 1951, me trasladé a la Conferencia de Escritores de Bread Loaf para hacer una entrevista a Robert Frost que se publicaría en un número especial de *Poetry Parnassus.*

Por aquel entonces, «Evangeline Fife» era una poeta prometedora, así como profesora de Literatura inglesa en la academia femenina Privet de Marblehood, Massachusetts, centro docente en el que me había graduado en 1938; en el otoño de 1950 me habían aceptado para el exigente programa del máster de Literatura inglesa de Middlebury College. Tenía la esperanza de que aquel nuevo título me ayudase a progresar, aunque solo fuera mejorando mi currículo académico de manera que pudiera solicitar un puesto en un *college* con programas de cuatro años o en una universidad. (Desde luego, estaba al tanto de que se contrataba a pocas mujeres para esos puestos, excepto en *colleges* femeninos y que, incluso en ese caso, se prefería a los varones. De todos modos quería creer que contaba con el apoyo de mis profesores de Middlebury porque había publicado poesía en varias revistas literarias de prestigio, incluida *Poetry Parnassus,* cuyo consejo de redacción me había autorizado a entrevistar a Robert Frost, que tenía, por aquel entonces, setenta y siete años.) El director de mi tesis en Middlebury era, y no por pura casualidad, también director de la Conferencia de Escritores de Bread Loaf durante el verano, y me había alentado tanto con mi poesía como en mi trabajo académico; el profesor Diggs tuvo además la amabilidad de darme una recomendación para que el famoso poeta —que normalmente rechazaba la mayoría de las peticiones de entrevistas, al menos con personas «desconocidas» y

para publicaciones tan poco destacadas como *Poetry Parnassus*— me recibiera*.*

Era consciente del gran honor que se me hacía al permitírseme entrevistar a Robert Frost, el poeta norteamericano más destacado de la época, y me había preparado con más diligencia aún de la que me era habitual. Eso supuso leer —y releer, de hecho— todos los poemas de Frost, muchos de los cuales, sin habérmelo propuesto, había memorizado en mis años de secundaria. Ya en mi primera adolescencia mi abuela me había leído poemas de Frost tales como «The Road Not Taken» [El camino no seguido], «The Death of the Hired Man» [La muerte del jornalero], «Birches» [Abedules], «Mending Wall» [La cerca rota] y «Stopping By Woods on a Snowy Evening» [Un alto junto al bosque en una noche de nieve] (el preferido de mi abuela). Mis profesores de Literatura inglesa en la academia Privet reafirmaron mi admiración tanto por Frost como por la poesía en general; en el Berkshire College para mujeres mi especialidad fue en literatura inglesa y publiqué poemas en *Berkshire Blossoms,* revista de la que había sido editora durante mi último año en la institución. Como profesora ayudante de Literatura inglesa en Privet enseñaba la poesía de Frost junto con la de Shelley, Keats, Wordsworth y Byron. Por supuesto, al señor Frost le había oído recitar sus poemas varias veces en Massachusetts y en Vermont, siempre ante un público numeroso, extasiado y falto de sentido crítico. El ambiente de aquellos recitales tan celebrados era reverencial pero alegre, porque a Robert Frost se le conocía ya como el yanqui sabio, que también era una persona ocurrente: un norteamericano «de andar por casa» que tenía además don profético.

¿Se están preguntando qué aspecto tenía yo? A ningún observador le hubiera sorprendido enterarse de que Evangeline Fife era «poetisa» (puesto que así se denominaba a las poetas por aquel entonces), pero sin duda se debe señalar que era una joven bonita —*muy bonita*— que siempre había aparentado menos años de los que le correspondían, lo que es, para las mujeres, el más satisfactorio de los errores.

A un hombre le puede gustar que se le crea, sin motivo, sexualmente más agresivo de lo que es, y más rico. Para las mujeres, la edad es primordial.

Cierto, no era una mujer de belleza singular, lo que hubiera requerido una estrategia por completo diferente para enfrentarme con el mundo (masculino) —una mucho más circunspecta y tortuosa —, pero mi tipo de atractivo rubio y lánguido les parecía a muchos hombres preferible a la hermosura. La *bella espectacular* es la mujer que un hombre no puede controlar de la manera en que imagina que podría si se tratara de una mujer *bonita sin más,* delicadamente rubia y que a los treinta y uno pasa todavía por dieciocho.

Era, además, *menuda.* Los hombres se imaginan que pueden intimidar con mayor facilidad a una mujer *menuda.*

«Evangeline Fife» no estaba casada, ni siquiera prometida. Eso se constataba de inmediato al comprobar que en el dedo anular de la mano izquierda no llevaba anillo. Como la mayoría de las muchachas y mujeres jóvenes de su clase y de su época, la señorita Fife era, sin ningún género de dudas, *virgen*.

Con la palabra *virgen* se define no solo, o meramente, un estado fisiológico, sino también espiritual. *Pura, inocente, impoluta, sin malicia:* tales eran los adjetivos que hubieran servido para describirme y que me habrían parecido halagadores, como a cualquier joven soltera de la época.

Aunque a los treinta y uno, y todavía célibe, Evangeline Fife no fuese ya del todo *joven,* yo confiaba en que el señor Frost, a los setenta y siete, me viese de manera distinta.

—Perdóneme, señor Frost. Soy… Evangeline Fife. Estaba… citada con usted a la una…

Dominada por la emoción, me temblaba la voz. Si alguien me hubiera tocado la garganta con un dedo, como el poeta adormilado podría haber imaginado que hacía, habría captado un zumbido vibrante y sensual.

El poeta parpadeó antes de abrir los ojos del todo. Durante un momento de desconcierto pareció que no sabía dónde estaba:

¿fuera? ¿En un sofá columpio en el porche? *¿Había estado durmiendo? Y ¿qué hora era?*

Su primera mirada asustada fue para el despertador colocado en la mesa al lado del columpio. Desde donde yo estaba no conseguía ver la esfera con claridad, pero tenía la impresión de que el cristal brillaba con luz refleja. El reloj era de un tamaño algo mayor de lo habitual, con remates de latón y aspecto de instrumento náutico; su tictac era muy fuerte y parecía demasiado rápido.

Acto seguido el poeta me vio: parpadeó de nuevo e incluso se frotó los ojos. ¡Ah, una atractiva joven desconocida! a unos tres metros frente a él, de pie sobre la hierba, de pelo rubio pálido muy bien cepillado y ojos de color violeta muy abiertos, llenos de adoración, como los de una colegiala amante de la poesía. Como podría hacerlo un corpulento pavo real, el poeta se pasó revista, examinándose el voluminoso cuerpo. Sus manos, grandes, se alzaron para alisarse el pelo revuelto, acariciarse las mejillas sin afeitar y ajustarse la camisa, que se abultaba por encima de la hebilla del cinturón. Frunció el ceño y me sonrió, al tiempo que aparecía en sus ojos, de un desvaído azul helado, una mirada maliciosa; acto seguido emergió, como si se corriera el telón de un escenario muy bien iluminado, «Robert Frost», el sabio de Nueva Inglaterra, el de los célebres recitales poéticos.

—¡Sí! Por supuesto. La estaba esperando, querida mía. Ha sido usted puntual, ha llegado justo a la una. Pero yo soy más puntual aún, porque ya estaba *aquí.*

Por desgracia, el cuaderno en precario equilibrio sobre su regazo cayó al suelo. Torpe, desconcertado y notándose sin la agilidad necesaria, el señor Frost parecía poco inclinado a agacharse y recogerlo, de manera que, con una pequeña reverencia, lo hice yo.

(Era un cuaderno corriente de espiral, con una tapa negra que imitaba el mármol. Por lo que pude ver, sus páginas estaban cubiertas de garabatos a lápiz.)

Al señor Frost pareció avergonzarle verse obligado a coger el cuaderno que le ofrecía.

—Gracias, querida mía.

Muy a la manera de una colegiala, permanecí inmóvil delante del poeta, cuyos ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo con la profesionalidad de un tasador de piedras preciosas. Siempre se produce un momento de ansiedad hasta que una mujer descubre cuál ha sido el juicio del varón: *¡Sí! Pasas la prueba.*

(Aquella mañana, después de pensármelo mucho antes de iniciar mi peregrinación, había elegido un vestido camisero rosa con estampado floral y falda acampanada que me caía por debajo de la rodilla. Calzaba unas bailarinas negras de charol. El pelo rubio pálido lo llevaba bien cepillado y resplandeciente, atado detrás con una cinta rosa de terciopelo. Por supuesto, la Kodak Hawkeye había desaparecido dentro del capacho de paja como si nunca hubiese existido.)

El señor Frost reconoció con un murmullo lo agradable de su sorpresa al descubrir que la entrevistadora para la revista *Poetry* era… *yo.*

—Con demasiada frecuencia el entrevistador, si se trata de un joven, es adusto y de cejas muy pobladas; o carece de cintura y es tan poco agraciada como un trozo de sebo…, si se trata de una mujer —el poeta rio entre dientes con picardía y se frotó las manos.

Allí estaba el *yanqui sabio*. Y todavía más querido como *travieso yanqui sabio.*

Me ruboricé. Aquel cumplido, a expensas de otros entrevistadores menos afortunados, era un regalo ambiguo: aceptarlo sería vanidad; dar la sensación de rechazarlo, de mala educación. Una mujer joven aprende pronto a mostrarse *muy escurridiza* para no molestar a sus mayores (de sexo masculino) gracias al suave reproche de una sonrisa.

No me quedaba, sin embargo, más remedio que presentar una pequeña objeción:

—Excepto, señor Frost, que no se trata de *Poetry* sino de *Poetry Parnassus.*

El señor Frost gruñó que no estaba seguro de haber oído nada sobre *Poetry Parnassus.*

—Aparecerá usted en la portada, señor Frost. Tal como le expliqué en mi carta.

Pero el señor Frost siguió frunciendo el ceño. Una especie de tormentosa malevolencia se le acumuló en la frente.

Sin perder un momento me apresuré a añadir:

—Quiero decir que todo el número de octubre se consagrará a «Robert Frost».

Aquello aplacó al poeta, hasta cierto punto. Había recuperado ya algo de su compostura con la colocación del cuaderno en la mesa junto al sofá columpio y empuñaba, como para jugar, el matamoscas rojo de plástico.

—¿Cómo ha dicho que se llama, cariño?

—Evangeline Fife.

El señor Frost me miró con ojos alborozados.

—Evangeline Fife…, un nombre inspirado de verdad. ¿Es auténtico, o una hábil invención sobre la marcha para picar la curiosidad del poeta?

¡Qué pregunta tan extraña! Mi rostro, de piel muy fina, enrojecido ya, se encendió todavía más.

—Es mi… nombre verdadero…, señor Frost —le contesté, tartamudeando.

—Tan auténtico como Robert Frost, ¿no es eso?

¡Sí que era un comentario ingenioso! O al menos me lo pareció. Porque *Robert Frost* era el nombre ideal para la persona que había creado la poesía de *Robert Frost.*

—Por favor, siéntese, querida señorita Fife. Perdone la grosería de un anciano que no se ha levantado con presteza al acercarse usted…

El señor Frost hizo un cortés gesto insignificante para simular la acción de ponerse en pie, sin moverse en realidad; y extendió una mano hacia mí con ademán caballeresco, aunque resultaba imperativo que me acercase *a él* para permitir que su mano regordeta, llena de hoyuelos, se apoderase de la mía y la estrechara con brío.

Con un ligero gruñido el señor Frost tiró de mí para que subiera al porche y me sentara a su lado en el sofá columpio; pero elegí, discreta, colocarme en una silla de ratán.

—Me temo, querida mía, que el cojín de esa silla está húmedo.

Demasiado tarde comprobé la veracidad de aquella afirmación. Pero me limité a reír, despreocupada, e insistí en que la silla estaba bien, porque no deseaba sentarme junto al anciano poeta en el columpio.

El señor Frost había empezado a darse golpecitos en una rodilla con el matamoscas.

—Si llega a descubrir que está demasiado húmeda, querida, por favor, dígamelo…, encontraremos otro sitio para su…, para usted.

El poeta sonrió con burlona gazmoñería. Deseoso de que yo entendiera que se había contenido y no había llegado a decir *para su tierno trasero.*

Avergonzada, estaba a punto de poner en marcha la grabadora y hacer la primera pregunta, cuando, como si se le acabara de ocurrir en aquel momento, el señor Frost preguntó:

—Y ¿quiénes son los «Fife», querida mía?

Se me cayó el alma a los pies. Nunca había pensado en mi familia y parientes como *los Fife:* eran muy pocas las veces que me acordaba de ellos.

Los ojos del poeta, de un descolorido azul glacial, parecían apretarme el pecho. Me costaba trabajo respirar. Conseguí tartamudear con voz apenas audible:

—Mi familia y los parientes de mi padre viven en Maine, sobre todo en Bangor.

—¡Bangor! No me parece un lugar muy acogedor para el cultivo de la poesía —el señor Frost me sonrió mientras se daba golpecitos con el matamoscas en la rodilla—. ¿Y los parientes de su madre, señorita Fife?

—Mi… su familia… tiene antepasados que vivieron en Salem, en Massachusetts…

—¡Ah! ¡Toda una historia, querida mía! —dijo encantado el señor Frost—. Los antepasados de su madre en Salem ¿fueron *cazadores de brujas* o fueron *brujas*?

—No…, me parece que no, señor Frost…

—Si no lo sabe con seguridad, lo más probable es que fuesen *brujas.* Los *que las cazaban* eran la clase dirigente de los

asentamientos puritanos, y nadie se avergüenza de descender de la clase dirigente.

Nada de todo aquello tenía mucho sentido para mí. El señor Frost rio entre dientes ante mi desconcierto. Se diría que estaba utilizando una vieja estratagema que le gustaba mucho: confundir al entrevistador con sus preguntas.

Había cruzado las manos, muy grandes, sobre el vientre, que tensaba la camisa blanca de algodón por encima del cinturón. Tuve un vislumbre del ombligo descubierto del anciano poeta, un pequeño remolino en espiral de pelos alrededor de un botón de carne en miniatura, tan extraño como un caracol momificado. El poeta se recostaba como un buda de Nueva Inglaterra, una figura de sabiduría (masculina) satisfecha de sí misma.

Incluso mientras le preguntaba si podíamos empezar la entrevista, dijo, sin prestarme la menor atención y golpeándose la palma de la mano con el matamoscas:

—«No dejarás con vida a la hechicera.»[6] Los norteamericanos entienden esa admonición, que les llega a lo más hondo de su alma de asesinos. Todo lo que queda por hacer a nuestros compañeros ciudadanos es localizar a la «hechicera» entre nosotros y, para ello, como los perros de caza más sanguinarios, necesitan que se los guíe —el señor Frost sonrió con una extraña especie de satisfacción—. «Mantengo una pelea de amante con el mundo»,[7] pero en realidad no me gustaría que el «mundo» mantuviera conmigo ninguna clase de pelea.

A la manera de un toro que se muestra a la vez indeciso y agresivo, inclinado a caprichosos giros que el observador no puede prever, el señor Frost procedió a extenderse mucho sobre el tema de las brujas y la caza de brujas, así como de la «hechicería» de los poetas, porque la poesía tiene que ser siempre una «especie de código»; para entonces ya había encendido yo la grabadora y comencé además a escribir en taquigrafía en mi cuaderno, porque no quería perderme ni una sola sílaba, de un valor inapreciable, de lo que dijera el señor Frost. Me acordé de «La bruja de Coös», su extraño poema sobre los huesos de la víctima de un asesinato, ya lejano en el tiempo, que ascienden desde el sótano de una antigua y

remota granja de Nuevo Hampshire, para aparecer clavados sobre el cabecero de una cama de matrimonio en el ático, como una maldición antigua que vuelve a la vida. Si el poeta hubiera escrito solo aquel poema singular, junto con uno o dos más, contados por narradores desquiciados de Nueva Inglaterra, la reputación de Robert Frost sería de maestro de lo *gótico.*

—¿Cree usted en las brujas, señor Frost?

Era la audaz desesperación del tímido, una pregunta muy torpe, lanzada cuando el señor Frost hizo una pausa para respirar, que recibió un desdeñoso fruncimiento de ceño, semejante al que un niño impertinente puede recibir de una persona mayor. Con una sonrisa despectiva, el señor Frost dijo:

—La poesía no es una cuestión de *creer,* señorita Fife. *Creer* es una ordinariez y la prerrogativa de otros seres inferiores.

Aquellas palabras eran una especie de rechazo de mi ingenuidad, pero me apresuré a recoger aquel sorprendente aforismo, que me resultaba del todo nuevo. Si Robert Frost lo había utilizado con anterioridad, o lo había puesto por escrito, yo no estaba al tanto.

La poesía… no es una cuestión de creer.

Creer… una ordinariez que es la prerrogativa de otros seres inferiores.

(¡Muy diferente del Frost «epítome de la sabiduría popular», tan querido por personas como mi abuela!)

Mientras el señor Frost hablaba, sus descoloridos ojos de un azul helado se trasladaban de aquí para allá, llenos de astucia, y, con repentina alacridad, empuñó el matamoscas para aplastar un moscardón que había venido a posarse sobre un poste cercano del porche. El cadáver negro, destrozado, cayó sobre la hierba.

—¡Si se pudiera tratar con tanta eficacia a los ignorantes «odiadores de la poesía»! —rio entre dientes.

Me disponía a preguntarle si pensaba de verdad que había en el mundo «odiadores de la poesía», y quiénes podían ser aquellas personas; y también sobre la audaz observación de Shelley, según la cual los poetas son los *legisladores no reconocidos* del mundo, pero no me fue posible intervenir porque el señor Frost regresó —con el aire de una persona mayor que se burla de un niño cautivo— al

anterior tema de *los Fife,* como si tuviera, o fingiera tener, dudas acerca de mi identidad. Procedió a preguntarme cuándo habían emigrado *los Fife* a los Estados Unidos, y desde dónde. Pasé a explicarle que, según la información en mi poder, *los Fife* habían llegado a América en los años ochenta del siglo XIX, desde algún lugar de Escocia.

El señor Frost pareció un poquito decepcionado.

—Ah, bien; en ese caso «sus Fife» no son culpables de perseguir brujas, ¡al menos no en el Nuevo Mundo! Y tampoco eran propietarios de esclavos, ni se beneficiaron con tan floreciente comercio antes de la guerra de Secesión, como hicieron tantos, y cuyos descendientes son lo bastante astutos para cambiar de tema cuando se aborda.

—Sí, señor. Quiero decir…, no. No hicieron nada de todo eso.

—¿Y de qué lugar de Escocia procedían, señorita Fife?

A mi lengua le faltaba fluidez porque la sequedad de mi boca era terrible.

El examen que me estaba haciendo el poeta así como la fijeza de su mirada hacían que me sintiera muy cohibida; porque parecía mirarme de la misma manera con que vigilaba a las moscas que zumbaban, distraídas, más allá del alcance de su brazo.

—Creo que… Perth, Inverness…

—¿En serio? —intervino con brusquedad el señor Frost—. Pero ¿no Leith?

No me había atrevido a reivindicar aquel distrito municipal junto al puerto de Edimburgo porque sabía que su madre había nacido allí.

—No, señor.

—Pero ¿ha visitado usted Escocia, señorita Fife? ¿No será usted, por casualidad, alguna variedad de «doncella escocesa»? —el poeta torció la boca en una sonrisa desdeñosa al pronunciar las palabras *doncella escocesa.*

Le expliqué que, mucho me temía, no era una «doncella escocesa», y que en mi familia no había dinero para aquel costoso tipo de viajes.

—¡Ah, una reprimenda! Déjeme decirle, querida mía, que tampoco había dinero para nada parecido en la *familia Frost.* Éramos todos…, como indican mis poemas, *muy pobres* y *muy frugales* —aunque el señor Frost rio, amable, al ver mi expresión avergonzada—. ¿Le gustan los versos de Robbie Burns? «Mi amor es una roja rosa, / recién florida en junio; / mi amor es una melodía / dulce y bien acordada»[8] —el señor Frost recitó los versos exagerando, desdeñoso, su ritmo—. Consigue que otros ripios parezcan grandes hallazgos.

Le reí, sin ganas, aquel chiste. Si es que era un chiste.

Un bravucón es alguien que te obliga a reírle los chistes, incluso aunque no sean tales chistes. Así es como se sabe que es un matasiete.

Luego el poeta frunció el ceño. Los ojos burlones se ablandaron.

—Aunque he de reconocer que Burns escribió alguna poesía aceptable, o más bien… algunos versos. «A vosotros, incluso, que corréis / tras feroces hazañas, / solos y desterrados de violentos hogares…»[9] Era alguien que *sentía con fuerza,* y eso es el principio de la poesía.

(Una oleada de pánico se apoderó de mí: a aquel paso nunca llegaríamos a la vida del poeta y todavía menos al meollo de la entrevista, que era su poesía, algo que mi interlocutor parecía estar escondiendo detrás de la espalda, con la intención de molestarme, como se puede hacer rabiar con una golosina a un niño que sabe dónde está, pero queda fuera de su alcance.)

Llena de audacia decidí contraatacar con una pregunta mía:

—Y ¿de dónde es su familia, señor Frost?

Pero aquello fue una equivocación, porque al señor Frost no le gustaban las iniciativas a la contra.

—Esa clase de información biográfica elemental —dijo con frialdad— debería usted conocerla ya, señorita Fife. De hecho, debería habérsela aprendido de memoria. Espero que haya hecho sus deberes sobre el tema y no confíe en que el pobre poeta vaya a proporcionarle una información que es pública y que está al alcance de todo el mundo.

Durante unos momentos fui incapaz de hablar. Pensé *Me va a despedir. Se va a reír de mí y me va a despedir con cajas destempladas.*

—Lo siento, señor Frost… Sí, sé por supuesto que nació usted en San Francisco y no, como cree la mayoría de la gente, en Nueva Inglaterra. Y sus antecedentes no son rurales… Vivió en San Francisco hasta los once años, su padre era periodista…

El señor Frost me interrumpió, irritado:

—Eso no es más que la *verdad literal.* De hecho, tengo en mi haber una buena dosis de «antecedentes rurales». Mi madre me trajo al este después de la prematura muerte de mi padre y pronto…, muy pronto estaba ya trabajando en el campo, en la granja de mi abuelo paterno en Derry, Nuevo Hampshire. No existe la menor duda de que, desde el primer momento, «Rob Frost» era una criatura del terruño…, un nativo de Nueva Inglaterra por los cuatro costados aunque no hubiera nacido allí.

Con los ojos cerrados y recostándose para hacer que el sofá columpio crujiera, el señor Frost empezó a recitar, de memoria y sin el menor fallo, poemas como «Mending Wall» [La cerca rota], «The Wood Pile» [El montón de leña], «After Apple Picking» [Tras recoger manzanas].

«Estoy más que cansado de la enorme cosecha que tanto deseaba.»

El poeta se expresaba con una voz suave, maravillada, lírica. Había una gran belleza en aquella voz. El peculiar acento de Nueva Inglaterra y el humor rencoroso habían desaparecido por completo. Era posible ya reconocer al joven Robert Frost en aquel rostro flácido y lleno de surcos: reconocer al poeta joven que se parecía a William Butler Yeats y a Rupert Brooke en su soñadora belleza masculina.

El poeta se detuvo como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que significaba el último verso de «Tras recoger manzanas».

Me apresuré a preguntarle:

—¿Qué significa ese verso, señor Frost? «Estoy más que cansado…»

—El significado de un poema, señorita Fife, reside en lo que dice.

Me lanzó una mirada que, si hubiera sido un latigazo con el sucio matamoscas rojo, me habría golpeado en la cara. Tal como fue en realidad, no pude evitar retroceder.

Norte de Boston, el segundo libro de Frost, contenía «Home Burial» [Entierro en casa], otra de sus tempranas obras maestras, una composición que el poeta nunca había leído en público. Le pregunté si el «hombre» y la «mujer» del poema eran él y su esposa en la época de la muerte de su primer hijo, en 1899, a la edad de tres años; una muerte que se podría haber evitado de no ser porque la madre era adepta a la ciencia cristiana. Cité el poderoso verso de la mujer: «No aceptaré el dolor así / si me es posible cambiarlo».

El señor Frost se me quedó mirando durante mucho tiempo con algo bastante parecido al odio. Los ojos entornados, el rostro contraído por la obstinación. Era imposible confundirlo con el amable bardo de Nueva Inglaterra. No contestó a mi pregunta. Como si se tratara de un punto que era necesario aclarar primero, volvió a su tema anterior:

—Solo un poeta que conociese en profundidad la vida en el campo podría haber escrito cualquiera de mis poemas «rurales». No hay otra poesía como esa en la literatura norteamericana. En Inglaterra, quizás, la de John Clare, y la de Wordsworth… pero son muy distintas, por razones evidentes.

—Sí, señor. Muy distintas.

—Se da usted cuenta, ¿verdad, señorita Fife?

—Sí, señor. Creo que sí…

El señor Frost había dejado el matamoscas sobre la mesa y estaba frotándose las manos. Pensé que era curioso que el dorso de las manos tuviera arrugas y reflejara su edad, pero las palmas fueran suaves. Una luz maliciosa apareció en sus ojos descoloridos.

—Me pregunto, señorita Fife…

—Por favor, llámeme «Evangeline», si no le importa.

—Pero usted no debe llamarme «Rob», compréndalo. No estaría bien.

—Por supuesto, señor Frost. Nunca me atrevería.

—Me he estado preguntando, *Evangeline…,* ¿está cómoda en esa silla?

No estaba muy cómoda, ni mucho menos. Pero me apresuré a sonreír, *sí.*

—¿No se nota un poco… húmeda?

Mi trasero estaba, en efecto, húmedo, porque lo estaba el cojín y la humedad me había mojado la falda, la enagua de seda y las bragas de algodón. Pero no me apetecía nada reconocer mi malestar.

—¿Su trasero, querida mía? ¿Su delicioso traserito? Sus bragas blancas de algodón, ¿están húmedas?

Vacilé, atónita. No tenía ni idea de cómo responder a la socarrona pregunta del poeta.

¡Estaba horrorizada! Casi se me cayó el cuaderno.

Al ver que había conseguido desconcertar por completo a su entrevistadora, el señor Frost rio con ganas. Se disculpó, aunque no con mucha sinceridad:

—Lo siento mucho, querida mía. Mi difunta esposa me reñía con frecuencia por mi «grosero humor de cuadra». *Era* muy sensible, por supuesto. Pero hay mujeres a quienes atrae ese tipo de humor, creo yo.

El señor Frost hizo una pausa, sin dejar de mirarme. Los descoloridos ojos azules recorrieron otra vez mis esbeltas piernas (sin medias) hasta llegar a los tobillos, para luego ascender de nuevo hasta mis muslos (imaginados) bajo la falda con vuelo y el cinturón forrado de tela, tan apretado en torno a mi reducido talle que un hombre podía imaginarse abarcándolo nada más que con sus dos manos.

—Quizá quiera cambiarse las bragas, Evangeline. Y cambiar de sitio aquí en el porche, elegir un asiento que no tenga humedecido el cojín —de nuevo el señor Frost dio unas palmaditas en el espacio libre a su lado y de nuevo fingí no darme cuenta.

Sabía que el señor Frost me estaba tomando el pelo. No tuve, sin embargo, otro remedio que confesar, ruborizándome, que no me podía «cambiar» de bragas porque no disponía de otras secas que ponerme.

—¡Cómo es posible, querida mía! Viene usted a Bread Loaf a entrevistar al admirado señor Frost, pero con un solo par de bragas

—el señor Frost rio a mandíbula batiente al ver lo avergonzada que estaba—. Muy arriesgado, cariño. Temerario. Porque sin duda está usted al tanto de la presencia en estas instalaciones de Untermeyer, el notorio donjuán, y del joven y apuesto John Ciardi —el señor Frost me miró para ver cómo interpretaba aquella ambigua observación.

(Por supuesto, sabía quiénes eran Louis Untermeyer y John Ciardi, ambos poetas, amigos y partidarios de Robert Frost; mi entrevistado era ferozmente leal a sus amigos y, según se decía, también a sus enemigos.)

—Y usted misma es poeta, ¿poetisa?, según creo —el señor Frost se recostó de nuevo en su asiento del porche en un extraño ángulo, como si invitara a otra persona a tumbarse a su lado; el venerable sofá columpio crujió con suavidad. Había extendido los dedos sobre su vientre como sobre un procaz tamborcito—. ¿O se trata de la falta de previsión de una virgen inocente? —pronunció las palabras *virgen inocente* con un ligero subrayado.

Al ver que sus bromas de mal gusto solo provocaban una expresión de perplejidad en la joven entrevistadora de lánguidos cabellos rubios, el señor Frost suspiró, en una exagerada muestra de decepción, y quizás puso los ojos en blanco en beneficio de un público invisible, que reaccionó con risas casi audibles. Haciéndome un guiño, añadió:

—¡Vaya! Tiene que quedar a juicio de usted, mi querida señorita, el grado de humedad de sus bragas. Nadie más puede dar una respuesta acertada, no puedo estar más de acuerdo.

¡Bragas! ¡Qué podían importarle unas *bragas* al gran hombre! Había decidido ignorar aquellas observaciones subidas de tono, dado que eran impropias de tan distinguido poeta; si bien, por supuesto, mi magnetofón estaba grabando todo lo que decía.

Tenía abierto mi cuaderno por la primera página de preguntas, muy bien copiadas con mi pulcra letra de colegiala y bien numeradas; pero antes de que pudiera empezar, el travieso anciano me miró de nuevo y dijo:

—Es usted una «buena» chica, según parece, Evangeline. Así lo espero. ¡Y qué ojos tan azules! Del color de la consuelda de Nueva

Inglaterra, ¿no se lo ha dicho nunca nadie?

¡Esperaba el señor Frost que no supiera a cuál de sus famosos poemas estaba aludiendo? Protesté con timidez:

—Excepto que la consuelda menor es *blanca,* señor Frost.

—¡Vaya! Tiene usted toda la razón, querida mía.

La sesgada coquetería de la *poetisa virgen* sorprendió un tanto al señor Frost.

¡Una oportunidad ideal! El poeta me miraba como si esperase que lo sorprendiera todavía más. De manera que, sin alzar apenas mi voz de colegiala, contentísima, recité el brillante y estremecedor poema que comienza con: «Vi una oronda araña…».

Sin embargo, si se tenían oídos para oír, se podía detectar, en los intersticios de la agitada respiración de la colegiala, algo que estaba muy lejos de la adolescencia o de la ingenuidad.

Al concluir mi recitado, el señor Frost se echó a reír y empuñó de nuevo el matamoscas, con el que golpeó la barandilla del porche en un aplauso estentóreo. No podría haber manifestado mayor satisfacción si una niña pequeña hubiera recitado su poema sin tener la más remota idea de su significado.

—Ese es mi soneto más perverso, querida mía. Me ha sorprendido mucho que se lo sepa de memoria.

Respondí que «Design» [Plan] era un soneto perfecto, al estilo de Petrarca, que había aprendido en el instituto años atrás, «antes de entenderlo».

—¿Y ahora cree usted que lo entiende, querida Evangeline?

Tonta de capirote, educada en poesía por profesoras solteronas, ¿qué sabe de mí*?*

Me notaba reacia a aceptar aquel desafío. Con mi ropa interior mojada, mantuve los ojos bajos con mansedumbre y pasé una hoja de mi cuaderno, mientras en la mesa el reloj despertador continuaba su implacable *tictac, tictac,* que podría haber resultado perturbador de no ser por la intensidad de nuestra conversación.

Con mayor seriedad, el señor Frost dijo:

—En la poesía grande de verdad hay siempre algo «revelador» (una palabra, una frase, una ruptura en el ritmo, un pie quebrado) que es inesperado. Ningún versificador corriente es capaz de

hacerlo. En la obra de Emily Dickinson todos los poemas, casi sin excepción, contienen ese elemento «revelador». En la obra de Robert Frost cabe esperar que eso suceda en muchos de sus poemas. Porque, ¿sabe, querida mía?, al recitar el poema ha tropezado usted un poco: en lugar de «la orilla del camino» se ha acordado de «el borde del camino», que es más corriente.

¿Era eso lo que había hecho? Traté de recordar, confundida. *¿Orilla, borde?*

El poeta añadió, más amable que censurador:

—Si no siente la diferencia entre las dos palabras, es que no advierte los cálculos más elevados de la poesía.

—¡Lo siento, señor Frost! Ha sido una equivocación estúpida.

—No ha sido una *equivocación estúpida,* sino un error como el que cometerían de manera natural la mayoría de las personas al tratar de recordar un poema «perfecto». *Usted,* por supuesto, no podía recordarlo, mi querida Evangeline, porque *tampoco* podría haber escrito el poema. Como no podría reproducir la situación que, en origen, hizo nacer el poema: «Un nudo en la garganta, el saber que algo está mal, una añoranza, un mal de amores».

El poeta parecía satisfecho ya. Pertenecía a un tipo de bravucón al que muchachas y mujeres están muy acostumbradas, que tiene cariño a su víctima al mismo tiempo que la desprecia; cuyo afecto por ella puede ser una expresión de su desdén, al igual que sus bromas. Se recostó en el sofá columpio, dedos cruzados sobre el vientre búdico.

El sol se movía por el cielo: la tarde había empezado ya su declive. Sobre nuestras cabezas, oíamos un *suave susurrar* en las copas de los árboles.

De manera solo a medias consciente había estado yo oliendo algo a la vez dulce y un poco astringente, un aroma a hierba recién cortada. Me vino un recuerdo borroso de la infancia, como se ve, a través de un cristal esmerilado, apenas la silueta de una figura o una sombra. El poeta es el emisario que nos devuelve la infancia y todas las cosas perdidas. Pensé *No es un hombre malvado, dado que nos puede llevar allí. Bastaría con que no hiciera mal uso de su poder.*

El tictac del reloj se mezclaba con el canto de los grillos en las hierbas altas de la linde del claro. Sin saber muy bien qué debería hacer, repasé las páginas de mi cuaderno mientras el señor Frost suspiraba y se movía. Abrió solo un ojo y me miró, socarrón:

—En el artículo que publique, supongo que mencionará el despertador, ¿no es cierto, querida Evangeline? Detesto los relojes de pulsera, ¿se da cuenta? Ponerse un reloj, como hacen los necios, es igual que llevar una insignia de la propia mortalidad.

Apunté en mi cuaderno aquellas palabras mordaces.

—Los poemas hablan siempre de «mortalidad», compréndalo. El poema es el sostén del poeta contra la muerte.

Desde los árboles sobre nuestras cabezas nos llegaba ese *suave susurrar* que es a la vez placentero y turbador, como un recuerdo sobre el que se acumula la emoción. Excepto que nos hemos olvidado de la emoción.

Con mucho retraso el señor Frost me ofreció un vaso de limonada, que me serví yo misma, al tiempo que volvía a llenar el del poeta; porque el señor Frost era uno de esos varones que parecen incapaces de mover un dedo para servirse, y no digamos para servir a otros. No me importó en absoluto hacerlo, por supuesto, porque me han educado para servir, en especial a mis mayores prestigiosos.

Bebí un sorbito de la limonada tibia y demasiado dulce. Tenía la boca muy seca.

Reanudé la entrevista con una pregunta habitual, amistosa:

—Señor Frost, ¿quiere decirles a los lectores de *Poetry Parnassus* qué es lo que espera transmitir con su poesía?

El señor Frost rio, burlón.

—Si «esperase transmitir» algo, señorita Fife, enviaría un telegrama.

¡Muy bueno! Me reí y copié la frase.

Dadas mis costumbres de colegiala fui desgranando una lista de preguntas encaminadas a obtener del poeta citas repetibles que fuesen útiles para los lectores de *Poetry Parnassus,* todos ellos poetas, con pocas excepciones. Muy amable, el señor Frost se recostó, uniendo las manos detrás del cuello, se estiró y bostezó y respondió con su típico acento de Nueva Inglaterra, un acento que

era sincero, aunque él no se lo tomase demasiado en serio. Infinitas veces el gran poeta había contestado a aquellas mismas preguntas, que se sabía de memoria, como también había memorizado sus respuestas, meditadas con cuidado. A diferencia de otros poetas que se habrían impacientado, irritado y aburrido al hacerles las preguntas de siempre, el señor Frost parecía disfrutar con la familiaridad, podría decirse que como un buda que nunca se cansa de que se le venere. ¡Qué diferencia entre aquel anciano de rostro flácido y el poeta de ojos soñadores y poco más de veinte años en la pared de mi dormitorio! Mucho tiempo atrás había compuesto sus respuestas aforísticas, que se habían ido suavizando como cantos muy rodados. *Verso libre:* «Jugar al tenis sin red». *Poesía:* «Un soporte momentáneo contra la confusión». *Poesía lírica:* «Hielo derritiéndose en una estufa al rojo vivo». *Amor:* «Un deseo irresistible de ser irresistiblemente deseado». *Sobre las invitaciones a «festivales» de poesía:* «Si no soy yo el espectáculo, no voy». *Opinión sobre su rival Amy Lowell:* «Una farsante». *Opinión sobre su rival T. S. Eliot:* «Un farsante». *Opinión sobre su rival Ezra Pound:* «Un farsante». *Opinión sobre su rival Archibald MacLeish:* «Un farsante». *Opinión sobre su rival Wallace Stevens:* «¡Un farsante que vende baratijas!». *Opinión sobre su rival Carl Sandburg:* «¡Un palurdo que además es un farsante! Siempre rasgueando su guitaaarra. En Sandburg todo es estudiado, excepto la poesía».

De cuando en cuando la voz profética se teñía de melancolía olímpica, como la de un dios que meditara desde lo alto sobre la locura del género humano. «Todo lo que he aprendido sobre la existencia se puede resumir en tres palabras: "La vida sigue"».

(Aun a pesar de tan sombrías reflexiones, el poeta presentaba a la entrevistadora, como si se las estuviera ofreciendo, extendidas sobre la palma de la mano, las más exquisitas gemas de reducido tamaño.)

—Y, ¿qué *es* poesía, señor Frost?

—Poesía es… lo que se pierde en la traducción.

El señor Frost hizo una pausa y luego continuó, pensativo:

—Un poema es una corriente de palabras que empieza como placer y termina como sabiduría. Pero por tratarse de poesía y no de

prosa, es una especie de música, una cuestión de sonido en el oído. Yo oigo todo lo que escribo.

Aquello me permitió plantearle una astuta duda poco importante:

—¿Quiere usted decir, de manera literal, que *oye* sus versos, señor Frost? ¿Palabras en la cabeza?

El señor Frost frunció el ceño. Aunque le gustaba mucho que se le escuchara, no le gustaba que lo cuestionaran.

—Hablo en voz alta… conmigo mismo. El poema es una cuestión de sílabas medidas, de versos yámbicos, por ejemplo, que producen una obra de… poesía.

Se detuvo de pronto. ¿Qué sentido tenía aquello? La joven entrevistadora que lo miraba, tan ávida, con sus ojos de color azul consuelda había empezado a resultarle sutilmente desconcertante.

—¿Un poema es «más sonido que sentido»?

—No. Un poema no es «más sonido que sentido», ¡al menos no lo es mi poesía! El parloteo de ese mojigato pretencioso que es Tom Eliot quizá se pueda considerar así, o la de e. e. cummings, ese infantil escritor con minúsculas, pero no la poesía de Robert Frost.

De nuevo le pregunté, maliciosa:

—¿Alguna vez «oye voces», señor Frost? ¿Cuando está componiendo sus poemas?

El señor Frost frunció el ceño y apretó las mandíbulas. Una expresión de algo parecido al miedo apareció en sus apagados ojos de color azul hielo.

—No. Nunca, jamás «he oído voces». El poeta no está, como Sócrates parecía creer, en manos de un «demonio»; el poeta *controla* al «demonio».

—Pero ¿hay un «demonio»?

—¡No! No hay un «demonio»… Es una manera metafórica de hablar. La poesía es el lenguaje de la metáfora.

El señor Frost fruncía el ceño en mi dirección de manera peligrosa; perseveré, sin embargo, con mis preguntas inocentemente ingenuas.

—Pero, señor Frost, ¿qué *es* la metáfora? ¿Y por qué se la considera el lenguaje de la poesía?

El poeta resopló con la clase de desdén que hubiera provocado estallidos de risa en un público admirativo.

—¡Mi querida señorita Fife! Preguntarle a un poeta por qué habla así es lo mismo que preguntarle a un sinsonte por qué canta como lo hace, apropiándose los cantos de otras aves. Si tiene usted que preguntarlo, mi querida jovencita, quizás sea incapaz de entenderlo.

Aquella cáustica respuesta habría descorazonado a otro entrevistador más sutil, pero a mí no me amilanó, porque comprendí que la observación del poeta estaba justificada y no me molestó.

—Pero ¿usted nunca «ha oído voces» ni ha afirmado ser «clarividente»? —insistía en aquellas cuestiones porque sabía que el señor Frost no daría, motu proprio, ninguna información sobre sí mismo que pudiera desvirtuar su imagen de bardo popular de Nueva Inglaterra.

—Señorita Fife, ya se lo he dicho: *no.*

—¿Ni ha disfrutado nunca de… «clarividencia»?

Desdeñoso, el señor Frost preguntó:

—¿Qué es «clarividencia»?

—La habilidad de ver el futuro, señor Frost. Tener premoniciones, profetizar.

El señor Frost resopló, desdeñoso. En sus ojos, un pequeño chispazo de alarma.

—Cuentos de viejas, querida mía. Quizás en su familia escocesa, pero no en la mía.

Para añadir después, en voz más baja:

—¿Por qué querría nadie «ver en el futuro»? Eso sería una…, una… maldición…

En el rostro del anciano poeta apareció una expresión tal de dolor, de vacío, de pena, de terror hacia lo que no se puede decir, que aparté la vista por un momento, avergonzada. Pensé: *¡Pero si no es más que un viejo muy solo! Lo que merece es compasión, no justicia.*

Y también se me ocurrió por un momento que quizás llegase a compadecerme de él y empezara por destruir las humillantes instantáneas que le había hecho con mi Kodak Hawkeye. Pero entonces el señor Frost siguió hablando con su voz absorta, censuradora, llena de masculina superioridad:

—¡Señorita Fife! Explíqueles a sus ávidos lectores que la poesía es muy *misteriosa.* Que está muy por encima de las cabezas de todos. Sin que importe lo que el poeta trate de contar.

Pero contraataqué al instante:

—Sin embargo, el poeta construye a partir de sus predecesores. ¿Quiénes han sido sus mayores influencias, señor Frost?

Me miró sorprendido, como si un niño se hubiera erguido para enfrentarse con él.

—¿Mis… influencias? Muy pocas… *La vida* ha sido mi influencia.

—Pero ¿no Thomas Hardy?

—No.

—Ni Keats, ni Shelley, ni Wordsworth, ni William Collins…

—¡No! No en la medida en que *la vida* me ha influido.

La expresión irritada en el rostro del señor Frost me hizo ver la conveniencia de no proseguir con aquel tipo de preguntas, porque de todas las cuestiones delicadas, la de las «influencias» es la que más duele y molesta incluso a los genios más grandes, como la sugerencia de que otros les han ayudado de manera decisiva en sus carreras. No pude, sin embargo, resistirme a preguntarle por qué tenía tan mala opinión de Ezra Pound, que se había mostrado tan generoso con él cuando se conocieron en Inglaterra y Frost era un poeta en apuros y todavía sin publicar.

El señor Frost cerró los ojos, y negó con la cabeza con gran vigor. ¡Sin comentarios!

—¿Estaba Ezra Pound equivocado, o era ni más ni menos que un «farsante», cuando dijo que *A Boy's Will* [La voluntad de un muchacho] contenía «la mejor poesía escrita en Estados Unidos durante mucho tiempo»?

Los ojos del señor Frost siguieron cerrados. Pero su rostro, surcado de arrugas, adquirió una expresión pesarosa.

—Bueno…, incluso un…, un «farsante»… puede estar en lo cierto, de cuando en cuando —abrió, cauteloso, uno de sus descoloridos ojos azules, su mirada fija en mí, en burlona súplica—. Como un reloj que ha dejado de funcionar marca la hora correcta dos veces cada veinticuatro horas.

No había conseguido, de todos modos, apaciguarme. Mi siguiente pregunta fue una afilada hoja de acero de poco tamaño que había que introducir en el carnoso pecho del poeta, entre dos costillas:

—Pero, señor Frost, ¿no fue usted amigo de Ezra Pound en otro tiempo?

—Señorita Fife, ¿por qué me atormenta con Pound? Ese hombre es un traidor a la poesía, igual que a su país. Un necio fascista, un ingrato. Nadie es capaz de precisar cuándo se volvió loco, pero *ahora* está loco. ¡Basta ya de Pound!

—Y, ¿cuál es su opinión sobre Franklin Delano Roosevelt?

Era una pregunta maliciosa. Porque el conservadurismo del señor Frost era bien conocido. Más todavía que Ezra Pound, «FDR» enfurecía al poeta, que tartamudeó, indignado:

—¡Ese… lisiado! ¡Ese farsante socialista! ¡El cerebro de Roosevelt es tan deforme como su cuerpo! Trató de ocultar el hecho de que no era un hombre completo…, los idiotas de los votantes se lo tragaron. Y su mujer…, ¡tan fea como el culo de un gorila! El socialismo es robo puro y simple…, despojar a los que trabajamos, a los que nos matamos a trabajar, para dar a vagos y haraganes lo que hemos ganado. Elinor, mi esposa, pese a ser una mujer sensible y educada, despotricaba contra Roosevelt hasta decir que, si hubiera podido, ¡lo habría matado! Que llegara a inspirar semejante indignación a una mujer tan refinada como Elinor Frost da una idea de la monstruosidad del individuo. Puede usted llamarme egoísta, señorita Fife… Sí, soy un «artista ególatra» porque creo que el arte ha de ser autogenerado y no tiene nada que ver con la colectividad. ¡«Hacer el bien» es una paparruchada! No daría ni un maldito centavo para «mejorar» el mundo… porque, si se consiguiera —aquí la voz del señor Frost tembló, teñida de timidez, dado que había utilizado aquella observación numerosas veces con otros tantos entrevistadores—, ¿sobre qué demonios íbamos a escribir los poetas?

Esperaba de nuevo mi horrorizada reacción. Y mis ojos azules muy abiertos.

—¡Cómo, señor Frost! No puede querer decir que…

—¿No puedo? Por supuesto que sí, mi querida Evangeline. ¿No ha leído mi poema «Provide, Provide» [Asegúrate el futuro]?: la teoría económica de Frost en pocas palabras. Asegúrate el futuro aunque eso signifique venderte: «La amistad "comprada" es mejor que su ausencia» —la risa entre dientes llegó, grave y fúnebre—. Es muy sencillo: no espere *usted* que *yo* le saque las castañas del fuego.

—Pero… ¿no es cierto que usted está familiarizado con la pobreza, señor Frost? ¿Una pobreza extrema?

—No.

—¿No? ¿De niño, y más adelante, casado ya, cuando trataba de mantener a una familia recién creada en la granja de su abuelo, en Derry…

—¡No! Los Frost eran frugales, pero nosotros no fuimos… nunca… *pobres.*

—Cuando murió su padre en San Francisco, ¿no quedó su madre… en la indigencia?

—Señorita Fife, *indigencia* es una palabra excesiva. Me parece que está usted insultando a mi familia. Este capítulo de la entrevista ha llegado a su fin.

El rostro del señor Frost estaba rojo de indignación, con la intensidad de un tomate demasiado maduro. Llevaba algún tiempo golpeando con el matamoscas el asiento a su lado en el sofá columpio como si le hubiera gustado golpearme *a mí.*

—¿No cree que tenemos la obligación moral de ocuparnos de los demás? ¿No eran esos los sentimientos de Wordsworth?

—¡Wordsworth! ¡Qué *sabía* Wordsworth! ¡Ese viejo charlatán no tuvo nunca que pelearse con nuestros infernales recaudadores de impuestos, señorita Fife! ¡No tuvo que vérselas con el asqueroso «New Deal»!

El aire se agitaba ya entre nosotros. La limonada misma de mi vaso también se movía, como si temblara la tierra.

Al ver que el poeta estaba a punto de desterrarme, perdida la paciencia incluso con mi aspecto de chica buena de lánguidos cabellos rubios, me tiré audazmente de cabeza:

—¿Es verdad, señor Frost, que de joven, antes de casarse, estaba tan deprimido que trató de suicidarse en Dismal Swamp, el pantano

de Carolina del Norte?

El señor Frost rugió indignado.

—¿Dismal Swamp? ¿Quién le ha contado semejante… calumnia? No es cierto…

—¿No sospechaba que Elinor le había sido infiel, y quería por eso castigarla, y también castigarse usted, con un gesto romántico?

—¡Ridículo! Son los poetas amanerados como Hart Crane quienes se suicidan… o completos farsantes o fracasados como Chatterton y Vachel Lindsay…, no los poetas con la cabeza en su sitio. Un hombre con una mujer y una familia que lo atan a la tierra no va por ahí pindongueando y acaba *matándose.*

—Pero sus poemas están llenos de imágenes de oscuridad y destrucción, señor Frost. De bosques que son «mágicos, sombríos e impenetrables»…, si bien el narrador tiene «promesas que cumplir, y millas que recorrer antes de acostarse». El poema es, sin duda alguna, sobre el deseo de morir, así como sobre la resistencia a ese deseo y el pesar por resistirse.

—¡Paparruchas, señorita Fife! Aunque me parezca usted una chica bonita, no por eso deja de ser una fémina histérica. Descubrir en los poemas horribles mensajitos que no existen es como mirar en un espejo y ver una mujer con cabeza de serpiente que *está allí,* y que tiene el rostro secreto de usted misma.

El poeta hablaba con vehemencia y no de manera muy coherente. Su cara enrojecida se hinchaba y latía como si estuviera a punto de sufrir un infarto. Persistí, sin embargo:

—¿Por qué no lee nunca en público sus poemas «sombríos», señor Frost? ¿Por qué lee solo sus favoritos de siempre, que sus oyentes han aprendido de memoria en el instituto? ¿Tiene miedo de que se ofendan con los poemas más oscuros, más difíciles, y no le aplaudan como de costumbre? ¿De que no se pongan en pie para aplaudirle, que es una cosa que le encanta? ¿De que no compren tantísimos ejemplares de sus libros?

El poeta, con el rostro siempre enrojecido, aseguró que yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Y que más me valía apagar la condenada grabadora o la haría añicos él mismo.

—¡Ya está bien! Esta ridícula entrevista ha terminado. Le sugiero que se marche ahora mismo… de la misma manera que se arrastró hasta aquí.

Todavía audaz, no obstante, le pregunté por «The Gift Outright» [El regalo absoluto], su poema patriótico de 1942, con el notable verso «La tierra era nuestra antes de que nosotros fuéramos de la tierra».

—¿Podría explicar a los lectores de *Poetry Parnassus* qué significa esta asombrosa afirmación?

El señor Frost había empuñado otra vez el sucio matamoscas rojo de plástico y golpeaba, incansable, el brazo metálico del columpio. Su voz se llenó de sarcasmo:

—Suponiendo que los lectores de *Poetry Parnassus* entienden inglés, no veo la razón para «explicar» una sola palabra.

—Señor Frost, ¡ese verso es sin duda una provocación!

—Maldita sea, Fife, ¿qué demonios está insinuando? Frost no es un «provocador»; Frost «consuela». Al público le ha encantado siempre «El regalo absoluto», tanto si lo entiende como si no. El poema nos habla de nuestros antepasados, los colonizadores del Nuevo Mundo, que eran «de la tierra» de una manera que las generaciones posteriores no podemos serlo, porque somos ciudadanos norteamericanos; y que la «tierra», nuestro país, los Estados Unidos, es un «regalo absoluto, sin condiciones». Es *nuestro.*

Al ver mi expresión, que no admitía más que una lectura, el poeta añadió, muy irritado:

—¿Es cada una de las palabras por separado lo que causa su perplejidad, señorita Fife, o su significado colectivo?

—Señor Frost, el significado colectivo de su poema parece apoyar el llamado «destino manifiesto», el derecho de los ciudadanos norteamericanos a reivindicar como suyo, en la práctica, la totalidad del territorio de los Estados Unidos. Eso excluye por completo a los nativos americanos, las numerosas tribus indígenas que vivían en América del Norte mucho antes de que llegaran los colonizadores europeos. Los invasores británicos, españoles…, los «hombres de raza blanca».

El señor Frost me sonrió con flagrante incredulidad.

—¡Señorita Fife! Por el amor de Dios, ¿sugiere usted de verdad que los indios son *nativos americanos*?

—¡Por supuesto! ¿Es que no son seres humanos?

—*Humanos,* pero primitivos. *Seres,* pero más cerca del travesaño animal de la escalera que del nuestro —el señor Frost se golpeó la rodilla con el matamoscas, con un ojo peligrosamente estrábico—. Puede usted poner en su entrevista, señorita Fife, que Robert Frost cree en la *civilización,* que es lo mismo que decir la *civilización de la raza blanca.*

—Pero, señor Frost, el pueblo indígena que usted llama «indios» eran los *nativos americanos* originales. Los hombres blancos de las Islas Británicas y de Europa que vinieron a este continente como colonizadores, exploradores y comerciantes, sin respeto por los nativos americanos que vivían aquí, se apoderaron de la tierra, explotaron a los nativos y se propusieron llegar al genocidio con ellos, y lo siguen haciendo incluso ahora, de maneras menos evidentes, en muchas partes del país. Y su poema «El regalo absoluto», que podría haber abordado esa cuestión con el perspicaz ojo del poeta, lo que hace, en cambio…

Sonriendo, el señor Frost me interrumpió con un decidido palmetazo del matamoscas:

—¡Señorita Fife! *Genocidio* es un término bastante pomposo para describir lo que hicieron nuestros valientes colonizadores, que conquistaron unas tierras y crearon una civilización aceptable…

—Pero es que no se trataba de tierras vírgenes, había civilizaciones indias, y vivían aquí. Por supuesto los primeros pobladores no eran personas que habitaran en ciudades, sino en plena naturaleza. Pero tenían sin duda sus propias civilizaciones, distintas de la nuestra, ¿no es cierto?

¡Cuánto sorprendió al señor Frost la pasión con que le hablaba!

Podría haberse pensado, como era muy probable que hiciera el señor Frost, que había algo *no del todo correcto* en aquella entrevistadora de *Poetry Parnassus* con su grabadora, su cuaderno y su capacho de paja, decidida a seguir hablando, pese a la evidente agitación del poeta.

—Señor Frost, ¿es posible que haya engañado a su público y que usted no sea un sencillo bardo de Nueva Inglaterra sino algo muy distinto? ¿Un emisario de «lugares oscuros», un poeta americano que ve y defiende lo peor que hay en nosotros sin disculparse en lo más mínimo, de hecho, con algo que puede calificarse de orgullo?

—¿Y qué tiene de malo el orgullo, señorita Fife?

En los descoloridos ojos azules del poeta brillaba una luz violenta. Su respiración era audible y áspera. Se advertía que el viejo corazón dilatado latía en su pecho como un puño enloquecido en el trance de mantener un encarnizado encuentro sexual en el que el poeta, en su privilegiada *masculinidad,* no tenía la menor intención de fracasar.

Pero a la entrevistadora también la dominaba una especie de ferocidad. Con la cabeza y los hombros muy rectos, aunque inclinándose hacia delante de manera que los pálidos cabellos rubios le cayeran con suavidad sobre la cara, se atrevió a preguntar con una voz ronca y estremecida que difícilmente parecía la de una joven virginal:

—¿No dijo usted en una ocasión, señor Frost, creyendo que su observación no sería grabada, que le habría gustado no volver a ver a sus hijos, los que vivían por entonces y que le causaban tantas molestias? ¿Que estaban…, que están «malditos»…?

—No…, no dije eso… ¿Quién ha estado propagando tales mentiras? Yo no he…

—Ha hablado usted de ese tema en sus maliciosos poemas codificados. De su incapacidad para sentir el dolor de otro…, de su incapacidad para tocar a otra persona. En sus poemas ha revelado todo lo que ha estado siempre escondido en su corazón. Que es por lo que, en público, reniega de algunos de ellos… como alguien puede renegar de ser el padre de un hijo deforme o tullido.

—¡Eso es falso…, eso es un error! He tratado de explicarlo —el señor Frost respiró hondo, cerró los ojos con fuerza y empezó a repetir, apretando las mandíbulas—: «Ser demasiado subjetivo con lo que un artista ha logrado hacer objetivo es acercársele de manera presuntuosa y ensuciar lo que él, con el dolor de su vida y de su fe, ha hecho… elegante».[10]

Frost pronunció de forma remilgada aquellas palabras, como si su enunciación bastara para convencer a la entrevistadora; pero su declaración no obtuvo el efecto deseado.

—Señor Frost, ¿qué significan esas palabras? ¿Se acusa con ellas de ser «indignos» a quienes ven en su poesía algo del hombre por demás viciado y deshonesto que escribió tales poemas? ¿Mientras al poeta que se alimenta como un vampiro con las vidas de otros se le considera «elegante»?

—Pero… la poesía *es* eso.

—¡No toda la poesía! No todos los poetas. El tema, hoy y aquí, es *usted.*

—No…, no tengo respuesta para eso, señorita… —el matamoscas se le había caído al suelo. Sus dedos parecían helados, con aspecto de garras, como acalambrados—, quienquiera que sea usted y venga de donde venga…, del mismo infierno…

—Pero ¿cree usted en el «infierno», señor Frost?

—Me…, me parece que sí…, debo…, no me queda otro remedio… «Esto es el infierno y no he salido de él.»[11] Ese desalentador y hermoso verso de Marlowe, tengo que creérmelo.

Aquella concesión, algo excepcional en el poeta, no consiguió en absoluto aplacar a la entrevistadora, ya que, convertida en cazadora, continuó la persecución de su presa jadeante, sin darle cuartel.

—Señor Frost. ¿Se acuerda de cuando su hija Lesley tenía seis años? Usted era todavía joven, un padre sin experiencia, que vivía en aquella horrible granja de Derry, en Nuevo Hampshire. Despertó a su hija, en la mano una pistola cargada, y forzó a la aterrorizada niña a bajar en camisón y descalza a la cocina, donde vio a su madre sentada a la mesa, llorando, con el pelo que le tapaba la cara. Su esposa había sido en otro tiempo una mujer atractiva pero después de vivir con usted en aquella granja sombría, de soportar sus cambios de humor, sus cóleras, su pereza, su penosa incapacidad como agricultor, su machismo y su torpeza sexual, se había convertido ya, a los treinta y un años, en una mujer hundida, derrotada. Le dijo usted a Lesley, a la niña de seis años, que tenía que escoger entre su madre y su padre, decidir cuál de los dos iba a

seguir con vida y cuál moriría. «Cuando amanezca, solo uno de los dos seguirá vivo.»

—No. Eso no… sucedió… No fue así.

—Lesley, sin embargo, lo recuerda con toda claridad, y se lo reprochará toda su vida, señor Frost. ¿Está equivocada?

—Mi hija está…, sí…, equivocada… Mi hija mayor me detesta sin conocerme. Nunca me ha entendido…

—Y, ¿qué me dice de su hija Irma, recluida en una institución psiquiátrica? ¿Por qué se lavó usted las manos en el caso de Irma, a quien podría haber ayudado más? ¿Le sacaba de quicio y le asqueaba por ser una forma extrema de usted mismo? ¿De su salvaje manera de hablar, de sus estados de ánimo turbulentos, de sus «lugares oscuros»? Abandonó a Irma como había abandonado a su hermana Jean años antes. La enfermedad mental le asusta, como si fuera algo contagioso.

El señor Frost protestó sin fuerza.

—Hice todo lo que estaba en mi mano por Irma y por… mi hermana Jean. Nadie tenía derecho a esperar que renunciara a toda mi vida por ellas, ¿no es cierto? Nada de lo que hice sirvió para que se mostrasen agradecidas, más bien las animó en su desenfreno y contribuyó a que *me* culparan…

—¿Por qué la pobre Irma estaba tan obsesionada con que iban a secuestrarla y a violarla? ¿Con que iban a obligarla a prostituirse? Usted se reía de los terrores de Irma, y le dijo cuando no era más que una niña, sin el menor miramiento, que dada su ausencia de atractivo no corría el menor peligro de que la violaran; le dijo que no iba a interesar sexualmente a ningún hombre; que nadie pagaría ni «veinte centavos por echar un polvo con ella». Más adelante le dijo usted riendo a Robert Lowell que a Irma Frost no la «habrían aceptado en un burdel».

—Eso no es cierto. Es… mentira, una calumnia… Lowell era una persona enferma, angustiada. Le hablé con intención de levantarle el ánimo, de distraerlo. Lowell pensaba que él era *malo,* pero el viejo Frost, *todavía peor.* Y no había que interpretar de manera literal nada de todo aquello…

—Y su hijo. El único varón superviviente. El que dijo: «Mi padre se avergüenza de mí. Mi padre se ha limitado a mirar por encima mi poesía y a rechazarla». El que dijo: «A veces me siento muy tenso, como un arco. Me doy cuenta de que quiero…, de que hace falta… atravesarme el corazón de un disparo…». Y acto seguido, la voz de su hijo se apagaba y él procedía a taparse el rostro con las manos.

La entrevistadora hablaba en voz baja y con tono condenatorio. El poeta la miraba sin entender. Se le agitaban los ralos cabellos de la nuca. Le costaba mucho trabajo respirar. Apenas logró tartamudear:

—¿Quién? ¿Quién es… «él»? ¿De quién está hablando…? —una sensación de vértigo se apoderó del poeta, el suelo parecía abrírsele bajo los pies. Desesperado, agarró su cuaderno de poesía con las dos manos como para escudarse en él.

—Señor Frost, sabe que su hijo quemó toda la poesía que había escrito. Quince años de trabajo. Tenía usted tan mala opinión de él que nunca le dio permiso para vivir. Fue siempre su «hijo» y nada más… Nunca renunció a él, pese a no quererlo. Tenía treinta y ocho años cuando murió de un disparo en la cabeza. Parecía mucho más joven, como si no hubiera vivido nunca. Todo lo que deseaba era que usted lo bendijera, la aprobación de su padre…, pero usted se la negó.

—Ya se lo he dicho…, no sé de qué…, de quién…, está hablando…

—Su hijo, señor Frost. Su hijo Carol, que se suicidó.

—Mi hijo no… se… suicidó… Murió como consecuencia de un lamentable accidente.

—El hijo varón al que puso usted un ridículo nombre de mujer, no se sabe por qué extraño capricho. Se sentía tan desgraciado con «Carol» que lo cambió a «Carroll», cosa que a usted le contrarió. Pero ya era demasiado tarde, el daño estaba hecho, quedó marcado desde niño. En su poesía narraba cómo usted le sorbió el tuétano de los huesos. No le dejó usted nada, le había arrebatado su hombría. Carroll conocía el secreto de Robert Frost: que usted nunca logró querer a ninguno de sus hijos, que solo se quería a sí mismo.

Frost agitó la voluminosa cabeza de lado a lado, frunciendo el ceño. Hondas grietas en su piel cenicienta.

—Yo… quería a Carol. Él sabía…

—¡Nunca le dijo que lo quería! No lo *sabía.*

—Carol era débil, inmaduro. *No era* un hombre. ¿Cómo iba a escribir auténtica poesía? Era un simple versificador, y sus mejores poemas, pálidas imitaciones de los míos. Era como un niño que dibuja con los lápices de colores Crayola. También me robaba las rimas. Y lo peor, los poemas en los que intentaba el verso libre —el señor Frost rio, un resollar espantoso, como si se estuviera ahogando. Con el brío de un abogado que defiende su caso, pasó a expresarse con una confianza llena de rectitud moral, aunque no exenta de pesar—: Mi hijo pensaba que «nadie lo quería». ¡Penoso! En su cabeza no había más que una nube de sospechas… y aquella nube se convirtió en nuestra nube. Pues bien, se la llevó consigo. No es verdad que lo abandonásemos. Fue él quien puso fin a todo, no nosotros…, el prolongado sufrimiento y la *obstinación* de una vida fracasada —un momento de reflexión y luego—: Fue un error casarme; sirvió para iniciar una sucesión de equivocaciones todavía peores, los hijos de Frost. Pronto me di cuenta, aunque creía haber mantenido el secreto, de que me tendría sin cuidado no volver a ver nunca a ninguno de ellos, al menos después de la muerte de mi querida hija Marjorie. *A ella* sí que la quise. La quise mucho. Y, sin embargo, ¿de qué le sirvió mi amor? No conseguí salvar a aquella niña tan maravillosa. Murió como podría haber muerto el hijo de cualquiera… desapareció. «No hay otro ruido: el susurrar / del apacible viento y el sedoso copo»…[12] En la naturaleza no hay, del dolor, más que eso. Un poeta no debería casarse ni procrear. Ese era el miedo de Elinor, mi esposa; que me arrastraría a su mortalidad y nos haríamos desgraciados el uno al otro, como así sucedió. La poesía es más que suficiente en el apartado de «procreación». La vida es la materia prima, como la masa sin cocer… pero está «cruda» y no es más que «masa». A nadie le apetece comer simple *masa sin cocer.*

El rostro del poeta, con su mandíbula caída, se contrajo en una expresión de puro desdén, de repugnancia. De forma sorprendente se puso en pie sobre unas piernas que apenas conseguían sostener su mole. El sofá columpio del porche crujió en protesta. El cuaderno se le cayó del regazo y fue a parar a la hierba. Como un toro herido,

dominado por una fuerza inesperada, producto del dolor y de la indignación, se tambaleó y fulminó con la mirada a su atormentadora. Le habían alcanzado el corazón, o las entrañas, pero no sucumbiría. Sus enemigos le habían atacado con crueldad y de manera vergonzosa, como lo habían hecho siempre a lo largo de su vida atribulada, pero *no sucumbiría.*

—Usted…, sean cuales fueren sus pretensiones…, una «entrevistadora» de una revista de poesía de tercera categoría… ¿qué sabe usted de *mí*? Quizá conozca hechos aislados acerca de mi «vida»… pero *a mí* no me conoce. Carece usted de la inteligencia para entender mis poemas como una niña ciega no entiende nada que vaya más allá del Braille que lee con las yemas de los dedos… Solo las palabras en relieve y nada del profundo e inefable silencio que rodea esas palabras.

Sorprendida, la joven entrevistadora rubia también se puso en pie, muy avergonzada; con su ropa interior húmeda y su vestido camisero con un estampado floral de color rosa agarró el capacho y retrocedió con una expresión de estupor y de alarma.

Señalando a su adversaria con el dedo índice, el enfurecido poeta se lanzó al ataque:

—Usted no es *nada.* La gente como usted *no existe.* A usted no la han llamado nunca «el poeta norteamericano más grande del siglo XX»… No ha ganado nunca un premio Pulitzer, y menos aún varios… y *no los ganará jamás.* Nunca ha provocado las lágrimas de su público ni lo ha forzado a aplaudir, ni le ha hecho disfrutar… Nunca ha logrado que se pusieran en pie para rendir homenaje a su genio. Apenas si se merece *besar el borde de la túnica del genio.* O… alguna otra parte de la anatomía del poeta. Todo lo que puede hacer, lo que puede hacer la gente como usted, gente insignificante y despreciable, enanos espirituales, es carroñear en los detritos de la vida del poeta sin entender que su *vida,* en realidad, carece de importancia para el poeta. Usted se apodera de la piel seca y desechada de la serpiente…, los restos de una piel de los que la serpiente viva se va a desprender mientras escapa, con la velocidad del relámpago, de su intento por retenerla. No consigue darse

cuenta de que solo la *poesía* cuenta, la *poesía* que perdurará mucho después de que el poeta haya desaparecido, y usted y los de su calaña también se hayan ido y hayan sido olvidados por completo como si nunca hubiesen existido.

El poeta descendió a trompicones los escalones del porche, sin ver del todo adónde iba. Algo deslumbrante explotaba con suavidad, ¿el sol?, ¿luz abrasadora, cegadora? Por encima, ¿un agitado *murmullo* en los árboles? La había desterrado, había desterrado al demonio. Su rostro de arrugas profundas estaba contraído por la cólera. Los apagados ojos de frío color azul se habían afilado como punzones para romper el hielo. Ya en la hierba le fallaron las piernas, empezó a caer y no pudo detener la inercia de la caída, que le precipitó a plomo contra el suelo, contra la dureza contundente de la tierra debajo de la hierba; se había pasado toda la vida evitando los insignificantes demonios que le tocaban los tobillos, las piernas; los despreciables demonios que le maldecían en voz baja, que le decían que era malo, que era perverso, que era cruel, que era *él mismo;* toda su vida aquellas criaturas habían tratado de forzarle a hacerse daño, como Carol, su único hijo varón superviviente se había hecho daño y había sucumbido a la locura. En los amplios espacios de Dismal Swamp vio por primera vez a los demonios con claridad y conservó su imagen durante decenios; cómo, con la luz del día, se presenta la tentación de olvidar la terrible sabiduría del Pantano y de la noche; porque el peligro es grande. Esta vez había cometido un error, pero estaba escapando a tiempo. *No se iba a volver loco,* pero la locura lo atravesaba como un poderoso vomitivo.

El resultado era que estaba tumbado en la hierba. Los jejenes se lanzaban contra sus ojos húmedos. Había caído desde una gran altura, como una estatua derribada y demasiado pesada para enderezarla. La furia le estaba ahogando, como una toalla que le hubieran metido en la garganta. En algún sitio cercano un reloj hacía tictac sonora, burlonamente. Echaría mano del condenado reloj y se lo tiraría…, pero la joven entrevistadora zahiriente había desaparecido ya.

¡Su cuaderno! ¡Su valiosísimo cuaderno! Se le había deslizado de entre los dedos, y estiró mucho el brazo para recuperarlo y

estrecharlo contra su pecho. Parecía, cosa extraña, que estaba desnudo de cintura para arriba… tan de repente. La vergüenza de su torso blando, caído, de sus pechos como ubres, quedaba expuesta a la vista de todo el mundo. No podía pedir ayuda, la vergüenza era demasiado profunda. El poeta no era un alfeñique para tener que pedir ayuda. La insistencia de su carne en debilitarse había sido fuente de gran frustración para él, y de vergüenza, pero no había sucumbido ni sucumbiría en el futuro.

Con mucha dificultad logró alcanzar una esquina del cuaderno. El esfuerzo necesario le hizo temblar, estremecerse… Pudo, sin embargo, acercárselo y apretárselo contra el pecho. El corazón, que le latía con violencia, quedaría así protegido de todo daño, del asalto de sus enemigos. Porque allí estaba su escudo, como en la Antigüedad: el guerrero ha caído, pero está protegido del dolor de la mortalidad.

—¿Señor Frost? Oh…, señor Frost…

Lo habían encontrado ya, apenas había tenido tiempo para descansar. Estaba inconsciente, pero respiraba. El gran hombre, caído sobre la hierba silvestre, delante de la Cabaña del Poeta de Bread Loaf, Vermont, en un atardecer bochornoso de agosto de 1951.

El poeta, en cualquier caso, respiraba. No había error posible, el poeta respiraba.

IV

Parricidio

Antes de verlo, lo oí: el crujido de los escalones de madera que bajaban hasta la orilla del río por detrás de nuestra casa de Upper Nyack, Nueva York.

Antes de ver la mano desesperada de mi padre —agarrada a la barandilla que se vino abajo junto con los escalones, en lo que me pareció, en un primer momento, cruel cámara lenta—, oí su voz aterrorizada *llamándome.*

Pero seguí sin moverme en la terraza de piedra, situada por encima, y contemplé en silencio lo que sucedía.

Si fueran a procesarme por el asesinato de mi padre, si llegasen a juzgarme, sería aquel silencio lo que me condenaría.

Y, sin embargo, es cierto que no pude llenarme los pulmones de aire para gritar.

Ni siquiera ahora soy capaz de hacerlo.

* * *

Dios santo, sabía que iba a enfadarse.

Estaría furioso. Ni siquiera me miraría.

¡Y no tenía la culpa! Le suplicaría *Por favor, entiende que no ha sido cosa mía. Un accidente en el puente George Washington…*

—Escuche, agente. ¿Cuánto tiempo…?

Una tarde de noviembre de 2011, cinco meses antes de la muerte de Roland Marks, mi padre.

Desesperada, había bajado el cristal de la ventanilla para hablar con uno de los policías que dirigían el tráfico y que apenas se dio por enterado. Durante más de treinta minutos, en medio de ráfagas de aguanieve, la circulación se había ralentizado en el nivel superior del puente George Washington hasta casi detenerse: delante, un

torbellino de luces, semáforos mezclados con brillantes destellos cegadores, porque había habido un accidente, con dos vehículos implicados como mínimo, un problema de ruedas que no obedecen sobre la calzada húmeda y resbaladiza. Un camión con remolque maniobraba con desesperante lentitud en un espacio muy reducido, al tiempo que unos pitidos muy agudos me pusieron el corazón a cien.

Los agentes de la policía instaban a los conductores a que se quedaran donde estaban, sin salir de sus vehículos. ¡Como si pudiéramos hacer otra cosa!

—Maldita sea. Qué mala suerte.

Era una vieja costumbre mía hablar en voz alta cuando estaba sola. Y lo estaba con frecuencia. Y mi tono de voz no era casi nunca amistoso ni tolerante.

Calculé que había recorrido dos terceras partes del puente. Con un tiempo como aquel, el George Washington parecía más largo de lo habitual. Incluso cuando el tráfico empezó a avanzar a un ritmo algo más rápido, aún seguía siendo terriblemente lento, y el aguanieve golpeaba el parabrisas de mi coche con violencia de perdigones.

Una vez que cruzara el puente tardaría doce minutos más en llegar a casa de mi padre en Upper Nyack, condado de Rockland. Si no surgía ninguna otra dificultad.

Eran las ocho menos diez. Me había despertado aquella mañana a eso de las cinco y media y me había sentido al mismo tiempo entusiasmada y agotada durante todo un día que se había hecho muy largo. Y ya iba a llegar con veinte minutos de retraso cuando traté de llamar a mi padre con el móvil y no pude establecer la comunicación.

Al tiempo que me decía *Esto no es una crisis. ¡No seas ridícula! No va a dejar de quererte por una cosa así.*

Ser hija de Roland Marks acarreaba tanta tensión nerviosa que la presión más insignificante podía hacerte estallar.

Se reirán ustedes cuando les diga que tenía cuarenta y seis años y era decana en un pequeño *college* de humanidades, muy bien considerado, de Riverdale, Nueva York. No hablo por tanto de una hija joven sino de mediana edad. Contaba con una excelente

formación, disponía de inmejorables credenciales profesionales y de un currículo admirable. Antes de enseñar en el *college* de Riverdale, donde (según se insinuaba) era muy posible que me convirtiera en la próxima presidenta, había sido catedrática de Lenguas Clásicas y jefa de departamento en Wesleyan University. El traslado a Riverdale había sido algo semejante a un descenso de categoría, pero acepté encantada el puesto cuando se me ofreció, dado que vivir en Skaatskill, Nueva York, me permitía visitar a mi padre con más frecuencia.

—No aceptes el trabajo en Riverdale pensando en mí —había dicho mi padre, irritado—. No voy a vivir en Nyack los doce meses del año, y desde luego no me voy a quedar para siempre.

Pero estaba dispuesta a correr el riesgo con tal de estar más cerca de mi padre.

Dispuesta a descender de categoría para estar más cerca.

En mi vida profesional se me consideraba una persona segura de sí misma, tenaz y decidida, aunque imparcial; había conseguido convertirme en la quintaesencia de la *mujer profesional* que, además de ser casi varón, tiene todas las cualidades de la mejor clase de varones. En mi vida pública no estaba acostumbrada a ser la parte más débil, a depender de otros.

En mi vida privada, sin embargo, en mi vida familiar, era de lo más débil y estaba tan indefensa como alguien que hubiera nacido sin piel protectora. Hija de Roland Marks, mi destino estaba ligado al hecho de que Roland Marks siempre me había querido más que al resto de sus vástagos.

Esta es la historia de cómo una hija preferida corresponde al cariño de su padre.

* * *

—Llegas tarde.

No era una afirmación sino una acusación. En otro tono de voz la implicación sería *¿Por qué llegas tarde? ¿Dónde estabas?* Y también: *Cariño, me tenías preocupado.*

—No puedo contar contigo, Lou-Lou. He tenido que tomar una decisión sin ti.

—¿Una decisión? ¿Qué quieres decir?

Se va a vivir a otro sitio. Vuelve a casarse. Ha redactado un nuevo testamento del que me excluye.

—He decidido contratar a un ayudante. Un profesional con formación en teoría literaria.

No era nada extraordinario, dado que mi padre había tenido un gran número de «ayudantes» y de «auxiliares» a lo largo de los años. Todas esas personas le habían decepcionado o fallado de alguna manera, y habían desaparecido de nuestras vidas al cabo de muy poco tiempo. En su mayor parte se trataba de mujeres jóvenes, una categoría especialmente vulnerable de «ayudantes» y «auxiliares».

Excepto que ahora, desde la ruptura de mi padre con su quinta esposa, y desde mi traslado a Riverdale, la ayudante de mi padre, en cierta medida, era yo, y estábamos inmersos en un proyecto de grandes dimensiones: ordenar y clasificar las miles de cartas que Roland Marks había recibido a lo largo de cinco décadas, así como las copias de las cartas de cualquier clase que él había enviado. Todas aquellas misivas iban a formar parte del voluminoso archivo de Roland Marks, para cuya adquisición por una institución adecuada —la Biblioteca Pública de Nueva York o las Colecciones Especiales de la Universidad de Texas en Austin o las Colecciones Especiales de Harvard, de Yale o de Columbia— su agente y él habían iniciado ya negociaciones. (De hecho, mi padre esperaba venderlo al mejor postor por varios millones de dólares, aunque él no habría querido describir aquellas negociaciones de manera tan mercantilista.)

Era injusto por parte de mi padre sugerir que de verdad me había tenido que esperar. No era cierto según el uso normal de la frase, cuyo significado es que una persona «tiene que estar esperando» a otra. Quizás con una parte del cerebro mi padre era consciente de que esperaba a alguien a partir de las siete y no después de las siete y media, porque ese era nuestro horario habitual de los jueves por la tarde. Habría estado trabajando en su estudio —con vistas al río Hudson, siempre agitado y de color pizarra— del piso alto de la

antigua e irregular casa de época victoriana en Cliff Street; tal vez estaría escribiendo, o leyendo un manuscrito ya revisado, o corrigiendo pruebas (para tratarse de un novelista que se lamentaba de lo mucho que le costaba escribir y que se pasaba la mayor parte del tiempo revisando, Roland Marks conseguía publicar una barbaridad); habría estado escuchando música, *Don Giovanni,* de Mozart, ópera con la que estaba tan familiarizado que era como si tuviera las notas grabadas en el cerebro, por lo que resultaba imposible que lo distrajera. Sin duda mi padre no me esperaba *a mí,* pero sus nervios, muy sensibles, estaban adaptados para esperar a alguien o esperar algo y, hasta que la desazón cesara, se sentiría incompleto, tenso, irritable y un tanto ofendido.

Aunque si yo hubiese llegado antes de tiempo, a mi padre tampoco le habría gustado. «¿Tan pronto, Lou-Lou? ¿A qué hora dijiste que venías? Y ¿qué hora es en este momento?»

¡El imposible de mi padre! Y sin embargo, lo quería tanto que era incapaz de querer a nadie más, ni siquiera a mí misma, su hija tan torpe y bienintencionada.

—Y ¿por qué llegas tarde, si se puede saber?

—Un accidente en el puente George Washington…

—¡Un accidente! Deberías tener siempre en cuenta las detenciones en ese condenado puente y salir antes de casa. Nunca habría pensado que, a estas alturas, no estuvieras ya de vuelta sobre una cosa así.

—Se trataba de un accidente grave, papá. Todo el nivel superior del puente ha estado cerrado al tráfico durante cuarenta minutos por lo menos…

—Siempre tienes accidentes, Lou-Lou. O siempre ocurren accidentes a tu alrededor. ¿A qué se debe eso?

Mi padre se mostraba travieso, divertido. Pero también cruel.

En realidad, no era frecuente que las cosas me salieran mal en la vida y casi nunca, por no decir nunca, a consecuencia de algo que dependiera de mí. Un avión que se retrasa, un vuelo que se cancela —¿cómo podía ser eso culpa mía?— o una emergencia en mi *college,* algo de lo que, por mi parte, habría sido profesionalmente irresponsable hacer caso omiso; o la súplica de una amiga de toda la

vida, llamándome en un momento inoportuno, pero muy necesitada de que se hablara con ella, tal como había sucedido varias semanas antes.

Traté de explicar a mi padre que una amiga de los cursos de posgrado de Harvard me había llamado con voz angustiada, como si estuviera al borde del suicidio. Tuve que conversar mucho tiempo con Denise y enviar acto seguido un aluvión de correos electrónicos…

—No podía abandonarla sin más, papá.

—¿Cómo sabes que yo no estoy también al borde del suicidio? ¿Esperando a que llegues y preguntándome dónde demonios estás?

Ante una reivindicación tan absurda, decidí que tenía que estar bromeando. *¿Se suicidan los ególatras?*

—¿Crees —perseveró mi padre— que, si estuvieras en su lugar, esa persona no te abandonaría?

Aunque el trasfondo era, ni más ni menos, que a mi padre le molestaba la presencia de cualquier otra persona en mi vida, y se sentía amenazado por la menor alteración en su horario, era muy suyo hacer preguntas así, y lograr que tú lo pasaras mal. Sus atrevidas novelas seriocómicas estaban sembradas de paradojas de naturaleza moral, para lograr que el lector lo pasara mal incluso mientras se reía.

Ya le había dicho que le tenía mucho cariño a Denise. Que no *tenía intención* de evitarla. (Aunque es verdad que nos habíamos distanciado en años recientes porque Denise había dejado de escribirme y de telefonear.)

—La he invitado a venir a visitarme, si le apetece. Si de algún modo la puedo ayudar…

—¡Lou-Lou, por el amor de Dios! A eso me refiero: atraes los accidentes. Eres propensa a los accidentes —después de una pausa, a mi padre le fue imposible dejar de añadir—: Y a los perdedores.

Aquello era especialmente cruel. Por cuanto sabía muy bien que mi padre me consideraba una «perdedora»; en todo caso, no una persona con éxito.

Pero ahora bromeaba, no estaba enfadado…, al menos había sonreído. (Porque los «perdedores» eran la materia prima básica de

las obras de ficción de Roland Marks, algunos de ellos adorables y otros no tanto.)

Su humor era un ligerísimo latigazo sobre mi piel al descubierto pero sin intención de hacer daño: si Roland Marks se proponía hacerte daño, te enterabas.

Que yo apareciera las noches de los jueves para cenar con él se debía a que había solicitado mi presencia. Tal era el horario de nuestras reuniones desde hacía unos meses, a raíz de su vuelta a la casa de Upper Nyack (antes había estado como escritor residente en la Academia Americana de Roma y luego, de visitante invitado en la Academia Americana de Berlín), pero tampoco yo podía considerar nuestras veladas de los jueves como algo del todo establecido, porque a mi padre no le gustaba sentirse «obligado».

Eso significaba que tenía que reservar las noches de los jueves para mi padre, pero él podía hacer otros planes más interesantes para ese mismo día sin notificármelo.

Los fines de semana cenaba con otras personas en sus casas o en restaurantes. (A mí se me incluía rara vez.) Con frecuencia se le «agasajaba» con actos que solían tener lugar en la ciudad de Nueva York, a cuarenta minutos de distancia en coche (contratado). No era inusual que lo invitaran a dar charlas, a leer fragmentos de sus obras o a conceder entrevistas en un teatro de alguna ciudad: en los últimos meses se había desplazado a Chicago, Los Ángeles, Washington D. C., Boston, Seattle, Toronto y Vancouver. Si tales viajes no entraban en conflicto con mi calendario laboral, y si mi padre me lo pedía, lo acompañaba en aquellas «funciones», que era como él las llamaba; sus patrocinadores pagaban dos billetes de avión en clase preferente, así como dos habitaciones en hoteles de lujo. Desde su último divorcio no había encontrado una nueva acompañante femenina, así que yo agradecía ir con él de viaje cuando me lo pedía.

En ocasiones también me entrevistaban a mí. *¡Díganos cómo fue crecer con Roland Marks en el papel de padre!*

Yo había ensayado diversas respuestas que fuesen plausibles pero interesantes; por lo menos esperaba que lo fueran. Lo que decía de Roland Marks era siempre positivo y optimista y mis alabanzas

filiales, cálidas y sinceras; nunca insinuaba nada poco «positivo», eso quedaba para mi hermana Karin y para mis hermanos Harry y Saul, porque los tres imaginaban que sus opiniones sobre Roland Marks de verdad le importaban a alguien.

Las costumbres familiares como nuestra cena de los jueves, por ejemplo, eran sacrosantas para Roland Marks, igual que para una mayoría de escritores y artistas. Se trata de la sensibilidad «nerviosa», como decía mi padre, que anhela la costumbre y la estabilidad. Por supuesto, si quien alteraba esas costumbres era él, la cosa cambiaba.

A Roland Marks le habían concedido el premio Nobel doce años antes y, como consecuencia de aquel galardón cataclísmico, gran parte de su vida familiar se había trastocado. Su quinto matrimonio terminó en divorcio, y un acuerdo económico millonario con su amargada esposa había consumido gran parte del dinero del premio. (Si bien hasta los amigos insistían en creer que Roland Marks era rico.) Indefenso ante las mujeres, sobre todo las jóvenes, mi padre estaba siempre «saliendo» con alguien y siempre «decepcionado», aunque yo temía que llegase el día en que mi progenitor casi octogenario anunciara que «volvía a casarse» —¡una vez más!— y que nuestra cita de los jueves por la noche, el núcleo mismo de mi vida emocional, terminase para siempre.

Aquella noche algo era diferente. Me di cuenta de que no sonaba *Don Giovanni*. Y delante de la casa, aparcado junto a la acera, había un automóvil que estaba segura de no haber visto nunca.

Mi padre había salido a recibirme al corredor delantero de la vieja casa victoriana, en el que brillaba la luz tenue de un único aplique. Ciertos hábitos de frugalidad de Roland Marks contrastaban nítidamente con su tendencia a gastar más de la cuenta y a incurrir en excesos incontrolados. Desde la desaparición de mi madrastra más reciente, la casa victoriana de Cliff Street solo estaba amueblada en parte; en la sala de estar, con una hermosa chimenea de mármol oscuro, faltaban un sofá de cuero, un juego de sillas y una alfombra china, por lo que había conseguido tener el aspecto de una de esas galerías de arte minimalista en las que se da el nombre de arte a una soga enrollada, un cubo y una escalera de mano

apoyada contra una pared desnuda. En palabras de mi padre, la esposa saliente había «saqueado» la casa mientras él estaba en Europa; yo me había ofrecido a ayudarle a reamueblarla, pero rechazó mi oferta con un displicente gesto de la mano.

—Soy soltero de ahora en adelante. Y de todos modos no uso esas condenadas habitaciones.

En la parte trasera de la casa, invisible desde el vestíbulo, había un solárium remodelado donde mi padre pasaba buena parte de su tiempo cuando no estaba en el piso de arriba, trabajando en su estudio. Más allá del solárium, por una puerta trasera, se llegaba a una terraza de piedra, en lo que se podría describir como relativo buen estado de conservación, y por unos escalones de madera se descendía hasta la orilla del río, diez metros más abajo, a través de una enmarañada jungla de árboles y de matorrales demasiado crecidos. En otro tiempo había habido allí un pequeño embarcadero, que un río embravecido se había llevado por delante durante el primer invierno en el que mi padre ocupó la casa.

Roland Marks había bromeado diciendo que su matrimonio con Sylvia Sachs se asemejaba mucho al embarcadero: «¡Lo que el río se llevó!».

Poco a poco había sucedido que, si bien yo vivía en un (modesto) piso de mi propiedad en Skaatskill, una pequeña población justo al norte de Riverdale, mi padre contaba con que me ocupara de mantener su casa en razonable estado de conservación; me correspondía pagar los gastos de su hogar echando mano de su talonario de cheques y ayudarle a preparar un registro de sus actividades económicas para la visita anual de su contable; si mi padre tenía dificultades para abrir una botella o un frasco, por ejemplo, esperaba a que apareciera yo para abrírselo: «Tienes dedos fuertes y hábiles, Lou-Lou. Posees genes de campesina, vivirás muchos años». Me tocaba a mí contratar a las empleadas del hogar, a distintos profesionales para los arreglos de la casa, y a un equipo de jardinería, si bien mi padre siempre le encontraba defectos a todos.

Aquella noche no llevaba los vaqueros de andar por casa ni la informe chaqueta de punto habitual, sino pantalones muy bien

planchados, una de sus camisas inglesas de «caballero rural» y un chaleco de rombos de color verde; estaba muy bien afeitado y daba la sensación de que se había cepillado hacía muy poco los cabellos castaños que, aunque ya con canas y escasos en la coronilla, seguían siendo abundantes en el resto de la cabeza y le caían hasta los hombros. Era evidente que Roland Marks no se había arreglado tanto en *mi honor.*

Se oía algo por encima de nuestras cabezas. Un murmullo, como de alguien hablando con un móvil.

—¿Hay… alguien aquí? ¿Arriba?

El estudio de mi padre estaba en el piso de arriba, además de varios dormitorios. El estudio era el lugar especial donde mi padre se refugiaba, su santuario, con varias ventanas con vistas al río, un gran escritorio de época y librerías empotradas de caoba. No era frecuente que invitase a nadie a entrar, ni siquiera a mí.

En el rostro de mi padre apareció una expresión traviesa. Pensé *Una mujer. Ha traído a una mujer a casa.*

A pesar de sus muchos años Roland Marks era un hombre apuesto; lo había sido de manera superlativa de joven, con ojos negros soñadores y meditabundos, un rostro atractivo delicadamente esculpido y una instantánea sonrisa seductora. Había encandilado a muchas mujeres en su época; y a muchos hombres. Parte de todo aquello lo sabía yo de primera mano, pero sobre todo lo sabía por lecturas acerca de él.

Cuando eres familia de un hombre famoso es imposible librarse del convencimiento de que otras personas, simples extraños, lo conocen de maneras que siempre te estarán vedadas. La imagen que tienes de él es miope e ingenua: la visión desde lejos es la más correcta.

—Una universitaria. Una «erudita». Ha venido a hacerme una entrevista. Ya sabes…, lo habitual.

El cordial desprecio de Roland Marks hacia *profesores* y *estudiosos* no le impedía mantener relaciones muy amistosas con unos cuantos. Como a la mayoría de los escritores, le halagaba el interés que despertaba, incluso el tipo de atención que más bien le avergonzaba, le molestaba o lo sacaba de quicio. Todo *profesor* y

erudito que había conocido a Roland Marks y había escrito sobre él se imaginaba ser la excepción. *¡Qué sorprendente resulta Roland Marks! No es en absoluto como todo el mundo dice, sino de verdad encantador… y muy divertido.*

—Se trata de… ¿tu nueva ayudante?

—Hemos considerado esa posibilidad.

Aquella persona, fuera quien fuese, me era desconocida. Se me ocurrió, dado que mi padre no la había mencionado hasta entonces, que tampoco él la conocía demasiado.

—Sube, Lou-Lou, y te presentaré a «Cameron». Estamos celebrando una reunión muy intensa para la entrevista.

No era infrecuente que la gente viniera a casa de mi padre en Nyack para entrevistarlo. Pero ya resultaba más raro que una de aquellas personas se quedara hasta tan tarde.

Se había dado sin embargo el caso de una periodista literaria de *Paris Review* que en 1978 entrevistó a Roland Marks en su apartamento, situado por entonces en Upper West Side: prácticamente se quedó a vivir con él y hubo que expulsarla por la fuerza al cabo de unas cuantas semanas.

Mi padre me precedió escalera arriba con una energía inusual.

En su estudio, una mujer alta y delgada —muy joven y llamativamente rubia— estaba guardando papeles en una enorme bolsa. En la mesa, delante de ella, había un ordenador portátil, una grabadora de pequeño tamaño, un móvil y una lata de Coca-Cola Light.

—¿Cameron? Me gustaría presentarte a mi hija, Lou-Lou Marks. Lou-Lou, esta es Cameron…, de…

—Cameron Slatsky. De la Universidad de Columbia.

La joven hablaba con una ingenua dureza, como si los demás necesitáramos que se nos identificase a Columbia como *universidad.*

Incómodas, nos dimos la mano. Cameron Slatsky, de la Universidad de Columbia, me sonrió con tanto entusiasmo que sentí que se me arrugaba la cara como una ciruela demasiado expuesta al calor del sol.

Por supuesto, mi padre tenía que burlarse un poco de mí llamándome su «hija, la decana».

—Decana Marks, Hija —lo que provocó una risa entrecortada y también una mirada de cautelosa admiración por parte de Cameron Slatsky, como si nunca hubiese visto a un decano de cerca.

De hecho, mi padre estaba orgulloso de mi trayectoria académica. A diferencia de mis tres hermanos, que habían tratado de «competir» con Roland Marks como escritores (narrativa, poesía, obras de teatro, periodismo), yo era la hija que le había impresionado con su laboriosidad, su inteligencia y su modestia; si publicaba ensayos, eran sobre temas literarios esotéricos —la poesía de Safo, las tragedias de Esquilo y de Sófocles, por ejemplo— que mi padre leía con la avidez del intelectual cuyos conocimientos sobre el tema son limitados. Lo que quedaba bien claro era que Lou-Lou Marks sabía cuál era su *sitio*.

Deduje que Cameron acababa de mantener una conversación en su móvil y que tal vez estaba un tanto agitada, aunque siguió sonriendo a mi padre.

—¿Señor Marks? Me pregunto si podríamos confirmar la cita para nuestra…

—Por favor, te lo he pedido: llámame Roland.

—R-Roland…

—¡Gracias, querida mía! «Roland» tiene que ser.

Querida mía. Sentí una punzada de incomodidad por mi padre.

—¿… nuestra cita para el lunes? ¿Como habíamos planeado?

—Claro que sí. Pero no vengas antes de las cuatro, por favor.

Al parecer Cameron estaba escribiendo su tesis doctoral sobre la ficción «polémica posmodernista» de Roland Marks. Ni más ni menos que el tipo de *necedad teórica* que mi padre por costumbre despreciaba.

Cameron usaba gafas de montura metálica de esas que al quitárselas revelan, como en una comedia romántica, unos ojos miopes aunque muy hermosos y de largas pestañas. (Y así sucedía, en efecto, en el caso de Cameron.) Era una joven delgada, esbelta. Temblaba con la intensidad de un galgo italiano. Encogía los hombros de manera perceptible. Porque era una chica alta, más alta que mi padre; y se habría dado cuenta ya de que Roland Marks era

lo bastante vanidoso como para no ver con buenos ojos a ninguna mujer que lo superase en estatura.

El rasgo más extraño y más perturbador de Cameron era su pelo: una especie de cola de caballo que se disparaba por un lateral de la cabeza, por encima de la oreja izquierda. Los cabellos eran de color paja y parecían tan rígidos como un pincel. Largos mechones desiguales a modo de flequillo le caían hasta las cejas, casi hasta los ojos. De ser un perro, habría sido un cruce entre galgo y shih tzu, el rostro parcialmente oculto por el pelo.

Su boca roja, muy sexi, ¡seguía sonriendo! No me costó trabajo imaginarme a aquella joven arrogante regodeándose tan pronto como estuviera a solas: *¡Muy bien, creo yo! ¡Nada mal! Al viejo le gusto, eso es seguro.*

La manera en que mi padre miraba a Cameron, el ceño fruncido y desconcertado, parpadeante, sonriendo para sus adentros… Era evidente, al viejo le gustaba la chica.

Tan ofensiva como la cola de caballo de escuela primaria era su indumentaria, del todo inadecuada, sin duda, para una entrevista con un premio Nobel: llevaba unos vaqueros absurdamente deshilachados en las rodillas y tan ajustados que se ceñían a su cuerpo de anoréxica como la tripa de una salchicha. Juro que se le veía la raja entre las nalgas. También (aunque yo no quería mirar) la hendidura de la pelvis. Y sus pechos, pequeños y perfectos, presionaban contra un suéter negro muy ceñido de cuello alto, adornado con una estrella blanca de satén a modo de pechera.

En sus orejas brillaban unos pendientes de oro y una diminuta coma, también de oro, casi invisible, le atravesaba la ceja izquierda. La piel era pálida, nacarada. Debajo del absurdo flequillo, lo más probable era que tuviese granitos en la frente.

Y la insípida boca no se cansaba de *sonreír.*

Me resultaba casi imposible mirar a la tal Cameron, tan intenso era el desagrado que me producía. Tuve la tentación de agarrar aquella ridícula cola de caballo y darle un buen tirón.

Consternada, pensé *¡Va a ser la próxima! Esta chica es el enemigo.*

En una de las novelas de mi padre de gran éxito comercial y con la obsesión erótica por tema (bueno, a decir verdad, todas las novelas de mi padre eran, en la práctica, sobre obsesiones eróticas, por muy envueltas que estuvieran en términos intelectuales y paradójicos), no en una novela trágica, sino en un melodrama cómicamente enrevesado que se titula *Intimidad: una tragedia,* describe la respuesta masculina a los estímulos sexuales más obvios en términos de patos recién nacidos que reaccionan ante la primera cosa que ven al salir del cascarón: una silueta de pato recortada en cartón, una percha con la forma de un pato de dibujos animados, un bloque de madera. Todo lo que se necesita es que la cosa, el estímulo, esté en movimiento; el patito lo seguirá sin más, como si fuera la madre pata. De la misma manera, decía Roland Marks, el macho reacciona a ciegas gracias a un mecanismo puramente sexual, estimulado por determinados olores e imágenes. *En lugar del cerebro, están los genitales masculinos.*

Aquellos saberes no le habían evitado a Roland Marks varios matrimonios desastrosos y, no me cabía la menor duda, innumerables aventuras.

Cameron decía, disculpándose, con una voz que hacía daño al oído:

—Señor Marks, perdón…, Roland…, qué contrariedad, lo siento muchísimo, pero no me puedo quedar a cenar…, tengo que marcharme ahora mismo…

—Pero ya he pedido la cena. Cena para tres.

—Sí, sí, lo sé, ¡de verdad que lo siento! Es algo que me acaba de surgir, al hablar por teléfono…

—¿Cuándo? ¿Ahora mismo?

—Sí. Un…, alguien… acaba de llamar, era imperativo que respondiera…

Mi padre se sentía herido, se le notaba el enfado. Me perturbó que estuviera a punto de estallar ante aquella desconocida, como si Cameron hubiera traicionado la intimidad que ya existía entre los dos.

Y no la había visto nunca hasta aquel día. Su reacción era por completo irracional.

—Me es imposible quedarme, de verdad, un asunto personal…

Mi padre había palidecido a causa de la emoción: sorpresa, dolor, celos. Durante los últimos cincuenta años o más, Roland Marks se había acostumbrado a ser el centro de la mayoría de las escenas con mujeres. Siempre llevaba la voz cantante.

—Bien, Cameron. Lo que prefieras.

Mi padre habló con sequedad. Me pregunté si le habría pedido a aquella joven que fuese su nueva ayudante. ¡Qué impulsivo se estaba haciendo!

—¿Puedo volver, señor Marks? ¿El lunes por la tarde, como habíamos planeado?

—Será mejor que me llames primero, para ver si estoy en casa. ¡Buenas noches!

Era como un rallador arrastrado por el cristal de un escaparate. La cordialidad de mi padre con la llamativa joven rubia había dejado de existir.

Recayó sobre mis espaldas acompañar a la avergonzada Cameron escaleras abajo mientras repetía torpemente lo mucho que lo sentía, su esperanza de que mi padre entendiera, quizás en otra ocasión podrían cenar…

No. Eso no sucederá. Nunca.

Cerré la puerta tras ella. No me quedé a ver cómo se alejaba en su coche. Me dije *Pero no debo sentir celos si le permite volver. Tengo que alegrarme por mi padre. Si es eso lo que quiere.*

La valiente Lou-Lou Marks pasó a contemplar su borroso reflejo en un espejo del vestíbulo mientras, en el piso superior, en su estudio, con la puerta significativamente cerrada, Roland Marks, mi padre, ya estaba hablando y riendo de manera demasiado sonora en una conversación telefónica con alguien cuya identidad yo era incapaz de imaginar.

La realidad es que no me llamo *Lou-Lou,* sino *Lou.* Pero *Lou* es tan feo que, inevitablemente, pasó a ser el insulso *Lou-Lou.*

Fue idea de mi padre ponerme el nombre de Lou Andreas-Salomé, una fogosa intelectual del siglo XIX cuyo logro más destacado, según la imaginación popular, es haber vivido un *ménage à trois* con su

amante Paul Rée y con Friedrich Nietzsche y haberse fotografiado con los dos en pose de *dominatrix.*

Sin duda han visto ustedes la famosa fotografía: Lou Andreas-Salomé en un carrito tirado por Rée y Nietzsche en el papel de asnos. Andreas-Salomé parece extrañamente retorcida, con un traje de falda hasta los pies y en la mano un látigo insignificante. Los varones, que deberían tener gesto embelesado, o dar la sensación de que disfrutan con la broma para la posteridad, parecen zombis. De Andreas-Salomé se decía que era una mujer muy hermosa pero, como sucede con frecuencia en el caso de las supuestas bellezas del pasado, sus fotografías no confirman ese juicio, dado que muestran a una mujer de ojos penetrantes, con demasiada nariz y una barbilla muy marcada. (Sí, en cierto modo me parezco a Andreas-Salomé, salvo que nadie diría de mí que soy hermosa.)

Mi homónima, admirablemente «liberada» para una mujer de su época, también tuvo aventuras y una amistad muy íntima con Rainer Maria Rilke, Viktor Tausk y Sigmund Freud. Se había formado como psicoanalista y publicó estudios sobre su disciplina que Freud admiró; también escribió novelas y un estudio sobre Nietzsche. Hace años traté de leer algunas de sus obras, pero renuncié enseguida, porque me parecieron muy anticuadas, muy tristes y muy… *femeninas.*

En una ocasión le pregunté a mi madre por qué se había puesto de acuerdo con mi progenitor para llamarme como a Andreas-Salomé y no, más bien, como a alguien de la familia (una costumbre judía) y respondió que no tenía ni idea: «Tu padre me convenció, supongo. ¿Qué otra razón podría haber?».

Pronunció *tu padre* de una manera tan sutil que se necesitaba escuchar con mucha atención para captar todo el reproche, las acusaciones, la resignación y el sufrimiento contenidos en aquellas dos palabras.

Según el último recuento tengo cuatro madrastras, además de madre. Son Monique, Avril, Phyllis y Sylvia. También hay en mi vida hermanastros y hermanastras, más jóvenes que yo, de otra generación, y que me miran mal por ser la preferida de nuestro padre.

Pienso en mis madrastras como figuras de un cuento de hadas, hermanas unidas por sus lazos maritales con Roland Marks, aunque, por supuesto, todas se detestan.

Sylvia Sachs era actriz en Nueva York y la más joven. Solo cincuenta y seis años y, en apariencia, gracias a la cirugía plástica y a las mejores peluquerías de Manhattan, veinte años más joven.

Monique Glickman era ya vieja, es decir, de la edad de mi padre. Para una mujer, *vieja.*

Vivía en Tampa, Florida. Había desaparecido de nuestras vidas: ¡qué alivio!

Avril Gatti era la que litigaba; antigua periodista, italiana de nacimiento, residía en Nueva York con (supuestamente) una amante.

¿Qué decir de Phyllis Brady? Hija de un distinguido arquitecto de Upper East Side, quizás había esperado que su marido, judío y novelista, cuyo padre era propietario de una panadería (pequeña, nada floreciente) en Queens, la tratara mejor, pero se equivocaba.

Mi madre, Sarah, fue la segunda mujer de Roland, y aun era joven cuando se casaron: solo treinta y dos años. Mi madre debió de pensar que, dado el apasionamiento del joven y apuesto Roland Marks, tan deseoso de dejar por ella a Monique, su «difícil» esposa, su amor sería estable, constante, de fiar, pero, por supuesto, no lo había sido. Y después de cuatro hijos, no cabía la menor duda de que no lo fue.

—Tienes que haber querido matarlo, cuando te dejó por… quienquiera que fuese en aquel momento —le dije a mi madre de manera impulsiva un día cuando repasábamos los años en los que habíamos sido una familia en Park Slope, y «Lou-Lou» no era aún un nombre tan poco adecuado para mí; y mi madre respondió, con una dolorida exclamación:

—No, no, Lou-Lou…, *a él* no.

Un observador imparcial habría interpretado aquella observación como *Hubiera querido matar a la mujer por la que Marks la dejó.*

Pero yo conocía a mi madre mejor que todo eso.

Después de que Cameron se marchara, el aire mismo de la casa se estremecía de manera palpable.

Mi padre murmuraba como tenía por costumbre: un indignado pensar en voz alta que (posiblemente) contaba con que tú lo oyeras y que respondieses; aunque, a veces, ni siquiera eso.

Con indiferencia dije, como hacía con frecuencia en parecidas circunstancias:

—Quizás haya querido explotarte, papá.

—Bueno… «explotar». Eso es lo que todo el mundo se esfuerza por *atribuirme*.

—No te puedes fiar de los entrevistadores. Nada les impide editar la cinta a su conveniencia, y hacer que parezcas…

—Sin duda conocía mis libros. Mi *oeuvre,* como la ha llamado.

Mi padre hablaba con aspecto de sentirse herido. Podría haber estado lamentándose: *Mi pene.*

Por supuesto, se le veía contrariado. No solo se había marchado la hermosa muchacha rubia, dejando tras de sí una especie de niebla aromática, sino que además tenía que contentarse *conmigo* para el resto de la velada.

Su hija favorita. La pobre Lou-Lou, tan poco agraciada como excesivamente grande.

No es que mi padre no me apreciara. Se puede decir incluso que me quería. (Hasta donde era capaz de querer.) Pero estaba claro que no me consideraba atractiva, ni muy femenina; no me *admiraba*. Eso siempre ha sido evidente, incluso de muy joven lo notaba en sus ojos, como había notado su placer ante la belleza femenina, la gracia femenina, la *feminidad,* en la presencia de una u otra de sus esposas, o de mis hermanas mayores, las dos muy atractivas de jóvenes. «La belleza es superficial: la percibimos de inmediato. Lo que hay debajo, si es feo, requerirá más tiempo», tal había sido la observación de Roland Marks en más de una ocasión, con aire de melancolía vengativa.

Todo aquel día, hasta que a las tres de la tarde se presentó la entrevistadora para «interrumpirlo y distraerlo», había estado trabajando en su estudio. Se espera de quienes reciben el Nobel que reduzcan el ritmo de su producción después del premio, pero a Roland Marks no le había sucedido eso, y seguía tan entregado y obsesionado con su trabajo como cuando —cincuenta años antes—

era un joven agresivo procedente del Medio Oeste. Su propósito había sido combinar las «muchas voces de nuestro tiempo»: las elevadas, las intelectuales y las poéticas, así como las degradadas, las vernaculares y las crudamente prosaicas. El objetivo era ambicioso —digno de Whitman— y despertó el interés de la comunidad literaria así como de la enorme e inexplorada comunidad americana que responde ante algunas —muy pocas— obras de «arte» con entusiasmo y placer genuinos. Roland Marks, sin embargo, tenía detractores. Después de que los críticos celebrasen la aparición de un escritor joven «en extremo prometedor», no se apaciguaban tan fácilmente con su producción más madura. Los muchos premios otorgados a mi padre no redujeron el dolor por las críticas y las puñaladas que también había recibido, algunas de viejos amigos cuya admiración se había convertido en resentimiento a medida que la reputación de Roland Marks crecía.

El golpe más cruel había sido una larga crítica de una novela, una crítica casi favorable, pero en el fondo condescendiente, de un escritor amigo suyo de toda la vida, un rival literario, que nunca debería haber escrito en el *New Yorker* semejante ataque disimulado sobre otro escritor de la talla y edad de Roland Marks.

Mi padre no escribía críticas. Pero en el caso de escribirlas, nunca hubiera contraatacado: semejante comportamiento tan «sucio y repugnante» era impropio de alguien como él, dijo.

Nunca jamás volvería a hablar con aquel escritor, por el que se sentía traicionado. Si su nombre se mencionaba, lo más probable era que mi padre se marchara, herido.

Mientras sucedía todo aquello, había seguido trabajando. Era una broma tildarlo de mujeriego cuando la verdad más profunda era que estaba casado con *el trabajo.*

Había terminado hacía poco un proyecto ambicioso: una novela muy larga ambientada en Nueva York en los años cuarenta y cincuenta, la época de la Segunda Guerra Mundial, de la posguerra y de la guerra fría. Lleno de regocijo, había dicho a los entrevistadores que «daba nombres y quemaba puentes», pese a que, al mismo tiempo, insistía en que *Parricidio* era pura ficción. Las expectativas en los círculos editoriales eran grandes, porque una novela de

Roland Marks siempre provocaba controversia. A las feministas les encantaba odiarlo; a los enemigos del feminismo les gustaba elogiarlo; y estaban las exesposas, una de las cuales —actriz de Broadway de cierta edad, moderadamente famosa— había dicho algunas cosas muy críticas, y muy divertidas, sobre Roland Marks en entrevistas televisivas sin censurar. En cualquier caso mi padre había guardado el manuscrito en un cajón y no volvería a mirarlo hasta pasados seis meses. Le preocupaba mucho su trabajo y era supersticioso. Si esperaba demasiado para revisarlo, ¡podía morirse antes de terminar! La novela se publicaría *póstumamente.* Y se le criticaría *póstumamente* por no haberla pulido hasta darle la brillantez característica de Roland Marks.

—Papá, ¡tranquilízate! Siempre dices las mismas cosas.

—¿Es eso cierto? ¿Las mismas cosas?

—Estás preocupado por «morirte demasiado pronto» desde que cumpliste los cincuenta. Han pasado más de veinte años.

—Eran preocupaciones prematuras. Pero ahora…

Tenía la esperanza de que me pidiera que lo ayudase con la novela de algún modo: documentación, pasarla a limpio. Pero, por el momento, no estaba del todo dispuesto a compartir *Parricidio* con nadie.

Parricidio. Un título extraño.

No me parecía que fuese un título atractivo. Pero no me atrevía a preguntarle qué significaba.

Aquel día mi padre había estado revisando las galeradas ya corregidas de un ensayo para la *New York Review of Books* con el título fascinante de «Cervantes, Walter Benjamin y el destino del arte lineal en una era digital». Roland Marks se mostraba tan apasionado, y con frecuencia tan poco razonable, sobre sus ensayos como sobre sus obras narrativas: había terminado por hacer cambios en gran parte del texto sin llegar, de todos modos, a sentirse por completo satisfecho. Y le dolía la cabeza y le molestaban los ojos. (Nadie excepto yo sabía que Roland Marks padecía una forma todavía leve de degeneración macular que combatía mediante inyecciones en el ojo afectado, con un gasto enorme solo en parte sufragado por su seguro médico.) No le era posible leer nada más

aquel día, dijo. «Tampoco pensar. Estoy condenadamente cansado de *pensar.*»

Era comida tailandesa lo que mi padre había encargado en un restaurante de Nyack. Porque en nuestras cenas de los jueves alternábamos entre varios restaurantes —chinos, italianos, tailandeses— que mi padre no encontraba demasiado terribles, aunque nunca a la altura de sus restaurantes favoritos de Nueva York, a los que solía ir como invitado.

En nuestros jueves hogareños veíamos con frecuencia la televisión en el solárium remodelado mientras consumíamos nuestra cena preparada en el Thai Kitchen y recalentada en el microondas.

—¿Qué te gustaría ver, papá?

—Cualquier cosa. Nada.

Sabía que pensaba aún en Cameron, de cuyo apellido se había olvidado. Me constaba que seguía preocupado, resentido, pero todavía esperanzado: así era Roland Marks.

Se había enfadado injustamente conmigo por mi retraso, pero no recordaba ya el porqué. Ahora estaba injustamente enfadado con la torpe rubia de la cola de caballo sin recordar tampoco el motivo.

—Cualquier cosa que me distraiga —dijo, quitándome el mando a distancia—. Basta con que sea entretenido. Pero *algo.*

No era cierto. Mi padre no soportaba los anuncios de la televisión. Tendría que encontrar una película sin interrupciones en uno de los pocos canales por cable.

—¿Qué tal *Una vida robada,* con Bette Davis y Glenn Ford? ¿*El puente sobre el río Kwai,* con William Holden? ¿O *El animador,* con Laurence Olivier?

—*El animador.*

—Me parece que ya la has visto.

—Sí, he visto *El animador…* «me parece». Excepto que cuando tienes setenta y cuatro años lo has visto todo. Pero hace mucho tiempo. Y Olivier está espléndido.

Llevé desde la cocina, en bandejas, nuestra cena tailandesa recalentada. Utilicé atractivos platos de loza y servilletas de papel de muy buena calidad que casi parecían de tela. Habría abierto una botella de vino, pero mi padre evitaba las bebidas alcohólicas por la

noche porque le daban sueño. Traté de hacer caso omiso de la indignación que reflejaba su rostro y el dolor que escondía. Lo mimé como hacía siempre, intenté reprenderle y bromear con él, porque era eso lo que esperaba de Lou-Lou, fuera cual fuese su estado de ánimo.

La relación amorosa de una hija con su padre abarca la totalidad de su vida. No ha existido ningún momento en el que no haya sido la hija de su padre.

Pensé *Ninguna puede ocupar mi sitio. Ninguna lo conoce como yo.*

Era verdad: Laurence Olivier, uno de los grandes actores del siglo XX, estaba espléndido en el papel de un artista de variedades de segunda categoría en una deprimente ciudad turística de Inglaterra —¿Brighton?— que, de cuando en cuando, en escena, bajo los focos, entre números de revista de una banalidad y una vulgaridad embrutecedoras, brindaba al público destellos de genio.

Olivier estaba tan irresistible en el papel de Archie Rice, resultaba tan convincente, que tanto mi padre como yo renunciamos a hablar, fascinados. A Roland Marks no se le ocurrió ninguna brillante observación para subrayar lo que estábamos viendo: la odisea de un cómico de variedades de mediana edad, hipócrita y sin corazón, que intriga para volver a la escena explotando a su anciano padre hasta matarlo finalmente. Yo, sin embargo, encontraba tan humano el personaje de Olivier que los ojos se me llenaban de lágrimas compasivas. Es un farsante, pero un farsante «encantador» y ¡las mujeres siguen adorándolo! Es un canalla y un bellaco y un borracho y sin embargo era amor lo que yo sentía por aquel hombre, un amor tan impersonal como la luz del sol.

Hacia la mitad de la película hay una escena, especialmente conmovedora, en la que una joven Joan Plowright, en el papel de hija de Archie Rice, le dice al «animador» que no puede hablar en serio de casarse con una joven ingenua a la que ha seducido con su magnetismo: «¡Tiene mi edad! ¡La edad de tu hija!».

Archie Rice se avergüenza y se siente incómodo. Pero el escandalizado ruego de su hija no sirve de nada: está decidido, de todos modos, a casarse con la joven que ha quedado segunda en el

concurso de belleza para poder así conseguir que el padre de la muchacha le preste dinero.

Mi padre empezó a reírse. Había estado picoteando su cena tailandesa, demasiado sazonada para él, aunque había insistido en encargarla así. Y en aquel momento descubrió algo que le divirtió muchísimo.

—Aquí tienes los hechos, Lou-Lou: Olivier se casó precisamente con esa actriz, con Joan Plowright, antes de que pasara un año. Se divorció de Vivien Leigh y se casó con Plowright, una mujer lo bastante joven para ser su hija.

Era curioso comprobar hasta qué punto Roland Marks parecía estar bien informado sobre tantos aspectos de la cultura popular, a la que en sus libros y conferencias desdeñaba como *basura.* Acto seguido rio con su sonora risa rabelesiana, que a mí me resultaba estremecedora.

Aunque no había bebido nada de vino, estaba muy somnoliento al terminar la película. (La secuencia final de *El animador,* cuando Archie Rice se desintegra en escena ante un público tristemente exiguo, le había hecho reír en un primer momento; luego le sumió en un humor sombrío del que me pareció lo más prudente no darme por enterada.) Le ayudé a subir al piso de arriba, le di las buenas noches y recogí abajo; me resultó placentero dejar a oscuras las habitaciones de la casa, como preparación para marcharme y regresar a mi piso de Skaatskill.

Antes de irme, sin embargo, busqué en el estudio de mi padre un trozo de papel de tamaño octavilla. Sabía que estaba en algún sitio y por fin lo encontré, muy a la vista, junto al ordenador apagado de mi padre: *Cameron S., 212 448 1439,* cslatsky@columbia.edu.

Hice un rebujo con él y me lo guardé en el bolsillo.

Pensé *No servirá de nada, probablemente. Pero lo habré intentado.*

* * *

Era mi vocación: librar a mi padre de féminas codiciosas.

Y lo había hecho bastante bien, podría decir cualquiera. Y no sería mentira.

Trataba de proteger a mi padre. Al menos cuando no viajaba por el extranjero o estaba demasiado lejos para detectarlo con mi radar. Me gustaba pensar que yo era la *constante* en su vida.

Enjambres de mujeres, de todas las edades, trataban de pegarse a Roland Marks de una forma u otra. Algunas eran personas acaudaladas de la alta sociedad deseosas de que escritores célebres actuaran —«por amor al arte», como mi padre decía con aspereza— en sus colectas de fondos con fines caritativos; otras, muy jóvenes, como Cameron Slatsky, eran relativamente pobres, sin ataduras y, ¿quién sabe?, desesperadas, si no desquiciadas. Nadie está tan atento a los peligros que acechan a un hombre famoso como su hija.

Es cierto, mi padre podría interesarse por mujeres del todo razonables, divorciadas o viudas, solo ligeramente más jóvenes que él, pero no embarazosamente *jóvenes,* excepto que no estaba dispuesto a dejarse ver en público con ninguna mujer a quien no llevara por lo menos veinte años.

En Washington D. C., pocos años atrás, cuando mi padre fue agasajado por el presidente en la ceremonia de las Medallas Nacionales en la Casa Blanca, se hizo acompañar de una muchacha delgada muy chic, que podía haber sido una modelo, muy guapa, y tan joven que la mujer del presidente dijo, sin el menor asomo de ironía: «¡Qué buena idea traer a su nieta a nuestra ceremonia, señor Marks!».

Hemos entrado ya de lleno en el siglo XXI. La era de la liberación de la mujer fueron los años setenta del siglo XX, o deberían haberlo sido. Las mujeres, sin embargo, siguen atadas a los hombres. La mayoría de las mujeres, independientemente de su edad. Y un hombre famoso las atrae como una llama atrae a las polillas, de manera irresistible, fatal. Algunas de las polillas más hermosas no quieren nada salvo arrojarse en la llama que va a destruirlas.

—Márchate. Aléjate tanto como puedas. ¿Es que no sabes quién es? —he querido gritarles a menudo a esas mujeres tan insensatas.

A mi misma madre, de hecho. Mi pobre madre sufrió una grave depresión, con tendencias claramente suicidas, a lo largo de años después de su divorcio, pese a recurrir a una sucesión de terapeutas y «curanderos», y de permitir que le recetaran todo un botiquín de sedantes y antidepresivos, así como alimentos orgánicos e «integrales». (Era una joven editora en alza de Random House cuando Roland Marks la conoció, pero había renunciado a su puesto, ante la insistencia de mi padre, poco después de contraer matrimonio.) Como madre, le había faltado a menudo disponibilidad y, según explicaba, no había sido capaz de centrarse en sus hijos, que es lo que le hubiera gustado; porque Roland Marks también era su hijo, y mayores sus exigencias.

Sarah trató con retraso de ser una madre «abnegada»; demasiado tarde para mi hermana y mis hermanos, creo.

En un divorcio, los hijos eligen sin remedio a uno u otro de sus progenitores. Nunca fue un secreto que yo me había decantado por mi padre, aunque se marchara de casa y desapareciera de nuestras vidas.

Y pese a que era mi madre quien *me* quería y se ocupaba de *mí.*

Mi padre nunca supo que yo le había ahorrado la vergüenza del *suicidio de una exesposa.*

Tenía doce años por aquel entonces. Mi madre era todavía relativamente joven, menos de cincuenta. Mi padre llevaba varios meses viviendo en otro sitio, mientras se resolvían los detalles de la «separación». (De hecho, no iba a haber una «separación», y todo el mundo parecía saberlo, excepto mi madre y yo.) Sarah me dijo con un tono de voz del todo natural, como si estuviera hablando del tiempo:

—Creo que no puedo seguir adelante, Lou-Lou. Me siento demasiado cansada. No me parece que la vida se merezca tanto esfuerzo…

—Por favor, no hables así, mamá. Sabes que lo que dices no es cierto.

Estaba asustada porque, en realidad, no sabía que mi madre no hablaba en serio. En el lento declinar primero, rápido después, de su matrimonio de casi veinte años con Roland Marks se había hundido

en una melancolía sin horizontes. Cuando yo era muy pequeña se comentaba que había sufrido una depresión posparto, pero de hecho, como sabían los íntimos de nuestra familia, eran las infidelidades de mi padre lo que la desmoralizaba.

Podría haberse divorciado *de él;* era lo que cualquiera habría pensado.

Mi hermana Karin y mis hermanos Harry y Saul perdían la paciencia con ella. Sus debilidades nos aterraban a todos. A ellos les asustaban tanto como a mí, pero al ser adolescentes que, con astucia, solo estaban pendientes de sí mismos, reaccionaban haciendo caso omiso, rechazándola o evitándola, a diferencia de lo que hacía yo.

Una tarde, al volver a casa desde el instituto, no la encontraba, aunque sabía que estaba en casa. Terminé por localizarla, encerrada en el baño del piso de arriba.

La oía dentro, pese al ruido del ventilador. Hablaba sola o sollozaba; cuando llamé a la puerta, me dijo que hiciera el favor de irme.

Pero no me fui. Seguí llamando hasta que por fin me abrió.

Creo que no voy a describir lo que vi.

Le ahorraré a mi madre aquella indignación, entre otras muchas.

Llamé al 911. Es posible que gritara y quizás lloré, pero lo único que recuerdo es que llamé al 911. Porque a la edad de doce años era ya *Lou-Lou la valiente, la tenaz y la responsable.*

Era lo mejor para todos, decía mi madre. Tenía los ojos dilatados y la voz débil y cascada. Prácticamente se lo había dicho él, le había explicado lo que tenía que hacer…, le había mostrado cómo en su nueva novela. La manera de dejar el camino expedito para un marido impaciente que se ha enamorado (culpable, frenéticamente) de una mujer más joven…

Mi madre se refería a *Celos,* la novela más reciente de Roland Marks por aquel entonces, en la que una esposa, a la que su marido ha dejado de querer, se suicida en esas circunstancias y se la llora mucho, se la compadece mucho e incluso la admiran los supervivientes por su *sensibilidad y su generosidad.*

Sostuve a mi madre mientras esperaba a que llegara el equipo médico de emergencia.

Pensé *Si yo no hubiera estado aquí, ya se habría muerto. La habría matado él.*

Mi padre fue a verla al hospital, arrepentido, lleno de remordimientos, en extremo silencioso. Le llevó flores. Libros nuevos de llamativas sobrecubiertas, sin duda alguna la clase de narrativa para mujeres que Roland Marks despreciaba. También invitó a algunos de los parientes de mi madre, de visita en el hospital, a cenar en un buen restaurante. Pasó, además, tiempo con mi hermana, con mis hermanos y conmigo. Y tan pronto como dieron de alta a mi madre presentó la documentación para el divorcio.

A excepción de las comparecencias ante el tribunal y de encuentros casuales en celebraciones familiares, Roland Marks nunca volvió a hablar con mi madre.

Y, sin embargo, yo lo quería más a él. No lo podía evitar.

* * *

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Un diente?

No salía de su asombro. Estaba horrorizado. Se le veía ya formular las coordenadas para, más adelante, relatar la historia a sus amigos: cómo a Lou-Lou, su hija adolescente que era una atleta, le había golpeado en la boca una contrincante con su palo de hockey, y había tropezado y caído en la pista, enredada con los pies de sus oponentes, si bien, de todas maneras, había conseguido recobrar la vertical y empuñar su palo con la esperanza de continuar en el frenético partido hasta que por fin —aunque no podían haber pasado más que unos segundos—, la árbitro la había obligado a retirarse.

—Demonios, papá. Estoy perfectamente.

La hija atlética era yo. Jadeante, con la sangre goteándome barbilla abajo y manchándome el uniforme del equipo de hockey, de color verde lima. Maldiciendo pero riéndome. La árbitro no había visto con qué violencia me habían golpeado.

—¡Dios santo, Lou-Lou! ¿Eso es un *diente*?

Lo era. Un incisivo, de la mandíbula inferior, con la raíz ensangrentada, en la palma de mi mano temblorosa.

—Tengo muchos más. No me duele ni pizca.

Era verdad. Con la descarga de adrenalina de aquel momento, la boca ensangrentada no me dolía. Escupir sangre para no ahogarme tampoco dolía.

Merecía la pena ver la mirada horrorizada y admirativa de mi padre.

Ante la pura *corporeidad* de la vida, Roland Marks parecía a veces fascinado, paralizado. Sus grandes ojos llenos de inteligencia parpadearon y brillaron como los ojos de un niño que se esfuerza por entender, aunque le abruma lo que entiende.

—Papá, oye, no me mires así. No es como, ya sabes…, como si fuera una modelo y hubiese arruinado mi futuro —me reí de nuevo y escupí un poco más de sangre.

Me moría de miedo, pero rebosaba animación. ¡No hay nada comparable a una buena inyección de adrenalina!

Era la hija ejemplar de Roland Marks, su hija preferida, pero no una belleza. Valientemente, a mi padre le gustaba compararme con ciertos cuadros clásicos —retratos femeninos— de Ingres, Renoir, incluso de Whistler, pero mi cara ancha de esquimal, los ojos pequeños dados a la ironía, la carnosa boca sardónica se resistían a cualquier intento de mitificarme. Grandota y menesterosa, aunque disimulando mis carencias con muchas ganas y una risa que, como mi padre señaló, sonaba a uñas rascando una pizarra, me resistía a la idealización.

Pesé casi cuatro kilos y medio al nacer. Me lo habían repetido muchas veces.

Quería asustar un poco a mi exigente padre. Casi se había perdido el partido. Su intención había sido *perdérselo,* pero le supliqué tanto por teléfono la noche anterior —mi madre había organizado las cosas para no aparecer por Rye y cederle la oportunidad a mi padre — que acabó por aceptar. Aun así yo sabía que a regañadientes. Tenía otros planes en Manhattan. Quería sugerir ya, a mi manera fanfarrona, que aunque presumiera de sentirme bien estaba en

realidad anonadada, estremecida. Me habían hecho daño con un palo de hockey blandido con pésimas intenciones y, pese a mi cuerpo de chica grande, no había sido capaz de absorberlo. Y quería castigar a Roland Marks por clavar los ojos con tanta avidez en algunas de mis compañeras de equipo: mi amiga Ardis, y Estela, la de los ojos de azabache y espesos cabellos oscuros que eran como una explosión de diminutos alambres. Incluso había mirado boquiabierto a varias de las chicas de Saint Ann.

—Quizá te puedan *volver* a colocar el diente… Con algún tipo de cirugía dental de primera clase…

Parecía que Roland Marks estaba a punto de desmayarse. Casi se retorcía las manos. Ver sangre lo desconcertaba. Para desgracia suya, en una de sus primeras novelas había escrito un pasaje notorio sobre *sangre femenina,* citado con frecuencia por feministas hostiles como ejemplo de la *desmesurada misoginia* de Marks.

Pero mi padre no era misógino. Mi padre *a mí* me quería.

Me eché a reír. Estaba entusiasmada, llena de exaltación. Era un momento clave en mi vida adolescente: tenía quince años. No siempre había sido tan feliz ni me había sentido tan orgullosa de mí misma pese a mi situación privilegiada en el aprecio de mi padre. Ahora creía que mis compañeras de equipo se preocupaban por mí y que sabían quién era mi padre, quién era Roland Marks. Había visto curiosidad y admiración en sus ojos, con su poquito de envidia. La academia Rye era un centro docente prestigioso (se lo comparaba con Lawrenceville, Exeter, Andover) sin llegar a la altura de Miss Porter's, Saint Mark's o Groton: aquí no estaba matriculada una cantidad comparable de hijas de celebridades. De manera que Roland Marks, un escritor muy premiado y aplaudido, a menudo con gran éxito de ventas y cuya fotografía había aparecido en la cubierta de la revista *Time,* un nombre muy conocido especialmente por profesores de Literatura inglesa y directores de institutos, suponía un peso considerable. Como mi padre se quejaba a sus amigos: «Es una desilusión descubrir que la celebridad eres tú. Ya sabéis lo que dijo Groucho Marx».

(¿Sabía yo lo que había dicho Groucho Marx? No estaba segura. De pequeña daba por sentado que el nombre al que se refería mi

padre era Groucho *Marks.*)

Mi padre me había dado uno de sus pañuelos para que me lo apretara contra la boca ensangrentada. No un pañuelo de papel sino de tela. Blanco, de un delicado tejido de algodón, cuidadosamente planchado y doblado. Mi madre me hubiera abrazado con toda su alma sin importarle si la ropa se le manchaba de sangre.

—Lou-Lou, cariño, ¡los demandaremos! ¡Tiene que haber algún culpable! Esto es peor que un combate entre gladiadores romanos y ni siquiera has tenido demasiado público.

Un pobre intento de decir algo divertido. Cuanto más nervioso estaba, más se esforzaba mi padre por ser «gracioso».

Nada más llegar al instituto, al ver el número de espectadores en la tribuna descubierta antes de nuestro partido con Saint Ann, se había mostrado vehemente en su desaprobación. ¿Qué se había hecho del «espíritu colegial»? ¿Por qué no había un número mayor de amigas y condiscípulas del equipo de hockey apoyándolo? ¿Y dónde estaban los profesores, por el amor de Dios? (La última era una queja injusta: había profesores entre el público. No podían elegir, nuestro colegio privado de campanillas exigía que los profesores asistieran a todos los acontecimientos deportivos que les fuera posible, así como a conciertos, obras de teatro, concursos poéticos. Nuestros profesores eran, de algún modo, sustitutos de los padres. Se les veía la tensión en el rostro antes de que apareciese la sonrisa de profesor feliz.) Los ojos veloces y despiertos de mi padre se habían desplazado sobre el rostro —y la figura— de mis compañeras de equipo buscando imágenes de belleza femenina, de esa belleza femenina totalmente irresistible que hacía la vida digna de vivirse, o eso es lo que cualquiera pensaría si tomaba como modelo las novelas de Roland Marks; y, durante el partido, incluso mientras me mataba para impresionarle, y corría arriba y abajo por el campo de juego como un búfalo y empuñaba el palo de hockey con las manos llenas de magulladuras, incluso entonces veía cómo algunas de mis compañeras lo distraían, así como una o dos de las chicas de Saint Ann, cuya ferocidad en el campo de hockey no quitaba interés a sus jóvenes cuerpos, muy sexis.

Mi padre no sabía qué hacer conmigo, aparte de maravillarse de mi «garra», de mi «coraje», de mi «temeridad». Tendría que haberme apretado contra su pecho, haberme abrazado, pero por supuesto se habría arriesgado, en el caso de hacerlo, a mancharse la chaqueta deportiva de J. Press y la elegante camisa a cuadros que llevaba. La intimidad espontánea no era uno de los rasgos característicos de su manera de ser.

Con mi metro setenta y ocho aventajaba a mi padre en altura, aunque él acostumbrara a describirse como «un poco por debajo del metro ochenta». No quería pensar que yo lo intimidaba, como en ocasiones intimidaba a mis condiscípulas de menor estatura. Roland Marks componía una figura elegante: esbelto, estrecho de cintura, de espalda recta y siempre de punta en blanco. En los círculos literarios se podía tener la seguridad de que siempre llevaría lo que suele llamarse, con excesivo asombro, *trajes a medida.* La camisa a cuadros era parte de su uniforme de «caballero rural»; tenía otras camisas, más de vestir y más caras. Sus corbatas eran siempre de seda italiana y también muy caras, si bien aquella tarde, en un instituto para chicas de Rye, en Connecticut, llevaba una camisa a cuadros beis sin corbata debajo de una americana de pelo de camello, pantalones marrones impecablemente planchados y zapatos «rurales» de color marrón oscuro y brillo cegador. Aun cuando no se supiese que mi padre era un hombre famoso, algo de su preeminencia, de su *singularidad,* trascendía de sus modales de todos modos: esperaba que se le prestase atención y cierto grado de entusiasmo, incluso de melodrama, para compensar el intrínseco aburrimiento de su vida. (También esto procede de la ficción autobiográfica de Roland Marks.) De joven había sido llamativamente apuesto, tanto como los astros del cine de la época (¿Robert Taylor, Glenn Ford, Joseph Cotten?) y ahora, en los últimos años de madurez, aún conservaba el derecho a ese título, las mujeres volvían la cabeza al cruzarse con él, es cierto, y también las jóvenes, incluso adolescentes (he visto a algunas de mis compañeras de clase quedarse mirando a mi padre antes de descartarlo por *viejo*).

En ausencia de mi madre, mi padre se trasladó en coche a Rye, Connecticut. Sarah Detticott era ya su segunda exesposa y sus sentimientos hacia ella, antaño una mezcla tóxica de compasión, impaciencia y repugnancia, se estaban dulcificando, dado que sus relaciones con Avril Gatti, la notoria litigante, su exesposa más reciente, eran tan afiladas y cortantes como púas de puercoespín. En la acumulación de antiguas esposas, Sarah Detticott, mi madre, no era la más destacada; su predecesora y sus glamurosas sucesoras habían aparecido en las ficciones de mi padre de forma más prominente, mediante retratos despiadados de *diosas arpías,* ferozmente estereotipadas, pero que eran de todos modos divertidas, bien dibujadas gracias a la prosa cautivadora de Roland Marks. Hasta las feministas lo reconocían: *Aunque no quieras tienes que reírte, tan exagerado es el sexismo de Marks.*

El caso era que mi padre había fallado ya en varias de las visitas programadas de aquel otoño. Había tenido que anularlas, «de manera inevitable, aunque imperdonable». Había insistido en que me matriculase en la academia Rye porque no sería «demasiado duro» para él el viaje en coche desde Nueva York (comparado con trasladarse hasta Camden School, en Maine, una institución más pequeña que yo habría preferido), así que mi decepción era enorme cuando llamaba, algunas veces tan solo la noche antes de una visita programada, para cancelarla. En especial si habíamos organizado las cosas para que mamá no se presentara aquel fin de semana.

Como el reloj suizo de cuco que predice el tiempo, y en el que la aparición de una figurita pintorescamente tallada iba unida a la ausencia de la otra, ya que mis progenitores, tan distintos entre sí, no podían estar conmigo los dos juntos.

En aquel momento me miraba con ojos que reflejaban aturdimiento y dolor. Pensé *De verdad me quiere. Pero no sabe lo que eso significa.*

Para entonces Tina Rodriguez, nuestra profesora de Educación física y entrenadora del equipo de hockey, además de árbitro del partido, se acercó a nosotros.

—¡Lou-Lou! ¿Qué es lo que te ha pasado con un diente? —me habría forzado a abrir la mano si no le hubiera mostrado lo que

contenía.

—En realidad, no duele, T. R. Solo está sangrando mucho, pero… no es de verdad una *herida.*

—Perder un diente es una *herida,* Lou-Lou. No seas ridícula.

Dada su preocupación, mi padre empezó a reprochar a la árbitro que permitiese «que se desencadenaran todos los demonios del infierno» en la pista de hockey y que su hija hubiera perdido un diente en una «brutal refriega».

A T. R. la desconcertó la vehemencia de mi padre. Es posible que supiese quién era. (Mi intención era presentarlos después del partido.) Aun así no se disculpó profusamente, ni cedió ante un progenitor enfadado sino que, más bien, trató de aplacarlo y le aseguró que su hija recibiría el mejor tratamiento médico que estuviera disponible en Rye.

De manera que, pese a mis protestas, llamaron a una ambulancia. Un equipo médico me trasladó a un servicio local de urgencias donde me dieron una docena de puntos en las encías y el labio inferior, me pusieron la vacuna antitetánica y me administraron analgésicos. Yo estaba furiosa y lloraba: lo que menos me apetecía era que se me excluyese del encuentro de hockey. Lo que de verdad deseaba eran las alabanzas de mi padre y de algunas personas más; de mis compañeras de equipo, por supuesto; y de T. R., nuestra entrenadora. En mi ingenuidad, había querido pensar que se me permitiría seguir jugando, porque ¿qué era la tontería de perder un diente comparada con la euforia del partido? (Ganar o perder me tenía sin cuidado: era el juego, el *equipo de chicas* lo que importaba.)

En el servicio de urgencias, rodeada de cortinas de mal gusto, cerré los ojos para contener las lágrimas al imaginarme a mis compañeras corriendo de aquí para allá por la pista sin acordarse de la ausente Lou-Lou, olvidadas ya de su animosa compañera, empuñando los palos de hockey con intenso placer y difuminándose veloces en la oscuridad creciente.

¡Esperadme, no os vayáis! ¡Volved! Soy una de vosotras.

Pero no me hacen caso. Se han marchado.

Durante mucho tiempo recordaría —más de treinta años después todavía lo recuerdo— qué deprisa cambió mi suerte en aquella tarde de noviembre en Rye, Connecticut. ¡Un solo paso en falso! ¡No agacharme para evitar un palo de hockey agitado sin ton ni son! ¡Y un diente perdido! Mi padre pagaría luego la mejor cirugía dental, tal como había prometido, y el nuevo diente sintético era —es— imposible de distinguir de mis otros incisivos, pero eso no es lo importante. Lo que me impresionó fue aquel vuelco de la suerte tan rápido e inesperado: en un momento estás en el partido, corriendo por el campo con tu palo de hockey (empezaba a caer una lluvia ligera, mezclada con copos de nieve que se me derretían sobre las mejillas enfebrecidas), jubilosa, contentísima… sí, es cierto, *exhibiéndome* ante Roland Marks de una manera que era desesperada y temeraria en lugar de hábil y experta como la de las mejores jugadoras de hockey sobre hierba a las que con tanta ansia trataba de emular aquella tarde, pero sin conseguirlo: porque sus pies eran muy ágiles incluso aunque fueran tan grandes como los míos; en un minuto *dentro del partido* y *fuera* en el siguiente.

Fue una revelación que no desmerecía de la ficción de Roland Marks. *En un minuto dentro y fuera en el siguiente.*

Durante intensos periodos de tiempo —años, meses, semanas— amaba a sus mujeres. Luego, poco a poco o con sorprendente rapidez, *dejaba* de quererlas.

En el hospital mi padre se paseaba alrededor de mi cama agitado y angustiado.

—Ah, Lou-Lou. ¡Pobre Lou-Lou! Esto es tan, tan…

Tan inesperado, probablemente, era lo que quería decir, si se tenía en cueneta que Roland Marks había hecho un favor a su hija al ir a Rye, en Connecticut, desde Nueva York, cuando (como la hija tenía que saber, a pesar incluso de su miopía de adolescente) había muchas más personas, sin duda más interesantes que ella, anhelantes de la atención de Roland Marks en Nueva York. Pero aquel gesto tan generoso había salido mal, y ¿quién tenía la culpa?

Además, estaba retenido en urgencias conmigo, grogui por la codeína y a la espera de los resultados de las radiografías, en tanto

que el partido continuaba sin nosotros o, para entonces, habría terminado ya… *¡Qué aburrimiento!*

En parte no quería que me llevaran al servicio de urgencias por esa razón. Me preocupaba que mi padre se impacientara y se aburriese conmigo… Tendía a culpar a la víctima. No era una persona que «mimara» a otros en sus debilidades, aunque, en su caso, las debilidades le dieran motivo para una autocompasión lírica al estilo de Rilke.

—… podríamos demandarlos, seguro que es posible. Vosotras, las chicas, deberíais llevar protectores bucales…, caretas…, como los porteros de hockey sobre hielo… Dios bendito, la bola te podría haber dado en un *ojo.*

—No ha sido la bola, papá. Ha sido un palo.

—Bola, palo, qué coño importa. Da lo mismo en una demanda por «negligencia».

—Por favor, papá, dime que no hablas en serio de demandar a mi instituto.

Todo el mundo se habría puesto de uñas conmigo. De momento, más que otra cosa me compadecían o les daba pena o medio me admiraban o me toleraban. Pero aún tenía que aguantar más de año y medio en la academia Rye para terminar secundaria, si es que conseguía graduarme. *Solo hace falta que me dejes acabar, papá. Luego… saldré adelante por mi cuenta.*

Al menos era eso lo que quería pensar. Mi hermana y mis dos hermanos habían conseguido librarse de la atracción gravitatoria de Roland Marks. A él le gustaba decir, secamente: «Los mayores van por libre. Si es eso lo que quieren… estupendo».

—Haremos que te pongan el diente, Lou-Lou…, te lo prometo. Lo arreglaremos perfectamente. Quedará mejor que nuevo.

Durante años había tenido que soportar el aparato de la ortodoncia. Ahora que mis dientes estaban razonablemente rectos, había perdido un incisivo crucial. Mi padre no se daba cuenta de la ironía. O tenía otras cosas más apremiantes en las que pensar.

Yo no podía saber, ni tampoco hubiera querido saber, que lo que preocupaba a mi padre no estaba en ningún sitio cercano, ni siquiera en Manhattan.

Se trataba de una persona cuyo nombre no conocía (aún) y que iba a convertirse en la siguiente esposa de Roland Marks; alguien que por aquel entonces vivía en Berkeley y era el objeto de sus preocupaciones del momento, o de sus obsesiones. Me había parecido algo extraño, una peculiaridad divertida, sin embargo, que mi padre hablara sin parar de los residentes de la Costa Oeste: «Por alguna razón parecen más jóvenes, más ingenuos e inocentes, en la Costa Oeste. Aquí son las seis de la tarde…, allí todavía las tres. Somos el futuro hacia el que se dirigen».

Pese al atontamiento provocado por la codeína, intenté objetar:

—Papá, si el mundo se acabara, lo haría para ellos *exactamente a la misma hora que para nosotros.* No seas tonto.

—¡Tonto! Imagino que sí que lo soy, cariño.

Y mi padre me miró, o más bien miró en mi dirección, sin verme, con una leve sonrisa cariñosa que revelaba un tremendo desengaño y entonces supe que lo querría siempre, y que lo perdonaría una y mil veces.

Semanas después (¡no se lo van a creer!), durante las vacaciones de Navidad en Manhattan, en el apartamento de mi padre en la calle Setenta y Ocho Oeste, tuve ocasión de oír por casualidad una conversación telefónica entre mi padre y… ¿podría ser Tina Rodriguez?

Porque, al parecer, ya se habían visto por lo menos una vez en la «ciudad», es decir, en Nueva York. Era evidente que habían tomado unas copas juntos. Y habían hablado sobre una «cuestión»…, no quedaba claro exactamente cuál.

¡T. R.! ¡Y Roland Marks!

No creo que sacaran mucho en limpio. Estoy segura de que nada en realidad. Roland Marks estaba siempre «tomando unas copas» con mujeres: amigas, editoras, agentes, periodistas, admiradoras. Debe decirse en su favor que no todas eran jóvenes glamurosas; algunas, incluso, hasta contemporáneas suyas. Quizás oyeras que estaba viendo a X, pero también era posible que no volvieras a oír hablar de X. Empezabas, en cambio, a oír hablar de Y y de Z.

Me escandalicé y me sentí traicionada. No por mi padre, sino por Tina Rodriguez.

¿Por qué iba a querer ver en Nueva York a mi padre, que era mucho mayor que ella? ¿Había pensado en cuáles podían ser las consecuencias de un encuentro con Roland Marks?

Deseé que T. R. no quedara decepcionada. Como ella me había decepcionado a mí.

Nosotras queríamos creer que nuestra profesora de Educación física, mujer de extremidades nervudas y penetrantes ojos oscuros, era por lo menos lesbiana. Que los hombres no le interesaban.

Nunca se lo contaría a mis compañeras de equipo. Nunca volvería a jugar al hockey sobre hierba.

* * *

—¿Qué tal, señorita Marks? Cuánto me alegro de volver a verla.

—Hola…

El malestar me impedía recordar su nombre; la rubia delgada de la semana anterior, con la cola de caballo y la insípida sonrisa obsequiosa.

Excepto que ahora no llevaba el pelo en una cola de caballo que le sobresaliese por un lado de la cabeza, sino peinado con normalidad hasta la altura de los hombros. Unos cabellos tan brillantes y lustrosos como los de una modelo, en absoluto del color de la paja o de las cerdas de un pincel, sino de un rubio pálido deslumbrante, como los de Catherine Deneuve.

Vestía una ajustada chaquetita malva de lana que parecía de algún modisto famoso, con una falda plisada a juego. Además de medias y zapatos de tacón alto.

El *piercing* de la ceja había desaparecido. Pendientes de oro muy adecuados en las orejas de tinte cremoso.

—«Cameron», ¿se acuerda de mí? Su padre está en el solárium, señorita Marks. Casi hemos terminado por hoy, pase directamente.

El jueves siguiente estaba utilizando mi llave para entrar en casa de mi padre en Cliff Street, cuando la puerta se abrió de par en par de la mano de la sonriente rubia de la semana anterior: la

doctoranda y entrevistadora de la Universidad de Columbia. Vagamente había dado por sentado, puesto que mi padre no la había mencionado, que había sido expulsada de su vida.

Y qué insulto, encontrarme con una desconocida, rubia y arrogante, que se atrevía a *invitarme a entrar en la casa de mi padre que era también, al fin y al cabo, mi propia casa.*

Roland Marks estaba tumbado como un pachá en el solárium y bebía una taza de café de aspecto turbio; tuve que suponer que se la había preparado la sonriente Cameron. Ser la ayudante de Roland Marks implicaba, además, convertirse en su servidora personal.

Mi padre consiguió apenas sonreírme.

—Lou-Lou. Hoy llegas un poco pronto, ¿no es cierto? ¿Ningún «accidente» en el puente?

Había tenido intención de inclinarme sobre mi padre y rozarle la mejilla con los labios en un tierno saludo filial, para impresionar a Cameron Slatsky; pero sabía que él me rehuiría, riéndose quizás; pocas veces nos permitíamos *gestos femeninos* tan sentimentales.

—No llego pronto. Es la hora «exacta». Pero si lo prefieres, me puedo marchar y volver más tarde.

Hablé con la voz repleta de sarcasmo adolescente. Algunos segundos en presencia de un progenitor pueden provocar ese tipo de regresión.

No me había gustado el tono desconcertado y condescendiente de mi padre al dirigirme la palabra, a mí, que era su vástago favorito, preocupada por cómo podría interpretarlo la desconocida rubia resplandeciente.

En la mesa de cristal delante de mi padre había muchas holandesas, algunas de ellas fotocopias de páginas de los libros de Roland Marks, además de un ordenador portátil y una pequeña grabadora. En cuanto a la lata de Coca-Cola Light debía de haberla traído consigo la intrépida entrevistadora, dado que representaba el tipo de «cóctel químico tóxico» que mi padre había prohibido siempre en su hogar.

Advertí que la señorita Slatsky estaba haciendo preguntas de manera sistemática sobre toda la carrera de mi padre, y que

avanzaba de libro en libro por orden cronológico. Sus cuestiones, numeradas para cada título, parecían minuciosas.

Por primera vez me dije, ¿es seria esta chica? ¿Acerca de la *oeuvre* de Roland Marks? Su interés tenía que ser una campaña de seducción calculada, ¿o cabía otra posibilidad?

En cuanto a mí, no había leído nunca una sola página de las novelas de mi padre, supuestamente brillantes, por sus valores estéticos. Leía sus libros solo en busca de un vislumbre de mí misma, siempre esquivo, a través de los ojos de Roland Marks, aunque era verdad que los había leído y releído de manera obsesiva.

Cameron Slatsky dijo, con una sonrisa:

—Señorita Marks, ¿quiere algo de beber? Hay más café y vino. Y yo he traído Coca-Cola Light…

—Por el amor de Dios, Cameron, llámala Lou-Lou —dijo mi padre —. *Señorita Marks* suena como uno de esos chistes crípticos del *New Yorker* que no tienen ninguna gracia.

Con frialdad le dije a aquella intrusa, no, muchas gracias; no quería su Coca-Cola Light. Ni café ni tampoco vino, si íbamos a eso.

En realidad, me habría encantado una Coca-Cola Light. Pero no en presencia de mi padre.

—No hemos terminado todavía, Lou-Lou. Cameron me ha estado haciendo algunas preguntas muy difíciles, de las que obligan a reflexionar sobre la «lógica interna» de mis novelas… Estoy empezando a sentirme despellejado. Pero es una sensación agradable, por una vez.

¿Una sensación agradable… que lo despellejaran? No se podía decir una cosa más ridícula.

Cameron, la rubia resplandeciente, bajó los ojos en un gesto de modestia. Una vez que se quitó las gafas, comprobé que sus ojos, de color verdigris, eran en efecto muy hermosos.

Se había inclinado sobre mi padre, deslumbrante y esbelta, con su traje malva de lana, que tenía que ser de buenísima calidad, aunque posiblemente adquirido en una tienda de segunda mano, porque a los botones de latón les faltaba algo de brillo. Se encogía un poco de hombros, como podría sucederle a una adolescente demasiado alta, lo que la hacía conmovedora, vulnerable. En el momento en el que

mi padre se volvió hacia Cameron noté cómo *la hija ejemplar* desaparecía de su conciencia, como si le hubieran seccionado una parte del cerebro.

Por supuesto, estaba disgustada. No esperaba aquello… por segunda vez. Durante la semana intermedia había tratado de borrar de mi memoria a la joven arrogante.

Sin embargo, en mi trabajo como administradora de un *college* había aprendido hacía ya tiempo a disimular mi malestar. A una persona con autoridad no se le permiten emociones. Con voz impasible le pregunté a mi padre —sonriente— qué tipo de comida prefería para cenar; y mi padre, todo galantería, le repitió la pregunta a Cameron.

—Puede ser cocina china, italiana, tailandesa…, aunque ya recurrimos a platos tailandeses la semana pasada…

La manera —voz suavemente quebrada, un ligero temblor en la garganta— que tuvo mi padre de pronunciar «Cameron» no me resultó nada tranquilizadora.

Cameron, brillante y llena de vida, dijo, como cualquier chica de secundaria que se propone caer bien:

—Por favor, escoja cualquier cosa que a usted le guste, señor Marks, Roland, quiero decir. No tengo problemas con la comida. Me gusta todo.

Era la dulce actitud servil de alguien consciente de que para manipular a otros en cuestiones serias se debe siempre ceder en las secundarias; se debe dar siempre una impresión de *flexibilidad.*

—Excepto sushi: la simple idea de comer pescado crudo me revuelve el estómago.

Cameron se estremeció y se echó a reír. Roland Marks se estremeció y rio también.

Con cinismo tuve que preguntarme si Cameron sabía que, muchos años antes, Roland Marks se había sentido mortalmente enfermo después de comer sushi en un banquete de editores en Tokio; desde entonces, la idea del pescado crudo también hacía que se le revolviera el estómago.

—Pediré comida china —dije—. Y especificaré que no queremos nada crudo.

Los dejé y me marché a la cocina. Debía de estar disgustada, porque fui tropezando con puertas, sillas, encimeras. Desde la otra habitación los oía reír, lo que me resultó escalofriante.

Había interrumpido una escena hogareña… ¿Era eso lo que había hecho? Increíble.

El problema, sin duda, era la edad de mi padre. Todo tenía que acelerarse, incluso aunque se tratara de una repetición. Y siempre con mujeres más jóvenes, que se confundirían no con *hijas* sino con *nietas.*

Me mordí el labio. ¡Era inaceptable! Injusto.

El pobre anciano iluso se puede enamorar muy deprisa, volver a enamorarse así de rápido.

Una prueba del malestar que sentía era que pensase en mi padre como un *anciano*. Si mi estado de ánimo fuese normal, nunca pensaría en Roland Marks en esos términos.

Durante la semana había llamado varias veces a mi padre, había hablado con él y le había dejado mensajes en el contestador. No había mencionado a la joven doctoranda que lo entrevistaba ni mi padre la sacó a relucir, lo que hizo que me sintiera autorizada para pensar que quizás había salido ya de nuestras vidas.

Como de costumbre, me había comportado como una hija consciente de sus deberes y abnegada. Mi padre tenía muy poca idea de lo mucho que trabajaba en Riverdale College y de lo mucho que la institución esperaba de mí. En nombre de Roland Marks había hecho varias llamadas telefónicas para las que a él le había faltado tiempo y había organizado las cosas para que un técnico de calderas de calefacción se pasara por la casa, dado que mi padre tenía problemas con la suya. (Roland Marks resultaba tan inútil como un niño en casa de un adulto: no tenía ni idea de cómo gestionar las reparaciones, ni de a quién llamar ni del costo probable; se limitaba a sospechar que todos los técnicos de la zona querían aprovecharse de él.) Los escalones de madera de la parte trasera de la casa que bajaban hasta la playa estaban muy necesitados de una reparación; al final del verano me había ocupado de atar una cinta amarilla de lado a lado en lo alto de la escalera, para disuadir a todo el mundo, y sobre todo a mi padre, de utilizarlos; pero él, por supuesto, había

arrancado la cinta: «Lou-Lou siempre exagera con las "medidas de seguridad"». (Pasear a lo largo de la orilla del río con su cámara Nikon era uno de los pasatiempos que relajaban a mi padre.) Yo estaba tratando de encontrar un carpintero de confianza que reparase los escalones si bien, al igual que los fontaneros y los encargados de obras, escaseaban en Rockland County.

Siempre que mi padre intentaba tener tratos con proveedores y obreros locales y no le devolvían la llamada, renunciaba a seguir adelante, muy indignado. Nada era tan insultante en el mundo superior de Roland Marks como el hecho de que no le devolvieran las llamadas: era él quien no devolvía las llamadas de los demás. Pero un administrador, como era mi caso, sabe que esa indignación no pasa de ser el primer peldaño de la escalera de mano por la que es necesario trepar de manera rutinaria, si es que no diaria.

En la cocina llamé a Szechuan Village. Encargué varios platos que pudiéramos compartir. Cameron parecía de la clase de personas que prefieren arroz integral, de manera que lo pedí, junto con el blanco. Me sentía decididamente al mando, pero me temblaba la mano con la que sujetaba el teléfono y la camarera china al otro extremo de la línea parecía tener problemas para entenderme.

—¿Habla inglés? —preguntó, insegura, y yo le contesté con vehemencia:

—¡Es precisamente inglés lo que estoy hablando!

A ellos los oía en el solárium. La voz aguda y más alta de la muchacha y la más grave del hombre. Era un dúo en el que yo estaba de más: mi voz no era musical.

Me sentía, además, celosa en extremo. Porque lo único que Roland Marks no había sido nunca capaz de tolerar a ningún miembro de su familia, tanto hijos en edad adulta como esposas, era que se hablara de su «carrera»: de su «escritura». Todo lo perteneciente a su vida profesional estaba tan prohibido para su familia como que cualquiera de sus hijos le preguntara cuánto dinero ganaba al año o a cuál de sus mujeres había querido más.

Esa chica tiene una manera de llegarle al alma de la que tú careces. Hace algo que tú no puedes hacer.

La semana anterior me había mostrado más diligente que nunca a la hora de preguntarle qué tal se encontraba y si necesitaba que lo acompañase a alguna de sus citas médicas; durante algún tiempo había recurrido a la hidroterapia en una clínica local para reducir los dolores artríticos en el cuello, la parte inferior de la espalda y las caderas, y siempre que me era posible lo llevaba a su sesión; pero mis jornadas de trabajo académico eran largas y con frecuencia mi padre tenía que conducir o tomar un taxi. A partir de aquel momento me produciría ansiedad la idea de que la vigilante entrevistadora ocupase mi lugar sin que llegara siquiera a saberlo.

Por entonces era inminente una (nueva) crisis en la vida de Roland Marks. Muy pronto un juez de Manhattan dictaría sentencia en una demanda civil contra mi padre interpuesta por Sylvia, su quinta esposa, la actriz llamativamente «herida» y «sexualmente humillada» que mantenía —con la misma desenvoltura de Avril Gatti, la tercera esposa, litigante obsesiva— que había sido en realidad *colaboradora* de mi padre al menos en dos de sus éxitos de ventas y que merecía más dinero del que Roland Marks le había entregado en el momento del divorcio.

Era una pretensión ridícula, por supuesto. Escandalosa. Y… ¿no era además ilegal? Sylvia y su abogado habían aceptado un generoso acuerdo en su momento, previo a su campaña para revelar cómicamente viles «hechos» calumniosos sobre mi padre a un público repelido pero fascinado (entrevistas en E!, la cadena de televisión, semblanza en la revista *New York.* «Esa mujer me ha convertido en su pasatiempo», decía mi padre con amargura). Ante un tribunal, sin embargo, puede suceder cualquier cosa. Incluso era posible que jueces que habían leído a Roland Marks y habían disfrutado con sus novelas se pusieran perversamente en su contra. Habíamos constatado ese fenómeno a lo largo de años y decenios. Cuanto más escandalosas las exigencias de una exesposa, con mayor seriedad las consideraba el tribunal.

Sarah, mi madre, había sido una excepción. Era tal su fragilidad emocional durante los últimos años de matrimonio y en la época del divorcio, que apenas se preocupó de hacer frente a mi padre; pese a la insistencia de su abogada (feminista) no había pedido mucho

dinero, y tan solo un mínimo apoyo económico para sus hijos. (En favor de mi padre, como en el caso de su amigo Norman Mailer, hay que decir que nunca escatimó el apoyo a sus hijos y que aportó con frecuencia más de lo legalmente exigido.) ¡Pobre madre mía! Había sido una bobalicona, según el término coloquial de mi padre. Siempre insistía en el amor que había sentido por ella. «Pero se agotó —dijo—. Como una llama que se va haciendo cada vez más pequeña hasta que se consume y desaparece».

A nosotros, sus hijos, en el momento del divorcio, Roland Marks nos aseguró que su amor nunca cambiaría, lo que resultó no ser verdad, al menos en lo relativo a mi hermana y a mis hermanos.

Para defenderse de las acusaciones de *colaboración* de Sylvia, mi padre había contratado a un abogado muy bueno —y muy caro— de Nueva York, que era donde se había entablado el pleito. Como de costumbre, Roland Marks parecía creer que la evidente extravagancia de las demandas de la demandante, por no mencionar su arbitrariedad, aspectos sobre los que expertos (literarios) testificarían ante el tribunal, influirían en el juez para que se pusiera de parte del atribulado autor, y no de la vengativa exesposa. Pero yo no estaba tan convencida, y esperaba poder proteger a mi padre del impacto de otra sentencia en su contra con terribles consecuencias económicas.

Después de que un juez concediera dos millones y medio de dólares a Avril Gatti, además de condenar a Roland Marks a pagar las costas y los exorbitantes honorarios legales de su exmujer, mi padre había conseguido levantarse y renquear, según sus palabras, como un caballo con tres patas rotas; con regocijada conmiseración, sus amigos escritores que habían pasado, más o menos, por una experiencia similar le llamaron para darle la bienvenida al club. Se pensaba que Roland Marks podía estar «acabado» o «casi acabado». Pero gracias a una mezcla a partes iguales de testarudez y desesperación, mi padre se había sumergido en el trabajo, en el «exilio» —es decir, en Nyack— para escribir una novela única en la *oeuvre* de Roland Marks por ser en su mayor parte dialogada, aunque se ocupara de su tema habitual, la obsesión erótica, en un

estilo mordazmente cómico que había colocado el libro como número uno entre los superventas.

De sus propias cenizas, el fénix resurge triunfante. ¡Pobre fénix! —bromeaba mi padre en las entrevistas—, *¿acaso puede elegir otra cosa que sobrevivir?*

Cuando se vive con un genio llega uno a darse cuenta de que, para ti, el «genio» está escondido en el interior de un ser mortal lleno de defectos, aunque seductor.

Mientras esperábamos a que llegara la comida china, me reuní con mi padre y su joven acompañante rubia en el solárium en el momento en que salían a la terraza para contemplar el río.

Mi padre se instalaba a menudo en la terraza para hacer fotografías. En la relativa tranquilidad de Nyack había aprendido a conseguir imágenes muy hermosas de las luces cambiantes y de las alternancias del clima en el río Hudson, pero —dado su marcado respeto por los «profesionales» en cualquier campo— las menospreciaba como «de aficionado».

Mi padre, por supuesto, no pudo resistir la tentación de invitar a Cameron a que bajara con él los escalones de madera hasta la orilla del río. Aunque la luz estuviera desapareciendo rápidamente y los escalones fuesen inseguros.

—Papá —me apresuré a decir—. ¿Te acuerdas de que esos peldaños no están muy firmes? Puse ahí una cinta que has arrancado…

Pero mi padre apenas me escuchaba. Como tampoco Cameron, que se echó a reír cuando el galante anciano la tomó del brazo.

Cualquiera pensaría que una joven inteligente y muy observadora procedería con cautela antes de pisar madera podrida, aunque fuese del brazo de un premio Nobel. Pero en la alegría del momento nada podía parecer más placentero que acompañar a Roland Marks en el descenso de los treinta y tantos escalones hasta la orilla del río.

—Toda la finca es mía, Cameron. Algo más de una hectárea.

Me tranquilizó ver que los peldaños resistían bajo su peso. Yo debía de haber exagerado el peligro. Aunque hubiera escalones concretos que se combaban, y uno o dos estuviesen rotos, al menos la estructura en su conjunto aguantó bien.

Oí sus risas cuando llegaron abajo. Mi padre me podría haber llamado para que me uniera a ellos, pero no lo hizo.

Se ha olvidado de mí. Preferiría que no estuviese.

Se quedaron abajo un buen rato, caminando por la orilla del río con cierta dificultad, dado que la vegetación había crecido en exceso. Oía a mi padre riendo entre dientes al hablar del muelle arrastrado por el agua.

—¡Lo que el río se llevó!

Me pregunté si mi padre seguiría cogido del brazo de Cameron. O si la llevaría de la mano, para evitar una caída en caso de tropezar.

Luego, al regresar a la terraza, mi padre, como es lógico, tuvo un poco más de dificultad para subir los escalones, casi tan empinados como si se tratara de una escalera de mano. Administró sus fuerzas con sensatez, deteniéndose varias veces para señalar a Cameron algo de interés en la distancia; no le apetecía que la joven le oyera respirar con dificultad. Ni tampoco que se fijara en cómo evitaba forzar su (artrítica) rodilla derecha.

Ya de vuelta en la terraza sin haber sufrido ningún percance, me dijo, con una sonrisa indulgente:

—Te preocupas demasiado, decana Marks. «Vive peligrosamente», como dijo tu viejo amigo Nietzsche.

Tu viejo amigo Nietzsche era una alusión a Lou Andreas-Salomé, imagino. Una alusión que Cameron Slatsky, probablemente, no estaba en condiciones de captar.

Cuando llegó la comida china, la preparé lo más atractivamente que pude y se la presenté a mi padre y a Cameron en el solárium, desde el que ahora se divisaba un río muy turbio; Cameron, al verme con la bandeja, fingió que se ponía en pie de un salto para ayudarme.

Durante la cena la mayor parte de la conversación fue entre mi padre y Cameron. En un determinado momento, la joven puso incluso en marcha la grabadora:

—Espero que no le importe, señor… Roland. Las cosas que dice como quitándoles importancia merecen conservarse para la posteridad.

Bueno, aquello era verdad. Pero a mi padre no le hubiera gustado que yo dijera una cosa así, y se habría mostrado incrédulo y enfadado si le hubiese sugerido «grabar» sus observaciones improvisadas.

Con los ojos muy abiertos y gesto sombrío Cameron me dijo:

—Señorita Marks, su padre lleva así todo el día. Desde que llegué. Dicen que Swinburne era un conversador brillante. Y Oscar Wilde, por supuesto. Y… Delmore Schwartz.

Mi padre había conocido a Delmore Schwartz. Se trataba de una estratagema (bastante burda) para incitarle a hablar de Schwartz, imaginé… Pero mi padre, ocupado con sus palillos, se limitó a asentir con un gruñido.

—Señorita Marks…, quiero decir Lou-Lou —aquel nombre juvenil y banal Cameron lo decía con la expresión de alguien que se dispone a atrapar a un torpe insecto con unas pinzas—, como sin duda sabe, su padre es… excepcional.

Sonreí, benévola. Me resultaba agradable descubrir que manejaba los palillos mucho mejor que Cameron Slatsky.

—Por supuesto. De lo contrario la gente no le suplicaría que les concediera una entrevista y no le recargarían la agenda.

—El hombre más extraordinario que he conocido nunca.

—Pero ¿no la *persona* más extraordinaria?

Cameron parpadeó ingenuamente. Mi padre intervino con un gruñido y se echó a reír.

—Lou-Lou, quizá no te quieras quedar hasta muy tarde esta noche. No vamos a ver un DVD, es evidente. Cameron y yo tenemos otras cosas más serias de que ocuparnos, ¿no te parece?

¿Qué podía decir yo? ¿Que las veladas de los jueves las reservaba exclusivamente para mi padre; que era lo que quedaba de «noche familiar» en mi vida? ¿Que la perspectiva de regresar a mi casa, a aquel piso helado y apenas amueblado de Skaatskill, a mi ordenador y a mi trabajo de administradora universitaria y prolongarlo hasta medianoche me encogía el corazón?

—Por supuesto.

Siguieron hablando de los libros de mi padre de manera casi exclusiva. Me asombró comprobar que Cameron Slatsky había leído

sin duda aquellas obras con detenimiento y (evidente) placer. Las primeras novelas «prometedoras»; la extensa novela «decisiva» que había ganado, para su autor de veintinueve años, importantes premios literarios; títulos posteriores, algunos de ellos «polémicos», «irritantes». A mi padre se le iluminaba el rostro de satisfacción. Disfrutaba, en particular, con el hecho de que Cameron repasara sus páginas fotocopiadas para leer en voz alta pasajes de su «humor mordaz», y se reía con ganas en compañía de su joven admiradora.

Aquella conversación que nunca hubiera permitido en el seno de su familia le proporcionaba, era evidente, una enorme felicidad. Yo no podía ofrecerle nada comparable.

Apenas tenía ganas de cenar, aunque nadie reparó en ello. Mi padre y su ávida joven visitante bebían vino. Estaban alegres. Se *divertían juntos* como si les uniera una antigua intimidad tranquila.

Lo vi con claridad; Cameron Slatsky había fascinado a mi padre: es decir, lo había fascinado con el espejo que le ponía delante y que reflejaba a un hombre «brillante», un talento «extraordinario», uno de los «grandes escritores norteamericanos del siglo XX». Hubiera hecho falta una voluntad de hierro para resistirse a semejante adulación, y mi padre tenía una voluntad más bien tenue; de algodón de azúcar. Pensé *Y, sin embargo, es probable que esta chica tenga razón. Que sean ciertas las palabras que usa. Es un gran escritor, si pudiera creérselo.*

Porque esa era la paradoja: como otros escritores de su generación, Roland Marks era al mismo tiempo egocéntrico e inseguro; creía ser un genio literario (de lo contrario, ¿cómo habría tenido energía para escribir tantos libros?), pero al mismo tiempo aceptaba las peores cosas que decían de él sus críticos y detractores. Ni siquiera el premio Nobel lo había sostenido durante mucho tiempo.

(Cuando Norman Mailer murió en 2007, a la edad de ochenta y cuatro años, Roland Marks se había lamentado públicamente: «¡Norman nunca ganará ya el condenado Nobel! Ellos se lo pierden».)

No había esperanza, pensé. Se enamoraría, o ya se había enamorado, de la tal Cameron Slatsky («¿Sputsky?» No me atreví a hacer ante mi padre chistes con su apellido). *Cerebro, genitales (masculinos). Irresistible.*

Intervine, un poco secamente:

—Pero ¿qué nos dice de usted, Cameron? No hemos oído nada acerca de usted.

Teniéndola tan cerca, era difícil no sucumbir a su cálida personalidad resplandeciente; si no hubiera decidido ya detestarla, es probable que me hubiese gustado mucho. Era hermosa, pero torpe, sin seguridad en sí misma. Muy lista sin duda. Como profesora tendía a que me cayeran bien mis alumnos a no ser que me dieran motivos para pensar de otra manera, y Cameron Slatsky no era mucho mayor que nuestros estudiantes de Riverdale.

Con aire afligido, Cameron dijo:

—¿Sobre *mí*? No hay nada…, nada que decir sobre *mí…*

—Bien, ¿de dónde es usted?

—De *dónde* soy…

Negó con la cabeza sin decir nada. La cara se le arrugó de una manera infantil. Al principio pensé que se estaba riendo, como una tonta; luego vi que intentaba no llorar.

—Bueno…, mi vida es *demasiado triste.* No quiero hablar de mi vida, *por favor.*

Aquella estratagema tuvo un efecto inmediato: mi padre se apresuró a sentarse a su lado, la tomó de las dos manos y le preguntó qué quería decir. Yo no había visto semejante expresión de ternura en su rostro desde… bueno, desde el incidente en el campo de hockey. Era de suponer que a Roland Marks le hubieran conmovido otros acontecimientos de su vida (el nacimiento de sus hijos más jóvenes, por ejemplo), pero yo no estaba presente.

¡Qué metedura de pata la mía, al preguntarle a aquella joven por su vida privada! Había dado por hecho que se trataría de una existencia convencional, correcta, de una aburrida vida burguesa que provocara el desdén de mi padre; pero conseguí precisamente lo contrario.

Y al parecer ya estaba decidido, para mi sorpresa, sí, y para mi consternación, que Cameron pasara la noche en Nyack:

—Dado que tenemos que trabajar mañana por la mañana, parece sensato que no haga dos veces todo el trayecto de aquí a Nueva York.

¡Todo el trayecto! La distancia no era mayor que la de mi viaje desde Skaatskill.

Con mucha calma, mi padre me miró sorprendido. Y procedió a pedirme que me cerciorase de que la habitación de invitados estaba en «condiciones» para acoger a un huésped.

Por supuesto le obedecí. Como una empleada del hogar —o una esposa ligeramente anticuada— llevé allí un juego de toallas limpias desde el cuarto de baño adjunto. La habitación de huéspedes tenía corrientes porque las ventanas cerraban mal, pero eso a mí no me atañía.

Cameron tuvo la delicadeza de mostrarse abochornada. Me acompañó hasta la puerta, dado que mi padre no se sentía inclinado a levantarse después de una copiosa cena de dos horas.

Me hubiera escabullido con una despedida entre dientes, pero Cameron insistió en estrecharme la mano y darme las gracias, aunque no sabría decir por qué.

—¡Estoy tan contenta de haberla conocido, Lou-Lou!… Así como a su asombroso padre. No se imagina lo *contentísima que estoy.*

Sí que me lo imaginaba.

Los dejé, temblando de indignación. Tuve que conducir a lo largo del puente George Washington, donde una vez más la lluvia se transformaba en aguanieve y la calzada estaba resbaladiza y peligrosa.

«Accidente. "Propensa a los accidentes." ¿Quién?»

Al día siguiente, cuando telefoneé a mi padre, me saludó la voz luminosa de Cameron.

—Ah, Lou-Lou, ¡adivine! Su padre me ha pedido que sea su ayudante, y he aceptado. Creo que voy a poder añadir esta nueva experiencia al material de la tesis… como ¿un diario a modo de apéndice?

Unas memorias, más probablemente. Que escribirás después de la muerte del premio Nobel.

Sueños sobre la muerte de mi padre.

—Ha sido un accidente. No hizo caso…

Deprisa, antes de que cambie el testamento. Antes de que cambie de *albacea.*

Angustiada por el resentimiento y la ansiedad hice un esfuerzo y traté de ser, más que nunca, cordial, cooperativa y despierta en mis obligaciones de decana. Me mostré comprensiva con todas las personas que vinieron a quejarse e incluso estreché manos con especial calidez No me acosté hasta las dos de la madrugada, contestando mails, incluidos los de progenitores «preocupados». Era razonable pensar (bueno, era todo menos razonable) que si era una *buena persona,* el Destino me recompensaría en lugar de castigarme.

* * *

En una ocasión había salvado la vida de Roland Marks.

Tenía veinte años por entonces. Faltaba un mes para comenzar mi tercer año en Harvard.

A finales de agosto mi padre pasaba unos días con unos amigos acaudalados en Martha's Vineyard. Acompañado de su tercera mujer, la guapísima e inestable Avril Gatti. Yo estaba en un edificio más pequeño para huéspedes, con vistas al mar, cuando una chica en biquini hizo irrupción por la avenida que llevaba hasta la entrada a bordo de un pequeño Ferrari rojo descapotable.

De nariz afilada, como el pico de un pájaro hambriento. Pelo teñido de rojo y completamente de punta, como si hubiera metido el dedo en un enchufe.

—¿Está Roland Marks aquí? Tengo que verlo.

—No está aquí. ¿La está esperando?

—¿Dónde está? Porque está aquí.

—Lo siento. Esta no es la casa de Roland Marks y *no está aquí.*

—Sé de quién es esta casa. Y sé que Roland Marks *está aquí.*

Desde la publicación de *Celos,* y la aparición de la imagen de mi padre vestido con la ropa blanca de tenista en la portada del *New York Times Magazine,* mucha gente había intentado ponerse en contacto con él. Una clase característica de personas, a las que ahora se estaban añadiendo otras. Una representación más amplia de la *burguesía norteamericana,* no necesariamente de extracción judía, como antes. Mi padre se reía de la conmoción, pero empezaba a preocuparse.

—Philip tiene toda la razón —mi padre hablaba de su amigo Philip Roth—, la gente piensa, ingenua, que quiere llegar a ser «famosa», pero la fama no se parece nunca a lo que se sueña. En lugar de permitirte el lujo que proporciona el fracaso, que es que te dejen solo, pasas a ser el blanco legítimo de cualquier idiota.

La chica del biquini me miraba, descortés; yo vestía una informe camiseta con «Salvad a las Ballenas» y unos pantalones de chándal que se sujetaban con elásticos. Incluso mis pies descalzos parecían rechonchos y desgarbados.

—¿Eres una de sus hijas? ¿Karin?

—No.

—La otra, entonces… Lou-Lou.

—Louise.

—Lou-Lou.

—Bueno, mi padre no está aquí. Está en Londres.

De hecho, mi padre navegaba a vela con nuestros anfitriones. Volvería al cabo de unas horas.

—No. Está en la isla. He preguntado en el pueblo. Aquí no hay secretos.

La chica del biquini se me acercaba de una manera que me puso nerviosa. Tenía un cuerpo carnoso y bien formado, pero estaba demacrada y exhibía unas ojeras muy pronunciadas. Miraba de un lado a otro, desconfiada.

—¿Dónde… está? ¿En el mar? ¿En la casa, en el piso de arriba? Y su mujer… «Avril». ¿Dónde está?

Pensé *Lleva algo en esa bolsa.*

Era una bolsa de gran tamaño al estilo de Bloomingdale's, hecha de mimbres elegantemente trenzados, con asas de carey. Por la

manera en que la sujetaba me di cuenta de que había dentro un arma de fuego.

Con tranquilidad y una sonrisa forzada le dije:

—Si lo deseas, le daré un mensaje tuyo. Mi padre te llamará.

Se echó a reír.

—¡Llamarme! ¿Estás de broma? Nunca *me llamará,* lo ha dicho.

—Entonces…

—Hubo un tiempo en que ese hipócrita hijo de perra me llamaba, pero ahora ni siquiera le puedo llamar yo; nunca devuelve la llamada. Tu padre es un hombre terrible. Seguro que lo sabes. No pareces estúpida, solo tienes la cara redonda y gorda. No creo que a tu padre se le deba permitir que siga vivo.

Descalza, con las uñas de los pies esmaltadas de colores chillones, la chica del biquini se acercaba cada vez más a la galería de la casa, con baldosas de madera pintadas a propósito para que pareciesen desgastadas por la intemperie, y con un techo muy inclinado. Dentro se oían voces, no sé de quién. En cuanto a mí, había empezado ya a sudar. La parte alta de los brazos se me pegaba a los sobacos. Estaba calculando cómo, en pocos segundos, sin la menor vacilación, arrancarle la bolsa a la chica del biquini; si se apartaba unos pasos de mí, podría sacar el arma…

Seguí sonriendo con la boca crispada. Vi que lucía en la espalda tatuajes de diminutos capullos de rosa o de labios fruncidos. Vi que el biquini, de rayas de color morado iridiscente, le apretaba demasiado las caderas y los pechos, de un color muy encendido; y se la oía respirar.

—Espera, por favor.

—Solo voy a llamar a la puerta de fuera.

—No, por favor…, espera.

—Solo voy a decir «hola». No me voy a meter *dentro,* joder.

En el instante en que pasaba a mi lado conseguí ponerme en pie, me tiré contra ella y le arrebaté la bolsa, que pesaba mucho, como había sospechado.

La chica empezó a gritar y a maldecirme. Intentó arañarme pero no le devolví la bolsa. La hija mayor de nuestros anfitriones salió de la casa, llena de asombro. Un spaniel portugués de aguas que había

estado durmiendo en la galería, muy cerca de nosotras, empezó a ladrar como loco. La chica corrió a trompicones hacia el Ferrari, que había dejado con la llave en el contacto; a trancas y barrancas retrocedió por la entrada de coches sin parar de maldecirnos todo el tiempo.

En la bolsa elegantemente trenzada había un revólver de cañón corto: un Smith & Wesson de calibre 25, semiautomático, con cachas de madreperla y cabida para seis proyectiles. Se supo más adelante que era robada y que a la chica del biquini se la habían vendido en Nueva York; un tipo de arma de fuego que se consideraba *femenino,* aunque mortal en distancias cortas.

La hija de nuestros anfitriones llamó a la policía de Vineyard, que detuvo a la chica en menos de media hora, cuando se disponía a comprar un billete para el transbordador.

Se diría después que era *una de las chicas de Roland Marks. Una de las que no habían funcionado.*

Mi padre se negó a hablar de ella. Aseguró no conocerla, no saber nada de aquella mujer. Avril, su esposa, no le creyó. La joven del biquini resultó ser mayor de lo que parecía: treinta y dos años. La habían detenido por posesión de un arma de fuego sin licencia y por llevarla escondida. Vivía en TriBeCa, un barrio de Manhattan, y se presentaba como actriz asociada con La MaMa, un club de teatro experimental del Lower East Side. Más adelante también nos enteraríamos de que el verano anterior había estado siguiendo a Philip Roth por Cornwall Bridge, en Connecticut, aunque, al igual que mi padre, Philip no quiso presentar una denuncia contra ella.

Roland Marks no contó nunca nada sobre la chica del biquini. Nadie consiguió que hablara de ella. Ni siquiera Avril Gatti. A mí me dijo, con su sonrisa totalmente seductora de padre avergonzado: «Gracias, chiquilla. Lo has hecho muy bien».

* * *

Cuando llamé a mi padre en otra ocasión, fue Cameron quien contestó al teléfono.

—¡Hola! ¿Lou-Lou? Tengo grandes noticias… Mañana nos vamos a Miami.

De manera que aquella semana no hubo cena de jueves por la noche. Ni la siguiente. Con evidente falta de delicadeza, no se me notificó hasta que llamé, y Cameron me devolvió la llamada para explicar, disculpándose, que mi padre y ella iban a volar a Key West desde Miami.

—Ya sabes, el Seminario Literario de Key West. Roland va a pronunciar el discurso de apertura.

Estaba al tanto de que el prestigioso seminario de Key West era inminente. Pero se me había hecho creer que sería yo quien acompañara a mi padre.

Por fin conseguí hablar con él. Debía de temblarme la voz, dado lo herida que me sentía, porque mi padre me reprendió amablemente.

—Lou-Lou, las cosas han cambiado. Cameron viene conmigo, por supuesto.

—Me dijiste: «Señálalo en el calendario. Key West». Me dijiste: «No hagas otros planes».

En mi calendario, a principios de enero, varios días estaban marcados con tinta roja. No había confusión posible.

De hecho, me habían invitado a una fiesta o a… algo. No acepté, como es lógico, porque el plan era estar en Key West con Roland Marks.

Faltó muy poco para que se me escapara *¡Llévame contigo, por favor! Me pagaré el viaje.*

No lo hice, sin embargo. Un decanato requiere dignidad.

De la manera más desvergonzada y sin disculparse en lo más mínimo se fueron solos. Y mi padre tuvo la temeridad de pedirme que me pasara por su casa durante su ausencia para ver «si todo estaba en orden».

Por fin repararon la caldera. También los detectores de humo que no funcionaban bien. Contacté con un carpintero para que inspeccionara los peldaños de madera tambaleantes que llevaban hasta la orilla del río y que era necesario estabilizar, y la persona que vino prometió llamar para darme el presupuesto. No podía empezar

a trabajar, explicó, hasta finales de marzo como muy pronto, cuando hiciera menos frío y se hubiera derretido el hielo.

Con atrevimiento —pero con precaución— bajé media docena de peldaños para ver lo desvencijados que de verdad estaban. El aire de enero era frío y soplaba el viento, que se alzaba desde el río de color acero. No cabía duda de que cada invierno que pasaba los escalones se estropeaban más; aquella parte de la finca tenía al menos veinte años. (La casa misma, que era uno de los monumentos de Upper Nyack, ciento seis. Me gustaba pensar que un día habría una placa de bronce en la fachada: *Aquí vivió Roland R. Marks, premio Nobel de literatura.*)

Me agarré con fuerza a la barandilla, imaginando que la desvencijada escalera podía hundirse de repente bajo mi peso y dejarme caer a plomo sobre el pedregoso suelo de la ribera del río. Mi padre me encontraría cuando regresara, un cuerpo roto, congelado…

¡Por qué no invité a Lou-Lou a venir con nosotros! ¡Cómo he podido ser tan egoísta!

Y Cameron diría:

¡No te culpes, Roland! No podías preverlo.

Dado mi estado de ánimo melancólico, casi no me hubiera importado caerme… o al menos eso fue lo que pensé.

No me caí. Los escalones resistieron. Aunque algunos se tambalearon, el conjunto se sostuvo.

Podía, sin embargo, sucederle a él. Un accidente. Una muerte accidental.

Una muerte accidental es siempre una sorpresa. Al menos, para el difunto.

Durante los días, doce en total, que mi padre y Cameron estuvieron en Florida, pasé más tiempo del que realmente me podía permitir en la casa de Upper Nyack.

Pensaba en lo mucho que a Roland Marks le desagradaban las *sorpresas.* El componente de *sorpresa* en cualquier suceso le resultaba vulgar, como las bufonadas de los payasos.

Excepto en el caso de que fuera él quien daba la *sorpresa;* entonces la cosa cambiaba. Porque se la podía clasificar como «humor».

Sabía todo aquello porque lo conocía a fondo. Otras personas han creído conocer a mi padre, biógrafos no autorizados han olisqueado y fisgoneado siguiendo su rastro y es mucha la basura que se ha escrito sobre él, pero nadie ha dilucidado la *esencia* de Roland Marks.

Me pregunté qué escribiría Cameron Slatsky en algún momento futuro. Cuando mi padre no estuviera para leerlo y para estremecerse de horror e indignación.

Tenía que protegerlo contra ella, me dije. O, mejor aún (puesto que aparecería otra «Cameron», probablemente al cabo de pocos meses), tenía que proteger a Roland Marks de sí mismo.

Mi padre siempre se ha mostrado admirativo, a su manera.

A regañadientes, pero admirativo.

Porque tenía la costumbre de decir, incluso cuando yo era demasiado mayor para observaciones tan personales: «Eres mi moza fornida y grandota. No necesitas que ningún hombre te proteja. No hay *en ti* nada de débil ni de llorica».

El subrayado: *en ti.* Para indicar que se me tenía que diferenciar de las hembras débiles, lloricas y manipuladoras que rodeaban a mi padre y a otros hombres sin suerte.

—En la hembra, el sexo es un arma. En un primer momento un señuelo, pero, más adelante, un arma. Sin embargo hay mujeres, como esta hija mía ejemplar, que se niegan a utilizar ese feo recurso. Son personas que *trascienden* y que *sobresalen.*

Decía cosas así en mi presencia y delante de otros. Como si yo fuese una niña que había crecido demasiado deprisa y no una joven, madura ya.

A veces le daba por beber. Se ponía sentimental y llorón y lamentaba el «distanciamiento» de sus otros hijos y el comportamiento «estrambótico y autodestructivo» de sus madres.

A mí me resultaba penoso, aunque imagino que halagador, que mi padre presumiera de su hija «ejemplar». Con frecuencia tenía la

sensación de que no me conocía en absoluto; creaba una caricatura, o una historieta, adornada con mi nombre. Incluso cuando me miraba de hito en hito no parecía que sus ojos estuvieran enfocados.

—Lou-Lou, mi hija más asombrosa. No hay nada misterioso o sutil en ella, es *todo corazón*. No es oscura ni tortuosa. Es una atleta.

(Aunque hacía años que eso no era cierto. La mayoría de las chicas abandonan para siempre los deportes de equipo al terminar secundaria.)

—¿Os he contado alguna vez cómo Lou-Lou jugaba al hockey sobre hierba (unos partidos de verdad competitivos, juego sucio incluido) en la academia Rye? ¿En el norte de Connecticut? Hacía el viaje para verla jugar, pasaba la noche en el pueblo, y en uno de los partidos del campeonato le dieron un golpe en la boca con un disco…, no, un palo de hockey, pero siguió peleando, corría por el campo con la boca ensangrentada y marcó un tanto para su equipo. Y después vino renqueando hasta donde yo estaba, delante de la tribuna descubierta, preocupado y sin saber qué era lo que le había pasado, y Lou-Lou dijo, «Hola, papá…» o «Eh, papá, mira» y me enseñó una cosita blanca, rota, que tenía en la palma de la mano. Y yo dije: «¿Qué es eso, Lou-Lou?» y ella me respondió: «¿A ti qué te parece, papá?» y yo miré más de cerca, vi que era un diente, y dije: «Vaya, cariño, parece como unos cinco mil machacantes. Pero tú los vales».

Era una historia maravillosa. Una de las maravillosas historias familiares de Roland Marks. En su obra narrativa la mayoría de sus relatos familiares eran catástrofes cómicas, pero cuando hablaba con amigos, o a un público bien dispuesto, sus historias familiares eran estupendas.

Hasta sus detractores se dulcificaban en ocasiones como aquellas. Incluso los que sabían que estaba embelleciendo lo que contaba, en su celo por conseguir la *historia familiar* irreprochable, perfecta.

En ausencia de mi padre, yo valoraba mucho tales recuerdos.

Durante aquella ausencia que era una traición, y un aviso de traiciones futuras, visité su casa en Cliff Street, en Upper Nyack, con el pretexto de «comprobar» su estado; mientras deambulaba por las habitaciones entre corrientes de aire, me paraba en la terraza para

mirar al ancho río brumoso que discurría debajo, y tiritaba de frío, me decía *Son recuerdos inolvidables pese a que quizás contienen una buena dosis de mentiras.*

* * *

—Lou-Lou, ¿qué es lo que dicen? ¿Otra…? ¿De nuevo…?

La gente empezaba a llamarme. A raíz de que, durante el seminario literario de Key West, resultara evidente que Roland Marks, el celebrado autor, y una doctoranda de la Universidad de Columbia, «muy joven y muy rubia», eran *pareja.*

Llamaba Max Keller, el agente de mi padre de toda la vida, que lo conocía desde hacía más de cuarenta años, ¿por qué se sorprendía tanto? No me sentía de humor para compartir su incrédula indignación aderezada de lástima y, sí, de envidia:

—Por lo menos, dime su edad. La gente está diciendo… ¿veinticuatro? ¿Y Roland Marks tiene *setenta y cuatro*?

Apretando los dientes le dije a Max que ignoraba la edad de la joven.

—¿Su nombre?

—No sé cómo se llama. Lo he olvidado.

—¿Y es guapa?

—No tengo ni idea. Solo la he visto de refilón.

—¿Y es *lista*? La gente está diciendo tales…

—Max, no tengo ni idea. Voy a dejarte ya.

—¿Y Roland está enamorado? ¿Es una cosa seria? ¿Lo crees posible?

—Mira. Mi padre es un hombre mayor. Necesita una ayudante: sus documentos, sus manuscritos, sus cartas son un caos. Y necesita una persona responsable que cuide de él; se ha despreocupado de su casa, a la hora de *vivir* es como un bebé. No puedo ser yo quien se ocupe de él, tengo mi propia vida. Esa chica fue a entrevistarlo a su casa y, dicho en pocas palabras, se quedó allí. Es joven y es rubia. ¿Qué más? En el pasado, mi padre se enrollaba con «mujeres» (guapas, glamurosas) y las ayudantes y las internas pertenecían a otra categoría distinta. Pero puede que esta sea la

primera vez que combina las dos cosas, de manera que quizá se trate de un progreso.

Le hablaba de manera jovial, para ocultar mi indignación. Me había propuesto ser divertida, pero por lo visto Max no pensaba que lo que le decía tuviera mucha gracia.

—Conseguirá que Roland firme un acuerdo prenupcial. Insistirá en dinero por adelantado si es lista. (Y parece que lo es.) Y acabará siendo su albacea, Lou-Lou, no tú. De manera que no hay ninguna razón para que lo encuentres tan divertido, querida mía.

Acto seguido colgó.

Albacea. ¡Pero la albacea de Roland Marks era yo!

Después de su último divorcio, mi padre me había nombrado su albacea. Hasta entonces no había hecho testamento; daba por sentado, así lo decía, que iba a durar «mucho, muchísimo tiempo…, como una de esas tortugas gigantes que no se mueren nunca». Pero cerca ya de los setenta, después de sus descalabros en los tribunales, había empezado a sentirse perecedero. Me había dicho, hablando con franqueza, que dejaría dinero a todos sus hijos, incluso a los que le habían decepcionado muchísimo y de los que se había distanciado… «No quiero darte un trato especial, Lou-Lou. Los demás te detestarían.» Pero lo que mi padre sí haría por mí, aparte de dejarme dinero (que, de hecho, no necesitaba en realidad, por mi condición de profesional con un buen trabajo), era nombrarme albacea de todas sus propiedades, lo que incluiría su herencia literaria, trabajo por el que se me pagaría un mínimo de cincuenta mil dólares anuales.

Yo me había conmovido mucho. Es posible incluso que llorase.

—Papá —había dicho yo—, no puedo pensar ahora en eso. No puedo pensar en que… te hayas ido. Pero seré la mejor «albacea literaria» que haya existido nunca; no te mereces nada que no sea eso. Te lo prometo.

—Lo sé, Lou-Lou. Eres mi chica buena.

Después de Key West, Roland y Cameron solo estuvieron de paso en Nyack. Sin tiempo para ver a Lou-Lou, aunque por lo menos mi padre habló conmigo por teléfono.

Iban de camino a París, donde a Roland Marks iban a agasajarlo con motivo de la publicación de una novela suya recién traducida; y de París seguirían a Roma, donde también se promocionaba otra novela recién traducida; y de Roma a Barcelona y a Madrid…

Para entonces ya eran amantes. Por supuesto.

Me pregunté *cómo.*

(Con setenta y cuatro años, mi padre era todavía un hombre viril… al parecer.)

(Sin embargo, con veinticuatro, a su nueva amante podía resultarle repulsivo…, ¿no era razonable suponerlo?)

(No. No se trata de una situación razonable.)

(Sí. Es del todo razonable…, es *pragmática.* Se casará con él por su dinero y por su reputación y no por su «virilidad».)

En mi cama de Skaatskill luchaba, impotente, con las fauces trituradoras de pensamientos tan obsesivos.

No me traicionará. Incluso aunque se case con ella…

(¡Ridículo! Había traicionado prácticamente a todo el mundo a lo largo de su vida, a todas las *hembras.* ¿Por qué no a la buena Lou-Lou, tan responsable, con su nacarado diente falso?)

Mi padre me había pedido que, durante su ausencia, siguiera comprobando si la casa «estaba en orden», y así lo hice. Amargamente contrariada porque se me trataba como a una sirvienta, pero agradecida al mismo tiempo. Visitaba la casa más de lo necesario; me ocupaba del correo paterno, que era considerable; lo ordenaba y dejaba montones cuidadosamente etiquetados sobre su escritorio: la tarea de un ayudante; pero no había tal ayudante en la casa; quien estaba allí *era yo.*

En Riverdale, la mayor parte de los días dejaba mi despacho a las cinco en punto, mientras que en otro tiempo me quedaba hasta mucho más tarde. Y los viernes me marchaba a una hora tan temprana como las tres. («Asuntos familiares»; «mi padre, citas con médicos».) O desaparecía después del almuerzo.

En el caso de las reuniones académicas y de los congresos nacionales a los que estaba obligada a asistir, optaba por acortarlos y de esa manera regresar a Nyack para pasar en coche por delante de la casa de Cliff Street, y constatar su aspecto de cerrada, de

desatendida. Entraba con mi llave y deambulaba por las habitaciones como un fantasma patoso. Aunque conocía la casa mejor que nadie, daba traspiés. Tropezaba con las cosas. Al ver mi reflejo en los espejos, me decía: «Escucha, Lou-Lou. ¿Qué ha sucedido? No eras más que una jovencita…».

Aunque hacía lo que mi padre me había pedido, solo era una intrusa.

Fácilmente me podría haber convertido en un ser vandálico.

Porque había algún secreto en aquel lugar que podía llegar a revelárseme si lograba imponerme. Pese a que mi padre, de saberlo, se habría enfurecido, revisé los cajones de su mesa y sus archivadores; había literalmente miles de papeles, documentos, manuscritos que seguía conservando en su estudio y en una habitación vecina; de manera provisional sus manuscritos más antiguos, galeradas, pruebas maquetadas y borradores se habían depositado en la Biblioteca Pública de Nueva York, que estaba en negociaciones para adquirir el archivo completo de Roland Marks. No era verdad que, como le había dicho a Max Keller, los papeles de mi padre fuesen un caos, pero era cierto que les habría ido bien una organización más sistemática, algo que, estaba convencida, solo yo podía proporcionar.

¡Únicamente yo! La hija ejemplar y muy querida.

Me acomodaba en el sofá de mimbre del solárium, miraba el cielo y después, abajo, el río. Mi padre y Cameron —que ya era su *fiancée* — regresarían pronto.

El valle del río Hudson, ¡era tanta su belleza! Pero no una belleza siempre evidente, obvia; la belleza de un río depende del tiempo, de las gradaciones de la luz. Los incesantes cambios de sol y sombra. Formaciones de nubes, fragmentos de cielo despejado. Un azul que se metía dentro de los ojos. O un gris plomo apagado. El río que reflejaba el cielo y el cielo que parecía reflejar el río.

Pensaba en Henry Hudson, el explorador inglés que, a comienzos del siglo XVII, y por cuenta de los holandeses, navegó corriente arriba hasta que a unos doscientos cincuenta kilómetros hacia el norte le faltó calado para continuar su expedición. Qué extraño nos

resulta ahora saber que Hudson buscaba una ruta para llegar al océano Pacífico, tal y como Cristóbal Colón, su predecesor, buscaba un camino hacia las Indias Orientales… Pensé *Las rutas que creemos descubrir no son las que al final tomamos. Son las rutas las que nos llevan.*

Debí de quedarme dormida porque me despertó bruscamente alguien que llamaba con violencia a la puerta principal.

Era el carpintero que había tratado de contratar para que arreglara la escalera. Llevaba meses sin saber de él y ahora, como por un capricho —o, lo más probable, porque sin proponérselo había pasado por delante de la casa—, se detuvo para hablar conmigo.

Salimos a la terraza para ver los peldaños en mal estado. Me había dado su presupuesto para el arreglo, pero yo no tenía manera de saber hasta qué punto era razonable, porque no había llamado a nadie más.

—Podría empezar la semana que viene, señora Marks —dijo—. Tengo la madera y he hecho un hueco en mi calendario.

—¿La semana que viene? ¿De verdad?

A continuación, me quedé callada durante un buen rato. Casi me había olvidado de la presencia de aquel extraño, muy cerca de mí, los dos mirando la escalera que descendía; al cabo le dije:

—Lo siento muchísimo, de verdad, pero mi padre ha cambiado de idea. Dice que quiere algo más ambicioso. Ha estado hablando con un arquitecto.

—¿Un arquitecto? ¿Solo para unos escalones?

Reí, incómoda.

—Bueno, quiere algo más ambicioso no solo para la terraza y los escalones, sino también para la orilla del río, algo así como un cenador. No sé si conoce usted a Roland Marks, mi padre; nunca hace nada que sea sencillo.

El carpintero, por supuesto, no conocía a Roland Marks. No tenía ni idea de quién era y, a juzgar por los ruidos de contrariedad que pasó a hacer, tampoco le importaba lo más mínimo.

Los viajeros regresaron. La *fiancée* vivía ahora en el número 47 de Cliff Street, en Upper Nyack.

No frecuentemente ni todas las semanas, pero sí de cuando en cuando, me invitaban a cenar con ellos. Y si se marchaban de viaje, también me invitaban a comprobar que la casa estaba en orden y a ocuparme del correo.

En el dedo corazón de la mano izquierda Cameron llevaba ya una sortija de compromiso. Un brillante muy grande… ¡ridículo! Roland Marks había comentado a menudo en tono desdeñoso lo absurdo de las sortijas de compromiso y de las alianzas; él mismo no había llevado nunca una alianza.

¿Cuándo pensáis casaros? No se lo pregunté.

Al menos Cameron se mostraba amable conmigo. Más que mi padre, a quien a menudo parecía molestarle verme, como si de verdad se sintiera culpable, pero fuese incapaz de reconocerlo.

Aunque un día me sorprendió al preguntarme si me mantenía en contacto con mi madre y, cuando le dije que sí, interesándose por su estado de salud.

Lo cierto era que mi madre había sobrevivido. Hacía ya mucho que se había vuelto a casar y vivía en Fort Lauderdale con su segundo marido (muy mayor y enfermo) y mantenía una relación razonablemente buena con sus hijos, todos de edad adulta, y con sus nietos, a los que adoraba. Y nunca preguntaba por Roland Marks, de la misma manera que alguien puede no querer hablar jamás de una terrible enfermedad a la que ha sobrevivido de milagro.

—Mamá está francamente bien. Gracias por interesarte.

—¿Por qué «gracias»? Qué cosas tan extrañas dices —mi padre bajó la voz, para que no le oyera Cameron, en la habitación vecina —. ¡Estuve casi veinte años casado con ella! Por supuesto que quiero saber cómo está.

Años atrás, todavía adolescente, podría haber sentido un soplo de esperanza en el corazón al oír aquellas palabras de mi padre. *Quizá vuelva. Quizá nos quiera de nuevo.* Pero estaba ya mejor informada. Sabía que las palabras no eran más que palabras.

En una ocasión seguí a Cameron Slatsky por Nyack. La había visto en la calle por casualidad, una chica alta y zanquilarga, con vaqueros

y jersey, que desde lejos parecía una adolescente.

Las cabezas se volvían cuando pasaba, pero se diría que ella no se daba cuenta.

El caso era que estaba *preocupada,* que su aspecto era sombrío. Los cabellos recogidos en una ordinaria cola de caballo, los hombros caídos. Cuando cumpliera los cuarenta sería una persona cargada de espaldas.

Pero Roland Marks no viviría para verlo.

La seguí a una distancia discreta. No era tan raro que yo estuviese por Nyack aquel día; si Cameron me veía, podría darle una explicación convincente.

Se detuvo en la Cheese Board, para comprar los quesos preferidos de mi padre y su pan especial (integral de centeno). Entró también en la Nyack Pharmacy, para recoger las medicinas que le correspondía tomar. Luego en la Riverview Gallery, donde había una exposición de obras nuevas de una artista local.

La galería tenía una entrada lateral. Desde el umbral pude ver a la joven rubia moviéndose despacio de tela en tela, con la seriedad de una colegiala. No parecía que hubiese nadie más allí, con la excepción de una empleada.

La pintora cuyo cuadros se exponían era Hilma Matthews, de casi ochenta años, con una asentada reputación como representante del arte abstracto; después de haber sido propietaria en otros tiempos de una galería en Madison Avenue, había terminado por exiliarse a Nyack, donde vivía a cosa de kilómetro y medio de mi padre. Eran viejos amigos: creo que nunca amantes. En una ocasión le había dicho con amargura a mi padre: «Sin que sea evidente el porqué, algunos de nosotros nunca nos hacemos famosos». Y mi padre se ruborizó, imaginando que aquella observación estaba dirigida a él, que sin duda alguna había alcanzado la fama, como un insulto; por otra parte era un insulto lo bastante indirecto como para no tener que darse por enterado. Con mucha galantería dijo, apretando la mano de su amiga: «Es la posteridad quien juzga, no nosotros. Disfruta con tu trabajo, Hilma. Lo que haces es muy hermoso; somos bastantes los que nos damos cuenta. Eso es lo más importante».

Mientras Cameron recorría la galería, estudiando con gran seriedad los cuadros de Hilma Matthews, seguí observándola. Me preguntaba cuáles podían ser sus motivos: ¿se proponía hablar sobre la exposición, para impresionar a mi padre? ¿La habían invitado, junto con mi padre, a alguna reunión social en la que quizás fuese a conocer a la artista? No podía creer que estuviese allí sin un motivo concreto, que su presencia respondiera solo a un interés sincero por aquellos grandes lienzos abstractos de Hilma Matthews, en el estilo de una Helen Frankenthaler, aunque de contornos más marcados.

Cameron y la empleada de detrás del mostrador iniciaron una conversación. Parecía que estaban hablando de la exposición, aunque yo no conseguía oír casi nada de lo que decían.

Me enteré, sin embargo, de que la mujer le preguntaba a Cameron si vivía en Nyack, y que Cameron respondía afirmativamente: «Por el momento».

Esperé a oírla presumir de *Roland Marks.* Pero no dijo nada más.

Tuve la tentación de dar un paso al frente y decirle hola. No podía saber que la había seguido hasta allí: mi saludo podría haber sido espontáneo, inocente.

Si no la conociera, pensé, podría haberme presentado en la galería. Podría haber pensado *Una persona sensible, inteligente. Y hermosa.* Podría haberle preguntado *¿Acaba de llegar a Nyack?*

Aquella primavera.

La última primavera de la vida de mi padre.

Se trataba de mi trabajo en Riverdale College, con el que me sentía cada vez menos identificada. En un primer momento me entregaba a él con renovada energía, viéndolo como una manera, muy consciente, *de no pensar en la* fiancée *de mi padre;* luego me descubría soñando despierta en mi despacho, ensayando escenas con mi padre y con Cameron Slatsky. A veces me parecía urgente *actuar deprisa,* antes de que se casaran; otras, en cambio, me atenazaba el terrible letargo que se apoderaría de mí si me encontrase entre los anillos de una gran boa constrictor.

Tendría que haber hablado con Cameron en la galería, pensaba. O tropezarme con ella por la calle.

Solo nosotras dos: las mujeres entonces presentes en la vida de Roland Marks.

Había tratado de hacer discretas pesquisas sobre Cameron Slatsky en Columbia, aunque muy poco dispuesta a utilizar mi nombre; si se llegaba a saber que había estado husmeando, mi humillación sería grande; mi padre se enfadaría mucho conmigo y quizá no quisiera volver a verme. Era famoso por *romper de manera definitiva* con personas a las que conocía bien y a las que había querido, si creía que le faltaban al respeto.

Lo que había sido capaz de averiguar sobre Cameron Slatsky en Internet no era excepcional ni estaba en desacuerdo con lo que nos había contado. Se había graduado en Barnard con una licenciatura en Literatura inglesa y Lingüística; había trabajado de interna un verano para una editorial neoyorquina y para el *New Yorker;* había viajado brevemente por Europa con amigos y después se había matriculado en el programa de doctorado en Literatura inglesa de la Universidad de Columbia. Se había criado en Katonah, Westchester County. Sus padres debían de tener dinero, porque alguien pagaba su matrícula en Columbia.

Desde que vivía en casa de mi padre, con una habitación del piso de arriba transformada en su estudio, seguía trabajando en su tesis in situ, como ella decía. ¡Vivir con el tema de una tesis doctoral! Todo un *golpe maestro* para alguien tan joven.

Ensayaba mi conversación con Cameron de manera obsesiva.

Le señalaba que cualquier relación con mi padre estaba condenada a ser pasajera; que, incluso aunque afirmase adorarla, no la adoraba *a ella;* adoraba a la persona que lo adoraba *a él.*

Y luego pensaba, lo sabe. Claro que sí.

Lo sabe y le tiene sin cuidado.

¿Por qué tendría que preocuparle si mi padre la adora como su musa, o solo quiere tener relaciones sexuales con alguien muy joven? Se ha pasado el tiempo suficiente consultando las biografías literarias más sensacionalistas y la correspondencia de distintos

autores para llegar a la conclusión de que, en una sucesión de esposas, es solo la última —la viuda— quien hereda.

Cuando te las tienes que ver con un mujeriego impenitente, quieres casarte con el mujeriego de edad provecta.

Dada la edad de mi padre y la suya, Cameron Slatsky prevalecería: sobreviviría a Roland Marks. A las otras esposas se las había desechado como a pieles viejas.

¡Cuántos escritores varones norteamericanos, incluidos amigos de mi padre, se habían embarcado en el matrimonio exactamente así! Distinguidos ancianos con prestigio internacional que habían agotado tiempo atrás la relación con su primera esposa se casaban con mujeres tan jóvenes como sus hijas o incluso más aún; en algunos casos habían procreado hijos de la edad de sus nietos. El macho dominante se casaba con la hembra sumisa: era imposible que existiese igualdad en semejante relación.

A Mordecai Kaplan, poeta amigo de mi padre, su esposa, cuarenta años más joven que él, lo había ingresado en una residencia psiquiátrica; Kaplan tenía por entonces ochenta y nueve años. La fogosa joven, también poeta, se había hecho con el poder notarial de su marido: «Cuando un hombre renuncia a su poder notarial, está acabado. Es algo tan definitivo como la castración», decía mi padre. Los hijos de Kaplan de mediana edad trataron de protestar; trataron de obtener un mandamiento judicial para sacarlo de la residencia; poetas más jóvenes que habían sido alumnos suyos acudieron en su auxilio o lo intentaron; Roland Marks trató de conmover a la esposa con súplicas, pero tuvieron un feo altercado y ella le prohibió ver a su marido, porque de lo contrario haría que lo detuvieran. Cabe que aquella joven (no tan joven: cuarenta años como mínimo) estuviera mentalmente desequilibrada. Se había propuesto y planificado perseguir y capturar a Mordecai Kaplan y arrancárselo a la que había sido su esposa durante más de treinta años. El matrimonio de los Kaplan había sido razonablemente feliz y, sin embargo, como a mi padre le gustaba decir: «En lugar del cerebro mandan los órganos genitales del varón».

A la larga, la prensa tuvo noticia de la situación. En el *New York Times* se publicó un artículo a favor de Kaplan y de quienes lo

apoyaban y, en consecuencia, crítico con su mujer. La señora Kaplan, de todos modos, se negó a permitir que nadie arreglara las cosas para sacar a su marido de la residencia psiquiátrica, pese a que no estaba senil, tan solo físicamente frágil y necesitado de una silla de ruedas. Logró incluso restringir las visitas, lo que supuso el golpe más duro. También consiguió restringir sus cartas a su familia y amigos desde la residencia, amenazando al personal del centro con pleitos. Había sido nombrada albacea de Kaplan en el testamento del poeta, de manera que tendría un poder omnímodo sobre su herencia cuando muriera; heredaría sus muchos títulos con derechos, las liquidaciones anuales, sus cartas, sus tesoros: absolutamente todo.

Pensé que podría sacar a colación el ejemplo de la trágica situación del amigo de mi padre, pero sabía que Roland Marks respondería muy enfadado: «Vamos a ver. Mordecai tenía noventa y dos años cuando murió. Soy veinte años más joven o casi. Su mujer era una psicópata despiadada. Mi esposa será mi amiga más íntima».

Yo no soportaría oír a mi padre decir aquellas palabras: *Mi esposa.*

—Decana Marks, ¿algo va mal?

Olivia, mi secretaria, estaba en la puerta del despacho con gesto de mucha preocupación. Era una mujer encantadora, de mi edad más o menos, heredada junto con el despacho. Me apresuré a decirle que mi padre estaba enfermo; «no se trataba de nada urgente, sino de algo de menor importancia. Pero angustioso».

Olivia preguntó si podía ayudarme de algún modo.

—Gracias, Olivia, pero no.

Luego, unos minutos después, la llamé a su despacho.

—Creo que me voy a marchar un poco antes… ¿Podrías anular mis citas, por favor?

—Un desastre, Lou-Lou. Terribles noticias.

Pero noticias que Roland Marks solo podía contarme *a mí.*

En el pleito iniciado por Sylvia Sachs, la actriz de Broadway que ya se estaba haciendo mayor, mi padre había salido malparado. A la copiosa suma que había tenido que pagar seis años antes, en el momento del divorcio, se añadían ahora 750.500 dólares. De algún

modo el abogado de Sylvia había logrado convencer al juez de que su reivindicación sobre la ayuda prestada —«aportando material fundamental»— para componer la última novela de mi padre no era ridícula, como todo el mundo sabía; el magistrado había aceptado que Roland Marks era un «depredador sexual» y un «explotador de mujeres». Todas las obras de ficción escritas por Roland Marks desde que Sylvia y él empezaron a vivir juntos eran el resultado de «conversaciones íntimas y prolongadas» entre ambos; al menos dos de sus personajes femeninos estaban basados en Sylvia, afirmaba ella. (Era cierto que mi padre había publicado un retrato demoledor de una actriz «cuasi-Broadway», vengativa y estrecha de miras, en una novela reciente, pero era un constructo ficticio, de ninguna de las maneras una «persona real».) Años antes a mi padre se le había declarado culpable de «difamar» a Avril Gatti en la novela *Parodia,* escrita imitando la voz de su héroe Rabelais. *Parodia* no se podía catalogar de escritura «realista», por supuesto. Pertenecía a un género de narrativa, a una variante de «cuento chino», redactado con entusiasmo procaz. Era un discurso netamente masculino dirigido a lectores varones, tan deforme en cuanto reflejo de «personas reales» como son deformes las «figuras de anime» japonesas. Cualquiera con un conocimiento de la literatura por encima del nivel de secundaria habría entendido que los retratos de Roland Marks de gente relacionada con su vida personal tenían la misma relación que los retratos de Francis Bacon o de Picasso con sus modelos. Donde hay arte desaparece la *representación literal.*

Las palabras que Avril Gatti había impugnado resultaron, sin embargo, dañinas y condenatorias al leerlas en voz alta el abogado de la litigante, con marcada repugnancia, en la silenciosa sala del tribunal. Nadie se atrevió a reír: nadie tuvo ganas de reírse. Yo hubiese querido protestar: «¡Pero mi padre es un *gran escritor,* como Rabelais! No se puede procesar a un artista».

Eso, por supuesto, solo hubiera empeorado las cosas. Cualquier argumento a favor de la singularidad del artista no se recibe bien en una democracia.

Ni siquiera después de aquello había abandonado Avril Gatti el deseo de nuevas demandas, tal era la advertencia hecha a mi padre.

¡Y ahora llegaba la demoledora sentencia a favor de Sylvia Sachs!

El abogado de mi padre había sugerido apelar. De manera que iban a hacerlo.

—Al menos no podrán quedarse con mi trabajo futuro —dijo mi padre, armándose de valor—. No me queda más remedio que… seguir vivo.

Fue un consuelo para mí que Roland Marks hablara conmigo, y no con Cameron, de sus pleitos. O, al menos, además de con Cameron.

Mis opiniones le parecían más valiosas. Porque yo había conocido a las litigantes, mis temibles madrastras.

* * *

No me gustaban aquellas conversaciones sobre el futuro que me dejaban exhausta y preocupada. Porque no podía de verdad imaginarme un mundo en el que Roland Marks no viviera ya, incluso aunque el Roland Marks vivo causara dolor a algunas personas, yo misma incluida.

No quería que mi maravilloso padre se muriese. No quería que el estúpido viejo obseso que era mi padre, enamoriscado de una chica que podía haber sido su nieta, vaya, *desapareciera.*

Que mi padre fuese al mismo tiempo maravilloso y un estúpido viejo obsesionado era difícil de entender. Como hacer malabarismos, por encima de mi cabeza, con dos enormes cachiporras complicadas de manejar, y la perspectiva de que una o las dos me cayeran encima.

Mi padre había creído siempre en el destino trágico de la humanidad: en su biblioteca había estanterías abarrotadas de libros sobre el Holocausto, muchos de ellos memorias. Había conocido a supervivientes del genocidio, como es lógico; algunos, familiares suyos de Europa del Este. Pero en su escritura mi padre prefería los reinos más soleados de la comedia: el giro idiosincrásico que la imaginación humana puede dar a cualquier relato, por muy sumido que esté en el dolor. Para Roland Marks comedia significaba *libertad;* tragedia, *encarcelamiento.*

Había elaborado minuciosos razonamientos sobre el tema. Había publicado ensayos. Le contrariaba la predilección de ciertos críticos por la «visión trágica» frente a la «cómica». Para mi padre, dar forma de comedia a la vida contemporánea norteamericana era mucho más difícil que darle forma de tragedia. Le enfurecía que su *oeuvre* pudiera quedar encerrada en el segundo nivel, entre las obras trágicas. No le servía de ayuda pensar que las obras más profundas de Shakespeare son tragedias y no comedias.

En novelas recientes, en los intersticios de tramas traviesas y enrevesadas, mi padre había empezado a hacer conjeturas sobre misticismo. No sobre misticismo judío, ni sobre la cábala, lo que hubiera sido hasta cierto punto lógico, sino sobre su propia mezcla de interpretaciones idiosincrásicas del budismo zen, del panteísmo hindú y de la liberación sexual de los años sesenta. (A mi padre no le «había dado» nunca por las drogas; las consideraba peligrosas por «igualadoras» del intelecto y de la imaginación.)

La vida ordinaria, con los límites impuestos por la cordura y por las responsabilidades de marido y de padre, no le interesaba demasiado, por su misma normalidad. No se podían ganar premios —no se podía ganar el Nobel— escribiendo sobre estadounidenses corrientes de vidas ordinarias.

Cameron me preguntó en una ocasión:

—Lou-Lou, ¿sabes si Roland *cree* de verdad en todas esas «cosas del espíritu»? ¿O se trata solo de algo que le gustaría creer?

—Tendrás que preguntárselo a él.

Aunque podría haber dicho *Mi padre es un judío secular, un racionalista. No un místico disparatado.*

—No, no; no se lo podría preguntar. Se ofendería. Las novelas que escribe dice que son «ficción», que no son él. Lo que hay en las novelas es una especie de masa de pan que se cuece, dice, con toda clase de ingredientes, especias… y levadura; todo está allí para lograr que el pan suba y se cueza. Esa es la intención. No se trata de «creer» en la levadura, tan solo de utilizarla.

Cameron hablaba con tal fuego —con los ojos clavados en mí y bien abiertos— que me encontré mirándola fijamente, sin saber qué decirle.

Se me había insinuado desde el comienzo de mi decanato en Riverdale College que un día, antes de que pasara mucho tiempo, tal vez se me invitara a asumir la presidencia. De manera que cuando la presidenta me pidió que almorzara con ella en privado, en el comedor de la casa presidencial, me preparé para esa posibilidad. *Muchísimas gracias, pero dada la crisis actual en mi vida, en mis obligaciones familiares…, creo que la responsabilidad sería excesiva.*

¡Era halagador que se me propusiera, de todos modos! Halagador que se pensara en mí.

Aunque, como mi padre no dejaría de señalar, Riverdale College es «muy poquita cosa». Él hubiera preferido que me quedara en Wesleyan, con mucha más clase, o que «ascendiera» a una de las universidades de la Ivy League.

La presidenta de nuestro *college* sabía muy bien quién era Roland Marks, por supuesto. Me preguntó por él durante nuestro almuerzo y dije, con una risa displicente, porque me sentía mareada después de haber pasado una noche muy mala por culpa del insomnio:

—Está iniciando su locura definitiva.

La presidenta optó por interpretar mis palabras como una observación ingeniosa, aunque no muy divertida.

—Se encuentra bien —dije deprisa y con mayor seriedad—. Acaba de terminar una novela de considerables dimensiones, *Parricidio.* Probablemente oirá usted hablar de ella en el espacio de un año, más o menos. Espero leerla durante las vacaciones de primavera, y discutirla con él, como suelo hacer con sus libros…

De manera que hablamos de Roland Marks durante un rato. La presidenta de nuestro modesto *college* llevaba años tratando de persuadir —es decir, invitar— a mi padre para que nos visitara y para que aceptase un título honoris causa en la ceremonia de apertura de curso; incluso antes de mi incorporación al claustro, el *college* había mandado invitaciones al distinguido escritor que vivía «un poco más allá del puente de George Washington». Pero Roland Marks, que detestaba la pompa y la solemnidad de las inauguraciones de curso, solo aceptaba invitaciones de las principales universidades de la Ivy League o de instituciones más pequeñas pero que *pagaban.* (Mi

padre podía conseguir una cifra cercana a los diez mil dólares con el mismo discurso, que modificaba hábilmente para adecuarlo a cada ocasión. Un discurso que le había servido durante décadas como si se tratara de unos pantalones deportivos de talla única y le había proporcionado una cantidad cercana a los doscientos mil dólares.) El problema era que Riverdale College disponía de unos ingresos muy pequeños y en continuo deterioro en el capítulo de donaciones y por tanto abrigaba la esperanza de conseguir gratis la intervención de mi padre, el célebre escritor, y yo había sido varias veces la incómoda mensajera de la institución. «Qué memo tendría que ser, Lou-Lou, para aguantar toda vuestra ceremonia de comienzo de curso, dar una "charla que sirva de inspiración" y almorzar con los miembros del consejo de administración por *cero machacantes.* Ya es bastante malo recibir *cero machacantes* de Harvard, pero ¡qué demonios! Harvard es Harvard.»

Todas las veces me avergonzaba de volver a Riverdale y disculpar a mi padre, diciendo que estaba de viaje por Europa en la época de la apertura del curso o comprometido con otra ceremonia académica. La entusiasta presidenta prometía siempre volver a invitarle.

—… parece como si estuviera usted un poco inquieta, Lou-Lou, durante los últimos meses. Así que he pensado que quizás sea hora de que considere la posibilidad de dejar su puesto…, es decir, de volver a la enseñanza…

No entendí bien aquellas palabras de la presidenta.

¿Me estaba proponiendo, con circunloquios, que ocupara su puesto? ¿Me pedía que *renunciara* al decanato para poder *ascender* a la presidencia?

—Lo…, lo siento… Creo que no la he entendido del todo.

—… su actuación como decana ha sido, mucho me temo, cada vez más irregular. Su equipo está desmoralizado y los profesores se quejan…

Sumida en una bruma de incomprensión, al otro lado de la mesa de madera de cerezo del comedor de la presidenta, seguí sentada mientras ella no paraba de hablar, incansable; porque no había

manera de pararla y era interminable todo lo que me tenía que decir con tanta amabilidad en los modales como decisión en el contenido.

—… terminar el semestre, por supuesto, esperamos… Le he pedido a Esther Conrad que la ayude…, trasladará su despacho a la habitación contigua. Un examen físico completo quizá no sea una mala idea…, lo pagará nuestro seguro… Y en las reuniones del claustro de profesores, si…

La bruma, semejante a algodón en rama, me había invadido los oídos y se me había metido en el cerebro, adormecido. A ciegas busqué el vaso de agua… y lo derribé. Agua y cubitos de hielo se desparramaron. La presidenta retrocedió pero no logró evitar que un cubito o dos le cayeran en el regazo. Riendo, nerviosa, me acordé de que a veces, todavía muy joven, tiraba el vaso de agua durante las comidas en casa y de que mi padre, para quien cualquier reunión familiar era origen de tensiones, por suponer una interrupción de su vida de escritor, mucho más urgente, en su estudio del piso de arriba, decía con humor, aunque sarcástico, «Vaya, si había un fuego en la mesa, ya está apagado. ¡Gracias, Lou-Lou!». Qué joven era entonces Roland Marks. Perversamente apuesto, con una hirsuta perilla oscura.

Me puse en pie. Temblaba, pero no me di por derrotada. Informaría a mi padre de aquel ultraje.

—Voy a considerar su propuesta, presidenta Lacey —dije con mucha calma—. Lo pensaré y hablaré pronto con usted.

Una salida decorosa. Sin mirar atrás.

De vuelta a mi casa aquella tarde, desconcertada: *¿De verdad se proponía degradarme o… promocionarme? ¿Era una forma codificada de preguntarme… si quería ser presidenta del* college*?*

«Muchas gracias, pero no. La vida con mi padre tiene prioridad en este momento.»

* * *

14 de abril de 2012. Un día que yo no había planeado pasar en Upper Nyack.

Era sábado y el aire estaba cargado de fragancias; el sol calentaba y —¿quién sabe?— tal vez mi padre y Cameron se hubieran marchado de viaje o estuviesen todo el fin de semana en Nueva York; con frecuencia pasaban la velada en la ciudad o incluso hacían noche como huéspedes en el apartamento de uno u otro de los admiradores de mi padre (normalmente personas acomodadas que vivían en Upper West Side). Fue Cameron quien me habló de aquellas veladas sin darles importancia.

—Dijeron que te saludara de su parte, Lou-Lou. Los Steinglass.

—¿Quiénes?

—¿Edythe y Steve? ¿Steinglass?

Ni idea de quiénes eran, pero sonreí, como si agradeciese que alguien se acordara de mí.

—Vaya, ¡gracias! ¿Su casa sigue siendo magnífica?

—Sí. *Fantástica.*

—¿Con vistas al parque?

—En la calle Setenta y tres. Sí.

Como se marchaban o desaparecían misteriosamente sin dar explicaciones todos los fines de semana, mi temor era tener que oír, con retraso, *¡Adivina, Lou-Lou! Tu padre y yo nos hemos casado.*

O, de manera más sombría, aunque con una sonrisa de bebé indefenso, las palabras de mi padre, *¡Lo siento, Lou-Lou! Queríamos una ceremonia privada, sin alboroto.*

Qué alivio por tanto aquel día, al dejarme caer por casualidad por la casa de Cliff Street y encontrarme allí a Cameron, con vaqueros y camiseta de manga corta, rastrillando el descuidado jardín de delante de la casa en el que, en macizos irregulares, narcisos y junquillos florecían esplendorosos; Cameron, con su cola de caballo, que me saludaba y sonreía:

—¡Hola, Lou-Lou! Te echábamos de menos.

Tenía que ser mentira. Pero era un tipo amable de mentira.

Muy diferente del saludo malhumorado de mi padre cuando llamé, casi sin hacer ruido, a la puerta (abierta) de su estudio:

—¡Lou-Lou! ¡Bien! Necesito hablar contigo sobre esas condenadas *facturas.*

Mi padre con frecuencia confundía las facturas que me pedía que pagara con su talonario de cheques, con otras que había pagado o se proponía pagar él mismo; era inevitable que se produjeran errores. Unas veces pagábamos los dos la misma factura; otras, ninguno. Cuando le dije que sería más fácil para ambos que pagara yo por Internet, se negó a escuchar:

—¿Y si falla el maldito ordenador? ¿Qué pasa entonces? Los talones, por lo menos, son algo que se *toca.*

Llevábamos años con aquella pelea. Era un desacuerdo que resultaba natural y cómodo, como unas zapatillas muy gastadas para andar por casa.

Reí pensando *Una familia es esto precisamente. Ni más ni menos.*

Después, aquella misma tarde, cuando, como una consecuencia natural, se decidió que me quedase a cenar, y Cameron y yo íbamos a preparar juntas uno de los platos favoritos de mi padre —tayín de pollo con ciruelas, orejones, almendras y cuscús—, ocurrió otro incidente que me dio, si no exactamente esperanza, el sentimiento de que las cosas podían no ser tan imposibles como yo había imaginado: oí por casualidad cómo mi padre le hablaba a Cameron en una habitación vecina, en voz baja, pero llena de sarcasmo.

¡Pobre Cameron! Sentí un ramalazo de compasión.

Recordé las muchas veces que había oído hablar a Roland Marks en aquel tono, en mi presencia o casi, a una u otra de sus esposas: mi madre, Phyllis, Avril, Sylvia. Era inevitable que Roland Marks *encontrara deficiencias* en una mujer, o, más bien, que las imperfecciones de la mujer quedaran al descubierto. En aquel caso, hasta donde se me alcanzaba (porque de verdad yo no quería escuchar a escondidas y, sobre todo, no quería que se me sorprendiera haciéndolo) la ayudante entusiasta y bienintencionada había clasificado algunos de los documentos de mi padre por su cuenta, sin recibir antes instrucciones suyas; o, también era posible, algo se había «perdido» en el despacho de Roland Marks que era responsabilidad de la ayudante. De manera que mi padre habló con dureza a Cameron, quien me pareció que no trataba de defenderse; solo, quizás, murmuró *Sí, sí, lo siento* de la forma en que se

expresaría un perro azotado en circunstancias similares si pudiera hablar.

No todas las mujeres de Roland Marks se habían mostrado tan mansamente contritas, tan serviles. Incluso mi madre había tratado de defenderse a veces. Y otras se habían peleado con él, con verdadera ferocidad, incluso con odio, en un momento de su relación en la que ya estaba claro que Roland ni las quería de verdad ni las respetaba. Pero Cameron Slatsky, tan joven, tan inexperta, tan intimidada *por el gran hombre,* parecía haberse quedado muda.

La reprimenda se prolongó durante muchísimo tiempo. Me compadecí de la ayudante y de sus errores y al mismo tiempo me satisfizo lo sucedido porque era la primera vez que oía a mi padre tratar a Cameron así; y comprendí que no iba a ser la última.

Más adelante Cameron estaba en el piso de arriba, en «su» cuarto. Se había escondido, llorosa o avergonzada. Tal vez le había molestado de manera especial la regañina de mi padre porque yo estaba en casa; pero, por mi parte, cuando preparásemos la cena no dejaría traslucir que había oído nada. Hablaría de otras cosas; quizás, como por casualidad, sacaría a relucir la exposición en la galería de Nyack, mencionaría los cuadros de Hilma Matthews, o le preguntaría qué tal marchaba la tesis que escribía in situ.

Durante la cena distraería a mi padre y a Cameron con un relato en clave de humor del almuerzo con la presidenta de mi *college.* «Le dije, lo más amablemente que pude, "Por supuesto, es un honor para mí, pero me sería imposible ocupar su puesto. Tengo más que suficiente con cuidar a mi famoso padre".» Y los tres reiríamos juntos.

Mi padre aceptaba de maravilla que *se le tomara el pelo,* si la broma hacía referencia a su reputación, a su popularidad o a sus «mujeres».

Me sentía felicísima: no recordaba haberme sentido tan feliz desde hacía muchos años.

Quizá desde la vez en que mi padre me había mirado, con ojos de amor paterno descarado e indefenso, al presentarle mi risible dientecillo en la palma de la mano. ¿Tantos años?

Sin embargo cuando bajó de su estudio, tieso y de mal humor, al verme, dijo:

—¿Todavía estás aquí?

—Papá, me habéis invitado los dos a cenar, ¿ya no te acuerdas? —le repliqué.

A lo que respondió, con un encogimiento de hombros:

—Muy bien. En ese caso vete a ver a Cameron y entérate de cómo está, ya sabes cuánto me molestan las emociones.

—Quieres decir las emociones de los demás, papá; las tuyas son sacrosantas.

Y él respondió, mientras salía fuera:

—Sabelotodo.

Fue lo último que mi padre me dijo y una palabra que hacía por lo menos treinta años que no utilizaba conmigo: *Sabelotodo.*

Llevaba su cámara. Es probable que se propusiera hacer alguna foto. Lo seguí con la vista por la terraza al mismo tiempo que pensaba en Cameron en el piso de arriba y en cómo mi padre me había pedido que fuese a ver cómo se encontraba, y lo que eso significaba para mí, lo mucho que significaba para mí; de manera que, cuando mi padre se dirigió hacia los escalones, no estaba demasiado pendiente de él, ni lo miraba con mucha lucidez; tan solo de pie en el solárium, sonriendo para mis adentros, una chica grandota, fornida, no muy joven ya, en la casa de su padre.

No se me ocurrió: *Corre peligro. ¡Esos malditos escalones!*

No se me ocurrió: *Si hubiese querido que alguien se cayera, podría haber saboteado los escalones. Podría haber aflojado clavos y soportes.*

Aunque lo que me apetecía era subir y ver a Cameron, me encontré con que seguía a mi padre hasta la terraza. Sentí el viento helado que llegaba desde el río, y reconocí manchones de luz de sol sobre la agitación de la corriente.

El río Hudson, tan cercano, era una cosa viva. La enorme anchura del agua, rizada y agitada por el viento, nunca en calma, tan fascinante de ver como llamas líquidas, había adoptado aquella tarde un curioso color pizarra azul y gris, de la tonalidad de rocas fundidas.

—¿Papá? Ten cuidado…

No me oyó. No me hubiera escuchado de todos modos. Le había avisado demasiadas veces, no tenía conciencia de ningún peligro real. Y había una arrogancia en su manera de andar, una rígida especie de bravuconería, como si creyera que alguien —tendría sin duda que tratarse de Cameron, la única «mujer» residente— estaría contemplándolo y admirándolo; tuvo buen cuidado de no apoyarse menos en la pierna derecha, a pesar de su rodilla artrítica.

A gran altura por encima de nosotros volaban varios halcones. Me asaltó una premonición; pero, a decir verdad, era algo que me sucedía con frecuencia en aquella terraza sobre el río. Mi padre se reía de las «premoniciones», aunque las suyas se las tomaba muy en serio, porque era supersticioso. Yo sonreía aún, tontamente. Me llegó a la boca el sabor de algo metálico, frío. No quería que mi padre se cayera y se estrellase en las piedras de abajo: todo aquello era la más ridícula de las fantasías. Entorné los ojos para mirar al cielo: *Son buitres. Sienten la inminencia de la muerte.*

Luego, como en un sueño o en una pesadilla, oí el crujido de los escalones, un ruido abrupto y que sonaba a enfado, como una refutación. Un sonido que de algún modo me resultó familiar, como si lo hubiera oído —lo hubiera ensayado— muchas veces ya.

Antes de verlo, lo oí: una porción de los escalones se estaba hundiendo bajo el peso de mi padre.

Había engordado un poco aquel pasado invierno: aunque no habría estado dispuesto a reconocerlo, dada su vanidad masculina, debía de haber ganado al menos cinco kilos. Mi padre culpaba a la báscula del cuarto de baño de dar información errática y poco fiable sobre su peso. Pero Roland Marks no era ya lo que uno llamaría *esbelto, con aspecto de estar muy en forma.*

Antes de ver la mano desesperada de mi padre —agarrada a la barandilla que se vino abajo junto con los escalones, en lo que me pareció, en un primer momento, cruel cámara lenta—, oí su voz aterrorizada *llamándome.*

Creo que fue eso lo que oí. Creo que me llamaba a mí.

O quizás solo pedía ayuda.

O quizás solo gritaba.

Lo que sucedió fue a cámara lenta y, sin embargo, también muy deprisa.

Más deprisa de lo que yo era capaz de captar, dado el aturdimiento producido por la felicidad de una hija estúpida.

Así que en la terraza —por encima de los escalones que se hundían— me quedé muy quieta y vi en silencio lo que sucedía.

Si fuesen a procesarme por la muerte de Roland Marks, mi padre, si llegaran a juzgarme, sería aquel silencio lo que me condenaría.

Y, sin embargo, no pude llenarme los pulmones de aire para gritar.

Ni siquiera ahora soy capaz de hacerlo.

¡No, no, no, no!

Cameron lloraba, histérica. Me horrorizó ver su joven rostro contraído, brillante por las lágrimas. Su joven cuerpo como si se hubiera quebrado, derrotado y sin fuerza, hasta el punto de tener que sostenerla.

Pese a la crisis y la confusión, se impuso mi condición de decana. Llamé al 911 y vino una ambulancia, pero demasiado tarde: mi padre había muerto.

Como después se descubrió, se había fracturado el cráneo de manera irreparable y había sufrido una hemorragia cerebral.

Pasaría mucho tiempo antes de que me fuera posible asimilar el hecho irremediable: Roland Marks estaba *muerto.*

Que es lo mismo que decir *mi padre estaba muerto.*

Está muerto.

(Porque la muerte es un estado permanente: todos los que han vivido desde el principio de los tiempos y han muerto *están muertos.*)

Mi recuerdo de los escalones hundiéndose, del grito, de la caída —mi recuerdo de correr hasta el borde de la terraza para ver a mi padre estrellado y retorcido entre la madera quebrada de debajo— es muy vago.

Como el parabrisas de mi coche, mugriento y con restos de detergente. Las manchas de sol oscurecen aún más la visión.

Cameron aún seguía arriba, escondida. Oyó el ruido de los escalones al hundirse y el grito de mi padre.

No, no, no, no.

Fue una locura por nuestra parte, una decisión arriesgada, peligrosa, pero no se nos ocurrió renunciar: descendimos, resbalamos, nos deslizamos y caímos, entre gemidos de terror, bajando por una pendiente casi vertical hasta donde mi padre yacía entre rocas. Y, una vez allí, al ver que estaba inconsciente (pero ¿todavía respiraba?) comprendimos que teníamos que llamar a una ambulancia; una de nosotras tendría que trepar hasta la terraza o hasta la pared lateral de la casa.

Perdimos un tiempo precioso. Minutos…

No habría cambiado nada, se nos dijo. La fractura craneal había sido demasiado grave.

La cámara, a unos pasos de distancia, rota sobre las piedras.

Y el río, a solo unos metros, corriendo incansable, ruidoso, alegre, con aroma de primavera temprana, agua turbia y más alta de lo normal: indiferente.

Fue la decana Marks quien trepó e hizo la llamada telefónica entre sollozos y jadeos.

La joven ayudante rubia, por el contrario, estaba demasiado atónita, demasiado afligida para separarse del cuerpo de Roland Marks.

Un cuerpo que nunca había parecido tan *menudo.* Tan *sin importancia.* La cabeza, torcida en un ángulo doloroso.

El rostro, tan bien parecido, manchado de sangre.

—Mi padre murió hace dos años. Y mi madre… se nos fue hace ya cinco. Mi padre nunca se recuperó de su pérdida, creo yo. Lo intenté con él *una y otra vez.* Hacerle pensar en otra cosa…, hacerlo feliz. Darle compañía. Toda la familia lo intentó. Pero no sirvió de nada, imagino… Dejó de querer vivir, sencillamente, y *se murió.*

Cameron lloraba en mis brazos. Una joven alta y desgarbada temblando en mis brazos.

Para mí era increíble que mi padre se hubiera *ido.*

Pero también sorprendente que aquella extraña pareciera haberlo querido tanto.

Porque Cameron Slatsky estaba deshecha, no cabía duda. Éramos hermanas en el dolor, pese a la diferencia de edad. Desde luego no podía verla con malos ojos. Ya no era posible querer, como podía haber deseado en mis fantasías más morbosas, que la ayudante de mi padre también hubiese caído en la trampa de aquellos escalones y hubiera muerto con él.

Luego, durante algunas semanas estuve enferma.

Enferma de dolor y de remordimientos. Enferma de vergüenza.

También Cameron estuvo enferma, por el golpe de la pérdida sufrida. Pero como era más joven y más fuerte que yo, tenía más capacidad de recuperación. Vino a donde me encontraba, tumbada en el sofá, cuando me quedé por completo sin energía. Estaba pensando *Ahora soy su albacea. Es lo que quería.*

—¡Lou-Lou! Dios mío. *¿Dónde está?*

No parecía posible que mi padre faltara. Imposible que, si buscábamos por toda la casa, no estuviese allí, en algún sitio.

Riéndose, quizás, de nosotras. Pero conmovido también por nuestro dolor.

Habría sabido que lo queríamos. No habría sentido que nuestro amor fuese asfixiante, o una carga; o aburrido y gris como tanto *amor femenino.*

La necrológica de Roland Marks apareció destacada en la mitad inferior izquierda de la primera página del *New York Times*.

La fotografía mostraba a un Roland Marks de mejillas hundidas, ojos soñadores de párpados caídos, bien parecido y sonriente. A él le habría gustado, creo.

Cameron Slatsky y yo nos compadecimos mutuamente. Nos abrumaba una abundancia de dolor, un torrente de dolor que ninguna de las dos habría soportado sola.

Dejé de ir a Riverdale College el resto del semestre. En cualquier caso, no volvería nunca a trabajar allí.

En su testamento, Roland Marks no le dejaba nada a su *fiancée*. No había tenido tiempo de actualizarlo, así que era como si Cameron Slatsky no hubiera existido.

Como era lo correcto, *a mí* me había dejado la casa. Aunque abrumada por la culpabilidad, me sentía agradecida por haber sido tratada con justicia al menos una vez.

Muy pocos de los asistentes a la ceremonia en conmemoración de Roland Marks sabían de la existencia de Cameron Slatsky y eran aún menos los que la conocían. Presenté a la joven silenciosa de aspecto desolado como la *fiancée* de mi padre, añadiendo que, en un primer momento, había sido su *ayudante*. Nadie supo muy bien cómo hablar con ella, sobre todo los amigos más antiguos de mi padre, a quienes sin duda debió de parecerles de la edad de sus nietos. Alta, cargada de hombros, muy pálida y muy rubia, Cameron llevaba ropa negra, un vestido de punto que le llegaba hasta los tobillos. La sortija con el brillante se la había girado hacia dentro, hacia la palma de la mano, para que no fuese visible el brillo de la piedra preciosa. Aparte de que yo la presentase a unas cuantas personas, durante la ceremonia se quedó ligeramente al margen, tan ignorada como si fuese invisible.

Sentí la injusticia y la ironía de su situación. Su novio de avanzada edad había muerto demasiado pronto, antes de que estuviera sólida, legalmente, unida a su nombre.

¡Mi padre la había querido tanto! Qué bien estaba que los últimos meses de su vida, cuando iniciaba su *locura final,* hubieran sido felices.

Traté de explicar a Cameron, al igual que a otras personas y a todos los que quisieron escucharme entre los muchos asistentes a la ceremonia conmemorativa de Nueva York y de nuestra casa de Nyack, que la muerte de Roland Marks era responsabilidad mía: «Mi padre contaba con que yo mantuviera la casa en buen estado. Ya sabes de qué pie cojeaba…, nunca *veía* la realidad de las cosas. Era capaz de conducir un coche con el indicador de gasolina a cero, o con un neumático perdiendo aire…, de algún modo, las cosas funcionaban. Incluso Avril lo protegía. ¡Y Sylvia! Cuando sus mujeres estaban enamoradas de Roland, el genio, insistían en cuidarlo. Todas le proporcionábamos un parachoques para evitarle golpes. Confiaba en mí, su hija. Esos escalones se tenían que haber reparado. Se lo dije, lo sabía, pero… nunca hizo nada para solucionar el problema.

Como las losas de la terraza, que también están mal. La casa es muy hermosa pero ha cumplido el siglo. A él lo veo en todas las habitaciones, oigo su voz. Le oigo llamarme: *¡Lou-Lou! ¿Dónde demonios te has metido?* Le fallé. Ha muerto por mi culpa».

Las personas que querían a Roland Marks me sostuvieron. Incluso las exesposas que litigaban contra él vinieron a llorar su muerte conmigo, a sostenerme y a absolverme de parricidio.

O, si habían creído a medias que pudiera ser responsable también a medias, no aceptaban que la *muerte* misma de mi padre fuese culpa mía. Roland Marks había burlado a la muerte unas cuantas veces, como un gato que se las sabe todas. Se le habían acabado las vidas, ni más ni menos.

—Roland casi se mató en aquel accidente de coche de Long Island, en Montauk. Eso sucedió poco antes de iniciar su carrera de escritor. Solo había publicado su primera novela, daos cuenta. Y aquella chiflada que quería pegarle un tiro en Martha's Vineyard. Y el sushi en mal estado de Tokio…

Elaborarían leyendas sobre Roland Marks. Lo convertirían en un ser mitológico. Sus enemigos y sus detractores tanto como sus amigos.

Estaban de acuerdo en que Roland Marks habría querido abandonar este mundo como lo había hecho, de repente, y sin tiempo para la reflexión; sin una enfermedad que lo debilitara o lo humillara, o con una decadencia demoledora como la del pobre Mordecai Kaplan. En algunas versiones del relato de la muerte de Roland Marks en abril de 2012, de setenta y cuatro años de edad, se aseguraba que había ido de excursión a los montes Catskills con su joven *fiancée* o esposa; que había insistido en hacer escalada por una zona peligrosa y que se había matado al caerse, después de desobedecer a la joven que estaba con él y que le suplicaba que volviera a un terreno menos abrupto, más seguro…

Regresamos las dos juntas a la casa de Upper Nyack. Era ya mi casa, o lo sería cuando el testamento de mi padre quedara autenticado. Cameron lloraba en silencio. Cameron lloraba casi sin pausa. Sentí un estremecimiento de profundo dolor imperturbable

que fue la sensación más intensa que he tenido nunca. Al entrar en la casa a oscuras, Cameron, a tientas, buscó mi mano:

—Ahora solo nos tenemos la una a la otra.

* * *

Es verdad, hasta cierto punto: la *fiancée* y la *hija* solo se tienen la una a la otra.

En mi calidad de albacea de la herencia de mi padre, he contratado a Cameron como ayudante. A decir verdad, es la persona más cualificada para esa tarea. Trabajamos juntas en el enorme archivo de mi padre, que se venderá muy pronto a una destacada institución norteamericana; en el último minuto la Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Yale ha hecho una oferta inesperada. ¡Mi padre se alegraría!

La herencia literaria de Roland Marks es mucho más extensa de lo que nadie habría imaginado. Yo no tenía ni idea de los numerosos manuscritos incompletos e inéditos ni tampoco de los borradores que guardaba almacenados en cajas de cartón y que se remontaban hasta sus días —años cincuenta— en el instituto de Stuyvesant; en total, miles de páginas inestimables.

Por las noches nos instalamos en el solárium o en la terraza. Pocas personas nos visitan porque, a decir verdad, no hemos invitado a nadie; ni a mi hermana ni a mis hermanos, que evitaron a mi padre cuando vivía y no tienen derecho a llorarlo ahora, al menos en mi compañía; tampoco a los «hijos más pequeños», a los que casi no conozco y que estoy convencida de que ni siquiera han leído los libros de su padre. Ni a ninguna de sus exesposas con la excepción de Sarah, mi madre, que, en cualquier caso, es muy poco probable que haga el viaje desde Fort Lauderdale, dada la enfermedad de su marido.

El tiempo ha cambiado ya y tenemos un verano fresco, el aire es tibio y sigue siendo de día hasta casi las nueve. A Cameron le ha afectado el dolor de manera más visible que a mí, creo yo (aunque he perdido ocho kilos, y ya no soy del todo la moza fornida, rolliza y de aspecto saludable que mi padre parecía valorar); tiene la piel

amarillenta, ojeras causadas por la fatiga, y su belleza se ha deteriorado en cierto modo. Como nos pasa a Lou Andreas-Salomé y a mí, su nariz es un poco más larga de la cuenta, su mirada resulta demasiado intensa y aprieta en exceso la mandíbula.

Va dos o tres veces por semana a la Universidad de Columbia y regresa exhausta. Su tesis in situ está paralizada, si bien, en su calidad de ayudante mía, es una trabajadora capaz y diligente, con mucha más paciencia que yo. A veces la oigo llorar en «su» habitación. Entro y me acerco a ella en silencio. La rodeo con los brazos y ella se vuelve y aprieta la cara contra mi pierna.

—Sin ti, Lou-Lou, no saldría adelante —dice.

Me ha contado más cosas sobre su padre, que murió de un infarto hace dos años. Y sobre su madre, víctima de un veloz cáncer de páncreas tres años antes, en el segundo semestre de su último año en Barnard.

—Mamá me dijo —explica—: «¡No te rindas! Cuento contigo». Había tratado de ocultar que se *moría.* Creo que yo estaba furiosa con ella. Todo lo que podía hacer era ponerme la armadura. Lo sentía de verdad como una armadura: el maquillaje, la ropa. Desviar las preguntas de la gente gracias a un aspecto divertido, juvenil. Hay un personaje en *Celos* que se comporta de esa manera…, es una cosa profética. ¡Roland la retrató a la perfección! Necesitaba algo para protegerme, como una cota de malla. De manera que si disparaban contra mí o me tiraban piedras, sintiera el golpe pero sin morirme.

»Sé que la gente, igual que tú, Lou-Lou, pensaba que Roland y yo apenas nos conocíamos. Pero *a él* yo sí que lo conocía. Mucho antes de tratarlo me había enamorado leyendo sus libros. Había aprendido pasajes de memoria. Tu padre entendía muy bien a las mujeres, se podría decir que entendía el yo interior masoquista de las mujeres. Todo lo que era Roland Marks está de verdad contenido en sus libros. Su "voz"…

»Cuidaré de ti, Lou-Lou —añadía con ternura—. Cualquier cosa que quieras de mí, te la proporcionaré.

Desde la muerte de mi padre me quedo sin aliento con frecuencia. Me cuesta trabajo dormir boca arriba. Por supuesto me asusta ir a

ver a un médico y que me hagan un electrocardiograma (soy cobarde para estas cosas, como mi padre), pero Cameron insiste en que, si concierto una cita, me llevará al Columbian Presbyterian Hospital, que habría sido también la elección de mi padre.

Nunca he tenido una hija. Nunca he vivido la experiencia de estar embarazada.

Aunque mi padre se hubiera reído de mí con desdeñosa compasión al saberlo, nunca he mantenido relaciones sexuales con un hombre ni con una mujer. Carezco de experiencia sobre el tema del que Roland Marks escribió con humor tan corrosivo y deleite tan desenfadado.

Si Roland se hubiera casado con ella, Cameron sería mi madrastra.

Qué extraño habría sido, quizás qué maravilloso, tener una madrastra lo bastante joven para ser mi hermana.

Extraño y maravilloso. Aunque no lo habría creído posible en el momento de nuestro primer encuentro.

La noticia más reciente es que iremos juntas a la Feria del Libro de Los Ángeles en representación de Roland Marks, varias de cuyas primeras novelas se vuelven a publicar en elegantes ediciones en rústica. Luego iremos a Book Expo America, en Nueva York; y más adelante, durante el verano, a Londres y Estocolmo con motivo de otras publicaciones parecidas. Nos entrevistarán en festivales literarios y en la televisión.

Para las actuaciones en público nos vestimos de negro, y nos colocamos una al lado de la otra: no es probable que nos tomen por hermanas, pero es posible que nos crean parientes.

Poco a poco Cameron está recobrando su belleza, y también reaparece algo del brillo de sus ojos. Aunque sigue pálida, y se recoge los resplandecientes cabellos rubios en la nuca de una manera que a mí me parece en exceso recatada y *de viuda.* Yo no soy tan pálida, más bien del color de la masilla, algo que Cameron trata de corregir «maquillándome»… con sorprendentes resultados, tengo que reconocerlo. (Cómo se habría reído de mí mi padre: «Te veo como eres, chica, pese a tan elaborado maquillaje».) Para estas ocasiones Cameron lleva elegantes vestidos negros que le llegan a

los tobillos, a menudo con un chal o pañuelo sobre los hombros; le insisto en que se yerga cuando está de pie, que resista la tentación de encogerse ahora que no tiene ningún motivo para hacerlo. Yo me pongo trajes oscuros de chaqueta y pantalón que me sientan muy bien ahora que soy menos rolliza que antaño; el pelo, que grisea ya, lo llevo más corto que los hombres, de hecho más corto de como lo llevaba mi padre. El público nos contempla fascinado. Saben algo de la historia de Cameron y algo de la mía. De una manera que resulta espontánea nos damos la mano cuando subimos a un escenario. No ensayamos esas actuaciones. Las lágrimas nos brotan de los ojos como joyas resplandecientes. El público, unánime, contiene la respiración.

Mujeres que se quieren. Mujeres que se apoyan entre sí.
Cuán inesperado que sea ese el legado de Roland Marks.

¿Quién habría pensado que esta vida póstuma de mi padre resultara tan festiva? Porque sus admiradores, sus supervivientes, son muchos; y su reputación literaria —fortalecida por los rumores de que *Parricidio,* de publicación programada para el otoño, será la novela más importante del autor, una obra maestra que habrá de situarse junto a las principales obras de Hemingway, Faulkner, Fitzgerald, Mailer y Bellow— nunca ha sido mayor. Nos llegan de continuo peticiones para reimpresiones de todas clases, para nuevas ediciones de títulos agotados desde hace mucho tiempo y en apariencia olvidados. The Library of America publicará un extenso volumen titulado *Roland Marks,* y Cameron y yo lo vamos a preparar al alimón. El editor de mi padre de toda la vida ha encargado una biografía y Cameron y yo entrevistaremos a posibles autores, incluido el distinguido escritor Nelson A. Gregorson, cuya biografía de Herman Melville mi padre había admirado tanto.

También editaremos, por supuesto, las *Cartas escogidas.* Un volumen de setecientas páginas por lo menos, un tesoro escondido de prosa brillante, de prosa frívola, cotilleos, escándalos, instantáneas sinceras de la vida secreta del escritor, intuiciones «visionarias».

También el cine se interesa por mi padre; Miramax Films ha preguntado por *Intimidad: una tragedia.*

Aunque Roland Marks se había negado altivamente a ceder ninguno de sus títulos para que Hollywood hiciera de ellos «híbridos impresentables», Cameron y yo estamos dispuestas a negociar con los realizadores. Bromeamos acerca de nuestros posibles «cameos»…

Cuando lo echamos muchísimo de menos, nos buscamos. Nos damos la mano. Cameron dice, limpiándose los ojos:

—¡Dios mío, era tan *divertido*! Me encantaba su humor, sus risas.

—A veces le oigo reír —digo yo.

Y las dos escuchamos, tratando de no oír, en cambio, su último grito desesperado cuando tal vez pronunció mi nombre.

La otra noche, después de que Cameron regresara tarde de Nueva York, me desperté oyéndola caminar por la casa, dado que los suelos de madera crujen; fui a reunirme con ella, tumbada en el sofá del solárium, inundado por la luz de la luna. Le llevaba una colcha de punto, porque había bajado la temperatura, Cameron está muy delgada y enseguida tiene frío. Me apoderé de sus manos para calentárselas. Y pensé *Las dos le queríamos. Y ahora nos tenemos la una a la otra.*

No es este el final que había previsto hace solo unos meses. No es la clase de final que nadie podría haber imaginado, en especial mi padre, y sin embargo… aquí está.

Hoy por la noche, cuando veo que no me duermo, me coloco junto a Cameron en el sofá y tiro de la colcha de punto para taparme también yo. Basta con que Cameron siga tapada, incluidos los pies, descalzos, aunque yo no pase de estar cubierta solo en parte, para que todo me parezca bien: de las dos, la estoica soy yo. He traído una botella de vino tinto, y nos lo bebemos en la misma copa empañada, a la luz de la luna. Una cálida sensación roja que me comienza en la garganta y se me extiende por el pecho, el vientre y los riñones. Siento el despertar del deseo sexual, pero no se trata del deseo de un placer paroxístico; me parece que es como el abrirse de una flor, de pétalos que se despliegan bajo el sol. Es la

pureza del deseo que requiere a otra persona para convencerlo de que florezca.

—Te quiero, Cameron. Cómo te agradezco que hayas llegado a mi vida.

—Yo también te quiero, Lou-Lou. Si Roland pudiera vernos, se…, bueno, se reiría, ¿no te parece? Tendría celos, quizá.

Muy por encima de nuestra cabeza la luna se mueve por el cielo nocturno. Resplandece Venus, la estrella más brillante. Y Júpiter. Planeamos una exposición con las fotografías de Roland durante los tres últimos años de su extraordinaria vida; algunas son del cielo nocturno sobre el río Hudson iluminado por la luna. Mi padre se habría sentido avergonzado y violento: no era más que un «aficionado», sin intención de competir con los «profesionales». Ya le hemos enseñado la carpeta con las fotos del río Hudson a la galería de aquí, en Nyack, y el propietario está deseoso de montar la exposición; ahora pensamos sin embargo que quizá sea prematuro, y que también deberíamos mostrárselas a algunas de las galerías de Chelsea o de TriBeCa.

—Cuéntame una historia sobre tu padre —dice Cameron, con la voz velada por el sueño, de manera que le cuento el incidente en la academia Rye.

—Yo jugaba al hockey sobre hierba y papá estaba delante de la tribuna descubierta: vino a un número sorprendente de partidos aquel año; una chica me golpeó en la boca con su palo y me arrancó un diente: este de aquí. Y papá dijo: «¿Qué llevas en la mano, Lou-Lou?»; y yo dije: «¿A ti qué te parece, papá?», y él dijo, sin perder comba: «A mí me parecen unos cinco mil dólares, Lou-Lou. Pero tú los vales».

Notas

[1] Proverbios 16, 18. *(N. del T.)*
[2] Todos los fragmentos de *El paraíso perdido* son de la traducción de Enrique López Castellón, Abada Editores, 2005. *(N. del T.)*
[3] Obra de teatro de Jean Paul Sartre *(Huis Clos),* 1944. *(N. del T.)*
[4] «Old Hickory», apodo de Andrew Jackson, séptimo presidente de los Estados Unidos. La madera del nogal americano *(hickory)* es famosa por su dureza y resistencia. *(N. del T.)*
[5] Esto es una obra narrativa, aunque basada en investigaciones históricas (seleccionadas). Véase Jeffrey Meyers, *Robert Frost: A Biography* (1996). *(N. de la A.)*
Las traducciones de las citas de la poesía de Frost que aparecen en este relato se han hecho a partir de *The Poetry of Robert Frost,* edición de Edward Connery Lathem (Holt, Rinehart and Wiston, 1969). *(N. del T.)*
[6] Éxodo, 22, 17. *(N. del T.)*
[7] Se trata del último verso, «I have a lover's quarrel with the world», de uno de los poemas más conocidos de Frost: «The Lesson for Today» [La lección de hoy]. *(N. del T.)*
[8] «A Red, Red Rose», de Robert Burns, 1759-1796. *(N. del T.)*
[9] «A Winter Night» [Noche de invierno]. *(N. del T.)*
[10] De *Robert Frost and Sydney Cox: Forty Years of Friendship* [Robert Frost y Sydney Cox: cuarenta años de amistad], por William R. Evans (University Press of New England, 1981). *(N. de la A.)*
[11] *Doctor Fausto,* Christopher Marlowe, escena 3.ª, 76. «This es Hell, nor I am out of it.» *(N. del T.)*
[12] De «Un alto junto al bosque en una noche de nieve». *(N. del T.)*

Sobre la autora

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Nueva York, en 1938. Autora de más de 50 novelas, más de 400 relatos breves, más de una docena de libros de no ficción, ocho de poesía y otras tantas obras de teatro en cuatro décadas, es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Ha sido galardonada con numerosos premios, como el National Book Award, el PEN/Malamud Award y el Prix Fémina Étranger. En 2011 recibió de manos del presidente Obama la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del Gobierno estadounidense en el campo de las humanidades, y en 2012, el premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Alfaguara inició en 2008 la publicación de su obra con la magistral *La hija del sepulturero,* a la que siguieron *Mamá; Infiel* —para muchos la mejor recopilación de relato breve de Oates y uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times—; Ave del paraíso; Memorias de una viuda; Una hermosa doncella; Blond*e —su monumental novela sobre la vida de Marilyn Monroe que fue finalista del Premio Pulitzer—; *Hermana mía, mi amor,* galardonada con el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro; *Mujer de barro; Carthage,* y ahora *Mágico, sombrío, impenetrable.*

Título original: *Lovely, Dark, Deep*
© 2014 by The Ontario Review
Published by arrangement with Ecco, an imprint of HarperCollins Publishers
© 2015, José Luis López Muñoz, por la traducción
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-7985-9
© Imagen de cubierta: Magdalena Lutek
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

